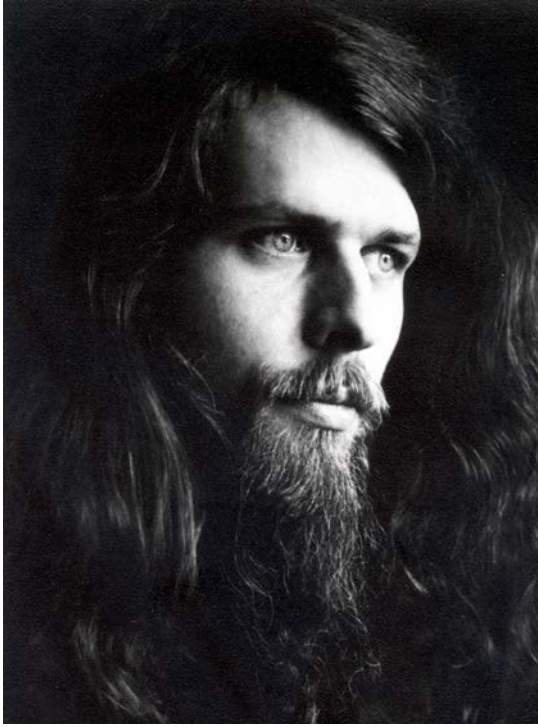




Jacob Holdt

Un viaje de 50 años en..

**Las raíces de
la opresión**



“Desde la publicación del libro de crítica social de Jacob Riis de crítica social, *Cómo vive la otra mitad*, ha habido un registro tan poderoso de la vida americana como *American Pictures*. Su presentación en el Festival de Cannes causó sensación”.

El Festival de Cine de San Francisco

“Una de las mejores interpretaciones de la psicología en blanco y negro -sobre todo de los sueños- que he encontrado nunca”.

James Baldwin

¡¡¡Importante!!!

Aquí vendrá un texto diferente escrito por mi editor de *Raíces de la opresión*

Ejemplo de texto en la solapa interior...

Jacob Holdt creció a sólo 15 millas de la ciudad natal de Jacob Riis en Dinamarca. Al igual que Riis, cuya llegada a América precedió a la de Holdt casi en un siglo, pasó sus primeros seis años como vagabundo. Sin embargo, la similitud entre ambos va más allá de las circunstancias de su nacimiento, crianza y viajes. Su fotografía y su escritura compasiva y poco sofisticada también son similares. Ambos instan a la reforma social, insistiendo en que “la otra mitad de la sociedad estadounidense es responsabilidad de todos”.

Raíces de la opresión, sin embargo, es también una investigación del racismo que Holdt percibe que crece en sí mismo a medida que pierde gradualmente su condición de forastero y se integra en su nueva sociedad e interioriza también sus valores más desafortunados. A pesar de ser un vagabundo sin dinero, entiende que su privilegio de blanco le otorga responsabilidad.

Insiste en que sus fotografías deben ser vistas como una descripción, no de los miembros de una subclase negra aplastada por los efectos de ese racismo, sino de una enfermedad social blanca tan perturbadora que para la mayoría es más fácil centrarse (fotográficamente o no) en los síntomas que en la causa. En su inusual exposición de esa enfermedad, *Roots of Oppression* tiene un mensaje urgente para todos los blancos.

“Vi su exposición de diapositivas en una universidad de Washington DC en la década de 1980 y me causó una impresión indeleble. Cuando hablé de hacer una exposición con el museo de Luisiana en Dinamarca, enviaron el canal de Luisiana para grabarme en mi estudio en Los Ángeles. Y me trajeron de regalo su libro *American Pictures* y me preguntaron si por casualidad lo conocía. Y me eché a reír, porque tengo varios ejemplares; compro copias extra para los amigos cada vez que lo veo en una librería. Lo que más me llamó la atención desde la primera vez que vi el libro fue que nunca había visto imágenes que me parecieran tan precisas en su representación del Sur que yo conocía”.

Arthur Jafa



Un viaje de 50 años en.. Las raíces de la opresión

Jacob Holdt

UNA LECCIÓN SOBRE LA OPRESIÓN

50 años de opresión blanca/negra en Estados Unidos, experimentada y fotografiada por un viajero blanco, con la esperanza de que sirva de inspiración para los luchadores por la liberación de todo el mundo.

Las raíces de la opresión
Maquetación y diseño de las imágenes por Jacob Holdt a partir
del módulo diseñado por Kitte Fennestad para el libro original
“American Pictures”
Texto actualizado 2021
© American Pictures Foundation y Jacob Holdt
ISBN 87-?????????
Todos los derechos reservados. Publicado por ????>

Espacio para el texto del editor

Un libro rara vez es obra de una sola persona, y un libro de fotos y viajes se convierte ciertamente en un esfuerzo de colaboración. En este libro he decidido no mencionar o cambiar todos los nombres reales, salvo algunos. Esto me entristece, ya que todas las fotos de la calle, salvo unas pocas, son el resultado no sólo de la hospitalidad de la gente, sino también de su gran cooperación, interacción y confianza en mí, así como de su posterior aprobación. Entre las personas que ayudaron a hacer el libro me gustaría agradecer especialmente a quienes me dieron ánimos y donaciones financieras durante mis primeros años de vagabundeo sin dinero: Alice Turak (10 dólares), John Ray (20 dólares), Susan Kennedy (30 dólares), Cary Ridders (50 dólares), Allan Tunick (15 rollos de película). Un agradecimiento muy especial a Eveleen Henry y Marly Sockol por guardar mis diapositivas y a Tommy Howard por prestarme su viejo Buick con varios tanques de gasolina para desplazarme por las carreteras secundarias de Carolina del Norte en las que no podía hacer autostop. Gracias también a Dick Boggle por donar su coche, lo que me permitió llevar la presentación de diapositivas a la mayoría de las personas que aparecen en el libro a mi primer regreso a los Estados Unidos. Por sus críticas y comentarios durante muchos años, a través de los cuales crecieron muchas de las ideas del libro, estoy profundamente en deuda con Tony Harris, que durante 30 años fue mi compañero en los talleres de racismo en cientos de escuelas americanas y europeas. Y a los miles de alumnos de mis talleres, que abrieron sus corazones y me enseñaron un racismo mucho más profundo y el dolor que hay detrás de él de lo que yo podía ver y fotografiar en un principio como vagabundo ingenuo y superficial. Y a los negros que, a pesar de que mi presentación de diapositivas era a menudo demasiado dolorosa para ellos mismos en sus entornos universitarios mayoritariamente blancos, insistieron sin embargo en que los blancos “vieran y entendieran mi dolor” y me llevaron una y otra vez a sus campus por esa razón.

Más por venir...

Con amor Jacob Holdt
La casa de Ubuntu
Copenhague, Dinamarca
www.american-pictures.com

PRIMERA PARTE - PÁGINA 6:

“Las raíces de la opresión”

Los patrones básicos e históricos de la opresión

INTERMEDIO - PÁGINA 200:

“Comprender las raíces del odio a los blancos”

*El estudio de la opresión en la infancia de las personas de los hategroups
y los asesinos en serie de negros*

SEGUNDA PARTE - PÁGINA 240:

“El gueto en nuestras mentes”

*Entender cómo los que queremos hacer el bien acabamos oprimiendo a
los negros en Estados Unidos y a las minorías en otros países*

EPÍLOGO - PÁGINA 456:

Mis pensamientos sobre la curación

*Encuentre en cada página enlaces a vídeos con las canciones transcritas, entrevistas
e historias actualizadas de las personas incluidas en el libro. [O vea un resumen aquí.](#)*

Punto de partida

Antes de iniciar nuestro viaje tratando de entender y actuar sobre las oscuras fuerzas que nos dividen, no olvidemos los esclarecedores credos humanos que nos unen.

El rebelde: No hay en ninguna parte del mundo una pobre criatura linchada o torturada en la que no sea asesinada y humillada...

...Aime Cesaire: "Les Armes Miraculeuses"

Se nos pide que amemos u odiamos a tal o cual país y a tal o cual pueblo. Pero algunos sentimos con demasiada fuerza nuestra común humanidad como para hacer tal elección.

...Albert Camus

Debemos aprender a vivir juntos como hermanos o perecer juntos como tontos.

...Martin Luther King

Odia el pecado, ama al pecador.

... Mahatma Gandhi

Más allá de las cuestiones del bien y del mal hay un campo. Me reuniré contigo allí.

....Rumi

En África existe un concepto conocido como "ubuntu": el profundo sentido de que somos humanos sólo a través de la humanidad de los demás; que si vamos a lograr algo en este mundo será en igual medida gracias al trabajo y los logros de los demás.

.....Nelson Mandela

Ubuntu

"Una persona es una persona a través de otras personas" - la afirmación de la propia humanidad a través del reconocimiento de un "otro" en su singularidad y diferencia. ¿Podemos integrar este viejo "sueño africano" - "somos porque tú eres, y como tú eres, definitivamente yo soy"- con la idea del "sueño americano"?

¡IMPORTANTE! Las fotos de este libro no retratan a los negros y a la cultura negra, ni a los blancos y a la cultura blanca, ya que proceden desproporcionadamente de la clase baja negra y de la clase alta blanca. Son declaraciones visuales alegóricas utilizadas en una parábola sobre la opresión. Y no se trata de un libro sobre la opresión histórica de los negros, sino de la "historia vista en el presente" tal y como la viví durante mis 50 años en Estados Unidos; pautas paralelas a las que vi en mi trabajo contra el racismo en el Tercer Mundo y en Dinamarca, donde por ello creé en la vejez el centro de diálogo The Ubuntu House. Todas las opresiones tienen víctimas, pero normalmente las personas han vivido en ellas durante tanto tiempo que individualmente no tienden a verse como víctimas, sino como personas fuertes y resistentes -aunque todas las estadísticas muestran que como grupo son víctimas y están retenidas por fuerzas invisibles (no fotografiables).

Jacob Holdt, The Ubuntu House, Copenhague, Dinamarca



Patrona de la Casa Ubuntu, Zindzi Mandela, hija de Winnie y Nelson Mandela



En torno a Zindzi Mandela, en nuestra Casa Ubuntu celebramos la humanidad que compartimos por encima de todas las fronteras étnicas, religiosas, sexuales y nacionales artificiales



1995 - Queens, NY



1995 - Queens, NY

¿De dónde viene toda la rabia viene?

...¿qué nos espera?

la guerra de razas

“Contrólate”

“Abre los ojos, espabila”

Guerra de razas.... la gente se mata en las calles

sangre en los pies

los extremos no se encuentran,

¿y a quién van a culpar, a mí?

¿En qué NOS equivocamos?

Prueba con los medios de comunicación, prueba con la

policía, prueba con tu televisión,

a cualquiera menos a ti mismo.

Pero una vez que las balas comienzan a volar

la gente empieza a morir

todo por culpa de las mentiras

los libros de historia enseñan el odio

No tengo escapatoria de la fe racista

es como en Sudáfrica, empezaremos a matar

guerra de razas, guerra de razas, guerra de razas....

#006

Prólogo de Raíces de la opresión

“Fue la mejor de las épocas, fue la peor de las épocas, fue la época de la sabiduría, fue la época de la insensatez, fue la época de la creencia, fue la época de la incredulidad, fue la época de la luz, fue la época de la oscuridad, fue la primavera de la esperanza, fue el invierno de la desesperación”.
Charles Dickens: Historia de dos ciudades

Estas famosas palabras describen excepcionalmente bien mis sentimientos cuando en 1970 intenté tender un puente entre dos sociedades -la mía danesa con la nueva americana- y mi nueva e inoportuna identidad como “blanco”, con un paralelo separado en la sociedad “negra”. La esperanza y la luz parecían envolver a todo el mundo unos años después del triunfo del Movimiento por los Derechos Civiles, que trajo consigo la promesa de un futuro mejor y racialmente integrado que pronto llegaría. Al igual que la oscuridad y la desesperación parecían envolver a todos los que intentaban detener el asesinato de millones de vietnamitas. La magnitud de la matanza me hizo a mí y a millones de jóvenes de todo el mundo bastante antiamericanos, y no tenía ningún interés en quedarme en EE.UU. cuando hice autostop desde Canadá camino de América Latina.

Durante mis primeros días en el país, fui retenido a punta de pistola por negros furiosos, pero también fui invitado a vivir como el único blanco en el Club Che Lumumba de Angela Davis y acogido en grupos como los Panteras Negras,

además de ser abrazado por grupos blancos antiguerra. En este crepúsculo cegador entre la oscuridad y la luz, pronto perdí mi orientación original mientras viajaba por esta sociedad (norteamericana) que luchaba por encontrar su propia identidad nueva. Me enamoré completamente de los jóvenes en su búsqueda de la verdad y, por tanto, de Estados Unidos. En aquel momento no tenía ni idea de que este amor continuaría, al igual que mi trabajo con los jóvenes, durante el resto de mi vida.

Escribí interminables diarios y cartas a mis padres sobre las personas que me invitaban a entrar en sus vidas, y para mi buena fortuna me enviaron una cámara barata de medio formato “para que puedas enviar algunas fotos a casa sobre tus experiencias”. Nunca había hecho fotografía, pero me pareció una forma mucho más rápida de recordar a la gente y los acontecimientos (que con palabras) y, después de casi seis años, volví a casa con 15.000 fotos.

Durante mucho tiempo, utilicé la cámara como mi diario fotográfico, pero después de superar mi miedo inicial a los barrios del gueto, que hizo que me asaltaran una y otra vez, fue como si me llevaran de la mano y me arrastraran a un mundo que no sabía que existía. En mis años de escuela danesa, habíamos oído hablar de Martin Luther King y del Movimiento por los Derechos Civiles, pero eso no había cambiado nuestra visión mundial predominante de que Estados Unidos era básicamente un país de blancos.



1973 - Denmark, SC



1973 - Washington, DC



1975 - San Quentin, California



1987 - Antes del espectáculo en el Boston College



A menudo los estudiantes sólo necesitaban esta publicidad cuando volvía a los campamentos

Al parecer, la mayoría de los estadounidenses también preferían verlo así, y como la mayoría de los conductores que me recogían eran blancos, me encontré rápidamente en el papel de mensajero entre dos sociedades totalmente separadas y desiguales. En mi propia ingenuidad, no veía esto como (el resultado de) el racismo, sino que me resultaba increíble que los blancos pudieran permitir que los negros vivieran en condiciones tan horribles -a menudo justo al lado sin hacer nada al respecto. Peor aún, ni siquiera lo “veían”, o lo justificaban porque no veían a los negros como seres humanos. Los mismos blancos harían cualquier cosa por mí como extranjero, y como yo a cambio los veía como personas decentes y cariñosas, no los consideraba verdaderos racistas y casi nunca utilizaba la palabra racismo, una palabra que asociaba al Movimiento por los Derechos Civiles diez años antes y que se aplicaba al Ku Klux Klan. No, consideraba que todos esos blancos cariñosos sólo estaban mal informados y podían cambiar fácilmente, como cuando los llevaba a visitar a mis amigos negros al otro lado de las vías. Así comenzó mi proyecto educativo. Tomé más y más fotos y las puse en pequeños libros con citas adecuadas de la Biblia y de Shakespeare para mostrarlas a mis conductores y anfitriones en la carretera.

También lo hice por razones egoístas, ya que a menudo se emocionaban tanto que me daban un par de dólares o una bolsa de almuerzo “para apoyar tu proyecto, pues estas fotos deben ser vistas por todos los estadounidenses”. Cuanto más pudiera trasladarlas, más tiempo me ahorraría al no tener que hacer autostop dos veces por semana hasta las grandes ciudades y tumbarme en bancos de sangre durante cuatro horas seguidas para vender mi plasma por 5 o 6 dólares, lo suficiente para dos rollos de película. Este fue mi único ingreso desde que llegué a Estados Unidos con sólo 40 dólares, una suma que

me duró cinco años gracias a la increíble hospitalidad de los estadounidenses.

Después de unos tres años, empecé a sentir que estaba trabajando en algún proyecto para educar a los estadounidenses blancos, uno por uno. El punto de inflexión llegó el 8 de marzo de 1974, cuando una mujer me llevó a ver una presentación de diapositivas sobre los mineros del carbón en el Santa Fe College, FL. Había imágenes, narración y música, y aunque era muy primitiva, era extremadamente poderosa, ya que funcionaba cambiando rápidamente las imágenes de manera que casi parecía cinematográfica. Además, utilizaba dos pantallas, lo que inmediatamente me hizo ver que sería una forma eficaz de transmitir mi propia conmoción al experimentar la brecha entre la América blanca y la negra. A menudo, los profesores me habían recogido y me habían invitado a hablar en sus clases en las universidades. ¿Cuánto más eficaz sería mi mensaje si pudiera convertir mis pequeños libros ilustrados en presentaciones de diapositivas para clases enteras a la vez? Debo confesar que en aquel momento no había imaginado ni por asomo que unos años más tarde acabaría presentándolos para hasta 2.000 estudiantes a la vez en universidades estadounidenses. No obstante, a partir de ese momento fui consciente de que estaba trabajando en una presentación de diapositivas. Eso fue sólo un año antes de tener que huir de Estados Unidos, un año durante el cual estuve atrapado en un matrimonio en San Francisco. Pasé gran parte de ese tiempo de forma improductiva, escribiendo numerosas solicitudes para conseguir fondos para comprar mejor equipo fotográfico - “¿Si pudiera conseguir una Nikon de verdad!”, pero en vano. Ni siquiera cuando los negros estaban en los consejos de la fundación. Una de las dificultades que tuve en aquellos años, cuando todo el mundo sentía que “el problema racial se había resuelto” y que las cosas estaban avanzando,

fue que muchos negros con éxito se sentían incómodos con mis imágenes, tanto por la vergüenza de que sus propios hermanos siguieran viviendo en esas condiciones como por el miedo a que las imágenes estereotiparan negativamente a los negros en la mente de los blancos. Mi opinión era que esos estereotipos estaban ya tan arraigados que los blancos debían ser informados de su propia responsabilidad por haber empujado a los negros a la pobreza y la delincuencia de forma desproporcionada. Aunque no utilizaba la palabra “racismo” tan a menudo como “el sistema de nuestro pensamiento opresivo cotidiano” (mi término para el “racismo sistémico”, antes de que se acuñara la frase, que nos hacía responsables a nosotros, no al “sistema”), sentía que mis imágenes mostraban claramente la devastación humana que el racismo había creado a nuestro alrededor.

Las numerosas cuestiones morales sobre lo que le ocurre a tu propia mente blanca cuando durante varios años te mueves sobre todo en la devastación de la clase baja negra, sin mucha interacción con los negros más acomodados, también se discutirán en este libro. Uno de los resultados fue que en el último año sentí que no podía terminar mi proyecto sin ir a países como Haití, Jamaica, Cuba y Brasil, con sus diferentes formas de esclavitud, si quería ver, entender y describir genuina y objetivamente la diferencia entre la “verdadera negritud” y “el resultado de la opresión”. Porque en ese sentido, todos los que vivimos en una sociedad con racismo sistémico somos prisioneros en la caverna de Platón. Eso, sin embargo, habría sido un proyecto académico interminable y fuera del alcance de un bachiller como yo. Así que no pretendo con este libro ser más que un cavernícola “sabio de la calle” en mi intento de dar voz a esos “sabios de la calle” igualmente perdidos en el gueto que siempre dirían: “Oye, tío, esto no es más que esclavitud”. ¿Puede haber, pregunto en un libro vivido desde el punto de

vista de una rana, alguna verdad en tales afirmaciones en una supuesta “sociedad libre”?

Como ya he dicho, esa misma sociedad no me quiso dar apoyo fundacional para mi proyecto. Al final tuve que volver a Dinamarca, pero no hasta después de casi ser asesinado y de vivir con el temor constante de que el FBI estuviera a punto de confiscar mis fotos.

Estaba muy desilusionado cuando me mudé de nuevo a la casa de mi infancia, una rectoría del pueblo. Mi padre, un pastor, me prestó dinero para tres proyectores de diapositivas y en menos de dos meses hice un pase de diapositivas para presentarlo en su iglesia local. En aquella zona rural, no tenía acceso a una biblioteca para investigar, y aún no se había inventado Google. Fue como si cinco años de ira social reprimida salieran de mí. Pensé que siempre podría investigar cuando volviera a Estados Unidos con “el espectáculo” (una presentación de diapositivas acompañada de música grabada), pero los rumores sobre él se extendieron tan rápido que pronto fue presentado en toda Europa por voluntarios negros estadounidenses, a menudo con miles de personas haciendo cola para verlo (aunque todavía no tuve tiempo de comprobar los hechos, los negros lo verificaron todo).

En menos de un año, se convirtió en un libro superventas, y creamos una fundación para destinar todos los beneficios del espectáculo y del libro a la lucha contra el apartheid en Sudáfrica. Sin embargo, sólo un mes después de su publicación, me enteré por el KGB de que la Unión Soviética pretendía utilizarlo en todo el mundo contra la política de derechos humanos del presidente Carter, señalando sus imágenes para afirmar (erróneamente) que los derechos humanos eran tan malos en Estados Unidos como en la Rusia comunista.

Como yo era un gran admirador de Carter -el primer



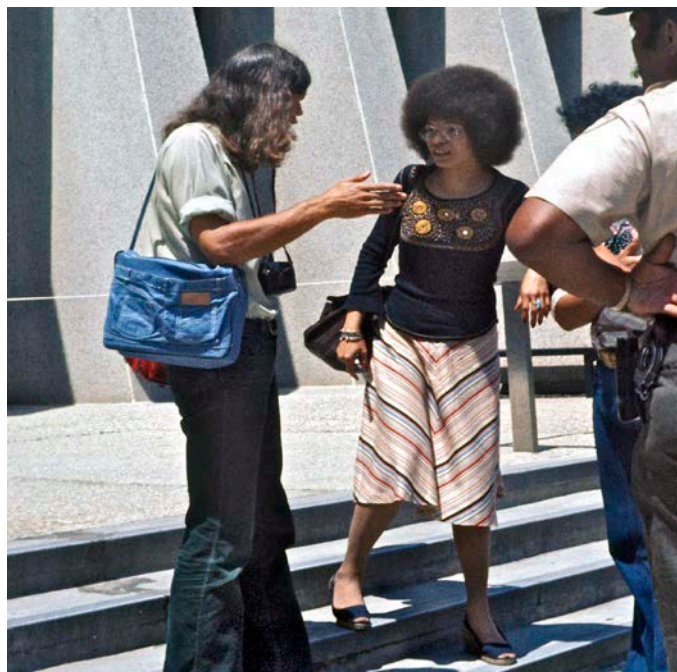
1991 - Incluso mi décimo espectáculo aquí en Stanford U. estaba lleno en el auditorio más grande

presidente estadounidense que no derrocó gobiernos elegidos democráticamente en todo el Tercer Mundo- decidí demandar para detener las ventas de mi libro en todo el mundo. Después me trasladé a Estados Unidos con mi presentación de diapositivas, donde creía que debía estar.

Aquí también se convirtió en un éxito instantáneo, y durante los siguientes 30 años, estuve en el escenario de una nueva universidad casi cada noche en mis giras, a menudo con las salas llenas. Además, aquí experimenté la oscuridad y la luz al mismo tiempo. Estaba encerrado en auditorios oscuros cinco horas por noche, cambiando las bandejas de diapositivas cada cinco minutos. Después de 7.000 espectáculos, acabé habiendo pasado 35.000 horas de mi vida en la oscuridad. Qué desperdicio de vida si no hubiera sido por la luz -o la iluminación mutua- que experimenté al día siguiente en mis talleres de racismo. A ellos asistieron estudiantes “conmocionados”, ahora comprometidos con la erradicación de su propio racismo, y negros que comprendían cómo la interiorización del racismo les había cortado las alas. Aquí aprendí más sobre el coste del racismo para los blancos que durante mis cinco años de vagabundeo por su destrucción negra.

Sin embargo, yo y Tony Harris, mi ayudante negro, con su profunda perspicacia psicológica y su capacidad para recurrir a sus propias experiencias en el gueto, apenas hablábamos del racismo. Porque se necesitaban horas, y a menudo días enteros, para ayudar a los estudiantes a tomar conciencia y curar las heridas que habían sufrido individualmente en su educación, incluso los estudiantes de la Ivy League más exitosos y aparentemente “privilegiados”.

Por lo general, había muchas descargas o llantos en la sala a medida que todos se daban cuenta gradualmente de que su dolor era compartido y de que estaban juntos en este barco, en blanco y negro. Después, a menudo iniciaron grupos de



1975 Raleigh, NC - De nuevo peleando con Angela Davis sobre las ideas del espectáculo

diálogo/sanación semanales de “American Pictures para desaprender el racismo” en el campus después de que Tony y yo nos fuéramos, y al cabo de un año volvieron a llevar el programa al campus para ayudar a conmocionar a más estudiantes en grupos de desaprendizaje similares. Recibimos muchas cartas de ellos sobre cómo había “aclarado sus mentes” y “aumentado su inteligencia”. Como resultado, estaban más “presentes” en clase y sacaban mejores notas en la escuela. Era un testimonio vivo de cómo el racismo y las demás opresiones dañaban nuestro pensamiento, nuestra inteligencia y nuestro bienestar.

La lucha contra el racismo, insistíamos, era en nuestro propio interés. Pero no éramos tan ingenuos como para pensar que podíamos acabar con su racismo. Sólo intentamos que se comprometieran a ser racistas antirracistas, sexistas antisexistas, etc. Conscientes de que siempre serían víctimas del racismo sistémico de la sociedad, pero comprometidos a trabajar sobre sus efectos en ellos mismos en solidaridad con aquellos a los que el racismo estaba aplastando, especialmente cuando llegaban a posiciones de poder que les permitían ayudar a cambiar el racismo sistémico. A menudo recibí invitaciones para unirme a ellos entre 15 y 20 años después, cuando sus grupos se reunían de nuevo para evaluar cómo el programa había cambiado sus vidas ahora que tenían puestos en el gobierno y en las grandes empresas. Mucho de lo que me enseñaron intento transmitirlo en este difícil libro.

Sí, “difícil” para la mayoría. Cualquiera que conozca un poco la vida universitaria en Estados Unidos sabe lo corta que es la capacidad de atención de los estudiantes. Cuando los conferenciantes acuden al campus, los estudiantes suelen marcharse a la media hora si no creen que puedan aprovechar la conferencia para sacar mejores notas. Si hubieran sabido lo largas que eran mis conferencias, nunca se habrían presentado a ellas. Y mucho menos si hubieran sabido que eran sobre



1987 - Hablando con James Baldwin toda la noche después de ver el espectáculo de 5 horas

racismo.

Así que siempre teníamos que engañarlos para que vinieran, y una vez que estaban allí -según nos decían- luchaban con su culpabilidad por los trabajos que tenían que escribir esa misma noche. Sin embargo, normalmente se quedaban las cinco horas. E incluso se saltaban todas las clases de la mañana siguiente para ir a nuestros talleres de racismo.

¿Cómo conseguí eso y tener salas llenas, incluso en Harvard, donde, en mi primera visita, me dijeron que esa misma semana tenían tres estadistas de fama mundial hablando (que sólo habían atraído a unos 20 estudiantes)? El “Harvard Black Law Student Ass” de Barrack y Michelle Obama me hizo volver 18 veces a lo largo de los años, con multitudes de pie. La historia era la misma en las otras escuelas de la Ivy League.

Según entendí, al leer sus muchos trabajos y cartas sobre la experiencia, era porque yo (sin querer) los había oprimido. Pasaron por una opresión sistemática, o más bien por una “opresión inversa”. Me explico.

En casi todas partes, veía a los estudiantes de la misma manera que ellos se veían a sí mismos: como personas básicamente buenas, bien intencionadas y solidarias que realmente querían hacer el bien a los negros, a los pobres y a la sociedad. No se veían a sí mismos como racistas y a menudo lo racionalizaban: “Soy un buen cristiano, así que no puedo ser racista”, etc.

Creían que hacían lo correcto, pero a lo largo de las horas del espectáculo, fui derribando sus defensas y mostrándoles paso a paso cómo estaban haciendo el mal, cómo todo lo que hacían oprimía a los negros. Durante el intermedio (después de las dos primeras horas), muchos seguían con sus defensas intactas y en sus corazones culpaban a otros (por ejemplo, a la gente del Sur) de ser los verdaderos racistas. O unos pocos, como el administrador de un hospital de Filadelfia, me atacarían a mí, el mensajero. Pero al cabo de cinco horas, todas sus vías de escape habían sido bloqueadas, todas sus defensas derribadas,

y los vi noche tras noche salir llorando, con la cabeza inclinada por la culpa. Algunos, como el administrador del hospital, preguntaban: “¿Cómo puedo poner dinero en su proyecto para que se extienda por toda América?”.

Cuando los profesores pidieron a los alumnos blancos que pusieran palabras a sus emociones, me sorprendió comprobar que elegían casi textualmente las mismas que los negros enumeraban cuando se les pedía que pusieran palabras a lo que sufren a diario por culpa de nuestro pensamiento racista, que constantemente les dice que lo hacen mal y les culpa de todo, dejándoles casi sin escapatoria, sin luz al final del túnel. Cuando uno mismo siente que está haciendo lo correcto, pero desde que nace es bombardeado sin cesar con mensajes de que está equivocado, ciertamente no termina con sentimientos muy constructivos. En eso consiste la opresión efectiva, y los estudiantes blancos la experimentaron de repente en sí mismos, lo que fue tan impactante que al día siguiente se saltaron las clases para intentar curar su racismo, un cambio que creo que no podría haberse logrado en una conferencia académica de dos horas (sin imágenes ni música) ni siquiera por los mejores de mis principales competidores en el circuito de conferencias, como Angela Davis o Coretta y Yolanda King.

Por esta razón, algunas universidades, como la conservadora Dartmouth, llegaron a obligar a todos sus estudiantes de primer año a pasar por mi programa de “opresión inversa” antes de empezar las clases. Debo señalar que tuve un antiguo conflicto con Angela Davis después de una entrevista con ella sobre el auto-odio negro en mi primer programa. Incluso después de una presentación personal en su propia casa, nunca estuvo de acuerdo conmigo y se negó a financiar el programa cada vez que sus estudiantes de la UCSC me traían. Por suerte, conté con el apoyo y el respaldo de la mayoría de los demás portavoces negros destacados, como James Baldwin. La gente de Francia y de Amherst siempre intentaba reunirnos. Finalmente,



1991 NYC - Entre las conferencias del campus pasé las noches con los sin techo



1985 - Presento mi espectáculo al aire libre para apoyar el boicot de desinversión a la Universidad de Columbia



1978 - Con mi compañero de trabajo Tony Harris en la Casa de Conciertos de Oslo

condujo dos horas en una terrible tormenta de nieve para ver el espectáculo, tras el cual hablamos toda la noche. Le pareció que era lo más parecido a la descripción de su propia visión del racismo blanco, pero ya estaba enfermo y, lamentablemente, murió un par de meses más tarde de cáncer de estómago. Al final, Yolanda King fue mi mayor competidora durante el Mes de la Historia Negra, pero de alguna manera unimos fuerzas y montamos un espectáculo para el presidente Clinton en el Kennedy Performing Arts Center en homenaje a Martin Luther King. También lo presenté en el King Center for Nonviolent Social Change de Atlanta. Después, la familia quiso proyectarlo allí de forma permanente, “porque muestra mejor que nada contra lo que luchó Martin, de lo que la juventud negra de hoy no sabe mucho”.

Y así continué durante 30 años hasta que conseguimos que se eligiera al primer presidente negro, tras lo cual me retiré en la creencia de que las cosas iban en la dirección correcta. Bueno, de nuevo fui un poco ingenuo, y el resto es historia El racismo explotó en Europa y en mi propio país, Dinamarca, donde ahora sentí que era mi deber ser el mismo tipo de mensajero en una sociedad dividida. Observé con horror cómo Trump se inspiraba en la forma en que los políticos europeos racistas ganaban las elecciones utilizando una retórica divisiva y llena de odio. Después de muchos años en los que los políticos estadounidenses hablaban de forma políticamente correcta y sólo utilizaban un racismo codificado, ahora esto también ocurría en Estados Unidos. Cuando empezamos a ver que el odio y el racismo manifiestos estallaban en Estados Unidos -los grupos del Ku Klux Klan con los que había trabajado ahora salían a la luz, y el racismo de la policía les permitía justificar abiertamente la matanza de negros- sentí que era difícil para mí ser un testigo pasivo.

Y cuando vi surgir el mayor movimiento contra el racismo

que había experimentado en todos mis años en Estados Unidos, quise apoyarlo de alguna manera. Especialmente cuando vi cómo muchos de los jóvenes idealistas participantes no entendían cómo la rabia que impulsaba el movimiento Black Lives Matter tenía raíces mucho más profundas que los asesinatos de hombres negros registrados visualmente en la actualidad. ¿Cómo podría ayudar a visualizar para ellos toda la opresión que condujo a ello de manera efectiva? En la actualidad se publican muchos buenos libros sobre el tema, sobre todo por parte de los negros, pero casi ninguno con imágenes que lo muestren de forma tan eficaz como los vídeos actuales. Y entonces surgió la idea de intentar hacer un libro como mi antigua y eficaz presentación de diapositivas que bombardea al lector con imágenes que muestran las raíces de toda la opresión de la que yo mismo he sido testigo. A ver si puedo oprimir a mis lectores levantando todas las mismas defensas y emociones en ustedes -en el papel- como pude con mis audiencias en cuartos oscuros. Incluso incluíre enlaces musicales a las canciones a lo largo del camino. Quizá os lleve más de 5 horas de lucha interna leerlo como un libro, pero al final también podréis comprobar aquí si vuestras reacciones a mi opresión inversa son las mismas que durante 30 años tuvieron “los mejores y más brillantes” de los estudiantes. Vayamos al comienzo de mi “espectáculo”:

Esta es una lección pictórica sobre la opresión y el daño que nos hace. Lo más importante es la opresión de los adultos sobre los niños. En todas partes del mundo los niños son heridos muy temprano por el comportamiento irracional de los adultos. Esto provoca graves patrones de angustia que dan lugar a un comportamiento hiriente. Más adelante en la vida, reproducimos estos patrones de angustia en nuestros propios hijos o en los demás, por ejemplo, en la opresión sexista, racista, nacionalista, totalitaria, antisemita, antimusulmana,

homofóbica, por edad, por discapacidad o por clase. En la mayoría de nosotros estos patrones se han vuelto tan crónicos que nos ponemos a la defensiva cuando se nos cuestiona y acabamos culpando a las víctimas. No nos atrevemos a afrontar el hecho de que en esos sistemas somos tanto víctimas como opresores. Hay pocos lugares en el mundo en los que los principales ingredientes de la opresión sean tan flagrantes como en la relación entre negros y blancos en Estados Unidos. De esta tragedia creo que todos podemos aprender algo sobre nosotros mismos.

Al leer este libro, es importante comprender el daño que sufrimos en una sociedad segregada. Negros o blancos, nacemos naturalmente abiertos y curiosos, sin prejuicios raciales innatos. Luego las cosas se tuercen. Escuchamos cosas como “Los negros son sucios, estúpidos y perezosos. Deben estar en el fondo”. Para el niño cariñoso y afectuoso esto es irracional, confuso e hiriente. Mientras nos duele nuestra mente ya no piensa racionalmente y se crea una cicatriz rígida en nuestro pensamiento. Después de años de estos mensajes hirientes, acabamos aceptando e interiorizando estas definiciones limitadas de nosotros mismos y de nuestra sociedad.

Visto a través de los ojos de un extranjero, espero que sea más fácil ver cómo esas actitudes raciales paralizan nuestro carácter, sea cual sea nuestro color. Aunque hay mucho racismo en Europa, tuve la suerte de vivir mi infancia en Dinamarca durante unos años en los que no me vi gravemente afectado por la inseguridad social y el condicionamiento racista. También tuve la suerte de que las primeras personas con las que me alojé en Estados Unidos no eran blancas. La mayoría de los visitantes europeos se alojan primero con estadounidenses blancos, que les advierten: “No camines tres manzanas por aquí o dos por allá”, e inmediatamente les asustan para que acepten

el miedo a los blancos y la rígida segregación. Mi experiencia fue justo la contraria. El primer hogar americano que me acogió fue un hogar negro en el lado sur de Chicago. Con todo su amor, calidez y apertura, me sentí inmediatamente como en casa y sólo veía a los blancos como rostros fríos y distantes en la televisión o en los hostiles suburbios. Más tarde, al viajar al mundo blanco, ya no era tan vulnerable a sus patrones racistas de culpa y miedo.

Recorrí a dedo 118.000 millas y me alojé en más de 400 casas en 48 estados. Llegué con sólo 40 dólares. Dos veces por semana vendía mi plasma sanguíneo para ganar el dinero que necesitaba para la película. Viajar en una sociedad tan profundamente dividida fue inevitablemente una experiencia violenta:

4 veces fui atacado por ladrones con pistolas, 2 veces conseguí evitar cortes de hombres con cuchillos, 2 veces policías asustados me apuntaron con sus armas, 1 vez fui rodeado por 10-15 negros en un callejón oscuro y casi me matan. 1 vez fui emboscado por el Ku Klux Klan, varias veces tuve balas volando a mi alrededor en tiroteos, 2 veces fui arrestado por el FBI, y 4 veces por el Servicio Secreto. Conviví con 3 asesinos e innumerables criminales....

...¡pero nunca conocí a un mal americano!

Que haya sobrevivido se lo debo a mi obstinada creencia en estas palabras de José Martí:

Hay que tener fe en lo mejor de la gente y desconfiar de lo peor. Si no, lo peor prevalecerá.

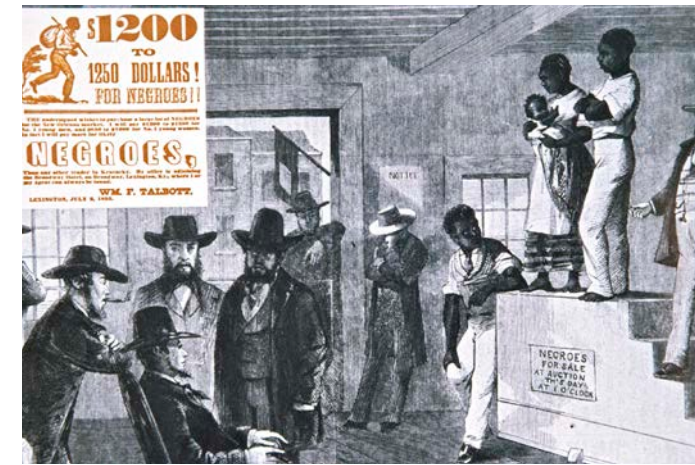
Espero que compartan mi amor por este país mientras leen el libro.... y después trabajen juntos en blanco y negro para deshacer el daño que nos hacemos los unos a los otros y así curar la división y la violencia que infligimos a nuestra sociedad. Para comenzar nuestro doloroso viaje hacia ese objetivo, hagamos juntos un viaje en barco....



*Barco a la vista ¡Barco a la vista! Barco a la vista
Hasta donde alcanza la vista,
hombres, mujeres y bebés esclavos
llegando a la tierra de la Libertad,
donde el diseño de la vida ya está hecho.*

*Tan jóvenes y tan fuertes
sólo esperan ser salvados...
Señor, estoy tan cansado
y sé que tú también estás cansado
mira sobre el horizonte,
ve el sol
brillando sobre ti...*

*¡Barco a la vista! ¡Barco a la vista! ¡Barco a la vista!
¿No puedes sentir el movimiento del océano?
¿No puedes sentir el viento frío que sopla?
Hay tantos peces en el mar,
sólo estamos, sólo estamos, sólo estamos
montados en las olas...
las olas... las olas...*



#015

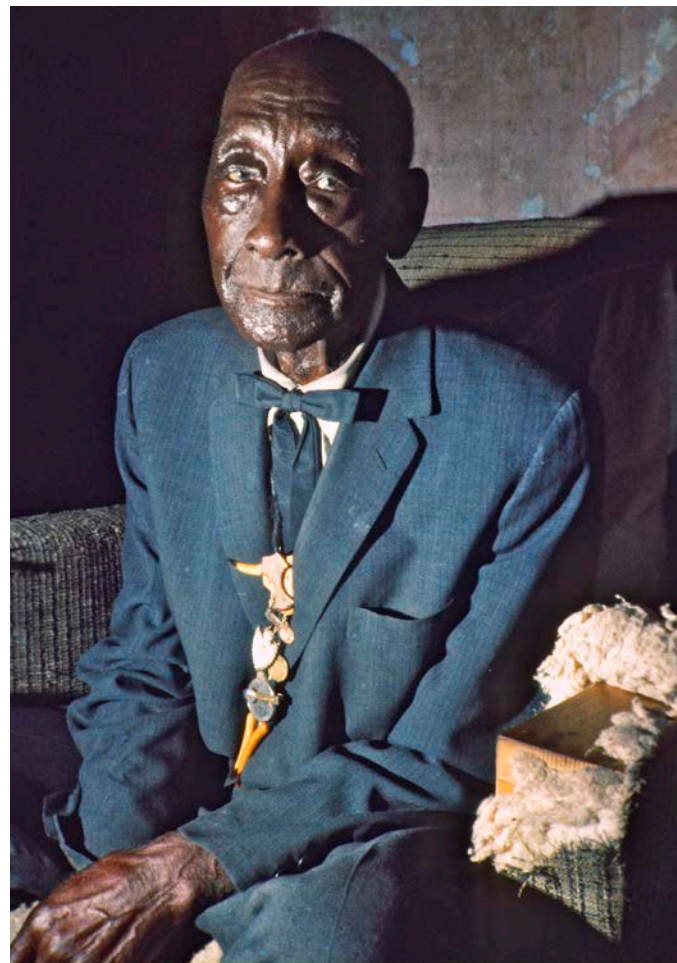


Había pensado que la esclavitud quedaba muy atrás en la historia, pero en Florida conocí a Charles Smith, que afirmaba tener 134 años y recordar claramente haber sido esclavizado en África.

- Llego a los Estados Unidos, cuando solo tenía doce años.
 - ¿Fue vendido como esclavo a los EE.UU.?
 - Sí, espere que le diga ahora. Me trajeron de África... Eso fue en la época de la esclavitud. Nunca había visto a un blanco en África. Bueno, le pregunté a mi mamá si podía bajar al barco y ver al hombre blanco. Ella dijo que sí, y no he visto a mamá desde entonces. Los adultos llevaban a los niños en andas para ver los "árboles de azúcar" abajo en las escotillas. Sentimos que el barco se movía, pero pensamos que era el viento. Nunca nos trajo de vuelta. Nunca vimos los árboles de azúcar. El color quería echarme. Lo recuerdo como si fuera ayer. Legree, el capitán del barco, no quería que me echaran. Llegamos a este país y nos vendieron en Nueva Orleans. Nos pusieron en una cuadra y nos subastaron. El mejor postor ganó...



Un trabajador social negro que me había recogido y visto mis fotos mientras vagaba por Florida me había hablado de Charles Smith y me llevó a su casita. Tanto él como otros negros de la zona me dijeron que Charles Smith es diferente a los demás negros y que, de hecho, los mira con desprecio. Smith era demasiado joven para entender por qué los africanos mayores lo arrojaban por la borda, lo que según los historiadores era bastante común para salvar a los niños de la esclavitud. Cuando fue comprado por un granjero de Texas en 1854, ya era demasiado mayor para ser criado como esclavo y sufrir las cicatrices internas que sufren los esclavos cuando se les obliga a ser sumisos para evitar un castigo cruel o la muerte al menor signo de resistencia. Aunque Charles Smith probablemente haya adoptado y recontado la historia de su padre como propia, es una descripción conmovedora del destino de millones de otros africanos capturados. Descubrí que este comportamiento de supervivencia sigue afectando a los negros estadounidenses, y me pareció que si la esclavitud ha dejado cicatrices psíquicas tan profundas, la verdadera libertad aún no se ha alcanzado. Muchas de las cosas que recordaba de los periódicos en mi época escolar las veía ahora, en mi viaje, bajo una nueva luz. Recordaba cómo en los años 60 Estados Unidos se convirtió por fin en una democracia en la que todos sus ciudadanos tenían derecho a voto y por eso me sorprendió saber que en Luisiana, por ejemplo, hay más de 257.000 ciudadanos analfabetos. ¿No es el deber de una democracia educar a sus ciudadanos?



1974 - Bartow, Florida



1974 - Bartow, Florida



Foto histórica de los perros de la policía contra los negros en Birmingham, AL

Martin Luther King, y el Movimiento por los Derechos Civiles que llegó a simbolizar, cambiaron las formas más abiertas y primitivas de discriminación. Pero la parte más significativa de su sueño se fue a la tumba con él:

“Tengo un sueño: que un día, en las colinas rojas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos propietarios de esclavos puedan sentarse juntos a la mesa de la hermandad. Sueño con que mis cuatro hijos pequeños vivan un día en una nación en la que no se les juzgue por el color de su piel, sino por el contenido de su carácter. Tengo un sueño, que un día todo valle será exaltado y toda colina y montaña será rebajada...”

Los hermosos sueños de Martin Luther King son compartidos por mí y por la mayoría de los blancos. Sin embargo, en mi viaje, pronto aprendí, y se reforzó con la elección de Trump, que el único que se hizo realidad puede ser que los afroamericanos ya no sean juzgados por el color de su piel sino por su carácter. Lo triste es que los rasgos de carácter que los negros desarrollaron después de siglos de opresión no están a la altura de las normas de los blancos, cuyos rasgos de carácter y “colinas” económicas están formados por ser opresores. Ver hasta qué punto los rasgos de carácter de los afroamericanos difieren de los de los blancos y de los inmigrantes negros me ayudó a comprender la enorme subyugación de la mente que la esclavitud y nuestra continua exclusión están provocando. Así, en el optimismo de la lucha por los derechos civiles, nunca soñé que uno de los “cuatro niños pequeños” de Martin Luther King se convertiría un día no sólo en mi competidor como orador del Mes de la Historia Negra, sino también en un aliado en la lucha contra la opresión continua. O que un día me invitaran a mostrar mi presentación de diapositivas permanentemente sobre la tumba de Martin Luther King, mientras su hija Yolanda en persona la presentaba al presidente Clinton y trabajaba conmigo para “detener la violencia”. Condenar al ostracismo y marginar a otras personas es cometer violencia contra su humanidad. Que nuestro lenguaje de la violencia hoy no sólo lo entiendan, sino que lo hablen quienes han tenido que escucharlo durante siglos, no debería sorprendernos.



1975 - Tuskegee, AL



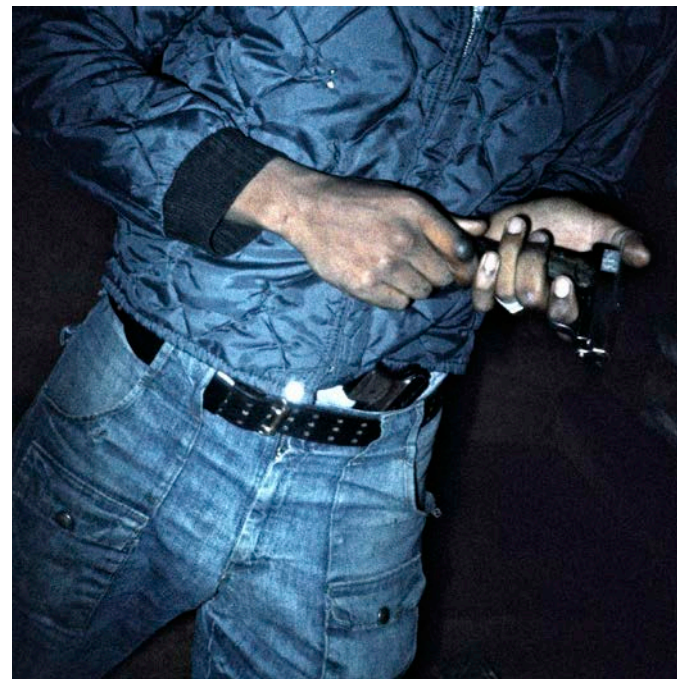
1975 - Beaumont, Texas



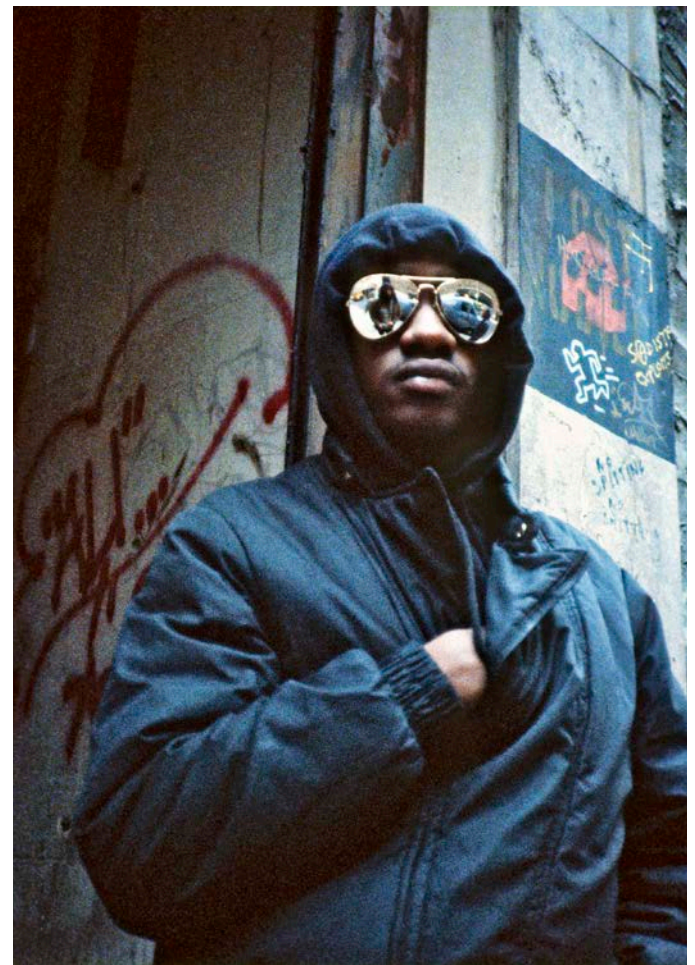
1975 - Texas



1973 - Norfolk, VA



1972 - New York



1987 - Harlem, NY

Pero cuando, como yo, vienes de Europa y, por ejemplo, nunca has visto una pistola, recibes un shock que nunca olvidarás la primera vez que escuchas el tono de este lenguaje. A los pocos días de estar en este nuevo país, me asaltaron unos pistoleros, un tipo de personaje que nunca había conocido. Asimismo, el miedo que sentí fue un miedo que nunca había experimentado: el miedo a otro ser humano.

Mi viaje posterior se convirtió en gran medida en un viaje hacia ese ser humano. Y cuanto más comprendía y me gustaba este ser humano, más empezaba a ver cómo yo mismo podía haber causado esta ira en un sistema opresivo que desde el primer día me había obligado a mí y a otros inmigrantes a ponerme del lado del opresor, lo quisiera o no como turista danés. ¿Podría yo, con mi comportamiento, ser incluso la causa de esta ira? ¿Podría yo mismo acabar albergando esa ira?

Desde el día en que experimenté esa violenta realidad estadounidense, empecé a comprender hasta qué punto el miedo y la ira caracterizan la relación entre el opresor y el oprimido.

Carta de Jakob 5: 1-6

En Nueva Orleans viví con un asesino negro llamado Nell. Al igual que los demás asesinos que he conocido o con los que he convivido, era una persona bastante corriente que sólo se había convertido en asesino por accidente o más bien por su origen social. Naturalmente, pasó algún tiempo antes de que me hablara de su pasado, ya que se había escapado de una prisión en Nevada y era un hombre buscado; pero al igual que otros criminales, tenía la necesidad de compartir lo que le pesaba con otro ser humano en el que pudiera confiar. Nadie puede vivir solo con una carga tan pesada. Vivíamos con otras personas en la parte oriental de Nueva Orleans, y Nell intentaba, en la medida en que las circunstancias lo permitían, llevar una vida normal y respetable. Como sabía que le condenarían a cadena perpetua en la cárcel si se metía en algo, intentaba en la medida de lo posible alejarse de la delincuencia y se ganaba la vida principalmente como donante de sangre. No creía que sus posibilidades de seguir en libertad el resto de su vida fueran muy grandes, pero me esforcé por hacer que su respiro de libertad fuera lo más feliz y alentador posible para él. Consideraba que ya había sido castigado suficientemente antes de cometer cualquier delito por la pobreza y la humillación a la que la sociedad le había sometido en su infancia.

Fue cuando expresé esta opinión durante una de nuestras conversaciones nocturnas que me confió su crimen, y después nos unió aún más esta confidencia secreta. A menudo dábamos paseos o íbamos juntos al banco de sangre. La mayoría de las veces podíamos sobrevivir vendiendo plasma sanguíneo dos veces por semana, ya que los bancos de sangre de Nueva Orleans en aquella época eran los que mejor pagaban en Estados Unidos: 6,10 dólares por visita. Sólo en contadas ocasiones me veía obligado a robar queso y otros pequeños artículos de los supermercados para llenarme. No quería que Nell lo hiciera, ya que podía acabar recibiendo una condena de por vida por ello, mientras que yo, con mi privilegio de blanco, sabía que podría salir airoso de una situación tan embarazosa con los empleados si me pillaban. A Nell siempre le persiguió su destino de esta manera. Pero nunca me golpeó con tanta fuerza como la tarde en que le vi por última vez.

Habíamos cometido el estúpido error de caminar juntos por la calle en el barrio negro donde vivíamos, y con ello habíamos atraído la atención de la policía. Es un pecado mortal que un hombre blanco y un hombre negro caminen juntos en un barrio negro, ya que inmediatamente se sospecha que son traficantes de droga. Pero como estábamos inmersos en una conversación cuando entramos en el barrio, nos olvidamos de separarnos. No pasó mucho tiempo hasta que un coche patrulla se detuvo junto a nosotros en una de las calles poco iluminadas del gueto del este. Los policías eran del tipo agradable y jovial que en realidad sólo querían asustarnos, y por eso dijeron que podíamos irnos libres si les entregábamos nuestros cigarrillos de marihuana. He

visto a la policía utilizar este método muchas veces en los barrios negros, ya que no tienen que denunciar la hierba confiscada sino que pueden fumarla ellos mismos. Yo no llevaba nada, pero sabía que Nell tenía uno o dos porros, como la mayoría de los demás. Pero, de repente, a Nell le invadió la paranoia de su destino -la paranoia y la desconfianza hacia sus semejantes que tienen casi todos los de su entorno social- y se negó a entregar los porros. Por mi parte no habría dudado ni un momento. Tenía plena confianza en la policía. La desconfianza de Nell hacia los policías le hizo atascarse como un candado y actuar de forma irracional. La policía está entrenada para observar ese tipo de reacción en los delincuentes y enseguida se bajaron del coche para registrarlo. Sólo encontraron dos pequeños porros y su cuchillo, pero como no llevaba ninguna identificación lo llevaron a comisaría para tomarle las huellas. Enseguida supe que no volvería a ver a Nell. Había caído en la paranoia y el sentimiento de culpa comunes a todos los negros pobres, independientemente de que hayan cometido un delito o no. Era la misma paranoia que le había convertido en asesino.

Después de que Nell se fuera de “este mundo”, Nueva Orleans parecía de repente una ciudad fantasma y ya no podía soportar seguir en la misma casa. Quería salir de la ciudad, así que intenté hacer autostop en dirección a Baton Rouge. Nueva Orleans es uno de los lugares más difíciles de conseguir en Estados Unidos, y esperé en la interestatal con mi cartel durante horas, con la esperanza de que me recogieran antes de que llegara la policía. De repente, el único Rolls Royce que me ha llevado se detuvo en medio de la autopista de tres carriles para recogerme. Estaba en plena hora punta y enseguida creamos un gran atasco de coches que tocaban el claxon. Justo cuando entré en el coche, la policía se acercó por detrás para multarnos por haber parado ilegalmente. El hombre que me había recogido dijo que se encargaría de ello, volvió a la policía y sin mediar palabra les dio su tarjeta. Cuando los policías vieron su nombre, se volvieron todo sonrisas y amabilidad y le siguieron hasta su Rolls Royce, dándole palmaditas en el hombro mientras le aseguraban que sólo era una nimiedad y que no debíamos preocuparnos más. Naturalmente, me pregunté quién podía ser ese tipo que se había librado tan fácilmente sin ni siquiera una multa. Me dijo que se llamaba Wayne A. Karmgard, y que me había recogido porque estaba parado con mi cartel, “Touring USA from Denmark”. Nunca había recogido a un autoestopista, pero de repente pensó que podría ser divertido ya que él mismo era de ascendencia danesa. Normalmente, esta información me hace callar al instante y salir del coche lo más rápido posible. Hace tiempo que perdí el deseo de estar con daneses-estadounidenses, que con demasiada frecuencia sólo me provocan un sentimiento: una sensación de vergüenza por ser danés. A los daneses que visitan Estados Unidos les doy este consejo: si quieren llevarse una buena impresión del país, aléjense de este grupo de población,



1974 - Palm Beach, FL

que a menudo representa uno de los grupos blancos más racistas y reaccionarios de Estados Unidos. He oído que el 80% de ellos votan a los republicanos. Sólo hablan de lo maravilloso que es librarse de los altos impuestos en Dinamarca. Huyen de cualquier responsabilidad humana para que les bajen los impuestos. He conocido a daneses-estadounidenses que eran socialdemócratas “al rojo vivo” en su país, pero que en sólo 5 años se han transformado en los más oscuros reaccionarios. Los daneses-estadounidenses contrastan claramente con los judíos estadounidenses, que son el único grupo blanco con el que siento una fuerte armonía. Este grupo tiene un conocimiento muy profundo de las condiciones de los negros y de los mecanismos sociales que de la misma manera los convirtieron en los “negros” de Europa durante tantos siglos.

A pesar de todo, no pude decir que no a un danés-americano en un Rolls Royce. Enseguida empecé a entretenerle con historias de viajes para que me invitara a casa. Hice especial hincapié en mis experiencias con Rockefeller y Kennedy, ya que todos los pequeños millonarios admiran a los grandes. Sabía que me invitaría a casa sintiendo que eso le acercaba un poco más a los Rockefeller. Funcionó, y acabé volviendo hacia Nueva Orleans. Era el dueño del mejor y más caro hotel de la ciudad, justo en el corazón del Barrio Francés. Todo el mundo en la ciudad lo conocía, y más tarde me dijeron que era dueño de una gran parte del Barrio Francés y especulador inmobiliario (slumlord). Se puso a mi disposición una fabulosa suite en su hotel, la “Maison de Ville”, y me dijeron que sólo tenía que llamar al timbre cuando quisiera algo. Camareros negros con uniformes recién planchados me servían todo en bandejas de plata, con excesivo servilismo. Me senté en el jardín del hotel y dejé que un camarero negro me trajera una cosa tras otra en un intento de que se abriera, pero fue imposible. Probablemente sintió toda su existencia amenazada cuando me dirigí a él como un ser humano

normal. Me senté a reflexionar sobre lo extraño que era que en ese momento Nell estuviera siendo “servida” por carceleros blancos en el infierno, mientras que a mí me servían camareros negros en el cielo. Era como si todo en nuestras vidas, de forma natural, nos hubiera llevado a cada uno a su propio lugar, y nuestra corta amistad sólo hubiera sido un atisbo de utopía. Pero me pareció que Nell, como negro, había llegado en realidad más lejos, pues ¿no era más libre que este siervo roto que sólo era capaz de mantener la cabeza en alto aprendiendo a disfrutar de su propia opresión aquí, en el universo sadomasoquista de este rico danés? ¿No era Karmgard un poderoso opresor y al mismo tiempo un ser humano aparentemente tierno, callado e infeliz que había aprendido a explotar al máximo los mecanismos que le daba esta sociedad? Además, la gente decía que era el homosexual más rico de la ciudad, lo que significaba que él mismo formaba parte de un grupo minoritario oprimido. ¿No era la misma inseguridad de la minoría vulnerable la que le había llevado a esta desafortunada posición, como había llevado a muchos judíos en Europa a una seguridad económica similar a lo largo de los tiempos?

La seguridad en este entorno era nauseabunda. Me sentía inquieto y solo. Era el hotel favorito de las estrellas de cine más ricas y glamurosas, pero no había contacto humano. ¿Debía salir a la calle y encontrar a un pobre con quien compartir mi lujosa suite y una botella de vino? No, uno no debe comprar la amistad con la riqueza, pensé. Ni siquiera con riqueza prestada. Sólo me quedé allí una noche, una noche terriblemente solitaria. Durante años había compartido casas y camas con gente, y fue un shock estar de repente allí sola. Al día siguiente, después de desayunar la bandeja de plata, me apresuré a volver a la libertad, decidido a encontrar gente con la que vivir. En la calle Bourbon, dos chicas jóvenes vinieron corriendo a pedirme un autógrafo. Como eran turistas, habían entrado en el famoso hotel



1973 - New Orleans

por curiosidad y me habían visto sentado en el desayuno bajo las palmeras, por lo que supusieron que era una estrella de cine. Por un momento sentí la tentación de jugar a ser una “estrella de cine” y quizás conseguir quedarme con ellos, pero luego opté por decir la verdad. Entonces perdieron todo el interés en mí y me di cuenta de que había vuelto a la tierra. Debido a la gran cantidad de turistas, es imposible para un vagabundo encontrar un lugar donde alojarse en Nueva Orleans. Hacia la noche estaba muy hambriento y recordé el Bonnie’s Grill de la calle Decatur, que Nell me había enseñado una vez. Bonnie era una mujer blanca enormemente gorda que regentaba un pequeño y cochambroso café. Bonnie era del tipo que sólo podía hablar a la gente con palabras gruesas y malhumoradas y siempre estaba regañando, pero cuanto más duramente hablaba a la gente, más la quería. Podría haber ganado fácilmente un buen dinero con el café, pero en cambio siempre estaba en la ruina porque el lugar era frecuentado por la gente más pobre de la calle, y Bonnie daba comidas gratis todo el día a la gente que no tenía dinero. Bonnie se acordaba de mí y sabía que no tenía dinero, así que enseguida me puso delante un gran cuenco de sémola, y más tarde hamburguesas y otras cosas. Se quedó allí, en toda su inmensidad, con las manos en las caderas y me observó sin decir nada, pero yo sabía que le gustaba porque había conocido a Nell.



1973 - Natchez, MS - Mi sirvienta Earline Gaynes - y más tarde amiga de toda la vida

Sin mencionar a Nell, dijo después de un largo silencio: “Puedes venir a vivir conmigo ahora”. Así que me mudé al horterero y desordenado apartamento de Bonnie. Había piojos y pulgas y varios centímetros de polvo por todas partes. Lo que sucedió en los días siguientes fue peculiar, pues aunque apenas podíamos comunicarnos y no teníamos una relación sexual, rápidamente nos hicimos más cercanos de lo que he estado con cualquier otra persona en mi viaje. Cuando nos dimos cuenta de que probablemente éramos las únicas personas a las que Nell había confiado su pasado, quedamos inseparablemente unidas la una a la otra. Vivir con Bonnie era como vivir en un volcán de calor humano. Es la única que conozco que sigue dirigiendo el “ferrocarril subterráneo”. Vivir con ella era ser despertado casi todas las noches por algún negro huido de la ley. Aquí todos encontraban un lugar de refugio. Bonnie amaba a los hombres negros, especialmente a los que de una forma u otra se habían rebelado contra la relación amo-esclavo. Ella siempre había sido así. Antes había vivido en Jacksonville, Florida, pero los blancos la habían golpeado y expulsado de la ciudad. Se fue a Nueva Orleans, considerada una ciudad sureña más libre. En realidad, sus dos hijos estaban desatendidos y necesitaban ropa, comida sana y vitaminas; pero, por otro lado, gracias a las acciones de su madre, habían sido educados para no odiar, y eran mucho más sanos a su manera que la mayoría de los



1973 - Natchez, MS

niños blancos. A lo largo de su infancia habían visto a asesinos, ladrones, violadores, drogadictos y otros delincuentes ocupar el lugar de su padre en la cama de su madre, pero los habían experimentado a todos como seres humanos porque los veían a través de los ojos de su madre. Bonnie se negó a aceptar y ver sólo sus identidades oprimidas y, a través de esta fe más profunda en los seres humanos, creó realmente seres humanos. Para estos niños, términos como “asesino” y “negro” no tenían ningún significado, ya que en el hogar de Bonnie todos los hombres se comportaban como su “papá”, y así era como los veían los niños. Siempre había alegría cuando un “papá” salía de la cárcel. Bonnie suspiraba un poco porque no volverían a ver a Nell, pero ya estaba preparada para acoger a una nueva Nell. Bonnie y yo desarrollamos una silenciosa comprensión y afecto mutuo que con los años se convirtió en una relación de amor tan fuerte que una y otra vez volví a Nueva Orleans a vivir con ella. Bonnie no sabe si es judía, danesa, irlandesa o polaca. Sólo es americana, dice.

Extractos de cartas originales en mi estilo primitivo



1973 - New Orleans



1974 - Elizabethtown NC



1973 - Allendale County, SC

En mi viaje a Florida, en invierno, descubrí dónde tenían sus raíces ese miedo y esa hostilidad, que florecieron en mi aterrador encuentro en las calles del Norte. Hoy en día, pocos negros recogen algodón, pero encontrarme con los que todavía están atrapados tras la cortina de algodón, en medio de la sociedad acomodada de los años 70, me pareció tan surrealista que inmediatamente me sentí retroceder en la historia, asfixiada por el algodón cuya tiranía blanca envolvía toda la vida de los negros en el Sur.

Cuando trabajé en los campos de algodón, descubrí que la realidad era muy distinta de la que sugerían las fotos históricas y las caricaturas que recordaba de los recolectores de algodón sonrientes y casi infantilmente felices. Las sonrisas de esta foto fueron, de hecho, las únicas que vi en las plantaciones de algodón, cuando uno de los recolectores no entendía cómo funcionaba mi cámara.



2004 - zona rural de Arkansas



1973 - Allendale County, SC



1973 - Allendale County, SC



1973 - Allendale County, SC



1975 - rural Macon County AL



1995 - rural Bullock County, AL



1975 - rural Edgecombe County, NC



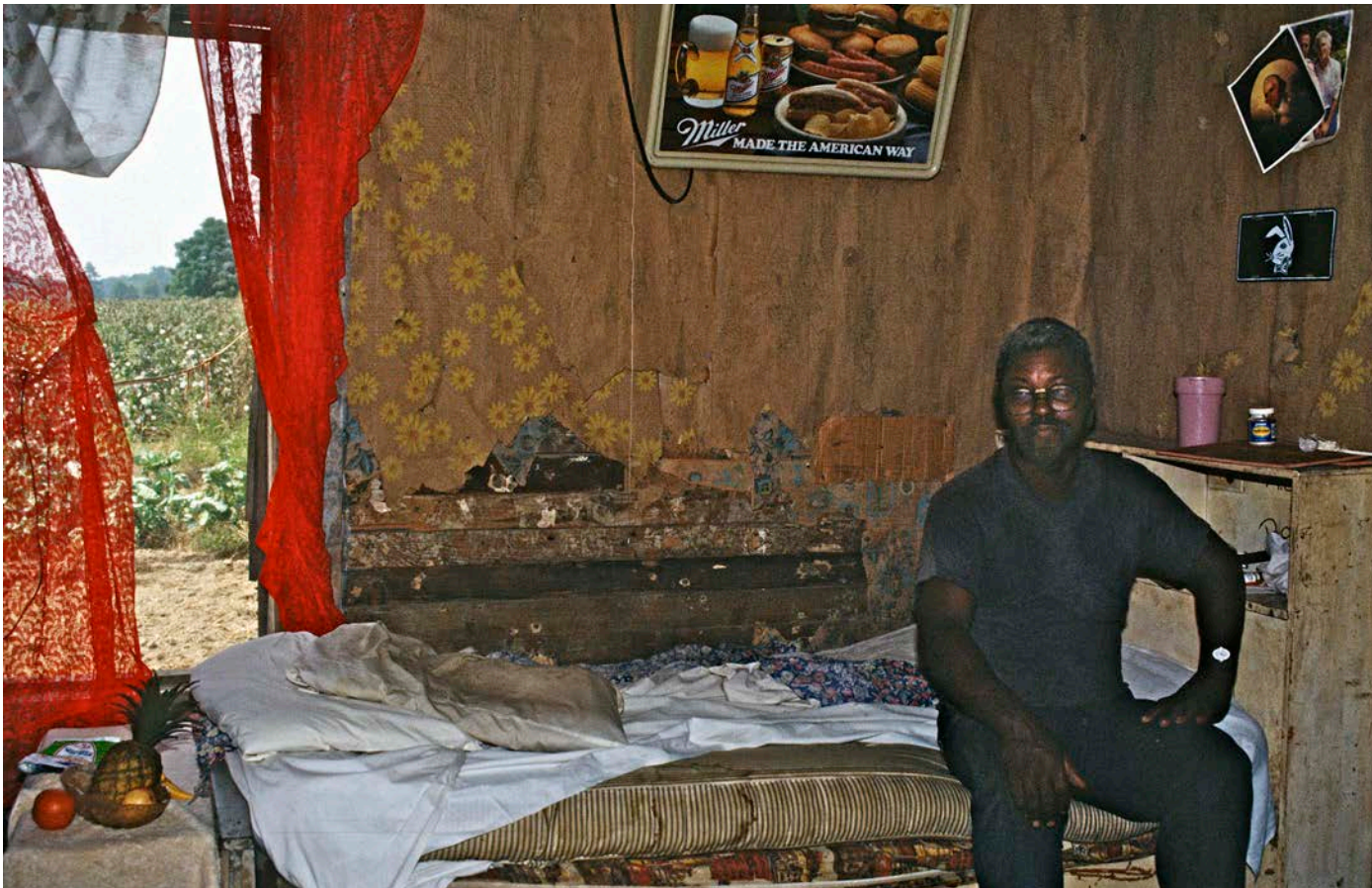
1973 - Allendale County, SC



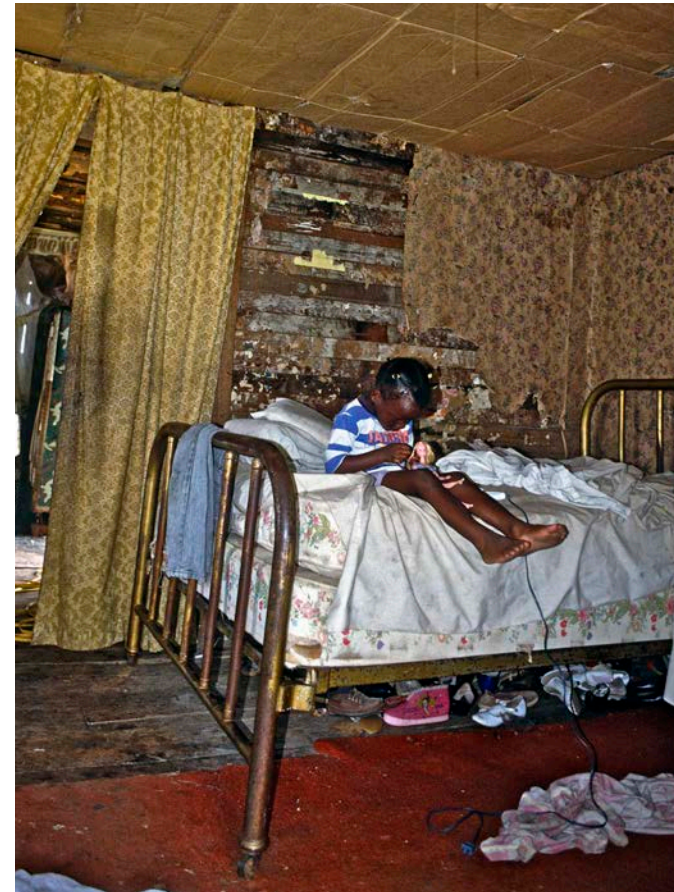
1996 - rural Selma, AL

Me costó mucho tiempo superar su hostilidad y el miedo que me tenían por ser blanco, pero al final conseguí quedarme con Martha y Joe a cambio de darles todo el algodón que recogía. Aunque trabajaba de la mañana a la noche y me dolía todo el cuerpo, nunca conseguí recoger más de cuatro dólares al día. Los otros tenían más experiencia y podían ganar más de seis dólares al día. Era relativamente lo mismo que hoy, cuando veo a Martha y a muchos de los demás trabajando para Walmart y todavía sin poder salir adelante. Trabajábamos a destajo y nos pagaban cuatro centavos la libra. El terrateniente blanco la revendía luego en el mercado a 72 céntimos la libra. Empecé a entender cómo el terrateniente podía permitirse vivir en una gran mansión blanca mientras sus recolectores negros vivían en chabolas.

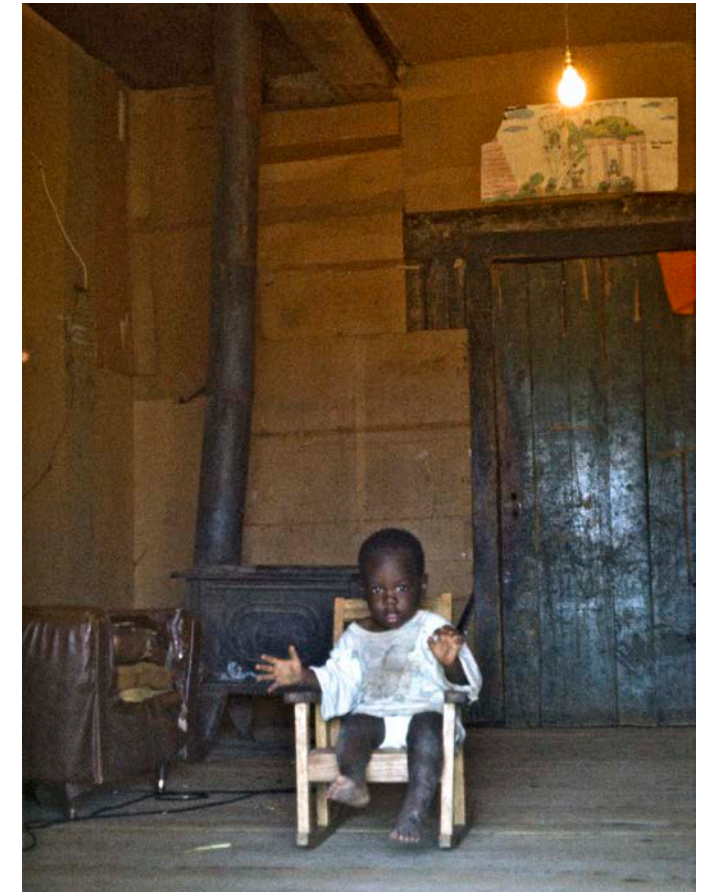
A la hora de salida llegó el hijo del propietario para pesar el algodón y pagarnos en el acto. Estábamos agotados y no había ninguna alegría al recibir el dinero, que apenas alcanzaba para cubrir el queroseno de la lámpara de casa en la choza, que probablemente no era ni más grande ni mejor que aquellas en las que vivían originalmente los esclavos. ¿Cómo puede esta gente llamarse libre, cuando todo lo que les rodea les recuerda la antigua relación amo-esclavo?



1996 - recolector de algodón en la zona rural de Selma, AL



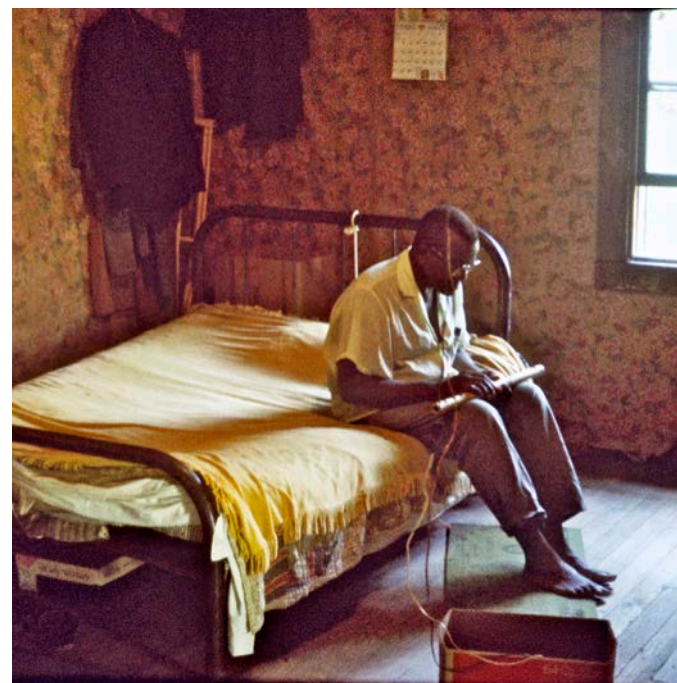
1996 - rural Selma, AL



1973 - Tunica, LA



1990 - rural Burke County, GA



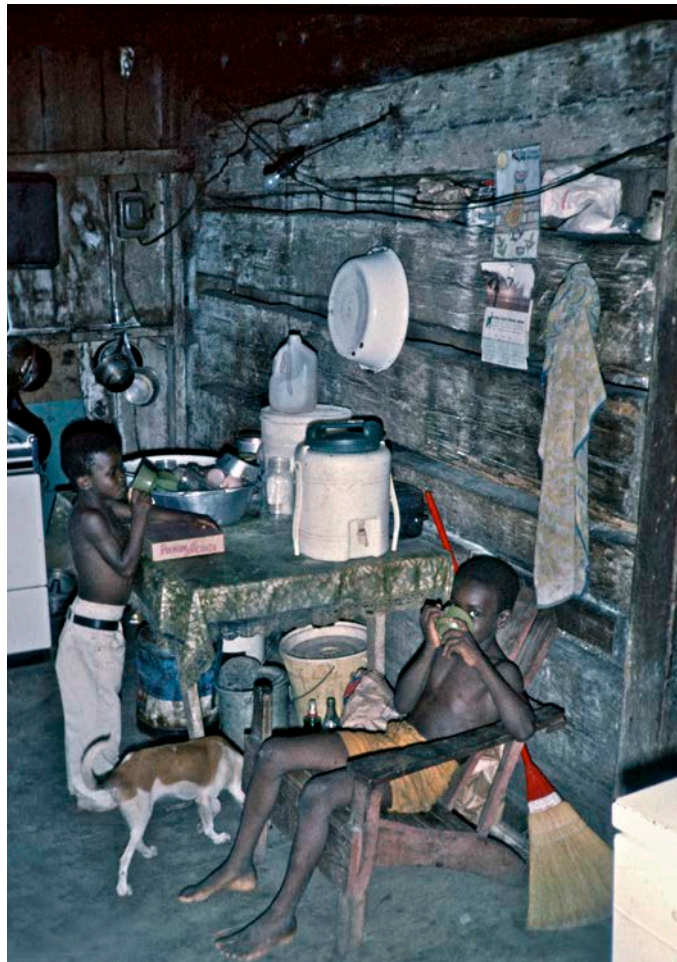
1978 - Bullock County, AL



1974 - Apopka, FL



1995 - rural Edgecombe County, NC



1975 - rural Macon County AL



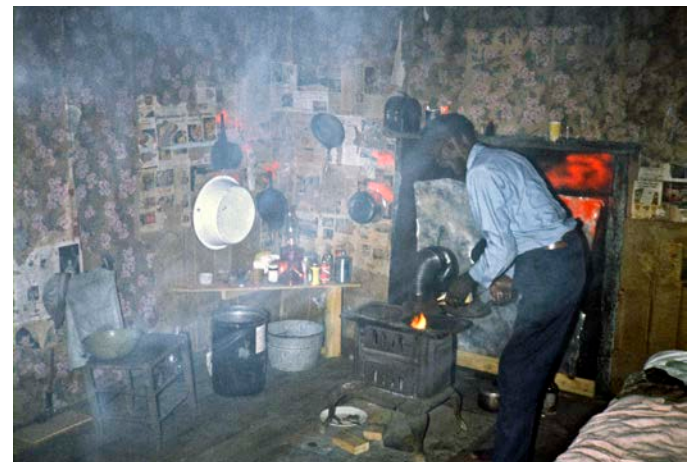
1975 - rural Edgecombe County, NC



1973 - Zebulon, NC



1974 - Washington, NC



1975 - Waynesboro GA



1974 - Washington, NC



1974 - Alachua, FL



1974 - Allendale County, SC



2004 - rural Arkansas



1975 - rural Meridian, MS

*Conductor de esclavos
 Ahora las tornas han cambiado
 coge un fuego
 ahora te vas a quemar
 Cada vez que oigo el chasquido del látigo
 se me hiela la sangre
 Recuerdo en un barco de esclavos
 cómo embrutecieron mi alma.
 Hoy dicen
 que somos libres
 sólo para estar encadenados en esta pobreza.
 Buen Dios
 Creo que es el analfabetismo
 es sólo una máquina que hace dinero.*

Un siglo antes, los blancos creían que su “derecho natural” era invertir en seres humanos como propiedad privada. Hora tras hora, en una versión actualizada de esta creencia, los norteamericanos acomodados pasaban por delante de nosotros en los campos de algodón en sus grandes autocaravanas camino de la soleada Florida. (Muchas de las universidades del norte en las que hablé más tarde, como Harvard, fueron financiadas en su día por la esclavitud). Hoy en día, cada una de sus casas rodantes quema tanta gasolina en una hora como la que podríamos comprar después de todo un día de recogida de algodón. ¿Por qué los papeleros de Nueva York y Massachusetts, que ya tienen casas enormes, pueden tener estas autocaravanas mientras que los recolectores de algodón no tienen ni siquiera una choza impermeable donde vivir?



1974 - Allendale County, SC



1974 - rural Bethel, NC

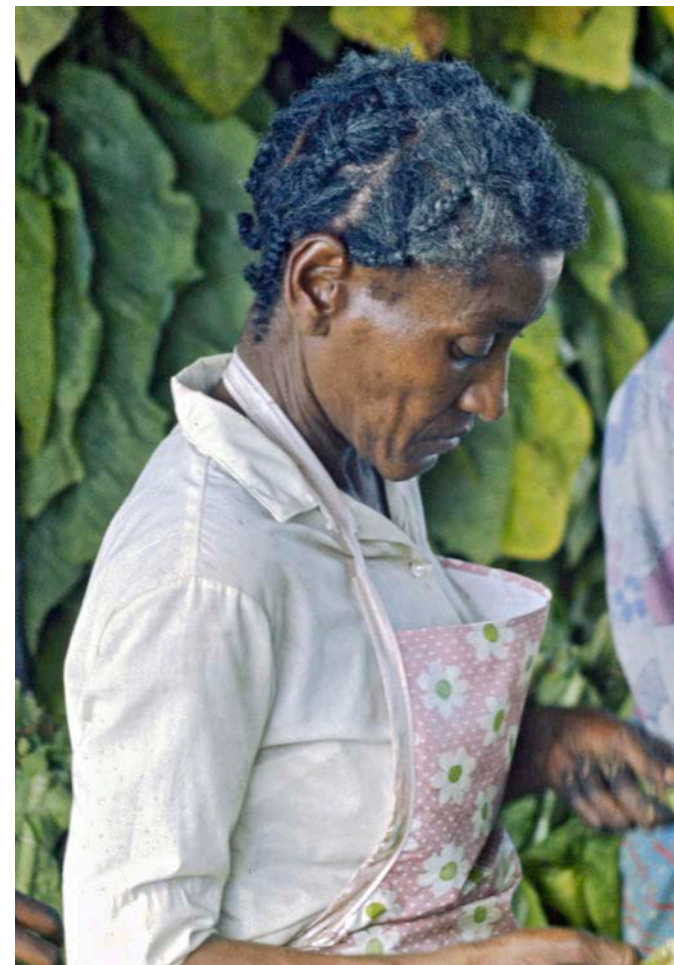
En los campos de tabaco también vi que los blancos eran dueños y directores de todo, mientras que los negros tenían que ir detrás de ellos, tanto en primavera, cuando se plantaba el tabaco y las mujeres desempleadas lo vigilaban desde sus chozas, como en agosto, cuando se recogía. “Es un verdadero trabajo de negros”, oí decir a los blancos. “Ya son negros, así que el alquitrán no se les pega tanto”. Por ley, los trabajadores tienen garantizado un salario mínimo, pero sólo es un tercio del de Dinamarca. Y lo que es peor, como la recogida de tabaco es un trabajo estacional y no hay mucho trabajo el resto del año, se trata de unos ingresos escasos. Estas personas, que podrían haber conseguido la igualdad y la libertad si recibieran tan sólo un par de céntimos por paquete de cigarrillos vendido, llevaban expresiones faciales mientras trabajaban que sólo podría llevar un esclavo.



1988 - rural Bethel, NC



1974 - rural Bethel, NC



1974 - rural Bethel, NC



1974 - rural Bethel, NC



1986 - Wendell, NC



1986 - Wendell, NC

Más tarde, en verano, el tabaco se secaba y se vendía en subasta. En pocos lugares se sigue imprimiendo de forma tan visible y forzada la relación amo-esclavo en la conciencia de los negros. Allí donde voy, veo a los compradores blancos de las compañías tabacaleras que van delante, haciendo rápidas y discretas señales con los dedos en punta y moviendo la cabeza, mientras los negros se apresuran detrás de ellos a empaquetar los fardos de tabaco. Los blancos entran en la sala de subastas en grandes y llamativos coches. Almuerzan filetes del tamaño de un plato en mesas interiores, mientras que los negros tienen que comer su bolsa marrón fuera.

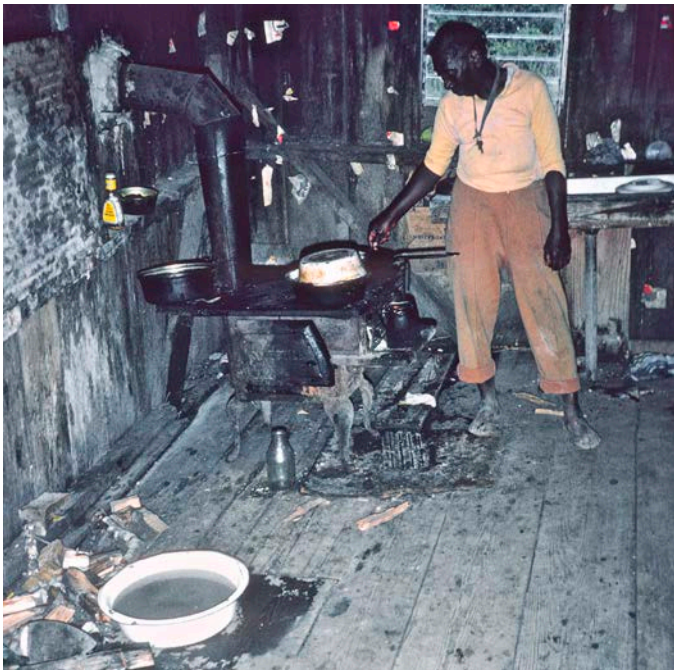
Hoy en día, la mayoría de los negros han abandonado los campos de tabaco en favor de los inmigrantes ilegales mal pagados



1974 - rural Bethel, NC



1974 - rural Bethel, NC



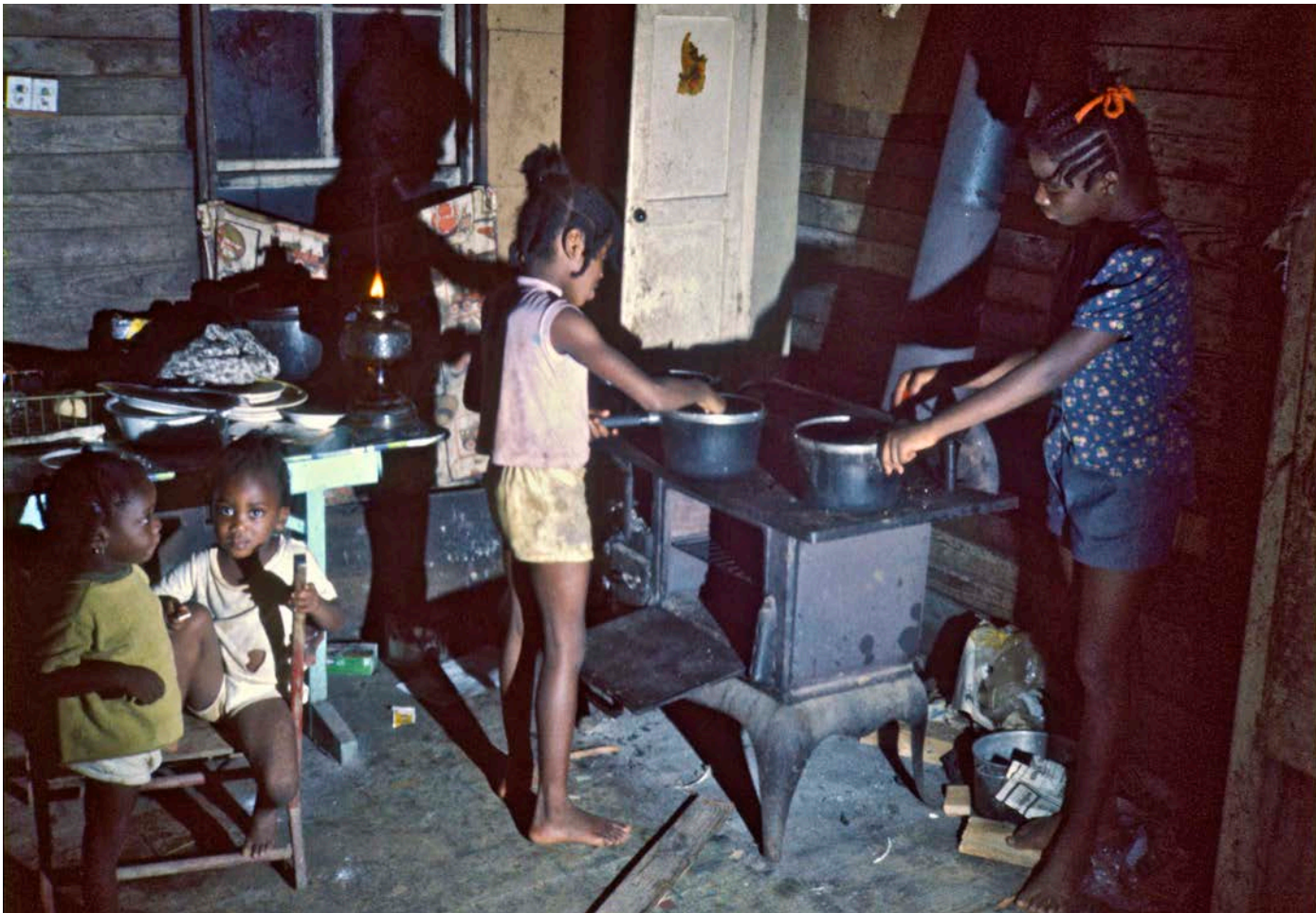
1975 - Bullock County, AL



1973 - Zebulon, NC



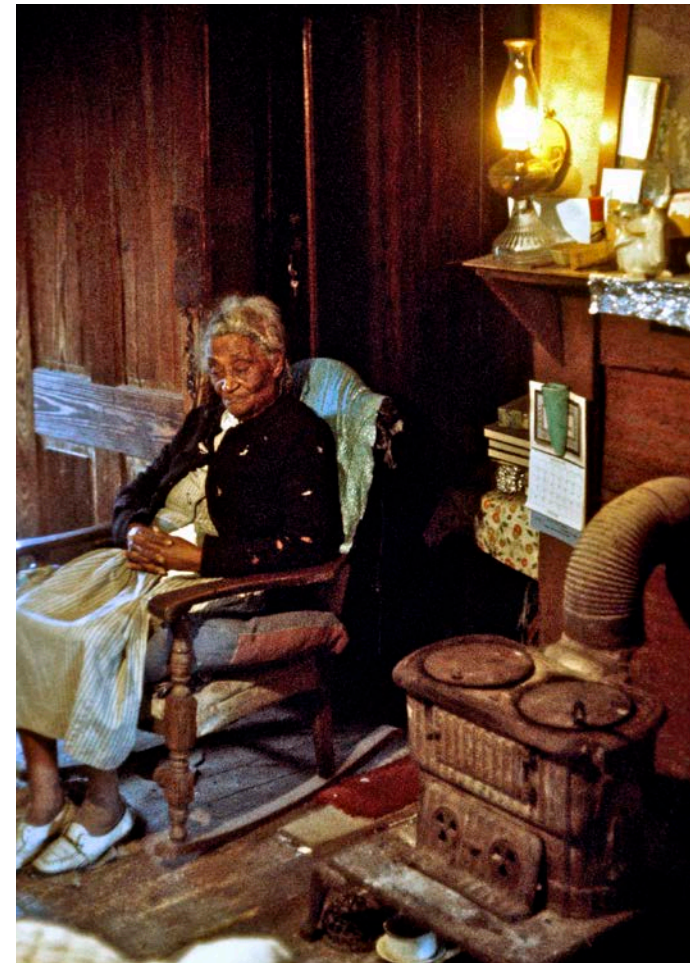
1973 - Tunica, LA



1975 - rural Meridian, MS



1975 - rural Macon County, AL



1978 - Waynesboro, GA



1975 - rural family TN



1975 - rural LA



1996 - Houma, LA



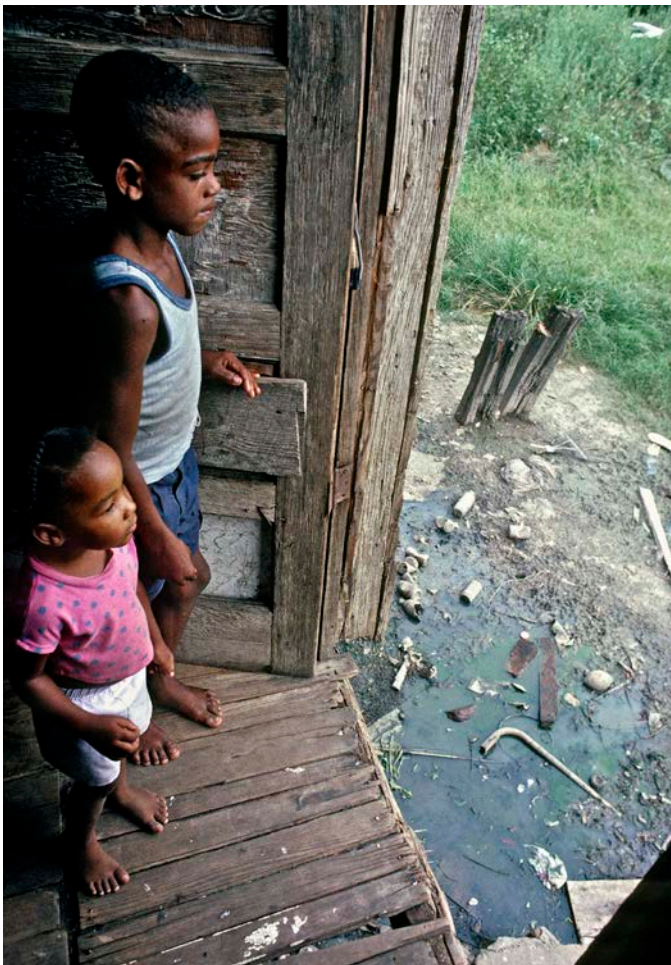
1974 - rural store LA



1973 - Labarre, LA

En invierno solía merodear por los estados sureños más profundos, y un año, en Navidad, acabé en las plantaciones de azúcar de Luisiana. Mientras que en los campos de tabaco de Carolina del Norte había percibido la esclavitud principalmente como un estado de ánimo, aquí me sorprendió encontrar condiciones puramente feudales, similares a las de los siervos. Los blancos eran dueños no sólo de las plantaciones, sino también de las casas en las que vivían los trabajadores negros. Las chozas se extendían alrededor de su gran casa de la plantación en pequeños grupos, exactamente como en la época de la esclavitud. Los blancos también eran dueños de todo lo demás en estos pequeños pueblos, incluida la única tienda, conocida como “la tienda de la compañía”. Los precios eran un 30% más altos aquí que en las tiendas de las ciudades más grandes, donde los trabajadores no podían permitirse ir y donde, por cierto, a menudo no podían leer las señales de la calle (muchos eran analfabetos).

Sus ingresos medios estaban por debajo de los 3.000 dólares anuales, con los que a menudo tenían que mantener a una familia de 6 a 10 personas. Por ello, para sobrevivir, los trabajadores empezaron a pedir préstamos al propietario y pronto se endeudaron. Por lo general, no pagaban con dinero en efectivo en sus tiendas, sino que obtenían más créditos y se veían empujados poco a poco a la esclavitud económica. Las personas que no reciben un salario por su trabajo sólo pueden ser llamadas esclavas. Al caer en ese círculo vicioso, eran de hecho propiedad del terrateniente: no podían abandonar su plantación hasta que no pagaran su deuda. Y eso sólo podía ocurrir por un milagro.



1996 - rural Montgomery County, AL



1996 - rural Montgomery County, AL



1996 - rural Montgomery County, AL

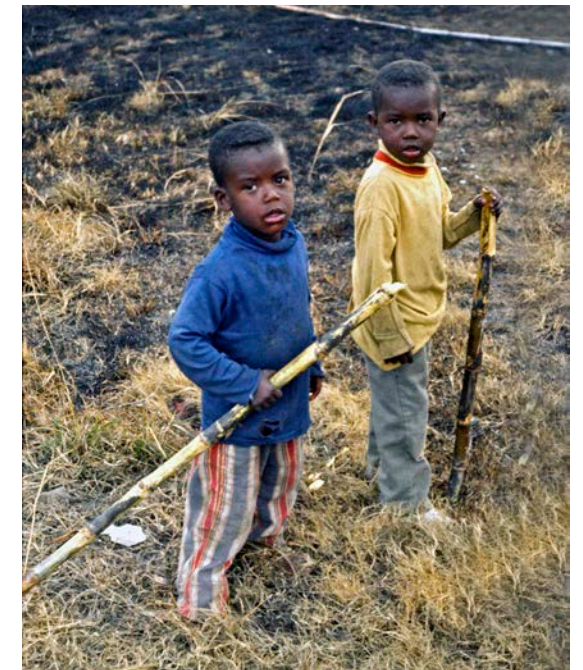


1990 - rural Burke County, GA

Cuando estuve en Nueva Orleans en 1973, un periódico publicó artículos sobre este feudalismo en las afueras de la ciudad, ofreciendo relatos sentimentales de los niños de las plantaciones de azúcar, que sólo recibían una naranja una vez al año, en Navidad.

Se puso en marcha una campaña lacrimógena para enviar a los niños regalos de Navidad, y los estudiantes de odontología organizaron autobuses dentales gratuitos cuando se supo que nunca habían podido permitirse ir al dentista.

Más tarde me enteré de que otras personas se habían esforzado por organizar a estos trabajadores esclavos. Un sacerdote católico blanco intentó organizar a los negros -las reuniones se celebraban en secreto porque les disparaban constantemente- pero fue en vano. Los negros, que recordaban una insurrección anterior en los años 30 en la que murieron muchos, tenían miedo de perderlo todo. Aunque probablemente esto haya pasado a la historia para los blancos, pronto descubrí en todos los lugares de la comunidad negra que un esclavo recuerda durante generaciones.



1974 - rural Houma, LA



1973 - Tunica, LA

Debido al miedo a las represalias de los blancos, era casi imposible vivir con los trabajadores de las plantaciones. Cuando por fin conseguí encontrar un lugar y me acosté, el rumor sobre mí ya había corrido por el pueblo como un rayo. De repente, la puerta se abrió de un tirón y George Davis, un vecino enfadado, me clavó el cañón de una pistola en el estómago y me persiguió hasta la noche de invierno.

Más tarde, esa misma noche, Virginia Pate, una pobre viuda, se apiadó de mí y me dejó compartir la cama con cinco de sus hijos en una choza situada en los pantanos. Por la mañana hace frío cuando se apaga la estufa, y como los niños se tapaban con la manta, me congelé la primera noche. Pero a la mañana siguiente Virginia empezó a reparar colchas viejas para que no me congelara la noche siguiente. Nunca olvidaré a esta viuda, a la que he visitado casi todos los años. Estaba dispuesta a desafiar a los blancos aunque ella misma no se atrevía a quedarse bajo el mismo techo conmigo (dormía en la choza de su hermana Eleanor). Iba a cazar a los pantanos, junto con su hijo Morgan, en busca de armadillos y otros animales. Obteníamos agua potable del canalón del tejado. George Davis fue asesinado posteriormente por la sobrina y el sobrino de Virginia.



1973 - Tunica, LA



1975 - este de Meridian, MS - hoy un centro comercial



1973 - Natchez, MS



Entregando mi libro a Virginia Pate en 1978

Ni en mi más descabellada fantasía había imaginado que mi amistad con Virginia Pate duraría casi 40 años, hasta que en 2012 vine a despedirme de ella poco antes de su muerte. A lo largo de los años había traído conmigo a innumerables amigos, incluido un líder del Ku Klux Klan, para que la vieran. Cuando los equipos de filmación daneses vinieron a hacer películas de ella, los llevó a todos los lugares en los que me había quedado con ella y su familia. Porque a través de ella también me convertí en un miembro de su gran familia de 7 hermanas y 4 hermanos. Al igual que con muchas otras familias en este libro, hice elaborados árboles genealógicos para llevar la cuenta de su creciente número de hijos, 17 nietos y 10 bisnietos. Sus hijos Morgan, Doretha y Oliver subían a menudo al escenario conmigo para responder a las preguntas de mi público, “cómo era para ellos haber compartido la cama con un hombre blanco de aspecto extraño”.



46 Virginia intentando estrangular al líder del Ku Klux Klan Jeff Berry en 2005



Última visita a Virginia en el hospital en 2012

Su hermana Beryl o “Black” divertía a todos mis amigos. Aunque era profundamente religiosa, como guardián de la prisión local de Angola se sentaba en la torre 12 horas cada noche. “¿Dispararías a tus dos sobrinos si intentaran huir?” “Por supuesto, dispararía a cualquiera que se acercara a la valla”. Porque fue su hermana, los dos gemelos de Elnora, Bertha y Bertram, quienes mataron a George Davis, que la primera noche casi me había matado con su escopeta en la casa de Virginia. No conocí a Bertha, que aparece aquí, hasta 1994, cuando fue liberada, pero con su condena de 75 años Bertram nunca saldrá de Angola.

Y esto me lleva al punto de por qué es tan importante reunir a la gente. Los conocí a todos el 13 de abril de 1973, cuando intentaba entrar en la prisión de Angola porque los negros de Nueva Orleans me habían dicho que una vez que entrabas allí, no volvías a salir. Yo había empezado a fotografiar para los Panteras Negras y el año anterior tres activistas Panteras de Nueva Orleans habían sido falsamente acusados de apuñalar a un guardia blanco. Inculpados por completo por su activismo panteril, fueron recluidos en régimen de aislamiento de por vida. En 1994 invité a Anita Roddick conmigo. Se había convertido de la noche a la mañana en multimillonaria al sacar a bolsa su empresa de cosméticos, The Body Shop, y quería mi ayuda para invertir en la comunidad negra. Así que, cuando Bertha y yo le hablamos de “Los tres de Angola”, inició una campaña mundial para su liberación. Consiguió entrar en la cárcel para visitar a los tres “presos políticos”, donde Woodfox habló de su supervivencia a través de los Panteras Negras y de la lectura en su celda sobre la historia de la opresión negra. “Cuando empecé a entender quién era, me consideré libre”. Ahora Anita tenía el poder de hacer un cambio para la gente oprimida, y lo utilizó para conseguir la liberación de los tres Panteras tras 30-42 años de confinamiento solitario, el más largo de la historia de Estados Unidos. Esto es lo que surgió de mi amistad con Virginia Pate y el motivo por el que me encanta esta foto que Anita nos tomó juntas. Al año siguiente Anita me invitó a su castillo, junto al Balmoral de la Reina. El privilegio blanco tiene muchas caras.

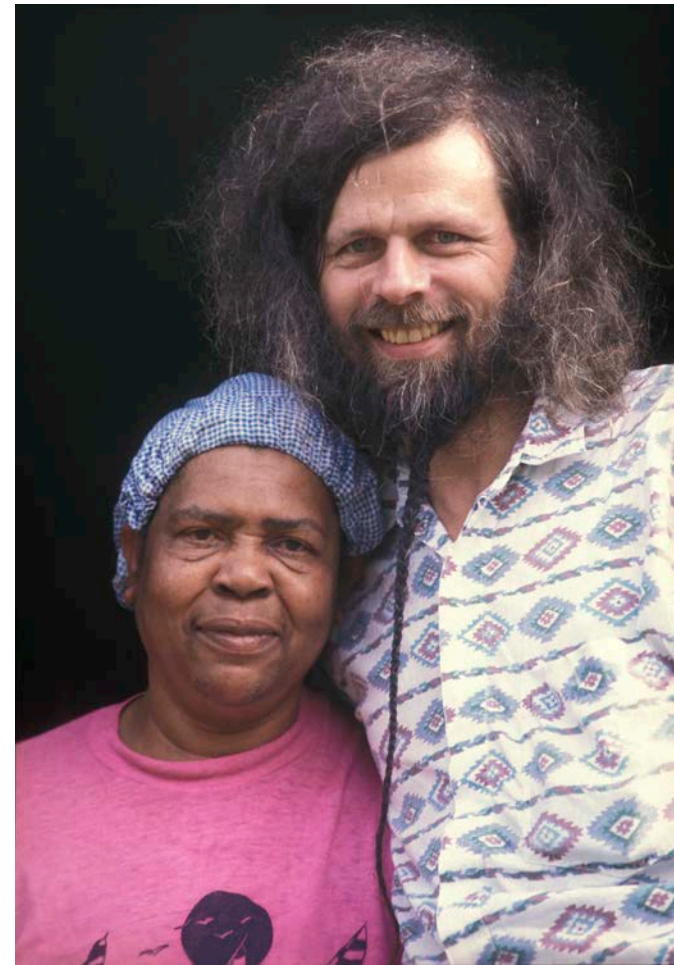
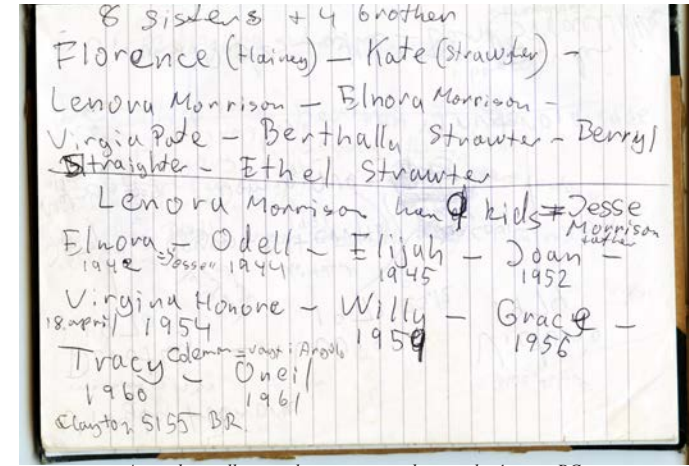


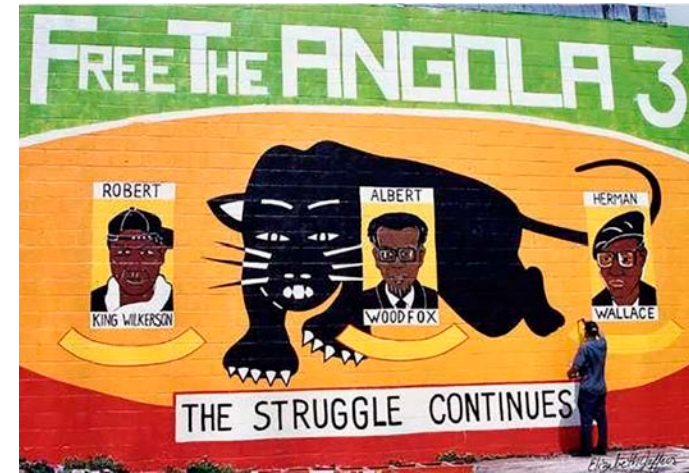
Foto de Virginia Pate y mía tomada por Anita Roddick en 1994



Anita Roddick en 1994 con la sobrina de Virginia, Virginia Honore



Antes de que llegaran los programas de genealogía para PC



De la lucha por la liberación de los Angola 3



Bertha en 1994, tras su liberación, escribiendo a su hermano gemelo en Angola 47



1974 - Immokalee, FL



1996 - Belle Glade, FL

En mis años de vagabundeo, entre 1970 y 1976, el fiscal general de Florida acusó de esclavitud a los propietarios de las plantaciones de azúcar. Unos pocos fueron encarcelados por encadenar realmente a los trabajadores, pero poco después esos propietarios de esclavos simplemente no fueron procesados. Tras una agotadora jornada de trabajo, los hombres eran conducidos en camiones como si fueran ganado a los campos de esclavos, a menudo rodeados de alambre de espino. Justo antes de mi visita, dos de estos camiones volcaron, matando a uno e hiriendo a otros 125. En lugar de recibir una indemnización, los hombres fueron despedidos. Dentro de los campos, a menudo con más de 100 personas por habitación, sólo un trabajador se atrevió a hablar conmigo. Nos escondimos en un cuarto de baño, ya que fueron despedidos por hablar con los blancos. Estos campos de esclavos son propiedad de Gulf & Western, pero los verdaderos dueños de los esclavos son el gobierno y el público, que pagan hasta la mitad de los costos de operación para evitar el azúcar importado más barato.



1974 - Palm Beach County, FL

4 Are Convicted of Enslaving Migrant Workers in the South

Special to The New York Times

TAMPA, Fla., Aug. 18 — A farm labor crew chief, his two sons and another man were convicted today of holding migrant workers in slavery. After a day and a half of deliberation, a Federal jury found the men guilty of forcefully keeping the workers, recruited along the East Coast in 1979 and 1980, in involuntary servitude at two Southern labor camps through threats of violence and actual beatings. Attorneys for the four defendants, Willie Warren, 49 years old, Willie Warren Jr., 26, Richard Warren, 24, said Mr. Warren was within his rights when he sold the workers food and wine. He also said that many of workers who said they were against their will were taken by Warren to doctors and social work outside the camp. "These are not the acts of a man trying to run a slave camp," Mr. Warren said in his argument at the close of a 10-day trial. Richard Simmons, 45, an unemployed cook from Atlanta, told the jury

1983 - New York Times



1996 - Benson, NC



1974 - Belle Glade, FL



1974 - rural Palm Beach County, FL



1974 - Belle Glade, FL



1974 - Belle Glade, FL



1974 - Palm Beach County, FL



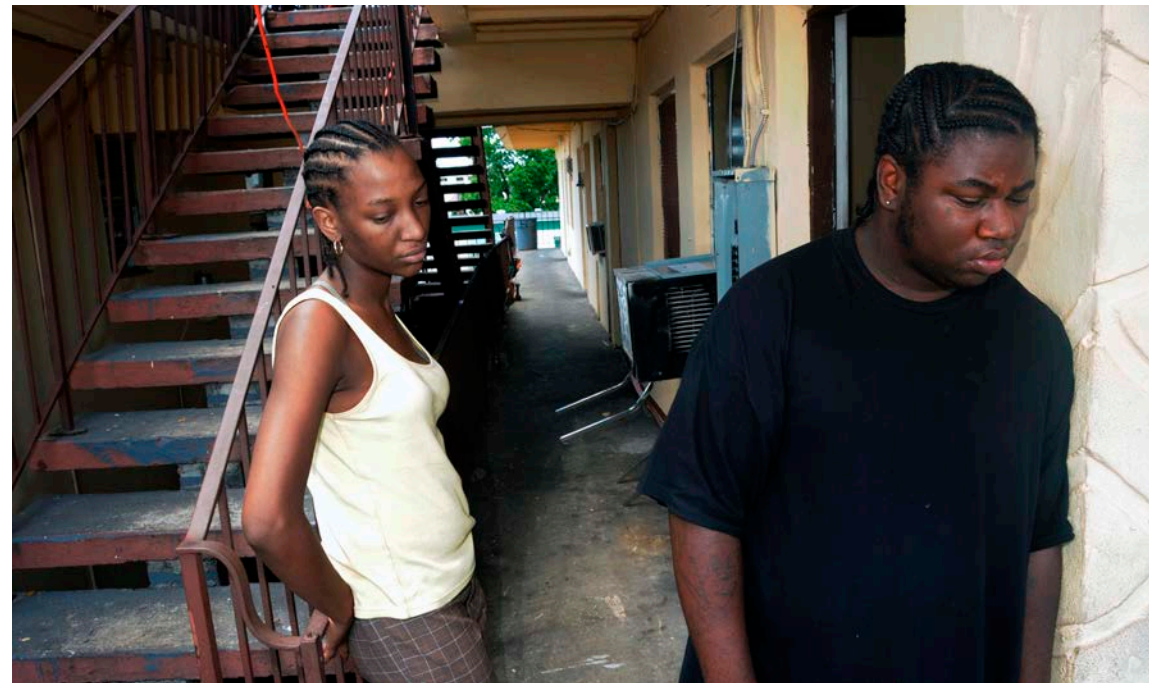
1974 - Belle Glade, FL



1974 - Hwy 29, FL



1974 - Allendale County, SC



2009 - Belle Glade, FL



1974 - rural Greenville, NC

Hoy en día, cada vez encuentro más de estos campos de esclavos y a menudo llevo a mis conmocionados estudiantes universitarios a visitarlos. En Carolina del Norte, encontré bares donde los “cazadores de esclavos” secuestran a hombres borrachos para llevarlos a sus campamentos. Estos campamentos separan y destruyen a la familia negra, como siempre ha hecho la esclavitud. Las esposas y los hijos no están permitidos en los campamentos. Varios hombres con los que hablé llevaban hasta ocho meses sin ver a sus familias. Un autoestopista negro manchado de sangre al que recogí después de una conferencia a última hora de la noche había sido tan golpeado por los guardias durante su intento de fuga que tuve que curar sus heridas. Me habló de otro al que los guardias le aplastaron las piernas tras un intento de fuga y que ahora tenía que caminar con muletas. “Bienvenido al mundo libre”, le dije. Pero él negó con la cabeza. Estaba de camino a los campos de Carolina del Norte, y votar con los pies no era una opción real para alguien encarcelado por los indiferentes votantes estadounidenses en este gulag. En otros lugares, vi campamentos de inmigrantes en los que familias enteras podían vivir juntas pero dependían tanto de los ingresos de los demás que no podían permitirse que sus hijos dejaran el trabajo para ir a la escuela. Incluso hoy, gran parte de la fruta de Estados Unidos es recogida por niños menores de 16 años. Vale la pena recordar, cuando en Europa nos bombardean con productos frutícolas estadounidenses baratos, que éstos no sólo son el resultado de unos salarios sólo la mitad de altos que en Escandinavia, sino también las “uvas de la ira” de los trabajadores agrícolas, a los que hemos decidido no proporcionar ninguna red de seguridad social como la nuestra. No tienen prestaciones de desempleo, ni atención médica o educación gratuitas, ni ayudas al alquiler, ni suplemento por hijos, ni guarderías, ni jardines de infancia. Cuando enferman, se mueren de hambre y son desahuciados como Sonny, a la derecha, en 2009 en Belle Glade. La fruta barata que disfrutamos nos hace culpables de la esclavitud de facto.



1974 - Belle Glade, FL with white landlord



1992 - USA Today



2009 - Belle Glade, FL



1996 - Immokalee, FL



1974 - Apopka, FL

Un día vi el nombre de Coca-Cola en los camiones que llevan el zumo de naranja desde los campos a los estados del norte y descubrí que Coca-Cola, bajo el nombre de Minute Maid, es propietaria de bastantes de estos campos de esclavos. Los campos de esclavos de Coca-Cola no son los peores de Florida, aunque muchos niños padecen enfermedades carenciales y anemia, lo que los deja exhaustos y demacrados. Cuando mi libro salió a la luz, Coca-Cola me envió una carta en la que admitía lo terrible de las condiciones, pero también afirmaba que ahora habían emprendido reformas y se ofrecía a llevarme en avión para que pudiera dar testimonio de que habían mejorado las condiciones. Me encantó que mi crítica social fuera recompensada con unas vacaciones en Florida. Pero cuando volví unos años más tarde, el único cambio visible era el cambio de nombre de algunas chimeneas.



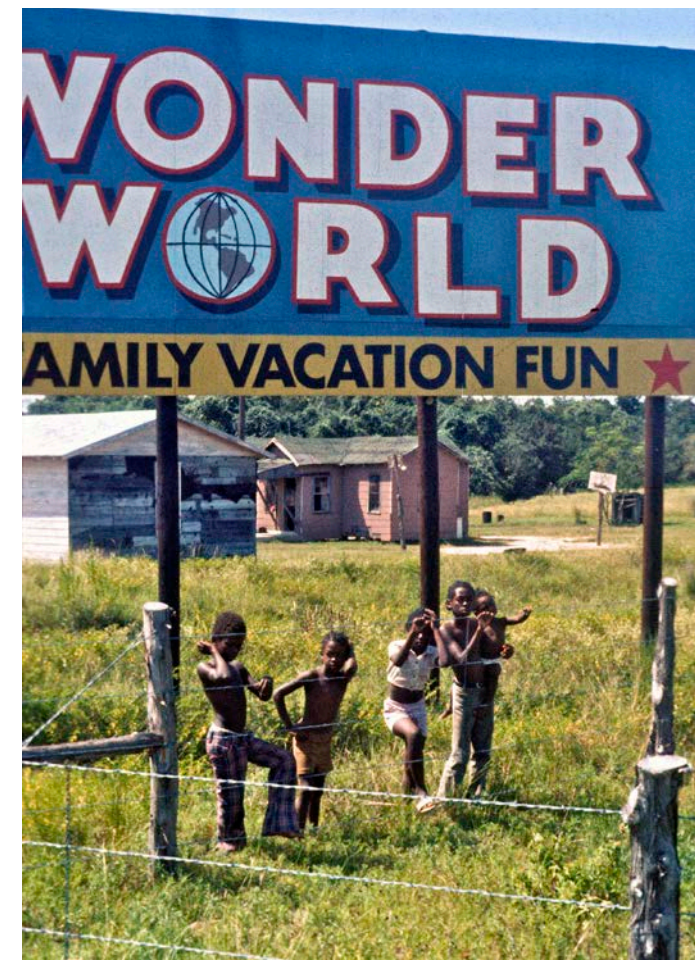
1974 - rural Homestead, FL



1974 - Hwy 29, FL



1975 - NY



1974 - rural TX

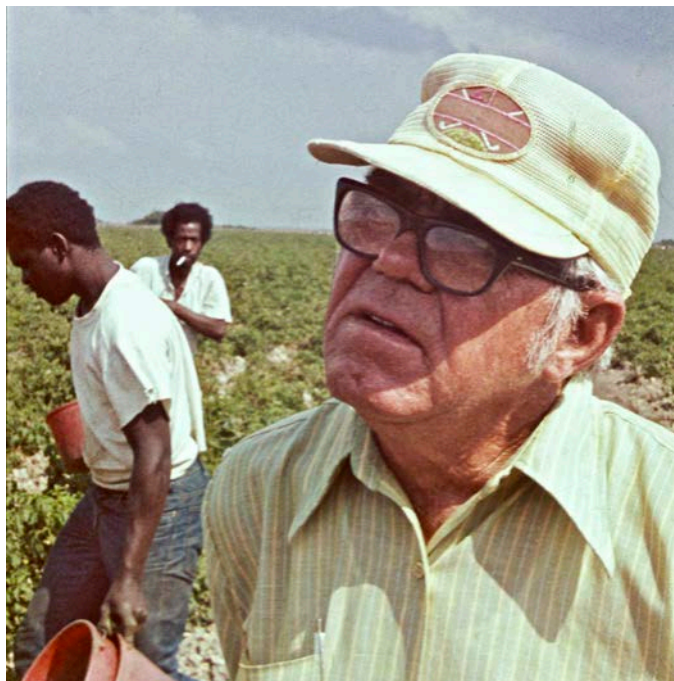


1974 - rural Homestead, FL

En el sur de Florida, llegué a vivir con un cultivador de tomates blanco que me dijo que ganaba casi un millón de dólares al año con los trabajadores inmigrantes. Me echó cuando descubrió mis fotografías de “negros”:

- Ahora, ¿cuál es su principal objetivo? No es sólo ir de gira. No nací ayer. Te digo la verdad, tú eres de ese rollo de los derechos civiles en el Norte.
- No, sólo estoy estudiando agricultura para un libro...
- Bueno, si te quedas con esta gente de mala muerte, ese es el tipo de libro de mala muerte que vas a tener, ¿no es así? Depende de la clase de gente con la que hables. Dices que hablas con blancos y con gente de color.
- Yo confío en todos.
- Encontrarás que la gente de color es tratada mejor aquí que en cualquier parte de los Estados Unidos. Son felices.

Siempre traté de respetar la honestidad de estos racistas sureños, así que cuando mi grabadora reveló más tarde que yo, en el calor de la discusión, le había dicho una mentira (blanca), me sentí un poco deprimido. En aquel momento no tenía ni idea de que mis fotos acabarían algún día en un libro.



1974 - Hwy 29, FL



1994 - rural Bullock County, AL

Más tarde me tocó convivir con algunos de sus trabajadores de campo, que eran negros y mexicanos fugitivos. Su situación es deprimente, por decirlo suavemente. Muchos están demasiado destruidos para hablar de su situación, pero esta mujer, que era una de las pocas blancas pobres de los campos, me contó, en su pequeña choza alquilada, las condiciones:

- ¿Has recibido alguna vez asistencia social o cupones de comida?
- Si pudiera recibirlos, lo haría, porque realmente los necesito.
- ¿Cuánto suele ganar su marido a la semana?
- No mucho, treinta y cinco o cuarenta dólares a la semana, quizás. Eso no alcanza para pagar el alquiler y para comer.
- ¿Y tú trabajas siete días a la semana?
- Siete días a la semana por 40 dólares, ¡sí!
- ¿Hubo momentos en los que no tenías nada que comer?
- Ha habido momentos en los que no tenía nada, ni siquiera un cigarrillo. He estado donde sólo tuve azúcar, agua y pan durante tres semanas. La gente que no tiene, realmente sufre.
- ¿Pero a quién culparías de todo esto?
- Al gobierno. Está tratando de matarnos de hambre. -¿No culpas a la gente de aquí?
- No, no culpo a mi gente. Culpo a mi gobierno.
- Me alegra que no culpes a los negros o a los mexicanos por ello. Mucha gente lo hace, sabes.



1974 - Hwy 29, FL



1974 - Immokalee, FL

- No, esto viene del propio gobierno. Esa es la razón por la que ha habido todos los disturbios y todas estas cosas... Me han quemado la ropa y todo tres veces.



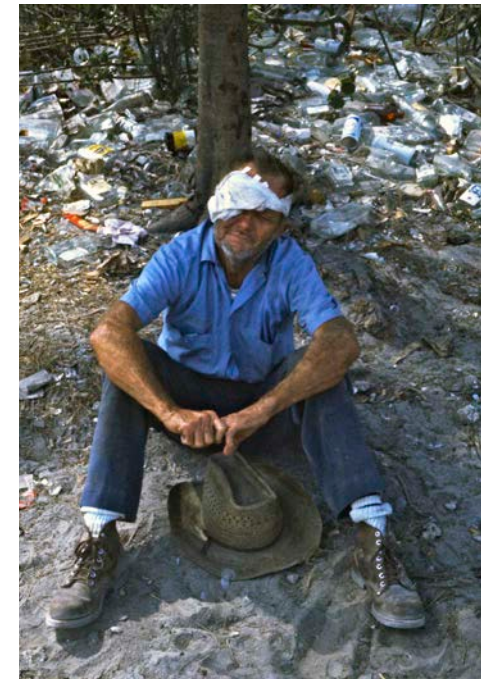
1974 - Immokalee, FL



1974 - Immokalee, FL

Fue una agradable sorpresa encontrar a una blanca pobre que no culpaba indirectamente a los negros de su propia desgracia, ya que es habitual entre los blancos pobres convertirlos en chivos expiatorios. En su pueblo, Immokalee, varios de los propietarios blancos de los campos de esclavos fueron encarcelados por el fiscal general de Florida.

Pero las condiciones han empeorado mucho desde mis primeras visitas, cuando los guardias armados disparaban a todos los intrusos. Cuando llegó la NBC, los periodistas recibieron disparos y no pudieron filmar nada. Incluso los paletos blancos inclinados a la violencia me advirtieron que no fuera allí y no se atrevieron a llevarme ni siquiera de día. Acabé viviendo allí durante una semana con unos pobres trabajadores inmigrantes, pero a día de hoy me sorprende haber escapado con vida. De alguna manera conseguí hacerme amigo de uno de los guardias negros, que me dio un poco de comida y me siguió a distancia por las calles para “protegerme”. Tanto él como el jefe de policía me dijeron que en el último medio año se habían encontrado 25 cadáveres en las calles de este pueblo de sólo 3.000 habitantes. Todas las noches oía disparos.



1974 - Immokalee, FL

Vi más sangre allí que en ningún otro lugar de América, pero sólo me atreví a fotografiar algunas cosas. Este mexicano fue apuñalado mientras yo estaba sentado a su lado. Todas las mañanas había una hilera de individuos desvencijados a lo largo de la carretera que habían sido golpeados y despojados de todo la noche anterior y ahora intentaban salir de la ciudad haciendo autostop. Pero muchos nunca salían de este campo de esclavos. Lo que más me interesaba no eran los cadáveres, sino los vivos, personas en las que todo se había extinguido. Estos desgraciados agotados, que habían conseguido sobrevivir trabajando duro siete días a la semana, habían sucumbido lentamente y ahora estaban tirados esperando a morir. Por la noche dormían en la calle. Uno de ellos está apretujado entre las máquinas de Pepsi y Coca-Cola.



1974 - Immokalee, FL



1974 - Immokalee, FL

Veinticinco años después, el panorama no había cambiado. En 2008, la Campaña Antiesclavitud de los Trabajadores de Immokalee ganó su demanda contra lo que el fiscal general de EE.UU. calificó de “esclavitud absoluta”. Cuando llevé a un autoestopista a su casa en Immokalee en 1996, mi compañera de viaje, Eli Saeter, una noruega, escribió sobre el viaje en su libro: “Fuera de la casa donde estamos ahora, el autoestopista encontró a dos personas asesinadas. A uno le habían disparado en la cabeza. El otro fue apuñalado. Tengo miedo. No me atrevo a dormir. Jacob está agotado, ha conducido demasiado lejos. Duerme como una roca”.



1974 - Immokalee, FL

Pronto recibí tantas amenazas de muerte por mi fotografía que, como los esclavos negros fugitivos de antaño, encontré refugio con los indios fuera de la ciudad. Viví aquí con una mujer seminola. Me pareció romántico vivir en una cabaña de hojas de palmera, pero el romance no iba a durar sólo un par de días. Una noche me despertaron los gritos que me ordenaban salir de la cabaña. Sentí que había llegado mi última hora, pero no tuve más remedio que salir a los faros de una camioneta desde la que unos hombres armados me gritaban con acento mexicano “Sal de la ciudad antes del amanecer. Si no, no volverás a ver el amanecer”. Sabía que hablaban muy en serio, y la mujer no se atrevió a albergarme por más tiempo, así que me escabullí del pueblo como una sombra, agradecido de que los Seminolas me hubieran dado cobijo como antes lo hicieron con los negros.

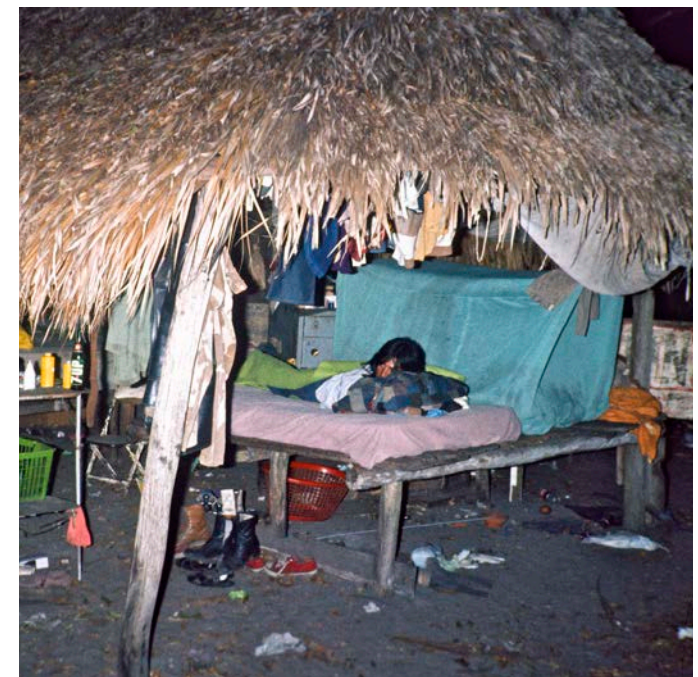
Que efectivamente había vivido al margen de la ley lo comprobé años más tarde, cuando regresé y descubrí que los seminolas habían creado el primer casino para nativos americanos de Estados Unidos, sentando las bases de una industria multimillonaria que sustituiría a la lucha de caimanes y a sus anteriores tipos de juego. Sin embargo, no me sorprendería que los blancos se apoderaran de ella hace tiempo, del mismo modo que se apoderaron de tantos negocios de los negros.



1974 - Immokalee Reservation, FL



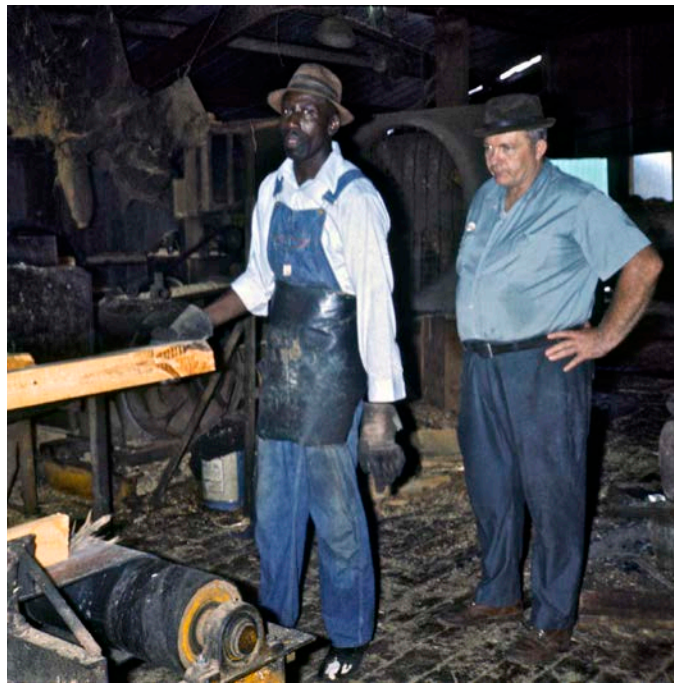
1974 - Immokalee Reservation, FL



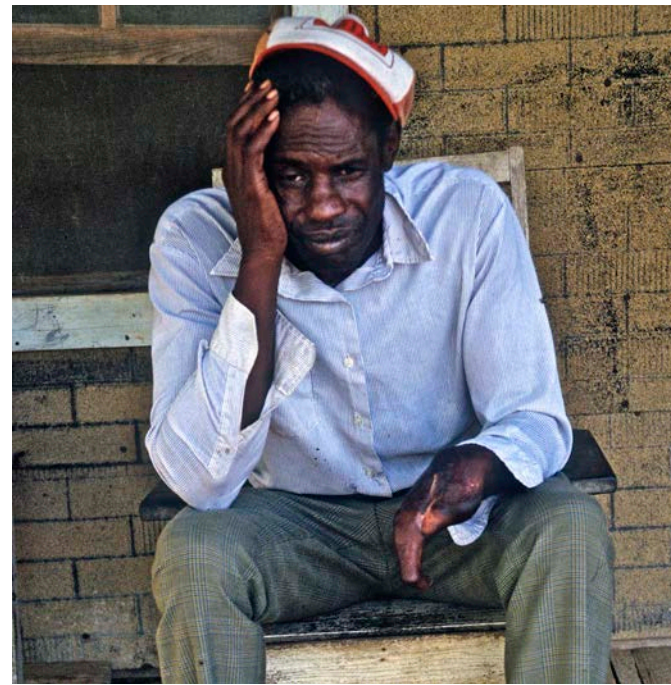
1974 - Immokalee Reservation, FL



1975 - Washington, GA

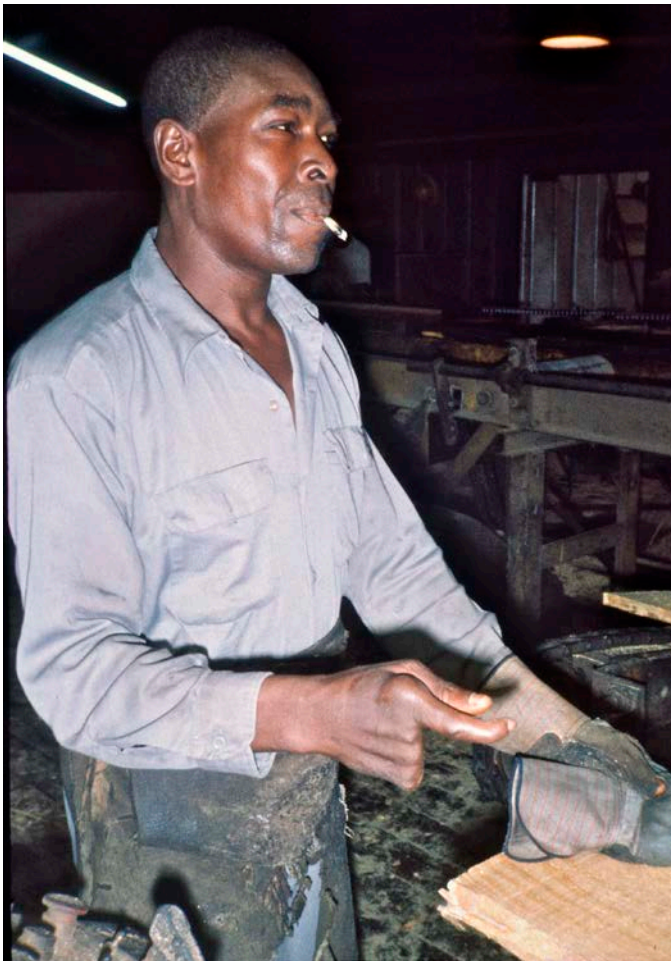


1975 - Washington, GA



1996 - rural Bullock County, AL

En una sociedad que hace incursiones tan violentas en la vida, en un país donde conceptos europeos como la gestión de los trabajadores y los sindicatos están a años luz de la conciencia del trabajador, el reloj de fichar se convierte fácilmente en el nuevo látigo del amo de los esclavos, un símbolo de nuestra violencia perenne. Cuando, cinco años después, volví a ver a Sam Kator (foto de la página 65) para entregarle mi libro, me encontré con que había sido golpeado hasta la muerte por la policía en una celda de la cárcel. Viajar por el mundo de los negros americanos se convierte inevitablemente en un viaje al alma y a la historia de cada persona que conoces. Empiezas a comprender los rasgos y las tendencias que hemos imprimido en el alma y la conciencia colectiva de los negros a través de la esclavitud, así como la forma en que, desde entonces, no sólo hemos perpetuado y revivido sus patrones de angustia y los nuestros, sino que los hemos intensificado.



1975 - Washington, GA



1996 - Immokalee, FL

En mi búsqueda de respuestas sobre por qué vemos constantemente una imagen enemiga en nuestros semejantes -una imagen que utilizamos para justificar la violencia- me pregunté sobre las condiciones de trabajo que siguen embotando nuestro cuerpo y nuestra mente. El trabajo duro lo siguen realizando los negros mientras los blancos lo dirigen. Muchos negros han sido asesinados en estos aserraderos y aún más pies y dedos han sido cortados, como en el caso de este trabajador. En Centroamérica vi cómo los Estados Unidos proporcionan apoyo militar para la represión sangrienta de los sindicatos, pero me sorprendió encontrar que casi no hay sindicatos en los Estados del Sur que puedan proteger a estos trabajadores. Estos trabajadores no recibían ninguna compensación cuando la sierra les cortaba los dedos, y tenían que volver al trabajo dos días después, ya que, como le dijeron a uno, "hay un montón de negros hambrientos fuera esperando para conseguir trabajo".



1973 - Tunica, LA



1996 - rural Bullock County, AL



1974 - rural Bullock County, AL

*Pobre esclavo, quita los grilletes de tu cuerpo,
pobre esclavo, ponle los grilletes a tu mente.*

*Por favor, escúchame con atención
y si me equivoco corrígeme.
Pero si estoy en lo cierto mi canción alaba,
ahora veamos si estamos de acuerdo:
La definición de un esclavo
significa uno que no es totalmente libre
así que un esclavo sigue siendo un esclavo
si no puede pensar de forma independiente.*



1994 - rural Bullock County, AL



1974 - Washington, NC



1974 - Greenville, NC



1973 - St. Francisville, LA - still Jim Crow



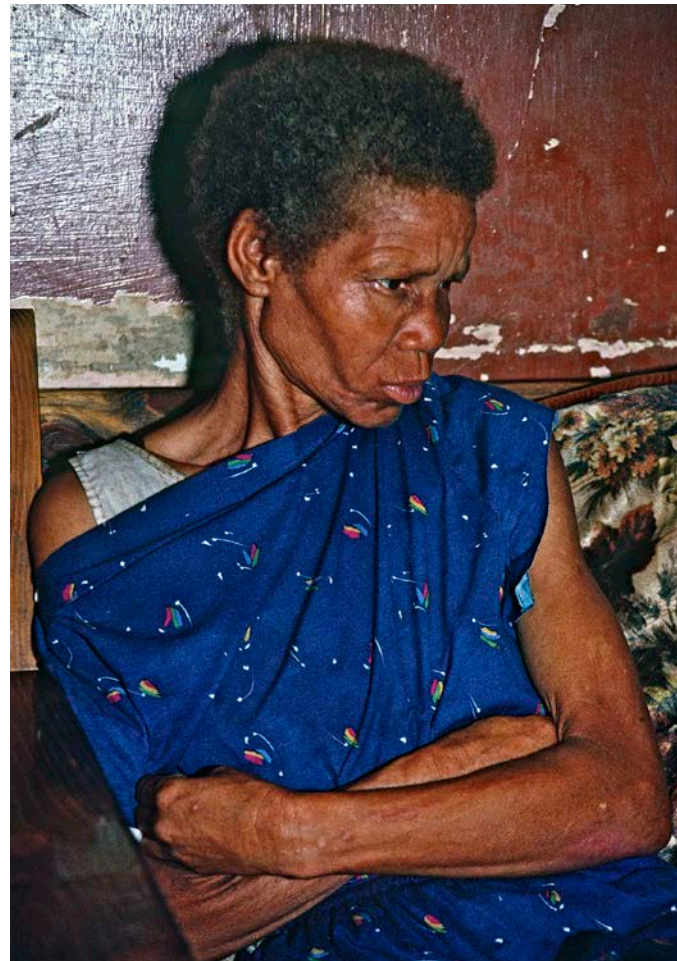
1975 - Dallas, TX



1994 - Tunica, LA

*Un árbol sigue siendo un árbol
aunque pierda sus hojas cuando llega el invierno.
Pero vuelve a florecer en primavera
porque no ha perdido sus raíces.
Pero un esclavo sigue siendo un esclavo
sin el conocimiento de sus raíces
hasta que se le enseñe el pasado
no sólo algo, sino toda la verdad.*

*Pobre esclavo, quita los grilletes de tu cuerpo
pobre esclavo, ponle los grilletes a tu mente.*



1996 - Bullock County, AL



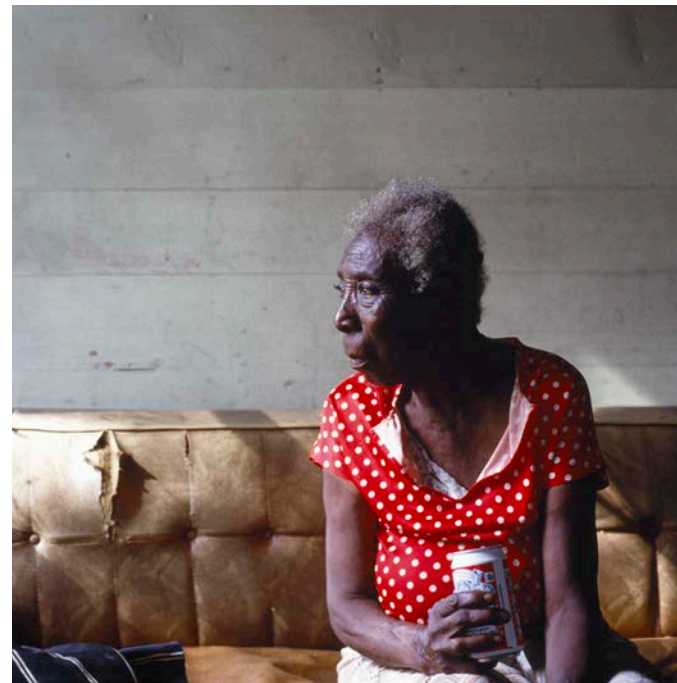
1974 - Immokalee, FL



1974 - rural Alachua, FL



1973 - Baltimore



1994 - Bullock County, AL



1974 - Washington, NC

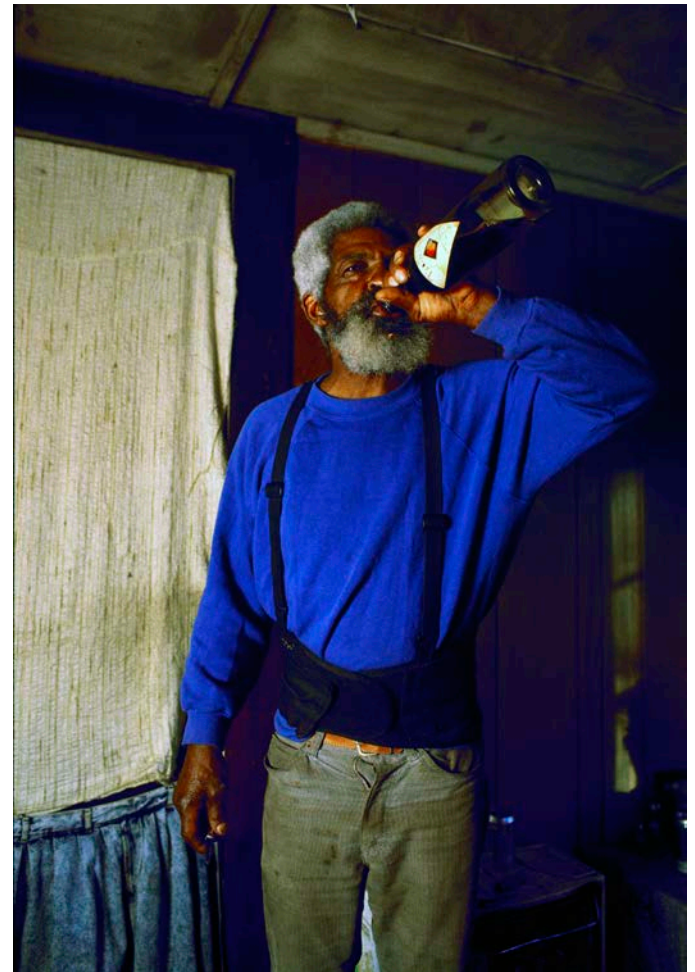


1978 - Zebulon, NC

*El otro día un hermano
diciéndome que se sentía drogado
pero tristemente tuve que suspirar
porque las drogas y el alcohol no son la gloria
y si tuviera la oportunidad de drogarme
diría la verdad y no una mentira
porque el mayor subidón que un hombre puede conseguir
es de la sabiduría, el conocimiento y la comprensión.*

*Pobre esclavo, alivia la presión de tu cuerpo,
pobre esclavo, ponla en tu mente...*

#065

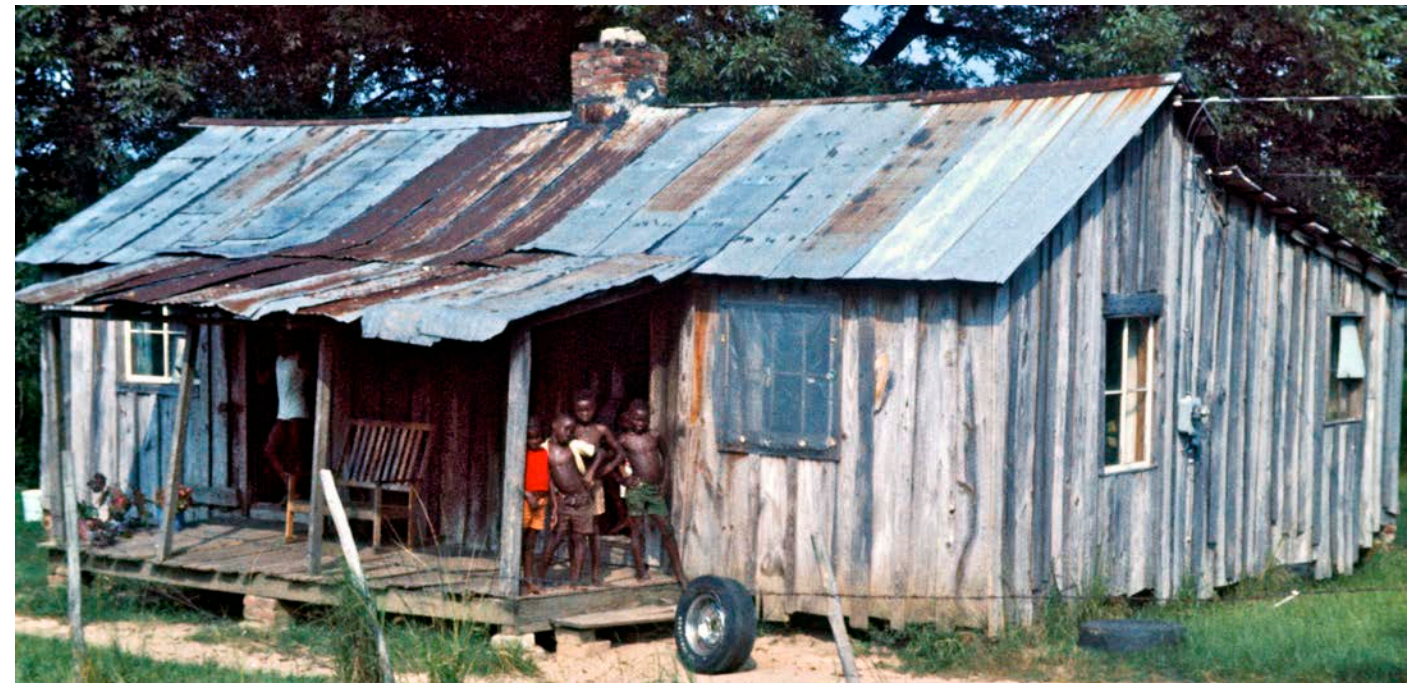


1996 - Philadelphia, MS

Cuando viví con las clases bajas, comprendí cómo los grilletes físicos se convertían también en grilletes mentales. Estas chozas en las que hemos confinado a nuestro hermano Caín desde la esclavitud son totalmente inhumanas y no admiten un sentimiento de libertad ni la oportunidad de desarrollarse intelectual y creativamente. Hace cien años, vivíamos al lado de los negros. Ver a nuestros vecinos relegados a condiciones de vida inferiores es incomprensible e hiriente para el inocente niño blanco. Al crecer, se nos manipula lentamente para que desarrollemos imágenes hostiles, con el resultado de que la alegría natural de estar con los negros en Estados Unidos o los inmigrantes en Europa se suprime violentamente. Cuando el círculo vicioso de la opresión se cumple de este modo, resulta natural para los blancos racionalizar cómo estos parias viven justo al lado de sus propias casas de lujo en chozas miserables, a menudo más pequeñas que esta cabaña original de esclavos.



1978 - Bullock County, AL



1975 - rural Bullock County, AL



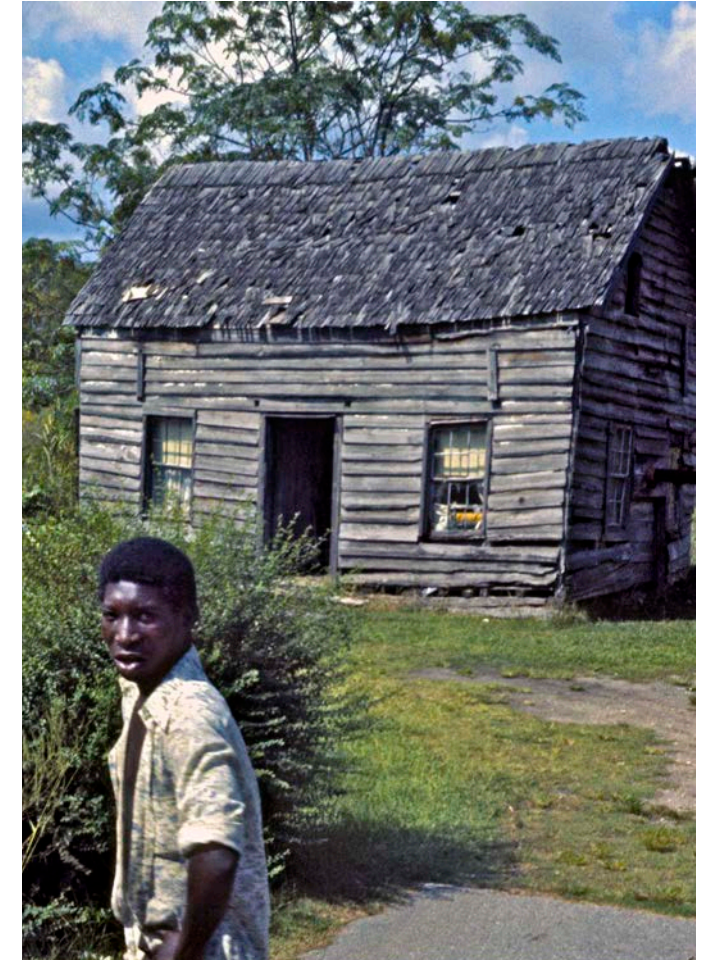
1974 - cabaña original de esclavos en la plantación, SC



1973 - near Bamberg, SC

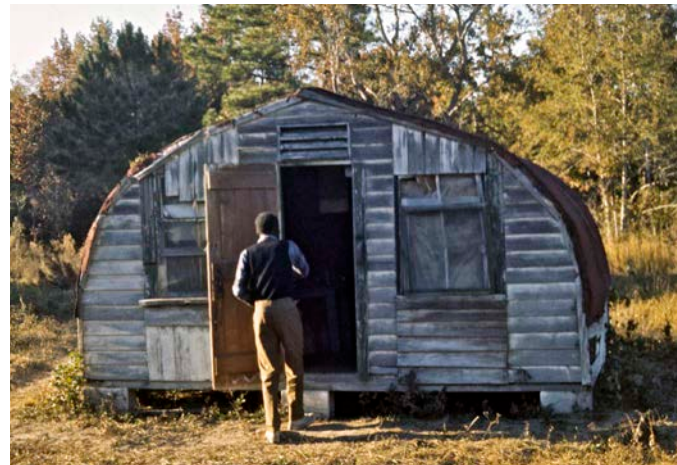


1973 - rural MS



1974 - rural Savannah, SC

O como suelen decir los estudiantes blancos después de mis conferencias: “¡Antes de ver tu programa, nunca se me ocurrió que en esas chozas viviera gente de verdad!” Sin embargo, el lúgubre abismo en nuestras mentes, reflejado por estas condiciones de las chabolas, es mucho peor que en mis fotografías. Las imágenes no muestran cómo el viento silba a través de las grietas, haciendo imposible mantener el calor en invierno, ni los suelos podridos y caídos, con grietas tan anchas que las serpientes y las alimañas se meten en la sala de estar. La impotencia que siento al intentar fotografiar estas sensaciones asfixiantes refleja la impotencia que imponen a nuestras víctimas atrapadas. Aunque hubiera podido permitirme un objetivo gran angular para registrar la estrechez, las imágenes no podrían mostrar la ausencia de agua corriente, aseos, duchas y electricidad. Vi a miles de estadounidenses crecer bajo el resplandor de la lámpara de queroseno.



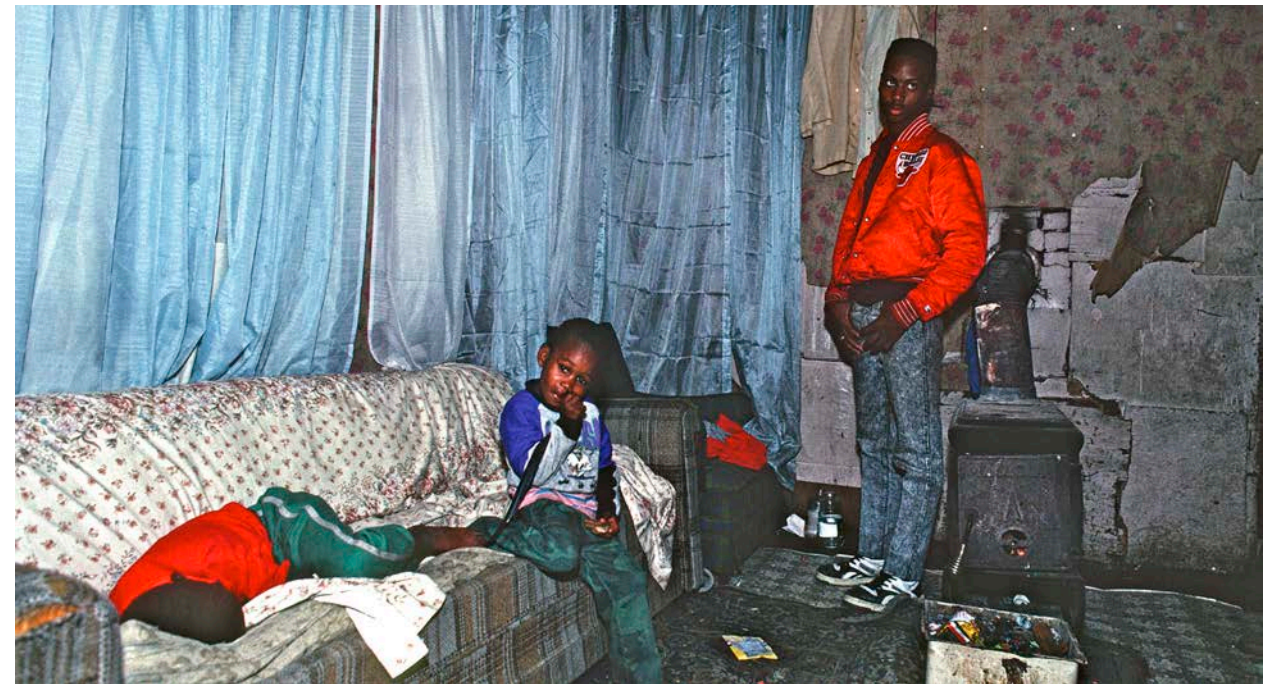
1974 - rural Savannah SC



1974 - rural La Crosse, FL



1973 - Zebulon, NC



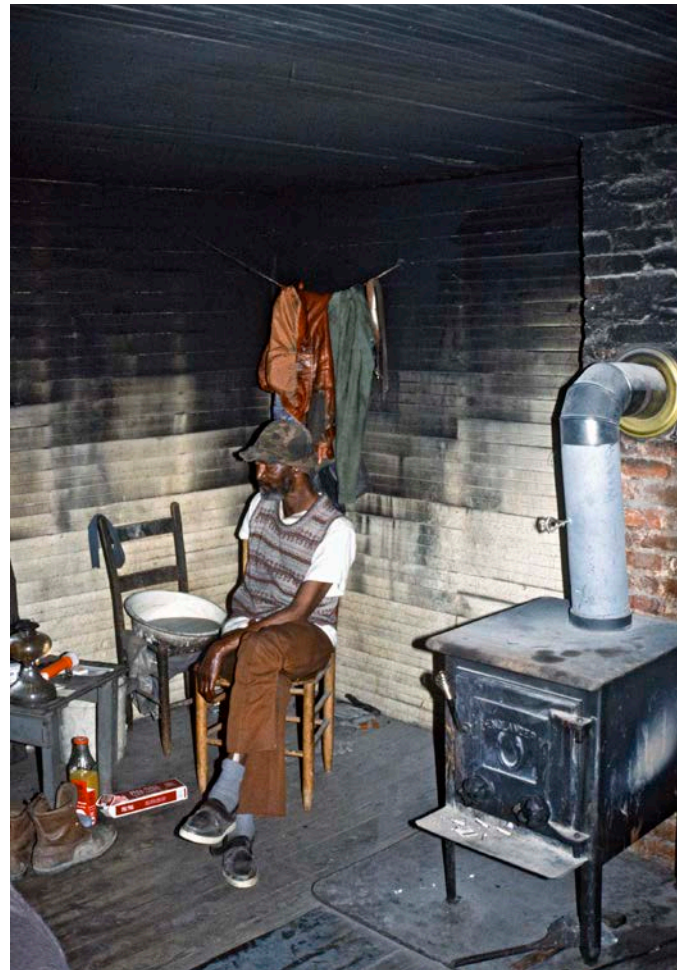
1990 - Burke County, GA



1974 - Jacksonville, FL

Del mismo modo, no me sentía capaz de retratar la extraña sensación psíquica de ser trasladado de repente a una condición que en Dinamarca no hemos conocido en los últimos cien años (aunque es delicioso, después de todo el ruido sofocante que caracteriza a los hogares estadounidenses, encontrarse de repente en el silencio de no tener televisión ni radio). Los blancos liberales, que no temen que les corten la luz, a veces argumentan durante mis conferencias que los negros deberían ser felices por la misma razón. Con tal romanticismo revelamos una insensibilidad aterradora hacia la psicología de la pobreza involuntaria.

Y aunque quizás estés libre de la invasión de los anuncios de la sociedad acomodada dentro de tu chabola, sin embargo tienes tu perspectiva destruida por las agresivas vallas publicitarias omnipresentes justo fuera.



1996 - rural Capron, VA



1975 - rural Burke County, GA

Las chabolas hoy en día

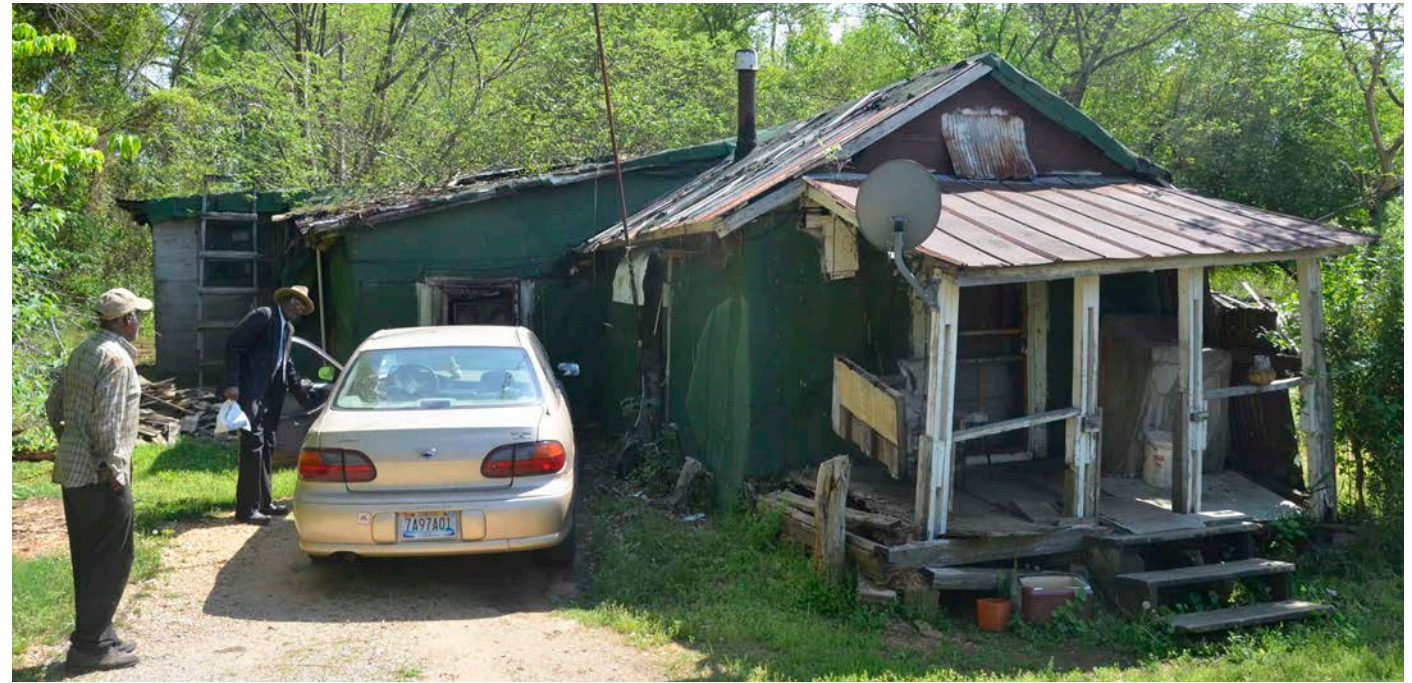
En los años 70 tomé miles de fotos de chabolas para entregarlas a la Colección Schomburg de Harlem, creyendo que pronto serían historia. Qué equivocado estaba. Todavía veo chabolas deterioradas por todas partes. Aquí hay algunas de mi última gira en 2012.



2003 - Union Parish, LA



2009 - St. Francisville, LA



2012 - Predicador volviendo a casa de la iglesia, Perry County, AL



2012 - Anciano con teléfono móvil en su choza, Perry County, AL



2009 - St. Francisville, LA - mujer ciega de 98 años



2012 - Predicador descansando en su choza después de la iglesia, Perry County, AL



1975 - rural Tuskegee, AL



1975 - Bullock County, AL



1973 - Orangeburg County, SC



1975 - Bullock County, AL



1973 - Natchez, MS

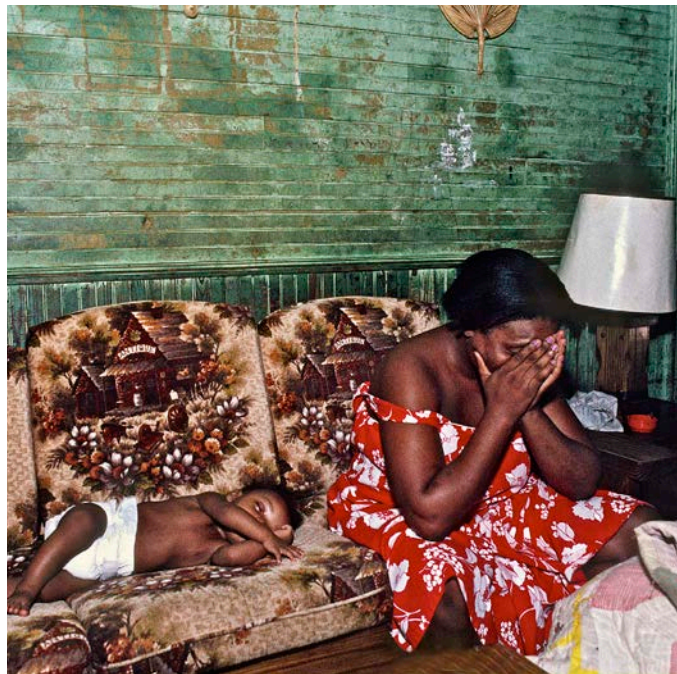


1974 - Palm Beach, FL

Del mismo modo, me pareció difícil fotografiar a la clase alta rica de Estados Unidos. A diferencia de los jactanciosos ricos de hoy, los ricos mostraban su culpabilidad en la década de 1970. La brecha entre ricos y pobres ha crecido drásticamente desde la década de 1970, cuando Estados Unidos había alcanzado la mayor igualdad de su historia. En aquella época, la clase alta sólo podía tener mansiones y ranchos “modestos” en todo el país. Sólo podía fotografiar una habitación a la vez, lo que no mostraba en absoluto las verdaderas dimensiones de sus mansiones. Aunque la brecha fotográfica entre ricos y pobres era pequeña, los saltos psíquicos que daba de la choza a la casa de la plantación o del gueto urbano a la casa del millonario siempre me parecían un viaje de la Tierra a la Luna.

Así que me guié por Søren Kierkegaard:

“La filosofía de nuestro tiempo es como el hombre rico que en una noche oscura, pero estrellada, sale en su cómodo carruaje con su brillante cabeza - luces y lleva consigo su propia luz y oscuridad. Disfruta de su seguridad y de la luz que se proyecta sobre el entorno inmediato, pero no comprende que este fuerte resplandor le deslumbra y le impide ver las estrellas que el pobre campesino, a pie o en su carro sin lámpara, puede observar a la perfección en la inmensidad del cielo.”



1995 - Montgomery County, AL



1974 - Alachua County, FL

Sobre el autostop y los saltos psíquicos



1971 - Newton, MA



1974 - Daytona Beach, FL



1974 - Cambridge, MA



1975 - Oglethorpe County, GA



1974 - Greenville, NC



1975 - rural Burke County, GA

Hacer autostop en Estados Unidos es un intento perpetuo de intentar superar el miedo de la gente y hacer que sea una experiencia positiva que te recojan. Cuando ves las emocionantes luces rojas de freno y te precipitas en la oscuridad y abres de golpe la puerta del coche sólo para mirar el cañón de la pistola de un conductor asustado, sabes que es una ventaja y una seguridad mutuas que te veas obligado a mostrar el contenido de tus bolsillos o tu pasaporte de esta manera. La confianza puede promoverse con un bonito y elaborado cartel. Yo experimento con todo tipo de eslóganes, como “Ahorro de combustible para usted” (durante la crisis del combustible de 1973) y “Cinturón bíblico, ¿y ningún buen samaritano?”, pero es triste decir que lo único que da confianza real a la gente es la publicidad de que no soy estadounidense.

La confianza es esencial para los viajes demográficos a dedo. Los viajes con mujeres son considerados entre los autoestopistas como un estímulo psíquico especial y una seguridad después de todas las agresiones de los llamados “paletos” y “pervertidos”. Pero las mujeres también son un problema. Los extranjeros suelen encontrar a las mujeres blancas americanas extremadamente abiertas y, a diferencia de las conductoras en Europa, suelen invitarte a casa haciéndose extremadamente vulnerables. Por un lado, es importante dejar siempre que la mujer establezca los límites de la nueva amistad. De esta manera hay alguna posibilidad de evitar el sexismo que inevitablemente se te impone como hombre. La sociedad nunca te ha dado la opción de convertirte o no en sexista o racista, sino que te queda intentar contrarrestar los actos negativos que causan tanto sufrimiento. Sin una conciencia de tu sufrimiento estás destinado a herir a los oprimidos con tus “vibraciones maestras”. Por otro lado, no puedes simplemente -como sucede con los conductores masculinos- flotar en cualquier situación, ya que entonces puedes causar fácilmente sentimientos heridos.

Ser un buen vagabundo es más difícil que ser un equilibrista. Incluso el vagabundo más competente comete errores, entre otras cosas porque tú mismo eres muy vulnerable y las inmensas dificultades del camino hacen que a menudo te enamores de tipos con los que de otro modo nunca te abrirías. Tuve una experiencia impactante de dar esas señales perjudiciales cuando un conductor me ofreció la llamada “droga del amor” MDA, que te hace estar increíblemente enamorado de todas las personas. Pero el siguiente viaje que tuve fue con una rígida mujer de 80 años que debido a mi ingobernable amor no pudo evitar verse afectada y en el transcurso de las siguientes horas comenzó a comportarse como una adolescente amorosa. Así que los dos nos quedamos un poco cabizbajos cuando la embriaguez desapareció. Sin embargo, entre las cosas más hermosas que uno experimenta como vagabundo están esas relaciones con los ancianos, a los que de una manera u otra consigues evitar en la vida normal.

Son el grupo más armonioso para el autoestopista, ya que -a diferencia de los trabajadores- viven con el mismo sentido del tiempo que el vagabundo y, además, pueden dar a tu viaje su importante cuarta dimensión: la perspectiva histórica. Cuando oyes de ellos afirmaciones como “Lo que este país necesita es otra gran depresión para volver a unirnos” experimentas la enorme alienación que hace que estar junto al vagabundo sea tan importante para estas personas. ¡Pero los hiperactivos pueden matarte con sus saltos psíquicos! En Florida me recogió un hombre rico de 72 años, el famoso “Wild Bill” Gandall. Cuando se enteró de que yo fotografiaba me hizo su fotógrafo privado. Quería que expusiera a los “asquerosos ricos” de Palm Beach y me llevó a las fiestas más exclusivas, donde nos revolcamos en champán, mujeres y multimillonarios. Inmediatamente después me llevaba a mí y a los lujosos regalos a los barrios negros de West Palm Beach o a los campos de esclavos de las afueras de la ciudad. Al momento siguiente, se desplazaba en coche para denunciar estas condiciones “criminales” a la policía, los tribunales y los ayuntamientos. Desde las seis de la mañana hasta las dos de la noche, se ensañaba con las injusticias. Si nos perdíamos, se paraba en cualquier sitio para preguntar por una dirección. Una noche estaba en la puerta de una iglesia suburbana llena. Entró corriendo, detuvo el servicio, me presentó como hijo de un ministro de Dinamarca y luego pronunció un estruendoso e indignado sermón tras el cual dirigió el coro. Al cabo de media hora, los feligreses se echaron a reír a carcajadas y él recordó de repente su verdadera misión y mandó a los asistentes a la iglesia a buscar mapas, tras lo cual se formó un gran círculo en el suelo de la iglesia para encontrar “Indian Road”. Cada día tenía nuevos proyectos. Un día se enteró por unos jóvenes de la “agricultura ecológica” y se inspiró tanto que enseguida nos pusimos a conseguir cuatro camiones de estiércol de los Everglades para llevarlo por avión a su finca de las Bahamas. Después de una semana así, estaba totalmente derrotado por la falta de sueño y de proporción y tuve que marcharme. Oh, ¡cómo disfruté de nuevo de la libertad en la carretera! Pero el siguiente viaje fue con una mujer de 82 años que estaba tan hiperactiva que sólo se echó una siesta mientras yo conducía. Si no me hubiera enviado a Filadelfia unos días más tarde para conseguir uno de sus coches y me hubiera dejado usar su tarjeta de crédito para invitar a mis pobres amigos de los campos de algodón y tabaco, así como a los vagabundos y autoestopistas que pasaban por allí, a los mejores restaurantes de regreso a Florida, es muy posible que me hubiera agotado por completo.

Carta a Mog, un amigo americano.



1973 - Orangeburg County, SC

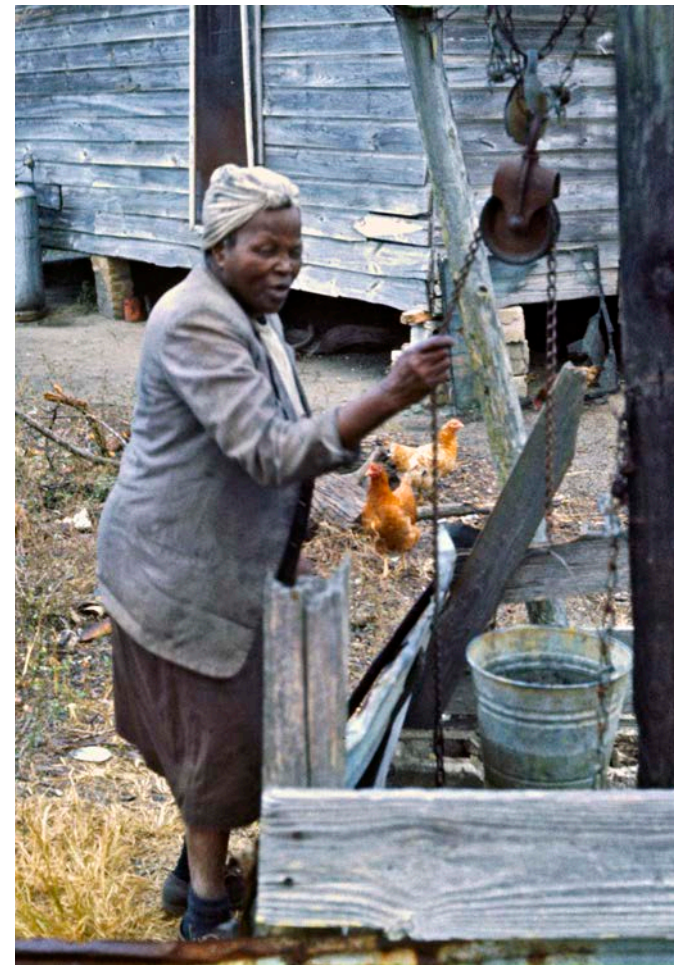
Una de las razones por las que nunca me canso de viajar por Estados Unidos es que es el único país que conozco en el que se pueden dar esos saltos psíquicos casi a diario. A veces, cuando vivía, por ejemplo, con una pobre madre benefactora en un gueto del norte, me iba a hacer autostop al norte de la ciudad, donde vive la gente rica, para no cargar su presupuesto de comida. A menudo me recogía un hombre de negocios acomodado, y cuando le entretenía con mis historias de viajes, de vez en cuando me invitaba a cenar en su gran casa con aire acondicionado central. Durante la cena, contaba cómo la madre con tres hijos en el gueto rara vez podía permitirse una comida decente. Si estaba con una familia conservadora, tarde o temprano solían decir que era ciertamente bienvenido a vivir con ellos para no tener que volver a esas condiciones.

Pero las familias liberales solían cargarme con alimentos caros del congelador y me llevaban hasta la frontera del gueto y me daban dinero para un taxi el resto del camino. “Aquí viene Robin Hood”, decía y me reía con orgullo al llegar a casa. Ser un buen vagabundo, había aprendido, es una cuestión de dar y recibir. Un médico de Skokie me dio ocho cacerolas para una madre benefactora del sur de Chicago, y un empresario del norte de Filadelfia me dio una gran bolsa de fichas para que el hijo de mi familia del sur de Filadelfia no tuviera que ir andando a la Universidad de Temple.



1973 - Orangeburg County, SC

Rara vez encontré la misma compasión efusiva por los pobres en el Sur, pero allí también experimenté saltos psíquicos.



1973 - Orangeburg County, SC

Una mañana estaba cortando leña para una mujer de 104 años en Carolina del Sur. Ella y su hija de 77 años, Seye Franklin, solían cortar su propia leña. Su choza se parecía a las casas medievales del Museo al Aire Libre de Copenhague, aunque tenía un pozo (muchas no lo tenían). El marido de Seye tenía 97 años, y los tres dormían en la misma cama para mantenerse calientes cuando la chimenea se enfriaba por la mañana. Su casa era propiedad del casero blanco (que vivía detrás de los árboles de la parte trasera), al que pagaban 30 dólares al mes.

Desde entonces, cuando pasaba en autostop y mostraba mis fotos a los conductores, me decían: “Debes haberlas tomado en los años 60”. Y yo les decía: “Bueno, ven a visitar a mis amigos en esa choza que hay en el campo”. Se sentaban con la familia de Seye, mirando con incredulidad y vergüenza las amplias grietas de su suelo, y luego le daban algo de comida y a mí unos cuantos dólares por mi fotografía.

Estas donaciones me permitieron dar conferencias durante los siguientes 40 años, y a menudo traía a mis estudiantes y amigos adinerados -como la multimillonaria Anita Roddick aquí (propietaria de la cadena de cosméticos The Body Shop)- para que visitaran a mis amigos en las chabolas, incluso después del año 2000. Más tarde, Anita les envió grandes cheques y



1973 - Orangeburg County, SC



1994 - Anita Roddick en el condado de Bullock, AL

escribió sobre ellos sus libros: “La pobreza nos avergüenza a todos. Intenté ver si The Body Shop podía poner en marcha una iniciativa económica a pequeña escala en las comunidades que visitábamos”. El encuentro entre el supercapitalista y el subproletariado es siempre mutuamente gratificante.



1974 - Washington, NC



1974 - Washington, NC



1974 - Washington, NC



1978 - Washington, NC



1974 - Washington, NC



1974 - Washington, NC

Cambiar de ambiente tan rápido puede resultar chocante cuando la distancia física es de sólo unos pocos kilómetros. Pero cuando uno vaga durante muchos años, se da cuenta de que ese vagabundeo psíquico es necesario para su supervivencia. Habiéndome formado en un entorno danés de clase media, me resultaba abrumador vivir enteramente en casas de guetos durante mucho tiempo, con su hacinamiento, su ruido constante y su opresión psíquica. Al cabo de un tiempo me vi en la necesidad de buscar a hogares más acomodados donde pudiera pasar unos días en mi propia habitación y conseguir tranquilidad. Pero pronto me aburrí aquí y encontré el camino de vuelta a las casas del gueto.

En Washington, Carolina del Norte, viví en cuatro casas de negros, tres de ellas sin electricidad ni agua corriente. Cuando me quedé con esta joven, Cay Peterson (junto a la lámpara de queroseno), tuve que dormir toda la noche en un sillón, ya que

ella dormía en un sofá con un bebé. No había más espacio. Mi situación fue aún peor la noche siguiente, en una cabaña de escopeta donde la madre gritó toda la noche con un soprano penetrante a su hijo, James Paige, porque había traído a un blanco a casa para compartir su cama. Escondí su pistola en un montón de ropa por miedo a que la usaran contra el otro. En otra chabola me echó un vecino enfadado que odiaba a los blancos. Era difícil entender este rechazo constante de la mayoría de los negros, que se negaban a dejar entrar a un blanco. Al principio no vi que se trataba de una reacción natural a nuestro propio rechazo de los blancos, cuando precisamente en esos mismos años empujamos activamente a millones de negros a los guetos. “No debéis confraternizar con el opresor”, decían nuestros marginados, lo que se ve en paralelo hoy en día entre los musulmanes marginados de Europa.

Las condiciones en estos hogares eran tan miserables que al final andaba con un dolor de cabeza constante por el hambre y la falta de sueño. Una noche estaba tan enferma y agobiada por el cansancio que me encontré de camino a la cárcel de la ciudad con la esperanza de que me dejaran pasar la noche allí, una escapada que nunca había buscado. Pero, como siempre, cuando me exponía al dolor y al sufrimiento, las puertas del cielo se abrían. Sin esta creencia casi religiosa, el vagabundo no puede sobrevivir. Justo antes de la cárcel, una joven blanca me recogió y me llevó a la casa más lujosa en la que había vivido en mucho tiempo. Había pistas de tenis privadas y campos de golf tan grandes como la mitad del gueto de esa ciudad, una piscina cubierta e incluso aviones y veleros. En las casas del gueto, había podido escuchar todos los sonidos, tanto los del exterior como los privados, a través de paredes finas como el papel.

Aquí teníamos un intercomunicador para comunicarnos entre las distintas secciones de la casa. Incluso había un estanque interior tan grande como algunas de las piscinas de las chabolas cuando llovía. ¿De dónde había salido toda esta abundancia? La respuesta no siempre es tan sencilla, pero más tarde me contaron que el padre de la mujer, un abogado, era el propietario de muchas de las ruinosas chabolas del gueto de esta ciudad, en la que el 60% vivía por debajo del nivel de pobreza. Me pregunté cómo había acabado en su casa justo cuando la miseria que había ayudado a crear en el gueto me había llevado prácticamente a la cárcel. Una vez más, sentí la acusación de los negros a mi privilegio blanco y cómo todo en la sociedad nos obliga a los inmigrantes a entrar en el lado blanco del patrón de opresión en Estados Unidos.



1992 - New Orleans



1974 - New York, NY



1975 - con Joan Little, Raleigh, NC



1975 - Angela Davis en Oakland, CA



1975 - San Francisco

Otros no tuvieron tanta suerte. En ese momento, una mujer negra cuya familia conocía estaba en la cárcel de la ciudad. Había sido violada por el guardia blanco de la prisión y pronto se hizo mundialmente famosa porque ella, Joan Little, mató al violador. Las violaciones de negros por parte de blancos no son infrecuentes en el Sur, pero era sorprendente que Joan Little hubiera tenido el valor de matar a su violador. Sin una gran campaña de derechos humanos, habría sido condenada a muerte en este estado, donde incluso el robo se castiga con la muerte.

En todo el mundo, los niños nacen con mentes abiertas y cariñosas, con ganas de vivir. Pero en Estados Unidos esta maravillosa inocencia es embrutecida desde muy temprano por el mensaje dañino e incomprensible del gobierno: ¡que es correcto quitarle la vida a otra persona! Este embrutecimiento se repite más tarde en la vida, por lo que la violencia aumenta, mientras que en Dinamarca disminuyó cuando abolimos la pena de muerte.

Los saltos psíquicos que había dado en la ciudad natal de Joan Little me habían permitido casualmente comprender las condiciones económicas previas a la supremacía blanca. Estos viajes de contraste son necesarios para ver la sociedad con claridad. No puedo, por ejemplo, permanecer mucho tiempo

en hogares blancos antes de empezar a ver con sus ojos, a ver a los "negros" como inferiores. Los opresores de todo el mundo desarrollan esta visión devastadora de aquellos a los que han perjudicado.

Siempre intento estar abierta a ese lavado de cerebro, porque si no te permites entrar en la visión del mundo del opresor, no tienes la oportunidad de amarlos y entender el dolor que nos produce que, siendo niños abiertos y cariñosos, hayamos aprendido a deshumanizar a nuestros vecinos más cercanos. Sin comprender nuestros motivos y dolor más profundos, no podría entender por qué el racismo continúa generación tras generación a pesar de nuestro elevado ideal de "amar al prójimo". Sin embargo, en mis años de vagabundeo pude salir de este lavado de cerebro y volver a la cultura negra.



1974 - Washington, NC

Credo

Querida Edwina.

Por fin he llegado a una casa con máquina de escribir, lo que me da la oportunidad de contarte un poco lo que ha pasado desde la última vez que estuvimos juntos. He acabado viviendo con dos jóvenes blancas aquí en Greensboro. Me tratan como si hubiera ido al cielo, lo que tiene un efecto abrumador en mí después de las últimas dos semanas de una existencia desordenada. Una de ellas, Diane, es modelo y criminóloga de izquierdas, y le gustan tanto mis fotos que hará todo lo posible por conseguirme dinero para comprar más carretes. Tendré que esperar al menos medio año, pero me ha prometido que para entonces recaudará algo de dinero para mí diciendo a la gente que se destinará a un hogar para niños discapacitados o algo así. Creo que suena un poco desagradable, pero dice que tal vez les enseñe que es tarea del gobierno proporcionar esos derechos humanos, y no algo que deba dejarse a la caridad privada. Bueno, dudo que realmente pueda recaudar algo para mí. Cada vez que he tenido esa pequeña esperanza me he visto decepcionado. Supongo que tengo que conformarme con vender sangre y con los pequeños regalos de dinero que consigo en la carretera entreteniéndome a la gente con mis fotos y experiencias. La semana pasada tuve un ingreso de nueve dólares, que es el mejor de todos los tiempos: cinco dólares de un vendedor interesado que me recogió, dos dólares de una mujer negra en la parrilla del padre de Tony, y dos dólares de un tipo en Virginia Occidental que encontró interesante mi foto de los yonquis con la Capital al fondo y la compró. En el trato estaba incluida su bolsa de almuerzo que contenía tres muslos de pollo.

Ahora, desde que tengo mis fotolibros hechos, me hace muy feliz cada vez que experimento ese tipo de reacción positiva. Pero también me asusta un poco a veces. En un lugar, una mujer se puso a llorar cuando vio mis fotos, y yo no sabía qué demonios hacer. Es extraño con los estadounidenses. Han vivido en medio de este sufrimiento toda su vida sin darle importancia, y de repente, cuando lo ven congelado en una fotografía, pueden ponerse a llorar. Algunos me acusan de embellecer a los negros, pero no lo entiendo; los fotografío exactamente como los veo, y una fotografía no miente, ¿verdad?

Pero cuanto más reflexiono sobre ello, más me doy cuenta de que este cambio de paralaje en la forma de ver a los negros debe deberse a que han vivido en esta relación de amo-esclavo durante tanto tiempo que simplemente no son capaces de ver a los negros como seres humanos. Pero cuando los blancos del Sur reaccionan positivamente a mis fotos, creo que es porque en realidad no están contentos

de ver con esos ojos de “amo”. Anhelan convertirse en humanos, y en el momento en que puedo “demostrarles” que los negros son humanos y no esclavos, niños eternos o infrahumanos, esto les convierte a ellos mismos en humanos y dejan de ser amos o superhumanos o lo que sea. Si no lo interpreto así, ¿cómo debo explicar entonces que incluso los peores racistas de aquí me den dinero de vez en cuando, aunque murmurando una cosa u otra sobre cómo piensan que “es divertido que vaya por ahí fotografiando negros”? Tengo que admitir que a menudo me resulta difícil, cuando intento representar la relación amo-esclavo como una institución, no acabar representándola como si la gente de este sistema tuviera realmente esa “naturaleza”.

A menudo siento que mi propia visión se contamina con este veneno que se cuela en el Sur, porque pongo mucho énfasis en respetar la dignidad de estas personas, especialmente de las más mayores. Han vivido en esta tradición de amo-esclavo toda su vida, y tanto para los negros como para los blancos siento que sería violento para ellos tratar de arrancarlos de esta tradición (aunque las generaciones venideras deben evitar absolutamente esta paralización de la mente). Por lo tanto, nunca trato de imponerles mis puntos de vista, sino que intento comprender los suyos y aprender de ellos. Precisamente porque desde el principio respeto su dignidad, a menudo entablo una amistad tan fuerte con ellos que, a través de ella, consigo que respeten mi punto de vista y aprendan de él. Como vagabundo en el Sur es absolutamente esencial poder comunicarse a través de la amistad en lugar de incitar a la hostilidad y la confrontación.

Pero si eres capaz de hacerlo -e incluso de recibir amor y admiración constantes, como yo tengo la suerte de hacerlo, o de escuchar casi a diario frases como “te envidio” o “¿sabes que eres una persona muy afortunada?” - entonces estás caminando por una delgada línea en la que fácilmente te hundes en el fango por tu interiorización.

Esta brecha entre mi realidad utópica (el amor a las personas imaginándolas como personas en una sociedad libre) y mi realidad actual (amar a las personas tal y como son en su actual condición de no libertad) es tan difícil de salvar como un río que constantemente se ensancha más y más, de modo que poco a poco pierdes de vista la otra orilla utópica, mientras que poco a poco te ahogas en el barro de tu propia orilla. Sin embargo, parece que si interpretas correctamente “el barro” (la realidad actual) de este lado del río (es decir, si escarbas hasta los anhelos más profundos de la gente, aunque todavía no vean las conexiones entre todo ello), entonces te dan el material que te permitirá construir

una torre de marfil tan alta y hermosa que puedas sentarte allí y decirle a la gente de la orilla de abajo lo bonita que es la otra orilla.

Pero como tú mismo no tienes ningún contacto personal con la otra orilla -un contacto que podría haber cambiado tu propio carácter y toda tu alma-, no hay manera de que puedas comunicar tu visión a la gente de abajo, ya que no ven ninguna evidencia de que tú mismo hayas sido realmente “tocado” o cambiado. Porque las ideas visionarias no te hacen necesariamente más cariñoso y compasivo que aquellos que luchan por ayudarse a sí mismos a mantener la cabeza por encima del barro (el reto de la mayoría de los estadounidenses hoy en día). Por lo tanto, pronto olvidan el mensaje de tu historia, pero encuentran tan interesante la historia de mis imágenes no americanas en sí, que te permiten construir la torre de marfil aún más alta y reforzarla y embellecerla. En la frustración y la depresión por no poder comunicarles tu mensaje, te vuelves cada vez más inseguro y tienes una mayor necesidad de reconocimiento y admiración de la torre de marfil que has construido, incluso más que de su reconocimiento de por qué querías construirla originalmente. Finalmente, te sientes tan confundido e inseguro que sólo cuenta para ti el reconocimiento de la propia torre, su belleza y su forma. Y la construyes cada vez más alto, hasta que llegas a esas alturas cónicas en las que ya no puedes ver realmente ni tu orilla ni la del contrario, y empiezan a parecerse.

Además, has llegado a tal altura que también pierdes el contacto con la gente de tu propia orilla y decides enviar tu torre de marfil en forma de libro para que la gente tenga algo con lo que entretenerse allí en el barro. Aunque lo que realmente empezaste a hacer fue construir un puente hacia la orilla utópica opuesta, acabas construyendo una torre en tu propia orilla. En lugar de ayudar a la gente a salir del fango, en realidad estás empeorando su situación, ya que ahora les has dado algo por lo que alegrarse o por lo que llorar justo donde están y, por tanto, estás reforzando esta orilla fangosa.

Además, tu torre de marfil es moralmente reprochable precisamente porque está construida sobre unos cimientos de barro: tu obra de arte es el resultado directo de la explotación de las personas a las que originalmente tenías la intención de ayudar, y cuanto más alta sea tu torre, más te alejas de su sufrimiento. Son pensamientos como éste los que me han deprimido cada vez más en los últimos meses. Constantemente escucho a la gente decir: “Cómo te envidio que puedas viajar entre los negros de esa manera”,

o cosas por el estilo, y me doy cuenta de que ya me he alejado mucho del barro. Y es cuando me doy cuenta, a pesar de este anhelo, de la imposibilidad de tender un puente, que puedo llegar a estar tan desesperado que siento que la pistola debería ser mi verdadera arma en lugar de la cámara. Pero inmediatamente surge la pregunta de en qué dirección dispararía, ya que yo -como saben- siento que todos están igualmente empantanados en esta orilla del río, y por lo tanto son culpables e inocentes al mismo tiempo. ¿Dónde está el hacedor de la lluvia que creó el charco de barro? Y por eso sigo vadeando aquí en el barro, tratando sólo de mantener mi cámara lo suficientemente limpia como para que pueda registrar a las víctimas - sin creerme realmente que vaya a servir de algo.

Bueno, pero lo que realmente quería contarles era un poco de lo que ha pasado desde que nos separamos. Una de las primeras personas que me recogió fue un acaudalado empresario judío (los judíos siempre me recogen para agradecerme que Dinamarca salvara a varios judíos durante la guerra, aunque yo ni siquiera había nacido en esa época y aunque cada vez más me siento tan americano como danés). No le apetecía mucho llevarme a casa, ya que estaba completamente noqueado, en parte porque su negocio iba mal y en parte porque su hermano se estaba muriendo de cáncer. Estaba fuertemente bajo los efectos de los tranquilizantes, pero se dio cuenta de que necesitaba a alguien con quien hablar y por eso me llevó a casa con su mujer. Fue una experiencia muy fuerte para mí. Completamente conmocionados, esperaban de un momento a otro una llamada del hospital diciendo que el hermano había muerto, y ante este sombrío panorama mis fotos les causaron una enorme impresión. Cuando me fui a la mañana siguiente, me lo agradecieron mucho y él trató de expresar la experiencia con lágrimas corriendo por sus mejillas citando “Yo lloraba porque no tenía zapatos hasta que conocí a un hombre que no tenía pies”. Antes de irme, me compró 15 rollos de película.

Desde Filadelfia fui a Norfolk para pasar la noche en mi camino hacia el sur. Caminé por el gueto buscando un lugar donde quedarme y hablé con algunas de las ancianas que iban con sus pequeños carros de mano a recoger leña en las ruinas del gueto. Una de ellas me dijo que ahora sólo podía permitirse cuatro colas de cerdo al día en lugar de cinco debido a la inflación. Era extraño escuchar eso a la sombra de la mayor base naval del mundo. Acabé quedándome con una madre negra soltera de 32 años. No era del tipo que normalmente me invita a entrar, pero su tío me había llevado a su apartamento para mostrarme cómo

su techo tenía goteras, con la esperanza de que yo fuera un periodista que pudiera conseguir que la ciudad lo reparara.

Cuando se fue, me llevé tan bien con la mujer que me dejó quedarme. Acababa de tener su primer hijo y fue una experiencia maravillosa ver cómo se pasaba casi todo el tiempo atendiéndolo. Me sentaba durante horas a observarla. También era profundamente religiosa y, cuando el bebé dormía, nos sentábamos a rezar juntas o me leía la Biblia en voz alta mientras me cogía de la mano. Se quedaba sentada durante mucho tiempo mirando una imagen de Jesús que había bajo el techo de goteras con una mirada tan intensa y llena de amor que me conmovía mucho. Después de un par de días en la ciudad, bajé a Washington, Carolina del Norte, llegando justo después del anochecer. Anduve toda la tarde buscando un refugio para pasar la noche, pero todo el mundo me tenía miedo, pensando que era un “bustman” (policía de paisano). Primero un hombre me dijo que podía quedarme en el sofá de la casa de su tío. Me llevó a una vieja choza pintada de rojo que estaba sucia y sin luz. Su tío salió con una lámpara de aceite en la mano y estaba muy enfadado y utilizó su bastón para demostrarlo, pero conseguimos entrar y conseguí unos viejos muslos de pollo en un plato sucio en aquel rincón de la choza que servía de cocina, aunque no había agua corriente. Pero el viejo seguía enfadado y cada vez iba a peor, y finalmente me echó con su palo. No iba a tener ningún blanco en su casa, tronó. Luego cogió grandes tablas y tablones y los clavó delante de las ventanas y las puertas por miedo a que yo entrara, y se marchó en la oscuridad, todavía gritando y chillando. No se fiaba de los blancos. Más adelante, una mujer llamó desde un porche ofreciéndose a compartir una lata de cerveza. Más tarde, mientras estaba sentado tratando de conversar con su marido enfermo, que estaba en una silla de ruedas y no podía hablar, me di cuenta de que miraba un cuadro de Cristo en la pared. Un rato después me indicó que entrara en el increíblemente desordenado dormitorio del fondo. Me pregunté qué estaría pensando el marido al respecto, incapaz de hacer un movimiento. Allí primero me abrazó, mirándome con grandes ojos llorosos. Luego, de repente, se echó a mis pies y, mientras me sujetaba los tobillos, me besó los zapatos sucios, susurrando: “Jesús, Jesús”.

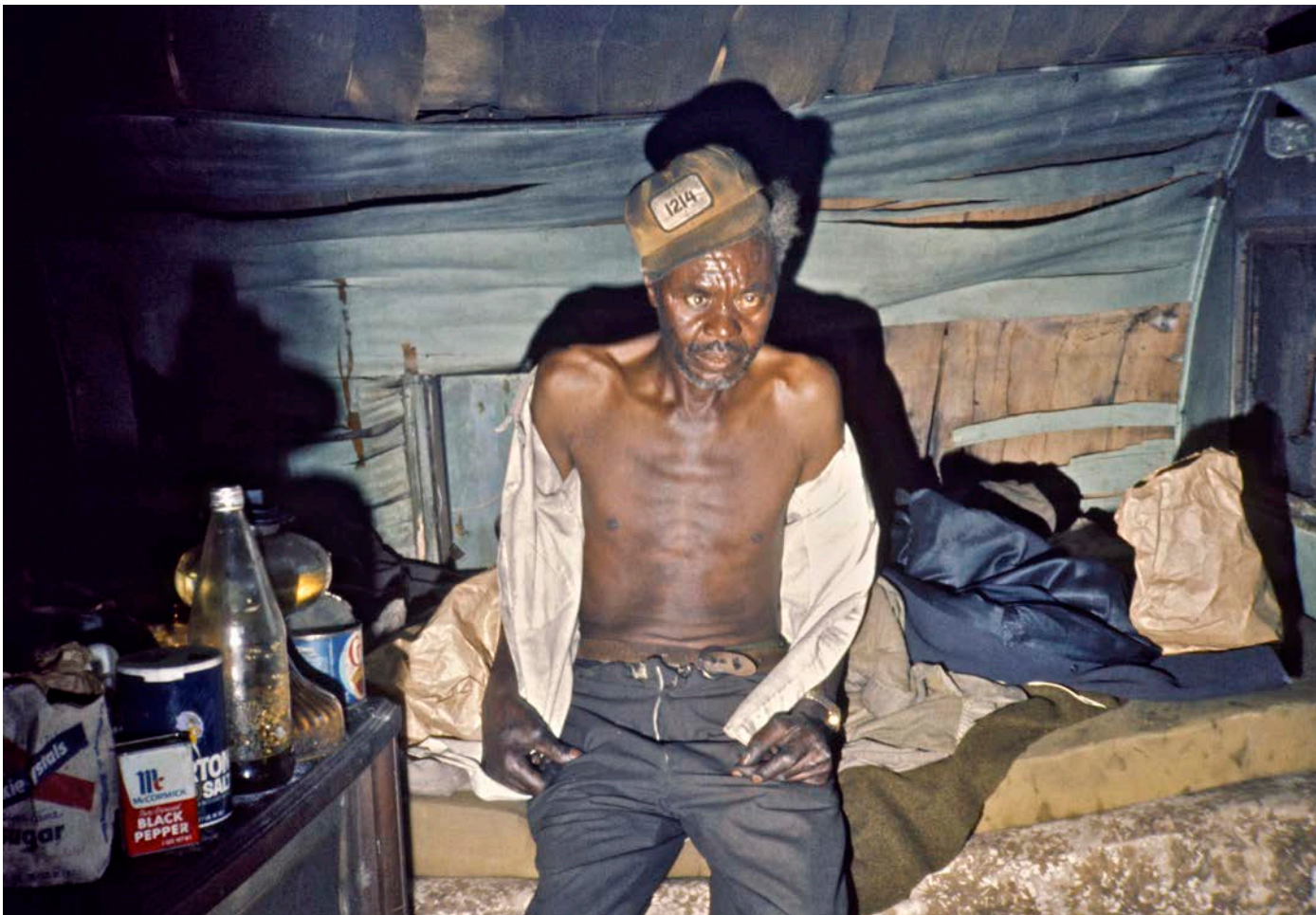
Como saben, a menudo me han “confundido” con Jesús entre los negros del Sur por mi pelo (que es una de las razones por las que mantengo mi tonta barba trenzada), pero en la mayoría de los casos su sentido del humor nos permite reírnos juntos de su identificación con Jesús. Probablemente lo vean como un ejemplo más de la identificación del “esclavo” con el “amo” o incluso de su



1973 - Norfolk, VA

enamoramiento directo. Sea lo que sea lo que hay detrás, probablemente me sirva de ayuda para romper la barrera racial. Pero en una situación tan chocante como ésta, no tenía ni idea de qué decir, ya que no sabía si estaría mal sacudirla de su experiencia religiosa. Busqué una cita bíblica adecuada... la inutilidad de la mujer samaritana que bebía en el pozo de Jacob... pero no conseguí que se me ocurriera ninguna palabra. Estuve allí más de una hora antes de tener el valor (la crueldad) de romper su trance. Fue una experiencia tan fuerte que no sentí que pudiera quedarme allí toda la noche.

Cuando volví a deambular por las calles, a eso de las diez me encontré con una joven negra que debía estar un poco borracha, pues me preguntó enseguida si no podíamos ser amigas (algo inusual en mi experiencia con las mujeres negras del Sur). Me dijo que si podía encontrar un lugar donde quedarme esa noche, ella vendría a quedarse conmigo. Dudaba que funcionara, pero entramos en uno de esos “garitos” sureños (bares clandestinos) y hablamos con su primo sobre posibles lugares. De repente, empezó a besarme salvajemente por todo el cuerpo y me preguntó dulcemente: “¿Eres hippie?”. Le dije que no, pero no lo



1974 - rural La Crosse, FL

entendió. En realidad este antro no era el lugar más seguro para pasar el rato. Alrededor de nosotros, en la oscuridad, podíamos ver tenuemente entre 15 y 20 “superfluos”. Un par de ellos se acercaron y me advirtieron en tono amistoso que era un lugar peligroso, pero yo respondí con convicción: “No tengo miedo de nada”, lo que suele impresionarles, ya que ellos mismos tienen miedo de su propia sombra en estos antros. Pero entonces se desató el infierno. Alguien debió de hablarle de mí al tipo con el que la mujer estaba “liada”, porque de repente entró corriendo con un gran cuchillo y fue primero a por su mujer. Por suerte, no utilizó el cuchillo, pero hizo pedazos a la pobre mujer, la golpeó en la cara y le dio una verdadera paliza, peor de lo que he visto en meses. Aquella noche debí de tener bastante sangre fría, ahora que lo pienso, porque enseguida saqué mi cámara e intenté poner el flash, pero justo en ese momento vinieron corriendo dos tipos y me agarraron: “Será mejor que te vayas de aquí. Cuando acabe con ella, irá a por ti”. Y prácticamente me sacaron del lugar. Nunca volví a ver a la mujer. Aunque he visto este tipo de cosas muy a menudo, estaba más disgustado, porque de alguna manera yo mismo había sido la causa de ello. Con mi condición de opresor, es como si no pudiera alcanzar relaciones

humanas más profundas sin convertirme en víctima o verdugo. En su mayor parte soy, por supuesto, una víctima (de comprensible rechazo), pero como siempre intento ir a por todas con la gente, de vez en cuando ocurre que cruzo la línea invisible que separa a la víctima del verdugo. Esto lo odio, porque entonces me veo obligada a tomar las riendas del asunto en lugar de dejar que los demás dirijan las cosas. Sin embargo, esta noche no llegué tan lejos, y empiezo a temer que poco a poco me he endurecido tanto que he perdido mi propia fuerza de voluntad. Tal vez fue este pensamiento el que me acosó y me hizo reaccionar de forma diferente a la habitual más tarde esa noche. Porque cuando ya había caminado un par de horas más, por fin conseguí un techo con dos viejos vagabundos. Estaban muy borrachos y había un lío increíble. No tenían ni siquiera queroseno, así que no había luz. Teníamos que dormir los tres en una cama. Había centímetros de suciedad debajo y cada 25 minutos uno de nosotros tenía que levantarse para poner leña en la estufa, ya que hacía mucho frío. Al principio dormía entre ellos, pero luego me di cuenta de que los dos eran homosexuales. Así que me cambié de sitio junto a la pared para tener sólo uno con el que luchar, pero resultó ser el más cachondo. En ese tipo de situaciones suelo resignarme a lo que ocurra, pero esta noche no me

apetecía, quizás por la experiencia anterior en ese antro. Era lo que se podría llamar un “viejo verde” con barbas y babas, pero ese no era el motivo. He pasado por cosas mucho peores que esa. Probablemente había llegado al punto de estar cansada de ser utilizada por hombres homosexuales. Odio hacer daño a la gente, pero supongo que esta noche estaba intentando demostrarme a mí misma que al menos me quedaba algo de fuerza de voluntad. Así que me acosté de lado con la cara hacia la pared. Pero estaba arañando y desgarrando con tanta fuerza mis pantalones que temí que se rasgaran, y como es el único par que tengo, no podía permitirme el lujo de sacrificarlos. Así que me di la vuelta con la cara hacia él, pero siguió haciéndolo y apretó su gran erección contra mis costillas y empecé a besarme por todo el cuerpo, besos que apestaban a vino de manzana de Boone’s Farm. Lo peor fue que no paraba de susurrarme cosas al oído como: “Te quiero. Te quiero. Oh, cómo te quiero”. Bueno, puede que eso fuera bastante cierto en ese momento, pero me volvía loca escucharlo. Como sabes, siento que especialmente entre los hombres negros esta palabra ha sido sobreutilizada. No creo que sea algo que puedas decir la primera noche que te acuestas con alguien. Sólo faltaba que dijera: “Oh, no te gusto porque soy negro”. Pero por suerte me libré de eso. Bueno, finalmente conseguí su chupete, pero eso no le satisfizo, ya que era el tipo de homosexual que va por la popa. Cada vez estaba más excitado y finalmente se puso tan cachondo que me sentí muy culpable, pero aun así no cedí ni un centímetro más. Lo intentó y lo intentó. Finalmente destruyó el hermoso cinturón de cuero que me diste aquella vez cuando ya no podía mantener los pantalones arriba. Me enfureció tanto que agarré su gran cañón con ambas manos y lo giré con fuerza hacia el otro tipo que roncaba como un barco de vapor. “¿Por qué no os divertís entre vosotros y me dejáis en paz? Quiero dormir”. Pero no sirvió de nada, así que la lucha continuó durante toda la noche, conmigo cada cinco minutos girando el cañón en la otra dirección (unas cuatro veces entre cada nueva carga de leña).

Finalmente, el tipo se fue alrededor de las ocho y pude dormir un par de horas. Más tarde me encontré con él en la cafetería local. Se acercó y me preguntó si estaba enfadado con él. Le dije: “Por supuesto que no, seguimos siendo buenos amigos. Es que anoche estaba muy cansado”. Estaba tan contento que se puso a bailar, haciendo que todos los presentes se rieran de él. Era uno de los marginados entre los negros y los blancos. Estaba muy triste, porque sentía que había destruido algo dentro de mí. Sentía una profunda irritación por no haber sido capaz de darle amor. A sus ojos, yo era una especie de granuja y le

habría hecho feliz si me hubiera entregado plenamente. Hubo algo dentro de mí que hizo “clic” esa noche, así que todo el día siguiente sentí un profundo odio hacia mí misma. Constantemente encuentro muchas carencias en mis relaciones con la gente, pero lo peor es cuando mis carencias perjudican a esas personas, que ya están heridas y destruidas de todas las formas posibles por la sociedad que las rodea.

Si no pudiera dar constantemente un poco de amor a esos perdedores, simplemente no podría soportar viajar tanto tiempo como lo he hecho. Lo único que tiene sentido para mí en mi viaje es estar junto a estas almas solitarias y naufragadas. Mi afición fotográfica no es en realidad, a fin de cuentas, más que una explotación del sufrimiento, que probablemente nunca llegará a contribuir a aliviarlo. Pero aun así no puedo dejar de registrarla, porque de una u otra manera debe salir al mundo exterior. Esa fuerza que obtengo al estar junto a estos perdedores extremos, y el amor que a menudo recibo de ellos, es lo que a pesar de todo me da una ligera esperanza de que mis fotos puedan hablar incluso a los ganadores de la sociedad. El hecho de que, a pesar de todo, reaccionara tan negativamente esa noche puede deberse también a que hace poco tuve una experiencia similar que me dolió profundamente. Fue el mismo día en que te dejé en Plainfield. Uno de los primeros que me recogió en la carretera de Nueva Jersey era un tipo blanco de unos cincuenta o sesenta años. Enseguida empezó a hablar de que siempre había sido la oveja negra de la familia e incluso utilizó la expresión “viejo verde” sobre sí mismo. A menudo veo este auto-odio entre los homosexuales mayores y resueno con ese sentimiento, habiendo sido la oveja negra en mi propia familia por otras razones.

Me pidió que le acompañara a casa para hablar con él, y no pude negarme, aunque tenía en mente llegar a Carolina del Norte ese mismo día. Después de haber hablado todo el día, me llevó por la noche al cine donde era el proyccionista. Estaba proyectando una película de John Wayne del tipo habitual. En medio de la película empezó a acariciar mis muslos. En realidad no me sorprendió, pero me pareció tan irónico que todo el tiempo se quedara comentando la película, especialmente las escenas de dos puños, animando a John Wayne: “Dales, noquéalos”, etc. ¿Cómo podía identificarse hasta tal punto con el espantoso universo del machismo y la opresión de John Wayne, que más que nada le había oprimido durante toda su vida y le había provocado ese violento odio a sí mismo? Durante el intermedio paseé por el gran centro comercial donde se encontraba el cine. Fuera donde fuera, me seguía la

música de plástico estimulante de las ventas que salía de los altavoces, y de repente sentí un terrible asco por Estados Unidos, que erróneamente equiparaba con mi experiencia de John Wayne. Pero en medio de este asco sentí que, aunque esta gente es hasta tal punto sus propios opresores, tenía que ser posible llegar a ellos y arrancarlos de este patrón sadomasoquista. Por la noche, cuando volví a casa con él, intenté ver toda la belleza que había en él. No fue fácil, porque era, en efecto, de ese tipo que la sociedad ha condenado como repulsivo y obsceno, pero con toda la energía que acababa de recibir de mi estancia con usted, tuve tal excedente esa noche, que realmente creo que sentí destellos de amor por él.

Pero entonces ocurrió lo que iba a derrotarme. En el calor de la noche, en la cama, se me resbaló la peluca y cayó mi larga cabellera. Pude ver claramente su asombro y desagrado, pero trató de contenerlo y murmuró algo parecido a: “Bueno, al menos no eres una sucia hippie”. (Cuando hacía autostop y para sobrevivir entre blancos conservadores solía llevar una peluca de pelo corto y enrollar mi barba de 17 pulgadas). Pero a partir de ese momento nuestra relación se hizo añicos, y no fui capaz de conseguir que se abriera de nuevo. Probablemente hubiera preferido echarme allí mismo, pero me permitió quedarme ya que esa noche llovía a cántaros. Aunque era bajito y tenía las piernas cortas y rechonchas, era tan gordo que tuve que dormir hasta el borde de la cama y sólo pude evitar caerme apoyándome toda la noche con una mano en el suelo. Por lo tanto, no pude dormir, sino que me quedé tumbado pensando en lo extraño que es que la gente pueda tener prejuicios tan fuertes que incluso se los lleve a la cama. Como a la mañana siguiente seguía lloviendo a cántaros, me pregunté si debía quedarme un día más e intentar romper el hielo, pero obviamente no era eso lo que tenía en mente. Casi sin decir una palabra me llevé a la carretera principal cerca de Milltown, donde me quedé parado bajo la lluvia torrencial durante las siguientes siete horas, ya que, como sabes, la gente nunca te recoge cuando más lo necesitas. Deben estar locos por estar parados bajo la lluvia, piensan. Fue entonces cuando el empresario judío me levantó por fin. Como puedes comprender, yo estaba casi tan hundido como él, aunque no le conté mi deprimente experiencia.

Bueno, te contaré más cosas sobre Washington, N.C., en una carta posterior, y sólo terminaré diciendo que ahora estoy saliendo de la depresión en la que me encontraba por ti en aquel entonces, aunque tu recuerdo todavía pende como una pesada nube oscura sobre mi viaje. Todavía es un misterio para mí cómo pude estar tan herida por nuestra



1974 - Plainfield, NJ - La familia de Edwina en 2005 me visitó en Dinamarca

relación, y por qué tomó la dirección que tomó. Aunque eres más joven que yo, se convirtió en una especie de relación madre-hijo, que de ninguna manera podría haber imaginado al principio de mi amor por ti. Tu fuerza y sabiduría no te permitieron dejarte seducir por una relación tan irreal como la nuestra. Perteneces a la burguesía negra, y aunque me encantaba arrojarme en tus lujosos muebles tapizados, debí darme cuenta enseguida de que ese no era mi mundo. Te fascinaba mi vida de vagabundo y me apoyabas en mi proyecto con tu sentimiento de orgullo negro, pero tu orgullo se veía sin embargo amenazado por el mundo que yo representaba. Desde que tus antepasados fueron educados por el amo de los esclavos, tu familia ha mantenido esa diferencia de clases, y no puedo evitar sentir que esa kilométrica brecha psicológica que has sido educado para sentir entre tú y ese gueto en el que normalmente me muevo, fue lo que realmente destruyó nuestra relación. Pero por más que lo analice y trate de entenderlo, me resulta difícil aceptar que lo nuestro haya terminado así. El sufrimiento que pasé en tu casa, no deseo volver a experimentarlo, pero como vagabundo, me he vuelto sin embargo tan fatalista que creo que ha servido para algo, y que me facilitará identificarme y hacerme uno con el sufrimiento de los demás, aunque por supuesto el sufrimiento que veo a mi alrededor en esta sociedad es de una naturaleza mucho más violenta que el que experimenté contigo. Aun así, seguiré utilizando la palabra “sufrimiento” para describir el proceso que viví contigo. Sin este sufrimiento no podrías haberme desequilibrado tanto. Desde el momento en que te diste cuenta de que no éramos el uno para el otro, y tu amor se enfrió hasta alcanzar cierta distancia, experimenté una creciente desesperación en mí misma. Por naturaleza no soy muy

agresivo, como sabes, y ni siquiera muy autoprotector, pero ante tu rechazo inicial, experimenté una agresividad creciente que se hizo cada vez más insoportable. Con toda tu perspicacia psicológica, probablemente lo percibiste. En cualquier caso, se disparó aquella noche cuando me instalé en tu cama sin ser invitado, rompiendo así mi principio fijo de viaje: no violar nunca la hospitalidad de la gente.

Pero si realmente quiero ilustrar la desesperación psicológica que sentí por ti en mi amor, una desesperación más fuerte que cualquiera que haya sentido hacia una mujer, entonces no puedo hacerlo mejor que dejando que la conocida cita de W.E.B. Dubois describa mi estado de ánimo: “Es difícil dejar que los demás vean todo el significado psicológico de la segregación de castas. Es como si uno, mirando desde una oscura cueva en la ladera de una montaña inminente, viera el mundo que pasa y le hablara; le hablara cortés y persuasivamente, mostrándole cómo esas almas sepultadas están obstaculizadas en su movimiento natural, en su expresión y en su desarrollo; y cómo su liberación de la prisión sería una cuestión no sólo de cortesía, simpatía y ayuda para ellas, sino de ayuda para todo el mundo. Uno habla de manera uniforme y lógica de esta manera, pero se da cuenta de que la multitud que pasa ni siquiera gira la cabeza, o si lo hace, mira con curiosidad y sigue caminando. Poco a poco, los prisioneros se dan cuenta de que la gente que pasa no oye, de que una gruesa lámina de cristal invisible, pero terriblemente tangible, se interpone entre ellos y el mundo. Se excitan, hablan más alto, gesticulan. Algunos de los transeúntes se detienen por curiosidad; estas gesticulaciones parecen no tener sentido; se ríen y siguen adelante. Todavía no oyen en absoluto, o sólo oyen débilmente, e incluso lo que oyen, no lo entienden. Entonces la gente de dentro puede ponerse histérica. Puede que griten y se lancen contra las barreras, sin darse cuenta, en su desconcierto, de que están gritando en un vacío que no se escucha y de que sus payasadas pueden parecer divertidas a los que miran desde fuera. Puede que incluso, aquí y allá, se abran paso entre la sangre y la desfiguración, y se encuentren ante una turba horrorizada, implacable y bastante abrumadora de personas que temen por su propia existencia”.

No creo que esta imagen de mi estado de ánimo durante esos días sea muy exagerada, tan loco era mi enamoramiento. Pero me sorprende que en una etapa tan temprana pudiera ver lo desigual que era nuestra relación. Un matrimonio entre nosotros, al fin y al cabo, habría tenido esta barrera de cristal invisible entre nosotros, conmigo dentro de la cueva, a la que he dedicado gran parte

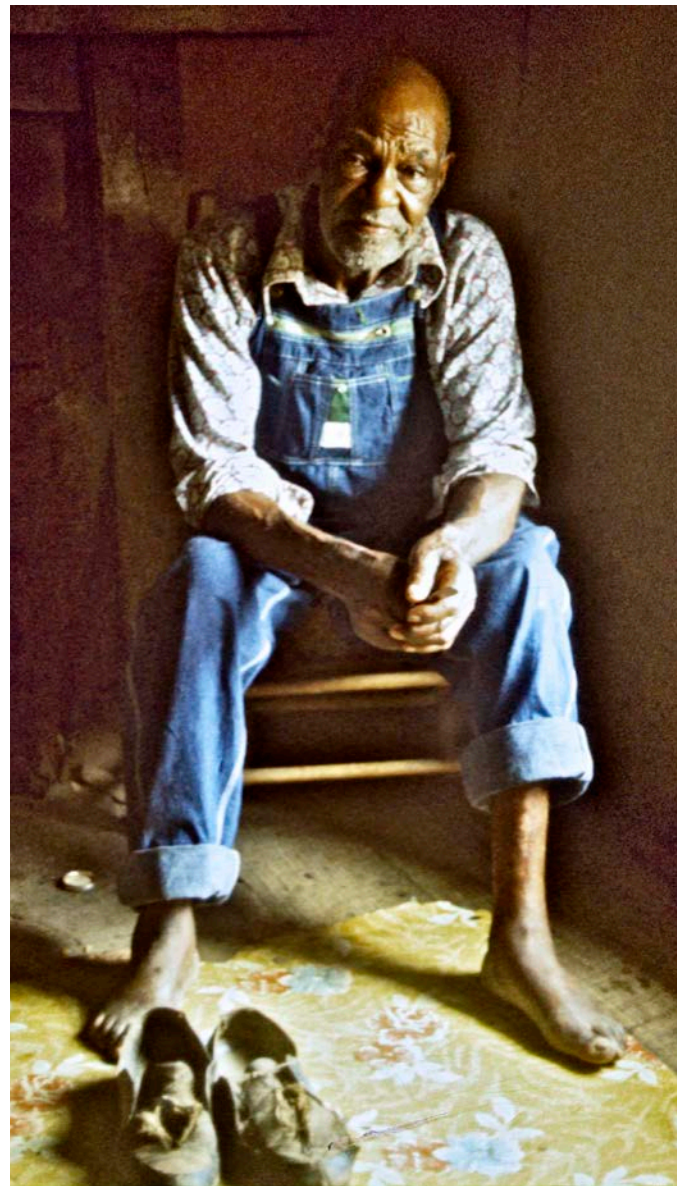
de mi vida, y contigo en el exterior. Con todo tu carácter de clase alta, nunca habrías podido vivir la vida que llevo en la cueva, y que intento mostrar al mundo exterior con mis fotos. Sé que en mi mente, de un modo u otro, siempre estaré dentro de la cueva, mientras que tú sabes tan bien como yo que siempre estarás fuera, a pesar de una cierta visión de la cueva. Cada vez que me adentraba demasiado en la cueva y me sentía perdido, tú siempre podías, con tu sabiduría y tu profunda perspicacia humana, explicármelo y ponerlo todo en perspectiva. Por lo tanto, no es de extrañar que te convirtieras cada vez más en una especie de madre para mí, a pesar de toda mi resistencia. Lo que temo es que, a pesar de tu comprensión de la caverna, sigas tan marcada por tu clase que en el momento crítico en que se rompa la barrera de cristal, cuando todo esté dicho, te encuentres entre la turba horrorizada e implacable. Para evitarlo, tenemos que seguir trabajando juntos. Si un matrimonio entre nosotros era poco realista, y para mí en la caverna inevitablemente destructivo, en cualquier caso no es poco realista que haya una profunda amistad entre nosotros. Si continúas apoyándome y aconsejándome, podemos en tal amistad romper gradualmente esa barrera de cristal y construir una relación de tal fuerza y valor como la que tendrán nuestras dos razas en la América post-racial, cuando nuestra lucha común haya terminado. A través de nuestra continua amistad puedo construir el puente sobre el río, para que mi trabajo no se convierta sólo en la torre de marfil de un hombre blanco. Mi amor por ti sigue teniendo el carácter de enamoramiento más que de amistad. Tu belleza y tu suave y gran afro, tu suave y profunda (y maternal) voz y tus dulces labios que solían besarme despierto por las mañanas todavía me atormentan en mis pensamientos. Pero en cuanto salga de este estado mental cavernoso, quizá dentro de unos meses, estaré de vuelta en Plainfield, y podremos empezar a construir nuestra amistad, una amistad sin la cual nunca conseguiremos derribar las barreras de cristal y construir un puente hacia una nueva y hermosa América. Hasta entonces, sigues siendo mi querida, pero lejana e inalcanzable, Edwina.

Con amor, Jacob.



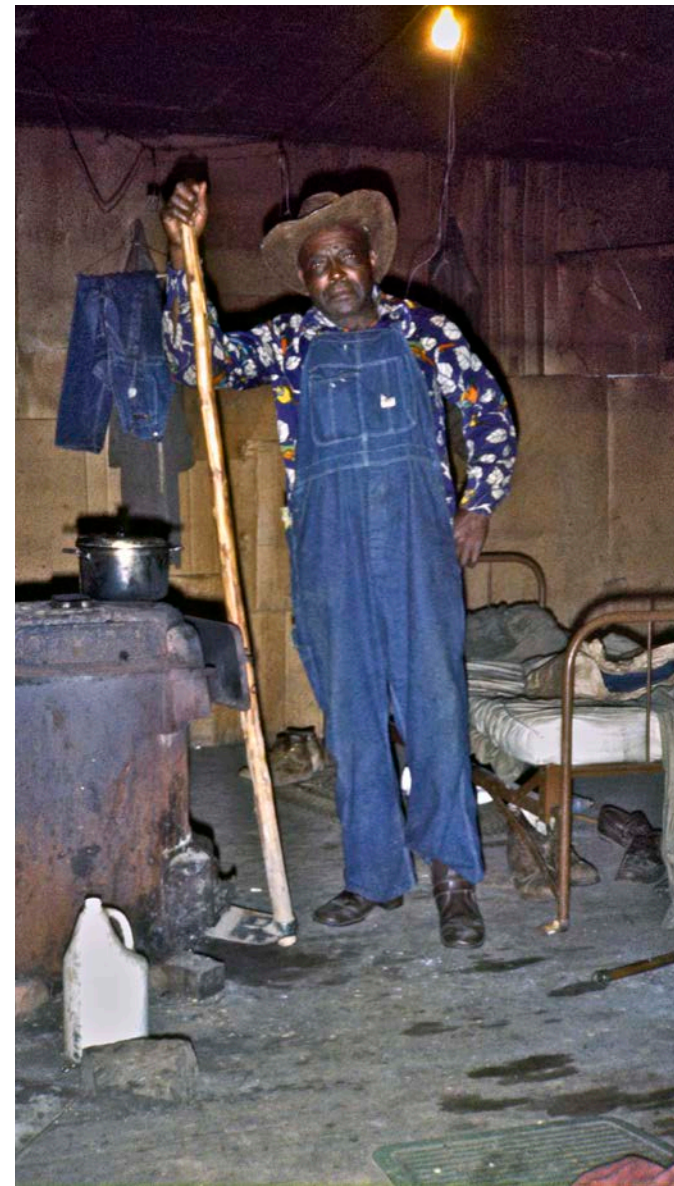
1973 - Orangeburg County, SC

En Alabama viví con Jack Ray, que había establecido y era dueño de varios bancos. Jack era uno de los hombres más liberales de Alabama y empleaba a negros como cajeros. Era una persona empática y cariñosa, así que me dolía cuando se refería a ellos como “negros”, como hacía la gente de allí. A menudo, como pobre vagabundo, sentía un fuerte deseo de obtener una educación formal para emprender una carrera y ascender a la clase alta, pero siempre que, como aquí, tenía la oportunidad de vivir la llamada buena vida, solía ponerme tan enfermo que rápidamente huía de nuevo a la carretera. Porque, ¿de dónde procedía todo el dinero con el que Jack había comprado su lujosa casa en las afueras de la ciudad? Me dijo que había hecho su fortuna concediendo préstamos a los aparceros negros pobres para que pudieran comprar una mula o mudarse de su podrida choza a un remolque de plástico aerodinámico y unirse al nuevo proletariado de plástico de más de 30 millones de estadounidenses.



1975 - Bullock County, AL

Pero muchos aparceros ni siquiera podían permitirse estas modernas chozas. Ya tienen bastantes problemas para pagar sus mulas y están endeudados tanto con el banco como con el terrateniente blanco, al que a menudo tenían que pagar la mayor parte de sus cosechas, igual que en la Europa feudal pagábamos a la iglesia y al terrateniente. El sistema estadounidense comenzó después de la Guerra Civil, cuando ni los plantadores ni los esclavos liberados tenían dinero. Impulsados por el hambre a trabajar por poco o nada, los negros indigentes llegaron a acuerdos con sus antiguos propietarios de esclavos para pedirles prestadas tierras, viviendas y semillas. Se suponía que el beneficio era compartido. Pero el endeudamiento y la contabilidad deshonesta solían llevar a los aparceros a una situación materialmente peor que bajo la esclavitud (el amo al menos tenía interés en alimentarlos). El sistema ha continuado de generación en generación, y a la deuda eterna con el propietario



1975 - Oglethorpe County, GA



1973 - Gadsden, AL



1973 - Gadsden, AL

se sumó la deuda con el economato y, finalmente, con el banco, contribuyendo todo ello a crear una clase alta blanca. Cuando me recogió en 1973, Jack Ray se había hecho tan rico que podía llevarme en su jet privado. Cuando volví, descubrí que su imperio bancario había crecido aún más, y me invitó a cenar a un club sólo para blancos. Como patrocinador de todo, desde becas hasta orquestas, se unió a la Cámara de Comercio en 1993. Se le dedicó el Parque de la Familia Jack L. Ray, pero ningún negro asistió a los festejos. Tal vez porque su contribución más importante a la sociedad consistió en políticas monetarias que ayudaron a duplicar el patrimonio neto de cada estadounidense blanco, de 6 a 12 veces el de cada estadounidense negro, entre nuestro primer encuentro y su muerte en 2006.



1974 - Charleston, SC



1973 - Yazoo City, MS



1975 - Burke County, GA



1974 - Elizabethtown, NC

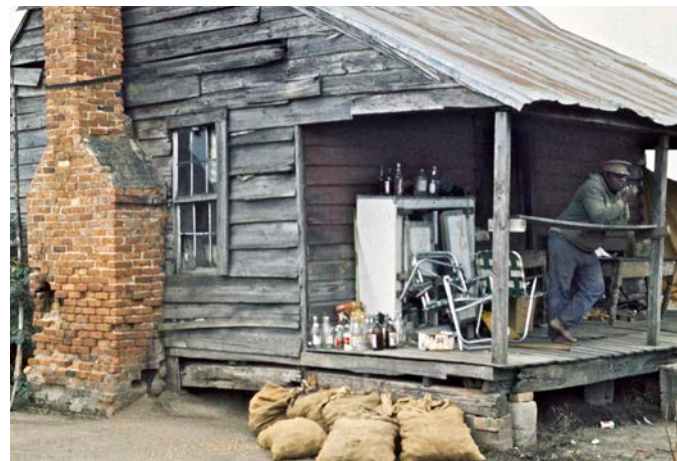
Später besuchte ich diesen Pachtbauern, der in der Nähe des Más tarde, visité a este agricultor arrendatario, que vivía cerca del banquero. Tanto él como su mujer tenían 78 años y deberían haber dejado de trabajar hace años. Pero me dijo: “Tengo que trabajar hasta caer muerto en los campos. El año pasado mi mujer tuvo problemas de corazón, así que ahora debo hacer el trabajo yo solo”. Dos veces al año iba a la tienda local a comprar un poco de harina y un poco de azúcar. Eso era todo lo que compraba. Le pregunté qué desayunaba. “Un vaso de té y un poco de nabos”, respondió. ¿Y el almuerzo? “Sólo grelos”, contestó. ¿Y para la cena? “Sobre todo nabos”.

Otro campesino, que pelaba un conejo, habló conmigo:

- ¿Pero a menudo te ibas a la cama con hambre?
- Sí, señor, la mayoría de las veces. Pero a veces la gente nos daba algo de pan o una comida.
- ¿Gente blanca?
- A veces blancos, a veces de color. A veces no teníamos nada y nos íbamos a la cama con hambre. Nos fuimos a la cama un millón de noches con hambre. A veces queríamos cazar, pero estábamos demasiado débiles para atrapar conejos.

Mis intentos de averiguar las condiciones de estos aparceros chocaron con un muro casi impenetrable de miedo e intimidación. Me imaginaba que este miedo estaba totalmente condicionado por la historia. Sin embargo, una noche, tras una visita a un aparcerero de este tipo, estaba recorriendo los 16 kilómetros de un callejón sin salida hasta mi choza cuando me “emboscó” una camioneta con los faros apuntando hacia mí y con las armas en alto. Conseguí salir de este atasco con una conversación, pero poco a poco me di cuenta de que esa intimidación estaba profundamente arraigada en el violento sistema de peonaje, que ha impedido a los aparceros y a los trabajadores agrícolas huir de su “deuda” mediante palizas, encarcelamientos y asesinatos.

Durante la Segunda Guerra Mundial (en la que EE.UU. fue aclamado como la Tierra de la Libertad), el Departamento de Justicia de EE.UU. admitió que “hay más negros retenidos por estos esclavistas por deudas que los que realmente tenían como esclavos antes de la Guerra Civil”.



1973 - Orangeburg County, SC



1994 - Pahokee, FL



1975 - Bullock County, AL



1975 - Notasulga, AL

Sin embargo, el Departamento de Justicia no hizo nada para perseguir a estos propietarios de esclavos, que incluso intercambiaban y vendían peones entre sí. Aunque hubo un número creciente de casos de peonaje en la década de 1970, sólo unos pocos acabaron en los tribunales, y sólo los más crueles, como un caso en 1980 en el que un plantador encadenó a sus trabajadores para evitar su fuga, llegaron a la prensa (y al público estadounidense).

En la década de 1990, The Atlanta Constitution publicó un gran reportaje sobre un terrateniente que había huido a las Bahamas, un paraíso fiscal, abandonando a sus arrendatarios agobiados por las deudas, que no sabían si habían sido comprados o vendidos. Cuanto más empezaba a penetrar en este trasfondo de espanto y terror, más sentía que el siglo XX tenía una influencia mucho más violenta en la psique negra que la esclavitud.



1973 - Zebulon, NC



1990 - Bullock County, AL - 96 Jahre alte Frau



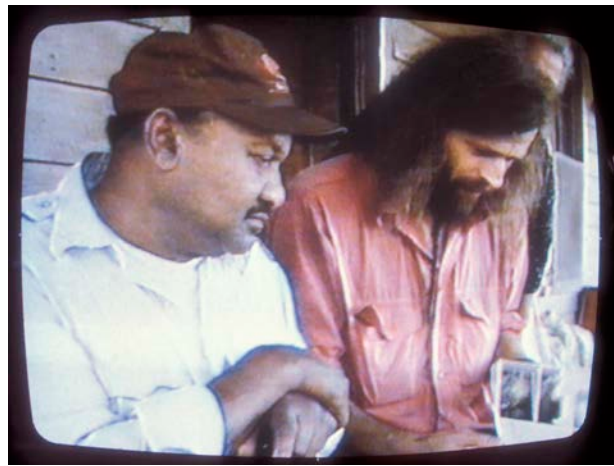
1974 - Washington, NC



1973 - Zebulon, NC - Lefus Whitley



Mosel y los niños 1973 - Gwen, de 5 años, a la derecha en la televisión.



Lefus en la televisión danesa en 1992



Desde la izquierda Kenny, Gwen con el libro, René, Betty Jean y Mosel en 1978.



Lefus murió el 17 de marzo de 2004, a los 77 años.



Gwen con el libro en 2003. Como técnico de laboratorio me escribe sobre la familia.

Lo importante que es vagar en la cuarta dimensión -con el factor tiempo incluido- lo demuestra mi amistad con Lefus Whitley. Porque las imágenes a menudo mienten incluso para el propio fotógrafo. Lep, un gángster de Nueva York, me invitó en 1973 a visitar a sus padres en los bosques de Carolina del Norte. Allí tomé la foto de su padre Lefus borracho y apático ante el televisor de la página 99. Esas fotos “honestas” de Lefus dificultaron más tarde la entrada de mi programa en los institutos por temor a que intensificaran los prejuicios negativos de los estudiantes sobre los negros como “vagos” y “apáticos”. Me temo que incluso yo mismo le veía así, ya que cada vez que le visité a lo largo de los años estaba tumbado en el suelo borracho, excepto una vez en 1991, cuando le hicimos sentarse para salir en la televisión danesa. Siempre necesité la ayuda de su hijo para encontrar a su familia en las profundidades del bosque, en nuevas chozas podridas, ya que quemó las anteriores por la borrachera. Así que mis prejuicios duraron 30 años hasta que en 2003 viajé para hacer entrevistas en vídeo a mis amigos sobre su propia percepción de sus vidas, contraría a MIS interpretaciones en mi programa. Pues tanto la familia como los vecinos confirmaron que Lefus no había faltado ni un solo día al trabajo en toda su vida. Como trabajador agrícola arrendatario en su juventud, sólo bebía un poco los fines de semana, pero empeoró cuando perdió sus tierras cuando los terratenientes blancos expulsaron a los agricultores negros que



La última vez que vi a Lefus en 2003 había dejado de beber

quedaban. Entonces se convirtió en obrero de la construcción, y su equipo le recogía cada mañana a las cinco y le llevaba a Raleigh, donde construyó la mayor parte de los rascacielos que hoy se ven en la capital del estado. Durante todos esos años sólo bebía después del trabajo y después de darle a su mujer Mosel lo que necesitaba para sacar adelante a la familia, es decir, cuando yo le visitaba por la noche. Mi superficialidad provenía de no haber vivido nunca con la familia porque siempre vivía con su hijo Lep. Yo había sido “vago”, no Lefus, lo que me enseñó de nuevo a no juzgar nunca a las personas hasta que no hayamos vivido con ellas las 24 horas del día.

Años más tarde Bruce Springsteen cometió el mismo error cuando robó esta foto para ponerla en su álbum superventas “57 channels and nothing’s on” sin preguntar ni pagar ni a mí ni a Lefus un céntimo. Al contrario de lo que pensamos estigmatizando a personas como Lefus como un “vago gorrón n.....”, él, hasta su muerte el 17 de marzo de 2004, nunca recibió ningún apoyo de la sociedad. Entonces, ¿por qué culpamos a la “alta sociedad” de salirse con la suya tanto en el acaparamiento de tierras como en el gorroneo? Puede que Bruce Springsteen sea “Born in the USA”, pero como siempre he dicho, “¡mi amigo Lefus construyó América!”



Lefus se hizo mundialmente famoso en 1992



1978 - rural La Crosse, FL



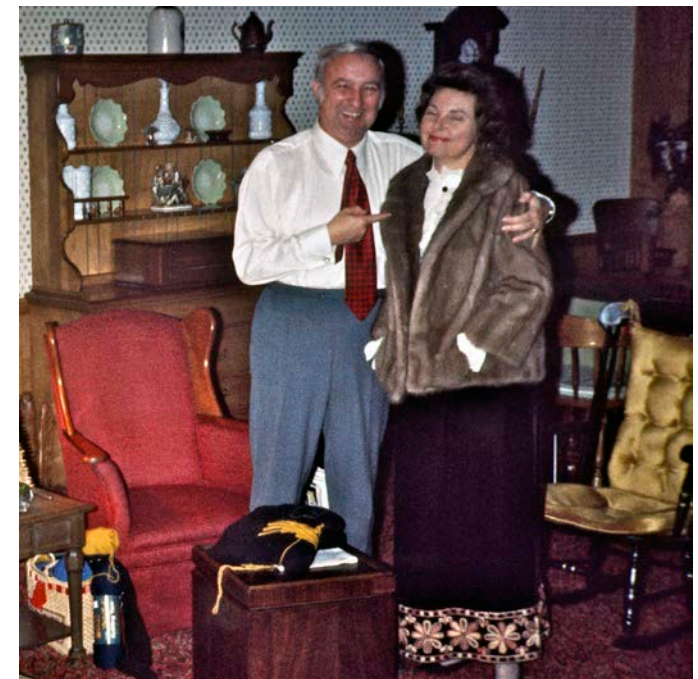
1974 - Manhattan, NY



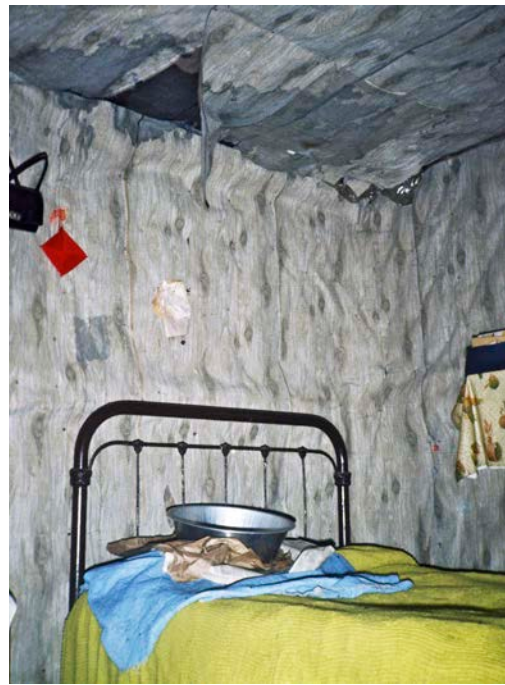
1994 - Pahokee, FL

Mi amigo Jack Ray, reciente beneficiario de esta violenta ignorancia, encajó para mí, sin saberlo, una pieza más en el patrón de hambre y pavor que vi en la clase baja rural de los años 70. El racismo persigue a todos los países, pero es más visible en Estados Unidos porque está entrelazado con una despiadada opresión de clase: la mayor brecha entre ricos y pobres del mundo industrializado. Sin un estado de bienestar protector que mantenga a raya a las fuerzas del mercado, muchos se hacen tan pobres que pierden tanto su libertad como la iniciativa para enfrentarse al mercado. Cuando el 2% posee hoy el 80% de todo lo que hay en Estados Unidos, es más fácil ver de dónde viene la piel de visón de este banquero. Lo único que no pudo comprar fue la verdadera felicidad. Una y otra vez veo que la clase alta se ve obligada a sustituir la felicidad personal por abrigo de visón, alcohol, pastillas para los nervios y cocaína.

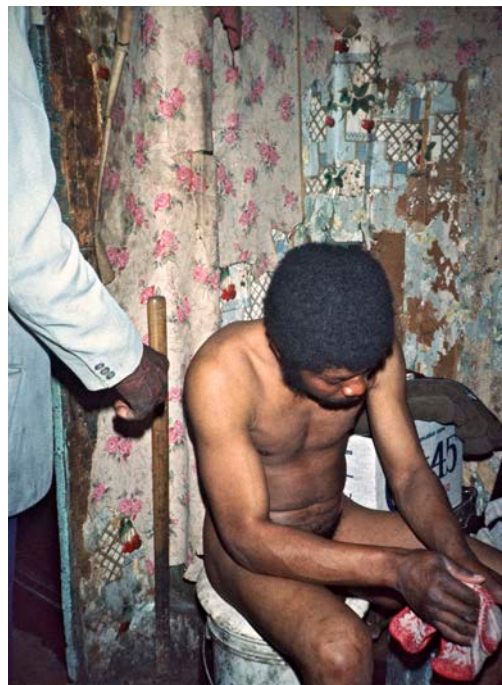
Empecé a sentirme alejado de la ignorancia blanca imperante, que parece siempre incapaz de entender por qué sus propios antepasados blancos pudieron “triunfar” en poco tiempo, mientras que, tras más de 100 años de “libertad”, los negros siguen luchando.



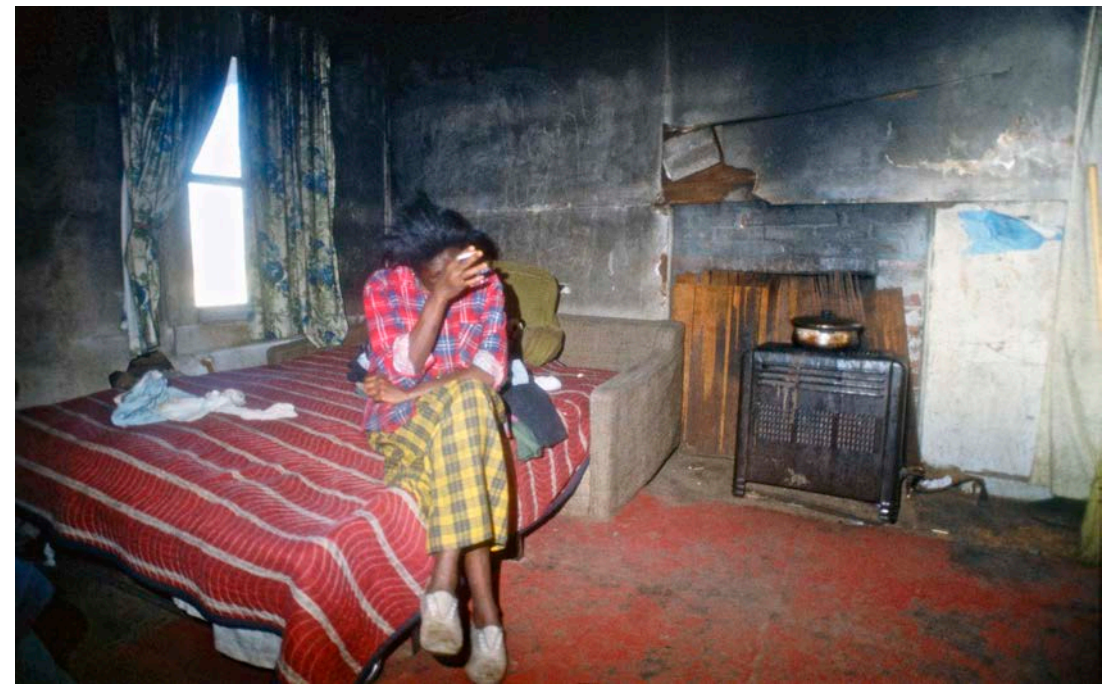
1973 - Gadsden, AL



1975 - Tuskegee, AL



1974 - Washington, NC



1996 - rural Selma, AL



1974 - Washington, NC



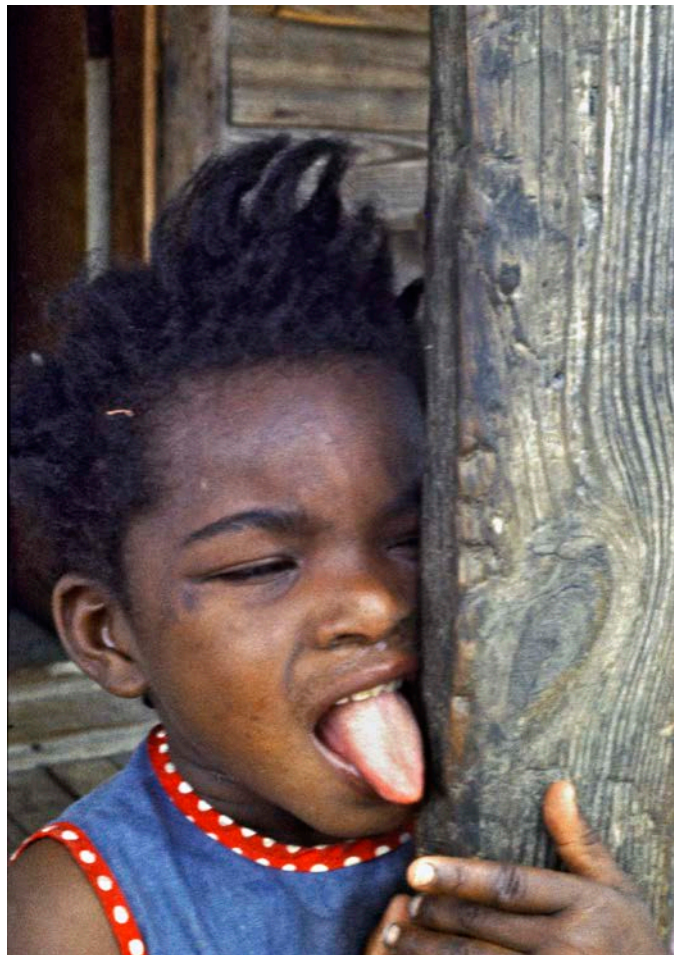
1975 - Condado de Bullock, AL (el abuelo de Mary tiene 102 años, mató a su esposa poco después)



1974 - Vanceboro, NC



1973 - Baltimore



1974 - rural Greenville, NC

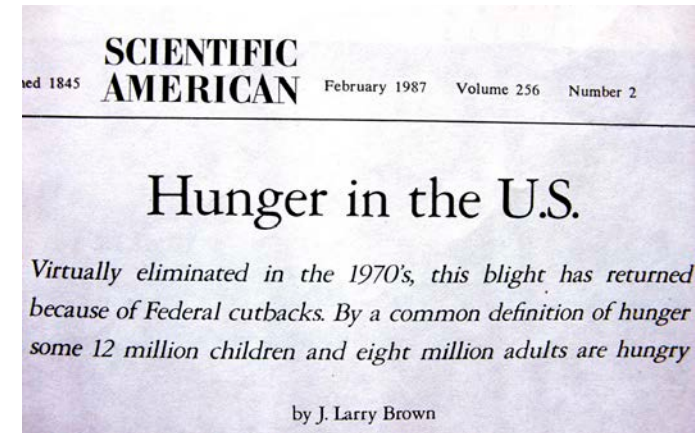
El hambre, y las razones para ello, que vi alrededor del banquero no eran únicas. La sabiduría tradicional estadounidense insiste en que si un hombre pasa hambre, sólo puede culparse a sí mismo, porque no está dispuesto a trabajar. Entonces, ¿por qué vi tan a menudo a los hambrientos trabajar más duro y durante más tiempo que los causantes de su hambre?

Son los niños a los que este cinismo social perjudica más. La desnutrición les hace perder la resistencia a las enfermedades, por lo que la muerte por inanición solía llamarse "neumonía" en el certificado de defunción. En todos los lugares del Sur vi estas pequeñas lápidas escondidas en los campos. En muchos distritos, la mortalidad infantil de los niños negros era de 8 a 10 veces mayor que la de los blancos. En comparación, la tasa de mortalidad infantil de los negros era sólo dos veces mayor que la de los blancos durante la esclavitud (como lo es hoy en día en el conjunto del país). En otras palabras, más de 6.000 bebés negros mueren cada año porque no tienen la misma atención sanitaria y nutrición que los blancos. Podrían salvarse aún más bebés cada año si tuvieran acceso a las mismas visitas semanales de las enfermeras antes y después del nacimiento, que damos por sentado en un estado de bienestar como Dinamarca. La esperanza de vida en Bangladesh será mayor en 2021 que en 10 condados de Mississippi.

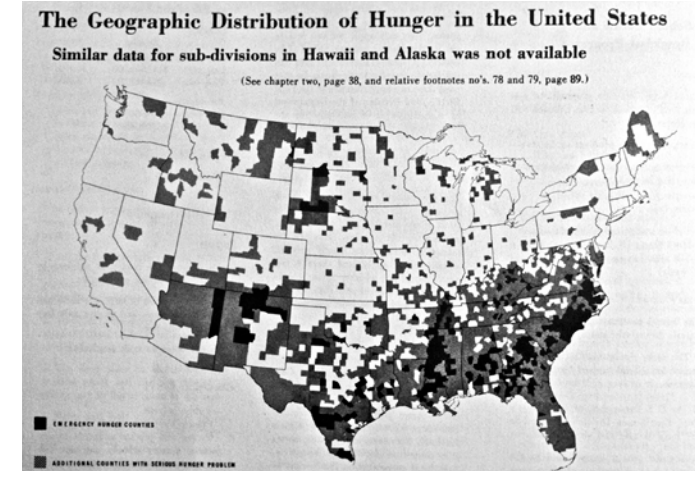


1974 - rural Pireway, NC

Me resultó difícil fotografiar el hambre, ya que pocos estaban visiblemente demacrados. Muchas personas, de hecho, tenían sobrepeso porque tenían que comer muchos carbohidratos para obtener suficientes proteínas, como la madre de Blondie Ecell (vista aquí). Cuando volví para regalarle un ejemplar del libro, se avergonzó de que me hubiera referido a ella como una persona con sobrepeso. Desde entonces, la obesidad se ha convertido en algo tan común entre los pobres que gran parte de la vergüenza ha desaparecido. Si antes los blancos más acomodados criticábamos el letargo de los negros desnutridos, hoy criticamos su obesidad. A menudo me he preguntado si, como fotógrafo, yo mismo discriminaba al tratar de cambiar a los racistas blancos con mis fotos, o porque yo mismo estaba sometido a sus opiniones racistas. Pero no hay excusa para el hambre en una sociedad altamente desarrollada. Al contrario de lo que ocurre con el racismo, la pobreza y la desnutrición son únicamente el resultado de nuestro voto. Y desde los años 70, los estadounidenses han votado en todas las elecciones para aumentar la brecha entre ricos y pobres. Olvidan que países como Dinamarca, Suecia y Japón, que han logrado la mayor igualdad de ingresos y de salud (y por tanto no aplastan la iniciativa de tantos), exhibieron el mayor crecimiento económico del mundo durante el siglo XX.



1987 - Scientific American



1974 - Daytona, FL



1992 - Dayton, OH



1984 - fiesta privada con B.B. King contratado para tocar en Houston



Hombre hambriento en Pahokee, FL en 1990 a menos de una hora de los millonarios de la derecha en Palm Beach



1974 - millonarios en Palm Beach, FL

USA
1996



1996 - rural Selma, AL

USA
1975



1975 - Pireway, NC

Yes, and it's happening right here in the U.S.A. Right this minute as you read these words. Who's Caroline? One of thousands of hungry children throughout the rural South suffering from a lack of nourishment so severe it affects her present health and the development of her mind and body.

In the words of a white Southern doctor to a Senate committee . . . "Malnutrition is not quite what we found; the boys and girls were hungry, weak, in pain, sick . . . suffering from hunger and disease and, directly or indirectly, they are dying from them—which is exactly what starvation means."

A few years ago, the NAACP Emergency Relief Fund was established to do something about this critical situation. And it's working. In the last three years, alone, 112,988 of the neediest people have been assisted. What's more, by providing the money for buying Federal food stamps, the food purchasing value of this



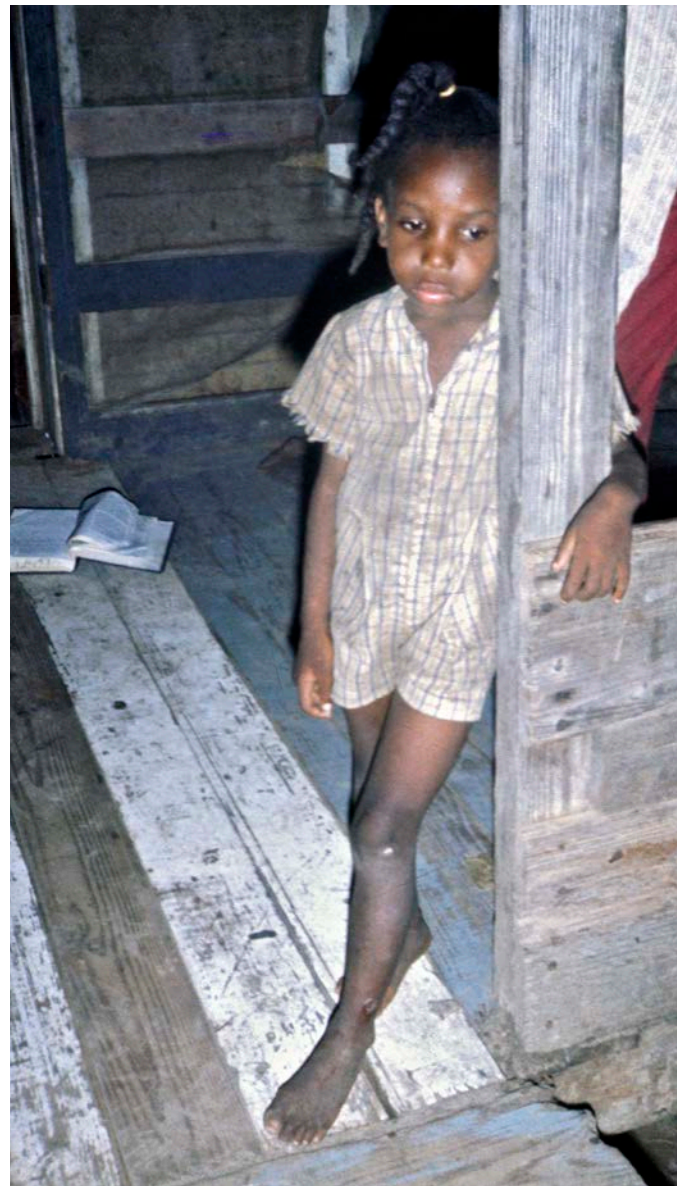
NAACP
EMERGENCY RELIEF FUND.
DEPT. 88, BOX 121.

1973 - NAACP



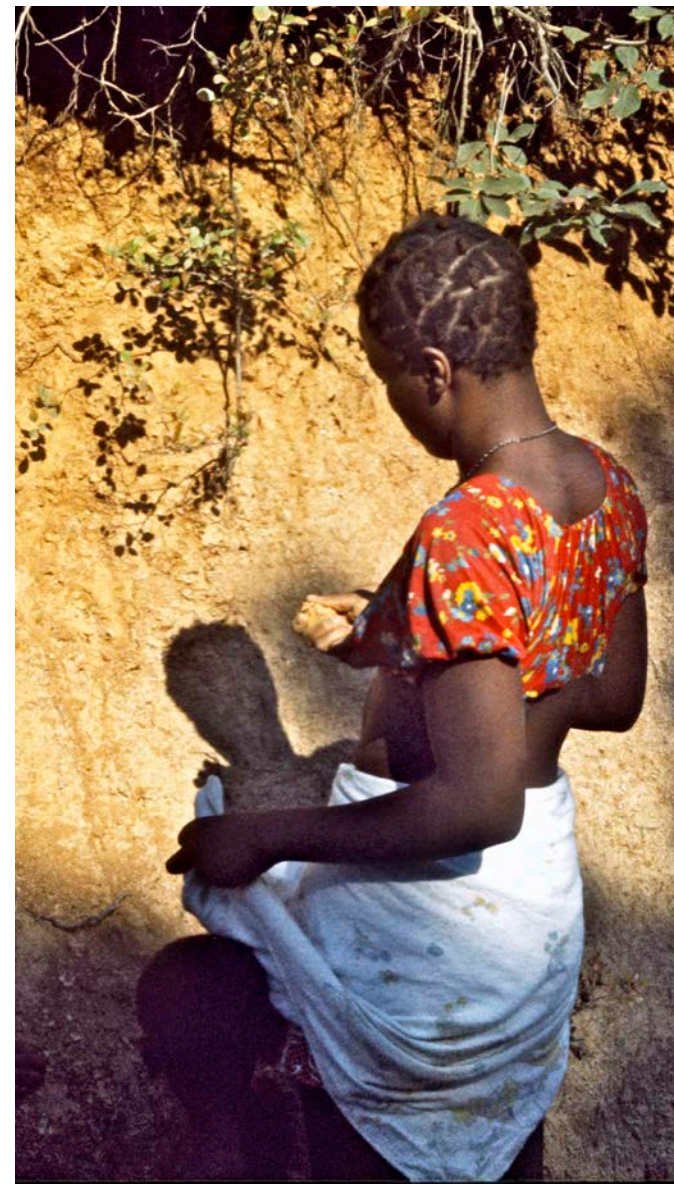
1974 - anywhere

El hambre que indirectamente infligimos a nuestros marginados refuerza nuestra visión racista de ellos. Durante los años que viajé, descubrí que los blancos culpaban cada vez más a las víctimas, y no a la política federal, de su letargo. Las muertes marcadas por las lápidas sólo representaban la punta del iceberg. Una dieta deficiente deja a la gente desganada y susceptible de contraer numerosas enfermedades, que es una de las razones por las que la esperanza de vida de los negros es siete años menor que la de los blancos (como se ve de nuevo en las condiciones de Covid-19). Históricamente, numerosos niños negros han sufrido, debido al hambre, daños cerebrales irreversibles, lo que también provoca pereza, apatía, alienación e incapacidad para trabajar. Me resultaba difícil acercarme a estos niños huraños y retraídos; tenían un miedo increíble a los extraños. Una y otra vez, mientras me alojaba en chabolas destartadas, comía pan de maíz, sémola de maíz y alubias cocidas con grumos de grasa.



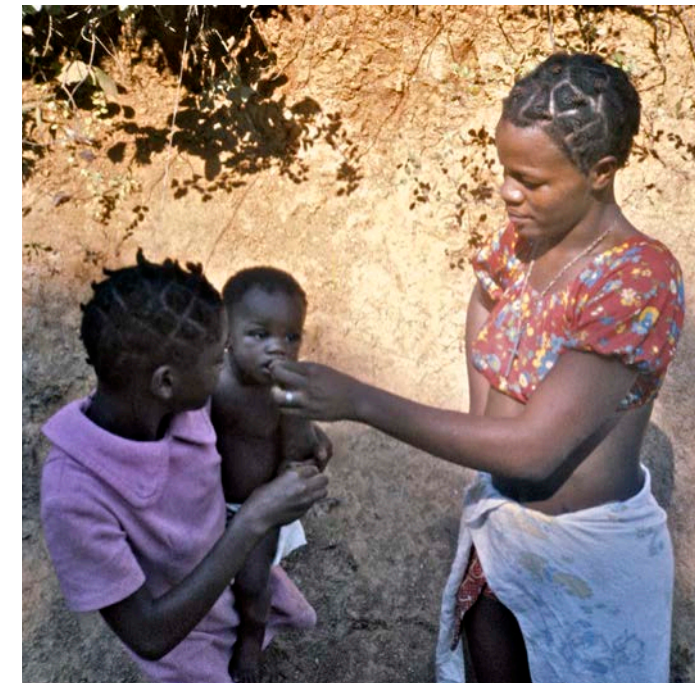
1975 - rural Meridian, MS

En las casas más acomodadas, me servían una "comida del alma" más tradicional, como nudillos de cerdo, fauces de cerdo, intestinos, orejas, patas y rabos de cerdo, así como migajas de grasa similares de la mesa del hombre blanco. Cientos de miles de personas recibían menos de las 3,5 libras de tocino y cerdo que un peón recibía cada semana bajo la esclavitud. Encontré el peor hambre en las carreteras secundarias remotas y entre los ancianos urbanos. Un perro hambriento es señal de que hay gente hambrienta cerca. En invierno, cuando el hambre era mayor, vi a negros desenterrando raíces en los campos de los blancos. Muchas mujeres negras del Sur comen tierra. Cuando la visité por primera vez, casi el 50% de las mujeres negras de Alabama, Misisipi y Carolina del Norte comían barro. Según el New York Times, esto seguía ocurriendo en el año 2000. Esta mujer, agotada por la anemia, me llevó a una ladera donde cavaba para conseguir la "comida" que compartía con su hijo.

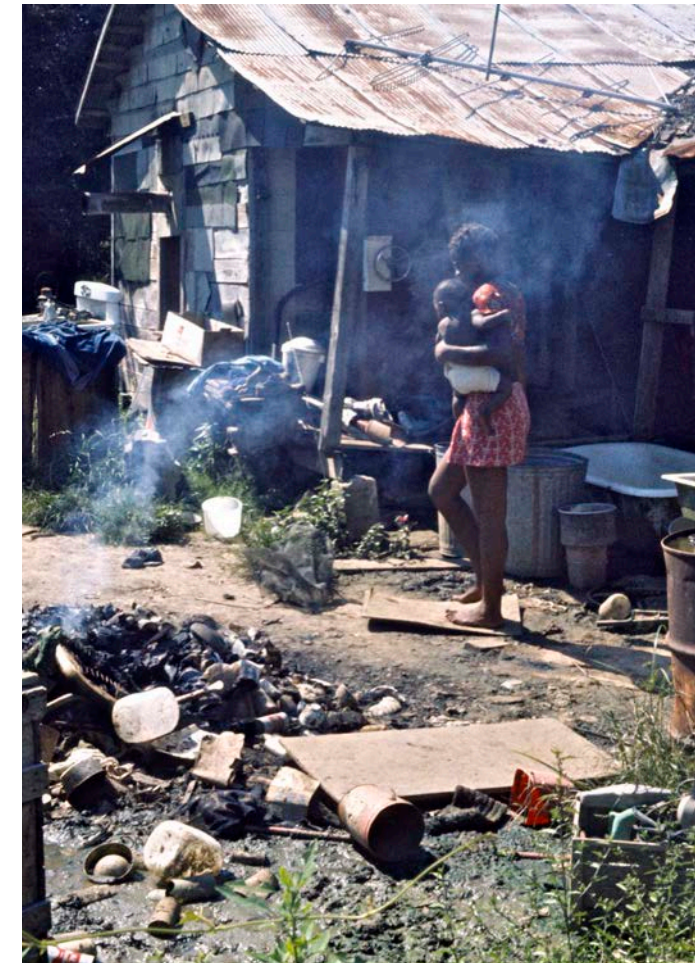


1975 - rural Meridian, MS

- ¿Comes alguna vez tierra?
- A veces...
- ¿Sabe bien?
- Sí. (Con sorpresa) ¿Nunca la has comido?
- No, pero me gustaría probar. ¿De qué tipo es, de arcilla? ¿Arcilla roja?
- Sí, es realmente roja...
- ¿Cómo la llamáis?
- Lo llamamos tierra dulce...
- Pensé que se llamaba barro del Mississippi. Así es como lo llaman en el norte. (Muchos negros en el norte me enteré de que se lo enviaba por correo la familia en el sur).
- ¿Alguna vez comes almidón de lavandería?
- A veces.
- ¿Quién más come tierra por aquí?
- Mi madre y mi tía de allí. Todo el mundo, creo.



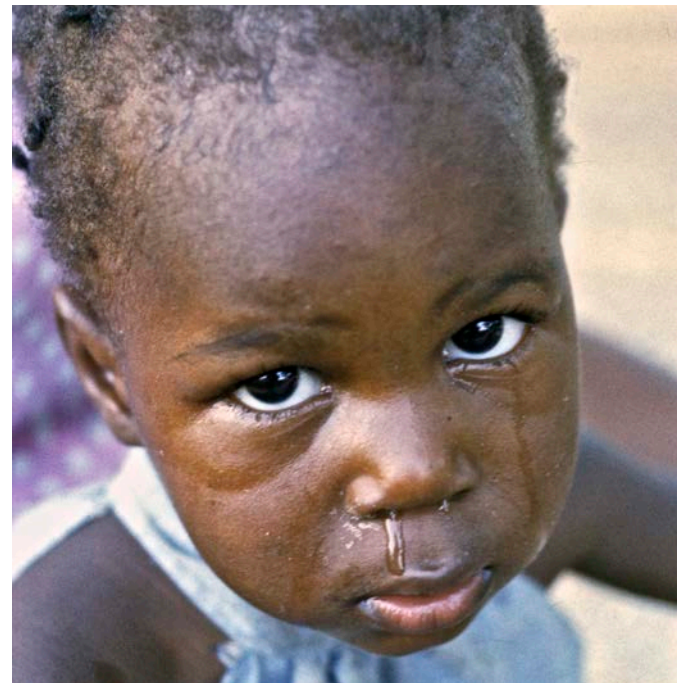
1975 - rural Meridian, MS



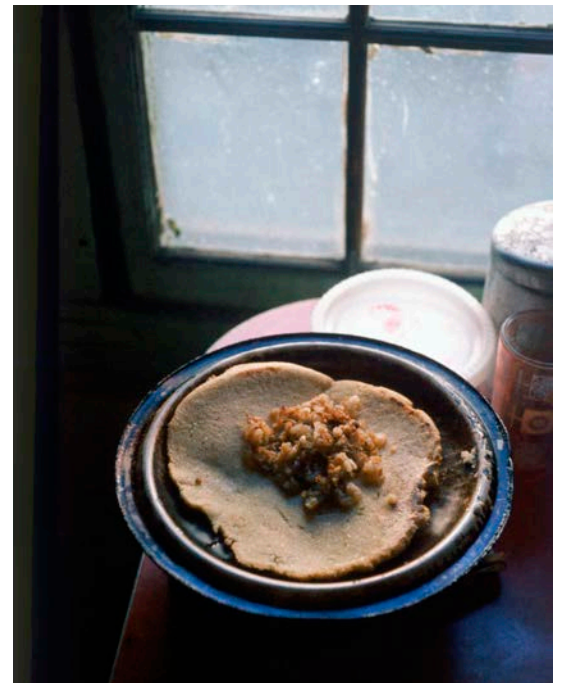
1975 - rural Meridian, MS



1975 - Philadelphia, MS



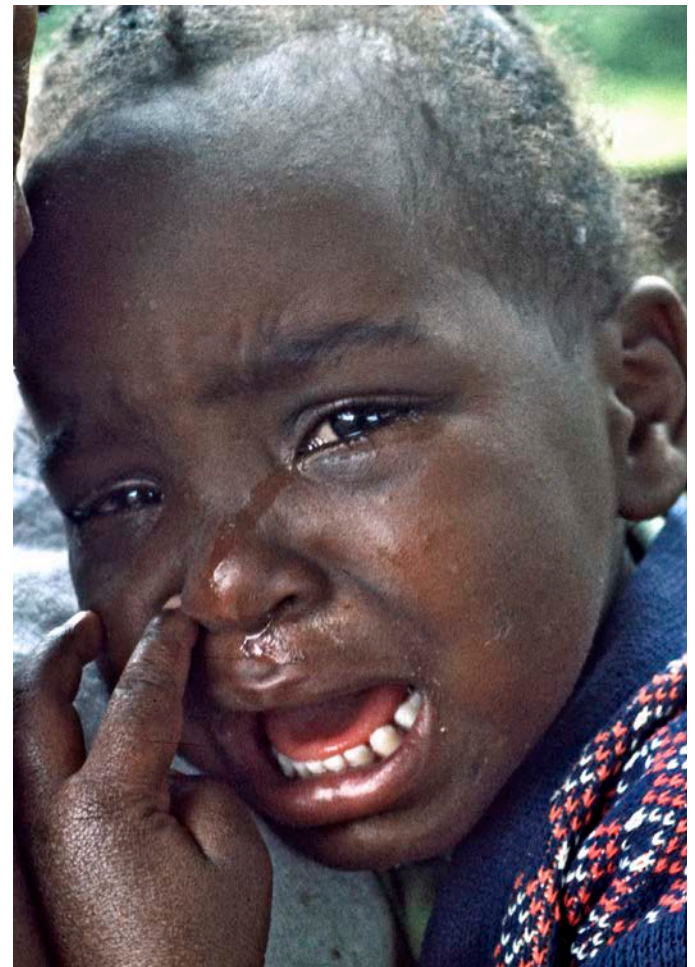
1973 - Vanceboro, NC



1974 - Greenville, NC



1973 - rural Wallace, NC



1974 - rural Morehead City, NC



1973 - New York

El encuentro personal con los constantes lloriqueos, la inquietud y los mocos de los niños que lloran incesantemente porque tienen hambre parece casi un alivio, es infinitamente preferible a los ojos vacíos y el silencio muerto de los niños a los que el hambre ha vuelto tan apáticos que ya no son capaces de llorar. ¿Somos capaces de llorar nosotros mismos? Cuando me refresqué en los interminables centros comerciales con su adormecedora música de fondo, casi lloré por el contraste con la extrema pobreza que acababa de ver. Por la facilidad y la despreocupación con la que dejamos que ese tipo de hambre se cincele en la experiencia de los negros a lo largo de la historia de Estados Unidos. Yo no había nacido en esta opresión, pero ¿cómo me afectaría, a lo largo de mi vida, ser testigo de lo que le ocurre al alma de un pueblo? ¿Ver a las madres depositar a sus hijos en la tumba? ¿O ver morir a las madres a un ritmo brutal (13.600 mujeres negras mueren anualmente en el parto)? Sólo 3.481 morirían si tuvieran acceso a la asistencia sanitaria de los blancos, y menos de 2.000 si tuvieran asistencia sanitaria europea.

¿Cómo podemos gastar miles de millones en el diseño de nuevos modelos de coches cada año mientras condenamos a nuestros hijos a ocupar sólo el 15º lugar en mortalidad infantil (17.686 bebés murieron innecesariamente en 1977)? ¿Acaso el hecho de ser bombardeados por anuncios de coches y otros productos nos hace ciegos a los valores humanos y al sufrimiento que nos rodea? ¿Qué dice de nuestras prioridades el hecho de que el cementerio de coches del fondo esté vallado, pero no el cementerio humano del primer plano? Prioridades que permitieron a GM destruir los tranvías eléctricos de las ciudades americanas en 1936 para vender más coches, atrápanonos para siempre en laberintos de espaguetis de hormigón, como el de Los Ángeles, que llegó a causar 500 muertes al año gracias a la emisión anual de 460.000 toneladas de contaminantes de los coches, por no hablar de la paralización de los niños negros del centro de la ciudad por envenenamiento con plomo.



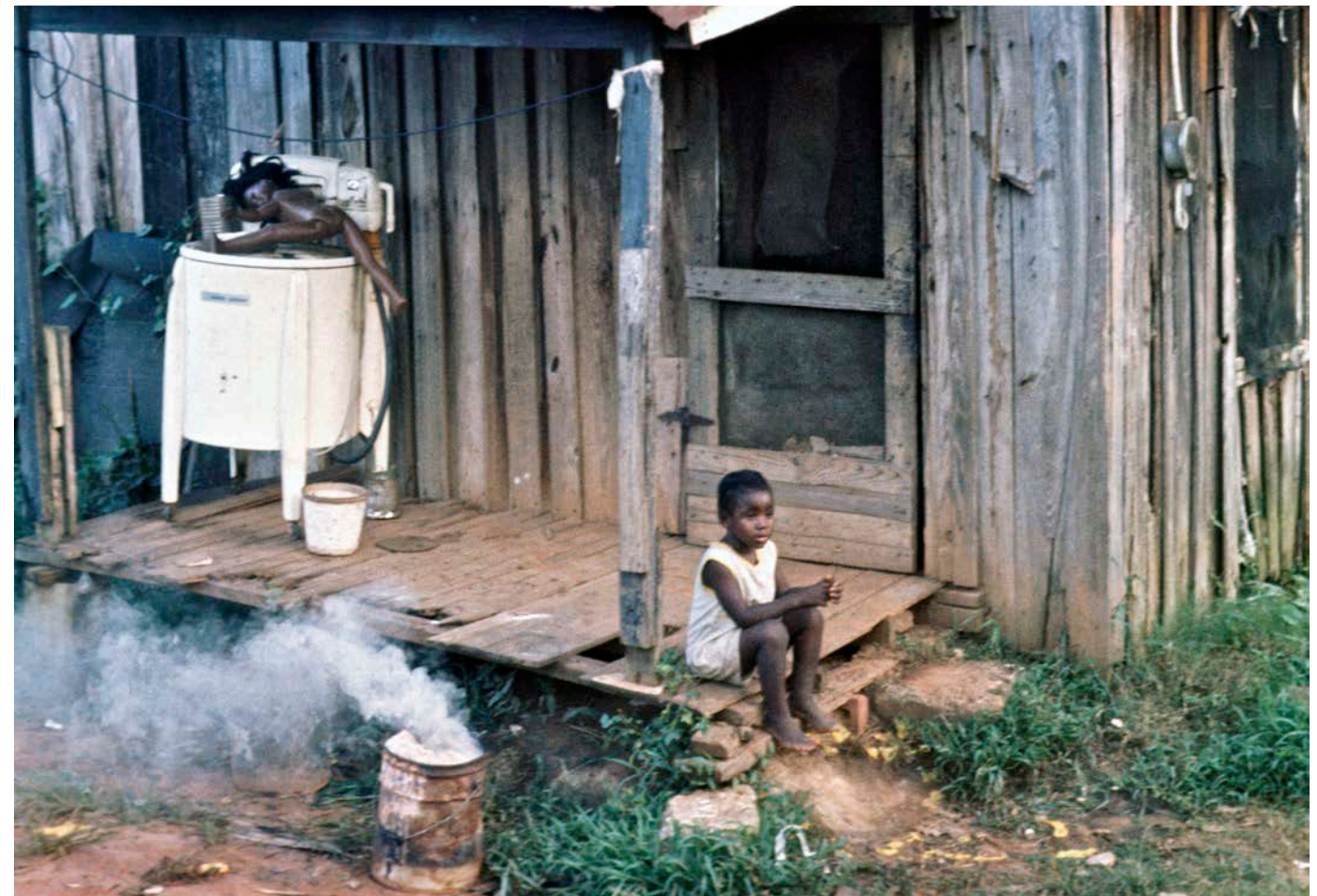
1974 - New Bern, NC



1974 - New Bern, NC



1974 - rural Eastern NC



1975 - Philadelphia, MS



1991 - New York



1974 - 42nd St, NYC



1996 - NYC



1974 - NYC



1973 - NYC. Rolls Royce con chófer negro

La ceguera ideológica que insiste en que la gente “reme su propia barca” se mantiene a través de persistentes apelaciones a nuestro egoísmo y avaricia. Las leyes de nuestro sistema, invisibles para la mayoría de la gente, nos manipulan con la incesante propaganda de Horatio Alger, con historias sobre Rockefeller y “el hombre hecho a sí mismo” -lecciones sobre la posibilidad de alcanzar el éxito. Se omite la enorme explotación y el sufrimiento necesarios para crear, por ejemplo, un Jeff Bezos y sus esclavos del tiempo. El camino hacia el éxito se retrata como un camino con obstáculos, que un hombre decido y con las cualidades necesarias puede superar. La recompensa espera en la distancia. El camino es solitario y para alcanzar el éxito hay que adoptar cualidades de lobo: comer o ser comido. Sólo se puede tener éxito a costa del fracaso de los demás.



1974 - Miami Beach, FL



1974 - New Orleans

En los años setenta me impactó ver la gran desigualdad de Estados Unidos, pero era difícil fotografiar la dinámica que creaba las numerosas víctimas que veía en las calles. Aun así, a veces fui bastante visionario: Este banco, E. F. Hutton & Co., se dedicaba al blanqueo de dinero para la mafia, perdió millones el lunes negro y estuvo a punto de provocar el colapso del capitalismo mundial en 1987. Luego se fusionó con Lehman Brothers y dio el pistoletazo de salida a la crisis financiera de 2008 casi consiguiendo derribar el capitalismo global. Años de desregulación “reaganómica” combinados con préstamos subprime sin valor, muchos de ellos concedidos a la clase media negra en apuros, obligaron a millones a abandonar sus hogares. Ahora veía a negros como estos en Harlem en las colas de la comida. Después de la crisis, el blanco medio se hizo veinte veces más rico que el negro medio, aunque los blancos sólo habían sido seis veces más ricos cuando yo llegué en 1970.

Wealth Gap Grows Between Whites and Minorities

The median wealth of white households is 20 times that of black households and 18 times that of Hispanic households, according to a Pew Research Center analysis of newly available government data from 2009.

20-to-1

The median wealth of white households is 20 times that of black households and 18 times that of Hispanic households, according to an analysis of newly available government data from 2009.

These lopsided wealth ratios are the largest since the government began publishing such data a quarter century ago and roughly twice the size of the ratios that had prevailed between these three groups for the two decades prior to the Great Recession that ended in 2009.

2011 - Pew Research Center



2009 - Harlem, NY - durante la crisis financiera



1971 - NY - Este banco E. F. Hutton & Co. se fusionó con Lehman Brothers y provocó la crisis financiera



1975 - San Francisco



1974 - anywhere



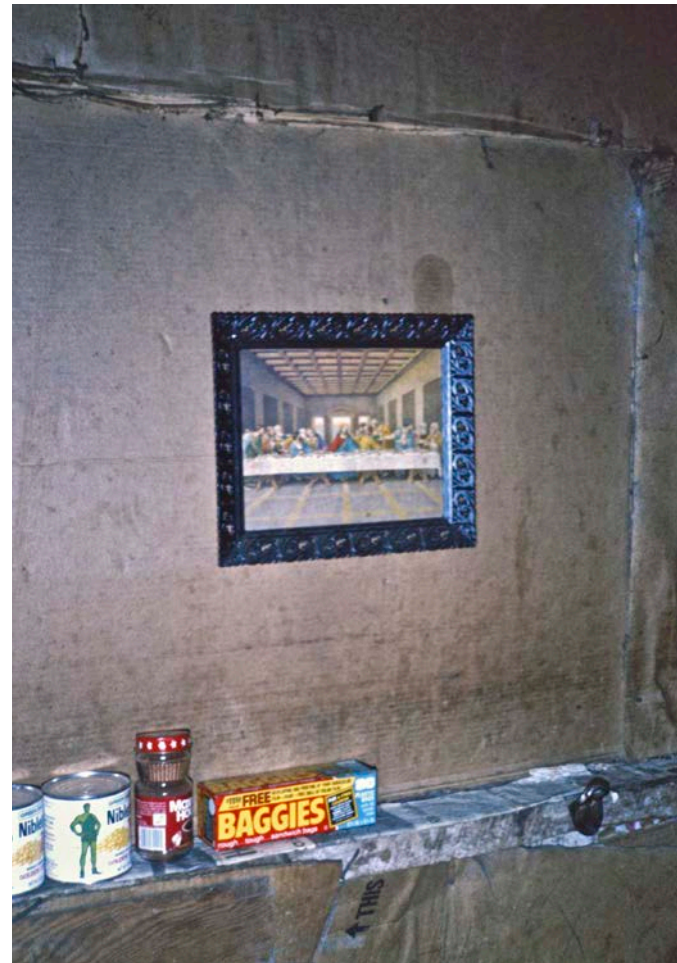
1973 - Charleston, SC



1974 - NYC - Se pide y no se recibe porque se pide mal



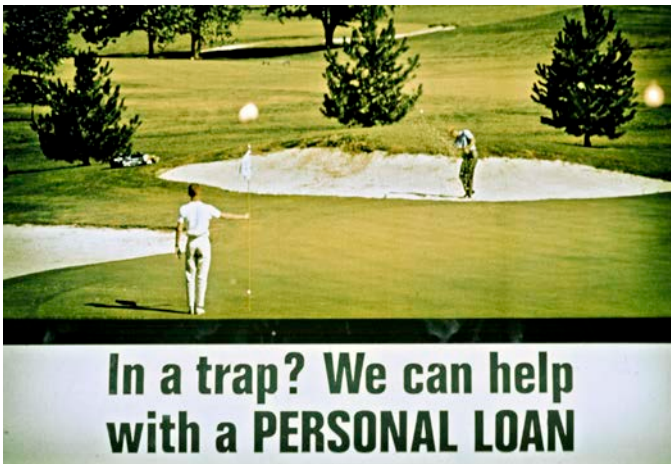
1975 - Bullock County, AL



1975 - Union Springs, AL



1978 - Waynesboro, GA



In a trap? We can help with a PERSONAL LOAN

1974 - anywhere

Es fácil ver cómo se manifiesta esta filosofía del lobo. Los gigantescos palacios del dinero en medio de las barriadas negras eran sólo uno de los aspectos más espantosos de la naturaleza patológica de esta filosofía. Hoy en día, el dinero sólo se encuentra en zonas blancas y rodeado de un ejército de negros sin hogar que no existía en los años 70. Junto a barrios sucios e infestados de ratas y violencia, se puede entrar en bancos contruidos como castillos de mármol con enormes bóvedas recubiertas de oro. Sí, hay mucho dinero en los bancos, en manos de las compañías de seguros y entre sus propietarios. Pero, ¿por qué entonces, me pregunto, con la moral de la calle y el vagabundo, no hay dinero para mi amigo lisiado Lee, que debe sentarse en la calle todos los días y mendigar por centavos? Lee me dijo que había estudiado derecho en la universidad en su juventud, pero que tuvo que dejarlo cuando contrajo la polio. Sigue estudiando y le traje varios libros sobre el tema que más le interesaba, el derecho mercantil, que aún creía que sería una forma de salir adelante.

Lee no era sólo una víctima de su propia filosofía de bolsillo, sino una caricatura de la enfermedad social que determina que los médicos estadounidenses ganen tanto dinero que los pobres no puedan pagarlos. Mientras todos los demás países ricos tienen un seguro médico gratuito, los médicos estadounidenses operan con ánimo de lucro, con el resultado de que miles de personas mueren por causas que no serían mortales en Europa. Antes del Obamacare, 50 millones de personas no podían permitirse ningún tipo de seguro médico. ¿Por qué la clase media debe pagar menos del 4% de sus ingresos en asistencia sanitaria mientras que los pobres pagan más del 15% (por una atención dilatoria de tercera y cuarta clase)? El resultado es que los estadounidenses blancos más acomodados están tan sanos como los daneses, pero la salud de los pobres (negros) es comparable a la de las poblaciones de las naciones subdesarrolladas. ¿Por qué hay menos médicos per cápita en los guetos negros que en África Central? ¿Y por qué nunca hacen visitas a domicilio allí?

En el gueto de Norfolk, pasé un día entero consolando a un hombre solitario y apesadumbrado cuya esposa había muerto la noche anterior porque no podía llevarla al médico, y no pude evitar sentirme abrumado por la culpa. Recordé las muchas



1973 - 5th Ave, NYC

mañanas de mi infancia en las que pedía ver a un médico por mi “dolor de estómago” porque no había hecho los deberes. Pocos pueden permitirse el lujo de gritar lobo, como yo lo había hecho, en medio de una sociedad de lobos, en la que la asistencia sanitaria con ánimo de lucro es un negocio mortal: 24.000 negros mueren anualmente por falta de “asistencia médica blanca”; 39.500 mujeres estadounidenses mueren al año en el parto por



1973 - 5th Ave, NYC



1971 - New York, NY



1973 - 5th Ave, NYC



1987 - MS

falta de “asistencia sanitaria escandinava”, y la esperanza de vida del hombre estadounidense ocupa sólo el puesto 35 entre las naciones miembros de la ONU.

Dado que los estadounidenses pagan por su asistencia sanitaria privatizada casi el doble que los europeos y además tienen que pagar más que el precio de una casa por sólo cuatro años de universidad, se entiende por qué la mayoría ya no puede permitirse ni tiene tiempo para nuestras vacaciones pagadas de seis semanas. No comprenden que precisamente porque los daneses pagan el doble de impuestos, nos sobra tanto dinero, después de pagar todas las facturas, que incluso los trabajadores pueden permitirse viajar por el mundo. (Utilizo a Dinamarca como ejemplo ya que también lo hizo Bernie Sanders cuando se presentó a la presidencia en 2020).



1975 - Waynesboro, GA

Las estadísticas de muertes solo muestran la superficie. Aquí, Willie Williams se sienta todo el día encorvado en un sillón con la mirada perdida en los dos hombres que una vez le dieron tanta esperanza: Martin Luther King y Robert Kennedy. Su mujer, Julia, está en la cama, enferma y debilitada por el hambre. No puede permitirse una comida especial para diabéticos, ya que sólo reciben 72 dólares al mes. Están solos, olvidados por la sociedad en un mundo de vacío sólo interrumpido por el alegre goteo de la lluvia a través del techo. La más perniciosa de las enfermedades de la pobreza es, sin duda, la apatía, el estado de ánimo al que se ven abocados millones de personas cuando se dan cuenta de que no pueden mantenerse en un mundo con el optimismo ascendente de la filosofía del lobo, y simplemente abandonan la lucha.



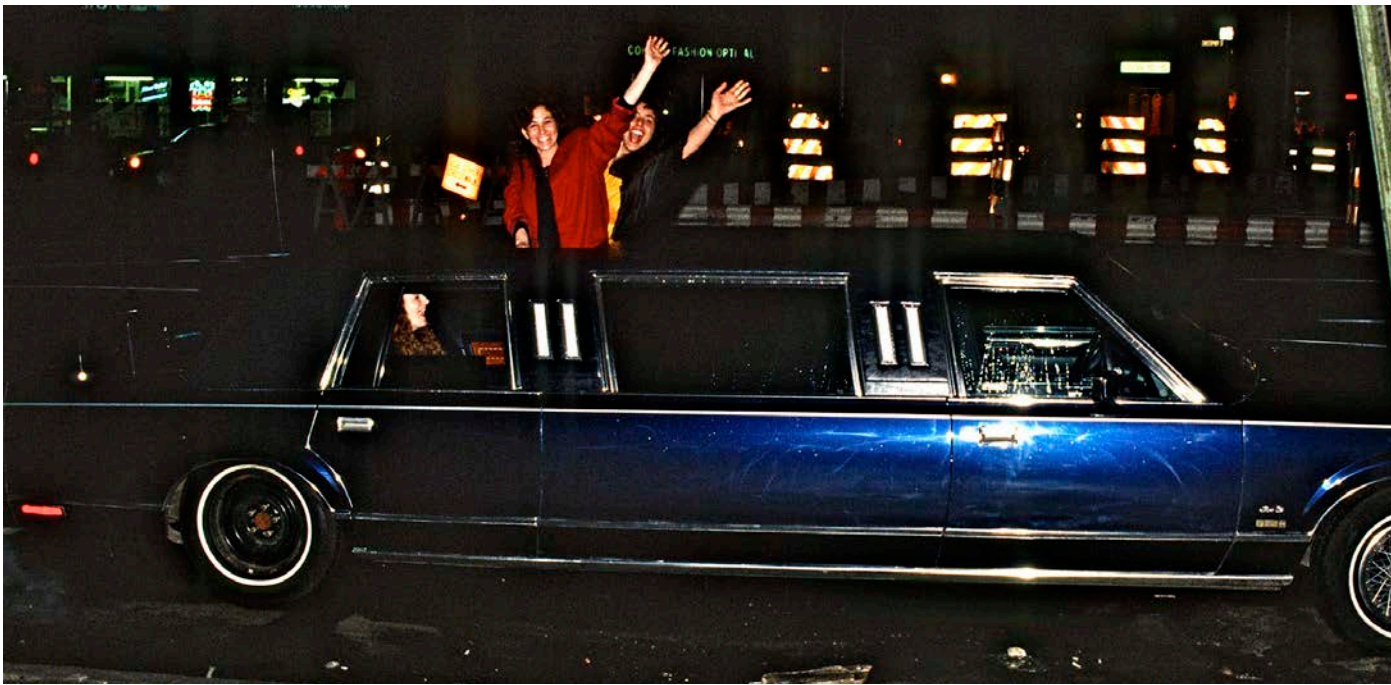
1975 - Waynesboro, GA



1975 - Waynesboro, GA



1974 - Washington, NC



1998 - NYC

Los necesitados en Estados Unidos son una minoría y ven la opulencia allá donde miran. Como resultado, la solidaridad y el orgullo que suelen caracterizar a las comunidades rurales de los países pobres están ausentes; la pobreza se vuelve más cruel y mucho más destructiva psicológicamente aquí que en cualquier otra parte del mundo.

En Estados Unidos te dicen constantemente que es tu culpa si eres pobre. Así, caes en un violento odio a ti mismo, un estado morboso que no encuentro en ningún otro lugar del mundo. Este estado mental destruye el amor social, los hilos invisibles de la interdependencia y la confianza mutuas que unen a las personas en una sociedad sana. La destrucción del amor siembra una desconfianza y un miedo crecientes. Aunque el miedo parece dirigir a todos en una sociedad así, en primer lugar paraliza a los pobres.



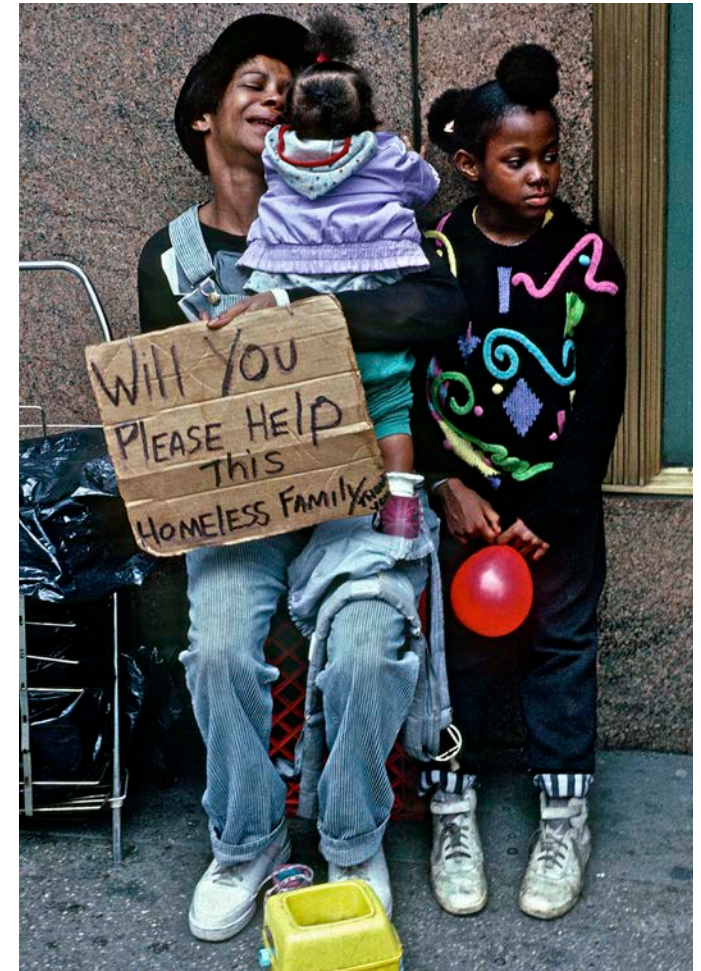
1991 - NYC



1975 - Bullock County, AL



1990 - New York, NY



1995 - NYC



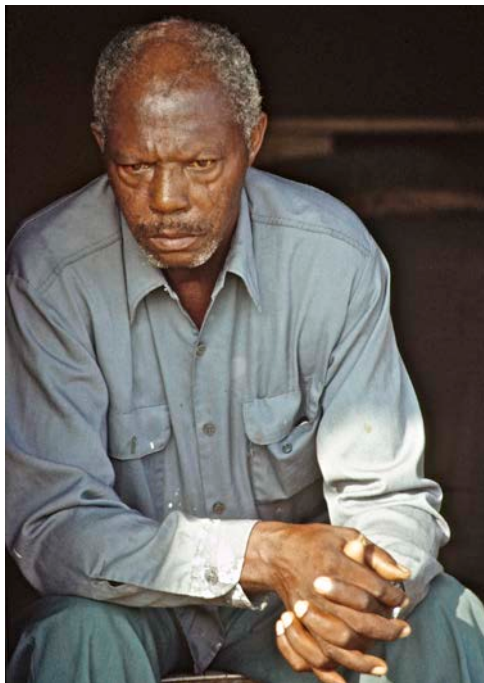
1974 - Washington, NC



1974 - Tarboro, NC



1978 - Zebulon, NC



1996 - rural Houma, LA



1995 - Bullock County, AL

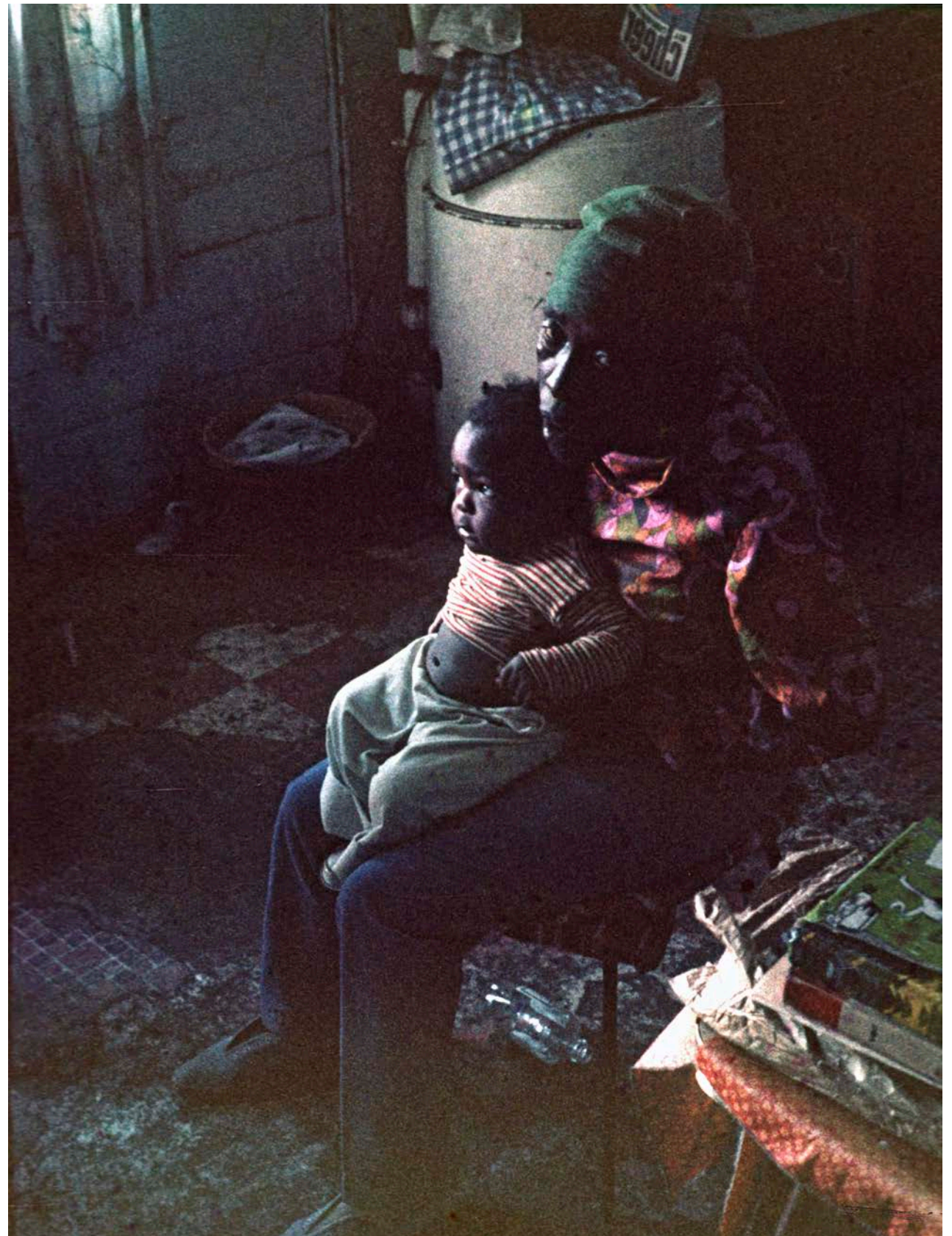
Una de las cosas a las que más me cuesta acostumbrarme en Estados Unidos es este miedo omnipresente, y sus reacciones resultantes. No sólo el miedo primitivo a los demás, sino, lo que es más aterrador, el miedo institucionalizado a la vejez, la enfermedad y la inseguridad, que parece oscurecer los años dorados de tanta gente y les lleva a pensar y actuar de formas que parecen totalmente irracionales y autodestructivas cuando, como yo, has sido formado por la seguridad del bienestar “de la cuna a la tumba”. El deseo de aferrarse a la supremacía blanca es uno de los patrones de angustia resultantes entre las víctimas de ese miedo. Esto, a su vez, hizo que los negros, como esta mujer, que inicialmente huyó de mí, temieran a los blancos.

- ¿Tienen miedo de los blancos por aquí?
- Hombre, mira, yo no me meto con los blancos de ninguna manera.
- ¿Qué pasa con los blancos?
- Los blancos, te arruinan, hombre. Te hacen perder tu casa, te hacen perder a tu hombre, te hacen perder a tu marido si tienes uno. Te hacen hacer todo lo que no está bien... Estoy hablando de estos de aquí... ¿Qué eres tú?
- No soy blanco del sur...

Siempre me pareció que los negros exageraban un poco cuando me decían esas cosas. Siempre he tenido una fe bastante ingenua en la bondad de las personas, probablemente porque no he crecido en la pobreza y la inseguridad. Sin esta fe no podría haber viajado como lo hice, ya que mi fe solía alentar el lado bueno de la gente. En consecuencia, me llevaba bien con los blancos del sur, a los que tengo más cariño por su calidez y honestidad, que con los blancos del norte, más liberales pero más fríos y menos directos.



1975 - Bullock County, AL



1974 - Elizabethtown, NC



Mary por la noche en su choza en los caminos del bosque en el condado de Bullock, 1974

La amarga verdad, sin embargo, cayó sobre mí cuando, en las húmedas y sofocantes carreteras secundarias de Alabama, me acerqué a María y a su hijo, Juan, para conseguir un vaso de agua. Sin tuberías interiores, terminamos -en más de un sentido- compartiendo el agua en el pozo de la mujer samaritana. María y yo idealizamos nuestra relación en este duro entorno, pero su confianza en la gente que la rodeaba no era como la mía: Tenía tres pistolas y una escopeta bajo la cama. Estos fueron algunos de los días más felices de mi vida, y hasta hoy seguimos alimentando fuertes sentimientos el uno por el otro. Cuando me fui brevemente a ver una reunión del Ku Klux Klan en Kentucky, Mary me dio una cruz de plata como protección. Resultó que Mary necesitaba la protección más que yo. Una noche, sin otra razón que la de tener un hombre blanco viviendo con ella, tres blancos lanzaron una bomba incendiaria en su cocina. Toda la casa ardió en llamas. Ella consiguió sacar a su hijo, pero su hermano, que estaba dormido, pereció en el incendio.

La tragedia me lanzó a mi recurrente dilema: ¿puedo, como forastero, tener relaciones plenamente humanas con los considerados parias? Los que quieren mantener un sistema de castas siempre condenarán esas relaciones. Por lo tanto, los sistemas de tabúes paralizantes sólo pueden romperse si, a nivel personal, tratamos de ser plenamente humanos con todos, con el riesgo que ello conlleva para los sentimientos más profundos y el enamoramiento. Pero ignorar el trasfondo del otro también puede implicar, como en Romeo y Julieta, un peligro para uno mismo y para los demás -peligro o, si es consciente, miedo- que nunca debe limitarnos en nuestra implicación humana, en el amor al prójimo como a nosotros mismos.



Mi partida de Mary y John

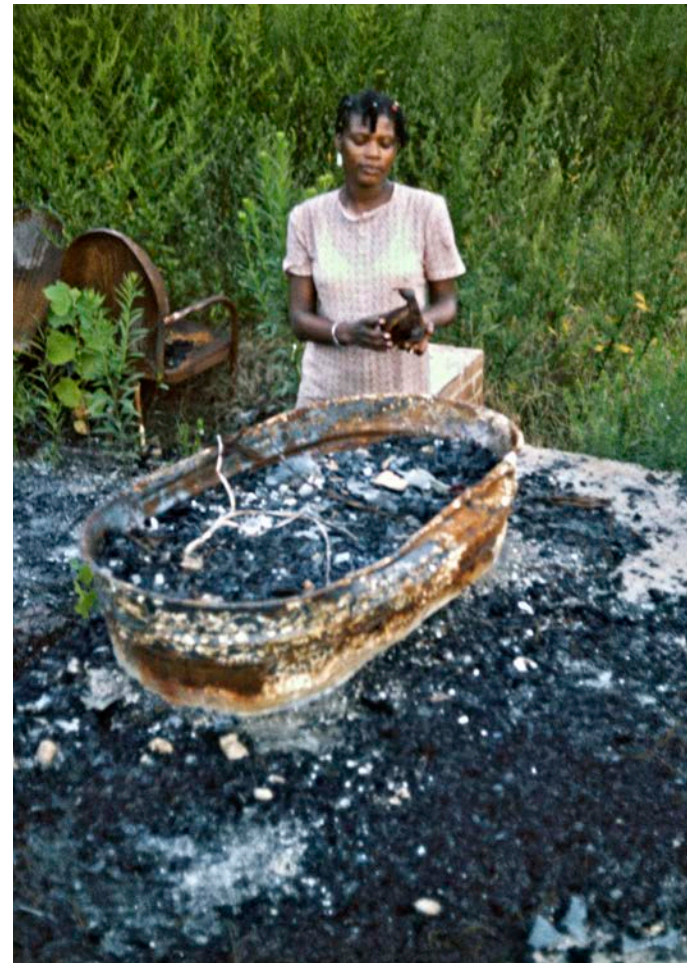
Los estadounidenses suelen culparme de la tragedia de María. En la culpa por una línea de apartheid no mencionada en sus corazones y mentes en realidad causó nuestra tragedia de Shakespeare. Del mismo modo, los europeos condenamos a los estadounidenses por esa peculiar resistencia visceral a las relaciones íntimas entre blancos y negros, mientras olvidamos nuestra propia resistencia primitiva a las relaciones con los inmigrantes musulmanes. En todas partes del mundo, las mentes de los opresores y de los oprimidos están devoradas por oscuras objeciones obsesivas hacia los matrimonios mixtos y las interrelaciones íntimas. Pero para el ajeno a una determinada opresión, es fácil ver que ni el opresor ni el oprimido son libres.



Mary vestida para ir a la iglesia en 1974



Mary no tenía la misma confianza en la gente que yo



Mary en su casa después del bombardeo

¿Puede haber “amor libre” en condiciones no libres?

Reflexiones sobre mi relación de toda la vida con María.



John, de 10 años, y yo siempre compartíamos la cama en la vieja choza 1975

En los años posteriores a la tragedia de María, mi público me culpaba casi a diario de haberla provocado: “No deberías haber expuesto a una pobre mujer negra a ese tipo de peligro con tu irresponsable explotación (sexual)”. Me pregunto por qué los estadounidenses siempre se imaginan el sexo cuando ven imágenes de una mujer desnuda en lugar de la intimidad que yo intentaba transmitir con mis fotos. En el caso de Mary, no era tanto una mujer “desnuda” como una mujer en bikini en la playa, y sin embargo, universidades religiosas como Baylor, en Texas, me obligaron a retirar la diapositiva de Mary antes de dar una conferencia. La obsesión por el sexo hace que los estadounidenses no vean la opresión más profunda a la que fue sometida Mary. La verdad es que aunque Mary y yo hubiéramos querido tener sexo, sus circunstancias lo hacían prácticamente imposible. Como vagabunda, siempre compartía la cama de su hijo de 7 años, John, en su diminuto dormitorio, que albergaba dos camas individuales. Y tenía que estar fuera de la choza antes de las 5 de la mañana, razón por la que a menudo prefería dormir con un vecino.

¿Por qué tenía que salir? Gracias a la buena integración nocturna entre el amo blanco y su esclava favorita, que comenzó durante la esclavitud. “La integración nocturna y la segregación diurna hacen de éste un lugar muy confuso”, escribió Rosa Parks cuando se rebeló contra ambas durante su famoso boicot a los autobuses de Montgomery, a pocos kilómetros de la residencia de Mary. A cambio de sexo, los terratenientes blancos ofrecían ayuda económica a las mujeres negras solteras, que pasaban a depender de ella para sobrevivir. El “sugar daddy” de Mary, Harry, siempre aparecía a las 5 de la mañana, diciéndole a “su histérica y celosa esposa”, como la llamaba Mary, que estaba haciendo trabajo de campo.



Mary und ihr nMary y su nuevo “novio” de Florida 1984



Mary y su amiga Bertha con su novio 1984



El violento veterano siempre amenazaba con sus armas. 1978



Mary con su nueva choza y su terreno aún sin cultivar en 1978

Ella siempre hablaba bien de él, y por razones morales (así como para no perder su beneficioso acuerdo), tener sexo conmigo al mismo tiempo era impensable. Cuando volví con mi libro que describía el bombardeo en 1978, Mary tenía el corazón destrozado porque Harry, que le había comprado un gran terreno con una choza más grande después del incendio, acababa de morir. Pasaría los siguientes 23 años con ella en esa romántica choza de dos habitaciones, sin mucho romance entre nosotros: Mary, que seguía siendo atractiva, encontró enseguida un nuevo hombre blanco que la mantuviera. Era un violento veterano de Vietnam traumatizado, pero me dejó quedarme en la otra habitación. Agradecieron mi llegada porque hacía semanas que no se hablaban, y yo ayudé a mediar entre ellos. Cuando volví en 1982, ella había huido porque él había intentado matarla con una de las mismas armas con las que yo le había fotografiado disparando.

El siguiente era un viejo “paleta” de Florida que, como los otros dos, era profundamente racista. Me permitió quedarme allí y fotografiar todo el cariño que Mary le dispensaba cuando estaba cerca. A través de Mary conocí a toda una red de mujeres negras rurales que practicaban la “integración nocturna”. Incluso venían de día a practicarla en nuestra choza. Fotografíe a la amiga de Mary, Bertha, después de que se quedara embarazada de su papi. Todos los negros de la zona conocían la “integración nocturna” y nunca entendí por qué no parecía molestarles. Tampoco entendí por qué, al igual que Mary, seguían votando a George Wallace, un racista que una vez les había bloqueado la puerta de la educación superior con su política de “segregación ahora, segregación mañana y segregación para siempre”. Esta explotación manifiesta pareció terminar para Mary en los años 80. Sin embargo, seguíamos sin sentirnos libres en nuestra relación, a pesar de que nuestro afecto mutuo había



Empapada recogiendo guisantes con Mary en 1986. Foto de otro trabajador del campo

crecido a medida que nos hacíamos mayores. Ella siempre había sido una trabajadora del campo, ya que de niña recogía algodón en lugar de ir a la escuela, pero sin los ingresos de un papito, tenía que trabajar más. Hice lo que pude para ayudar, así que algunos días estaba de pie en el escenario frente a un millar de estudiantes con sentimiento de culpa; al día siguiente recogía mil cestas de judías y guisantes con Mary -ella se refería cariñosamente a nuestra relación como “hacer guisantes juntos”. La adulación que recibía de mis alumnos conllevaba el riesgo de sentir que podía caminar sobre el agua. Así que equilibré esa ilusión con el hecho de caminar en el barro junto a aquellos cuyas historias contaba, a veces, como con Mary, empapado en el sofocante calor de agosto.

Sentí que la histórica relación amo-esclavo revivía cuando el terrateniente blanco llegaba a las 5 de la mañana y nos dejaba



Mary en un momento de relax tras un duro día de trabajo en 1988

en un campo remoto donde trabajábamos bajo el sol hasta la hora de salida. Por la noche cultivábamos nuestra propia comida en las “40 hectáreas (menos 38) y una mula” (yo era la mula que araba sus dos hectáreas) que había recibido en “reparación” de su difunto amante blanco. “Estás practicando la esclavitud danesa”, le dije. A diferencia de los esclavos de Estados Unidos, los de las Islas Vírgenes danesas y otras islas del Caribe podían cultivar sus propios alimentos en pequeñas parcelas mientras trabajaban como esclavos para el amo durante el día. De ese modo, no se quebrantaba su iniciativa personal ni su capacidad emprendedora, en contraste con lo que todavía veía un siglo después aquí en el Cinturón Negro. En cualquier caso, cuando la luna se alzaba románticamente sobre los campos, estábamos tan agotados que nos desmayábamos literalmente en la cama, con la espalda y el deseo sexual igualmente rotos. En invierno, la razón de nuestro celibato era diferente. En cada gira de conferencias, siempre hacía tiempo para ver a Mary y a otros amigos en el sur. Como Mary no tenía teléfono, llamaba a Eula, una anciana cercana, para que enviara a sus nietos a anunciar mi llegada. Mary se pasaba el día cocinando mi comida favorita del alma: colas de cerdo, grelos, bucheros de cerdo, etc. Después de esta fantástica comida, conducíamos por el bosque para visitar a viejos amigos (en años anteriores,

iba en bicicleta por los alrededores y los fotografiaba en sus chozas). Como muchas de estas chozas se habían quemado, normalmente en incendios de estufas, sólo Mary sabía dónde habían ido mis amigos en los interminables caminos de tierra que atravesaban los oscuros bosques. Uno de los que había fotografiado en mi juventud era el abuelo de Mary, de 98 años (página 99). Mary me dijo que había disparado a su mujer (a la izquierda) y que murió de pena poco después. Más que nadie, Mary ha sido la responsable de actualizar mi registro fotográfico de las personas que viven en chozas remotas. Con ella a mi lado, la gente no me temía ni desconfiaba por ser un hombre blanco -cuestiones que me había costado superar en mis años de vagabundeo. Pero ahora que éramos viejos amigos, siempre esperaban que llevara cajas de cerveza. Noche tras noche, bebíamos hasta que se hacía tan tarde que no podía conducir hasta casa, y nos desmayábamos en cualquier lugar del bosque. Me encantaban estas noches de relax con Mary, quien, con su encanto y su animada personalidad, podía abrir puertas en todas partes -excepto a cualquier vida sexual entre nosotros-. Cuando por fin intentamos tener una noche romántica en su choza, había tanta tensión y violencia en el barrio, con juerguistas borrachos de un club cercano entrando en nuestro patio para fumar droga o tener sexo en sus coches, que ella se



John con Debra, embarazada, el año anterior a su asesinato. 1990



“Dos acres y una mula (danesa)” en 1984

sentó detrás de las cortinas durante horas con su escopeta. El bombardeo, que había ocurrido en nuestra inocente juventud, dejó profundas cicatrices en ambos

La persona a la que más temía, resultó ser su propio hijo, John. John había sido concebido con violencia: Era hijo de un hombre blanco que había violado a Mary cuando ésta tenía 16 años. Ella me llamaba constantemente para que le ayudara a salir de la cárcel, normalmente por robo, hurto o posesión de un arma de fuego o de crack. Tenía la ingenua creencia de que yo, como hombre blanco, tenía autoridad para cambiar las cosas. Al ser birracial, John sufrió una crisis de identidad durante toda su vida, así como una baja autoestima. Me quería desde la infancia como el padre que nunca había tenido, pero la violencia le seguía a todas partes. Llegó a robarle a su madre las armas y los regalos caros que había recibido de sus amantes blancos, que empeñaba por dinero del crack. También dejó a mujeres embarazadas por todo Alabama, lo que nos obligó a conducir por todo el estado para consolarlas mientras Mary intentaba inútilmente seguir el ritmo de un número creciente de nietos. Debra, a quien fotografié embarazada en nuestra choza, era una de sus novias más dulces. Un año más tarde, cuando le pregunté dónde estaba, Mary me dijo despreocupadamente: “Oh, Debra, fue al pueblo



Mary siempre lista con sus armas para protegernos 1994

a comprar leche para el bebé, pero la mataron a tiros cuando salía de la tienda”. Creo que fue el miedo a la violencia lo que hizo que Mary evitara los novios negros. Hubo una excepción, de la que me enteré por casualidad. Después de pasar un par de días con ella en febrero de 1996, le pregunté por su constante moqueo. Me explicó que había cogido la gripe en un pantano helado. “¿Qué hacías allí?”, le pregunté. le pregunté. Casi como un comentario secundario, dijo que alguien había intentado asesinarla en la víspera de Año Nuevo. A sus cincuenta años, había renunciado a encontrar otro novio blanco, así que, por primera vez en su vida, probó con un novio negro, un hombre que había sido liberado tras años en prisión. Se dio cuenta de que era peligrosamente violento e intentó romper con él. De repente, la obligó a subir a su coche a punta de pistola y la llevó a los pantanos. Le puso la pistola en la sien, pero ella había estado bebiendo una Coca-Cola y utilizó la botella para romperle el cráneo. Ella huyó por los pantanos helados toda una noche antes de encontrar una choza. Bueno, esa es probablemente la forma sureña de contraer la gripe, pensé, pero me pregunté por qué no me había contado este aterrador incidente hasta que hice la pregunta adecuada.

Hacía tiempo que me había acostumbrado a la violencia



Mary 47 años en 1994

que la rodeaba, pero los numerosos viajeros europeos a los que llevé a conocer a Mary, a la que siempre adoraron, a menudo se escandalizaban. Cuando la multimillonaria Anita Roddick viajó conmigo en 1994, enseguida congenió con Mary y quiso emplearla en algún proyecto empresarial idealista que pensaba montar para los negros pobres del Cinturón Negro. Habíamos salido a beber y a jugar al billar, y le había dicho a Anita que podía quedarse con mi cama en la furgoneta mientras yo dormía en la cama de Mary. Sin embargo, Anita se había asustado por toda la violencia que había experimentado en esta, la primera noche de nuestra gira. El primo borracho de Mary, por ejemplo, iba disparando a todas las lámparas que pasábamos. A Anita le aterrizzaba dormir sola en el bosque y temía que la choza de Mary volviera a ser incendiada. Su empresa de carrocerías había insistido en seguirnos con algunos guardaespaldas armados, pero tanto ella como yo nos habíamos negado, ya que la idea era viajar en mis “términos de vagabundo”. Como resultado, la primera noche me enfrenté a una decisión que nunca había tenido que tomar. ¿Debo acostarme con una de las mujeres más ricas del mundo o con una de las más pobres? ¿Con una multimillonaria o con una trabajadora del campo? Sabía que si me acostaba con Anita, corría el riesgo de herir los sentimientos de Mary al elegir acostarse con una mujer blanca. Si me acostaba con Mary, me arriesgaba a perder a la aterrizzada Anita para el resto del viaje. No era una situación fácil, así que lo alargamos, jugando al billar y bebiendo más cerveza. Hacia las cuatro de la mañana resolví mi dilema diciéndole a Mary una mentira piadosa sobre que teníamos una agenda tan apretada que teníamos que salir esa misma noche para encontrarnos con alguien en Mississippi al día siguiente. Ni que decir tiene que estaba demasiado borracho para conducir, pero me las arreglé para conducir una milla por las desiertas carreteras secundarias hasta el bosque, donde compartí mi “Body Shop” con Anita (sin herir los sentimientos de ninguna de las partes). Después, Anita envió a Mary un gran cheque, pero la violencia y la desesperación con las que se encontró Anita en todas partes la convencieron de renunciar a su proyecto idealista, de la misma manera que otros inversores siempre han guetado y roto la iniciativa de las personas más impotentes del Cinturón Negro.



Mary mostrando a Anita Roddick los sombreros y colchas que hace 1994

El miedo a la violencia puede ser abrumador. En agosto de 1990 me fui de Dinamarca a Nueva York y, como de costumbre, unos delincuentes entraron en mi furgoneta en el Lower East Side (la primera noche). La noche siguiente, mientras limpiaba los cristales rotos, oí disparos. Miré fuera de la furgoneta y vi a dos puertorriqueños corriendo. Los dos se cayeron. Por costumbre, cogí mi cámara y corrí hacia ellos, pero cuando empecé a hacer fotos, me di cuenta de que estaba mirando a los ojos de dos personas moribundas. Empecé a temblar. Presa del pánico, corrí hacia las lesbianas con las que había vivido durante muchos años en un loft de la avenida D. Todavía temblando, le conté a Martha lo que había pasado. Mi segundo susto llegó cuando ella se rió y dijo: “Bueno, Jacob, bienvenido a América. Ayer, cuando estaba mirando por la ventana de la cocina a una mujer negra que esperaba el autobús en la calle 8, de repente se hundió en el suelo, muerta. Alcanzada por balas perdidas”. Pensé en su risa. ¿De qué otra manera podían estas sensibles poetisas, que hacían películas sobre la violencia ejercida contra las mujeres, enfrentarse a los horrores de su entorno? Había planeado fotografiar la epidemia de crack y delincuencia en su barrio, mientras Bush se dedicaba a disparar en Irak, pero estaba tan aterrizzada que esa misma noche me subí a mi furgoneta y conduje los 1.000 kilómetros hasta la relativa paz de la choza de Mary. Cuando estaba con Mary, nunca tuve miedo de la violencia en el club local, donde en los mejores momentos nos encantaba hacer los últimos bailes en cadena de Da’ Train. En los peores momentos, fotografiaba a los hombres negros “ligando” con sus mujeres (véase la foto de uno de los amigos de Mary en la página 291). Me encantaba ese antro funky en medio de los bosques de Alabama. Por desgracia, uno de los habituales lo quemó, junto con mis pósters de American Pictures en las paredes, tras meterse en una pelea.

Pero la violencia más aterrizzada no vino de la gente. En 2011, cuando Mary tenía 65 años, venía de una conferencia en Mississippi. En realidad, era más bien un intento de empoderar a la audiencia -casi todas mujeres- del históricamente negro Tougaloo College. “¿Dónde están los hombres?” pregunté. “Están todos en la cárcel”. Una vez más experimenté la destrucción y la desesperanza causadas por



John aún con fuertes dolores unos días después del huracán en 2011

nuestro racismo generalizado en el Cinturón Negro. Después de mi taller de empoderamiento de todo el día, mientras me dirigía a un instituto negro más elitista de Atlanta, escuché en la radio del coche que un devastador huracán se dirigía hacia mí. Los informes de esta “supertormenta histórica” que se aproximaba eran cada vez peores, al igual que el tiempo que me rodeaba, así que conduje más rápido, intentando llegar antes a casa de Mary. Ella se había mudado al proyecto de viviendas de ladrillo de la ciudad, donde estaría a salvo. Pero apenas había llegado a mi refugio cuando Mary salió corriendo bajo la lluvia, gritando que había perdido el contacto por teléfono móvil con John, que estaba en el bosque. Con su instinto maternal, supo que algo iba mal e insistió en que fuéramos a buscarlo. El huracán nos rodeaba y se convirtió en la experiencia más aterrizzada de mi vida. No podíamos ver ni un metro más adelante; era como conducir por una piscina, salvo que los árboles volaban por el aire a nuestro alrededor. Pronto perdí toda esperanza de encontrarlo, y menos aún de que estuviera vivo, pero Mary conocía cada recodo de esas oscuras carreteras secundarias y estaba decidida a llegar hasta su hijo. Entonces se produjo el milagro. Encontramos a John debajo de su camión, que había sido lanzado al aire y había caído sobre su pie. Lo sacamos, aunque gritaba de dolor, lo llevamos a la casa. Como he dicho a menudo, “Siempre puedes tener fe en la gente, pero nunca confíes en los coches... o en la naturaleza”. Con las novias para toda la vida viene también un compromiso con la vida de sus hijos.

Lo que me lleva de nuevo a la pregunta: ¿Mary fue alguna vez mi “novia”? Completamente diferentes en todos los sentidos como éramos, es un milagro en sí mismo que nuestra relación durara toda la vida. Con una mezcla de orgullo y miedo, ambos la idealizamos por su parecido a Romeo y Julieta. Como habíamos nacido casi el mismo día, incluso intenté encontrar respuestas astrológicas al misterio. Ella era en todo sentido un producto de sus violentas circunstancias. En sus años de juventud, siempre estaba maldiciendo y gritando, especialmente a los negros que la rodeaban; ellos mismos no eran menos ruidosos. Pero no importaba cuántos negros hubiera alrededor, en cuanto hablaba conmigo lo



Mostrando al líder del Klan Jeff Berry su nuevo jardín en los proyectos 2005

hacía con la voz más suave y cariñosa, a menudo sonriendo avergonzada por toda la ira que acababa de mostrar. Y entonces los negros estallaban en carcajadas porque nunca habían visto cuánta “paz y amor” contenía y probablemente echaban de menos poder expresar esos lados de sí mismos que habían sido reprimidos durante tanto tiempo. Pero, ¿era una relación sana? ¿Era natural? Sea cual sea el tipo de amor con el que empezó, con los años evolucionó de forma natural hacia una atracción física cada vez más profunda. Después de calentar agua en una estufa (hecha con un viejo barril), nos encantaba bañarnos el uno al otro en la bañera del suelo del salón. Nos encantaba acurrucarnos y abrazarnos toda la noche. Un día me acordé de esto cuando Vibeke, mi esposa danesa, se trasladó a Boston para ayudar a gestionar los pedidos por correo de mi libro. Por error, abrió una carta de Mary, que había escrito sobre lo mucho que le gustaba estar en mis brazos toda la noche. “¿Por qué puedes hacer eso con Mary pero no conmigo?” se burló Vibeke. La conocí unos días después de la publicación de mi libro en Dinamarca. Se acercó a mí y me dijo: “Acabo de leer tu libro...”. Poco después, le dije: “Vale, casémonos, pero recuerda que cuando te cases conmigo, también te casarás con todas las personas de mi libro, que hicieron que nos conociéramos”. Y desde entonces ha conocido a muchos, alojando a algunos de ellos en Dinamarca como si fuéramos una gran familia.

No, el verdadero obstáculo en mi relación con Mary no era de naturaleza moral, aunque era profundamente religiosa y asistió a la iglesia durante toda su vida. Estaba muy arraigada a sí misma y le encantaba interpretarse a sí misma para los equipos de cámara que yo llevaba conmigo. Cuando la televisión danesa nos filmó sentados a comer juntos, ella insistió en que diéramos las gracias juntos (como hacíamos normalmente). Oh, no, pensé, no quiero que me vean en Dinamarca cediendo a toda esa religión americana, pero no tenía elección. Mi “oración de socorro” fue recibida, pues justo en ese momento uno de los pesados camarógrafos se estrelló contra el suelo de nuestro salón. Se quedó allí con sólo su cabeza y su cámara por encima de las tablas del suelo. Ahora tenía la esperanza de que los daneses no despreciaran mi rendición a la religión, sino que nos vieran como nos



Mary con 42 años en 1989

veíamos a nosotros mismos: un poco por encima de todo. Después de todas mis reflexiones al respecto, por fin comprendí el problema más profundo que había detrás de nuestro celibato de 40 años: Cada vez que nos acercábamos a la dimensión sexual de nuestro amor mutuo, reconocíamos inmediatamente el escollo histórico que teníamos ante nosotros: estaríamos continuando la centenaria violación blanca de la mujer negra. Ambos queríamos sentirnos ajenos a la “integración nocturna” de la que había sido víctima Mary. Queríamos que nuestro amor fuera libre e ímpoluto, pero eso era imposible. Éramos las últimas víctimas de este profundo escollo, que nos impedía ejercer plenamente lo que debería ser normal entre un hombre y una mujer: “el amor libre”. A menudo me preguntaba si es posible una relación interracial verdaderamente sana en una sociedad que, obviamente, aún no es libre.

Y así fueron pasando los años hasta que un día de 2009 a María le dio un cáncer y un tumor cerebral, lo que nos hizo pensar en otras cosas. Yo no estaba acostumbrado a dar oxígeno y por la noche me enredaba con todas las mangueras alrededor de Mary, pero, por suerte, tenía conmigo a un viajero danés que podía ayudar. En cierto modo, volví a sentirme como una relación atada, pero principalmente sentí la alegría de poder ayudar a una persona a la que había estado



Dando las gracias antes de las comidas 1991

unida desde que éramos jóvenes, exultantes y pensábamos que podíamos cambiar el mundo. Era extraño y a la vez maravilloso empujar a una anciana gravemente enferma por la ciudad en un cochecito para que acudiera a sus citas con el médico, pagar sus facturas médicas y cuidarla. Como sabíamos que no volveríamos a vernos, me alegré de que Marianne, mi amiga de Dinamarca, pudiera hacernos muchas fotos. Después de su muerte, en 2014, me acompañó otro equipo de rodaje danés para hacer la película “Jacob Holdt - an American Love Story.” Quería llevarlos a la vieja cabaña donde Mary y yo habíamos pasado tantos años juntos, pero apenas pude encontrarla, ya que ahora estaba completamente cubierta por la densa selva de Indiana Jones. Era deprimente y peligroso caminar por el suelo podrido, pero me alegré de que todos mis carteles siguieran colgados en las paredes, aunque un camarógrafo se dio cuenta de que uno de ellos había sido desfigurado: alguien había recortado el cuadrado con una foto de un desnudo. “Esos americanos locos”, coincidimos todos. “¿Por qué no recortaron las fotos de la violencia?”. El equipo quería filmarme allí contando la historia de mi vida con María, pero de repente empecé a llorar incontroladamente. Fue como si años de emociones reprimidas salieran de repente de mí. Cuando mi hija lo vio en el estreno de la película, dijo: “Papá, nunca te había visto llorar así”.

Pero entretanto se había producido otro milagro, pues tres años antes María se había recuperado por poco tiempo del tumor cerebral. Y así habíamos estado una vez más juntos por última vez antes de su muerte. Nunca olvidaré aquella última tarde, sentado con ella en su casa del pueblo. Seguía siendo la única en los proyectos que mantenía un jardín como el que teníamos alrededor de su choza, con todas las flores que le gustaban, incluso el plátano bajo el que la había fotografiado a ella y a un líder del Klan en 2005. Su jardín contrastaba fuertemente en este monótono proyecto en el que todos los demás sólo tenían hierba alrededor de sus casas. En el interior seguía activa, haciendo colchas, sombreros y ropa para sus seis nietos y cinco bisnietos. Con su ayuda, estaba haciendo árboles de antepasados con sus nombres y fechas de nacimiento para poder recordarlos y seguir en contacto con ellos después de su muerte. Así descubrí que muchos de



Nuestra choza liberada con mis carteles después de que echáramos a sus papás blancos en 1985

los más jóvenes habían recibido nombres africanos, como Neikata y Takivie. Los tiempos habían cambiado desde que conocí a Mary hace 40 años, cuando todos tenían nombres de esclavos. Y entonces, en nuestra última noche juntos, justo cuando estaba a punto de quedarme dormido a su lado, sucedió algo. De repente, me dijo: “¿Por qué no me das ahora un poco de tus dulces? ¿No crees que es hora de hacerlo antes de que sea demasiado tarde para nosotros?”. Y sin esperar respuesta, me balanceó con un brazo sobre su enorme barriga. Me quedé paralizado por la confusión. Tenía un gran sobrepeso debido a su medicación y en mi cabeza volví a escuchar a mi público de conferencias acusándome de “aprovecharme de una pobre mujer negra”. Así que, para evitar que mis lectores también lo hagan, no voy a revelar lo que ocurrió; todos tenemos derecho a un poco de privacidad, ¿no? Pero admito que la idea de hacer el amor con una bisabuela me resultaba repulsiva, pero al mismo tiempo atractiva, con su promesa de que nunca es demasiado tarde “para lograrlo” y llegar a ser “libres al fin, libres al fin, gracias a Dios todopoderoso somos libres al fin”.



Ayudando a Mary con sus arterias obstruidas y mangueras de oxígeno en 2009



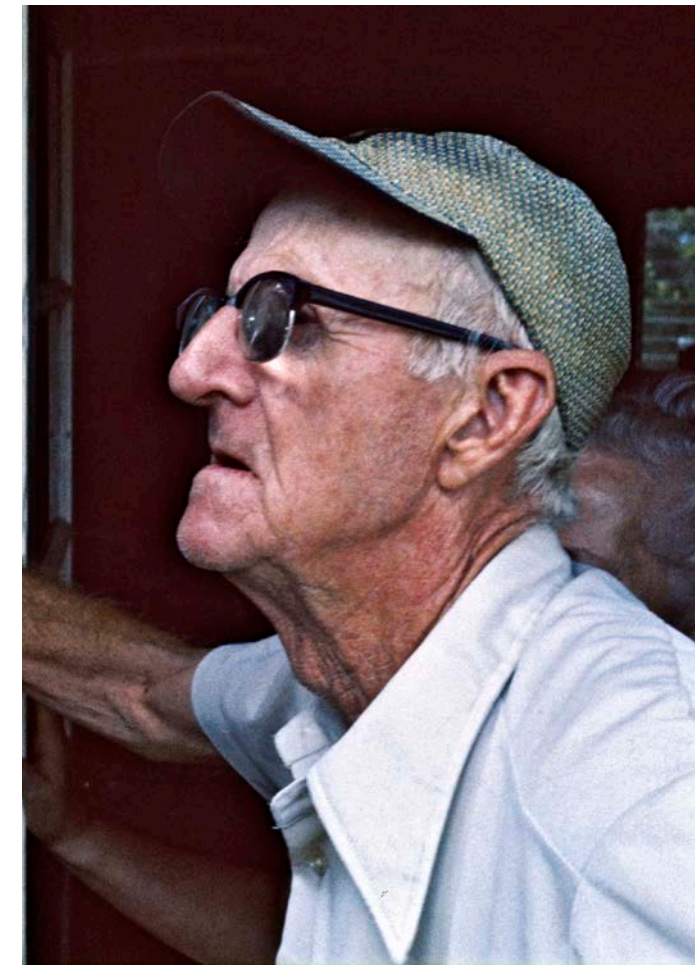
1975 - rural AL



1974 - rural NC



1973 - Baltimore



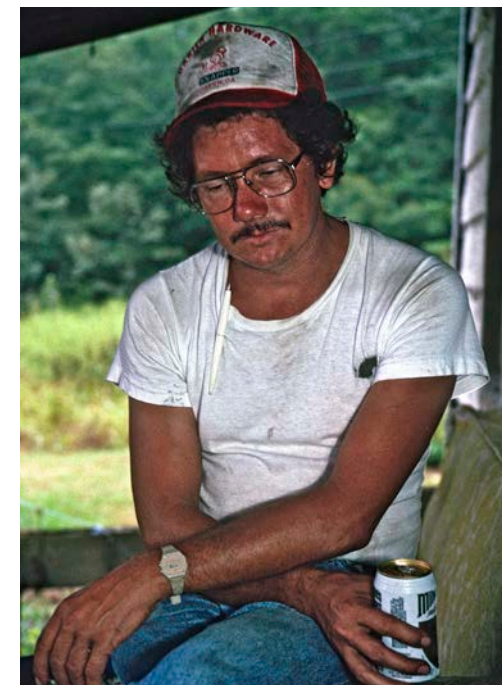
1975 - Troy, AL

Grabación de un hombre blanco (arriba a la izquierda) que me recogió cerca de la casa de Mary en Alabama:

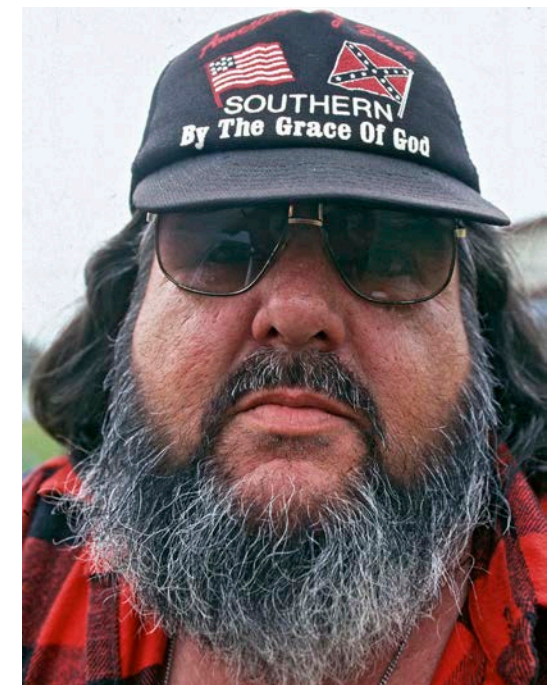
- ¿Qué piensas de la integración?
- *No estoy a favor en absoluto. Que se queden solos y sigan adelante. Diablos, no creo en mezclarme con ellos, ir a la escuela con ellos, ir a la iglesia con ellos. Nunca he tenido nada en contra de los negros. Ellos no pueden evitar ser negros, como tampoco yo puedo evitar ser blanco. Son una raza diferente de personas y hay que dejarlos ser diferentes...*
- ¿Siempre has votado a Wallace?
- *Seguro que sí... pero no tiene nada en contra de los negros en cuanto a que sean negros... Hay muchos negros que votan por él... tiene muchos votos negros...*
- ¿Qué piensas de Martin Luther King? - *Quien... ¿Martin Luther King?... Por qué - (escupiendo por la ventana) no era más que un alborotador... un agitador comunista...*

Este racista sureño es un ejemplo de libro de texto de la opresión por la que pasamos para convertirnos en opresores. La inocencia de su infancia había sido sistemáticamente oprimida por los mandatos irracionales de sus padres: "Los negros son sucios. No juegues con esos niños; te apuñalarán". Al igual que los niños de todo el Sur, su natural entusiasmo, su apetito por la

vida y su afecto por los demás fueron sofocados. Mientras le hacían daño, su mente se apagaba y, con el paso de los años, la acumulación de dolor adicional se convirtió en patrones de angustia crónica. Ahora tenía que repetir incesantemente sus experiencias de angustia no sanadas como un disco rayado: "negro, negro, negro". Al escuchar estas voces de la historia, sabía que el bombardeo de la casa de Mary era la consecuencia extrema pero lógica de esta opresión. Si hubiera crecido en el Norte, no habría acabado con una mentalidad tan malvada. Y quizá menos si se hubiera criado en la Dinamarca de mi juventud (antes del racismo actual). Cuando le mostré mis fotos -de Mary en la cama, por ejemplo- me di cuenta del grado de mi crimen (para un blanco del sur) contra este sistema de apartheid. Como escandinavo "neutro", consideraba que Mary era extremadamente bella y atractiva. Por lo tanto, me llevé un buen susto cuando vi el asco que expresó este hombre blanco al pensar en estar junto a su "piel sucia, oscura y repulsiva". Poco a poco, me di cuenta de que esta visión negativa estaba arraigada en la supremacía blanca y había acabado convirtiéndose en una convicción honesta y profundamente interiorizada que había infectado no sólo a los blancos de toda América, sino también la visión de los negros sobre la belleza de la piel oscura.



1975 - Bullock County, AL



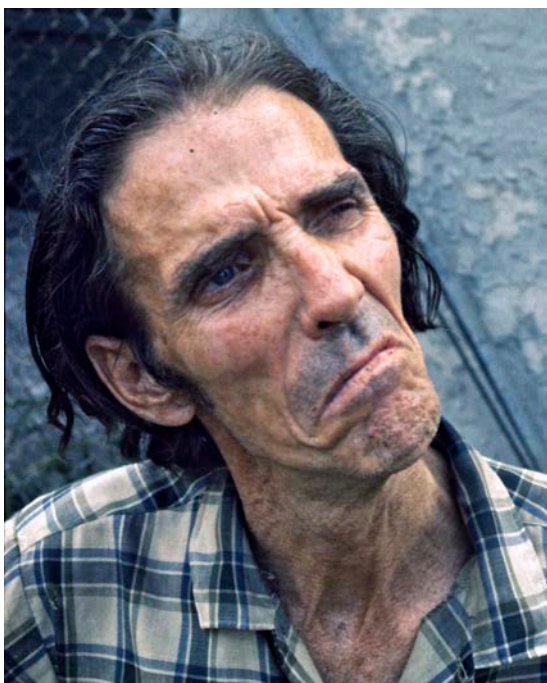
2003 - Angola, LA



1996 - Immokalee, FL



1975 - Meridian, MS



1973 - Baltimore

Los vagabundos y los negros tienen una relación especial con los blancos pobres. Con sus pistolas colgadas dentro de las camionetas como símbolo de poder, son los que disparan a los autoestopistas los viernes por la noche, te lanzan botellas de cerveza otras noches e intentan atropellarte a todas horas. Mientras los blancos más acomodados marcan la pauta, los pobres ejercen gran parte de la opresión física directa de los negros, que los llaman despectivamente “pobre basura blanca”. A ellos se les asignaron los brutales y sádicos papeles de capataces y guardianes de esclavos. Al igual que los blancos pobres de hoy, los capataces se sentían despreciados por la sociedad de la plantación y descargaban sus inseguridades y su ira sobre los negros mediante actos de crueldad implacable. A ellos se dirigían los políticos racistas demagogos, pero cuando los negros obtuvieron el derecho al voto y el péndulo político se inclinó hacia políticos más liberales, los blancos pobres perdieron gran parte de su función policial y el poco orgullo que tenían.

Al igual que los negros, sufren de odio a sí mismos y reaccionan violentamente contra su entorno, por ejemplo, arrojando basura por todas partes. También ellos han visto mermada su inteligencia por la desnutrición y el abandono y pueden ser incluso más temerosos que los negros.

Cuando me acerco a sus chabolas, a menudo corren al interior y cierran las puertas. Cuando voy a cazar con ellos y veo su crueldad con los animales, me doy cuenta de que el origen de su violencia y su comportamiento abusivo fue su propia opresión temprana: golpeados como niños indefensos en su papel social insensible y represivo.

Este ciclo de maltrato es similar al que sufren los negros, que tienden a reproducir su experiencia violenta en su propia especie. Los blancos pobres no sólo tienen a sus propios hijos, sino también a los negros como grupo vulnerable y socialmente sancionado.

Como siempre se les ha dicho que los blancos son superiores, se sienten abandonados cuando ven que los negros tienen mejores trabajos. Sienten que “los negros han conseguido demasiados derechos” y que “ningún negro podrá alcanzar nunca el mismo estatus que el blanco más bajo”. Por lo tanto, sienten que se han quedado atrás cuando ven que muchos negros de hoy en día viven mejor y tienen mejores trabajos que ellos.



2003 - Philadelphia, MS



1986 - anywhere



1972 - Jackson, MI



1974 - rural Kinston, NC



Historical photo

No entienden la dinámica interna de nuestro sistema, que a menudo les deja sin trabajo, y en su lugar culpan a alguien que es un poco diferente, al igual que grupos similares en Europa utilizan a los inmigrantes musulmanes como chivos expiatorios, los protestantes irlandeses a los católicos, los israelíes a los palestinos, los japoneses a los coreanos, los indios y los africanos a las castas y tribus inferiores, y todo el mundo fantasea con el judío, ¡especialmente donde no existen judíos!

Dado que ninguna sociedad o sistema se ha librado de la opresión, en cada nueva generación debemos aprender a aceptar y sanar los patrones de ira antes de que se acumulen y se manifiesten como genocidio. Si no nos atrevemos a enfrentarnos a los lados oscuros de nosotros mismos, es demasiado fácil que actuemos por ira desplazada. Al no haber igualdad y seguridad de la cuna a la tumba en Estados Unidos, los pobres están especialmente en peligro. Su racismo, su escasa educación y nuestras persistentes e insensibles campañas de desprestigio contra ellos como "paletos" y "chiflados" les hace ser aún más de derechas que la mayoría de los estadounidenses y estar en contra de cualquier red de seguridad social que beneficie también a los negros. Al no poder atacar a los verdaderos objetivos de su frustración, la ira de los blancos se convierte a menudo en violencia racial. Esta amargura hizo que los blancos pobres lincharan a casi 5.000 negros.



1974 - NYC



1996 - rural MS



1974 - rural Elizabethtown, NC



1975 - San Francisco



1974 - Jacksonville, FL

Teenagers Kill Black, 15

Continued From Page 2

Two other residents confirmed this part of her statement.

"They were encouraging the kids to attack them," said woman. "They were shouting 'get the nigger' and 'kill the bastard.'"

Several members of the social club, which is just north of the park where Johnson was found and across the street from where Sanders was beaten have denied seeing the attack or taking any part in it.

Police have canvassed buildings in the predominantly Italian neighborhood searching for witnesses with no success.

A Post reporter also interviewed dozens of people in the area without finding any witnesses to the attack other than the woman mentioned. She asked to remain anonymous because she feared possible reprisals against her family. But he indicated she would talk to police.

Many members of the community said they'd heard about the incident but none admitted to actually seeing the attack or knowing any-

an officer close to the investigation, "because no one is talking to us. But since no white kids were hurt and around it isn't likely that we didn't find any weapons the black kids were doing the attacking."

Several incidents with racial overtones have erupted in recent months between local whites and black teenagers attending nearby Chelsea HS and Food and Maritime Trade HS. Community and religious leaders have insisted that those incidents were not racially motivated but were caused by a natural conflict of interests over the use of a local gymnasium.

Neither of the youths beat

or the others.
ng better.

1974 - New York, NY



1974 - Little Italy, NY

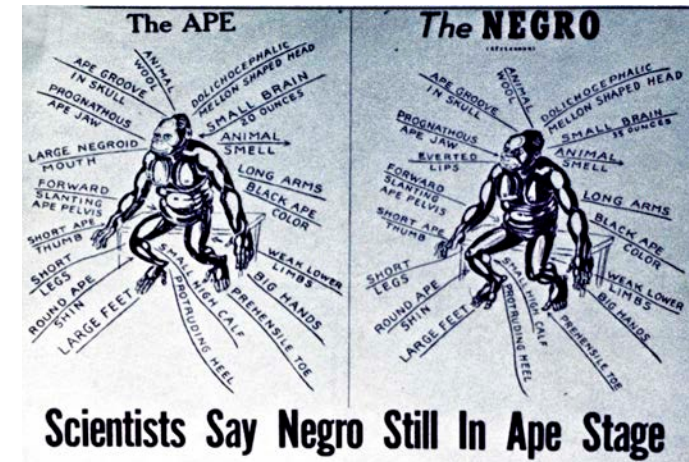


1974 - Little Italy, NY

Los linchamientos continúan. Derrick Johnson sólo tenía 15 años cuando entró en una zona blanca pobre de Nueva York. Los padres blancos suelen inculcar la xenofobia y el racismo a sus hijos con culpa y sutileza, pero en este caso se plantaron en los portales, exhortando a sus hijos a "Matar al negro" y "Matar al bastardo". Los niños atacaron a Derrick con bates de béisbol a plena luz del día. Cuando la policía interrogó a la gente del barrio, nadie quiso dar ninguna información. Sabemos por las experiencias europeas que esos blancos pobres y amargados pueden ser manipulados hacia el fascismo o el comunismo, pero su estrechez de miras y su visión autoritaria les llevaron a menudo a abrazar un radicalismo violento de derechas que ha sido mucho más mortífero y amenazador para las minorías marginadas en Europa que en Estados Unidos durante los últimos 100 años.



1973 - Baltimore



Scientists Say Negro Still In Ape Stage

Mi amigo nazi aquí en Baltimore se unió primero a los comunistas, pero descubrió que querían la igualdad para los negros y se pasó a los nazis, que dicen que los blancos son superiores a los negros y que "enviarán a todos los negros de vuelta a África". Mientras que los nazis se adhieren así al deseo generalizado en los estados del Norte (similar al de la mayoría de los blancos europeos) de mantener a nuestros parias fuera de la vista ("racismo evasivo"), el Ku Klux Klan de hoy no quiere deshacerse de los negros, sólo mantenerlos "en su sitio" ("racismo dominante").

En el Sur vi cómo la policía colaboraba con el Klan, desarmando a todos los negros en la zona de una reunión del Klan, pero no a los miembros del Klan que llevaban pistolas y subfusiles. Una noche, vestido con una bata blanca, conseguí colarme en una de sus ceremonias de quema de cruces, donde grabé este discurso:



1974 - Little Italy, NY



1972 - Miami, FL



1978 - rural Gadsden, AL



1972 - Baltimore



1974 - Gainesville, AL



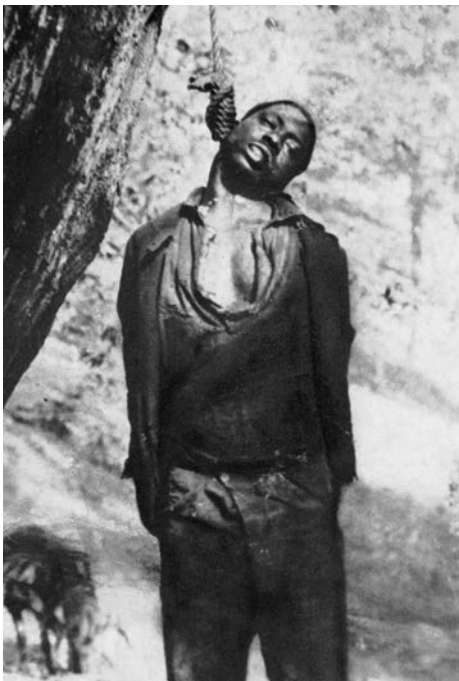
1973 - rural LA



1978 - rural Gadsden, AL



1975 - Tarboro, NC



Historical photo



1978 - rural Gadsden, AL



1978 - rural Gadsden, AL

“Sí, la conspiración nos da mucho que pensar... y la mayoría de vosotros sólo estáis pensando en esos monos que corren tirando de su propia cola. Todavía estáis agravados y agitados por todos esos monitos que corren por ahí gritando: “Me discriminan, quiero que despidan a ese policía”, y todo ese tipo de basura. Y eso te incita a querer hacer algo. Pero amigos, la conspiración es más profunda que un grupo de negros con labios de Ubangi infestados de selva salvaje. ¡Y hay tres cosas que no puedes darles! Absolutamente sólo tres cosas: ¡No puedes darle a un negro un labio gordo, un ojo negro y un trabajo! (Aplausos) ... En otra ocasión corrimos a estos cuatro negros y estábamos listos para... para... (indicando el linchamiento con cuerda) (aplausos)... y justo cuando estábamos listos para lanzar nuestros misiles hacia su cabeza de burro, alguien dijo: “Esperen, los tenemos y les agradecemos que los hayan atrapado”. Así que los bajaron y los encerraron. Y a la mañana siguiente, el alcalde le dijo a nuestro funcionario: “Señor, lo sentimos, pero tuvimos que dejarlos ir, porque no quiero que mi pueblo sea destrozado”. Y estos negros saltaron riendo histéricos “Ja, Ja, Ja”, como monos saltando y tirando de la cola. (risas) Amigos, hace algunos años el Klan fue llamado a Washington para presentarse ante el comité de investigación -lo crean o no- sobre el asesinato de King. Entregaron este comité a dos-no negros. Me referiré a ellos como negros porque despilfarraron cinco millones de dólares de sus impuestos duramente ganados para dar una respuesta al asesinato de King. Bueno, en primer lugar: ¡No se puede asesinar a un negro! (Aplausos) Sólo se puede asesinar a un estadista o a un hombre de reconocido carácter y capacidad. No se asesina a la basura”.

Individualmente, estos perdedores solitarios y desesperados solían tener tanto miedo de mí como yo de ellos. A pesar de todos mis prejuicios, no podía evitar que me gustaran como individuos.

#156



Historical photo

Los seres humanos dispuestos a asesinar lo que llaman “basura” son personas a las que la sociedad ha adoctrinado perpetuamente con el sentimiento básico de que ellos mismos son basura. Su inseguridad y autodesprecio les da una extraña necesidad categórica de odiar a los demás.

Sí, eso es lo que escribí en mi libro en 1984, cuando intentaba comprender al Klan después de haber recogido a un pobre autoestopista en mi gira de conferencias. Durante nuestro largo trayecto me reveló cosas que me hicieron sospechar que había sido víctima de incesto. Así que, de forma cariñosa, le pregunté por su infancia y, efectivamente, me contó cómo su padre le había violado una y otra vez. Sin embargo, trató de defender a su padre, lo que, según mi experiencia, es la forma en que esas víctimas comienzan a redirigir su ira y a convertir a los demás en chivos expiatorios. También me di cuenta de que, como la mayoría de

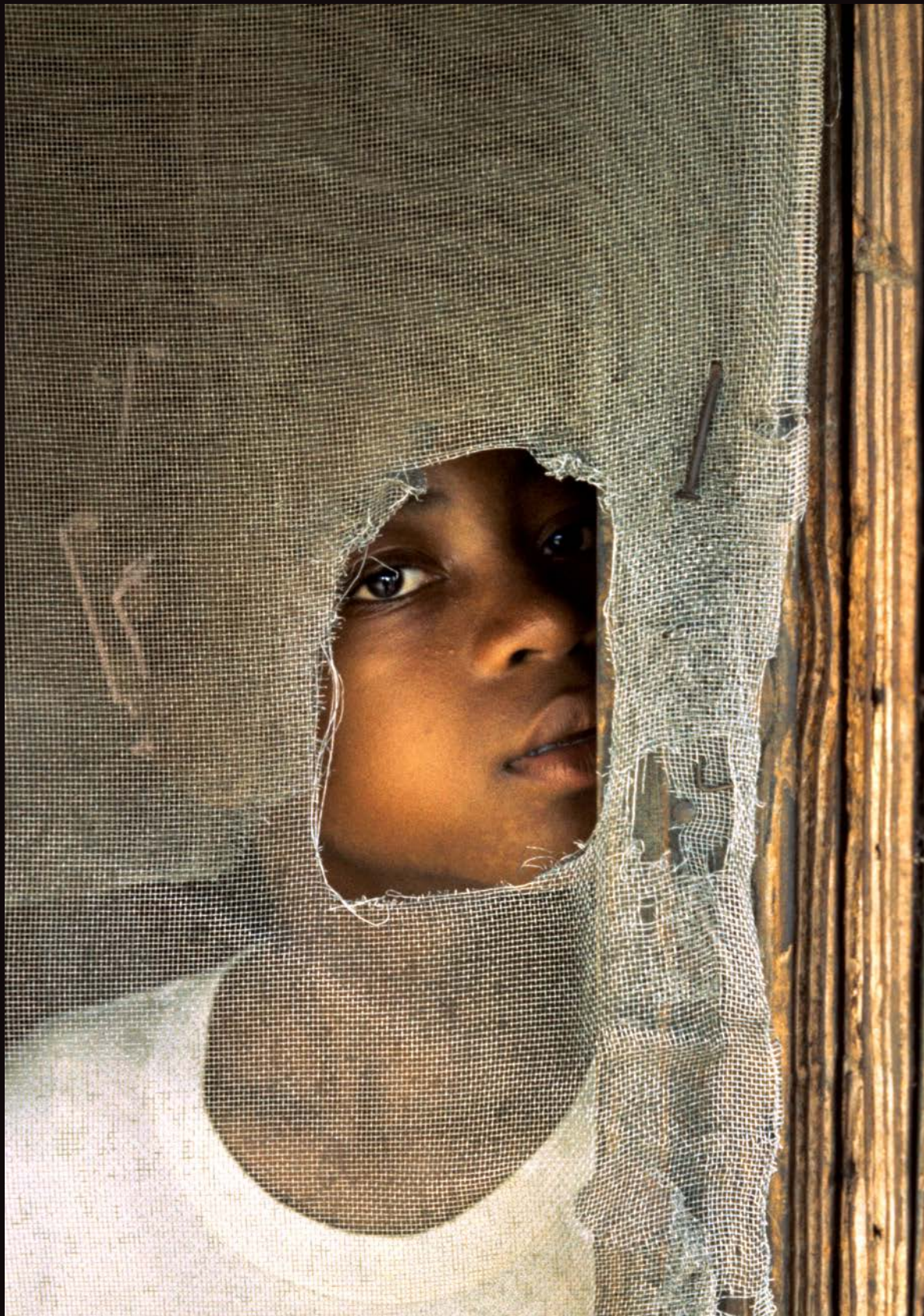


El linchamiento en 1981 de Michael Donald en Mobile, Alabama. Los miembros del Ku Klux Klan secuestraron a punta de pistola a un estudiante universitario de 19 años elegido al azar en una calle de la ciudad “para mostrar la fuerza del Klan en Alabama”. A la mañana siguiente encontraron su cuerpo colgado del cuello en un barrio negro. Uno de los miembros del Klan, James Knowles, fue enviado posteriormente a la silla eléctrica. Morris Dees, del Southern Poverty Law Center, relata cómo el público lloró cuando el linchador confeso contó cómo Michael suplicaba por su vida mientras los miembros del Klan preparaban la soga para su cuello. Foto de la policía

los niños maltratados con los que trato, nunca había recibido ayuda. A los que estamos mejor no nos gustan las vibraciones de desconfianza que recibimos de los hijos del dolor y reservamos nuestro amor para los niños capaces de irradiar el amor que ellos mismos han formado. Y en ningún lugar tienen más tiempo para darles terapia emocional que en las interminables autopistas de Estados Unidos. Siempre están increíblemente agradecidos y después harán cualquier cosa por ti.

Y así, después de mostrarle mi libro, ahora me rogó que lo acompañara a esta reunión del Klan. Primero a la reunión abierta de reclutamiento diurno, donde no pude evitar sentir compasión por los pobres simpatizantes blancos que se muestran arriba. Antes de ir a la iluminación secreta de la cruz (sólo para miembros), le di una comida y le dejé usar mi tarjeta telefónica para llamar a su madre. Pero su rostro se contorsionó repentinamente de ira y dolor cuando su madre le dijo que dos negros acababan de matar a su tío. Me había prometido protegerme y cubrirme con una capucha, pero ¿me atrevía ahora a adentrarme con él y 50 locos del Klan armados en un bosque oscuro cuando sabía que yo era antirracista (un “amante de los negros”)? ¿Me traicionaría? Tenía tanto miedo que llamé a mi familia en Dinamarca para decirles: “Si no vuelvo a llamar antes de medianoche, avisad a la policía”. ¡Qué ingenua! Ya había visto cómo trabajaban con la policía. Pero él nunca me traicionó, lo que me enseñó de nuevo una de las lecciones más importantes de mi vida:

TODAS las personas que sufren -y él ahora sufría tanto por los abusos como por el asesinato de su querido tío- tienen más ganas de nuestro amor que de expresar su dolor y su rabia en forma de odio y violencia.



1975 - Waynesboro, GA



1978 - rural Gadsden, AL



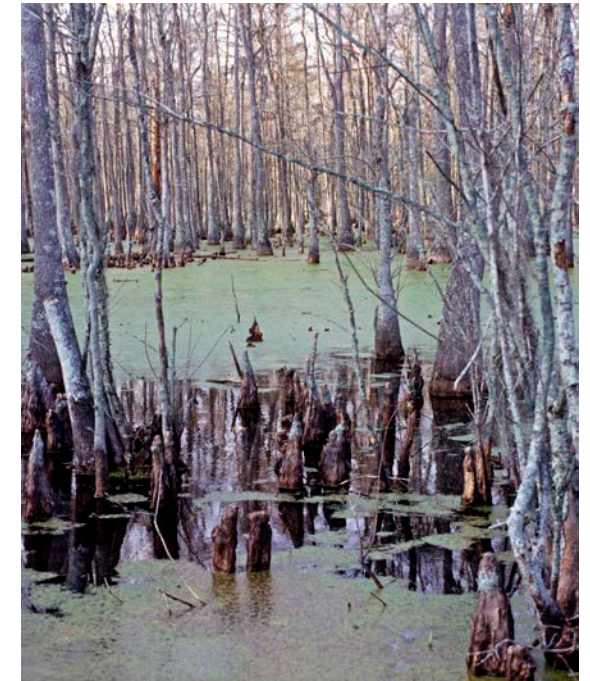
1991 - Woody la noche que lo recogí



1973 - Immokalee, MS



1975 - Waynesboro, GA



1996 - pantanos, LA

En mis años de vagabundeo en los 70 la mayoría de los americanos parecían sentirse bien consigo mismos y apenas encontré actividad del Klan. Pero el creciente maltrato a los niños que he visto desde entonces, parece ir de la mano con el crecimiento del Klan y los grupos de supremacía blanca bajo el presidente Obama y Trump. He aquí cómo llegué a una familia que posteriormente apoyó a Trump. Una noche de 1991 recogí a Woody, un pobre autoestopista en Mississippi, que me dijo que él y sus dos hermanos habían matado personalmente a tantos negros que habían perdido la cuenta.

- No sé si mató a los dos primeros de los que me manché de sangre, pero sé que le abrió la cabeza de par en par.

- Hmm

- John se abrió la cabeza muy, muy mal... Le arrancó un trozo entero de la cabeza, y entonces me manché de sangre. Eso es porque yo estaba sosteniendo al tipo. Cada vez que su corazón latía, la sangre salía a chorros a unos 5 o 6 pies, hombre. El tipo corrió unos diez pasos, y luego simplemente cayó - de cara. Incluso te llevaré por la vieja oficina de correos esta noche y te lo mostraré, justo donde ocurrió. Luego tienen un gran cartel que dice "No se permiten negros" cuando entras ahí en la autopista.

- ¿Todavía? ¿En qué año estamos?

- Estamos en el 91, a punto de cumplir el 92 y tienen un cartel que dice "No se permiten negros".

- Cuando saliste a matarlos, ¿habló de ello todo el día anterior o simplemente sucedió...?

- No, simplemente sucedió. Fue una de esas cosas. Iba por la calle y simplemente tuvo ganas de hacerlo. Los había visto, así que lo hizo....

- Justo aquí es donde este tipo cayó después de que mi hermano lo apuñalara

...después de que mi hermano lo apuñalara. Esa puede ser la policía. Justo aquí es donde cayó. Te mostraré donde fue

160

apuñalado. Fue apuñalado justo al otro lado de este poste telefónico, justo aquí. Y luego corrió tres metros y se cayó. Vayamos antes de que venga la policía porque son malos aquí en la noche.

- ¿Qué dijo realmente?

- En realidad dijo "Voy a matar a un negro esta noche". Lo dijo durante todo el día y cuando volvimos de las vías Sammy le dijo: 'Apuesto a que no matarás a ese de ahí'. Y este era un negro grande, ya sabes. Y John dice '¡Apuesta por mí!'. Y Sammy dice, 'Te apuesto'. Y él dice, 'No importa la apuesta'. Se acercó y dijo: 'Oye, ¿te encontraste con tu creador?' y lo apuñaló. Los ojos del tipo se volvieron hacia la parte posterior de su cabeza y John retorció el cuchillo y luego lo sacó. La sangre, cuando salió, nos golpeó a mí y a Sammy.

- ¿Cómo sucedió cuando?

- Él sale y mata negros por diversión. Me dice que le gusta ver el miedo en su cara cuando mueren. Fue como cuando íbamos por River Road y te contaba que Sammy llamó a uno hacia el coche y John saltó y le disparó. Bueno, dos de ellos se separaron, y uno de ellos se quedó allí, ya sabes, estaba asustado. Supongo que era joven o algo así, ya sabes. Sammy comenzó a golpearlo en la cabeza con una botella que tenía. Y entonces John empezó a darle patadas y esas cosas - y cuando lo tenían en el suelo sangrando y donde no se podía mover, John simplemente lo pisoteó hasta que murió. Lo único que nunca vi hacer a John, fue salir y atropellar a los negros que solía salir y atropellar. Pero he visto sangre en el coche y como dije, saqué camisetas y camisas y cosas así de debajo del coche después de que los atropellara. Lo he visto golpear a muchos, muchos negros muchas veces y darlos por muertos.

- ¿Cuántos dirías tú?

- ¿Cuántos? Más de los que puedo contar con los dedos de las manos y de los pies.

#160

Como siempre con la gente violenta, le pregunté por su infancia. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando me contó cómo los tres hermanos habían sido constantemente golpeados y maltratados por sus padres, profundamente alcohólicos.

- Desde que tengo uso de razón, mi madre me daba latigazos. Ella solía venir borracha.... Te pegaba en cualquier lugar donde pudiera pegarte. Cuando te azota con una tabla, si te mueves y te golpea en otro lugar, no deberías haberte movido.....

Es importante dar siempre a esos niños del dolor todo el amor y el cariño que podamos reunir.

En mis viajes me ha sorprendido a menudo el poco cariño que hace falta para que estas personas encapsuladas y desanimadas vuelvan a levantar la cabeza y se sientan mejor consigo mismas. Las personas que se sienten bien consigo mismas no dañarán intencionadamente a otras personas, ni siquiera pensarán mal de ellas. Sólo las personas con un profundo dolor desean hacer daño a los demás. Todos los racistas violentos que conozco hoy en día han sido, sin excepción, maltratados o humillados en su infancia. La quema de cruces y esvásticas no es más que su inepto grito en busca de nuestra ayuda y atención, y hace falta muy poco cariño por nuestra parte para ayudarles a salir de sus patrones de opresión.

Cinco años más tarde encontré a algunas de las víctimas de Woody, como la familia de Sarah, que había sido apuñalada por Woody mientras dormía... (Lea en la página 213 lo que sucedió más tarde).

Sus vidas destrozadas necesitaban un cuidado similar para no ser destruidas por el miedo paralizante y el odio implacable que habían desarrollado hacia sus conciudadanos. Saber con qué facilidad se perpetúa ese odio llevó al nuevo gobierno negro de Sudáfrica a perdonar todos los crímenes raciales cometidos bajo el apartheid.

Mi amigo Woody empieza a comprender que, como nunca ha tenido a nadie que le ayudara a curar su dolor, lo había volcado contra los negros de una forma tan espeluznante que podía describir cómo torturaban y asesinaban a cada una de sus víctimas y las arrojaban a los ríos y pantanos de Mississippi.

- ¿Suelen deshacerse de ellos arrojándolos a los ríos y pantanos?
- Oh, sí, muchas veces los arrojábamos a los pantanos....

Por el estado de Mississippi porque bajo sus fronteras el diablo no traza ninguna línea. Si arrastras sus ríos fangosos encontrarás cuerpos sin nombre. Oh, las fábricas de los bosques han escondido mil crímenes. El calendario miente cuando dice la hora actual. Oh, por la tierra a la que has arrancado el corazón: ¡Mississippi, búscate otro país del que formar parte!

161



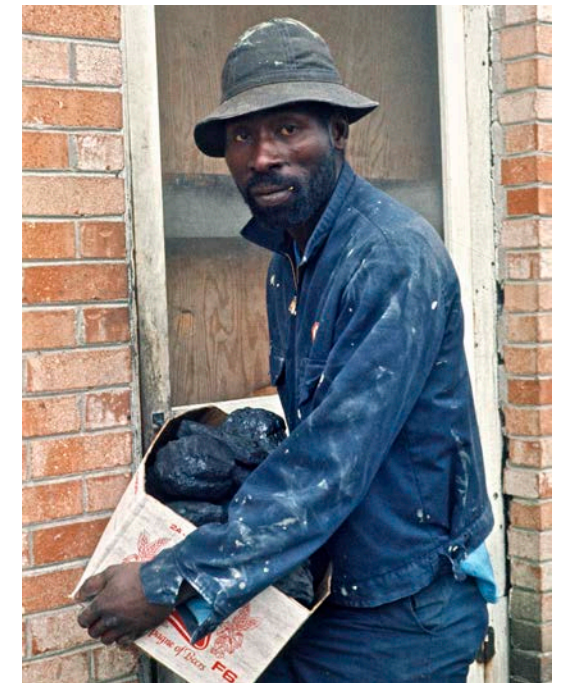
1975 - Casa de Tupper, Washington, GA



1975 - Washington, GA



1975 - Casa de Tupper, Washington, GA



1975 - Washington, GA



1975 - Casa de Tupper Plantation, Washington, GA

En Georgia, donde viví con la familia Barnett en la casa de una antigua plantación, conocí un tipo de racismo basado no en el odio, sino en un amor paternalista históricamente condicionado por los negros. La Sra. Barnett se pasaba los días llevándome a las familias que su familia había poseído en el pasado, aparentemente hace muy poco tiempo en su imaginación (y, como descubrí, también en la conciencia negra).

Sra. Barnett: Esta es la factura de venta a mi bisabuelo del Sr. Cadman para Lucinda, sus hijos y su aumento para siempre. El precio era de 1.400 dólares.

Sra. Hill (su amiga de otra casa de la plantación): Pero, verás, cuando llegaron aquí eran salvajes, y creo que en lugar de culpar al Sur como el Norte nos culpó a nosotros, creo que merecemos un poco de crédito. Nos los vendieron y sabían que nos estaban vendiendo salvajes. Pero siguieron enviándolos. Y entonces empezaron a hablar de nuestro duro trato, pero ya sabes que cuando tenías gente trabajando para ti, hacías todo por ellos, los alimentabas, les dabas ropa y vivienda, y cuidabas de ellos.

Sra. Barnett: Los blancos harían cualquier cosa por los negros, excepto quitarse de encima, como se dice. (Risas) Una cosa es segura. Todavía los echamos de menos.

Sra. Hill: Sí, los extrañamos.

Cuando un “esclavo de la casa” llegaba con el té de la tarde, la conversación, como siempre en la aristocracia sureña, giraba en torno a las locuras de sus sirvientes, una forma de mantener su actitud paternalista hacia los negros y, por lo tanto, de darse la distinción social de tiempos anteriores.



1975 - Washington, GA



1975 - Washington, GA

Lo que la señora Barnett echa de menos no es a los esclavos como mano de obra o como propiedad, sino la antigua dependencia simbiótica del esclavo y el amo. El hecho de que se pudiera perder un esclavo de más de 1.400 dólares por enfermedad inculcó en la clase alta blanca una preocupación paternal y un sentido de la responsabilidad por sus esclavos. En la Sra. Barnett este amor se manifestó en su trabajo a favor de los negros encarcelados de por vida, es decir, en la necesidad de expresar el amor por un grupo de negros que, como los esclavos, no son libres.

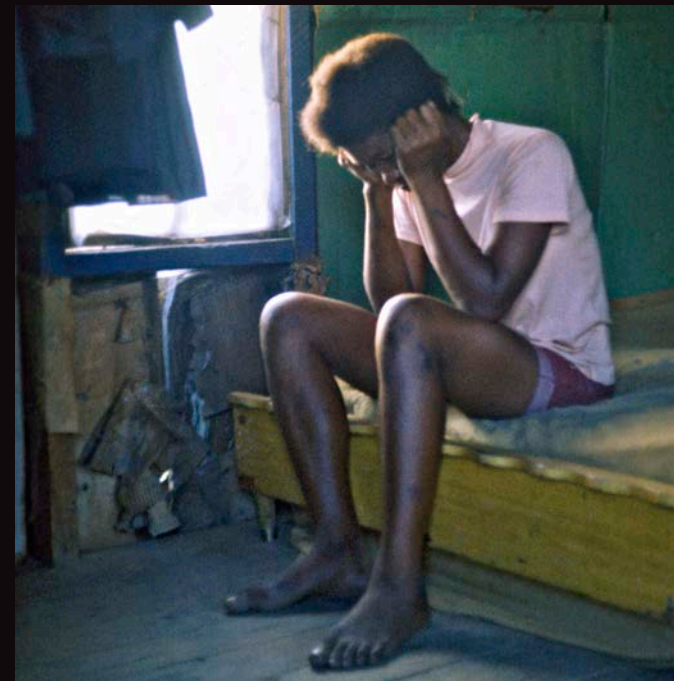
¿Era este tipo de racismo condescendiente el que yo misma estaba asumiendo en Estados Unidos? ¿Cuánto tiempo podría aferrarme a la ingenua idea de que, como inmigrante extranjero, sería capaz de mantenerme a flote en un océano de racismo que había ahogado a todos los demás?



1975 - Phila, MS. Aquí Rachel fue violada y asesinada cuando tenía 14 años



1973 - Natchez, MS



1975 - Philadelphia, MS



1973 - Natchez, MS

En el Sur experimenté dos reacciones blancas completamente opuestas hacia nuestros oprimidos: el odio y el amor. Cuanto más veía estos peculiares patrones de angustia como productos de un sistema centenario, más se desintegraban los juicios de valor, como el bien y el mal. A pesar de su rastro de destrucción, ya no podía odiar a estos blancos. Desde el momento en que les mostré respeto y comprensión, empezaron a abrirse puertas por doquier: las puertas de la hospitalidad sureña. Cuando más tarde viajé entre los blancos sudafricanos, me encontré con una hospitalidad aún más abrumadora, que parecía directamente proporcional a una mayor diferencia de clase entre negros y blancos. Al igual que en Sudáfrica, los negros del Sur reciben la tradicional amabilidad siempre que tengan un estatus de clase baja. No se les paga tanto por su trabajo como por su servilismo y humildad, por conocer “su lugar” y ser dependientes. Su resistencia pasiva a esta subyugación es vista como “irresponsabilidad” y “vagancia”, lo que confirma aún más la “necesidad” de la relación paterna, elevando así el estatus de los blancos. Este estatus artificialmente elevado se suma al excedente psíquico mostrado, por ejemplo, en una exuberante hospitalidad y amabilidad hacia el individuo pero no hacia el grupo, como los “negros”, los “yanquis” o los “comunistas”.

En la casa de una plantación, llegué con mi peluca de pelo corto, pero la anfitriona, Emely Kelley, estaba cada vez más enamorada de mí, y una noche sorprendí a la cena mostrando todo mi pelo. Emely estalló: “Sé que eres comunista, pero me gustas igualmente”.

Puede que esta clase hospitalaria no participe en los actos terroristas de los blancos, pero se beneficia directamente de esa vigilancia. Ninguna de las casas de las plantaciones en las que viví estaban cerradas con llave, aunque estaban llenas de oro, plata y cuadros caros, justo al lado de algunas de las personas

más pobres de la tierra, a las que a menudo vi cometer crímenes violentos entre ellas.

Una de las razones por las que podía moverme incluso por los guetos más violentos del Sur sin temer por mi vida era mi constatación de que la esclavitud de los años 70 mantenía su paraguas protector sobre mí en todas partes. Y cuando te enfrentas a un sistema tan arraigado que ni siquiera tu “idealismo escandinavo de ojos azules” se entiende, te rindes y te conviertes en un participante. Así, pronto aprendí el autodestructivo e incómodo arte de hacer que las sirvientas negras me sirvieran el desayuno en la cama con dosel (en una habitación separada de la anfitriona) mientras evitaba cometer el delito de hacer mi propia cama. En Mississippi vi cómo las criadas se pasaban días vistiendo a las “belles” blancas con trajes de antes de la guerra para que pudiéramos seguir con los viejos bailes de la Confederación, en los que los negros sólo están presentes en forma de una mujer blanca con cara negra que hace de “mamita”. Me encantaban estas bellas aparentemente distantes pero increíblemente cálidas y encantadoras, cuya inviolable “condición de mujer blanca” fue una de las falsas razones de la muerte de miles de hombres negros en un terror causado únicamente por el deseo de perpetuar la supremacía blanca.

Sin embargo, la primera vez que volví a Natchez en 1978 y encontré el pueblo extremadamente molesto por un artículo del New York Times que describía las casas de las plantaciones como “decadentes y promiscuas”, tuve que reírme, ya que yo mismo había experimentado exactamente eso.



1975 - Filadelfia, MS. Carl a la derecha se convirtió en predicador, su hermano pasó la vida en la cárcel



1973 - Natchez, MS

Sobre decir sí

La mayor libertad que conozco es poder decir que sí; la libertad de arrojarte a los brazos de cada persona que conoces. Especialmente como vagabundo, tienes la libertad, la energía y el tiempo para ser plenamente humano con cada individuo que conoces. La lotería más fantástica que se me ocurre es hacer autostop. Cada vez hay un premio. Cada persona puede enseñarte algo. Nunca he dicho que no a un viaje, aunque hubiera pistolas en el asiento delantero o cuatro hombres de aspecto siniestro con gafas de sol sentados en el coche. Cada persona es como una ventana a través de la cual se puede vislumbrar la sociedad en general. Un hombre de Nueva York me pidió que llevara un remolque U-Haul a Florida. No quiso decir qué había dentro. Acordamos que iba a recibir sesenta dólares por hacerlo, pero nunca recibí el dinero. A través de varias fuentes me enteré de que era la mafia para la que había trabajado -preferían utilizar a un ingeniero extranjero para ese transporte ilegal de narcóticos, etc. ¿O tal vez eran armas para los exiliados cubanos en Miami? En otra ocasión, en Alabama, una pobre anciana de 87 años me pidió que la llevara a Phoenix, Arizona. Quería ir allí a morir. La ayudé a tapiar las ventanas de su destartada choza en las afueras de Notasulga, porque aunque sabía muy bien que nunca volvería, no quería que los negros del lugar se mudaran a ella. Durante todo el trayecto estuvo sentada con una pistola en la mano. Me tenía un miedo atroz por mi pelo largo y mi barba, pero no tenía otra forma de llegar a Arizona. Estaba tan débil que yo tenía que cargarla cada vez que tenía que salir del coche, pero a pesar de ello seguía aferrada a su pistola. El coche era tan viejo que sólo podíamos conducir a treinta millas por hora, por lo que el viaje nos llevó cuatro días. Ella había ahorrado durante años para tener suficiente dinero para la gasolina, pero no tenía dinero para la comida, así que tuve que bajarme varias veces y robar zanahorias y otras cosas comestibles a lo largo del camino. Durante la mayor parte del viaje hablé del gobernador Wallace y de cómo esperaba que llegara a ser presidente antes de que ella muriera. Aprendí más sobre Alabama en ese viaje de lo que podría haber aprendido leyendo durante toda una vida.

En Florida, dos jóvenes me recogieron y me ofrecieron un brownie. Como tenía mucha hambre y estaba sentada en el asiento trasero, aproveché la oportunidad y me comí cuatro brownies enteros. Siempre me como lo que la gente me ofrece, aunque sean píldoras, o tierra, o algo peor. Y cada vez me da una cierta visión de la sociedad. Y así fue este día. Resultó que eran brownies de hachís y que había comido demasiados. Me quedé muy drogado y no pude hacer más autostop ese día, ya que era incapaz de comunicarme con los conductores. Fui a Jacksonville y me senté en un parque a esperar que se me pasara el efecto. Dos inofensivos vagabundos se acercaron y se sentaron a mi lado, pero de repente me dieron un miedo tremendo y me precipité a la estación de autobuses. No me atrevía a salir a la calle, ni siquiera de día. (El hachís me volvió extremadamente

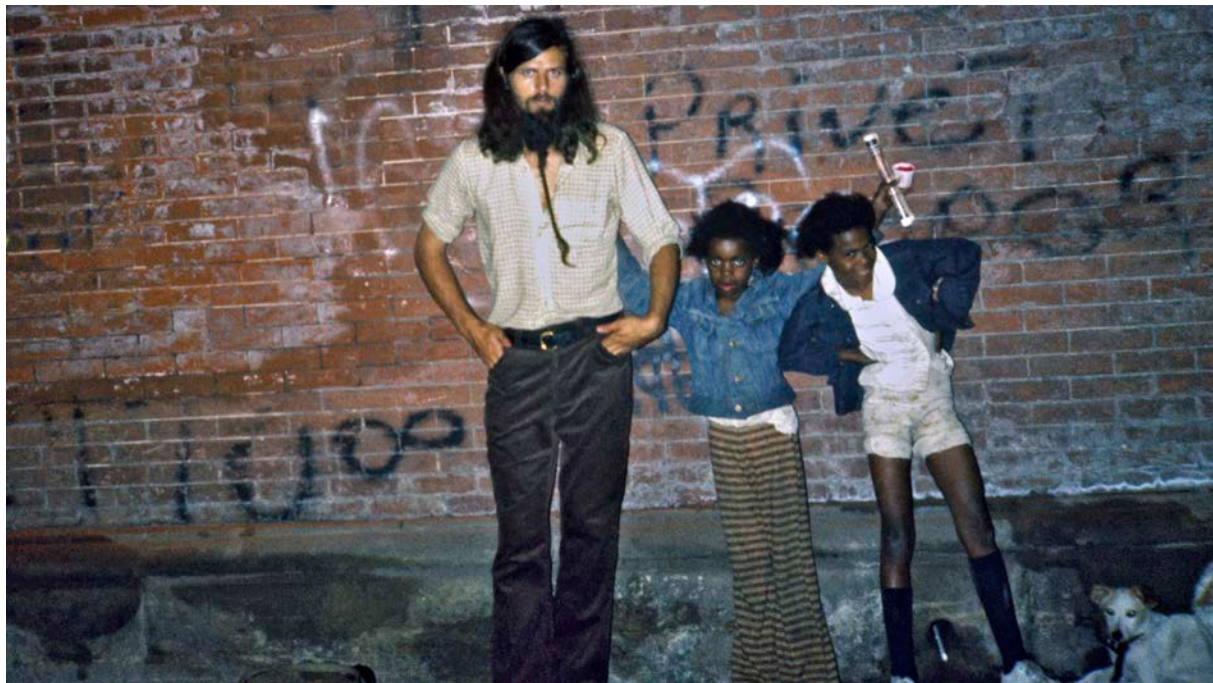
paranoico, y es precisamente cuando envías vibraciones de miedo a otras personas cuando te asaltan). Ese día comprendí el miedo agonizante que la mayoría de los estadounidenses llevan consigo y contra el que no pueden hacer nada. Desde ese día he comprendido mejor las reacciones de la gente en Estados Unidos. A veces yo también siento miedo de otras personas. Una noche en Nueva York oí una voz que me llamaba desde un callejón oscuro en la zona siniestra cerca de la Novena Avenida. Estaba absolutamente convencido de que si entraba en el callejón me atacarían. Pero tenía más miedo de que, si no lo hacía, se sentara un precedente, y entonces quedaría paralizado, como tantos otros en Estados Unidos. Me obligué a entrar allí. Por supuesto, resultó ser sólo una desgastada callejera de cinco dólares. Me hice una idea de un tipo de sufrimiento con el que nunca me había topado, lo que me demostró una vez más que nunca está de más decir que sí. Por regla general, uno se ve directamente recompensado por ello.

En Detroit, un niño de cinco años me pidió insistentemente que le acompañara a casa y le hiciera unas fotos a su madre. Ese día no tenía tiempo, pero decidí acompañarle de todos modos. Cuando llegamos a su casa, vi que su madre estaba enferma y que cuatro de sus siete hermanos tenían grandes mordeduras de rata en la espalda y las piernas.

Al principio percibía el hecho de no poder decir que no a la gente como una debilidad, ya que siempre he sido muy complaciente. Pero ahora me he convencido de que es un punto fuerte y, por tanto, lo he convertido en un hábito allá donde voy. Casi todos los días, cuando hago autostop, en algún momento un conductor me invita a entrar en un restaurante. Me dan el menú pero me resulta imposible elegir. Tras una pausa vergonzosamente larga, el conductor suele sugerir algo y yo digo inmediatamente que sí. Me da igual lo que me sirvan. La comida es sólo un medio para seguir adelante. He descubierto que incluso la incapacidad de elegir tiene sus ventajas cuando se viaja. Cuando estaba en el banco de sangre de Nueva Orleans y, como de costumbre, me abrí paso a través del “muro gay” para salir de esta ciudad con muchos homosexuales, al subir a ver las inundaciones en el delta del Misisipi me llevó un anticuario gordo. Me presionó para que me adentrara con él en los oscuros bosques con promesas como “después te alojaré con una rica dama blanca”. No quería perder el tiempo con otro “viejo verde”, pero no me atrevía a decirle directamente que no. Así que acabé dejándole seguir sus deseos en el bosque y, efectivamente, después me llevó a una de las grandes casas de plantaciones de Natchez, donde su amiga, la propietaria, Emely Kelley, me invitó inmediatamente a experiencias igualmente íntimas. Hacía tiempo que había aprendido que sin decir sí a un poco de dolor, no se entra en el cielo. Después de semanas de hambre, fue como entrar en el cielo que los sirvientes negros nos sirvieran en bandejas de plata en las camas con dosel. Sin embargo, es importante volver



1975 - Notasulga, AL



1974 - Harlem, NY



1974 - New York, NY

dinero de esta manera: quince dólares por noche por chica. Había estudiado al hombre blanco toda su vida, cada uno de sus gestos y pensamientos. Sentía que conocía al hombre blanco mejor que a sí mismo, y sin embargo no lo entendía. Pero sus experiencias le habían convertido en un buen chulo, aunque sólo tenía diecinueve años. Sabía exactamente cómo hacer que los hombres blancos se pusieran en contacto con sus chicas. Pero le dolía hacerlo. Le dejó una profunda herida. Sentía que estaba vendiendo tanto su raza como su orgullo; pero que no tenía elección. Odiaba al hombre blanco con todo su corazón, pero nunca se atrevió a demostrarlo. Aquella noche me di cuenta de que si muchos negros de Mississippi se sentían como Ed, llegaría un día en que las cosas no se verían bien para los blancos. Estaba tan conmocionado después de esa noche que durante los días siguientes fui incapaz de mirar a los blancos a los ojos. Aquel día tuve la suerte de que alguien me dio pilas para mi grabadora. Así pude grabar mucho de lo que dijo aquella noche. Ahora, cuando viajo entre los blancos de Mississippi y vivo con ellos, a menudo pongo esa cinta para mí por la noche. Quiero evitar identificarme demasiado con su punto de vista. Con sus encantadores acentos y su gran calidez humana, es difícil no dejarse seducir. El truco está en mantener la cabeza fría en medio del caldero de brujas hirviente del Sur. Vi como una coincidencia que Ed se abriera a mí, pues en realidad me apetecía más estar con las prostitutas. Pero ahora empiezo a creer que no fue una simple casualidad. Es como si siempre hubiera algo que me lleva a las situaciones adecuadas.

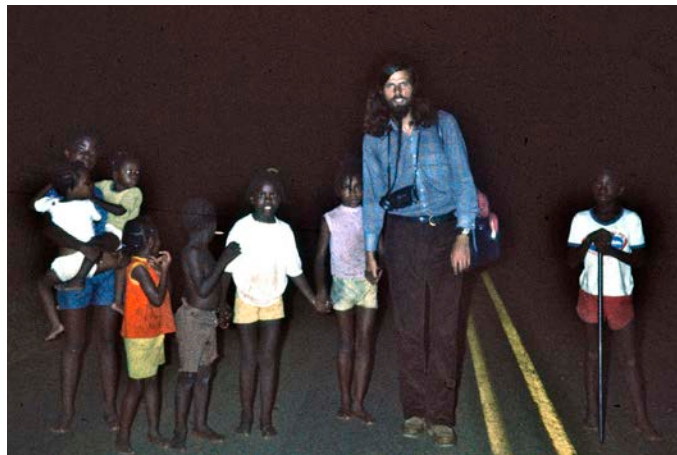
Carta a un amigo americano

* (Desde entonces he comprobado que estas frases poco sofisticadas de esta carta original sobre mi amor por las prostitutas como grupo oprimido en EE.UU. y Gran Bretaña, a menudo se malinterpretan en un sentido sexual más que político. Para una comprensión más clara de mi relación con las prostitutas, véase la página 381).

a bajar a la tierra, así que cuando después de dos semanas dejé la mansión, acabé conviviendo esa misma noche con un chulo negro en Greenville, en la zona del Delta, que está sumida en la pobreza. Nos hicimos buenos amigos, y me dijo que por nuestra amistad me daría una de sus prostitutas. No dije nada. Me llevó a un bar en el que había cuatro de sus "chicas". "Elige el coño que quieras. Puedes tenerlo gratis", me dijo. No sabía qué hacer. He llegado a amar a estas prostitutas negras con su fantástica mezcla de brutalidad violenta y ternura intensa. Se puede aprender más sobre la sociedad de una prostituta negra en un día que en diez clases universitarias. Pero me resultaba imposible elegir*). Entonces Ed, como se llamaba, me llevó de nuevo a casa. A partir de entonces se mostró más abierto y resultó que me puso a prueba. Estaba muy interesado en las cosas que le había contado, pero nunca había conocido a un blanco en el que pudiera confiar, y ahora quería ver si yo era como los demás blancos de Mississippi. Esa noche se convirtió en una de las experiencias más intensas que había tenido. Nos tumbamos los dos en la cama que normalmente utilizaba para sus negocios y durante toda la noche me habló de su infancia. Todo fue una revelación para mí. Era la primera vez que estaba en Mississippi, y probablemente tuvo un efecto especialmente fuerte en mí porque acababa de pasar dos semanas viviendo en enormes casas de plantaciones con esos enormes vestidos de antebellum y oro y brillo por todas partes. Me habló del hambre, de cómo había tenido que recoger algodón desde los cinco años por dos dólares al día, de cómo nunca había ido realmente a la escuela porque tenía que recoger algodón, y de todas las humillaciones que había tenido que soportar constantemente de los blancos. Entonces ya no lo soportó más. "No", repetía una y otra vez. Quería salir de ese infierno del algodón. Así que se había convertido en un chulo. Tanto él como sus chicas estaban de acuerdo en que era mejor prostituirse así que en los campos de algodón. El hombre blanco es el que recoge el beneficio en ambos casos, pero ellos ganaban más



1973 - Natchez, MS



1975 - rural Meridian, MS



1973 - Boston, MA



1974 - Norfolk, VA



1973 - Natchez, MS



1975 - Philadelphia, MS



1996 - Bullock County, AL



1975 - Philadelphia, MS



1975 - Philadelphia, MS



1990 - Georgetown County, SC



1974 - rural Tarboro, NC



1975 - Las Vegas, NV



1974 - Greenville, NC

Uno de los aspectos más peculiares de la hospitalidad sureña es el deseo de “regalar” inmediatamente a un visitante masculino una “chica” muy atractiva. No sólo entre la vieja aristocracia, sino también entre los millonarios “de a pie”. Rara vez había pasado más de un día antes de que me proporcionaran una “cita” de su misma clase (o, más a menudo, una que aspirara a convertirse en miembro de esa clase), a menudo sin habérmelo pedido. Cuando vivía en Mississippi con familiares del senador Stennis, un archiconservador, me dieron una lista de posibles bellas para elegir. Jack Ray, el banquero de Alabama, insistió absolutamente en darme a la secretaria personal del senador Allan para la noche.

Su actitud hacia la “feminidad blanca” parecía poco mejor que su relación histórica con la feminidad negra, aunque esta sagrada feminidad blanca se utiliza como una de las muchas excusas para la supresión violenta de los negros y para infundir miedo a los blancos. Tal vez sea tan difícil que el amor real prospere bajo las lámparas de cristal como en el resplandor de la lámpara de queroseno entre los que “viven juntos”.



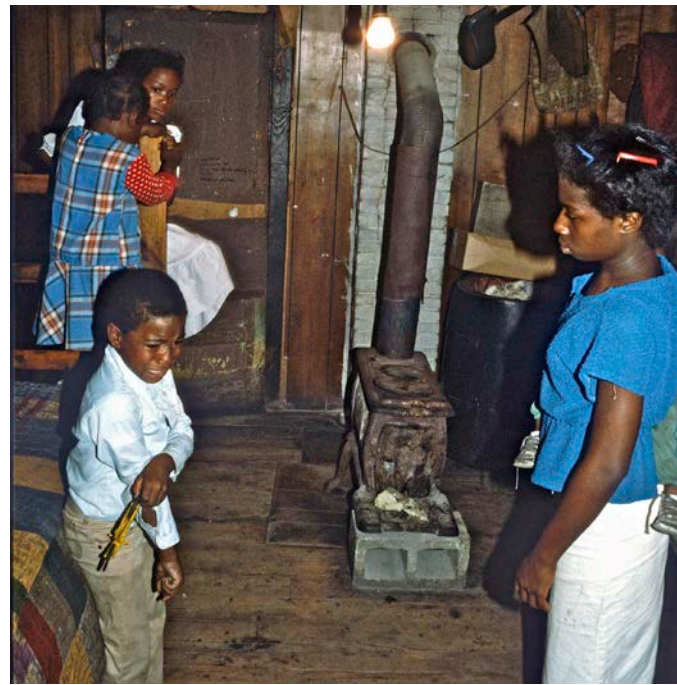
1974 - Tarboro, NC



1974 - Vacaciones de primavera en Fort Lauderdale, FL



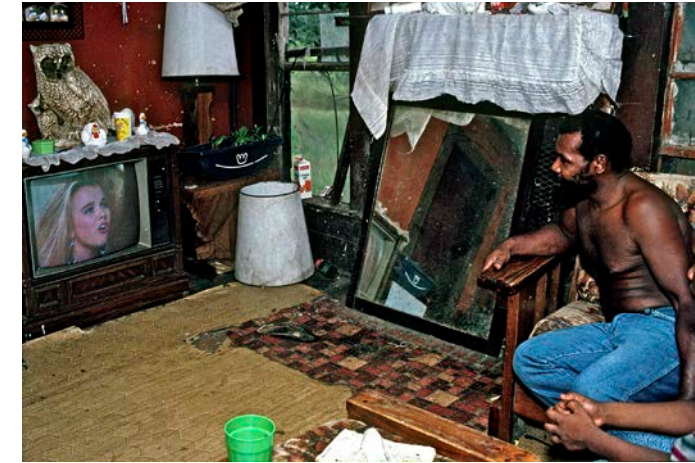
1996 - Tunica, MS



1990 - Burke County, GA

Creo que ningún blanco puede comprender del todo la enorme presión psicológica a la que se ven sometidos los negros, bombardeados constantemente con el mensaje de que valen menos que los blancos.

El peor daño se produce cuando la víctima empieza a creer los prejuicios del opresor. Oigo con frecuencia crueles invalidaciones, como "No eres una mierda, negro", que resuenan en las familias de clase baja. Nos inculcan nuestros profundos sentimientos racistas hacia ellos junto con la sombría perspectiva de ser desterrados permanentemente a las sombras de la sociedad blanca. La esperanza que una vez encontré entre los negros en los años 70 la he visto desde entonces sustituida en todas partes por la autculpabilización.



1989 - Bullock County, AL



1973 - Charleston, SC



1990 - Burke County, GA



1991 - Montgomery County, AL



1992 - Montgomery County, AL



1991 - Montgomery County, AL

Entre las conferencias que daba en el campus en los años 90, me encantaban las discusiones sobre temas raciales que mantenía toda la noche con Wilma en su pequeña choza. Ella era muy culta, pero expresaba con palabras negras lo que mi público blanco piensa pero no se atreve a decir:

- Los de mi propia clase me tienen atrapado. Les tengo miedo. Mi vida está en peligro por mi propia gente.
- ¿Ha perdido la fe en los negros?
- Sí, por el modo en que me han tratado.
- ¿Los blancos nunca le han hecho daño?
- Nunca, en Alabama y Nueva York, nunca he tenido problemas con los blancos. Siempre de los míos.
- ¿Les guarda rencor?
- Sí, lo hago.
- Pero te dije antes que nunca debes olvidar la verdadera...
- Sí, lo llamas opresión internalizada, ¿verdad? Pero yo no lo veo así. Creo que es sólo la naturaleza de ellos para ser de esa manera ...
- ¡No, no, no!
- No creo que sea una opresión interiorizada.
- Pero nunca hay que perder la fe en los seres humanos.
- He perdido la fe en ellos, sí, lo he hecho.
- Pero todo viene de aquí arriba, viene del racismo. Cuando la

#180

gente está tan herida, y sabes que los negros están heridos, se desquitan entre ellos.

- Sí, pero lo que dices ocurrió hace 100 años. Sé que lo que dices es cierto, pero hemos avanzado mucho desde entonces. Se nos han abierto puertas. Pero nos estamos frenando unos a otros con el odio, el egoísmo y demás. Ahora no son los blancos los que nos frenan, sino que nos frenamos unos a otros.
- Wilma, ahora estás hablando mal de los blancos. Eso es lo que están diciendo. ¿Quiénes son los empresarios en este país? Son blancos, ¿y a quién no le dan trabajo?
- Lo sé, lo sé, pero sólo puedo hablar de lo que estoy pasando. Me están reteniendo. Los de mi clase me están reteniendo.
- Así es como se sienten todos los negros hoy en día, y por eso acaban causándose más daño. Cuando la gente se odia a sí misma, se desquita con los demás...
- Lo sé. Todo lo que quiero es alejarme de ellos.
- ¿Adónde irás?
- Todavía no lo sé, pero estoy trabajando en ello...



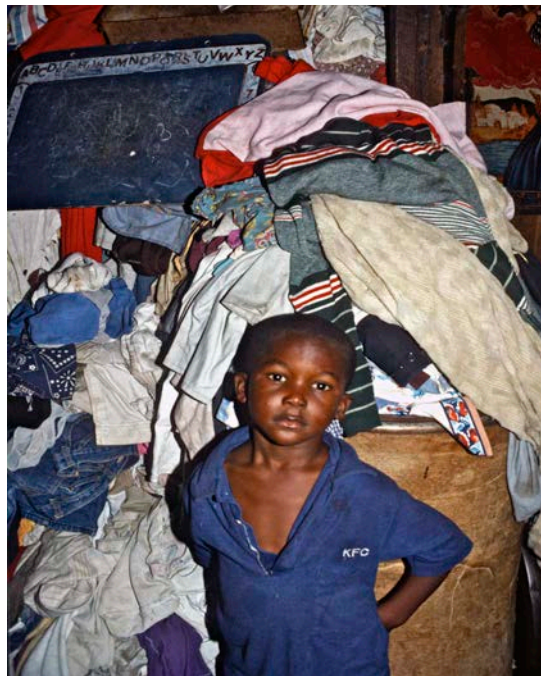
1992 - Montgomery County, AL



1973 - rural Wendell, NC

Después de la esperanza y el optimismo de los años 70, nunca habría creído que el racismo pudiera empeorar tanto como para sentirse un día a defender a las víctimas entre sí. La gente puede sobrevivir a la opresión si es capaz de identificar claramente a su opresor y evitar así la autculpabilización. En el pasado, esta comprensión permitía a los negros ver la luz al final del túnel. Hace cien años vivíamos en estrecha proximidad física con los negros.

Pero hoy nos hemos aislado tanto unos de otros que los negros, a los que bombardeamos despiadadamente con fantasías televisivas sobre lo libres que son, tienen dificultades para identificar a su opresor -una primicia histórica- y, por tanto, buscan en sí mismos la causa de su creciente dolor. Y una vez que logramos convencer a los oprimidos de que son sus peores opresores, todo se desmorona. Ni sus ingresos ni su sentimiento de autoestima son lo suficientemente grandes como para recrear la familia nuclear que constantemente presentamos como el ideal. Esta sensación de desesperanza y de fracaso separa a las familias. Nadie que se sienta bien consigo mismo podría oprimir a otro grupo de forma tan devastadora como lo hacemos hoy. Y las víctimas no son sólo la familia del marginado sino, cada vez más, los hijos.



1990 - Burke County, GA



1975 - Bullock County, AL

A los blancos nos encanta decir que “mi mejor amigo es negro” para alcanzar la estatura moral y el reconocimiento negro. Y nos encanta denunciar el racismo más primitivo de los demás, pero olvidamos que los fanáticos como el KKK y los nazis están ellos mismos tan profundamente traumatizados que no tienen ningún poder real para afectar a la calidad de vida general de los negros en Estados Unidos o de los musulmanes en Europa.

No, nuestras víctimas saben muy bien que somos nosotros, los “buenos” ciudadanos respetuosos de la ley, los que hoy forzamos silenciosamente a millones de nuestros parias a los guetos, al aislamiento psicológico y a la desesperación. En nuestro sentimiento de culpa blanco por no ser capaces de estar a la altura de nuestros elevados ideales y valores cristianos liberales, huimos a los programas de televisión negros de evasión para encubrir nuestro aplastamiento definitivo de la familia negra. Hoy en día, más del 70% de los niños negros crecen sin padre y uno de cada diez sin ninguno de los dos progenitores: el doble que cuando yo llegué a Estados Unidos y el triple que bajo la esclavitud.



1998 - Natchez, MS



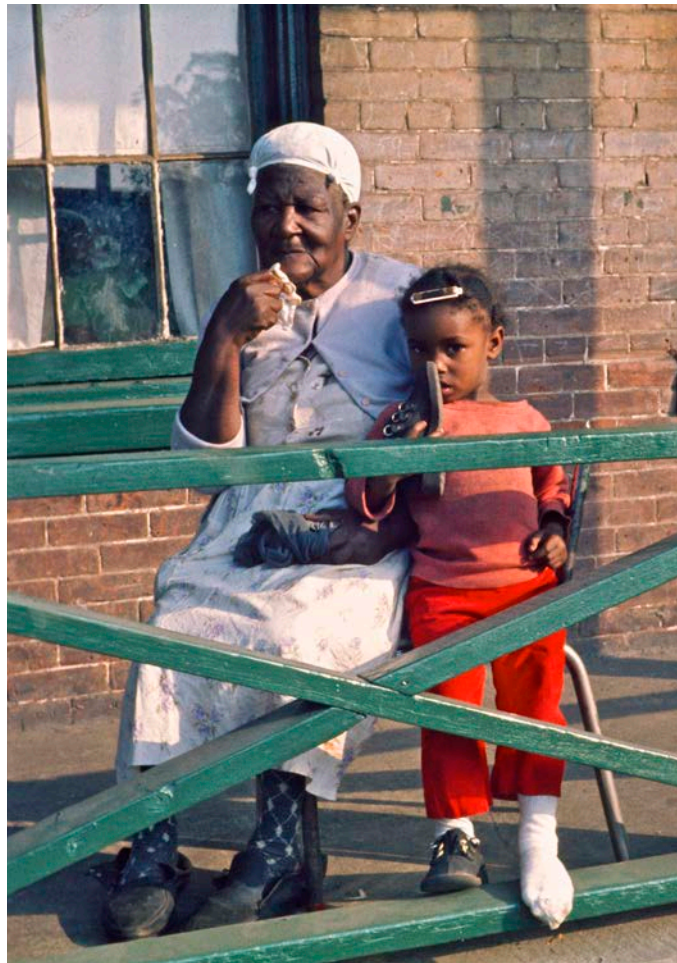
1974 - Jersey City, NJ



1973 - rural Wendell, NC



1975 - Notasulga, AL



1974 - Norfolk, VA



1973 - Greensboro, NC



1974 - Washington, NC

Por lo tanto, la abuela tiene que ocuparse de ellos. Los estudiantes negros, capaces de salir adelante a pesar de la peor opresión desde las subastas de esclavos, suelen decirme que la abuela fue su ángel salvador.

*Las manos de la abuela
aplaudían en la iglesia el domingo por la mañana.
Las manos de la abuela
tocaban muy bien la pandereta.
Las manos de la abuela solían emitir una advertencia,
ella decía, Billy no corras tan rápido,
podrías caer en un trozo de vidrio -
podría haber serpientes en esa hierba.
Las manos de la abuela
calmaban a las madres solteras locales...*



1975 - Waynesboro, GA



1978 - Bullock County, AL



1974 - Palm Beach, FL



1974 - Palm Beach, FL



Prison transport, Palm Beach FL



11973 - Prisión de Angola, Tunica, LA

Incluso bajo la opresión más desesperada, la gente tiene una capacidad inconquistable para sobrevivir, por lo que el concepto de familia extensa como unidad de supervivencia se ha convertido a menudo en el último medio desesperado de la familia negra para superar los efectos de una sociedad brutal. Pero mientras que el concepto en África significaba una familia estrechamente conectada que vivía en la misma aldea, en Estados Unidos ha significado el desarraigo brutal y la separación forzosa de los miembros de la familia a través de grandes distancias físicas.

Cuando los liberales excusan la destrucción de la familia negra hablando con simpatía de que es una "herencia de la esclavitud" -como si la familia por sí sola, sin razón alguna, hubiera tenido que cargar con este legado de generación en generación- es para culpar a un sistema malvado que existió hace 100 años y así poder sentirse libres de responsabilidad. Lo que vi una y otra vez no fue una herencia negra de la esclavitud, sino la herencia de la sociedad de la esclavitud. Cuando todo el sistema en el que viven apenas se distingue de la esclavitud (y se percibe como tal), está claro que la herencia de la esclavitud se impone a la familia negra. Muchos de los padres desaparecidos de estos niños han construido a lo largo del tiempo las carreteras del sur en bandas de cadenas. Hoy en día no hay cadenas ya que los sabuesos y las metralletas son mucho más eficaces. Siguiendo a algunos de los camiones de la prisión, descubrí que, entre otras cosas, los trabajadores de la prisión limpian alrededor de las mansiones y las playas privadas de las personas más ricas del mundo en Palm Beach. Uno de ellos es Trump que como presidente con la mayor rebaja de impuestos de la historia ayudó a que los multimillonarios pagaran menos impuestos que la clase trabajadora.

Trabajar aquí bajo las armas de los capataces blancos difícilmente puede ser percibido por la conciencia negra como algo más que una continuación directa del trabajo esclavo que antiguamente se realizaba alrededor de las grandes casas de las plantaciones blancas. Al igual que los esclavos encontraban justificado robar para sobrevivir a las penurias que se les imponían, muchos de los presos de hoy justifican el crimen como algo necesario para sobrevivir a la pobreza que estos millonarios blancos les han impuesto. La activa lucha de clases inversa de los ricos ha supuesto una redistribución regresiva del dinero de los pobres a los ricos, alejándose de la relativa igualdad económica de la que fui testigo en los años 70. Cuando es un hecho que los negros de toda América reciben sentencias mucho más largas que los blancos por delitos similares, la percepción de la esclavitud se convierte en una realidad concreta. Los negros a menudo reciben una condena de por vida por cargos de los que los blancos habrían sido absueltos. Los muchos miles de personas que sufren este legado forzoso de la esclavitud pueden llamarse, en cierto modo, nuestros presos políticos.



1974 - Palm Beach, FL



Cuadro histórico de las bandas de cadenas



1974 - Palm Beach, FL



1974 - Palm Beach, FL

La mayoría de mis amigos de este libro se encuentran hoy en una situación relativamente peor que cuando los conocí. Pero aquí, en Palm Beach y Miami Beach, con las familias más ricas de Estados Unidos, hay gente a la que los recortes fiscales de Reagan, Bush y Trump hicieron aún más rica. Hasta hace unos años, los negros (aparte de los sirvientes) no podían poner un pie aquí, y a menudo son arrestados si lo hacen. De vez en cuando, sin embargo, un mendigo entra y recibe un centavo de los multimillonarios. También es aquí donde los presidentes de Estados Unidos juegan al golf en algunos de los mejores campos del mundo y utilizan caddies negros, a los que pagan menos de 5 ó 6 dólares la hora. Y es aquí donde estos trabajadores negros esclavos pueden ver a los millonarios blancos bajando de sus Rolls Royce para leer las últimas cotizaciones de Wall Street.



1974 Palm Beach, FL - Un mendigo entre millonarios

Sin embargo, también encontré a un millonario de izquierdas, Bill Gandall, con el que pasé unos días divertidos y que me prestó su Mercedes para que pudiera seguir a los esclavos de la cárcel en este infierno del dinero. Si utilizas a los presos para que trabajen para ti, por supuesto también debes tener a la policía a tu lado. Cuando has matado el amor y la confianza en la sociedad, todas las cámaras de televisión y los equipos de vigilancia electrónica del mundo no son suficientes. Sería horrible que secuestraran a tus hijos; mejor encerrarlos en un mundo frío y aislado, como Tania y su hermana aquí, y que una niñera cubana los cuide. Y para los ocupados padres de carrera, probablemente sea más prudente convertirlos en esclavos de la televisión que dejarlos ver el mundo exterior, donde, a pocos kilómetros, viven Linda y su familia.



1974 - La Crosse, FL



1974 - La Crosse, FL



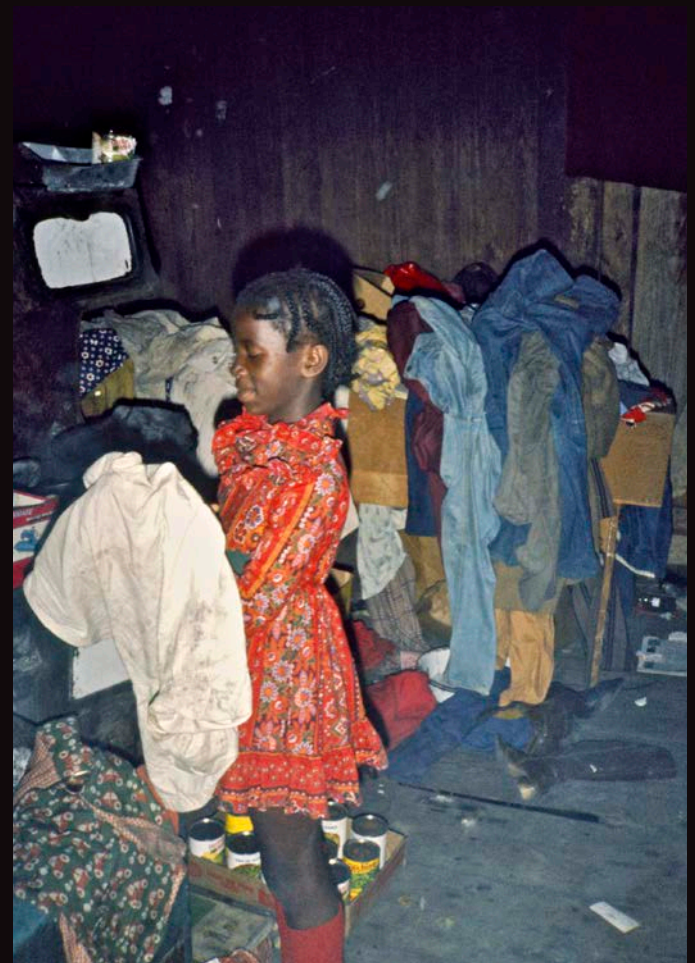
1972 - Miami Beach, FL



1974 - Palm Beach, FL con Bill Gandall



1974 - Miami Beach, FL



1974 - La Crosse, FL



1974 - Miami Beach, FL



1974 - Miami Beach, FL



1974 - La Crosse, FL



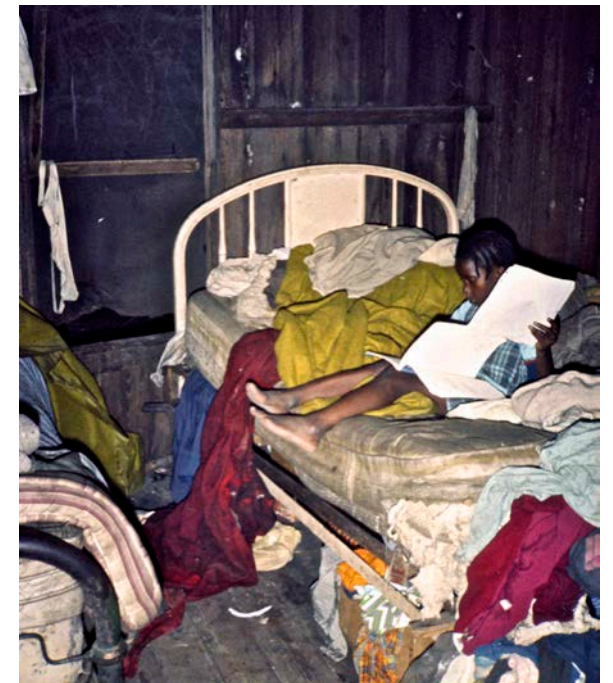
1974 - Miami Beach, FL



1974 - La Crosse, FL



1974 - La Crosse, FL



1974 - La Crosse, FL



1974 - La Crosse, FL

Linda vivía no muy lejos de Disney World, pero no debería decirlo muy alto ya que nunca ha tenido dinero para ir allí. Tan pobres eran en casa de Linda que rara vez tenían luz antes de que me mudara con ellos. Llevaba un poco de dinero millonario para poder comprar queroseno para su vieja lámpara. Fue un día de júbilo para la familia. El padre de Linda trabajaba desde primera hora de la mañana hasta última hora de la noche cuidando vacas para un terrateniente blanco y, después de una caminata de tres millas, a menudo con los pies descalzos, no llegaba a casa antes de las 10 de la noche. Pero esta noche quisimos deleitarle con una sorpresa, y cuando le vimos llegar en la oscuridad, Linda salió corriendo y saltó a sus brazos gritando: "Papá, papá, tenemos un regalo... ¿ves? ¿Lo ves? La luz. Tenemos luz".

Después, Linda y su hermano bailaron fuera bajo el resplandor de la lámpara. Era tal la alegría por esa luz que me calentó inmensamente, sobre todo justo después de mi experiencia en una sucesión de fríos hogares millonarios. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, no encontré mucho por lo que alegrarme. La comida tenía que cocinarse siempre sobre un fuego exterior, y la madre de Linda sólo podía sentarse inmóvil todo el día en la misma silla debido a la dolorosa enfermedad que padecía. Linda tenía que hacer sus deberes antes de la puesta de sol, pero a veces la veía leer a la luz de la luna. A menudo, pasaban horas mientras me leía en la cama.

Linda fue sin duda mi experiencia más brillante y alentadora en Estados Unidos. Llegué a su familia en un momento en que estaba profundamente deprimido y desanimado después de meses de viajar por la pobreza del sur negro, que me parecía más destructiva y deshumanizadora que cualquier otra pobreza del mundo. Miré a Linda y me pregunté por qué no había sido sometida en espíritu y cuerpo como tantos otros niños negros pobres que había conocido en la clase baja. ¿Qué era lo que permitía a su familia permanecer unida en medio de esta existencia inhumana? ¿Y por qué se tenían un amor más profundo que el que había encontrado en cualquier otro hogar de Estados Unidos?

Estar en la casa de Linda fue como entrar en una película de Hollywood que romantiza la pobreza. Mientras que la pobreza en todos los lugares de Estados Unidos es espantosa y da un rostro repulsivo tanto a las personas como a su entorno, aquí había dejado sobrevivir al amor. Esa experiencia, encontrar el amor en medio de un mundo de fealdad, fue tan indescriptible y chocante que me sentí totalmente abrumada.



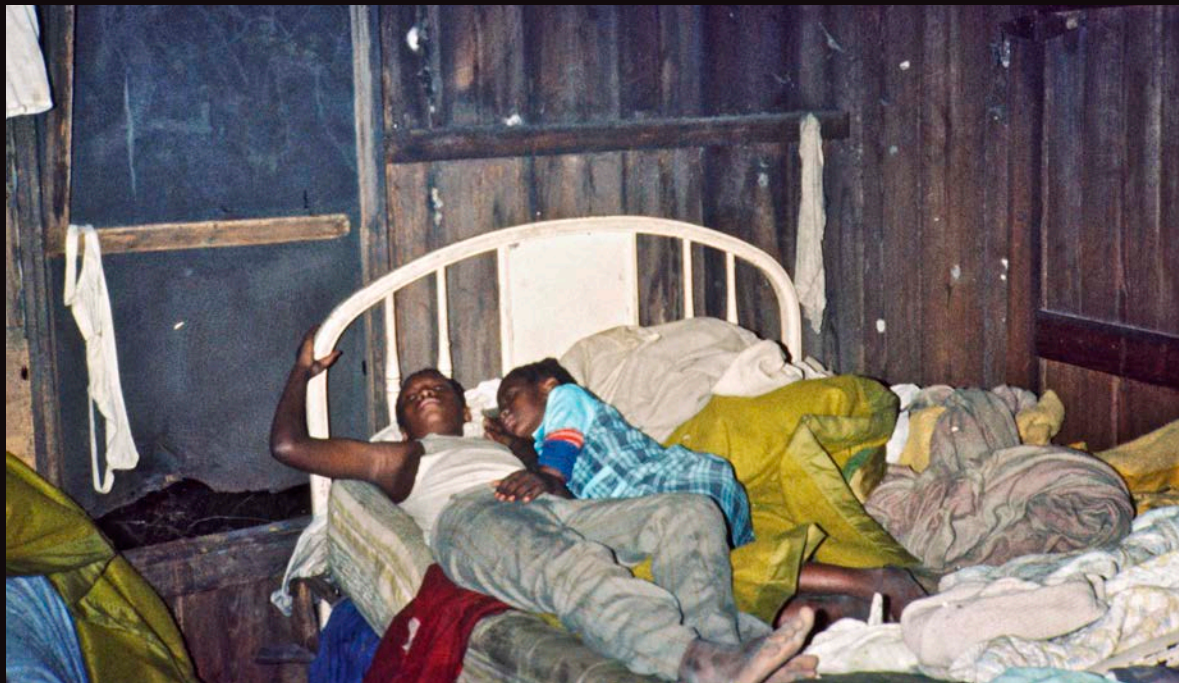
1974 - Miami Beach, FL



1974 - La Crosse, FL



1974 - La Crosse, FL



1974 - La Crosse, FL



Miami Beach



1974 - La Crosse, FL



1974 - La Crosse, FL

*Ahora que hemos encontrado el amor
¿qué vamos a hacer con él?
Vamos a darle una oportunidad
dejemos que controle nuestro destino.
Nos lo debemos a nosotros mismos
vivir felices eternamente.*

*Oh, el amor es lo que hemos estado esperando
y el amor es lo que hemos estado buscando.
Ahora que lo tengo aquí en mi mano
voy a esparcirlo por toda la tierra.*

*Ahora que hemos encontrado el amor
¿qué vamos a hacer con él?
Vamos a perdonar y olvidar
que ningún pensamiento sea tu enemigo.
Nunca me sentí tan bien
soy tan feliz, feliz, feliz
como un hombre puede ser.
El amor es lo que hemos estado esperando,
el amor es lo que hemos estado esperando.
Ahora que lo tengo aquí en mi mano
Voy a esparcirlo por toda la tierra...*



1974 - La Crosse, FL



1974 - La Crosse, FL



1975 - Troy, AL



1974 - La Crosse, FL

Intermedio

Comprender...

Las raíces del odio blanco

En mis años de vagabundeo, no podía entender ni siquiera ver el odio blanco, pero veía y fotografiaba su rastro de destrucción por todas partes. Por la misma razón, mi pensamiento interior era abrumadoramente negativo hacia los blancos odiosos, como el Ku Klux Klan, que de este modo nunca se abrió a mí. Lo único que podía ver eran sus carteles, que se levantaban en lo alto sobre barras de acero, ya que los negros los quemaban continuamente.

Sin embargo, armado con el amor que recibí de los estudiantes a lo largo de 30 años de talleres -mostrándoles la destrucción que causaba su “inocente” racismo, mientras ellos a su vez me abrían sus corazones, revelando el dolor que había detrás-, de repente, tras el 11-S, todo empezó a afectar a mi relación con un grupo que había sido invisible para mí. Ahora venían de todas partes y me llevaban de la mano para mostrarme su mundo de dolor. Aquí están las historias de algunos de mis nuevos amigos.



¿Podemos amar al Ku Klux Klan?

¿Amarlos? Durante 25 años, en las universidades norteamericanas había pronunciado una retórica vacía sobre la aceptación del Ku Klux Klan -que no siempre es fácil para los estudiantes negros y judíos-, pero nunca había pensado en pasar de las palabras a los hechos, en “cumplir la palabra”. Como siempre, necesitamos una ayuda para integrarnos con aquellos a los que tememos o despreciamos, pues ¿cómo podría “abrazar” sin unirse? O, como suelo bromear, “¿Cómo me convertí en miembro del carnet del Klan?”.

He aquí cómo, para un declarado “antirracista”, sucedió lo impensable. La televisión danesa quería hacer una película sobre mi trabajo en Estados Unidos y tuvo la loca idea de ponerme cara a cara con Jeff Berry, el mayor y más odioso líder del Klan de Estados Unidos. “De acuerdo conmigo si estoy libre. He tratado con muchos estudiantes racistas, y no puedo imaginarme que un líder del Klan pueda ser peor”, dije. Pero el día que íbamos a volar a la sede del Klan en Indiana, una conferencia en Maine había sido trasladada por la nieve. Así que, en su lugar, prepararon la cámara en Nueva York y dijeron: “Dile algo al líder del Klan que podamos mostrarle”. ¿Qué le dices a un líder del Klan cuando estás rodeado de negros y judíos en Nueva York? Empecé a hablarle de todos los pobres “niños del dolor” blancos que había recogido a lo largo de los años, que me habían contado interminables palizas en la infancia o abusos sexuales, y cómo habían crecido para unirse al Klan o a grupos similares. Y cómo sus historias de maltrato parecían tan similares a lo que yo había visto en muchos negros de clase baja. Para burlarse del líder del Klan, incluso tuve la audacia de comparar a los negros enfadados del gueto con el Klan, “y por eso siento la misma compasión por ustedes en el Klan que por mis amigos negros”. Cuando vio el vídeo, se emocionó hasta las lágrimas, e inmediatamente me envió una invitación abierta. (Su mujer me dijo después que había tocado, de lleno, las capas más profundas del dolor de su infancia de abusos).

Normalmente tenía conferencias universitarias todos los días y no tenía tiempo para reunirme con él. Pero al año siguiente, mi agente de conferencias, Muwakkil, me debía tanto dinero que lo despedí (por un tiempo), y él canceló 41 conferencias en venganza. Recuerdo el alivio que sentí al tener toda esta libertad para reunirme con personas reales en lugar de dar conferencias a los estudiantes sobre ellas. Llamé a Muwakkil, que es negro, y me burlé: “Vale, entonces me uniré al Klan para que pagues”.

Mientras tanto, Jeff Berry había sido condenado (al principio) a 30 años de prisión, así que ¿cómo iba a tomarme

unas vacaciones significativas? Bueno, me mudé con su esposa, Pamela, que ahora funcionaba como líder del Klan. Cuando vi que su cama estaba tan desordenada como las de otros blancos pobres -tarjetas de afiliación por todas partes- la ayudé a limpiar y, para divertirme, le pregunté: “Si me escribo en una de esas tarjetas, ¿me convertiré en miembro del Klan?”. Para mi sorpresa, estalló con entusiasmo: “Sí, por favor, hazlo”. Nunca hemos tenido un antirracista como miembro. Significaría mucho para nosotros”. Y al día siguiente, llamó con orgullo a su marido para contarle que ahora habían reclutado a un antirracista. Una vez más, había aprendido lo fácil que es unirse o integrarse en cualquier grupo cuando te acercas a ellos con empatía y amor en lugar de con antagonismo u odio. Pero, ¿podría cambiarlos ahora que ya no era una fotógrafa observadora pasiva sino una activista antirracista comprometida?

Lo que aprendí viviendo con el Ku Klux Klan de forma intermitente durante los años siguientes pertenece a otro libro. He aquí algunos de los aspectos más destacados. Realicé largas entrevistas en vídeo con Pamela sobre los abusos sexuales que había sufrido de niña, y ella relató cómo Jeff había soportado unas palizas tan terribles en su “familia disfuncional” que se escapó de casa de pequeño y vivió desde entonces en la calle como “buscavidas”. En la cárcel, Jeff me contó cómo su madre, adicta a la heroína y



2002 - Butler, IN. Ayudando a Pamela a limpiar el desorden



2002 - Mi primera cena de domingo con el Gran Dragón Jean y Dennis

prostituta, lo había abandonado y no lo había querido. “Pero hoy es una buena señora después de que un cliente negro se casara con ella y la salvara de todos esos abusos. Quiero a mi padrastro por ello”. Pamela seguía diciéndome que no había odio en Jeff: “Tiene muchos amigos negros... Sólo no me gusta cuando habla con odio de los maricones en nuestros mítines. Todavía me siento profundamente herido por la pérdida de mi mejor amiga, una mujer negra, cuando me uní al Klan”. Todos en el Klan me querían y empezaron a invitar a los Grandes Dragones de otros estados a cenar los domingos con “nuestro nuevo miembro antirracista”. Al entrevistarlos, encontré el mismo patrón de abuso profundo en la infancia. Un año después de mi cena con la Gran Dragón Jean y su guardaespaldas oficial, Dennis (Dennis estaba muy orgulloso de ser guardaespaldas de su propia esposa), fui a visitarlos a su pobre casa en Illinois. Cuando me vio, salió corriendo a abrazarme. “Jacob, Jacob, me alegro mucho de volver a verte. Dennis acaba de morir de un ataque al corazón. Ahora soy una mujer libre”. Me arrastró hasta su dormitorio y se desnudó completamente para mí. Es cierto que me había sacado una foto el año anterior pidiéndole matrimonio a Pamela, de rodillas, con rosas rojas en la mano



2005 - El Gran Dragón Jean fuera de su casa



La nieta del líder del Ku Klux Klan se ve envuelta en los símbolos del odio

y vestida con un traje del Klan, representando mi filosofía de “ir a la cama con el enemigo”, pero aún así me sorprendió. Por suerte, ella sólo quería mostrarme cómo sus pechos, sus genitales y todo su cuerpo estaban ahora cubiertos de tatuajes. Para ella, eso era “ser una mujer libre” ahora que Dennis había muerto. ¿Por qué? Tengo largas cintas de entrevistas con él sobre las crueles palizas que recibió de niño de un violento padrastro borracho cubierto de tatuajes. Y ese brazo tatuado que le golpeaba sin cesar había sido una pesadilla tan grande que se negaba a que Jean se tatuara. “Pero entiende, Jacob, que no eres una verdadera mujer del Klan a menos que lleves con orgullo las insignias del Klan en tus partes más privadas”, declaró Jean. Ella era la costurera oficial de las coloridas túnicas del Klan y quería hacerme una “por sólo 80 dólares debido a nuestra larga amistad”. Los llamaba “trajes de payaso”, lo que siempre les hacía gracia, ya que sabían muy bien que lo único que hace el KKK hoy en día es hacer el payaso para el resto de nosotros con estos trajes históricos en un intento desesperado de llamar un poco la atención. Que se vistieran con las plumas prestadas del odio también lo sentí cuando sus dos loros me mantuvieron despierto toda la noche gritando: “¡Poder blanco!”. No los escuché como gritos de racismo, sino como dos pájaros profundamente oprimidos que toda su vida se habían posado junto al contestador automático y habían interiorizado su mensaje, que pronto escuché como “poder de la pobre basura blanca”, un grito de ayuda de un grupo de estadounidenses profundamente condenado al ostracismo que nunca se ha sentido de manera significativa parte de la estructura de poder blanco de la que se benefician otros blancos. Cuando vi a mis ingenuos amigos del Ku Klux Klan engañados al creer que Trump, un multimillonario, los salvaría, comprendí lo abusados y explotados que están.



Los loros hablando el lenguaje sucio del odio

Vi muchos ejemplos de cómo se sienten heridos y desconcertados cuando les llamamos odiosos. No dejaban de advertirme sobre la posibilidad de ir a visitar a Wally, un nazi que se había casado con la hija del líder del Ku Klux Klan, Tania, “porque los nazis están llenos de odio” (a diferencia de nosotros). Una vez más, veo esta tendencia, cómo los humanos necesitamos ver a algunas personas como peores que nosotros mismos para mantenernos moralmente alejados y justificar nuestro propio pensamiento racista inocente percibido. Sin embargo, tras una sola noche de conversación con Wally, descubrí el dolor de su vida. Me contó que había estado felizmente casado en Nueva York, pero que un día vio cómo su mujer y su hija, atrapadas en el fuego cruzado entre bandas callejeras negras, eran asesinadas por balas perdidas. Se volvió loco y se unió a los nazis. Poco después, vio al líder del Ku Klux Klan y a su



2003 - Amor entre un nazi y un KKK

le veía sentarse y leerle libros infantiles, y a lo largo de los años vi cómo entraba en el instituto y se convertía en una mujer cálida y sana, a diferencia de tantas del Klan, que habían sufrido abusos o habían crecido sin amor.

Mi larga y continuada amistad con el Klan me dio la oportunidad de ponerlos a prueba, al igual que estoy seguro de que ellos me pusieron a prueba a mí. Les puse a prueba sobre sus sentimientos hacia los negros, los inmigrantes, los musulmanes, los homosexuales, los judíos, etc. Musulmanes: “Gente buena y temerosa de Dios” (bueno, eso era antes de que Trump popularizara la islamofobia). Solo los homosexuales eran vilipendiados por algunos, como Jeff, pero cuando cambiaba la pregunta a “¿Qué dirías si tu propio hijo fuera gay?”, solían decir: “Oh, entonces los querría como a mis otros hijos”, una respuesta que no obtuve de la mayoría de los republicanos de entonces. En algunos temas, como la pena capital, estaban más a la izquierda que la mayoría de los estadounidenses. Lo más antisemita que escuché fue de Jean. Un día me preguntó si creía en el Holocausto. Intuí que había leído algunos de los descabellados desmentidos del Holocausto en Internet y le di un largo sermón. Se sintió claramente aliviada al escuchar mi respuesta y desde entonces me llamaban “el profesor”, lo que decía más sobre su propia baja educación que sobre mí, que abandoné el instituto.

Cuando empecé a dar una conferencia en Dinamarca sobre cómo veía menos odio en el Ku Klux Klan que en los daneses y sus actitudes hacia los inmigrantes, una mujer negra enfadada se levantó y dijo: “Jacob, mi madre me llevó a ver American Pictures cuando tenía 14 años, y tú fuiste mi gran héroe entonces. Iba por ahí con una camiseta que decía “Bombardear al Klan”. Pero ahora debo decir que



2003 - Wally mientras que él al pesar de Jeff había tomado el KKK para difundir el odio

hija en el programa de Jerry Springer, se enamoró de ella y condujo hasta Indiana para pedirle matrimonio. Estando casado con Tania fue como, según mis amigos del Klan, “conseguimos que un nazi de mierda entrara en nuestro orgulloso Klan”, lo que les hizo sentirse profundamente avergonzados. Jeff me dijo en la cárcel lo enfurecido que estaba porque en su ausencia Wally y Tania se habían hecho cargo de la emisora de radio del Klan “para que todos los americanos piensen ahora que nos dedicamos al odio, no a la justicia y a los derechos civiles de los blancos”. Tomé muchas fotos de Wally aclamando a Hitler con su nueva hija, Kathrin, pero no me preocupé de que le lavaran el cerebro para convertirla en una racista despiadada porque vi lo mimada que estaba por el amor de sus padres. Wally tenía tanto miedo de perder a su nueva hija que se negaba a trabajar, pasando todo su tiempo con Kathrin. Día tras día



2002 - La nieta del líder del Klan recibiendo clases



2003 - Amor entre blancos y negros en el Ku Klux Klan



Jeff es el único líder del KKK que ha marchado en Manhattan, como se ve aquí.



Así que, ¿por qué no intentar apaciguar a un líder del Klan tan provocador?

estás loco”. A esta mujer, Rikke Marrot, que ahora tiene 34 años, le dije: “Puedo oír que tienes algunos prejuicios contra el Klan, y como sabes por mi conferencia, si tienes prejuicios contra alguien, solo hay una cosa que puedes hacer: curar tu odio acercándote a ellos para verlos como seres humanos. ¿Por qué no vienes conmigo a América y te mudas con el Klan? Entonces podrás bombardearlos todo lo que quieras. Me encanta hacer esas fotos”. Rikke pidió una licencia por enfermedad en su trabajo de modelo para venir conmigo. Era mi oportunidad de ponerla a ella y al Klan a prueba. Sabía lo que iba a pasar; acabaron amándose, y ella escribió más tarde un libro sobre cómo, siendo negra, no encontraba ningún odio en el Klan, al menos no tanto como en los daneses. Me encantaba grabar vídeos cuando entretenía al Klan hablando de cómo su “familia negra mató a cientos de blancos”. Aunque decía que había sido su tribu maasai durante el levantamiento Mau Mau, el inculto Klan sólo lo entendía en un contexto americano de blanco y negro y se sentaba sin palabras para admirar a la valiente guerrera negra que había entrado en sus vidas. “Quiero conocer a nuestro nuevo miembro negro para poder impresionar a los 5.000 negros que me rodean aquí en la prisión”, dijo Jeff Berry. Así que pasamos 11 horas conduciendo hasta la prisión sólo para descubrir que no dejaban entrar a Rikke. Pam y Rikke se abrazaron entre lágrimas de decepción. Cuando Rikke vio el profundo amor entre Pam y Jeff, decidió hacer algo al respecto conmigo.

He aquí por qué es importante mudarse con quienes tienes prejuicios. Si no hubiera vivido con Pamela, no habría escuchado una conversación telefónica entre ella y un vecino durante la cual me di cuenta de repente de que Jeff era inocente del delito por el que estaba en prisión. En

realidad era su propio hijo violento, siempre metido en peleas de bar, quien había amenazado a alguien con una pistola mientras discutía con unos periodistas hostiles. No habría pasado nada si mis amigos del Southern Poverty Law Center no se hubieran enterado finalmente. Hacen un trabajo admirable vigilando a todos los grupos de odio de Estados Unidos, un trabajo que yo apoyaba desde hace tiempo. Acusaron al hijo de Jeff de “intento de secuestro”, pero Jeff no podía enfrentarse a la perspectiva de que su hijo fuera a la cárcel, así que confesó el crimen. Y cuando eres un líder del Ku Klux Klan en Estados Unidos, puedes ser condenado fácilmente a hasta 30 años de prisión, aunque no hubiera testigos, nadie resultara herido y Jeff nunca hubiera sido condenado por un delito violento.

Cuando Rikke y yo supimos que estaba en la cárcel por amor y no por odio, junto con su abogado negro, montamos una enorme defensa para él. Corrimos a los abogados y a los jueces y a los periódicos locales, y yo empecé a escribir alegatos de defensa en Internet, llamando a uno “Romeo y Julieta con capucha del Klan”. Todo el tiempo bromeaba con Rikke: “Oye, pensé que habías venido a bombardear al Klan, no a liberar a su líder”.

Nuestros esfuerzos combinados tuvieron éxito, y Jeff fue liberado. Profundamente agradecido por su salvador “antirracista”, me llevó a conocer a todos sus pobres amigos locales. Lamentablemente, había perdido su trabajo y como en mis visitas a la cárcel le había contado cómo dejaba que los traficantes negros que conocía en los guetos vendieran mi libro como alternativa a la venta de drogas, me dijo: “Jacob, ¿no puedo vender yo también tu libro?”. Y así fue como conseguí que el mayor líder del Ku Klux Klan de Estados Unidos se paseara vendiendo mi libro antirracista.

Se rió tanto como yo de la ironía, pero ¿por qué no, nos preguntamos, unirnos a las criaturas que Dios nos envía para ganar un poco de dinero y divertirnos un poco? Y cuando vi que el primitivo sitio web del Klan había sido totalmente descuidado durante la ausencia de Jeff, obtuve su permiso para ser el webmaster oficial del Klan y tener vía libre para cambiarlo. Para mi sorpresa, apenas encontré odio que tuviera que echar (sólo hacia los pedófilos). Ahora entendía el trasfondo de esto, así que dejé que se lo quedaran porque todos tenemos la necesidad de odiar algo cuando nos duele. Como les dije a mis amigos negros y judíos: “Ahora me tenéis como garantía de que no habrá nada racista o antisemita en la página web del Klan”. Sólo se consigue tal poder sobre el Ku Klux Klan dándoles poder con amor y afecto. Si los atacas con odio y prejuicios, sólo empeorarán para estar a la altura del papel de “malos”, la

atención negativa que siempre buscaron en su profundo odio a sí mismos”. Parecía que ahora no podía hacer nada malo, y el Klan empezó a organizar fiestas salvajes para mí cada vez que pasaba por el circuito de conferencias, normalmente trayendo conmigo a activistas antirracistas muy educados para ayudarles a salir de su odio ciego hacia el KKK. No era difícil cuando a veces nos recibía el líder del Klan con un “Oh, maldito Jacob, ¿por qué has venido tan tarde? Te habría encantado la fiesta salvaje que tuvimos anoche. Tuvimos a muchos de tus amigos negros y mexicanos de fiesta con nosotros, incluso vinieron algunos de los amish locales...” Por último, gracias a nuestra larga amistad, quise poner a Jeff a prueba llevándolo por América para que conociera a todos mis viejos amigos negros mencionados en este

American Knights of the Ku Klux Klan

National Office
American Knights
Po Box 62 Garrett, IN 46738

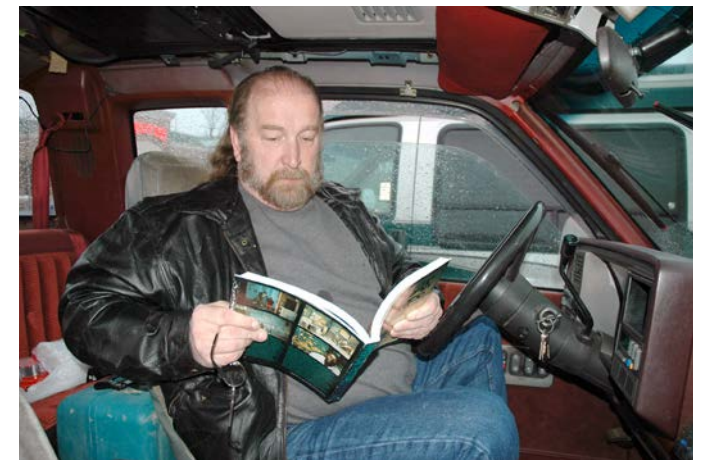
Rev. Jeffery L. Berry
National Imperial Wizard

Be A Man
Join The KLAN

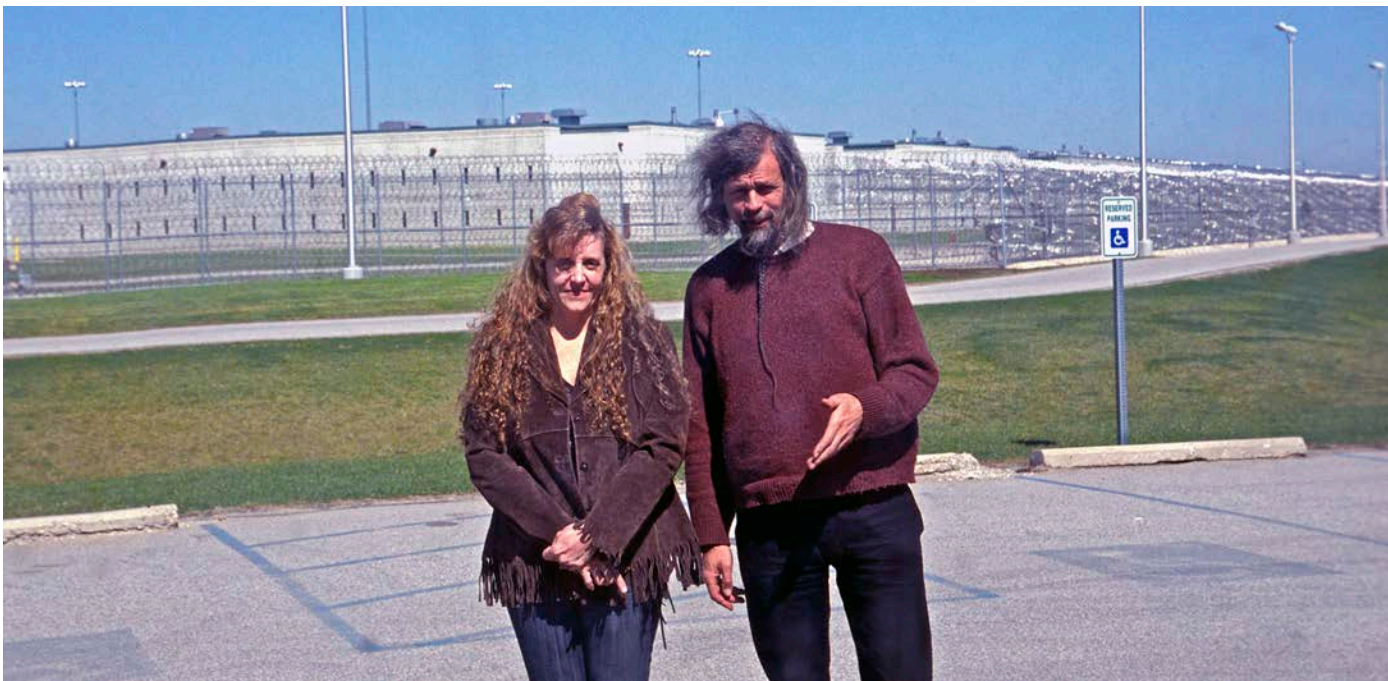
Equal Rights For All - Special Rights For None - Rev. Jeffery L. Berry

What we are about Making your life count What the Klan Believes Application
Realms Jesus Christ is the light of the world Why We Light The Cross
Remembrances to Joe Dear Mommy Look for sex offenders in your State

Un ejemplo de mi época como diseñador oficial de la web del Ku Klux Klan



El líder del Klan en la carretera vendiendo mi libro antirracista



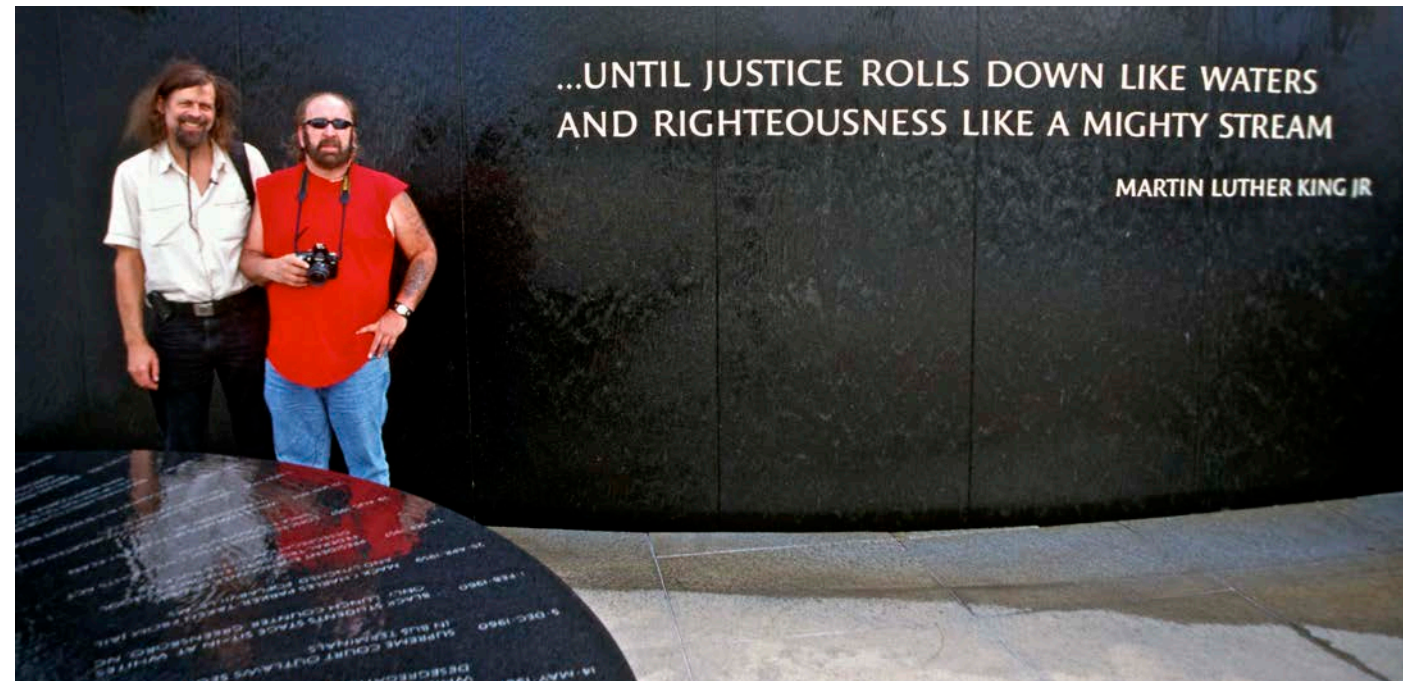
Pasamos todo un día conduciendo para ver a Jeff en la prisión donde el líder del Klan quería impresionar a sus muchos nuevos amigos negros con Rikke.

libro. Sabía cómo reaccionaría, pero invité a un reportero de la televisión danesa para que me acompañara como testigo y para que los escolares daneses dejaran de lado su interminable educación de “adorar al diablo” y empezaran a responsabilizarse del racismo que hay en ellos mismos en lugar de ver la viga en el ojo de su hermano. Sólo había un problema que no había previsto. En privado nunca había encontrado ningún racismo profundo en Jeff, pero él, como todos los miembros del Klan, sabía muy bien que si eran ellos mismos nadie seguiría cultivándolos como “la gente malvada”, el único papel en el que podían conseguir un poco de atención y fama mundial. Así que cada vez que el camarógrafo ponía su objetivo sobre Jeff, éste empezaba a soltar toda su ridícula retórica del Klan. Esto me dejó boquiabierto. Nunca había hablado así en privado o entre sus amigos del Klan. Y lo que me chocó aún más fue que ahora me obligaba a hacer el papel opuesto, jugando al gran antirracista (también para no quedar mal ante los televidentes). Ambos acabamos odiando a los medios de comunicación por vender siempre odio y división y por casi destruir nuestra amistad. En privado, a Jeff le encantaba conocer a mis amigos negros, como Mary [página 130], cuya casa fue incendiada por los racistas, y Virginia Pate [página 44], la anciana viuda con la que me había quedado en los pantanos. Y el respeto era mutuo. Cuando llegamos a Virginia Honore, [página 37] a quien yo conocía desde que tenía 16 años y habíamos coqueteado, y que se había casado con un guardia de la prisión de Angola, Jeff había estado conduciendo tanto que se había quedado dormido y estaba durmiendo la siesta en el coche. Así que, mientras estábamos sentados en el porche de la casa charlando, de repente le dije a Virginia: “Siempre te he conocido como un cristiano bondadoso capaz de perdonar a cualquiera. ¿Pero qué pasaría si un día trajera a un líder del Ku Klux Klan?”.

Ella respondió: “Sabes que lo amaré tanto como a los demás hijos de Dios. Nunca ha importado qué amigos has traído a mi choza a lo largo de los años: multimillonarios, como Anita Roddick, o los más pobres vagabundos para darles una ducha”. Dije: “Bueno, esta vez tengo conmigo al mayor y más odiado líder del Klan de Estados Unidos”. Me bajé del porche y desperté a Jeff. Sin pestañear, Virginia entró en la casa para traerle algo de comer y beber. Fue una velada inolvidable con risas y largas discusiones, durante las cuales, para mi sorpresa, estaban de acuerdo en casi todo (desde el punto de vista moral), como su oposición a los matrimonios mixtos. “Jenny”, me dijo Virginia, “ven aquí y



El líder del Klan con Virginia y Howard conocido de “Dead man walking”



Conduje 24 horas con el líder del klan para mostrarle el monumento a los Derechos Civiles en Montgomery con los 41 nombres de personas asesinadas por la violencia del Klan

escucha de boca de un miembro del Klan que está mal que salgas con tu novio blanco. Hará daño a los niños si crecen mulatos”. Y ciertamente ambos creían que nada bueno podía salir de la cárcel o de la pena capital. Virginia estaba casada con Howard, un guardia de la prisión de Angola. Una vez adoptaron a un chico de 16 años para mantenerlo alejado de la delincuencia, pero éste cometió un cruel asesinato, y ahora el trabajo de Howard era llevar a su hijo adoptivo a su ejecución. (Howard actuó como suplente en la película Dead Man Walking).

Jeff recibió una acogida cariñosa e indulgente entre todos mis amigos negros, incluso cuando lo llevé a la congregación de la antigua iglesia de chabolas de mi ex suegro en Filadelfia, MS, la ciudad famosa por el asesinato de tres trabajadores de los derechos civiles por parte del Ku Klux Klan, dramatizado en la película Mississippi Burning. Siempre he creído y practicado la unión de las personas como la mejor manera de ayudarlas a salir de sus prisiones de miedo y demonización. Ciertamente, causó una profunda y duradera impresión en un líder del Ku Klux Klan encontrarse con todo ese perdón de los negros, de la misma manera que Jeff y yo nos habíamos afectado mutuamente a través de nuestra larga amistad. Aun así, no había esperado que fuera tan fácil ayudar a un líder a salir del Klan (ese nunca había sido el propósito de mi participación), sin embargo, poco después del viaje, Jeff disolvió todo su grupo del Klan. Había estado en el KKK toda su vida. Había sido toda su identidad y su único reclamo de fama mundial, pero ya no tenía sentido para él. Lo que sucedió después me impactó. Algunos de los miembros, incluido su propio hijo, al que había salvado de la cárcel, se pusieron tan furiosos que intentaron matar a Jeff. Le golpearon tanto que estuvo en coma durante dos meses y los médicos dudaron de que

viviera. Cuando despertó, estaba ciego y discapacitado de por vida. Pero cuando vine a verles a él y a Pamela, estaban tan contentos que me dieron su propia cama. Ahora predicaba el amor en una iglesia en lugar del odio en el bosque. No vi ninguna diferencia entre el viejo Jeff y el nuevo. Simplemente, ahora tenía más sentido que buscara la atención que tanto ansiaba utilizando la luz en lugar de la oscuridad, la santa cruz en lugar de la cruz en llamas. El profundo amor que había en su interior, desde el abuso que había sufrido en la infancia, había estado tan paralizado y aprisionado que nosotros, al mirarlo desde fuera, lo habíamos confundido con el odio.



Con Jeff, ahora paralizado y ciego de por vida.

Comprender las raíces del odio a los blancos 2 :

El amor disfrazado de odio

En los libros sobre el KKK, se describe a Robert Moore como uno de los más peligrosos Grandes Dragones de Estados Unidos. Amenazó con que “sus miembros del Klan abrirían fuego para masacrar a los contramanifestantes si se atrevían a oponerse” a sus mítines, “y Dios no lo permita si hay niños allí”. Reconozco que un lenguaje tan incendiario puede ser peligroso para las almas débiles, así que cuando conocí a Robert en una fiesta en la sede del Ku Klux Klan, sentí curiosidad por saber de qué estaba hecho. Ciertamente, este hombre pequeño, gordo, tímido y taciturno podía dar miedo con todos sus odiosos tatuajes, pero, pensé, nunca hay que juzgar a la gente por sus apariencias; hay que ver lo que guardan en sus corazones (a pesar de todas esas capas de grasa cervicera). Tuve mi oportunidad mientras bebíamos. Me preguntó si podía conducir conmigo hasta Mississippi, ya que yo iba a Nueva Orleans. “¿Por qué quieres ir allí?” le pregunté. Me sorprendió, ya que vivía en Carolina del Norte y ni siquiera podía permitirse un billete de autobús para volver a casa. No quiso responder delante de otros miembros del Klan. (En el Klan no se alardea de los actos de amor). Pero después de haber bebido mucha cerveza, se soltó y me contó su historia en voz baja.

Esta es la versión corta. Antiguo camionero, había estado en el Klan toda su vida. Recientemente, había tenido varias operaciones de corazón peligrosas, después de las cuales

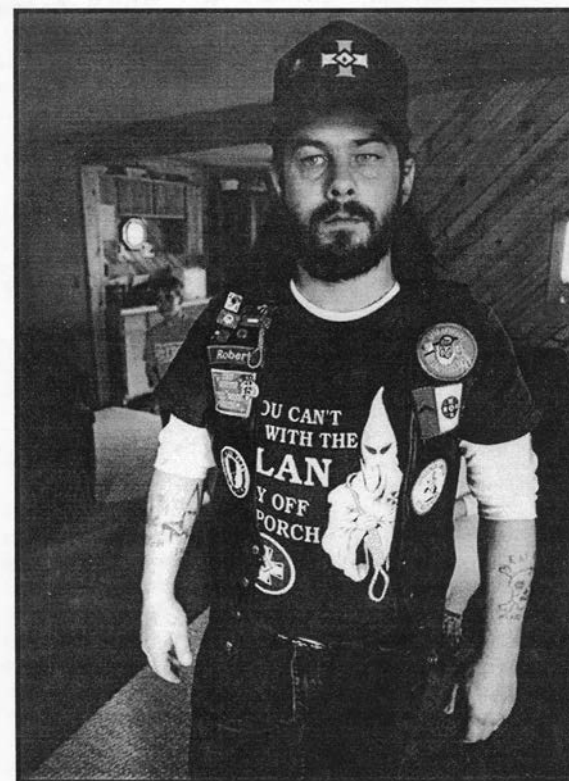
los médicos le prohibieron volver a trabajar. Se puso en la discapacidad, que no paga nada en los EE.UU.. Así que ahora era un pobre de mierda en Lexington, Carolina del Norte, y dormía en el sofá de su primera ex mujer (tenía cuatro).

Un día vio en la televisión cómo miles de negros se habían ahogado durante el huracán Katrina. Se sintió tan conmovido que pidió dinero prestado a unos amigos para un billete de autobús a Mississippi. Durante dos meses ayudó a los negros a reconstruir sus casas, a cortar y retirar árboles caídos, etc. Fue un trabajo físico tan duro para el gordo que el líder del Ku Klux Klan le invitó a subir a la sede nacional, donde nos reunimos, para recuperarse. Pero ahora quería volver para continuar el trabajo o, como dijo tímidamente en la retórica del Klan, “para recuperar mis pertenencias, como la túnica del Klan, para poder enseñársela a mi hijo de 17 años, que acaba de salir de la cárcel”. A pesar de la advertencia del médico de que Robert se arriesgaba a morir si realizaba trabajos físicos, este miembro del Klan había ayudado a los negros a reconstruir sus vidas. Historias como éstas siempre me han inspirado. Me recuerdan que debajo de la fachada pétrea que muchos de nosotros escondemos cuando hemos sufrido la adversidad, siempre se puede encontrar, si se escarba lo suficiente, un corazón que late con bondad y amor. Me sentí tan eufórico que tuve que abrazarle una y otra vez, aunque



Robert Moore en nuestra fiesta de liberación de los dos miembros del Klan tras sus 5 años de prisión por drogas.

for the Asheville area. Later I learned he was the same Robert Moore identified by the *Intelligence Report of the Southern Poverty Law*



Robert Moore

Center as the Klansman who threatened to “massacre” counter-dem-
La forma en que Robert Moore aparece en los libros sobre el KKK



Da miedo por fuera, pero siempre hay que buscar lo que la gente contiene en su corazón



A veces es un poco difícil abrazar a mis nuevos amigos....

me resultaba difícil rodear esa barriga cervicera. Estaba tan inspirado que lo convertí en mi conductor oficial en Estados Unidos.

¿Para qué tenemos al Ku Klux Klan si no es para comprometerlo en un trabajo antirracista constructivo? Robert estaba muy orgulloso de venir conmigo a las universidades elitistas, a las que él, como pobre basura blanca, nunca había tenido acceso. Y difícilmente se puede conseguir un conductor mejor que un miembro del Ku Klux Klan. La mayor parte de su vida, desde la hora de salida del viernes hasta el lunes por la mañana, había conducido por toda América los fines de semana, yendo a esos ridículos mítines del Klan para 30 miembros impotentes en el bosque, donde sus amigos negros locales se reían de ellos (al día siguiente se iban a cazar juntos, como siempre). Podía conducir 24 horas sin dormir, mientras que yo podía dormir la siesta y leer en la cama de la parte trasera de mi furgoneta.

Robert me conmovió tanto que después me fui con él a casa. Es uno de los pocos del Klan que todavía dice “negro” y utiliza una retórica vacía como “¡defiendo mi raza!”. “Entonces, ¿por qué te acuestas en ese sofá mientras tu ex mujer se tira a un mexicano en el dormitorio que está justo detrás de ti?”. me burlé, sabiendo que los mexicanos son un poco peores para el Ku Klux Klan, ya que se alejan de los



Nancy después de haber adelgazado

trabajos del Ku Klux Klan. “Ese espaldas mojadas”, replicó, “ha sido un buen padrastro para mis hijos todos los años que los he descuidado”.

A Nancy, su ex esposa, le dijo: “Sólo te aguantó a ti y a tus 600 libras para poder obtener su tarjeta de residencia”. Ambos se rieron. Nancy afirmó que acababa de perder 400 libras, por lo que ahora podían sentarse los tres juntos en el sofá. Durante los días siguientes, confirmó en una cinta la historia que Robert ya me había contado. Durante toda su infancia, su padrastro borracho le había pegado con saña. Cuando tenía 14 años, acuchilló el estómago de su padrastro con una navaja mientras dormía. Cumplió cinco años por intento de asesinato. Cuando salió de la cárcel, conoció a Nancy y se casó con ella, pero eran tan pobres que tuvieron que compartir la choza de una habitación de su violento padrastro. “Robert era completamente salvaje”, dice Nancy. Ambos eran drogadictos, y sus dos hijos quedaron bajo la custodia de los Servicios de Protección de Menores. Prácticamente todos sus amigos eran negros, y Nancy nunca oyó a Robert pronunciar una mala palabra sobre los negros. Tampoco entendía por qué se había unido al Klan. Aunque el KKK le ayudó a salir de las drogas, ahora no quería saber nada de él y desde que se separaron sólo ha tenido novios negros y mexicanos.



Justin admirando a su padre con saludos de granizo

La hermana de Robert fue igualmente maltratada y a los 12 años cogió un cuchillo de cocina y le cortó el cuello a su padrastro. Él sobrevivió y ella fue apartada de su familia disfuncional. Sin embargo, fue el hermano mayor el que me pareció más interesante. Un ermitaño escondido en lo profundo del bosque, se sorprendió de que lo encontrara y no me dejó fotografiarlo. Llevaba toda la vida entrando y saliendo de la cárcel por quemar casas, sin importar la raza de los propietarios. Ser pirómano era su forma de quemar cruces (o de quemar su dolor).

Porque los niños maltratados de todo el mundo no acaban todos como miembros del Klan, nazis, islamistas o pandilleros. Hay mil formas diferentes de exteriorizar su rabia y sus heridas no cicatrizadas. Si no han sufrido abusos físicos, suelen ser mentales. Como dijo Hitler, lo peor no fueron las palizas de su padre, sino cuando lo humilló públicamente. Y como el pequeño Adolf no tuvo una abuela cariñosa ni un ángel salvador, acabó descargando su ira en millones de personas. Por eso es tan importante que los que tenemos “excedentes” aprendamos a ser ángeles salvadores para los que tienen “déficits”, como el hijo maltratado de nuestro vecino.

Por ejemplo, los dos hijos no queridos de Robert y Nancy, que Nancy y su marido mexicano han adoptado. El hijo mayor, Thomas, está en la cárcel por poner bombas en casas, mientras que Justin, que acaba de salir, pasó un año en prisión por robos que había cometido con sus amigos negros. “Tendría que haber estado en la cárcel mucho más tiempo”, dice Robert sobre su hijo con problemas mentales. Justin tenía 17 años cuando lo conocí, y era evidente que ansiaba el amor de su padre. Era la primera vez que lo veía: el gran líder del Klan que había regresado, al que había admirado y echado de menos toda su vida. Robert le contaba historias sobre sus “formidables batallas” como “cruzado acorazado”, y Justin fantaseaba con la idea de convertirse en un gran miembro del Ku Klux Klan, superando a su padre en “hablar de negros” y en frases despectivas, hasta tal punto que incomodaba a Robert, que se daba cuenta de que su ingenuo hijo se tomaba las frases en serio.

Así que Justin iba ahora por la escuela presumiendo de convertirse en un gran líder del Klan como su padre cuando fuera mayor. Esto no ayudaba a su popularidad: era el único niño blanco en una escuela del gueto. De hecho, ¡este hijo de un líder del Klan nunca en su vida había tenido un amigo blanco! Ya había visto ese fenómeno del Klan, especialmente en el Sur; los miembros del Klan suelen ir a escuelas con hasta un 95% de negros. Como “pobre basura blanca”, son los únicos blancos que no pueden permitirse sacar a sus hijos de las escuelas o mudarse. Esto explica otra contradicción

que había observado. La gente de todo el mundo tiende a quedarse con sus amigos de la escuela más tarde en la vida, por lo que muchos miembros del Klan terminan con muchos más amigos negros que la mayoría de los blancos. Como escribió Barack Obama en sus libros, la mayoría de los blancos de Estados Unidos no tienen ni un solo amigo negro íntimo. Sin embargo, el Ku Klux Klan no presume de estas amistades porque así la sociedad no podrá utilizarlos como chivos expiatorios, el papel de “malos” que buscan en su dolor y autodesprecio. Crecer en el lado equivocado de las vías y ser estigmatizados por nuestro pensamiento racista les da, sobre todo después de interminables palizas de padrastros borrachos en paro, una tremenda necesidad de gritar: “¡Somos tan buenos como vosotros, los blancos de los suburbios!” Y utilizan el único lenguaje que saben que hará que les hagamos caso: el lenguaje racista. Era triste sentarse con los tres en la podrida choza de Nancy “al otro lado de las vías”, rodeados de negros por todos lados. No podían permitirse comprar queroseno para la estufa del piso, así que se mantenían calientes con sus abrigos y el amor que fluía en la familia reunida, expresado sobre todo a través de los dos chicos que se burlaban de Nancy sobre su vida sexual con su novio mexicano, Pedro, a quien Robert admitió a regañadientes que ama. “Bienaventurados los mansos”, pienso siempre cuando estoy con el Klan, “porque ellos heredarán la tierra”.

He seguido a Robert a lo largo de los años y pensé que ya lo sabía todo sobre él. Me reí cuando le vi en el programa de Jerry Springer fingiendo el papel de “malo” que tan bien había aprendido. Ante cientos de espectadores llenos de odio, le dio una paliza a Justin por tener una novia negra, mientras que Justin, el hijo no tan inteligente, atacaba a su hermanastra Tania por tener un “bebé de espalda mojada” (ella lloraba en el escenario: “Pero tú le quieres tanto a él como a tu propio padrastro mexicano y sólo actúas así para conseguir el amor de tu padre”). Todos ellos habían sido pagados, conducidos en limusinas, alojados en los mejores hoteles, manipulados y coreografiados por Jerry Springer para hacer creer al mundo entero que odian a los mexicanos y a los negros en un espectáculo de gladiadores para nosotros, los verdaderos odiadores.

Bueno, diez años después Robert me pidió que lo casara con su quinta esposa, Peggy, “una buena cristiana”, hija de un ministro del norte que intentaba ser su ángel salvador. Así que conduje con un equipo de televisión danés hasta Arkansas. Había casado a parejas musulmanas y judías, así que me pareció que podría ser divertido también casar a una pareja cristiana del Ku Klux Klan. Aquí hay un extracto de mi discurso de boda, filmado delante de los sorprendidos amigos del Klan de Robert:



2015 - 10 años después de casar a Robert con su quinta esposa con simpatizantes del Klan invitados

“Queridos Robert y Peggy, Hoy nos reunimos con vuestros amigos porque vuestro matrimonio por lo civil será ahora confirmado. [...] Para vosotros dos, Robert y Peggy, ha sido un largo camino pedregoso antes de encontraros y de alguna manera salvaros. Cuando os conocí en el Klan, al contrario de lo que esperaba, no encontré odio en vuestro grupo, sino mucho amor en las personas que pronto me di cuenta que no habían tenido mucho amor en su propia infancia. [...] Espero que no te importe que lo cuente aquí, cómo fuiste brutalmente golpeado y maltratado desde los cuatro años por tu violento padrastro... y cuando tenías 14 años, le cortaste el estómago a tu padrastro con una cuchilla de afeitar y te dieron cinco años de cárcel. Y luego volvieron los problemas. Un día linchaste a un negro...”. Aquí me atraganté con mis palabras, literalmente con un profundo dolor. Porque esa misma mañana, mientras hacía footing, me caí, me rompí una costilla y me hospitalizaron. Cuando pasé con el equipo de rodaje para decirle a Robert que no estaba seguro de poder llegar a la boda esa noche y vio mi dolor y mis heridas vendadas, me dijo que había algo que quería confesarme y que nunca me había dicho. “Bueno, Jacob, tengo que aligerar mi corazón y contarte

primero que una vez linché a un negro. Comenzó en Carolina del Norte cuando abusó de una niña de cuatro años. El padre de la niña era un buen amigo de uno de nuestros miembros. Así que lo recogimos una noche en la que estábamos en una fiesta bebiendo mucha cerveza... como estamos haciendo hoy aquí. Lo llevamos a las montañas y le pusimos una soga al cuello y le preguntamos si tenía algo que decir. Dijo: “Que Dios tenga misericordia de mi alma”. Fue entonces cuando lo colgué. Se dejó caer. Y luego le corté el cuello para asegurarme de que estaba muerto”. Robert, como yo, estaba ahora visiblemente preocupado. “Tengo pesadillas”. Estaba en completo shock. “¿Las tienes?” “Sí, a veces, cuando cierro los ojos, veo a ese negro ahí balanceándose. Sí, alguien que dice que puede matar a alguien y no le molesta, bueno, está lleno de mierda. Después de todos estos años todavía me despierto como si alguien me hubiera echado agua encima. Es algo que tengo que hablar con Peggy porque me molesta. Las pesadillas vuelven y vuelven. Es algo interminable para mí”. Me quedé sin palabras y, aunque debería haberme quedado con Robert, decidí volver con el equipo de cámaras a su hotel para reflexionar sobre si podía llevar a cabo el matrimonio esa misma noche. Decidí que no podía

#214

defraudarle aunque ahora tuviéramos un doble dolor. Me tuvieron que levantar de la cama gritando con mi costilla rota. Así que aquí están los trozos del resto de mi largo discurso de boda: “... un día, Robert, viste en la televisión cómo el huracán Katrina devastó Mississippi y Luisiana, ahogando a miles de personas. Te conmovió tanto ver todo el sufrimiento y... allí trabajaste para ayudar a la gente a construir sus casas de nuevo... Un duro trabajo físico... aquí vi cómo pusiste tu propia vida en riesgo para salvar a la gente negra... Esto es lo que yo llamo ‘amor disfrazado de odio’ y es por tanto gente como tú, Robert, la que da inspiración a mi vida... Y por eso quiero terminar con una cita de San Pablo: ‘El amor es paciente, el amor es bondadoso. No tiene envidia, no se jacta, no es orgulloso... El amor no se complace en el mal, sino que se alegra con la verdad. Siempre protege, siempre confía, siempre espera, siempre persevera’”. Te pregunto, Robert, ¿quieres tener a Peggy como esposa?”. Mi discurso desató una tremenda alegría, sorpresa y alivio entre los miembros del Klan que estaban de fiesta, quienes dijeron que habían aprendido mucho sobre sí mismos. Desde entonces he seguido hablando con Robert sobre el linchamiento.

“¿Lo habrías hecho también a un pedófilo blanco?”
 “Sí, Jacob, sabes que no veo en colores”.

Hm, sin duda una respuesta convincente de un comprometido miembro del Klan. Con mis conocimientos sobre el tremendo odio del Klan hacia los pedófilos, que al parecer también es políticamente correcto en Estados Unidos, entendí su lógica. Robert cometió su crimen en 1985, cuatro años después del linchamiento de Michael Donald, oficialmente el último linchamiento registrado. Llevó a uno de los miembros del Ku Klux Klan a la silla eléctrica mientras mi viejo amigo Morris Dees conseguía que un tribunal concediera 7 millones de dólares a su madre, lo que literalmente llevó a la quiebra a los Klanes Unidos de América. Robert fue condenado a sólo 10 años de prisión, ya que no se consideró un asesinato por odio, sino el asesinato de un pedófilo. Cuando Robert salió de la cárcel en 1995, su castigo no había terminado. Sus pesadillas sobre el asesinato continuaron de forma que los psicólogos concluyen hoy que es un ejemplo clásico de TEPT. Esto me hace concluir dos cosas.

1. Cuando le conocí en 2005, se sentía demasiado avergonzado de su crimen como para contármelo, a pesar de ser honesto. 2. En el Klan ya no era políticamente correcto linchar a los negros o incluso hacerles daño, sólo exigir “justicia igual para todos” resistiendo a los programas de acción afirmativa para los negros. Como el

Klan siempre me decía entre risas: “Todo el mundo cree que todavía vamos por ahí colgando negros de los árboles”.

2. Todavía atormentado por la culpa y las pesadillas del trastorno de estrés postraumático cuando se produjo el Katrina en 2005, 10 años después de su condena, Robert debió de sentir que sólo arriesgando su propia vida para salvar vidas negras -devolviendo la vida que se llevó- podría redimirse. Al mismo tiempo, le había oído hablar a menudo de cómo se había reconciliado con su violento padrastro, al que había odiado toda su vida. Había conducido un largo camino para estar con él en su lecho de muerte, y le había dado mucho alivio y validación escuchar a su padre decir finalmente: “Lo siento”. En mis conversaciones con él y con Nancy, me di cuenta de que él mismo veía una línea directa que iba de su infancia violenta a la rabia juvenil que le convirtió primero en un drogadicto cuyos únicos amigos eran negros, y luego a su rechazo tanto de ellos como de Nancy, que terminó con el linchamiento de un hombre negro. Cuando se pasa por el terror en la infancia, nunca se es libre y, las emociones matan, se desconecta de la realidad. No me extraña que hoy vea a Robert publicar mucho sobre Jesús en Facebook. De alguna manera le veo llevando la cruz de su salvador redentor, así como las de los dos pecadores crucificados a su lado.



Cuando Robert me confesó su linchamiento de un negro

215

El amor disfrazado de odio

Durante mi largo trabajo con el Klan, nunca les vi cometer actos de violencia contra los negros, pero vi mucha violencia entre los suyos. Raine, que pertenecía a otro grupo del Ku Klux Klan, había leído lo que escribí sobre el Ku Klux Klan en mi página web y me invitó a su casa de Carolina del Norte, ya que, según me dijo, “tengo un título universitario en sociología y he estudiado a los miembros de nuestro grupo y he llegado a la misma conclusión que tú sobre su infancia maltratada.” Cuando me sirvió el café de la mañana en la cama, me habló de sus dos condenas de prisión. “¿Por qué?” le pregunté. “¿No sabías que soy una doble asesina?”. Al oír esto de la dulce mujer de 20 años que estaba a mi lado, casi escupí el café. Entonces me contó cómo, cuando tenía 14 años, se escapó de su abusivo padre racista, se convirtió en una skinhead antirracista y vivió en Los Ángeles en un garaje con unas chicas mexicanas. Un día, en defensa propia, mató a un mafioso mexicano intruso. Tras dos años en prisión y sintiéndose traicionada por los latinos, volvió a casa y, ya con 17 años, se convirtió en neonazi y disparó a un manifestante blanco antirracista, “también en defensa propia”. Entonces intervinieron “los buenos cristianos del Klan”, “enseñándome que lo importante en la vida era hacer el bien a los demás en lugar de matarlos”. La enviaron a trabajar como misionera en África durante medio año. A Raine le encantó África y quedó impresionada al ver por

primera vez cómo los niños negros eran disciplinados y tenían ganas de aprender, en total contraste “con los revoltosos niños del gueto con los que iba a la escuela en casa”. De vuelta a casa, su ascenso en el Klan fue meteórico, y se propuso convertirse en la primera mujer líder del Klan en Estados Unidos. Fue la escritora de discursos y el cerebro del líder del Klan, Virgil Griffin. También es la única miembro del Klan con estudios que he conocido. Era una feminista declarada y activista pro-homosexual, diciendo que “hay demasiada homofobia y sexismo en el Klan”. Raine me invitó a un mitin de otoño del Klan en el bosque para conocer a sus amigos, pero más tarde ese año, cuando le pregunté si podía publicar mis fotos del mitin en mi sitio web, me rogó que esperara. Al Ku Klux Klan le suele encantar que exponga a sus miembros y les dé una oportunidad de fama, que es de lo que se trata su afiliación, pero justo en ese momento ella estaba solicitando “el trabajo soñado de mi vida como consejera para criminales [negros] en nuestra prisión local”. Pero no puedes trabajar para el Estado en Carolina del Norte si eres miembro del KKK”. Entonces, ¿qué había detrás de su deseo de “hacer el bien” a los negros? Resulta que una lesión en la infancia (algo que tiene en común con muchos otros miembros del Klan). Raine había crecido en el gueto como una blanca pobre, y sus amigos del colegio eran casi exclusivamente negros.



Raine y Billy presentando su armonía de comadreja blanca y negra, pero se disculparon por llevarme a un restaurante chino, su comida favorita.



Incrustado con el Klan. Raine en 2005



La miembro del klan feminista con sus libros sobre feminismo y liberación gay

Sin embargo, nunca se le permitió llevar a sus compañeros de juego a casa debido al racismo de su padre, que lo justificaba diciendo: “Son todos criminales y drogadictos”. No estaba del todo equivocado. Los niños de los guetos no se comportan, como sabemos, como santos. Así que desde la infancia, Raine había soñado con ayudar a sus antiguos amigos a ser “mejores personas”. En África había empezado a comprender cómo la creación de guetos en Estados Unidos hacía que los negros se comportaran de la manera que tanto repugnaba a su padre. No era porque fueran “negros”. Empezó a deconstruir el racismo estadounidense, que asocia a los negros con el crimen. Así que, tras una corta formación universitaria, ahora tenía la oportunidad de ayudarles en la cárcel, donde habían acabado muchos de sus amigos negros. ¿Ve ella alguna contradicción en esto? No, “porque cuando los negros se conviertan en ‘buena gente’ como nosotros”, ya no será necesario tener al Ku Klux Klan para “proteger a la raza blanca de su crimen y sus drogas”, razonaba con bastante lógica y, sí, con cariño. Poco después, me llamó emocionada a Dinamarca: “Jacob, he conseguido el trabajo de mis sueños, así que puedes publicar tus fotos en Internet”. Medio año más tarde, vi artículos en todo Internet sobre la “brutal violación y asesinato” de Raine. Conmocionado, llamé a su marido, Billy. Me dijo que, tras muchas transfusiones de

sangre, ella había sobrevivido milagrosamente al intento de asesinato por parte de dos miembros del Klan, David Laceter y Scott Belk. El grupo del Klan no tenía nada en contra de que ella asesorara a los negros en la cárcel, pero me había advertido sobre Belk, a quien conocí una de las pocas veces que salió de prisión. Era extremadamente peligroso porque era miembro de la banda carcelaria de la Hermandad Aria, que no aprobaba que Raine estuviera del lado de las bandas negras, con las que siempre tenían peleas sangrientas. Poco después de que fotografiara a Scott, él y David irrumpieron en la casa de Raine, la violaron y le dispararon con una metralleta. Más tarde me mostró las cicatrices de la bala. David fue encarcelado como el que había “perforado a Raine con balas” y fue asesinado en prisión. Durante la larga estancia en el hospital y el juicio, Raine ya no pudo ocultar a la prisión su pertenencia al KKK y fue despedida de acuerdo con las leyes estatales. Pero la historia no ha terminado. Los presos negros se rebelaron y obligaron a la prisión a volver a contratar a su trabajadora social más popular. ¿No sabían que era miembro del KKK, preguntó la prisión? Sí, los negros lo sabían desde el principio. Las prisiones tienen un programa llamado “formación para la concienciación sobre las bandas” para ayudarles a mantenerse fuera de las bandas



Scot Belk cuando lo conocí en el mitin del Klan

cuando son liberados, lo que no es fácil con todo el control social al que están sometidos. Y en las cárceles del Sur, el KKK se considera sólo una pobre banda de blancos, que es exactamente lo que es. Un día los presos tuvieron que ver un vídeo del grupo local del Klan, y enseguida reconocieron la voluminosa figura de Raine. Esto sólo la hizo más popular entre los negros: “¡Vaya, es una pandillera como nosotros!”. Aunque los amigos de Raine en el Klan no tenían nada en contra de su trabajo en favor de los negros, ella supo que estaba en peligro cuando Belk empezó a difundir el rumor de que era “soplona del Estado”. Ella continuó su trabajo idealista de “mejorar [la situación de] los negros” a pesar de saber que ahora estaba poniendo su vida en peligro. Esto es de nuevo lo que yo llamo amor disfrazado de odio, un miembro del Klan dispuesto a arriesgar su vida para ayudar a los negros.

No puedo conocer a un asesino a sangre fría, como Scotland “Scott” Kevin Belk, sin intentar comprender su ser humano interior, y aprendí mucho más sobre él a través de sus crímenes posteriores. Fue víctima de graves abusos por parte de una madre soltera que, para mantenerlo callado, lo convirtió en drogadicto a los 8 años. De adulto, mantuvo su adicción a las drogas y en 1998, junto con una novia, a la que había enganchado a las drogas, robó 3.000 dólares



La película sobre Scot Belk

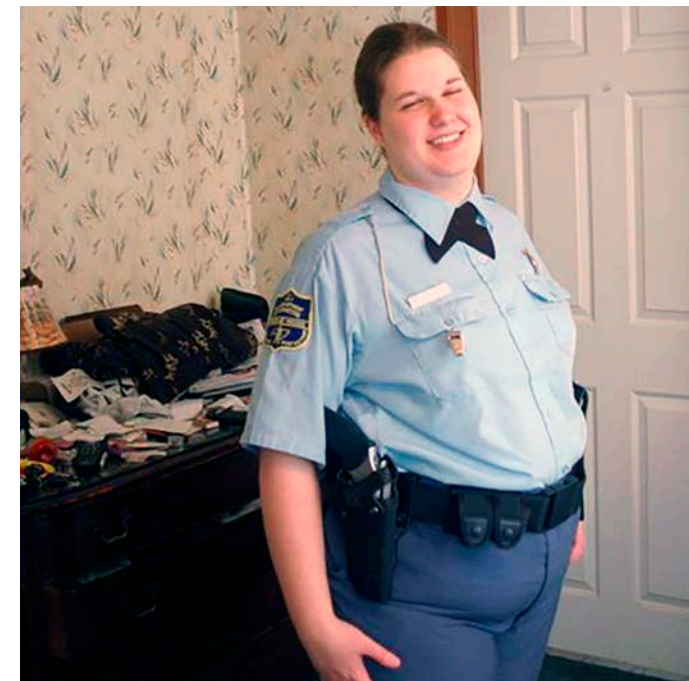
en un banco. Mientras mantenía relaciones con su camello negro, le contó el atraco. Al parecer, ella le delató a la policía para escapar ella misma de la cárcel, y Scott pasó unos años entre rejas. Aquí entró en la Hermandad Aria como venganza contra su soplón negro. Cuando lo conocí en un mitin del KKK en 2003, justo después de la cárcel, estaba intentando rehacer su vida, en parte uniéndose a un grupo pacífico del KKK que hacía picnics y en parte consiguiendo un trabajo fijo como camionero. Scott estaba casado con Rhonda Belk en ese momento. Para su desgracia, su madre fumadora de crack, Margarette Kalinosky, se mudó con ellos y los hizo a ambos adictos al crack, y sus vidas volvieron a deteriorarse. Exactamente dos años después de conocerlo, durante una discusión por dinero para drogas, se desesperó, golpeó a su madre con un bate de béisbol y la estranguló. Luego huyó con su mujer en uno de los camiones de su empleador, conduciendo hasta Nueva Orleans durante el huracán Katrina. Fingiendo ser un sacerdote, pintó lemas de ayuda en el camión y condujo hasta Gainesville (Texas), donde él y Rhonda se hicieron pasar por refugiados del Katrina. Una iglesia les ayudó a llegar a Seattle, donde alquilaron un apartamento a una mujer que acabó reconociéndoles por un cartel de los más buscados del FBI. En 2007, Belk fue condenado a 15 años de prisión, mientras que Rhonda fue condenada a cinco por el asesinato de su madre, que lo había descuidado y forzado a la drogadicción desde que tenía 8 años. La vida de Scott inspiró una serie de televisión de Hollywood: I (Almost) Got Away with It: Got to Pose as Katrina Refugees, con la que por fin consiguió el “momento de fama” con el que sueñan todos los miembros del Klan. No sólo su historia fue llevada a la pantalla por actores famosos, sino que se le permitió aparecer en la serie él mismo, hablando desde la cárcel sobre el drama de su vida. El otro aspirante a asesino de Raine, David Laceter, tenía un historial similar como drogadicto y narcoandillero y, al igual que Scott, había pertenecido a la Hermandad Aria y a la Iglesia Mundial del Creador, un grupo nazi, hasta su asesinato en 2003. El odio a los blancos siempre tiene raíces profundas. Tener en cuenta cómo estos asesinos y odiadores empedernidos nunca recibieron ayuda durante su maltratada



Después del intento de asesinato Raine se armó de miedo a un nuevo ataque

infancia siempre reafirmó mi creencia de que nunca es demasiado tarde para llegar a ellos, aunque sólo sea para protegernos a nosotros mismos y a la sociedad de su rabia. Tuve mi oportunidad cuando Raine me organizó un encuentro con el mago imperial de su grupo del Ku Klux Klan, Virgil Griffin, uno de los líderes del Ku Klux Klan más notorios y odiosos. Fue una dura prueba para mí, ya que tenía profundos prejuicios contra él. Fue el líder del Klan que estuvo detrás de la masacre de Greensboro de 1979, en la que murieron cinco manifestantes anti-Klan. Una de mis viejas amigas, Willena Cannon, ayudó a organizar la manifestación. Un día, mientras estaba sentada con ella y su hijo de 4 años, Kwame, en su cocina de la calle S. Eugene, me contó por qué había trabajado con Jesse Jackson en el Movimiento por los Derechos Civiles para integrar los negocios de Greensboro. A los 9 años, fue testigo de cómo quemaban vivo a un hombre negro en un granero. Su crimen había sido enamorarse de una mujer blanca. Sus gritos llenaron la noche, y ella nunca lo olvidó.

Treinta años después, tanto ella como su hijo Kwame, que ahora tiene 10 años, estuvieron a punto de ser asesinados por el Klan. Por desgracia, Sandy Smith, la ex novia de mi compañero de trabajo Tony Harris, estaba entre los muertos. Yo había salido con ellos en el Bennett College, una escuela de mujeres negras, cuando Sandy era presidenta del gobierno estudiantil. Yo salía con su amiga Alfrida, que estaba tan orgullosa de su hermoso afro como Sandy lo estaba del suyo. Aunque Tony me instaba a “hacer un movimiento”, estas mujeres negras bien educadas tenían un fuerte control social contra “estar con un honky”. Así que siempre acababa sólo ayudando a Alfrida a escribir sus trabajos trimestrales toda la noche mientras Tony se acostaba con Sandy. Éramos jóvenes



pero se siente orgullosa de haber recuperado su empleo trabajando para los negros en la cárcel.

y libres y pensábamos que la sociedad avanzaba hacia una mayor libertad racial. Así que nadie se sorprendió más que Tony cuando, apenas seis años después, mientras veía en la televisión noruega (mientras estaba de gira con American Pictures), el Klan sacó sus armas y asesinó a su ex novia en su ciudad natal. Tony y los demás negros de nuestro colectivo de trabajo de Copenhague se habían resistido cuando puse fotos del Klan en la presentación de diapositivas, diciendo: “Hoy luchamos contra el racismo. El Klan es una cosa del pasado y hará que tu espectáculo parezca anticuado”. Ahora insistían en que las pusiera en American Pictures. También me impactó que la masacre de Greensboro tuviera lugar justo a la puerta del proyecto Morningside Homes, donde había vivido con Baggie, a quien se puede ver con Nixon en mi foto de “la bella y la bestia” de la página 312. Nos sorprendió más cuando los miembros del Klan fueron absueltos por un jurado totalmente blanco, aunque todo el mundo había sido testigo del asesinato. En otras palabras, el KKK todavía era “políticamente correcto” en 1979. De hecho, la policía les había avisado de la manifestación, les había visto meter las armas en sus coches y mantenerse al margen mientras las usaban contra los amigos de Tony y los míos, la mayoría de los cuales eran niños. Pero cuando uno de los niños de la protesta, Kwame Cannon, cumplió 17 años, fue detenido por robos no violentos y condenado a dos cadenas perpetuas consecutivas. Esto se debió, en parte, a que el tío de Tony, Pinckney Moses, con el que había salido a menudo en la facultad de Derecho, estaba demasiado borracho para proporcionar a Kwame un asesoramiento legal adecuado. Pero también porque su madre, Willena, fue advertida por el juez de que, debido a sus raíces en el activismo comunitario, habría consecuencias nefastas si Kwame no aceptaba un acuerdo de culpabilidad.



Virgil L. Griffin (C), seen here at a 1982 rally in front of the Raleigh, North Carolina state house, was among nine persons indicted by a Federal Grand Jury 4/21/1983 on charges of conspiring to disrupt an anti-Klan rally which resulted in the deaths of five members of the Communists Workers Party. Griffin was the Grand Dragon or head of the North Carolina chapter of the Invisible Empire, Knights of the Ku Klux Klan.

Virgil Griffin en 1982 en un mitin

Pues bien, los tiempos cambian, y en 2020 la ciudad de Greensboro se disculpó formalmente por la masacre del Ku Klux Klan y levantó un monumento a las víctimas. Cuando tuve la oportunidad de conocer a Virgil Griffin, el cerebro de la masacre, decidí no dejarle sentir de ninguna manera que albergaba profundos pensamientos negativos sobre él. Sin embargo, Tony Harris quería que lo presionara para que explicara por qué había ordenado los asesinatos. “Lo prometo”, le dije, “pero no dejaré que el pasado se interponga en mi intento de llegar a él y ayudarlo a salir de su ira”. Durante todo el trayecto desde Atlanta, con el hijo birracial de Tony a mi lado, pensé en los pensamientos amorosos más positivos que pude reunir: “Ámalo, sonríele, quíerelo, para que lo sienta de verdad”.

Sabía que sólo tenía un día para practicar la comunicación no violenta con Virgilio, así que sería un experimento superficial para ver hasta qué punto influye en las personas lo que pensamos de ellas. Hay que reconocer que no fue fácil. Cuando una mañana me encontré con Virgil y su grupo del Klan en una remota zona boscosa, me sentí más influenciado, incluso abrumado, por lo que sus miradas hostiles sugerían que pensaban de mí (Raine les había dicho que traía a un antirracista). Empecé con la difícil pregunta de Tony. El gran mago imperial dio la misma respuesta que le había servido para ser absuelto en los tribunales: “Fusilamos a los comunistas en Vietnam. Entonces, ¿por qué no deberíamos luchar contra ellos aquí en casa?”. Ah, claro, la manifestación había sido organizada por el Sindicato de Trabajadores Textiles local, conocido por ser bastante “comunista” de nombre, así que ¿cómo podía estar en desacuerdo con el jurado, totalmente blanco, de que sus acciones eran “políticamente correctas”? ¿Especialmente en este reaccionario estado sureño tan poco tiempo después de la guerra de Vietnam? Como Griffin no veía ninguna diferencia entre “comunistas” y “antirracistas”, sabía que no llegaría a ninguna parte con las acusaciones sobre su pasado. En cambio, durante el resto del día, me obligué a enviarle mis pensamientos y sonrisas más cariñosas, utilizando un lenguaje de “jirafa” unificador frente a su lenguaje de “chacal” violento



Virgil Griffin cuando lo conocí en 2005

y divisivo. Por supuesto, también tenía razones egoístas: tiene mucho sentido cuando estás solo entre 50 delirantes del Klan fuertemente armados en un bosque aislado. ¡Oh, no! ¡Un lapsus linguae! No etiquetes a estos “niños del dolor” como locos. Son víctimas cuyas vidas enteras han estado atadas por nuestro distanciamiento o por nuestros pensamientos de odio hacia ellos. Nunca han sentido nuestro amor, sólo nuestras contraproducentes amenazas de “Muerte al Klan”, como las que gritaron los manifestantes en Greensboro, con resultados letales para los manifestantes. Sabía que no eran diferentes de los residentes del gueto en su anhelo de nuestro amor y que nunca es demasiado tarde para mostrarles un poco de nuestra llamada “humanidad”. Aun así, un líder del Ku Klux Klan, al igual que el líder de una banda negra, tiene que hacerse el duro delante de los miembros, así que durante mucho tiempo Virgil me evitaba o me hablaba retóricamente si había miembros del Ku Klux Klan cerca. Pasé ese tiempo haciendo poco a poco “aliados” entre los miembros.

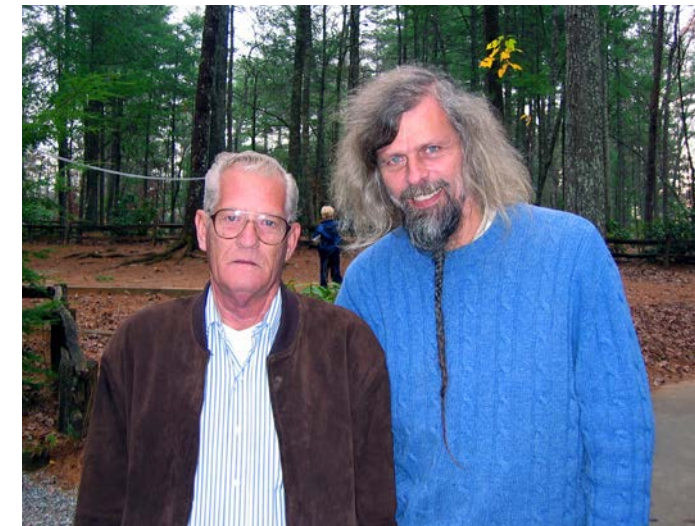
A medida que avanzaba el día, Griffin se veía cada vez más influenciado por mis pensamientos “amorosos” (el amor real es mucho más). Al principio me devolvía la sonrisa con nerviosismo, pero por la tarde parecía casi coqueto. Esto también me aflojó, ya que tengo mi propio deseo de ser amada. A última hora del día, me preguntó de repente si quería dar un paseo con él por el bosque “para hablar bajo cuatro ojos”. Acepté. Su primer imperativo fue convencerme de que no había quemado ninguna iglesia negra. Había perdido dos gasolineras porque mi amigo cazador del Klan, Morris Dees, le había demandado después de que la policía encontrara un viejo carné de miembro del grupo del Klan de Griffin en uno de los incendiarios. “Debes creerme, Jacob. Soy una persona profundamente religiosa y nunca soñaría con quemar una iglesia”. Era tan importante para él que le creyera que al hacerlo me ganó su amistad. Y no era difícil creerle. Sabía por Jeff Berry que los líderes del Klan se ganan bien la vida vendiendo carnés de miembro a jóvenes inseguros, que van por ahí presumiendo de sus carnés, pero los líderes nunca



Mi cita Alfrida - amiga de Sandy - a quien el grupo del Klan de Virgil Griffin asesinó

ven a esos hombres en el Klan. Los carnés son un gran riesgo porque si la policía encuentra uno en una persona implicada en un delito de odio, el líder del Klan es considerado responsable, esté o no implicado en el delito. Los líderes del Klan son extremadamente cautelosos a la hora de dejar entrar a personas violentas en su grupo, ya que no quieren ir a la cárcel. Como me dijo una vez Jeff: “No me sirve el 80% de la gente que solicita la afiliación. Están locos”. Sabía de lo que hablaba ya que recojo a muchos de estos “locos” perdidos en las carreteras. Así que, lo creas o no, así es como el Ku Klux Klan ha vuelto a ser “políticamente correcto”, escondiéndose más o menos en pequeños y acogedores mítines de cerveza en el bosque. Trump lo llevó más lejos, enviando el mensaje de que era “políticamente correcto” salir del bosque y unirse a su movimiento blanco en Charlottesville y otros lugares, incluso con sus armas y violencia.

Griffin probablemente confundió mi conocimiento interno (pero tácito) sobre el Ku Klux Klan con el perdón amoroso -algo que nunca había obtenido de nadie antes pero que claramente buscaba, porque ahora realmente se abrió y me contó la larga historia de cómo había estado en el Ku Klux Klan desde que comenzó a recoger algodón cuando tenía 19 años durante el Movimiento por los Derechos Civiles, “que iba demasiado lejos y demasiado rápido.” Había tenido una larga y triste vida, pero estaba llegando a su fin: Recientemente se había sometido a tres cirugías de bypass. “Sé que voy a morir pronto”, dijo. “Pero en febrero cumpla 60 años, y significaría mucho para mí si pudieras venir a mi cumpleaños. Por favor, ¿me lo prometes?”. Me quedé tan sorprendido y emocionado que le prometí que lo intentaría. Cuando terminó el día, me despedí de todos mis nuevos amigos: “Nos vemos pronto en el cumpleaños de Virgil!”. “¿Qué?”, preguntaron asombrados. De repente me di cuenta de que ninguno de ellos había sido invitado a la fiesta de cumpleaños. Con todo el autodesprecio típico de los miembros del Klan, suelen estar tan asqueados de lo que ven en los demás, de su propio dolor y desgracia, que Griffin no



Mi paseo con Virgil Griffin donde me abrió su corazón

estaba interesado en invitar a los suyos. Lo que estos hijos del dolor están hambrientos es el amor de nosotros, los que tienen un excedente. Los que están fuera de su gueto. Por el calor humano que no pueden encontrar o expresar fácilmente dentro del Klan, cuyos miembros emocionalmente atrofiados siempre veo con aspecto solitario durante los mítines. Durante los años que trabajé con grupos del Klan, a menudo fui su “miembro” más antiguo. Al cabo de menos de un año, solía ver cómo renunciaban y se unían a Alcohólicos Anónimos, a NA o a grupos de la iglesia, en cualquier lugar donde pudieran encontrar un poco de ese amor que la filosofía del Klan no permitía que floreciera en ellos.

Por eso mi pequeño experimento de comunicación no violenta, aunque sólo tuve un día para llevarlo a cabo, había tenido éxito incluso con Griffin, uno de los líderes del Klan más peligrosos desde los años 60. Sólo unos meses después, Griffin abandonó “Los Caballeros de Cleveland del KKK”, que había gobernado la mayor parte de su vida, y el grupo se desmoronó. No digo que haya sido sólo resultado de mi participación; siempre hay muchos factores que ayudan a cambiar la vida de las personas. Pero para un hombre que había estado a la defensiva toda su vida, incluso enfrentándose a una multitud que coreaba “¡Muerte al Klan!”, que de repente se encuentre con algo que confundía con el amor real puede marcar la diferencia. Esto es especialmente cierto cuando ocurre en un momento vulnerable, como cuando él, como “buen cristiano, tiene que encontrarse con su creador”.

Siempre les digo a mis alumnos: “Prueben este método amoroso con su peor profesor... y vean lo rápido que suben sus notas”. Claramente funcionó con dos de los peores líderes del Klan de Estados Unidos. Además, mis largos viajes entre gente violenta me han convencido de que el pensamiento positivo sobre la gente funciona con todo el mundo y que es en nuestro propio interés, así como en el de la sociedad, que intentemos genuinamente “amar a nuestros semejantes”.

Sobre el dolor de los asesinos en serie

Una noche de 1991, mientras conducía, vi a una mujer blanca mayor en la oscuridad bajo los pilares de la autopista y la recogí. Había sido atacada por matones negros y sangraba tanto que tuve que llevarla al hospital. Una hora más tarde vi a un hombre en el arcén de la carretera. Enfadado y tenso, había sido despedido sin sueldo de un barco camarero en el Golfo y llevaba tres días esperando a que le llevaran. Teniendo en cuenta la desesperación en los ojos de Woody, podría haber desencadenado fácilmente la violencia en él enviando vibraciones de miedo y desconfianza. Cuando le hablé de la mujer blanca que acababa de ser dada por muerta por sus agresores negros, Woody empezó a abrirse. (En aquel momento no tenía ni idea de lo mucho que me había implicado en su familia). Dijo que nunca le habían atacado los negros porque “siempre les atacaba a ellos primero”. Poco a poco me contó cómo él y sus dos hermanos habían matado a tantos “negros que no puedo contarlos con los dedos de las manos”. Ahora estaba muy despierto. Al principio pensé que sólo estaba fanfarroneando, pero había demasiados detalles descriptivos y lugares en sus historias. Así que cuando también habló de su propio maltrato de niño, hice un trato con él: Le llevaría a casa, a cuatro horas de camino, si contaba sus historias y me dejaba grabarlas. “Pero no te diré dónde vivo. Sólo déjame en algún lugar de mi ciudad”. Él sabía que podía ir directamente a la policía con mi cinta.

En mi programa, actualizado para incluir a Woody y su familia, su voz conmocionó a los universitarios. Algunos años después de haberlo conocido, tras haber escuchado su voz de pesadilla noche tras noche, sentí curiosidad por saber cómo le iba. Cuando por fin tuve la oportunidad en una gira en la primavera de 1996, invité a un editor noruego de los libros de Toni Morrison, Eli Saeter, para que fuera mi testigo. Lo que la asustó especialmente fue que todos los que conocimos habían estado en prisión por asesinato y violación. “Me recuerdan a esos hombres de la película Deliverance”, dijo. Cuando llegamos, una densa niebla se cernía sobre el lugar. Daba a nuestra búsqueda de un asesino en serie en esta zona pantanosa, donde no podíamos ver ni siquiera dos metros por delante, un aura espeluznantemente irreal. Después de tres días encontramos a su primo. “Es cierto, como dices, Woody vino aquí hace cinco años”, dijo. “Él y su amigo Bobby entraron en una casa, y Woody apuñaló a una chica de 16 años mientras dormía. Le cayeron 25 años de cárcel. Fue un idiota durante el juicio. Hacía ruido, se reía del juez y se burlaba de todos. Traté de calmarlo, pero fue en vano. Lo destruyó todo para sí mismo”.

Encontramos a la víctima de Woody, Sarah, que nos habló de esa horrible noche. Había sido obligada a salir de la cama por Woody, que le abrió el estómago y los pulmones con un largo cuchillo. Sobrevivió gracias a varias y costosas estancias en el hospital, pero nadie había ayudado a esta pobre familia a procesar su dolor. Había sucedido sólo un par de días después de que yo dejara a Woody. Esto era deprimente; realmente había creído que durante nuestra noche juntos le había ayudado a ponerse en contacto con el profundo dolor y la ira que sentía. Intenté decirle a Sarah que Woody era mi amigo, pero mi voz se quebró contra la culpa y el arrepentimiento cuando vi el terror en sus ojos. Era incapaz de verlo como algo más que un monstruo sediento de sangre y hablaba de cómo se había comportado como un “animal” durante el juicio, gritando “¡un día te voy a pillar!” antes de que lo sacaran de la sala encadenado. Desde entonces, ella tenía pesadillas sobre su regreso. Era importante ver y comprender a Sarah, la víctima del posible verdugo, ya que durante muchos años había tratado sobre todo con la víctima dentro del verdugo.

Cuando fuimos a la casa de Woody, una mujer abrió la puerta mosquitera y dijo: “Sé quién eres”. Woody llegó a casa hace cinco años sintiéndose animado. Dijo que le había recogido un hombre extraño que había conseguido que le contara todo sobre él. Me pregunté quién podría ser, ya que Woody es la persona más reservada que conozco”. Adeline era la madre de Bobby, el cómplice de Woody, y vivía con Rose, la madre de los dos hermanos mayores de Woody, Sammy y John.

“Oh sí, es horrible. No es propio de Woody hacer algo así, pero estaba desesperado cuando lo trajeron a casa despedido sin sueldo después de trabajar durante meses en el Golfo. Él y Bobby habían estado bebiendo y habían tomado muchas drogas, y creo que fue Bobby quien lo hizo. Llegaron corriendo a casa, llamando a la puerta a las 2 de la mañana, gritando: “¡Mamá! ¡Mamá! Hemos hecho algo terrible”. Luego se desmayaron y se desplomaron allí mismo en el césped, donde estaban dormidos cuando la policía los recogió”.

Me alivió oír que no había habido nada deliberado en su sed de sangre en la casa de Sarah, sólo el profundo dolor y la ira que había percibido en él. Colocados por la droga, habían robado una bicicleta frente a la casa de Sarah y luego comenzaron a pelear por ella. Woody irrumpió repentinamente en la casa para coger un cuchillo de cocina y usarlo contra su hermanastro, que huyó. En un frenesí de sed de sangre, Woody rompió a patadas todas las puertas e intentó apuñalar a la familia que dormía. En cuanto al comportamiento “animal” de Woody durante el juicio,



Woody la noche que lo recogí en 1991 después de mi conferencia en la U. de Houston

Adeline cuenta ahora que “se había asustado mucho y le temblaban las piernas al sentir que su vida había terminado de repente”. Los pobres se perjudican sin cesar, pensaba, ya que el comportamiento de Woody había convencido a todos los presentes en la sala de que no debía volver a salir, y le habían impuesto 10 años más de prisión. Lo que inmediatamente forjó fuertes lazos entre Adeline y yo fue el amor que ambas sentíamos por Woody. Me sorprendió su comprensión de cómo las lesiones que había sufrido en la infancia le habían llevado a la violencia.

¿Los hermanos de Woody, entonces? Decía que lo llevaban a sus matanzas cuando mataban negros sin motivo. Confundiéndome en la intimidad que había establecido con Adeline, le pregunté si podía ser cierto. “Oh, sí”, dijo Adeline, que a menudo les había oído mencionar esos asesinatos, pero añadió que el padre, Vincent, había sido aún peor. Por no hablar del abuelo. “¡Acabamos de hacer cosas así aquí abajo en el pasado!” Era como si se disculpara por ellos. “Sammy es como su padre. Un hombre horrible. Fue una organización la que lo detuvo al final. Cadena perpetua en la cárcel. No va a salir, nunca”. Algo molesta, dijo que la razón por la que el hermano mayor de Woody había sido

encarcelado por su último asesinato era que la NAACP había calificado el asesinato como “un crimen de odio” (en el pasado no les pasaba nada después de sus asesinatos). Añadió que Sammy seguía asesinando negros en la cárcel. Un preso negro le dijo que pronto sería liberado. “¡No, no lo harás!” respondió Sammy, y la noche antes de su liberación, Sammy le echó gasolina y le prendió fuego, reduciéndolo a un cadáver carbonizado. Woody me había dicho previamente que Sammy era el líder de la “banda aria” de la prisión.

A falta de una madre real, Woody llamaba a Adeline “mamá” y al menos una vez a la semana la llamaba desde la cárcel. Todo se complicaba aún más por el hecho de que Woody había estado saliendo con la hija drogadicta de Adeline, Dawn, por la que ella, al igual que su hijo Bobby, aparentemente no tenía grandes sentimientos.

¿Y qué hay del hermano mediano, John? ¿También participó en los asesinatos?

“No sé cuántos, pero sé con seguridad que John mató a un hombre al menos una vez. Sólo le cayeron tres años de cárcel por ello”.

Más tarde fuimos a visitar a John en los pantanos a pesar de que Adeline nos había advertido severamente que no lo hiciéramos. “¡No te das cuenta de que es el peor de todos! Es duro, frío y no hablará con vosotros de ninguna manera”. Dibujó un retrato tan aterrador que Eli, que ya había oído más que suficiente sobre la violencia, insistió en que siguiéramos adelante, sobre todo porque, si queríamos llegar antes de que oscureciera, se nos estaba acabando el tiempo. Pero ahora que por fin había encontrado al hombre que podía corroborar lo que Woody me había dicho en su entrevista, no iba a rendirme. Mientras atravesábamos el interminable pantano, en el que los árboles desnudos se alzaban como dedos esqueléticos cubiertos de telarañas de fantasmal musgo español, Eli parecía cada vez más pálido. “¿No has venido a conocer América?” Intentaba animarla, divertida de que la realidad hubiera tomado prestados los peores efectos visuales de Hollywood (además de la espesa niebla que aún se extendía sobre las negras aguas infestadas de cocodrilos). “¿Por qué la gente aguanta estas películas cuando la realidad es mucho más emocionante?”, le pregunté a Eli.

En las profundidades del pantano, demasiado cerca de la oscuridad, conseguí encontrar un remolque podrido con plásticos sobre las ventanas. La basura habitual de viejos restos de coches y barcos oxidados yacía esparcida por los alrededores. Y cuando vi a dos niñas blancas y sucias, desgreñadas y descalzas, con la nariz llena de mocos,



Angel despidiéndose de nosotros desde la caravana

supe al instante que eran las hijas de John. Eli estaba tan asustada que cerró todas las puertas del coche y se negó a salir. La escena que veía delante de ella era propia de Deliverance (en Noruega la película se llamaba “Excursión con la muerte”). Temía que si John salía y nos disparaba nadie encontraría nuestros cadáveres en aquellos pantanos. Recordé la detallada descripción que hizo Woody de cómo se les había puesto la cara dura cuando atraparon uno de sus propios cadáveres en disolución en la red de langostas.

Sin embargo, no demostré ni valentía ni ingenuidad al buscar a John, pues en medio de aquel oscuro pantano me sentía en tierra completamente firme. Me encontraba en un estado casi eufórico, disfrutando de la luz de la transformación que uno percibe cuando por fin se aclara una de las grandes cuestiones de la vida. Es importante señalar el estado de éxtasis en el que llegué, porque cuando John acabó, como yo había predicho, comportándose de forma diametralmente opuesta a lo que cabría esperar de un psicópata aterrador, como su familia había insistido en que era, fue precisamente porque yo había construido mentalmente a este hombre desesperado como el que tenía la respuesta al enigma de la vida. Así, pude darle los inimaginables poderes que adquieren las personas cuando se les muestra confianza y un profundo interés humano: se sintió aceptado y querido.

Ciertamente, estaba aislado, era hostil y, sí, se sentía asombrado. Llegó a la puerta armado con una pistola, con la barba alborotada y símbolos de violencia tatuados en el cuerpo. Sin embargo, pocas veces he conocido a un hombre que se abriera tan rápidamente cuando le dije que era amigo de Woody. Inmediatamente el arma fue guardada y sustituida por tazas de café recién hecho. Pronto sentí una calidez tan exuberante por parte de John y su mujer, Connie, que salí y convencí a Eli para que se uniera a nosotros. Efectivamente, era el mismo “monstruo” que chorreaba sangre, del que Woody había hablado en su entrevista y que había martilleado en mi conciencia durante cinco años. Pero al mismo tiempo -y Eli estaba de acuerdo- era un pequeño niño acobardado al que apenas

se podía evitar abrazar. Si se tiene en cuenta que podría haber sido fácilmente un astuto informante de la policía, es sorprendente lo poco que se necesita para abrir a esas personas y lo ansiosas que están por hablar de sí mismas. Y en esa misma conversación, con su procesamiento gradual del dolor, está la respuesta a toda la violencia. Sin embargo, los gobiernos de todo el mundo van a ciegas con su anticuada retórica del ojo por ojo y sus reincidentes reflejos represivos salidos de la fortaleza de la derecha de Lucifer.

El resto del día, John y Connie contaron la violencia que atravesaba toda su familia. “Sólo mira a Ángel aquí”. Connie levantó a la maltratada niña de dos años y medio. “Está llena de violencia contra su hermana. Ella es la mala”. Y tanto Eli como yo pensamos que así es como acabaría si le dijeran desde pequeña que era “mala” y “no lo suficientemente buena”. La madre le dio varios azotes en condiciones, pero casi nunca la vimos llorar. En cambio, su rostro enrojecido llevaba una permanente mirada mortificada de resentimiento.

Ambos padres hablaban abiertamente de que sólo cuando estaban borrachos estallaban en violencia, y rápidamente nos hicimos una idea de lo horribles que debían ser las condiciones para los dos niños. Dieron un sinfín de ejemplos de toda la violencia en la que se



John demostrando cómo retorcia el cuchillo en el negro



John demostrando como retorció el cuchillo en el hombre negro



John mostrando parte de su colección de armas en la cama de los niños

habían visto envueltos. Ni siquiera tuve que preguntar por los asesinatos de negros; sus sangrientos comentarios al respecto encajaban perfectamente con las descripciones de Woody. Cuando pedí ver las armas utilizadas en los distintos asesinatos, John sacó siete rifles y tres pistolas, que ya había enseñado a usar a las niñas. Incluso demostró con su cuchillo cómo había apuñalado a un padre negro delante de su familia. Intenté enmarcar mis fotos de él bajo un cuadro de su propio padre, el que les había transmitido toda esa violencia. Colgaba de la pared en un marco dorado, irradiando una maldad espeluznante que no podía ser encubierta por el pulcro montaje del estudio del fotógrafo ni por su vestimenta de domingo.

John quería que pasáramos la noche y que fuéramos a cazar caimanes con él al día siguiente. (Se ganaba la vida cazando caimanes ilegalmente y había llenado la nevera de carne de caimán). Yo estaba dispuesta, pero Eli se opuso a “ir a cazar caimanes en los pantanos con un asesino en serie en medio de una densa niebla”. Así que, tras una cálida despedida, nos pusimos en marcha en la oscuridad. Estábamos petrificados en el viaje de vuelta y apenas podíamos hablar de otra cosa.



Foto familiar de los padres de John, Rose y Vincent

1996 Viaje de otoño

En otoño invité a la reportera de televisión danesa Helle Vibeke Risgaard a grabar a la traumatizada familia para la televisión. John estaba trabajando “en el extranjero”, por lo que Connie podía hablar más abiertamente de él. Durante varios días nos enteramos de un asesinato tras otro, esta vez para un vídeo Betacam abierto. Como todo llegaba a raudales o en comentarios laterales, no tardamos en marearnos. Al cabo de unas horas, no podíamos recordar ni preocuparnos por todos los asesinatos de los que habíamos oído hablar.

Connie era una mezcla extraña. Parecía una mujer racional de exaltada compostura y, sin embargo, sabíamos por Rose y Adeline que era aún más violenta que John, a quien veían como su víctima. Varias veces dijo que si no hubiera sido por su religión y los niños, hace tiempo que lo habría dejado. Sin embargo, pronto empezamos a dudar de ello; sin sus hijos, ¿a quién podría golpear? Con John lejos, nos animamos a beber con Connie, normalmente hasta las 4 de la mañana, y tuvimos muchas oportunidades de ver su relación con los dos niños maltratados. En un momento era cariñosa, pero al siguiente entraba en una furia incontrolable, azotando a Ángel, de 3 años, con un cinturón de cuero. Esto se convirtió en un conflicto momentáneo entre Helle y yo. Helle trató impulsivamente de alcanzar y proteger al niño, lo que me volvió loco, ya que eso me impidió fotografiar el abuso. “¿Qué malvado eres!”, gritó ella, junto con acusaciones similares (comprensiblemente, debo añadir). “Si hubieras viajado un poco más por los guetos negros”, le espeté, “y hubieras visto ese tipo de abusos todos los días, sabrías que tu trabajo no es salvar a todos los niños en un momento de sentimentalismo. No, tu trabajo, a través de tu presencia empoderadora, es dar a estos padres el amor por sí mismos que es necesario para que puedan expresar el amor por sus hijos. Sin embargo, para evitar la visión de la violencia y de los niños maltratados, hacemos lo contrario y todos huimos del gueto. Y así es como en última instancia nos convertimos en la causa directa de sus niños maltratados”. También sabía que no tenía que sermonear a Connie sobre lo malo



Los pantanos infestados de cocodrilos en los que vivían John y Connie

que es disciplinar a sus “niños maltratados” con violencia, pues toda la gente sabe en el fondo que está mal pegar a los niños. Sin embargo, si hubiera empezado con sermones moralizantes, ella se habría sentido aún peor consigo misma. Además, mi “sentido común superior” me decía que no era necesario intervenir porque la niña esperaba obviamente las palizas. Ni siquiera lloró. En cambio, por despecho, siguió con el comportamiento que había vuelto loca a su madre. Aunque sabía que era una oportunidad extraordinaria para conseguir algunas fotos para una de las secciones más centrales y educativas de mi programa sobre los blancos pobres, fotografiar este abuso no fue ciertamente algo que disfrutara. A menudo me preguntaba cuál era el límite: ¿cuándo intervendría realmente?

A diferencia de la violencia desenfrenada habitual entre los negros pobres, la presencia de un extraño generalmente calmaba la agresión de los padres blancos pobres. Mi fotografía fue en sí misma lo que le dijo a Connie que su comportamiento era inaceptable, pero de una manera más suave que si la hubiéramos reprendido o acusado de ser “una mala persona”. De hecho, eso habría sido una réplica de lo que ella estaba haciendo con el niño. Probablemente he ofendido a muchos lectores en este punto (aunque los mismos lectores ofendidos nunca se quejan de la violencia en mi programa). Cuando mi programa tuvo un renacimiento en los años 90, creo que retrató la creciente violencia en nosotros como reflejo del creciente abuso infantil. Esto llevó a un creciente interés en la pedagogía de la opresión. La toma de conciencia colectiva de las raíces de la opresión será la verdadera salvación del niño. Sin embargo, también me gustaría defender el punto de vista opuesto, que afirma que es fundamental poner fin a la violencia permanente contra los niños (y las mujeres), aunque sea brevemente, aunque signifique destruir las principales pruebas fotográficas de la misma. Porque si los pocos que buscamos a estos parias -sólo para documentarlos y así explotarlos- no intervenimos, ¿quién debería hacerlo? Sea cual sea el motivo por el que se encuentre en una situación así, el buen samaritano no cierra los ojos, abre su objetivo... ¡y pasa de largo!



Connie golpeando a Angel, de dos años

Lo peor de toda esta situación no fue el conflicto de estas visiones éticas dostoevskianas, sino lo que tanto Helle como yo sentimos pronto hacia el niño maltratado. Cuando entramos por primera vez en este avispero encharcado, nuestra simpatía inmediata había sido para los dos niños maltratados con ojeras. Pronto sentiríamos cómo “nosotros” siempre acabamos contribuyendo a forzar a esas víctimas a desempeñar el papel del opresor: el círculo vicioso. Nunca lo he visto tan claramente como en la niña de tres años, Ángel; cada una de sus reacciones era por despecho. Todos sabemos cómo los maltratados suelen morder la mano tendida y cómo destruyen todo lo que les rodea para llamar la atención. Al principio te dan ganas de coger a la niña y acariciarla, pero la niña borra rápidamente todo el exceso de afecto y cariño que podemos reunir. Y cuando, desde las 8 de la tarde hasta las 4 de la mañana, ese “malvado” pequeño “Ángel” acabó destruyendo casi todas nuestras cámaras, micrófonos, cables y cintas, entonces, sí, sentimos que poco a poco se acumulaba la violencia en nosotros mismos, hasta el punto de que nosotros también teníamos el indecible deseo de abusar de ella verbalmente, golpearla y patearla por el suelo. Así es como en todo el mundo herimos a los heridos. Y cuando año tras año has



La maltratada Angel. ¿Buscaba ayuda?



Connie azotando a los niños

estado enseñando esto a los alumnos, es realmente una buena lección pedagógica “sentir” de repente lo rápido que tú mismo puedes formar parte del círculo vicioso de la opresión. ¡Qué rápido nos convertimos en la coalición de voluntarios de Connie! Hundiéndonos lentamente con ella en los pantanos.

Lo más espantoso para ambos fue experimentar la estrecha relación entre el abuso y el racismo. Cuando le preguntamos a Angel, de tres años, qué pensaba de los negros, se quedó totalmente confundida. “¿Qué quieren decir con ‘negros’? ¿Negros? Disparamos a los negros, ¿verdad, mamá?”.

Cuando la cámara estaba en marcha y su madre estaba sobria, en ocasiones pudimos ver cómo Connie se cohibía tanto que decía “negro” y esporádicamente intentaba utilizar esa palabra delante de la niña. Esto era interesante porque demostraba que el argumento de Un dilema americano, de Gunnar Myrdal, era válido incluso en los estratos más bajos de la sociedad, es decir, que existe un conflicto entre los ideales más elevados de la sociedad - “por ejemplo, todos somos iguales”- y los mensajes completamente diferentes que los padres alimentan en sus



Natasha, de 7 años, el día que confesó con orgullo haber aplastado la cabeza de un niño negro

“entrañas” sobre los “subhumanos”, que acaban calando en el inconsciente del niño.

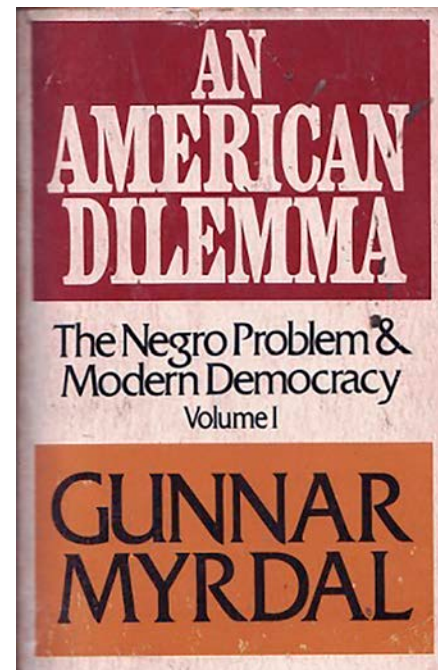
Lo vimos aún más claramente en la relación de Connie con Natasha, de 7 años. A Connie le pareció bien que Natasha hubiera causado algunos problemas en la escuela porque, según explicó Natasha, “el negro que se sentaba delante de mí olía mal”. Pero Connie regañó a Natasha porque la escuela acababa de expulsarla por haber iniciado una pandilla con otras cuatro niñas. Intuí que pasaba algo más y le pregunté a Natasha: “¿La pandilla era para enfrentarse a los negros?”. Fue una pregunta difícil porque en sí mismo el término negro le decía a Natasha que yo estaba del lado de “los negros”. Así que su respuesta no le resultó tan fácil como cuando repetía teatralmente “¡Los negros huelen!”. Un poco más tarde se convirtió en ella misma (en lugar de la niña bien educada que la sociedad quería ver). Admitió que las cuatro chicas habían atraído a un chico negro al bosque y le habían golpeado la cabeza con una piedra hasta que derramó sangre. Disfrutaba visiblemente describiendo esta horrible agresión con un lenguaje gráfico de salpicaduras. ¿Por qué lo había hecho? Porque un día su madre, al parecer en un momento de corrección política, le había dicho que “los negros sangran rojo como nosotros”. Era la forma en que Connie le decía (cuando estaba sobria) que “todos somos iguales, así que habla bien de tus amigos del colegio”. Natasha no se creía este mensaje, que contradecía todos los demás mensajes que había recibido de sus padres sobre “matar negros” (normalmente cuando estaban borrachos). Así que creó una pandilla e hirió a un chico para averiguar si era cierto. A esto Connie simplemente respondió: “No fue algo agradable, Natasha”. Pero todos habíamos bebido y Connie lo dijo con una gran sonrisa. Era evidente que estaba orgullosa. Así que Natasha

captó el mensaje de que estaba bien abrirle la cabeza a un chico con una piedra para saber si “los negros sangran rojo”.

Pocas veces he visto una lección tan clásica en la pedagogía del racismo: Esta fue la aplastante espada asesina de “doble filo”, el doble mensaje tal y como lo practica la gran mayoría -es decir, nosotros, la gente más corriente de pensamiento “liberal” de derechas- martilleando constantemente “todos somos iguales”, el credo americano y el “amor cristiano” en nuestros hijos. Y, sin embargo, cuando el tema se refiere a la gente de “la ciudad interior”, los negros, los homosexuales, los judíos, los musulmanes, etc., levantamos las cejas o cambiamos un poco la voz, sin siquiera ser conscientes de ello, y enviamos el mensaje contrario al niño, alguien “no es tan igual”. El niño no puede procesar ese doble mensaje con su opresión oculta y por dolor y confusión actúa en varios patrones racistas mientras crece.

Connie, de alguna manera, me dio esperanza en la humanidad, pues subrayó lo que siempre había experimentado entre criminales viciosos e incluso miembros del Ku Klux Klan: Uno no tiene que enseñarle a un adulto como Connie sobre el bien y el mal (como insiste Iván en Los hermanos Karamazov respecto a vivir sin Dios). No, todo el mundo sabe que está mal matar, odiar, infligir dolor. Sin embargo, al estar presos en su propio dolor insoportable, no siempre pueden estar a la altura de sus ideales más elevados.

Como Connie expresaba mejor que nadie nuestra profunda humanidad común, no podía evitar sentir un afecto cada vez mayor hacia ella (y alegría a su alrededor). Era un enorme



La “Biblia de la investigación del racismo” que inspiró a Johnson a promulgar sus leyes de derechos civiles

bulto de violencia y odio explosivos, con una peculiar mezcla de sentido común, ternura y amor, y sin embargo mantenía un profundo deseo de expresar el mejor de los ideales.

Me alegraba sentir esta violenta atracción por ella, ya que de alguna manera me recordaba los sentimientos que siempre había alimentado por los pobres negros como víctimas. Que ella misma era una víctima quedó claro cuando conocimos al padre de Connie, desesperadamente alcohólico y demente (aunque Connie afirmaba que nunca había habido una relación directamente incestuosa entre ellos).

En algún momento nos dimos cuenta de hasta qué punto se nos habían escapado los conceptos morales tras sólo unos días con Connie en los pantanos. Durante el verano, John había cazado un mapache, que se convirtió en la mascota de la familia. Los niños se revolcaban constantemente en la cama con su nuevo juguete y le daban de comer galletas. A mí me gustaba bañarme en el desordenado “cuarto de baño”, porque el mapache -un “oso lavador” en danés- con su gran cola me ayudaba a lavarme en la bañera. Era tan bonito que a Helle se le ocurrió que podía hacer un maravilloso programa de televisión para niños sobre cómo jugaba con los niños maltratados (en casa solía producir programas infantiles), pero se había quedado sin cintas de vídeo. Eso fue culpa mía. Antes de nuestra llegada le había advertido: “Se trata de una familia tan angustiada que no puedes entrevistarlos directamente sobre su violencia. Deja que la cámara funcione todo el tiempo, especialmente cuando estén borrachos, y obtendrás las imágenes más impactantes: comentarán casualmente todos sus asesinatos”.



Angel con su querida nueva compañera de juegos

Cuando se nos acabaron las cintas durante las noches de “nuestras borracheras y asesinatos”, Helle sugirió borrar algunas de las cintas anteriores. Y como los asesinatos y la violencia se habían convertido, al cabo de unos días, en la aburrida y cotidiana “banalidad del mal”, le dije a Helle que estaba bien, aunque la razón por la que la había invitado en primer lugar era para grabarlo todo. Sólo cuando estábamos en la carretera nos dimos cuenta de que había borrado gran parte de las pruebas de una historia de asesinato en serie -incluso para los estándares estadounidenses- en favor de un programa infantil trivial.

Fue un ejemplo terrible de lo rápido que nos habían lavado el cerebro con la perversa lógica de la violencia de Connie, que ella misma expresó mejor cuando en un momento dado preguntó: “Dime, ¿estás escribiendo un libro sobre nosotros?”. Me puse a la defensiva, pero respondí con sinceridad: “Quizá algún día, pero me aseguraré de protegerlos a todos (de las acciones legales)”. “No, no tienes que preocuparte por eso”, dijo Connie. “Lo único que no me gustaría que escribieras es aquella noche en la que entré en un restaurante con Woody y robé marisco por hambre”. Ella sabía muy bien que el robo era ilegal y tenía fuertes opiniones al respecto, ya que uno de los “negros” del barrio le había robado una vez las gallinas. Pero no pensaba que matar a los “negros” en masa fuera ilegal o estuviera mal (¡cuando estaba borracha!).

Al cabo de poco tiempo, parece que nosotros tampoco. Esta fue otra valiosa lección que me enseñó: Los asesinos violentos no se crean sólo a base de golpes en la infancia. No, incluso a los mejores y más justos de nosotros se les puede lavar el cerebro para que desempeñen estos papeles en poco tiempo, como sabemos por los soldados



Ángel maltratada por Connie, que a su vez fue maltratada por su padre a la derecha

y torturadores de todo el mundo, sin olvidar a los policías estadounidenses como el asesino de George Floyd.

Después de unos cálidos abrazos, nos despedimos de ella y de los niños delante de la desvencijada caravana con las ventanas cubiertas de plástico. Sabía que la echaría de menos, o al menos el contacto con el lado violento de mí mismo que ella había expuesto para mí. Una buena razón para irme ahora era la presencia del padre de Connie, un loco delirante, que arruinaba cada conversación con sus fantasías sexuales sobre Helle. “¿De verdad puedes dormir en el coche con una rubia tan sexy sin tener sexo?”, seguía preguntando. A menudo se escucha la verdad de los que están borrachos o locos (él era ambas cosas). Expresó abiertamente lo que los estadounidenses suelen imaginar cuando invito a mujeres danesas a mis viajes: que si no es para evitar enamorarse de mis víctimas fotográficas, como su hija, Connie.

Más tarde, en 1996

Llevaba varios años escribiendo a Woody y conseguí el permiso de la cárcel para visitarlo. Tras casi 20 horas de viaje en coche, llegué. Como es habitual en Estados Unidos, la prisión de alta seguridad estaba situada en una zona remota a la que pocas familias podían permitirse ir en coche. Woody llevaba cinco años sin recibir una visita y esperaba nuestro reencuentro tanto como yo. Pero fue una experiencia impactante. Después de que ambos pasáramos por todo tipo de medidas de seguridad, Woody entró en la sala de visitas encadenado de pies y manos, con el cuerpo enlazado con más cadenas (y aún más gruesas). Intentar rodear a este hombre de hierro era como abrazar a un alienígena espacial. El hermoso aspecto “inocente” que recordaba, de un joven con largas y brillantes melenas, había saltado por los aires. Con su pelo corto, sus tatuajes, los dientes que le faltaban (se los habían arrancado) y las heridas en los brazos, era una réplica espeluznante de Sean Penn en Dead Man Walking, pero mucho, mucho peor. Aunque me costó creer en sus historias de asesinatos en masa de aquella noche de hace cinco años, ahora podía



Nada queda de este hermoso joven en la cárcel 5 años después

crear todo lo relacionado con él. Había sido ferozmente maltratado en esta prisión, que parecía mucho peor que la de Angola, a pesar de que esta última tenía fama de ser la peor. Y había pasado la mitad de su tiempo en la oscuridad del confinamiento solitario debido a perpetuas faltas disciplinarias. Cuántas peleas, le pregunté. Contó doce con presos negros y tres con blancos, todas ellas luchas a vida o muerte. Su condena de 25 años se había prolongado cada vez. Pero al haber terminado casi exclusivamente con negros, había ganado más respeto por ellos. También podían defenderse. Me contó lo enfadado que estaba cuando compartió por primera vez -antes de que yo lo recogiera en 1991- una celda con un hombre negro. Había hecho entrar una pistola de contrabando y había disparado al “negro”. No para matarlo (se habrían añadido años a su condena). Le había disparado en la pierna para que lo sacaran de su celda.

Eso no era posible en esta prisión de “alta tecnología”, y había aprendido a vivir con su compañero de celda negro. “Él no se mete conmigo y yo no me meto con él”. Nunca hablaban de relaciones raciales. Ninguno de los dos sabía lo que le esperaba al otro. Sarah era la única de sus víctimas que conocía, así que me sentía especialmente responsable

como su mensajero. Como Woody no recordaba en absoluto la noche en que la había apuñalado, me pidió que le contara con detalle lo que había sucedido. “Esa pobre chica”, dijo varias veces durante nuestra charla. Sobre su comportamiento “animal” en la sala, cuando la había amenazado, sólo recordaba que había sido “un gilipollas” sin saber siquiera que Sarah estaba presente. Le dije lo importante que había sido para Sarah ver la carta que Woody me había enviado en la que le pedía perdón, y le pregunté si estaba preparado para una reunión entre víctima y agresor para curar las heridas. Después de muchas deliberaciones, respondió que no estaba preparado para ello. Entonces cometí un terrible error. Dije que Sarah había sido más comprensiva de lo que esperaba porque su propio hermano estaba en prisión. Los esfuerzos de Woody por pensar en términos compasivos fueron inmediatamente aplastados, y el asesino que había en él emergió. “Tienes que darme el nombre del hermano de Sarah”, exigió. “He oído decir a los presos trasladados desde Angola que aquí hay un preso que quiere matarme. Aquí hay que matar o morir”. Sabía que el preso era probablemente el hermano de Sarah, ya que, durante mis conversaciones con ella, su otro hermano no dejaba de decir con rabia: “¡Si pudiera ponerle las manos encima a ese tipo!”.

Así que, de repente, me vi envuelto en una lucha a vida o muerte y me di cuenta de que ser mensajero, constructor de puentes u hombre de reconciliación podría no ser tan fácil como había imaginado. Al igual que el propio Señor, ¡tenía que decidir cuál de ellos iba a morir! Si no revelaba el nombre, sería Woody, mi amigo, quien un día probablemente sería degollado por la espalda. Sabía que no diría el nombre a Woody, pero también sabía que si seguía negándome lo alejaría.

En general, volver a encontrarme con Woody fue una experiencia impactante. Hubo varias razones para ello, una de las cuales fue que tuve que revisar mucho de lo que había dicho sobre él en mi presentación. Todavía podía vislumbrar al niño herido que había en Woody, pero cada vez era más difícil no verlo con los ojos prejuiciosos de la sociedad. Sabía que no tendría el valor de liberar a este hombre en su estado actual, pero también sabía -como me recordaba a mí mismo- que esta condición había sido causada por esta misma sociedad juzgadora y desechable, por no mencionar el embrutecimiento adicional al que le había sometido la prisión.

Tan difícil como era ocultar el nombre del hermano de Sarah, era casi tan difícil no hablarle a Woody de Dawn, el único amor de su vida. Esa misma mañana había llamado a

la madre de Dawn, Adeline; estaba en shock. Dawn había intentado suicidarse la noche anterior. La habían encontrado medio muerta en un horno de gas. Adeline me había pedido que no se lo dijera a Woody, pero éste no dejaba de preguntarme por ella. Y había otras noticias: Dawn había tenido un hijo con el mejor amigo de Woody. Sabía que Woody querría matarlo junto con el hermano de Sarah. En este breve relato, sólo he insinuado algunos de los problemas con los que me topé en mi intento de ser amigo de todas las partes en un submundo de violencia que tiene sus propias y confusas reglas. Durante los tres días de viaje de vuelta a Nueva York, bajo una deprimente lluvia que duró los tres días, no pensé en mucho más que en esto: *Mi dilema americano*.

1998

Casi dos años después de mi visita a Woody, recibí una sorprendente carta de Navidad. Era del peor de los tres asesinos en serie: el hermano mayor de Woody, Sammy, a quien había intentado visitar en la cárcel (también en 1996). Como líder de una banda aría, seguía asesinando negros en la cárcel, por ejemplo, echándoles gasolina y prendiéndoles fuego mientras dormían. Ahora se disculpaba por no haber respondido a mi carta. Estaba legalmente impedido, dijo, ya que había pasado dos años en el “agujero” por apuñalar a un preso negro hasta la muerte. Sin embargo, ahora quería hacer algo más creativo y me preguntó si algunos de mis amigos podrían ser sus amigos por correspondencia. Varios de mis amigos negros de la zona eran sus guardias de prisión. Después de usarlos como referencias y de esperar muchos años, finalmente conseguí permiso para visitar a Sammy. (El alcaide era un cristiano que creía en el perdón.) Desgraciadamente, después de conducir casi una semana para llegar allí, me encontré con que la prisión estaba cerrada por un contagio de gripe porcina.

Con una mujer negra en 2003

En 2003 decidí llevarme a una mujer negra para ver cómo reaccionaba la familia. “Quiero ver si te matan a ti también”, bromeeé con Rikke Marott, una modelo de Dinamarca. “Jacob”, dijo nerviosa, “soy una joven negra. Tú eres un hombre blanco de mediana edad. La mitad de los hombres de estas zonas están en la cárcel por matar o violar a negros”. Le contesté: “También matan a los blancos”. “Eso no lo hace mejor”.

Primero fuimos a ver a la madre de Sammy y John, Rose. Quería saber más sobre sus antecedentes. Rose dijo que venía de una familia extremadamente pobre: “Crecí en los

pantanos, habitados por casi nadie más que nuestra familia. Nuestra casa sólo tenía una habitación, donde dormíamos los nueve. Éramos tan pobres que todos teníamos que quedarnos en casa y ayudar a mamá y papá a trabajar. Como la mayoría de los pobres, ayudábamos a trabajar en los pantanos como pescadores de camarones. Un trabajo realmente duro. Hasta los 13 años las autoridades no nos encontraron y nos enviaron a la escuela, pero dejé de hacerlo después de 5º grado porque mamá y papá nos necesitaban para trabajar. Así que nunca aprendí a leer y escribir entonces”.

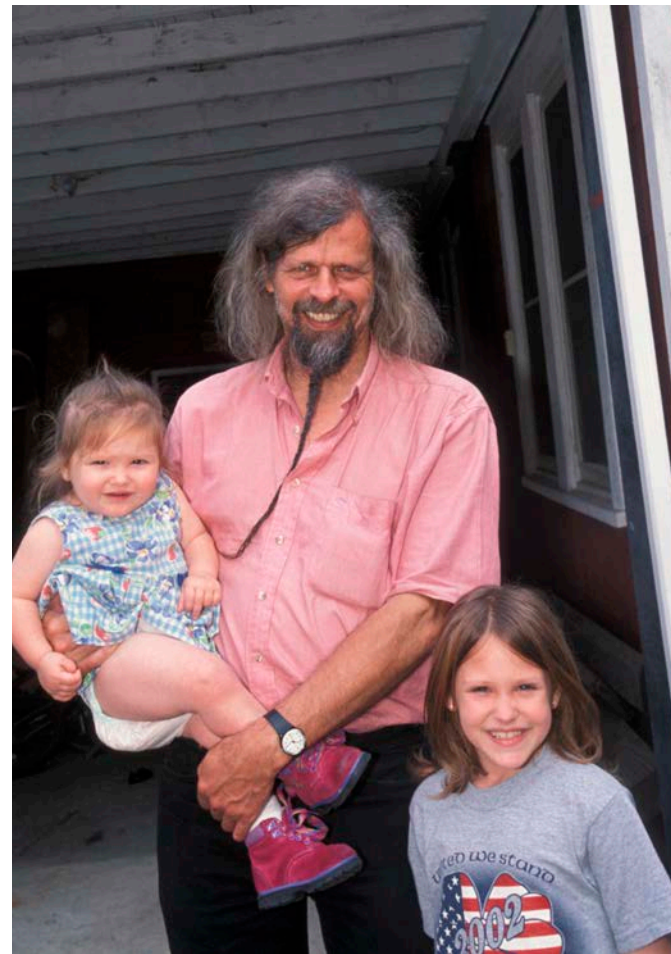
Rikke señaló a su adorable hija pequeña en la pared. “Sí, mi hija de ahí desapareció en el 67. Tenía 16 años. Recibí una llamada anónima: una voz decía que se había ahogado en un puerto”. Rikke preguntó: “¿Quién llamaba?” “Quizá el asesino, porque nadie más sabía dónde estaba. Nunca la encontraron. Eso es lo peor”. Su voz temblaba y sus ojos rebosaban de lágrimas. “Hace 35 años, pero nunca he perdido la esperanza de que ella vuelva algún día”. “¿Y sus otros hijos?” “Nuestra familia está maldita. Ha habido muchos asesinatos y accidentes: estamos malditos. Mi hijastro está en la cárcel por intento de asesinato: le cortó el vientre a una joven. Ella sobrevivió, pero nunca podrá tener hijos”.



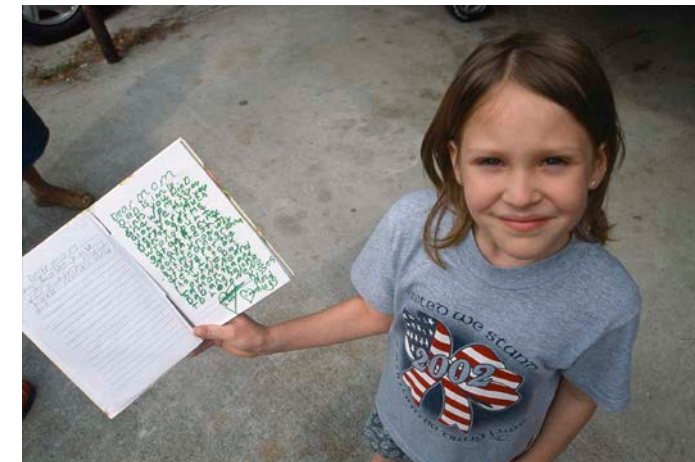
Rose mostrando la foto de su hijo Sammy en la cárcel a Rikke Marott

Cuando entrevisté a Rose sobre cómo el padre de Woody le había arrancado el útero, rompió a llorar, avergonzada de que yo lo supiera. Después de lo ocurrido, se sintió tan avergonzada por no tener útero que no fue al hospital durante un mes. Incluso entonces sólo fue porque la hemorragia era muy grave. En los momentos previos a la tragedia, Vincent, que había estado bebiendo mucho, le gritó: “¡Me aseguraré de que nunca puedas tener hijos con otro hombre!”. Rose dijo que había querido dejarlo, pero antes de que apagara la cámara, pasó a confesar que había matado a su marido con un hacha. No se había “caído de la cama” como todos me habían dicho. Emocionándose aún más, habló del asesinato de la hermana mayor de Woody. Adeline me había contado en primavera que se había suicidado a los 16 años, tras una larga relación incestuosa con su padre. Ahora Rose decía que su hija, de hecho, había sido asesinada. Adormecidos por haber oído hablar de todos los asesinatos, nos olvidamos de preguntar si también lo había hecho el padre, cuando ella continuó rápidamente. “Tengo otro hijo en la cárcel por asesinar negros”, continuó Rose. “Mató a gente al azar”. Describió con detalle (y en vídeo) todos los asesinatos, pero no mencionó que las víctimas eran todas negras. Rikke dijo después: “Intenta protegerme porque soy negra, pero no tenía por qué hacerlo. Me sentía cómoda con Rose. Podía sentir que a ella no le importaba el color de mi piel. Lo importante para ella era que había otro ser humano que intentaba entender de dónde venía”.

Cuando nos preparábamos para irnos, dije: “Bueno, Rose, vamos a visitar a John”. “La esposa de John está muerta”, dijo Rose. “Connie se mató el año pasado en una de sus peleas de borrachos cuando se fue en el coche y lo estrelló. John ya no es pescador de camarones. Trabaja en un barco y se ausenta durante días. Ahora no está en la ciudad”. “¿Y los niños?” Pregunté. “Se los llevaron las autoridades”, dijo Rose. “Mi hija cristiana tiene a los dos más pequeños. El mayor, que tiene 17 años, vive con John y su nueva novia”. Me sorprendió, pero no me sorprendió. La muerte violenta de Connie fue causada por una peligrosa mezcla de cocaína, alcohol sin fin y rabia sin curar. Ansiaba volver a verla y se me saltaron las lágrimas cuando hice el largo viaje para visitar a sus hijos. ¿Se acordarían de mí después de siete años? Me sentí aliviado cuando llegamos a su nueva casa, “con una buena familia cristiana”, y, como si fuera un tío querido, Ángel salió corriendo y saltó a mis brazos con una alegría incontrolable. Se dice que los niños no recuerdan nada de antes de los dos o tres años, pero estaba claro que se acordaba



Angel, de 9 años, con su nueva hermana Sally en 2003



Angel con cartas a su madre sobre cómo ser una niña mejor

de mí, llegando con mi vergüenza por haber querido pegarle cuando era una niña. Afortunadamente, este no era su recuerdo duradero de mí. Al parecer, me había experimentado en la infancia como el único forastero “cuerdo” que presencié lo profundamente traumatizada que estaba. La suya era una familia de la que tanto los blancos como los negros habían huido allá en los pantanos. Aunque sólo había estado con Angel, de dos años y medio, durante un día en la primavera de 1996 y durante unos días en otoño, cuando tenía tres años, ahora podía ver lo mucho que había significado para ella nuestra breve visita de entonces, cuando tenía nueve años. Me arrastró de la mano para conocer a su nueva familia, para enseñarme la hermana pequeña que había adquirido y una carta de amor que había escrito a su madre, ya fallecida, prometiendo ser “una buena niña”.



Natasha, de 16 años, quería a Rikke Marott



Con Natasha en 2003, poco antes de escapar de su padre

La joven Natasha, de 17 años, que casi había matado a un chico negro con piedras y que desde entonces había pasado dos años en prisión por otros delitos, estaba igualmente entusiasmada con nuestro reencuentro.

También estaba encantada de conocer a Rikke, con quien quería ser fotografiada sin cesar. Puede que se hayan criado para “matar negros”, pero su dolor no discriminaba el color de la mujer que les ofrecía amor y la esperanza de calmar ese dolor. Rikke, que fue adoptada por una familia danesa de clase media, llegó con todo el exceso de amor que estos niños carentes de afecto ansiaban. En mis siguientes visitas, a lo largo de los años, me preguntaban por qué no había traído a esa “encantadora mujer de color”.

2009

Sin embargo, la maldición familiar seguía persiguiendo a los niños: John se las arregló para recuperarlos. Trabajaba en el extranjero, así que no volví a verlo hasta 2009, ahora en otra caravana con un pequeño terreno alrededor. Llegué a esperar sorpresas cuando visitaba a un asesino en serie y supuse que me esperaba otra cuando le pregunté por qué su césped estaba rojo de sangre. Me respondió con la voz oxidada de un hombre mayor endurecido:

“Bueno, Jacob, ya sabes que siempre hacemos locuras cuando nos emborrachamos. Anoche estaba tan borracho que salí a disparar al blanco contra mi única vaca. La vaca



John mostrando cómo el césped se puso rojo de sangre en 2009



John con su hijastro y su nieto Connie mostrando las armas que utilizó para el asesinato la noche anterior



John con el hijo menor de Natasha abandonado



Angel a los dos años con su tío Woody que luego la violó

se asustó tanto que saltó la valla y salió corriendo. Entré corriendo a buscar mi rifle y me subí a mi caballo para perseguirla. Y después de un salvaje paseo a medianoche por el pueblo, maté al maldito bastardo a unos ocho kilómetros al otro lado del pueblo. Y esta mañana fui con mi hijastro de 15 años a buscarlo en la camioneta. Lo hemos descuartizado aquí, en el maldito césped”. Le contesté: “Bueno, al menos ya no matáis negros”.

“No, todos nos suavizamos cuando nos hacemos mayores. Creo que dejé de hacerlo más o menos cuando te conocí”. Me sentí tan aliviado de que su ira juvenil (y letal) se hubiera calmado que esta vez me fui a pescar gambas con él a lo profundo de los pantanos, donde por primera vez tuvimos tiempo de hablar de verdad sobre su vida y sus violentas peleas con Connie, que al final le habían costado la vida. Lo que me entristeció fue que sus dos hijas, a las que había venido a ver, habían desaparecido.

Natasha había huido de él en la época en que la vi por última vez y ahora tenía dos hijos, a los que había dejado con John. No sabía dónde estaba; “probablemente en la cárcel otra vez”, supuso. Y Ángel estaba ahora en la cárcel. Después de 16 años, Woody había salido en

libertad condicional y se había mudado con John. Había violado a Angel, de 13 años, y la había convertido en una drogadicta. John estaba tan furioso que volvió a meter a su propio hermano en la cárcel, esta vez de por vida, por haber violado la libertad condicional. Ángel tampoco era una santa. A los 13 años había robado un coche para llevar a unos amigos a un McDonald's y fue condenada a un centro de menores. Se escapó un año después robando uno de sus autobuses escolares amarillos. No tengo ni idea de cómo ella, tan pequeña como era, podría haber alcanzado los pedales. Tal vez no pudo, ya que estrelló el autobús y lo destrozó. Ahora estaba cumpliendo una condena de varios años en una prisión tan lejana que John no podía permitirse ir allí. Observé que John, junto con su nueva esposa, intentaba criar a sus dos nietas mejor de lo que lo había hecho con sus hijas. Una de ellas se había llamado Connie en honor a su abuela fallecida. Sentí que John estaba ahora en el camino correcto y estaba más preocupado por Natasha y Angel.

2012

No localicé a Natasha hasta 2012. Se puso en contacto conmigo porque quería mi ayuda para enviar a su padre a la cárcel. Se había enterado por Rose, su abuela, de que en realidad había sido John quien había cometido el asesinato en el mercado por el que su tío Sammy estaba cumpliendo cadena perpetua. Aunque Natasha nunca había conocido a Sammy, le parecía inconcebible que estuviera encerrado cuando sabía que su propio padre había matado a muchos más negros. Nunca había entendido por qué Sammy había sido condenado a cadena perpetua por asesinar a un padre negro delante de su familia, cuando Woody dice claramente en la cinta que fue John quien cometió el crimen. (La condena de Sammy había sido la razón por la que a menudo había dudado de la historia de Woody.) John incluso me había mostrado cómo había clavado el cuchillo en el corazón de su víctima. Como había tantos testigos del crimen, Sammy y John sabían que uno de ellos iría a la cárcel. Según Natasha, los hermanos hicieron un trato en el acto. Sammy se ofreció a asumir la culpa “porque tú, John, estás intentando formar una familia. Yo no tengo hijos y me buscan por tantas otras cosas que acabaré en la cárcel de todos modos”.

Vaya, pensé. Debido a este extraño y honorable acuerdo, alcanzado para evitar que Natasha se quedara sin padre, Natasha quería a su propio padre en la cárcel.

Ahora tenía 23 años y me pareció que era el momento de preguntarle cuánto podía recordar de los asesinatos que habían ocurrido en su infancia. Puse una cámara de vídeo



Con Nastasha durante nuestra conversación terapéutica en 2012



Natasha con sus amigos locos cocineros de metanfetamina en "el agujero" esa misma noche



Natasha y sus amigos en el bar de la noche



Bebiendo "chupitos" de tequila de los pechos de Natasha



Natasha y Angel en una foto familiar

delante de nosotros en un ruidoso patio trasero detrás de la choza en la que vivía. Insistió en que primero compráramos una botella de whisky: "Tengo tanto que contarte". Al principio parecía que había reprimido durante tanto tiempo los recuerdos que sólo resurgían con dificultad, pero después de un par de horas, se me ocurrió poner un clip de sonido del espectáculo digitalizado que había hecho 20 años antes con su tío Woody. Cuando puse esta cinta, rompió a llorar y empezó a temblar violentamente mientras yo la abrazaba. Fue como si abriera heridas profundas de su infancia, y me contó las veces que había ayudado a limpiar el coche de sangre después de que John hubiera salido a "matar negros" y sobre algunos de los asesinatos de los que ella misma había sido testigo. "Íbamos por la carretera y un negro en un pequeño Honda le cortó el paso a papá. Papá lo persiguió y lo golpeó. Vi cómo ese negro caía a la cuneta. Papá lo golpeó literalmente a 80 kilómetros por hora. Papá estaba sentado allí riéndose, diciendo que este maldito negro no iba a cortar a nadie más. Así que un día después salió en la radio, que si había algún testigo que se presentara. Había una recompensa y todo". "Así que lo escuchaste en la radio y supiste que era tu padre".

"Sí, yo estaba allí con él".
 "Y entonces sentiste remordimientos. ¿Fue la primera vez que sentiste que algo estaba mal?"
 "Sí, la única vez que pensé que algo estaba mal, porque lo vi con mis propios ojos".
 "¿Sólo porque lo buscaban por eso?"
 "No sé si fue porque le buscaban por ello, pero yo estaba allí y lo vi todo. No soy una persona violenta, violenta. No me malinterpretes. Tengo muchos problemas de ira, y si alguien me cabrea, verá lo peor de mí, pero no soy un asesino a sangre fría. Papá te miraría a los ojos y te apuñalaría, sólo por estar ahí. No tiene culpa, ni remordimientos".
 "¿Pero no sabías que estaba mal matar a la gente?"
 "No, nos educaron para matar negros, ¿cómo iba a hacerlo? No fue hasta que tenía unos 14 años y escuché eso en la radio que empecé a ponerme en contra de mi padre. Y poco después de veros a ti y a la simpática señora de color la última vez, me escapé de casa".
 Me quedé en shock porque ahora quería utilizar mi cinta de Woody como prueba en el tribunal contra su propio padre. Ella lo amaba, pero ahora lo veía como un asesino despiadado. Y sin embargo, John se había convertido con los años en mi amigo de confianza. Me contaba cualquier cosa, pero yo, de alguna manera, siempre pensaba o esperaba que sólo estuviera fanfarroneando. Además, siempre lo vi como una víctima.
 El whisky y los horribles detalles sangrientos nos excitaban cada vez más a los dos. Sentada a mi lado frente a la cámara, empezó a besarme y abrazarme (fotografiada con entusiasmo por su nuevo novio, el padre poco después de su tercer hijo). Lo hizo cada vez más, como reacción a la alegría de sacar de su corazón algo que había reprimido durante tanto tiempo. Cuando hablaba de su padre, no dejaba de justificar sus acciones con frases como "Mi padre no quería que le jodieran los negros". Capté algunas pistas más sobre el pasado de John en su lenguaje, pero fue ella misma quien mencionó casualmente su violación.
 "¿Tu padre fue violado? ¿Por quién, por su padre?"
 "Sí, lo violaron de niño. Antes de cumplir los trece años. Y a Sammy también. Todo el tiempo".

"¿Cómo sabes eso?"
 "Porque mi padre me lo contó cuando estaba borracho".
 "¿Cómo te lo dijo?"
 "Hablamos de muchas cosas, y dijo que se habían aprovechado de él cuando era niño. Yo le dije: '¿Cómo que se aprovecharon de él? Una vez me dijo: 'Cariño, la razón por la que fui tan sobreprotector contigo cuando eras joven fue por lo que me pasó cuando era niño'. No quiso entrar en detalles, ¿por qué iba a hacerlo? Es un hombre adulto. Así que no le pedí más. Ciertas cosas nos hacen sentir culpables a él y a mí. Como padre e hija, podemos maldecirnos el uno al otro, pero a la hora de la verdad, nos pondremos espalda con espalda y lucharemos por esas cosas sin mostrar emociones".

Más tarde, esa misma noche, veía que esos sentimientos se exteriorizan de diferentes maneras. Ambos estábamos emocionalmente devastados después de estas revelaciones de un día, durante las cuales ella, como testigo ocular, había confirmado los horribles asesinatos de negros de los que Woody me había hablado 20 años antes. Y lo que es más importante, también me había dado la explicación más profunda de todo ello: tenía sus raíces en una profunda rabia no sanada, derivada a su vez de la constante violación de dos niños pequeños o jóvenes.
 Al final del día estábamos completamente agotados, pero Natasha insistió en que la llevara a la licorería. Después, quería llevarme "al agujero", que yo sabía que era el peor lugar de América. En el agujero (lugar de reunión de los adictos a la delincuencia), se nos unieron sus amigos, los adictos al crack y a la metanfetamina más salvajes que jamás había visto. Con Natasha claramente fuera de sí, uno de ellos nos obligó a subir a mi coche de alquiler (yo en el asiento trasero y Natasha en el delantero). El viaje más salvaje de mi vida estaba a punto de comenzar. Condujimos a 160 kilómetros por hora por las calles, en contra del tráfico, por calles de un solo sentido y por callejones oscuros, a menudo con cubos de basura volando a nuestro alrededor como en una escena de persecución de Hollywood. Varias veces Natasha intentó suicidarse tirándose por la puerta. Al principio, pensé: "¡Maldita



Llevando a Natasha a casa a las 5 de la mañana

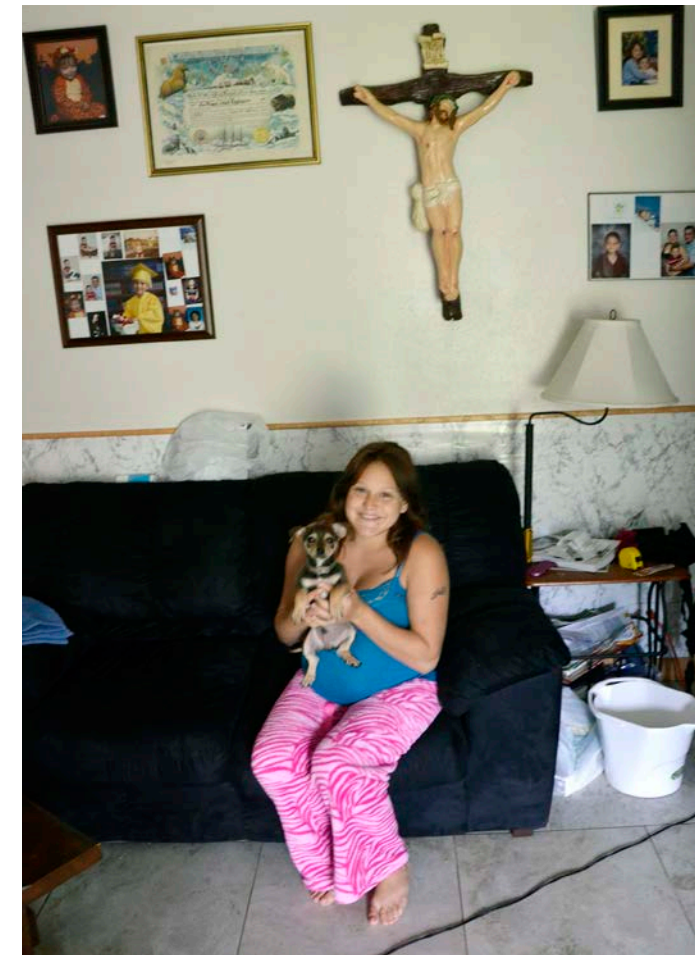
sea! ¿Por qué no contraté un seguro para el coche de alquiler en el aeropuerto de Atlanta?". Un poco más tarde, pensé: "¿Por qué no contraté un seguro de vida?". Estaba absolutamente seguro de que con un conductor tan borracho y drogado mi vida estaba a punto de acabar exactamente igual que la de la madre de Natasha. A última hora de la noche, tras una persecución a gran velocidad por muchos ríos y pantanos, acabamos en un bar vacío donde Natasha se despertó. Sacando su cuchillo, exigió chupitos para todos nosotros e insistió en que me los bebiera de un vaso exprimido entre sus pechos. Tradición local, creo que dijo. Me sentía más seguro entre sus cuchillos que conduciendo con ellos, así que pospuse el viaje a casa hasta que Natasha se hubiera desmayado. Parecía tan "muerta" que pensamos que había tenido un ataque al corazón. La llevamos al coche y condujimos a casa, donde, a las 5 de la mañana, cargamos su cuerpo enormemente pesado -se parecía al de su madre con todo el peso que había ganado- hasta el salón. Luego huf de la escena del crimen, aliviado por estar vivo pero temiendo que la policía apareciera y comparara las abolladuras de mi coche con las cosas que habíamos destrozado esa noche. Natasha, como ocurrió, estaba embarazada y poco después dio a luz. Cuando volvió a caer en la cárcel, también le quitaron este hijo.



Ángel embarazada de su marido temporal en 2012



Connie dando una paliza a Ángel - "la mala" - en 1996



Ángel embarazada y feliz en casa de sus suegros 2012

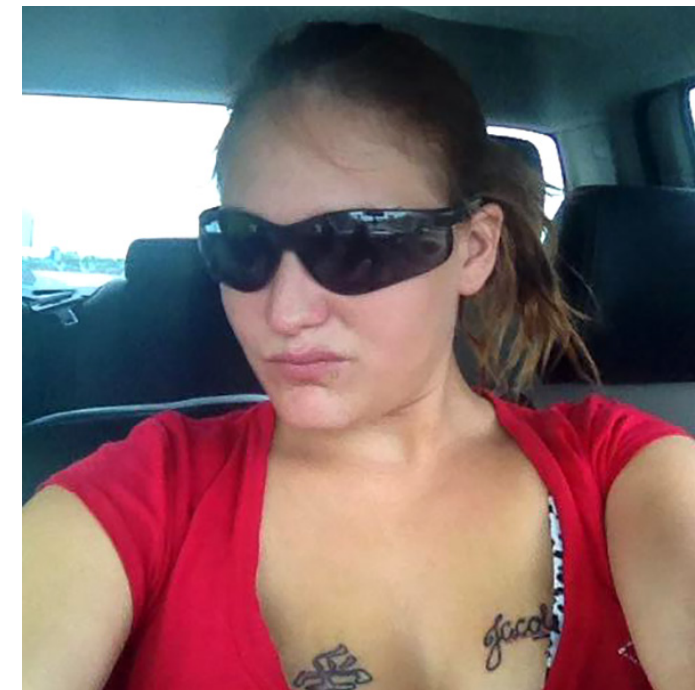
Más tarde, ese mismo día, la suerte me acompañó y encontré a Ángel en un pueblo lejano. Hacía casi 10 años que no la veía (había estado en la cárcel) y me sorprendió de nuevo que saliera corriendo a abrazarme de la misma manera que cuando tenía 9 años. Ahora tenía 19 años y estaba embarazada. Su marido era un tipo rudo de los Ángeles del Infierno que se parecía al joven Woody brutalizado por la cárcel. Natasha no había anunciado mi llegada porque ya no estaban en contacto. Cuando mencioné que Natasha quería a su padre en la cárcel, Ángel no pudo entender por qué, pero entonces ella había sido demasiado joven para presenciar todos los asesinatos. A los dos años sólo había aprendido las palabras que recordaría como las primeras: "Matamos a los negros", sin entender lo que significaban. Después de años de representar la rabia de sus padres, condenándola a ser "la mala", había salido de la cárcel y quería formar una familia. Sentada allí, entrevistándola, me sorprendió de nuevo lo pequeña que era. Tenía esperanzas en el futuro y, antes de irme, me pidió que le hiciera unas fotos con el hombre con el que se había casado en casa de John. Aunque vivía con relativa comodidad con los padres de su marido, estaba claro que no quería que me fuera.

Durante los ocho años siguientes, Ángel me envió una carta desesperada tras otra, a pesar de que apenas podía escribir. Primero sobre el nacimiento de sus dos hijos, con el tamaño y el peso exactos de cada uno, luego sobre cómo su marido la había abandonado y cómo había acabado en una caravana tan deteriorada como aquella en la que había nacido: pobre y sola con sus dos hijos. A continuación, una petición de ayuda tras otra desde varias prisiones, después de que le quitaran a sus hijos por la fuerza. Cuando le pregunté por Natasha, lo único que sabía era que también estaba en la cárcel.

Más recientemente, tras cumplir su condena, Ángel encontró un nuevo marido, tuvo un bebé con él y parecía bastante feliz. Ahora me manda gritos de auxilio cuando John, su padre, ha sido hospitalizado, como consecuencia de años de consumo excesivo de alcohol. "Papá quiere verte. Por favor, vuelve, Jacob. Te pagaré el billete de avión". Es obvio que no tiene ni idea de lo lejos que está Dinamarca ni de lo caro que es ese billete. Durante los últimos años, su última esperanza desesperada ha sido el presidente Trump, y el nuevo marido de Ángel escribe largos posts en Facebook sobre "el trato injusto

que recibió Trump después de todo lo que ha hecho por nosotros, los pobres."

Aunque siento que esta familia traumatizada ha sido tratada injustamente por todos los triunfadores de la sociedad, algo que me ha enseñado mi amistad de 30 años con ellos es la importancia -por poco tiempo que nos quede en nuestras ocupadas carreras- de intervenir como ángeles salvadores en favor de los niños maltratados y abandonados que nos rodean. Porque aunque sólo pasé unos días con Ángel cuando tenía 2-3 años, nunca me olvidó, como dejó claro un día cuando tenía 9 años y una tarde cuando tenía 19. Hasta el día de hoy me escribe y llama constantemente, y ahora incluso tiene mi nombre tatuado en el pecho (como se ve aquí).



Divorciada y sola con dos hijos y el tatuaje de Jacobo 2018

Segunda parte

Romanos 7:15, 18-19

¿Qué sucede con un sueño aplazado?

*¿Se seca como una pasa de uva al sol?
como una pasa al sol?*

O se encona como una llaga

¿Y luego se escapa?

¿Apesta como la carne podrida?

¿O se encrespa y se azuza...

¿como un dulce almibarado?

Tal vez sólo se hunde

como una carga pesada.

¿O explota?



1987 - Hablo en la universidad de Tufts, MA

El gueto en nuestras mentes

Treinta años de talleres sobre racismo para estudiantes estadounidenses han reafirmado mi creencia en las buenas intenciones de la gente. Recogerán comida para los guetos o se darán la mano por toda América, como hicieron los estudiantes que se ven a continuación, porque el racismo hoy tiene poco que ver con el color de la piel o la religión.

A menudo oigo a los blancos decir que les gustaría poder adoptar niños negros “para que sean como nosotros”.

Así, es su comportamiento diferente el que “culpamos” y del que “nos distanciamos” en nuestro pensamiento racista. El comportamiento diferente con el que formamos a las personas cuando durante siglos excluimos a los negros en EE.UU. o a los gitanos en Europa. O el comportamiento diferente de haber sido formados por culturas y dictaduras opresivas, como muchos de nuestros musulmanes inmigrantes -o nuestros antiguos judíos de Europa del Este- llegaron con.

Nuestra autocomprensión como norteamericanos de “mentalidad liberal” se ve por tanto sometida a la primera prueba real cuando de repente nos enfrentamos a un inmigrante de fuera de “nuestro” territorio, alguien cuyo comportamiento es incomprensible en términos de “nuestros valores”.

En la segunda parte veremos cómo, por muy buenas que sean nuestras intenciones, tendemos a reaccionar cuando millones de negros pobres (cristianos) del sur de Estados Unidos o inmigrantes de países musulmanes pobres buscan refugio en el norte con la esperanza de ser considerados finalmente como iguales. ¿Estamos a la altura de nuestros elevados ideales y los incluimos en nuestra comunidad? ¿O huimos del desafío hacia el “racismo evasivo” y les obligamos a entrar en un gueto opresivo, ya sea real o mental?



1986 - 5-6 millones de personas tomadas de la mano en toda América como parte de la campaña “We are the World”



1974 - Greenville, NC



1973 - Boston



1975 - rural Eastern SC



1974 - Queens, NYC

Cegueras ideológicas

(o Deuteronomio 15: 7-11)

En todos los lugares a los que voy me encuentro con una escandalosa incompreensión de la gente hacia el sufrimiento que les rodea. La gente del Norte habla de la pobreza en el Sur, pero es incapaz de ver la pobreza en sus propios guetos. La gente del Este habla de la pobreza de los indios en el Oeste sin ver su propia pobreza negra; la gente del Oeste habla de la pobreza de los negros en el Este, pero no ve la pobreza de los indios en su propia puerta. Y en el Sur no se habla de la pobreza en absoluto.

El ejemplo más llamativo de esta ceguera lo vi en Mississippi cuando me llevó un representante del tipo optimista habitual. Hablaba sin parar de que éste era un país con oportunidades para todos. Todo el mundo puede tener éxito, si sólo lo desea. Cualquiera puede hacerse millonario en diez años. Si uno tiene la fuerza y el deseo, puede salir adelante por sí mismo. Oigo las mismas frases tan a menudo mientras conduzco por una carretera con chabolas a ambos lados, que probablemente no le habría prestado atención si ese día en concreto no hubiéramos pasado por un tramo del delta completamente inundado. Estaba en la parte más pobre del Misisipi, donde no se ve casi nada más que chabolas con tejado de hojalata habitadas por pobres granjeros arrendatarios, cuya única propiedad suele ser sólo una mula y un par de cerdos. El río Misisipi se había desbordado recientemente y un montón de mulas y cerdos ahogados yacían a lo largo de la carretera. La gente se sentaba en los tejados de sus chozas, y en algunos lugares sólo la chimenea sobresalía del agua. Otros remaban alrededor de sus casas en botes tratando de salvar a sus mulas ahogadas. Después de que hubiéramos conducido por estos alrededores durante una hora, le pregunté si conocía la expresión “dejar que la gente reme su propia canoa”, tras lo cual pedí que me dejaran bajar aunque sabía que podrían pasar días antes de que me volvieran a llevar a esa parte del Mississippi.



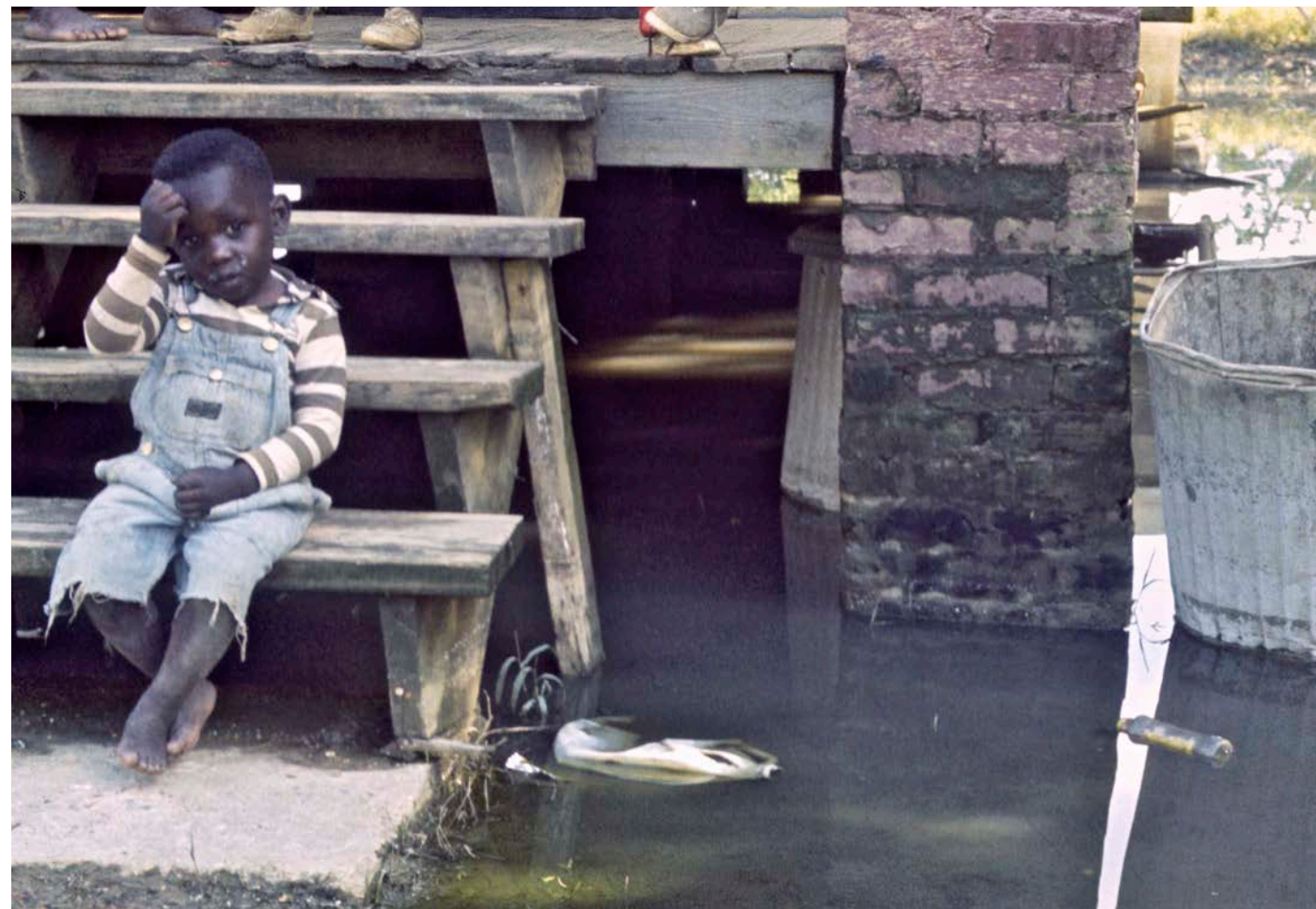
1974 - NYC

Un día paseaba por la calle en Detroit con una mujer negra que había sido Pantera Negra cuando tenía dieciséis años, pero que ahora era trotskista y feminista. Íbamos de camino a una reunión trotskista, así que debía ser un viernes. Siempre voy a esas reuniones los viernes en las grandes ciudades, ya que suelen servir café y pastel gratis. Los domingos y los miércoles suelo ir a reuniones de café en las iglesias. En una iglesia, normalmente sólo se tarda una hora en tomar el café, pero con los trotskistas hay que pasar por un infierno antes de obtener la recompensa final. A menudo tienes que sentarte a través de un rígido sermón de tres horas sobre la salvación de las “masas”, pero luego, por otro lado, te lanzas sobre el pastel con mucha más alegría después. Pues bien, este viernes, cuando íbamos de camino a nuestra reunión de la tarta para las masas, nos cruzamos con un mendigo en la calle con la mano extendida. Entonces ocurrió lo que menos esperaba: la mujer rechazó totalmente al mendigo, apartando su mano de un golpe. Me quedé bastante sorprendido y le pregunté por qué no le había dado dinero, ya que sabía que tenía algo. “Ese tipo de tonterías tienen que esperar hasta después de la revolución”, respondió. Lo pensé un poco y luego pregunté de forma ligeramente provocativa: “Bueno, pero ¿y si la revolución no llega en su vida?”. No se habló más del tema.

A diferencia de la clase media, de la que proceden estos dos ejemplos, la gente de la clase alta suele ser conmovedoramente servicial con los pobres y sus sufrimientos, si los ven por casualidad. Encontré un ejemplo conmovedor de esto en Gainesville, Florida, cuando vivía con un hombre rico que tenía una compañía de seguros. Un día le acompañé cuando estaba ayudando a un campesino a sacar su única mula de un agujero de barro en el que había caído. El campesino estaba sumergido en el pozo de barro, con el agua hasta el cuello, luchando por mantener la cabeza de la mula fuera del agua, mientras el hombre



1973 - NYC



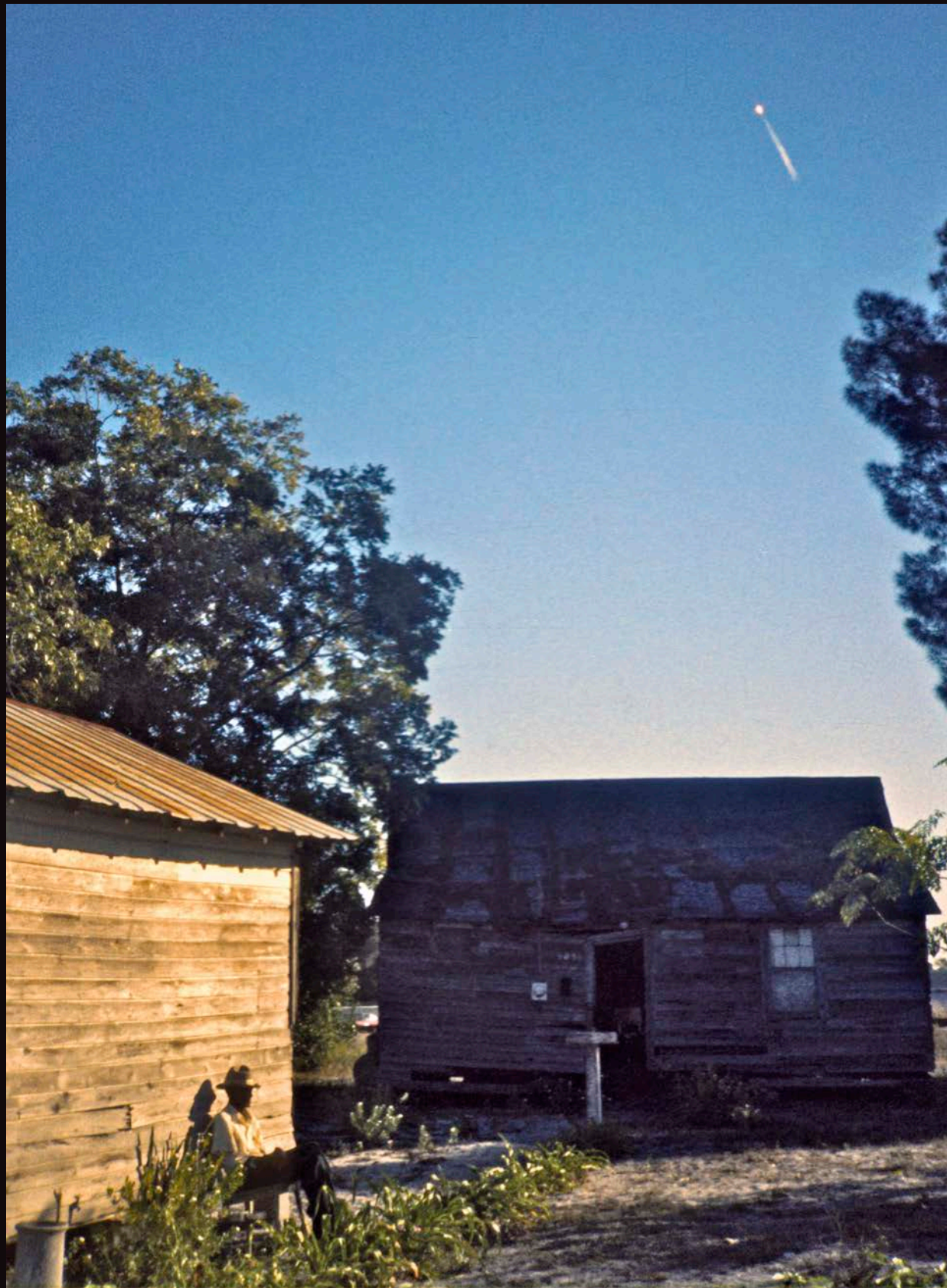
1973 - inundaciones en el delta alrededor de Greenwood, MS

rico estaba sentado en su helicóptero intentando sacar a la mula. La situación era tan parecida a una caricatura de un periódico comunista que no podía evitar reírse, pero ni el proletario ni el capitalista le veían la gracia. Sería perfecto que el propio rico cayera en el pozo de barro, pensaba yo. Mi piadosa esperanza se hizo realidad, pues poco después, cuando aterrizó y se acercó al pozo de agua, resbaló en el barro y se rompió, por desgracia, una pierna. Como tendría que guardar cama durante algún tiempo, me permitieron tomar prestado su Mercedes, y fue durante uno de mis viajes en él que encontré la choza de Linda en una carretera secundaria desierta.

Un día, el millonario playboy Tommy Howard (página 170) me recogió en su Jaguar y me llevó a una lujosa estación de esquí en la que gastó toneladas de dinero para conseguir “chicas”. Pero le impresionó tanto mi lema de vagabundo, “La seguridad es estar en la carretera sin dinero”, que primero me dio las llaves de su lujosa casa, pero poco después encontró su vida de pareja tan vacía que vendió todos sus negocios para “vivir según su filosofía de vagabundo” y pasó los siguientes 7 años haciendo autostop y viajando por todo el mundo. En África hizo su primer amigo negro. La ironía era que vivía en una ciudad con un 50% de negros, pero nunca había tenido un negro en su casa, a excepción de aquellos con los que venía haciendo autostop. et

mi sociología vagabunda me había enseñado hace tiempo que mi filosofía de bolsillo de outsider para encontrar la felicidad y la seguridad sería una ofensa si se convertía en ideología. Tanto si no tienes nada como si tienes mucho dinero, es una ceguera arrogante hacia todos aquellos que por desgracia se han visto obligados a quedarse sin hogar y en la pobreza. El hecho de que Tommy pudiera mudarse a una enorme autocaravana en la que escribió su libro de viajes “La máquina de la libertad” -mientras que yo podía viajar en mi furgoneta personalizada dando conferencias sobre “la libertad de decir sí”- demostraba de nuevo nuestro privilegio blanco compartido en una sociedad sin libertad.

De las cartas



1974 - Titusville, FL



1974 - rural Greenville, NC

- ¿Crees que el hombre negro es libre hoy en día?
Ex-esclavo Charles Smith: - No, nunca ha sido libre.

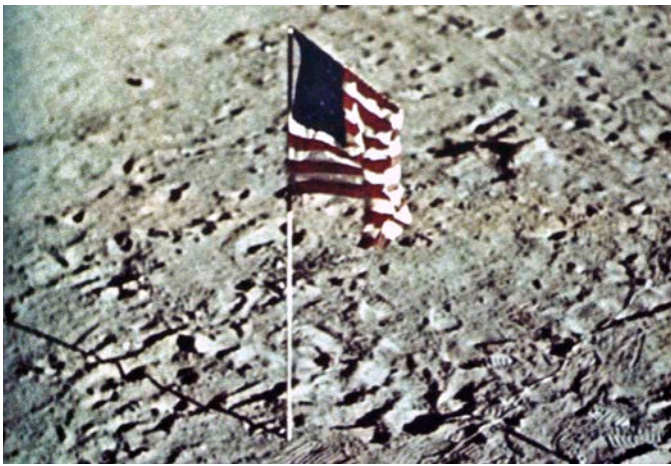
Siendo el ciudadano más viejo de Estados Unidos, Charles Smith fue invitado a ser el invitado de honor en el lanzamiento de un cohete lunar. Se negó porque se negaba a creer que un hombre pudiera llegar a la luna. Una mañana, en una zona cercana a su casa en la que todavía hacía de vez en cuando autostop en carros tirados por mulas, vi, a través de las grietas de la choza en la que me alojaba, un cohete. Pero este anciano, el vecino más cercano de Cabo Cañaveral, no se dio cuenta mientras el cohete ascendía lentamente sobre su destartalada choza. No tenía ni electricidad ni radio para informarle de este proyecto de mil millones de dólares. Aunque le hubieran avisado, estaba demasiado desnutrido y enfermo para levantar la cabeza y ver el cohete.



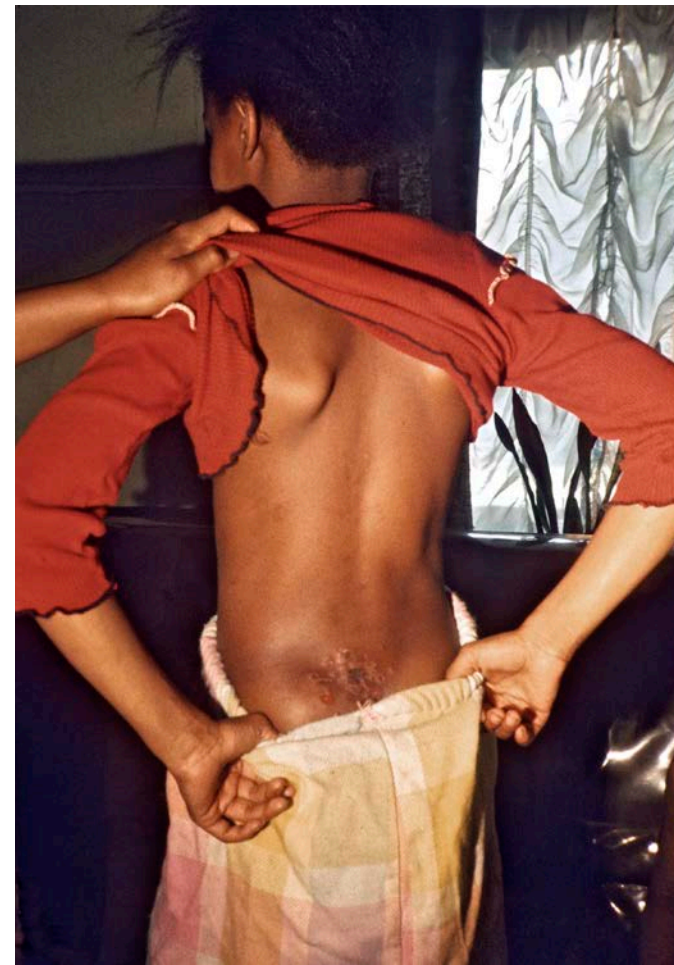
1972 - Lower East Side, NYC



1972 - Lower East Side, NYC



1974 - Bronx, NY



1973 - East Detroit



1974 - Chicago

*Una rata mordió a mi hermana Nell
con el blanco en la luna
su cara y sus brazos empezaron a hincharse
y Whitey está en la luna.
No puedo pagar las facturas del médico
cuando whitey está en la luna
dentro de diez años seguiré pagando
mientras Whitey está en la luna,
Sabes, el hombre acaba de subirme el alquiler anoche
porque Whitey está en la luna.
Sin agua caliente, sin baño, sin luz
porque Whitey está en la luna.
Me pregunto por qué me sube el alquiler
porque Whitey está en la luna?
Bueno, ya le estaba pagando 50 a la semana
y ahora Whitey está en la luna.
Los impuestos se llevan todo mi maldito cheque,
los drogadictos me ponen nervioso,
el precio de la comida está subiendo
y si toda esta mierda no fuera suficiente,
una rata mordió a mi hermana Nell
con Whitey en la luna,
su cara y sus brazos comenzaron a hincharse
y Whitey está en la luna.
Con todo el dinero que gané el año pasado
por Whitey en la Luna,
¿cómo es que no tengo nada aquí?
Hm! whitey está en la luna...
Ya sabes, casi he tenido mi ración
de Whitey en la Luna,
Creo que voy a enviar estas facturas del médico
por correo aéreo especial...
...a Whitey en la Luna.*



1973 - East Detroit



1973 - East Detroit



1973 - anywhere

Seiscientos bebés negros en Chicago murieron de mordeduras de rata y desnutrición el año que se plantó una bandera en la luna. Me quedé con una familia en Detroit, y cuatro de los niños fueron mordidos por ratas mientras dormían. Su llanto fue ahogado por los automovilistas que circulaban por la autopista justo delante de la casa. Atrapados en nuestro propio sistema, los blancos tenemos que conducir por superautopistas para ir de nuestros protegidos suburbios a nuestros trabajos en el centro de la ciudad sin tener que enfrentarnos a las ratas, la miseria y la violencia de los guetos. ¿Pero qué nos hicieron en la infancia para que reprimiéramos nuestro amor natural por los demás? ¿Permitirnos pasar literalmente por encima de ellos sin pensarlo? ¿Qué heridas internas pueden hacernos crear un ruido tan infernal en este hogar por nuestro dolor compartido no sanado?



**LET'S GET RID
OF RATS**

EVERY TENANT MUST HELP

- Keep your house clean.
- Keep your food in covered jars or cans.
- Keep your garbage pail tightly covered.
- Do not throw garbage in the yard, hallway or dumbwaiter shaft.
- Keep your baby's crib clean.
- Wash your baby's face and body before putting him to bed. Rats follow the smell of milk.
- Watch your baby afterward.

Your landlord has been notified by the Health Department that he must exterminate the rats in your building. You can help get rid of rats in your own apartment. If we all cooperate, we can get rid of this nuisance.

DEPARTMENT OF HEALTH

1974 - NYC



1973 - Baton Rouge, LA



2009 - Baton Rouge, LA - la misma gente de las chabolas de la izquierda con mi libro

Sí, el vagabundo que deambula a pie por debajo de las autopistas congestionadas verá la sociedad de forma muy diferente al automovilista que está dentro del sistema. Subiendo desde el Sur en una noche de invierno, te asusta la velocidad del tráfico. Lo ves pasar por las autopistas elevadas y te das cuenta de que tu única posibilidad de éxito es subir a toda esa velocidad. Intentas subir por las laderas heladas pero sigues resbalando. Tu sueño sureño de abandonar el “calor sofocante de la injusticia y la opresión” se convierte en una pesadilla cuando te das cuenta de que las laderas heladas no conducen a montañas que se han hecho bajas ni a lugares ásperos que se han suavizado como en el sueño del Dr. King. Al final renuncias a la escalada de Sísifo y vagas a pie a la sombra de los oscuros pilares bajo la calzada. Aunque los pilares parecen los mismos pilares de las plantaciones griegas que ya te confinan en un nuevo gueto, todavía tienes esperanza. Aún no te has dado cuenta de que estás entrando en un mundo dividido, una espantosa realización de La máquina del tiempo de H.G. Wells, poblado por dos razas distintas. Los Eloi son criaturas de la luz para las que la vida es un picnic, excepto por la noche, cuando oscuros seres subterráneos salen a la superficie para atacarlos. Los Morlocks, que manejan toda la maquinaria, no soportan la luz. Ni los Morlocks ni los Eloi son reales; son aspectos de la humanidad que sus condiciones de vida guiaron en una determinada dirección.

Como vagabundo, verás esta aterradora visión de nuestras sociedades desiguales de hoy en día: la guetización forzada de millones de negros del Sur, que emigraron hacia la prosperidad y la esperanza en el Norte de la misma manera que hoy los inmigrantes musulmanes han sido atraídos a Europa. Usted ve en términos diferentes -tal vez más humanos- que el sociólogo. Entiendes que, para mis amigos de mi libro (foto de la derecha), no ha habido movilidad ascendente desde que los conocí hace

42 años. Siguen atrapados en las mismas chabolas (foto de la izquierda), siguen encerrados generación tras generación en una subclase permanente, literalmente atropellados por conductores atropellados y camiones atronadores. El vagabundo tiene la ventaja de estar en el exterior y poder moverse rápidamente entre diferentes medios. Estos medios no son sólo números y estadísticas, ya que sólo se puede sobrevivir entre los Eloi y los Morlocks si, a pesar de lo que sugiere el mundo que te rodea, crees que ellos también son seres humanos.

Aunque estas autopistas elevadas simbolizan la lucha del pobre inmigrante contra un sistema inhumano, son igualmente representativas de la impotencia de quienes las recorren, sobre ciudades cada vez más misántropas y desiertas que, como resultado de las prioridades distorsionadas, ya no se atreven a recorrer a pie. En estos paisajes estériles, plagados de ansiedad y aparentemente “bombardeados de neutrones”, el coche se convierte en una necesidad. La respuesta razonable, por tanto, es crear aún más espaguetis de hormigón y esterilidad humana, por lo que ya no hay dinero suficiente para el transporte público de los pobres. Al mismo tiempo, seguimos destruyendo egoístamente el clima para que otros millones de refugiados del sur huyan al norte y tengan que ser acogidos por nuestros hijos en el futuro. En lugar de integrarnos con nuestros vecinos, empezaremos a construir muros como los de Trump para mantenerlos fuera.



1973 - Baton Rouge, LA



1973 - Boston



1973 - Baton Rouge, LA



1974 - Miami



1972 - Miami, FL



1973 - New Orleans



1973 - Baton Rouge, LA



1970 - East St. Louis, IL

Aunque el mundo no puede permitirse este consumo privado descontrolado, cada vez estamos más atrapados en un círculo vicioso. Nos vemos obligados a tomar decisiones que, desde nuestro horizonte concreto, parecen de repente razonables, como la intervención militar en países pobres para obtener más petróleo. Un pequeño porcentaje del mundo saqueó así la mayor parte de las reservas de energía barata de la Tierra en un solo siglo. Las radios de los coches y las televisiones nos bombardean con dulces mensajes de "Alejémonos de todo" para que compremos vendas para aliviar nuestras doloridas heridas, haciéndonos ciegos a nuestra destrucción medioambiental y al racismo climático. En nuestra huida evasiva, nos lanzamos a despreciar cada vez más el futuro de los niños morenos, tanto en el extranjero como en casa. Insistimos en nuestro "derecho" a llevar a nuestros hijos a escuelas privadas remotas en todoterrenos que dañan el clima

(en Estados Unidos, lejos de los negros, y en Europa, lejos de los niños morenos de las escuelas vecinas). El círculo vicioso se asemeja cada vez más a una huida de la pobreza, la creación de guetos y el sufrimiento que hemos creado. Una huida caótica ahogada en música y mensajes sobre los medios materiales para esta huida significa crear la necesidad de más huida: huir de nosotros mismos y de todo lo que hemos construido, huir hacia nosotros mismos y hacia la soledad. Los blancos que huyen gastan más en un viaje de esquí de un fin de semana que lo que la clase baja de las ciudades gana en una semana (a veces en un mes). Y sin embargo, aunque somos opresores en un sentido, nos sentimos tan atrapados por este sistema como nuestras víctimas. Y fundamentalmente igual de infelices.

*Por el amor de Dios,
 ¡hay que dar más poder al pueblo!
 Hay algunas personas que acaparan todo,
 diciendo mentiras, dando coartadas
 sobre el dinero del pueblo y las cosas.
 Y si lo van a tirar
 bien podrían darme algo a mí.
 No se preocupan por los pobres,
 nunca han tenido miseria.
 Hay gente que se muere de hambre
 a las que nunca conocieron, sólo oyeron hablar de ellas,
 y nunca tuvieron ni la mitad de lo necesario.
 Si no tienes lo suficiente para comer,
 ¿cómo puedes pensar en el amor?
 No tienes tiempo para preocuparte
 de qué crímenes eres culpable
 Por el amor de Dios,
 ¿por qué no le das más poder al pueblo?*



1973 - Baton Rouge, LA



1974 - Boone, NC



1974 - Charleston, SC



1974 - Charleston, SC



1973 - Baton Rouge, LA



1973 - Norfolk, VA

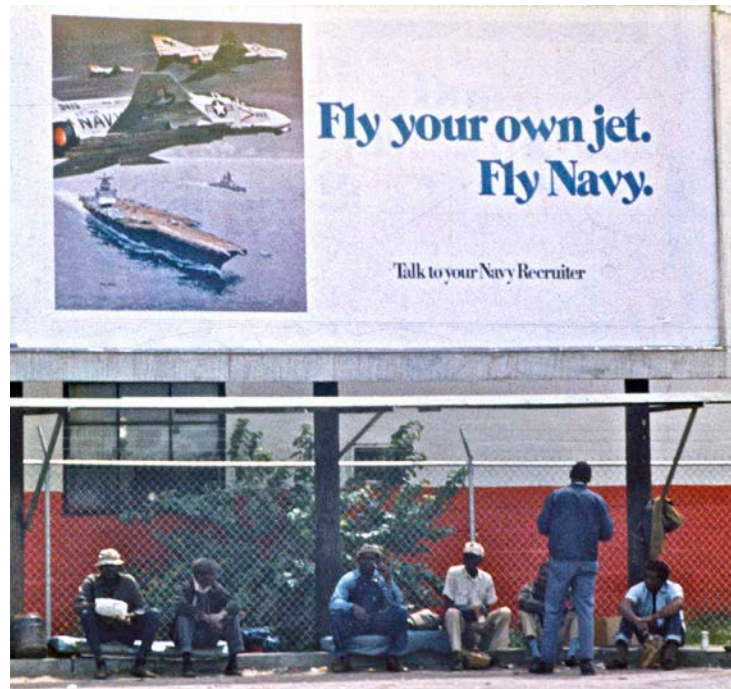


1974 - New Bern, NC

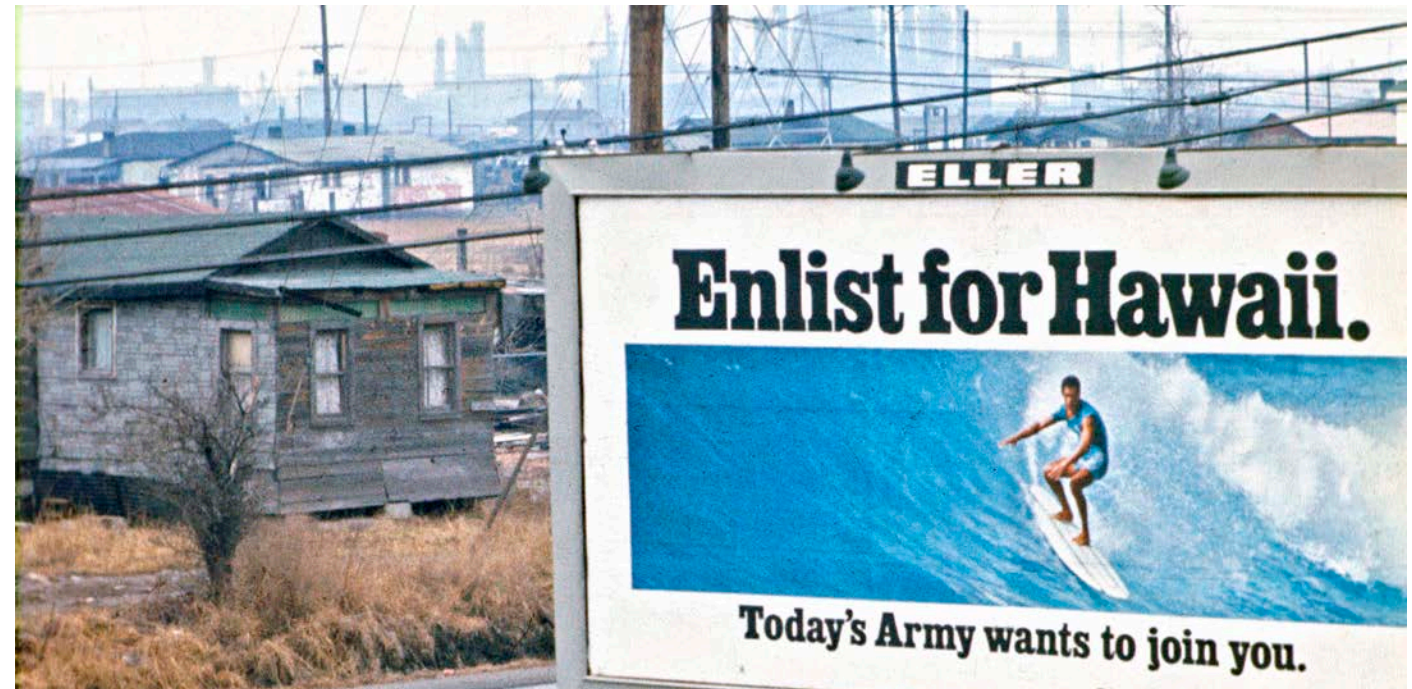


1973 - rural VA

El círculo vicioso de nuestro consumo crea necesidades artificiales adicionales. Nuestro comportamiento ya está inundando o secando los medios de vida de muchos de los ciudadanos morenos del mundo e imponiéndoles guerras de agua y de arena cada vez más intensas, lo que conduce a millones de refugiados climáticos a nuestras costas. La verdadera democracia se enfrenta a un dilema cuando los políticos del Primer Mundo sólo piensan en asegurarse la reelección, y están respaldados por votantes egoístas que no quieren que se limite su comportamiento opresivo en nombre del bien común. Dejamos que estos líderes escondan los problemas bajo la alfombra, vendiendo falsas esperanzas a los pobres, para que no nos exijan los cambios de comportamiento necesarios para el futuro de nuestros hijos. A través del racismo cínico, empujamos los problemas a los que nos enfrentamos hoy hacia nuestros hijos de mañana. Como consecuencia, es probable que se sientan “forzados” en el futuro a tomar medidas climáticas-fascistas -muros gigantescos y acumulación de fuerzas militares para mantener a los pobres fuera o, en el plano interno, a los negros y marrones. Mientras que la generación de mis padres adoraba a los militares estadounidenses por habernos liberado en la Segunda Guerra Mundial, mi generación vio cómo Estados Unidos instalaba sin cesar dictaduras de morenos. Mis prejuicios duraron hasta la liberación de Haití y Kosovo por parte de Clinton, cuando me “integré” activamente (empotrado) en el ejército estadounidense.



1973 - Richmond, VA



1974 - Charleston, SC

En Norfolk, VA, uno de los mayores puertos del mundo para buques de guerra, esta mujer hambrienta intentó llegar a un hospital porque tenía dolores en el pecho, pero no tenía dinero para una ambulancia. Todas las mañanas ve cómo se construyen buques de guerra a través de sus mugrientas ventanas. Sin televisión -no tiene electricidad-, su único entretenimiento es ver un portaaviones -una nave que quema más energía en un minuto (267 galones) que la que usaría su lámpara de aceite en un año (12 galones).

Como advirtió Eisenhower sobre el complejo militar-industrial: *Cada arma que se fabrica, cada buque de guerra que se lanza, cada cohete que se dispara significa, en última instancia, un robo a los que tienen hambre y no se alimentan, a los que tienen frío y no se visten.*



1985 - Buffalo, NY

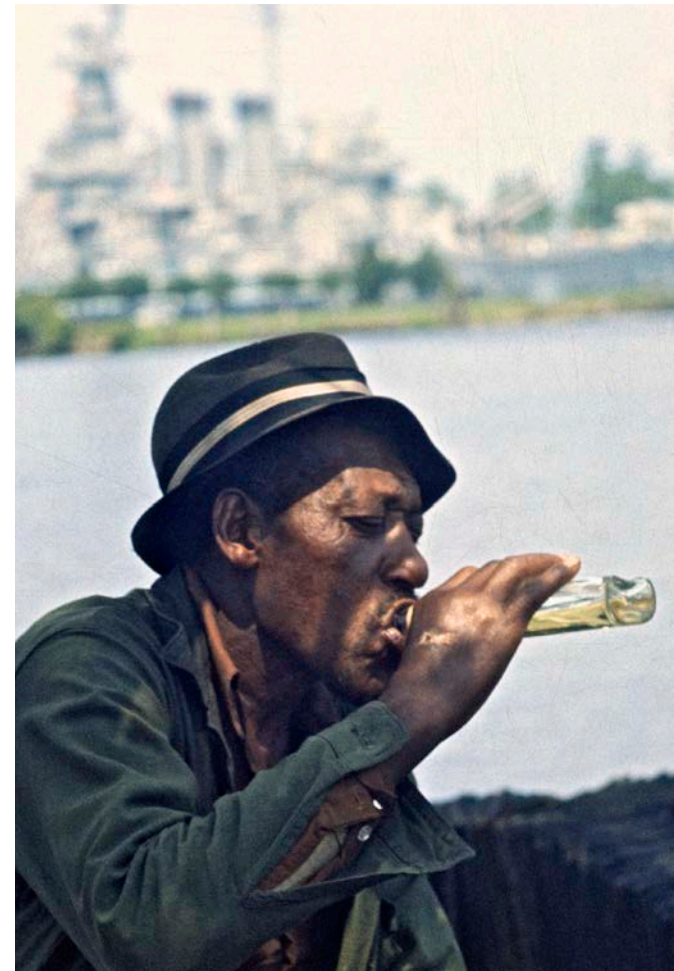


1973 - general Westmoreland en Charleston, SC

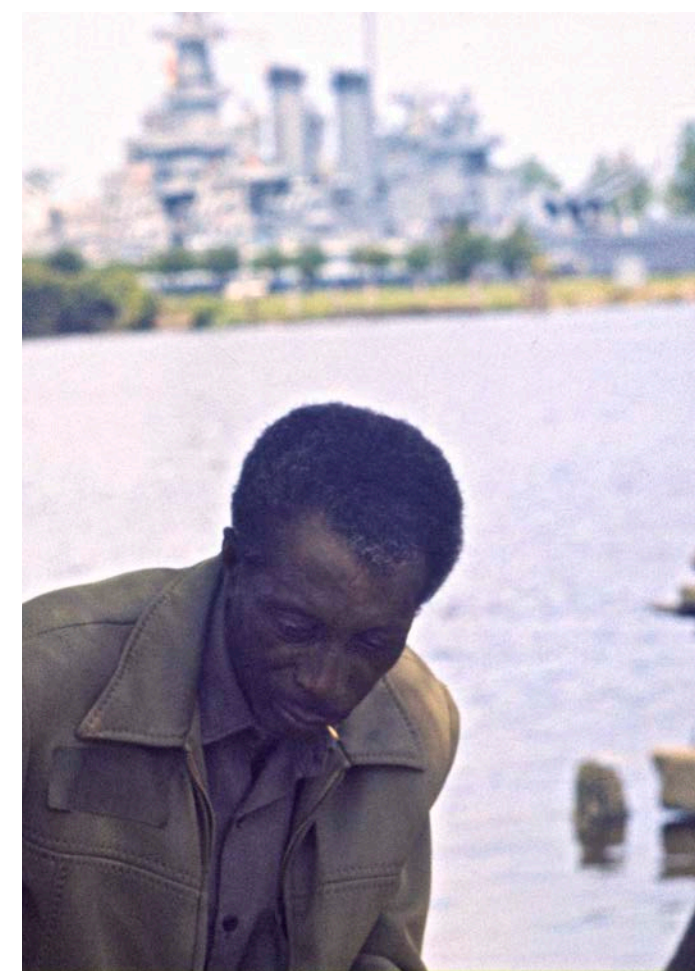
Los estadistas tratan de ver quién tiene el poder de matar más. Cuando se cansen del poder el mundo será un fantasma. Saben que no estamos satisfechos por la forma en que gritan y vociferan. Nos dan una promesa y lanzan unos cuantos dólares más. No hay precio para la felicidad, no hay precio para el amor. Sube el precio de la vida y vuelves a estar donde estabas. Ahora vamos a subir y conseguir un poco más de ella. Por el amor de Dios, dale más poder al pueblo...



1973 - Norfolk, VA



1973 - Norfolk, VA



1973 - Norfolk, VA



1971 - NYC



1991 - Bronx, NY



1973 - NYC

Decimos que nuestros parias tiran la basura en el patio trasero porque en el Sur estaban acostumbrados a tirarla por la ventana de la cocina a los cerdos o a las cabras. He llegado a verlo como una protesta impotente contra un sistema que insiste en preservar la pobreza mientras produce bienes a un ritmo tal que se necesitan los mejores cerebros para pensar en formas de venderlos y los peores criminales para arrojar los residuos tóxicos.

En el capitalismo democrático del bienestar, es nuestro deber como votantes ajustar constantemente las fuerzas del libre mercado para garantizar una distribución justa y evitar las crisis. Sin embargo, nuestro sistema nunca ha servido para dar trabajo a todos. Por lo tanto, tenemos que verter el excedente -bienes de lujo para la clase alta, residuos tóxicos y armas contra la clase baja- en nuestros "patios traseros", es decir, en los países del Tercer Mundo.

El vertido en el patio trasero para obtener beneficios se ha convertido en un elemento tan esencial de nuestro sistema que, sin la mayor agencia de eliminación de residuos de todas, el Pentágono, el desempleo nacional sería notablemente mayor. Aunque se podría crear el doble de puestos de trabajo con los mismos dólares invirtiendo en bienestar social, en el medio ambiente y en el clima, la naturaleza del sistema impide planificar una economía que produzca bienes humanos en lugar de materiales (mortales). Sin nuestra intervención, el sistema crea así un estado de ánimo que nos obliga a "tirar a la basura" tanto nuestros guetos domésticos como los países pobres de ultramar.



1983 - Chicago



1974 - 195 in VA



1975 - Harlem, NY



1973 - NYC



1973 - NYC



1972 - NYC



2013 - 4th St, Los Angeles



1978 - NYC

*La sociedad del desecho ha tirado lo mejor de mí.
Ha tirado por la borda la sinceridad,
la piedra angular de la integridad.
Desechable para tirar a la basura,
comprar algo nuevo otro día.
No hay nada hecho que esté hecho para quedarse.
La absolescencia planificada te hará pagar:
platos de papel, patines de cartón, cubiertos de plástico,
automóviles con ruedas desechables,
pelucas en lugar de pelo, así es.
Desechable como el que más,
no es exactamente lo que estás pensando.
Dispón de mí cuando hayas terminado
por miedo a que yo me deshaga de ti.
Desechable tu amigo más cercano,
se supone que debes amar hasta el final.
Tu mente rígida no te deja doblar.
Estás más lejos de lo que pretendes...*

Navidad en Nueva York

Nueva York es una ciudad inhumana y fría. Tienes que vivir con la alienación o ser destruido. En mi viaje siempre intento llegar hasta el final con las personas a las que me apego, pero en Nueva York una y otra vez debo romper con la gente antes de tiempo y abandonar así la conexión humana que ha surgido entre nosotros. Lo he experimentado con más fuerza estas Navidades, que han sido incluso más intensas que las del año pasado, cuando me asaltaron tres puertorriqueños en Fourth Street en Nochebuena. Este año acababa de llegar en autostop desde Alabama, pero no pude encontrar a ninguno de mis amigos y acabé en la calle del Bowery en Nochebuena. Me puse a hablar con un vagabundo que había encendido un fuego para calentarse. Debía de ser un vagabundo desde hacía mucho tiempo, porque su pelo rizado estaba lleno de nudos que no se podían peinar. Pronto nos hicimos buenos amigos. Era uno de esos vagabundos que saben hablar; los peores son los que sólo pueden comunicarse a través de los ojos.

Mientras estábamos sentados hablando, se nos ocurrió naturalmente que era Nochebuena, y nos pusimos cada vez más sentimentales, y cuando intercambiamos recuerdos de nuestras Nochebuenas de la infancia no fue sólo el humo del fuego lo que nos hizo llorar. Había estado casado, había tenido hijos, y en realidad había sido bastante feliz, pensaba ahora, pero de repente se había quedado sin trabajo, tras lo cual su familia empezó a desintegrarse y él se volvió alcohólico. Nos sentamos y compartimos una petaca y poco a poco nos fuimos emborrachando. Un loco empezó a lanzarnos botellas que se estrellaron contra la pared de al lado. Al final fue demasiado para mi amigo y cogió un trozo de madera ardiendo y golpeó al tipo hasta que desapareció.

Esto ocurrió en los alrededores de la calle Delancey, donde siempre hay un montón de prostitutas en la esquina. Los vagabundos, al igual que el resto de la gente, tienen el deseo de encontrar a alguien más bajo que ellos mismos, por lo que durante el transcurso de nuestra conversación no dejaba de repetir su indignación por estas prostitutas que estaban fuera incluso en Nochebuena. Siempre que he bebido mucho con vagabundos, ellos se han dormido primero, aunque hayamos bebido la misma cantidad. Y él también se durmió, hacia las diez u once de la noche.

Me pregunté un poco si debía quedarme a vigilarlo, ya que nos habíamos hecho buenos amigos. He visto tantas veces a pobres amas de casa negras y puertorriqueñas con niños y bolsas de la compra pasar por encima de vagabundos borrachos o darles una patada y después seguir rápidamente a casa con los cacharros, una manifestación de su propio odio a sí mismas o de su falta de autoestima. (Del mismo modo, he visto a menudo a negros ricos del tipo “nuevos ricos” -ese fenómeno espantoso que vemos en todas partes en el Tercer Mundo- pisotear espiritualmente a los

negros pobres que quedan en el gueto). Pero como las calles estaban bastante vacías esa noche, decidí dejarlo después de haber puesto una buena carga de leña en el fuego.

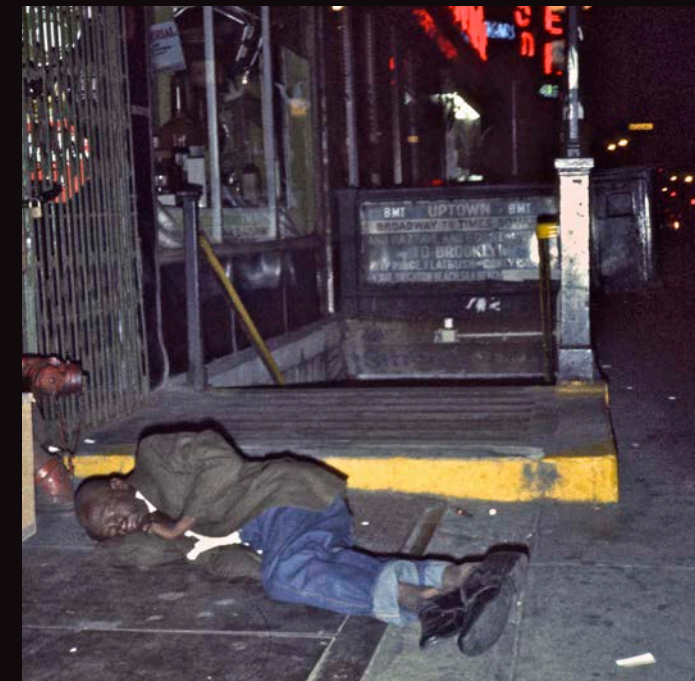
Bajé a mi zona favorita en torno a la avenida B (la “zona libre de fuego”), donde siempre hay peleas entre los puertorriqueños y los negros, pero que me gusta mucho porque hay un equilibrio racial casi uniforme entre blancos, pardos y negros. Aquí vi a Larry de pie en un portal. Empezamos a hablar y me contó que le acababa de echar su mujer blanca. Cuando nos dimos cuenta de que estábamos en el mismo barco, decidimos ir juntos a buscar un lugar donde quedarnos. Primero compramos una botella de vino. Luego nos prometimos que si uno de nosotros encontraba un lugar, no lo tomaría sin llevar al otro con él. Larry era más extrovertido y elocuente, pero yo era blanco, así que pensamos que lo que uno de nosotros no tenía, el otro lo podía suplir.

Pero Larry era de los que tenían que rapear con todo el mundo en la calle, sin importar quién fuera. Llevaba cuatro años en un matrimonio respetable, pero me confió que todo el tiempo había sido en realidad una persona de la calle. Así que no habíamos caminado mucho antes de que nos acompañara todo un rebaño de gente de la calle; la mayoría de ellos eran vagabundos. En un momento dado había cinco a los que Larry había prometido que seguramente les encontraría un lugar donde alojarse y, además, una botella de vino. Dos de ellos caminaban con muletas. Un tercero iba de un lado a otro agitando el aire como si estuviera aplastando mosquitos.

Estaba absolutamente convencida de que nunca podríamos encontrar un lugar para dormir para toda esta multitud, pero como siempre surge algo inesperado en estas situaciones locas, no le dije nada a Larry. Preguntamos a las pocas personas que conocimos si sabían de algún lugar donde pudiéramos alojarnos, pero nos concentramos sobre todo en los judíos, ya que los demás estaban celebrando la Navidad, como ves, y por tanto supusimos que no tenían sitio en su corazón. Como yo era el único blanco, me correspondía ocuparme de esto, mientras los demás se mantenían un poco en segundo plano. Pero todos los esfuerzos fueron en vano. Una persona dijo que si realmente era cierto que yo era un extranjero estaría encantado de llevarme a casa, pero no se atrevió, así que en su lugar me dio seis dólares para la YMCA. Naturalmente, nos apresuramos a comprar unas cuantas botellas de vino de manzana con el dinero, y a partir de entonces las cosas se vieron un poco mejor. Pero seguíamos sin encontrar un lugar donde dormir, y el vino hizo que los vagabundos se volvieran ruidosos y agresivos y que el hombre que aplastaba los mosquitos empezara a hacer sombra a la gente, de modo que ésta huía en todas direcciones.



1973 - Bowery, NY



1974 - NYC



1971 - Bowery, NY



1971 - Bowery, NY

Eran cerca de las dos cuando me enviaron al bar de la calle Broome a buscar nuevas “víctimas”. Mientras observaba a la multitud, una mujer de pelo oscuro se acercó a mí y se quedó durante mucho tiempo mirándome a los ojos de forma extraña. Luego dijo muy despacio: “Tienes ojos de pez”. Pensé que estaba drogada y traté de no mirarla. Entonces dijo: “Quiero que te vengas a vivir conmigo”. Me recompuse y le pregunté si podía traer a un par de amigos conmigo. Ella dijo que no. Le dije que entonces no podía venir, pero a pesar de ello me dio su dirección.

Seguí con los demás durante un par de horas, pero no pude sacarla de mis pensamientos. La situación parecía ahora completamente desesperada para nosotros. Estábamos realmente agotados. En los montones de cartón ondulado de la calle Mercer habíamos perdido a uno de los chicos con muletas, que se había quedado dormido. Como ahora llovía mucho y yo estaba casi inconsciente, me escabullí de los demás hacia las cinco. Me sentí muy avergonzado por ello y durante los dos días siguientes me sentí muy avergonzado. Pero una semana más tarde tuve la suerte de encontrarme con Larry en Washington Square, y me dijo que él también había dejado a los demás en la estacada y había encontrado una mujer blanca y enorme en el West Village, donde vivía ahora. Eso me reconfortó y seguimos siendo buenos amigos.

Yo mismo había vuelto con esa extraña mujer. Resultó que vivía en un enorme loft en la calle Greene y tenía un estudio en Broadway tan grande como un campo de fútbol. Su bañera era una pequeña piscina en forma de paleta. Lo único que quería de mí era que le hiciera compañía. Durante tres días nos sentamos desde el amanecer hasta el atardecer mirándonos a los ojos. Por todas partes había enormes peces de yeso; colgaban de las paredes y nos miraban tontamente. Pero ciertamente había más vida en ellos que en ella. Durante tres días intenté desesperadamente hablar con ella. Lo único que conseguí sacarle fue que se sentía muy sola y que nunca había vivido con un hombre. Tenía cuarenta años, había nacido en el océano y sólo podía comunicarse con los peces. No tenía nada más que decir. Tenía curiosidad por saber quién era, así que una noche, mientras dormía, busqué entre sus papeles y descubrí que era la mundialmente famosa artista Marisol Escobar, que había sido



1978 - NYC. Vuelve a visitar a Marisol Escobar y su pez para darle mi libro

dos veces portada de la revista Time y una vez de Look; pero su última exposición de esculturas de peces había recibido malas críticas.

Resultó que nadaba en el dinero. Un día tuve que firmar como testigo en un contrato de varios miles de dólares. La mitad del año la pasaba en el Golfo de México buceando con sus amiguitos. Sin embargo, nunca me dio ni un pedazo de pan, y yo estaba cada vez más desesperado por el hambre. Mañana y noche tenía que seguirla a los restaurantes y sentarme frente a ella mientras comía. Nunca se le ocurrió darme comida. Como nunca pido comida a la gente, un día me salió con una insinuación indirecta. “¿Se te ha ocurrido alguna vez que todo tu arte es enteramente para los ricos y no beneficia en absoluto a los pobres?” No hubo respuesta. Y seguía sin haber comida. Tenía una nevera, así que en un momento dado, mientras dormía, me tomé la libertad de comprobar si había comida en ella. Me llevé un buen susto cuando salieron varios pescados congelados, como el bacalao, y nada más. Si no hubiera estado tan hambriento, probablemente habría tenido un poco más de paciencia con ella.

Entonces, de repente, apareció mi salvadora en este silencio. Era Erica, que antes había ayudado a Marisol a pulir las esculturas de peces. Estaba riendo y feliz, y era fantástico volver a escuchar a un ser humano. Percibió mi situación con la misma rapidez que un rayo y, con la misma elegancia que un pez, siete dólares se deslizaron en mi mano por debajo de la mesa. Más tarde me susurró que podía mudarme con ella. Cuando Marisol se durmió esa noche, huí hacia Erica, que vive en un minúsculo y miserable apartamento en la calle 11. Erica, con la que ahora vivo, es simplemente un hallazgo. Es lesbiana pero no tiene los sentimientos de odio hacia los hombres que caracterizan a tantas lesbianas neoyorquinas. Siempre me hace muy feliz cuando puedo tener una buena relación con una mujer lesbiana. Erica, al igual que yo, no entiende la necesidad de odiar a los hombres. Es cierto que los hombres estadounidenses, tanto heterosexuales como homosexuales, son alarmantemente agresivos, pero aún así hay que intentar comprender la opresión y la sociedad que ha creado esta cultura de John Wayne.

Los hombres negros, especialmente, sufren esta cultura, en parte porque sus madres los educan en ella. (Siempre lavo automáticamente los platos en las casas de la gente, pero he llegado al punto de dejar de hacerlo en los hogares de clase baja porque suele avergonzar a las mujeres: simplemente no saben qué hacer con un hombre que lava los platos. ¿No es, pues, un error por mi parte intentar cambiar su cultura cuando ellas tendrán que seguir viviendo con la opresión?).

Y, en última instancia, las mujeres blancas tienen una actitud muy parecida. Una y otra vez me invitan a casa mujeres blancas solteras, que a diferencia de las mujeres solteras de Europa casi siempre tienen una cama doble y por lo tanto me ponen a su lado. Pero lo que resulta chocante es ver cómo suelen ser totalmente incapaces de tratar con un hombre no agresivo. Después de dos o tres días suelen decir algo como: “¿Siempre has sido homosexual?” para sacar algo de agresividad masculina en mí, o más a menudo: “Salgamos a emborracharnos”. Sin duda, se sentirían un poco incómodas si un nuevo invitado fuera directamente a su nevera y se comiera toda la carne. Sin embargo, las mujeres americanas parecen sentirse incómodas si un hombre no va directamente a su propia carne. Con las mujeres negras a veces me veo obligado a modificar mi regla pasiva de no violar la hospitalidad de la gente con alguna “acción afirmativa”. A menudo hacen todo lo que está en su mano para humillar a un hombre “blando” o no agresivo, lo que corta de raíz cualquier posibilidad de construir una relación más significativa con ellas.

Erica es una mujer diferente. Me ha convertido en el epítome del machismo: mi función en su casa es, de hecho, ser un chulo. Erica es una prostituta con estilo -una call-girl- y ahora se ha convertido en mi trabajo responder al teléfono, clasificar las llamadas obscenas y pedir a las buenas que vuelvan a llamar a las 5 de la tarde para una segunda clasificación. Tiene un anuncio en la revista de sexo Screw, que al parecer leen todos los hombres de negocios, porque el teléfono suena sin parar. La final empieza hacia las 18.00 horas, cuando tengo que elegir la voz más bonita y concertar una cita en un hotel para las 19.00 horas. Luego cogemos un taxi hasta el hotel, que suele estar en el East Side, ya que nos ceñimos a los hombres de negocios agradables. Mi trabajo consiste en sentarme en el vestíbulo a beber Coca-Cola durante una hora, y si para entonces ella no ha bajado, tengo que subir a llamar a la puerta.

De camino a casa solemos pasear y comer helado italiano, que a Erica le encanta. Pero lo más fantástico de ella es que no es una prostituta corriente. Le encanta ayudar a la gente y darles calor en medio de este frío. Dice que la mayoría de sus clientes están muy solos y tienen necesidad no tanto de sexo como de calor. De hecho, vista con los típicos ojos masculinos, no es una belleza física -anormalmente delgada, de pecho plano, con el pelo

rojo rizado-, pero tiene tal encanto y belleza interior, que estos hombres no pueden resistirse a ella en absoluto. Casi todos le dan cien dólares, aunque sólo hemos acordado setenta y cinco, y sólo uno ha llamado para quejarse. Dice que la mayoría de las veces ni siquiera se acuesta con ellos, sino que sólo les da masajes físicos y sobre todo espirituales. Me ha comprado muchos rollos de película, pero por buenas razones le he dicho que no al dinero.

Durante el día va a clases de canto y de baile o se sienta durante horas a hacer servicios de café con gomaespuma. Cada taza, platillo y cuchara es perfecta hasta el más mínimo detalle. Tiene varios armarios de cristal llenos de vajilla de gomaespuma, como en las casas burguesas más respetables. Es una fantástica inspiración para mí. Un día, cuando un hombre fue asaltado en la calle y quedó tirado durante mucho tiempo, Erica fue la única que se molestó en llamar a una ambulancia. Pero no llegó ninguna ambulancia y la gente se quedó mirando estúpidamente al hombre medio muerto. Ella siguió llamando por teléfono. El caso es que allí sólo viven puertorriqueños, así que suele pasar hasta una hora antes de que llegue la policía o las ambulancias. Entonces se le ocurrió la brillante idea de llamar a la policía y pedirles que se dieran prisa porque había un hombre blanco que estaba siendo atacado por varios negros y puertorriqueños justo en la puerta; dos coches de policía y una ambulancia acudieron inmediatamente. Este truco es habitual en Nueva York, pero parece que siempre funciona.

A menudo he visto a Erica dar el sueldo de todo un día a gente necesitada. Lo llevaba directamente de los ricos empresarios de los hoteles a algún mendigo de la calle. Otra noche estuvo aún más fantástica. Íbamos de camino al cine cuando vimos a un vagabundo de unos cincuenta años sentado pidiendo ayuda para comprar una botella de vino y alguien con quien hablar. Nos sentamos a hablar con él durante un par de horas mientras tomábamos el vino, y nos dijo que estaba a punto de sufrir un delirium tremens y que temía morir. Erica dijo inmediatamente que le acompañaríamos al hospital, y él lloró de alegría. Llevaba diez años esperando este momento. Nunca había tenido el valor de ir al hospital. Le llevamos en taxi al hospital de San Vicente. Nos sentamos en la sala de espera durante dos horas. Lloró todo el tiempo. Luego nos dijeron que no lo aceptarían. Había estado sentado allí bebiendo y se puso absolutamente imposible, gritando y chillando. Yo también grité algo sobre que era de un país civilizado con hospitales y asistencia sanitaria gratuitos para todos. Entonces llamaron a la policía y nos echaron a lo grande.

Cogimos un taxi hasta la sala de urgencias del Hospital Bellevue y nos sentamos allí con la gente más extraña: gritando, histéricos, suicidas y Dios sabe qué. Estuvimos allí sentados hasta las seis de la mañana, pero no pasó nada. Mientras tanto, el hombre se bebió toda la botella y se sentó en el suelo a llorar con la cabeza



1973 - NYC

en el regazo de Erica, mientras nos rogaba que no le dejáramos. Varias veces se orinó en los pantalones, y se formó un charco a su alrededor mientras sacaba el pene y lo dejaba colgando. Erica se lo volvía a meter, pero seguía saliendo. Para entonces, la mayoría de los pacientes habían huido de la habitación. Entonces empezó a vomitar por todas partes, el vómito más peculiar, viscoso y apesoso que he visto en mucho tiempo. En ese momento, incluso las dos enfermeras huyeron. Intentamos limpiarlo. Hacia las seis estábamos totalmente agotados, y como las enfermeras nos prometieron solemnemente que lo ingresarían en el hospital, nos fuimos a casa a dormir.

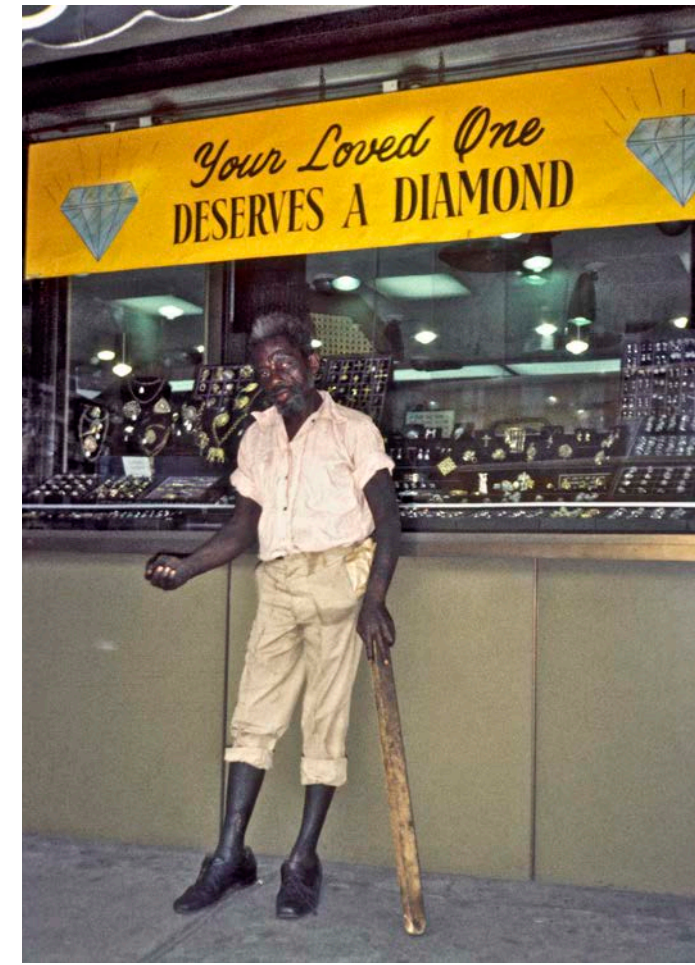
Dos días después fui a Bellevue a visitarlo y a darle unos cigarrillos. Me dijeron que no habían ingresado a nadie con ese nombre. Estaba furiosa y triste y no me atreví a contárselo a Erica. Nueva York es una ciudad que simplemente no permite que ningún ser humano sea humano. Si quieres sobrevivir aquí debes aprender a dejar a los demás a su suerte. Erica, por supuesto, no es de Nueva York, así que seguiré viviendo con ella un tiempo más. Pero pronto volveré al calor del Sur. El frío de Nueva York siempre me hace daño.

Carta a un amigo americano



1973 - Mi vista de amor de NYC cada vez que vine haciendo autostop desde el sur

Cuando el amor se convierte en un artículo de venta y se vende la humanidad que hay en nosotros, uno empieza a percibir el lado oscuro de nuestras mentes que creó el gueto. Mi vagabundeo en el sistema desechable más avanzado del mundo se convirtió en un viaje interior durante el cual no siempre pude distinguir a los seres humanos del sistema que habitaban. Tuve que preguntarme si la calidez y la apertura que recibí como vagabundo era una característica genuinamente estadounidense o si el sistema había dado a la población una hospitalidad superficial, una necesidad de amistad desechable. Pero ser desechado después del uso era preferible a la frialdad humana que había conocido en Europa, que nunca habría dado una oportunidad a un vagabundo. Aprendí que allí donde un sistema es más opresivo y cruel (como en Sudáfrica durante el apartheid), a menudo se encuentra el mayor calor humano, un calor que no debería desecharse en la búsqueda de un sistema más justo. Aunque la vida en los estados del Norte me pareció más justa que en el Sur, tuve que volver constantemente a la humanidad del Sur para sobrevivir como individuo (muchos negros vuelven por la misma razón).



1974 - NYC

El Norte más liberal invitó a los negros a emigrar allí en los años 40 y 50 porque necesitaba mano de obra, igual que el Norte de Europa invitó a los "trabajadores extranjeros" morenos en los años 60. Pero no los necesitábamos como seres humanos, y gradualmente los aislamos y abandonamos en enormes guetos superpoblados. Nuestra creciente inseguridad y miedo bajo la globalización dejan hoy un profundo dolor acumulado, que está cambiando rápidamente la escena mundial. Nunca antes en la historia habíamos participado tan activamente en forzar a tanta gente a vivir en guetos. Lo que nos llevó 500 años en Europa conseguir con los judíos lo hemos logrado en sólo unas décadas con millones de musulmanes. La creación de guetos acaba conduciendo a la limpieza étnica, como hemos visto en muchos países. Pero sólo en unos pocos lugares una minoría se ha convertido en un gueto como los negros en Estados Unidos. En muchas ciudades, como Detroit y Chicago, hasta el 94% de los negros están atrapados en barrios exclusivamente negros. Nuestra sociedad de usar y tirar, con su vertedero, tanto de cosas como de seres humanos, ha matado el amor al aislar y alienar a enormes sectores de la población. Pero no puede estrangular el grito de dolor y de vacío de aquellos de los que nos deshacemos, como se puede apreciar por todas partes en el gueto y en el metro.

Yo soy, dije, a nadie allí.
 Y nadie escuchó en absoluto...
 Yo soy, grité.
 Y estoy perdido y ni siquiera puedo decir por qué
 ...dejándome solo todavía...
 Tengo un vacío en mi interior,
 y lo he intentado, pero no me deja ir.
 Y no soy un hombre al que le guste jurar,
 pero nunca me ha importado el sonido
 de estar solo...
 ¡YO SOY, YO LLORE!
 ¡YO SOY, DIJE YO!
 Y estoy perdido y ni siquiera puedo decir por qué...
 Dejándome solo todavía...



1973 - NYC



1974 - NYC



270 1974 - Vanessa Guider aquí más tarde se suicidó saltando desde la ventana



1973 - NYC



1974 - Bronx, NY



1973 - NYC



1973 - NYC



1974 - NYC

El sistema -o, la suma total de nuestro pensamiento represivo cotidiano- utiliza la tolerancia represiva para lidiar con el empuje de nuestras víctimas, la boca grita desde la clandestinidad reconociendo su valor artístico, exaltándolo.

A los oprimidos se les concede un salvoconducto para exponer en las galerías de arte para los más acomodados y mejor pensados de entre nosotros -aquellos con palabras comprensivas sobre los "problemas del gueto" y "nuestros inmigrantes", con sermones benévolos sobre el hambre y la superpoblación en el Tercer Mundo. Sin embargo, a pesar de toda nuestra altisonante palabrería sobre "integrarlos", nosotros mismos huimos a los suburbios -nuestros hijos no van a las "escuelas negras"-, lo que da lugar a una mayor guetización. Nos jactamos de tener un amigo negro aquí y un amigo musulmán allá, pero no nos preguntamos por qué los negros en Estados Unidos o los inmigrantes en Dinamarca rara vez vienen a estos palacios del arte. Sin pestañear, aceptamos que los camareros negros mantengan la relación amo-esclavo en estas funciones. Como tropas de choque de la opresión, podemos absorber las críticas al sistema, distorsionarlas y desarmarlas elevándolas al nivel del arte. Esto es también lo que ocurrirá con mis fotografías.

Los liberales acomodados, a los que llegué a odiar y amar al mismo tiempo porque son una parte de mí mismo, me darán todo el apoyo posible para publicar y exponer mi crítica de la sociedad, escandalizados por las cosas que he visto en Estados Unidos. Se sienten avergonzados porque he cruzado un umbral que creen que deberían haber cruzado ellos mismos pero que, con su miedo paralizante a los que han ayudado a convertir en guetos, no han podido.



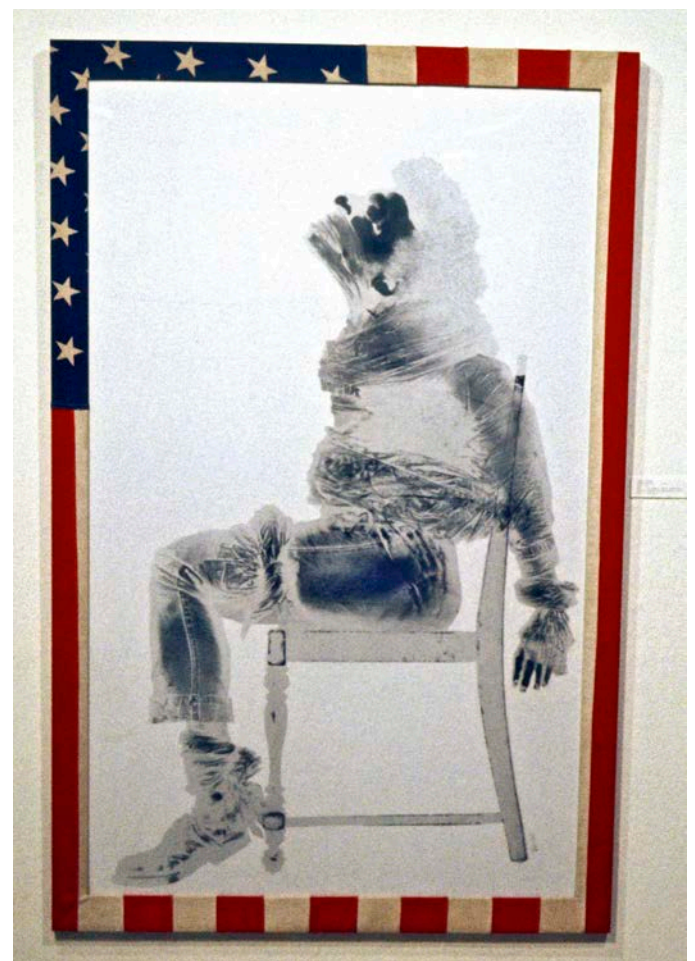
1974 - NYC



1973 - NYC



1975 - Los Angeles



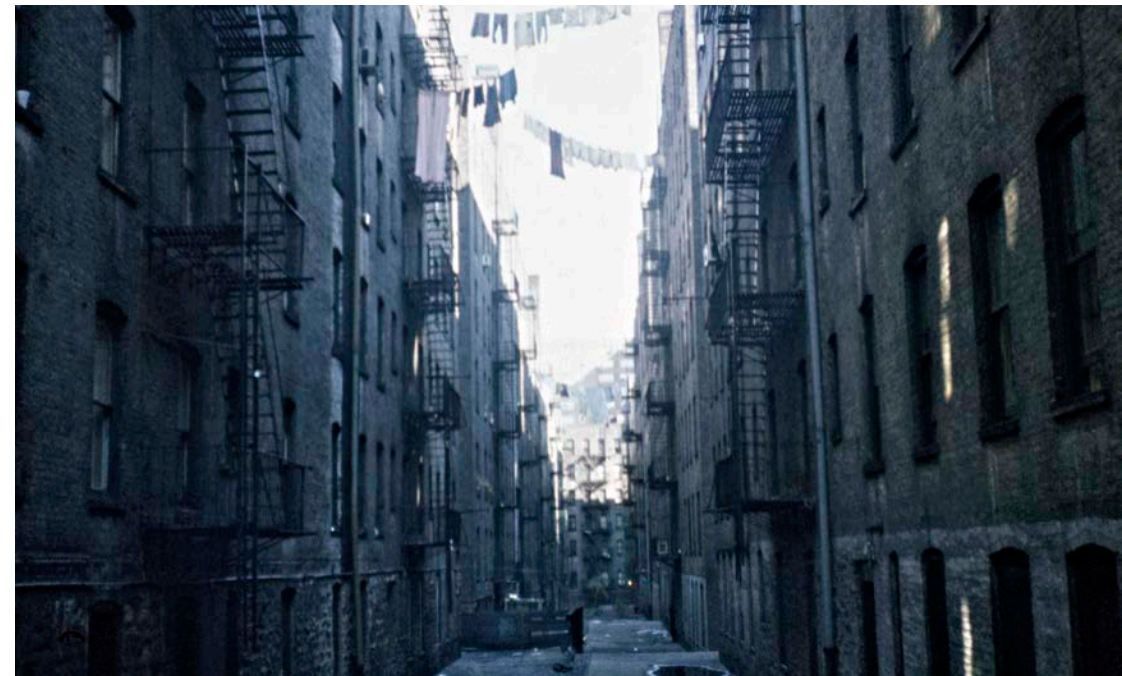
1975 - Los Angeles



1973 - NYC



1975 - Los Angeles



1974 - Harlem, NY



1974 - NYC

Este tipo de personas existen en todas las sociedades, graznando sobre la necesidad de un cambio para ayudar a los guetos y a los países subdesarrollados a “levantarse”. Pero cuando llega el día de las elecciones, todas sus promesas acaban en la papelera del statu quo con los votos a los demócratas (o, en Europa, a varios partidos socialdemócratas).

Por lo tanto, no puedo evitar sentir que yo también he explotado a las víctimas, pues sé demasiado bien que estas fotos no les beneficiarán en absoluto. Nos sentiremos un poco sentimentales al darnos cuenta de que nuestra clase baja sufre así, pero no haremos nada para cambiar nuestro estilo de vida. No renunciaremos a nuestras autocaravanas que destruyen el clima, a los todoterrenos, al aire acondicionado central, a los viajes chárter y a los colegios privados lejanos para redistribuir los bienes de la tierra. Así que mis fotos sólo serán una catarsis. Aunque lo sabía y me lo decían a menudo los negros de clase baja que no se hacían ilusiones de intentar hablar con la “bondad interior” de sus opresores blancos, he persistido y así he traicionado tanto a los negros como al Tercer Mundo, haciendo de esta página la única del libro con la que casi todos los afroamericanos pueden estar de acuerdo. He creado una entretenida descarga emocional, reforzando así un sistema injusto. Soy tan hipócrita como estos snobs del arte porque estoy jugando con sus reglas. Cuando mi crítica se volvió demasiado “radical”, me dieron la espalda. Por lo tanto, me veo obligado a suavizarla para que corra el riesgo de convertirse en una lacrimógena y condescendiente historia de aventuras vagabundas sobre el sufrimiento en el gueto y nuestros desafortunados lados sombríos, como el siguiente viaje sentimental a Harlem, no muy lejos del bastión de estos liberales, el Museo de Arte Moderno.



1980 - NYC



1973 - Harlem, NY

*Si tomas el tren conmigo
a través de la miseria
de las calles del gueto
a la luz de la mañana
donde siempre es de noche:
Toma un asiento de la ventana,
deja tu Times
puedes leer entre líneas
lee los rostros
que te encuentras más allá del cristal de la ventana:
Y puede que empiece a enseñarte
a preocuparte por el prójimo.*



1973 - Harlem, NY



1974 - Harlem, NY



1974 - Bronx, NY



1974 - Harlem, NY



1974 - NYC



Harlem, NY



1972 - NYC



1973 - Harlem, NY

Todo en Harlem es negro, excepto las tiendas, que son propiedad de inmigrantes blancos y árabes (en el pasado fueron propiedad de judíos). Las únicas tiendas que no son propiedad de estos forasteros, te dirá la gente de la calle, son las omnipresentes funerarias, ya que los enterradores blancos no tienen nada que hacer con los cuerpos de los negros. Ser enterrador es una de las formas más seguras de alcanzar el estatus de clase media. Porque la muerte es tan omnipresente en Harlem como el miedo que persigue a todos bajo esporádicas risas incómodas. Sin embargo, me siento más seguro como miembro de la siempre presente e invisible “blancura” de Harlem que la mayoría de los negros, ya que, como siempre, la agresión se dirige a los compañeros víctimas y no al odiado opresor.

Esta funeraria junto a un centro de rehabilitación de drogas ilustra las opciones en Harlem: entre la muerte o una vida esclavizada bajo el Hombre. Miles de adictos eligen la puerta de la izquierda. Saben muy bien que si eligen la puerta de la derecha, o bien se rehabilitarán, lo que significa volver a la condición anterior en la que no podían sobrevivir sin consumir drogas, o bien se “habilitarán” aprendiendo a vivir en la jungla del gueto a través de una sensibilidad amortiguada o alguna otra forma de limitación mental. Se someten a la esclavitud de “El Hombre”, que culpa a la víctima y cambia a las víctimas en lugar de a su entorno opresivo. Esta mujer es una ilustración viva de las opciones típicas de Harlem. Un atacante entró en su apartamento e intentó matarla con un cuchillo. Sobrevivió saltando por la ventana del tercer piso y quedó lisiada de por vida.



1973 - Harlem, NY



1974 - Harlem, NY



1996 - NYC



1995 - NYC



1992 - Harlem, NY



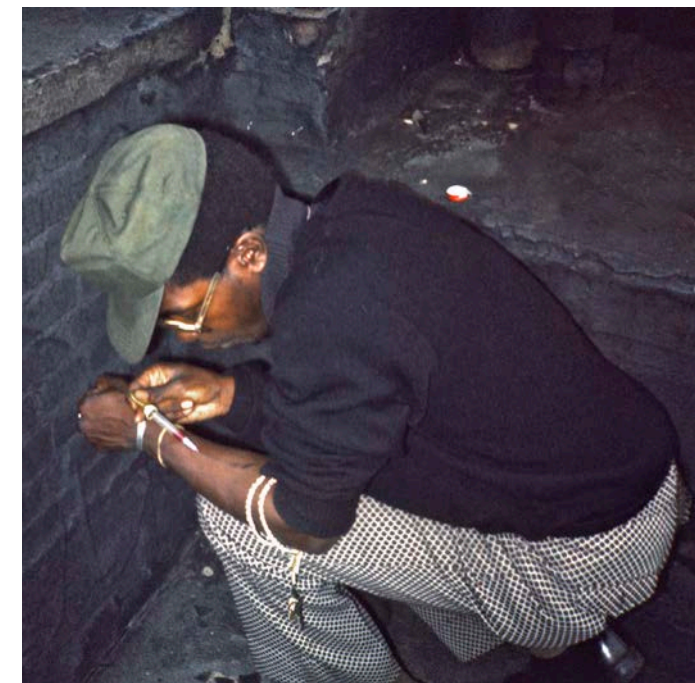
1992 - Harlem, NY



1973 - Harlem, NY



1973 - Harlem, NY



1974 - NYC

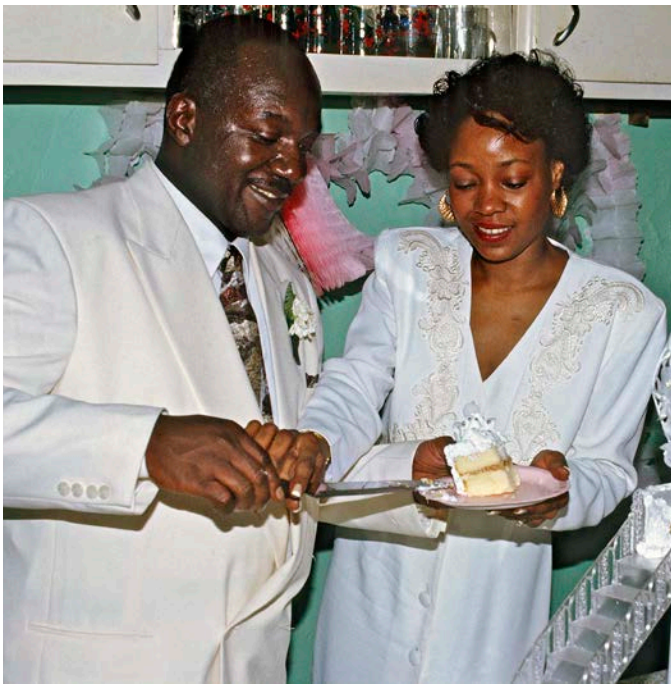
Los norteamericanos por los que siento más aprecio son los adictos, que han sido demasiado sensibles y humanos para sobrevivir al brutal afán de éxito norteamericano. No sólo son víctimas de esa violencia, sino que son capaces de devolver el golpe con toda la saña que les ha inyectado el “American way of life”. A menudo, en los tejados de Nueva York, ayudé a atar a estas almas atadas. A diario, en ciertas esquinas de Harlem, se ven miles de adictos esperando la heroína. Por la noche, ni siquiera la policía se atreve con estos barrios, desde cuyas “galerías de tiro” a veces disfrutamos de una increíble vista de la “gran aguja” del Empire State Building.

Las galerías de tiro son edificios condenados tomados por los yonquis que “disparan” y “abatien” a cualquiera que sea sospechoso de ser policía o “reventador”. Como la pena por ser adicto y delincuente, que es a lo que conduce, es decir, por ser víctima, es la misma que por ser asesino, no tienen ninguna opción real. Se les impone una condena perpetua obligatoria tanto si actúan como víctimas como si lo hacen como verdugos. Por lo tanto, las galerías de tiro son extremadamente peligrosas.

Este hombre, adicto desde hace 16 años, sufría de desnutrición y tenía llagas por todo el cuerpo. No pudo encontrar ningún lugar mejor para disparar y tuvo que quitarse la venda maloliente de la pierna para encontrar una vena. Sufría terriblemente y sabía muy bien que le quedaban menos de dos años de vida. No tenía nada que perder y me instó a publicar estas imágenes para asustar a los jóvenes, con la esperanza de que nunca tuvieran que sufrir como él.



1973 - Harlem, NY



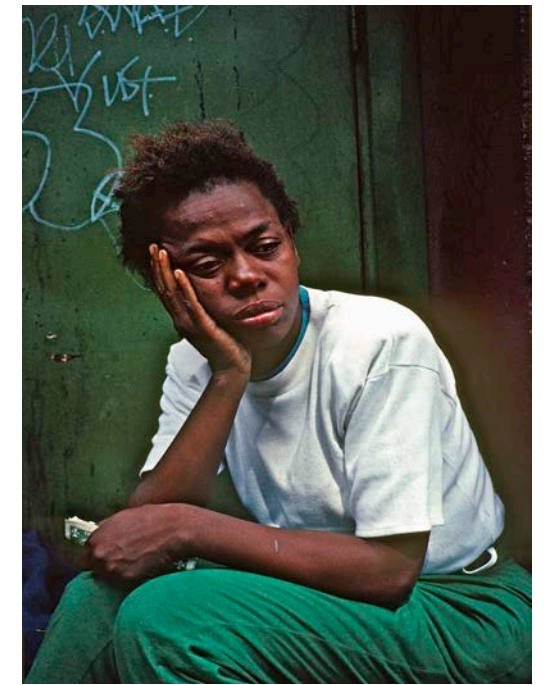
1985 - Harlem, NY

Pensaba que había visto lo peor en los años 70, cuando aprendí poco a poco a quitar las armas de las manos de los heroinómanos lentos. Así que no estaba en absoluto preparado para la devastación de la epidemia de crack en los 90, cuando las víctimas disparaban armas salvajemente durante sus paranoicos minutos de subidón y entraban constantemente en mi furgoneta o robaban a sus propias familias para mantener su hábito.

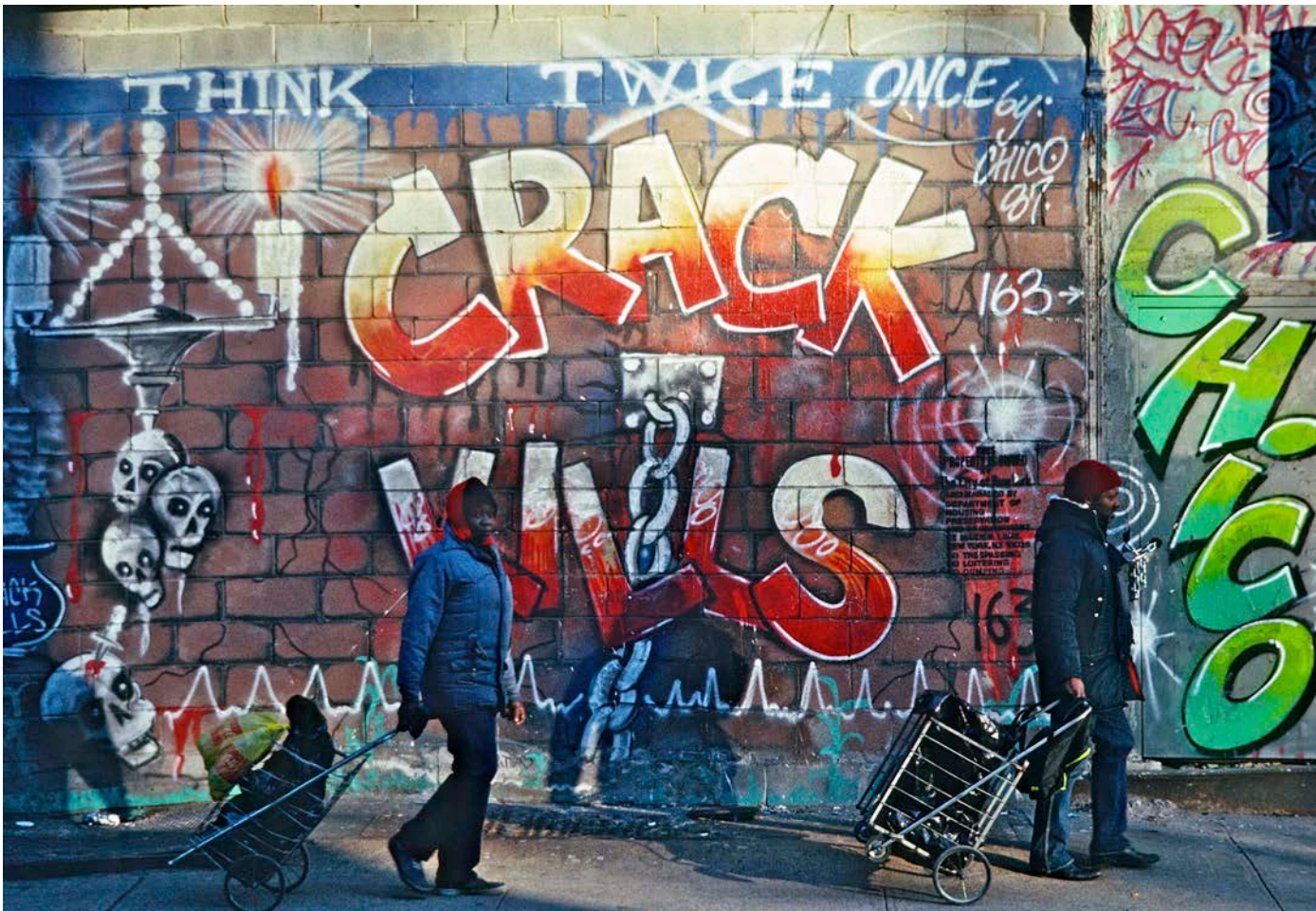
Muchos de mis mejores amigos sucumbieron al crack. Conocía a Robert Yard desde hacía años, pero poco después de su boda en Harlem, su mujer fue víctima del crack. Vi cómo él intentaba desesperadamente salvarla a ella y a su matrimonio mientras su vida se precipitaba en un abismo de delincuencia, prostitución y cárceles hasta su prematura muerte.



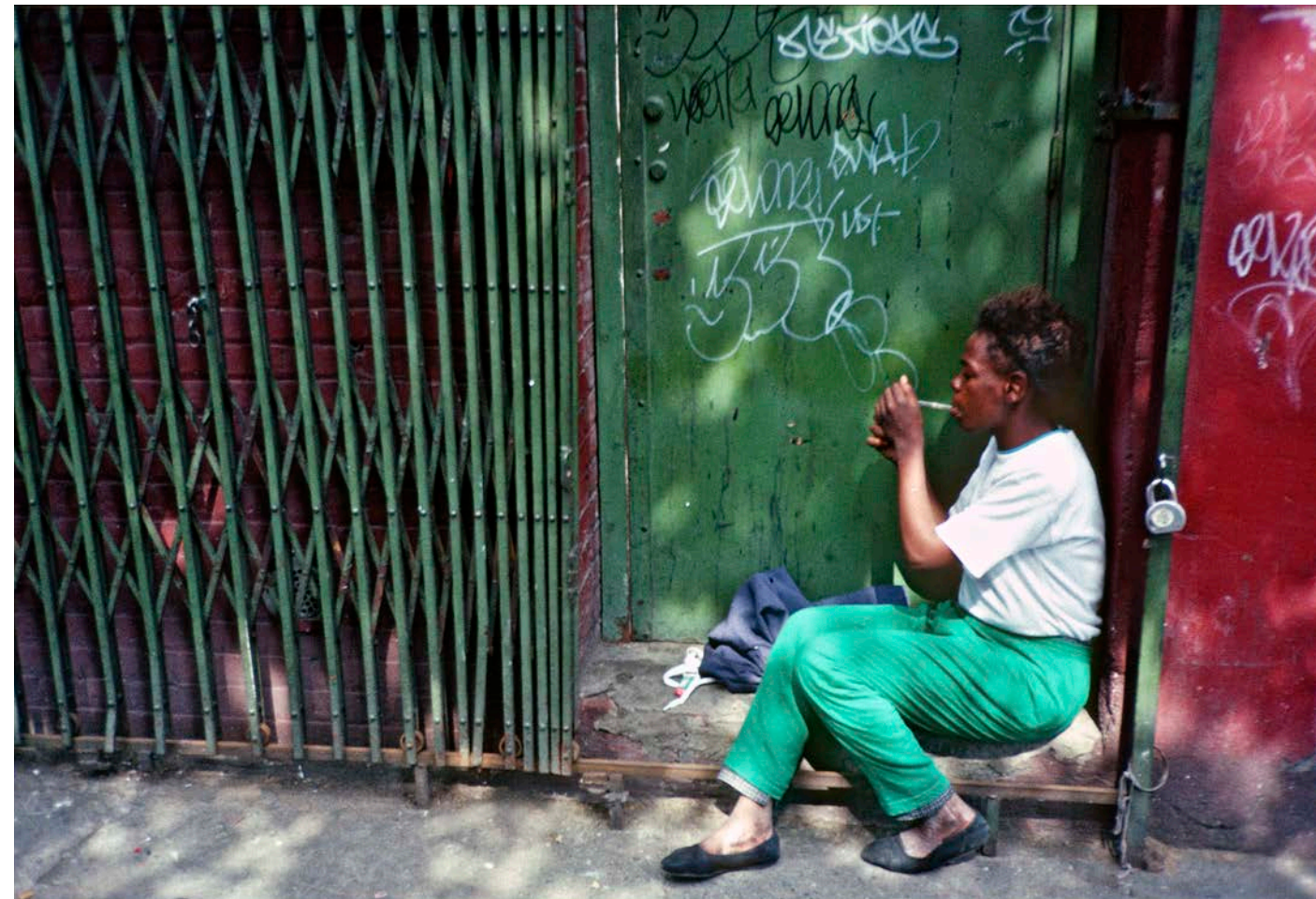
1992 - NYC



1991 - NYC



1991 - NYC



1991 - NYC



1974 - Harlem, NY



1989 - Harlem, NY

O poner a su niña a dormir a veces con ratas en lugar de canciones infantiles con el hambre y tus otros hijos a su lado. Y preguntarse si compartirá su cama con algo más que debe ser alimentado porque el miedo puede estar a tu lado o puede que duerma al final del pasillo. Y podría empezar a enseñarte cómo importarte un bledo ¡por tu prójimo!

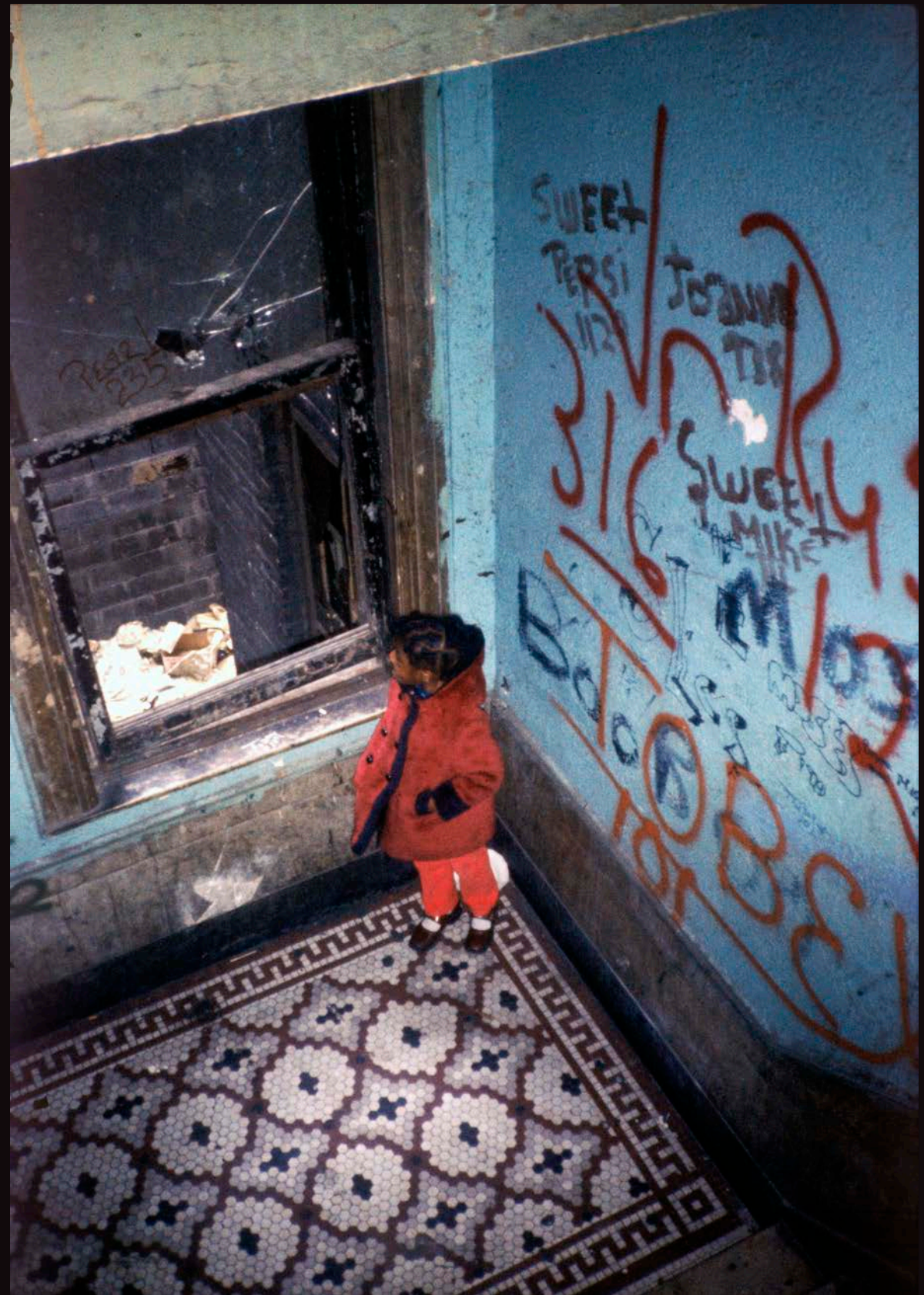


1974 - Harlem, NY



1973 - Harlem, NY

#284



1974 - Bronx, NY



1973 - NYC

Ven a ver lo bien que la desesperación es condimentada por el aire sofocante. Vean su gueto en el buen tiempo de verano. Supongamos que las calles estuvieran en llamas, las llamas como temperamento saltando más alto, suponga que ha vivido allí toda su vida, ¿crees que te importaría?

Pero no sólo los adultos sufren en Harlem. El sufrimiento más indescriptible y angustiante que he presenciado recae sobre los niños. Puede paralizar sus mentes -todo su ser- de por vida. Y no son sólo los niños que se ven obligados a mendigar como perros para sobrevivir o los niños que intentan conseguir un centavo lustrando vidrios para los conductores blancos en los semáforos. Es más, son los niños que asesinan con nuestro pensamiento negativo sobre ellos, el pensamiento aplastante que han interiorizado hasta tal punto que están convencidos de que no tienen futuro. ¿Qué impresión les causa a los niños del dolor ver a sus hermanas y hermanos asesinados a tiros en la calle? Cuando impartía una clase en Harlem, descubrí que no había un solo alumno que no hubiera presenciado un tiroteo en la calle, cuyas balas perdidas golpean hasta al niño más inocente. Los alumnos se negaban a creer que yo viniera de un país sin armas. “¿Cómo se defiende la gente?”, preguntaban. ¿Y qué impresión causa en una joven madre tener que despedirse de su hijo de cuatro años en un mundo en el que es difícil distinguir entre una cuna y un ataúd?



1973 - Bronx, NY



1972 - Harlem, NY



#284

1972 - Harlem, NY



1974 - Harlem, NY



1974 - Washington, DC



1974 - Bronx, NY



1974 - Bronx, NY



1973 - Baltimore

Entrevista con un borracho:
“Creo que todo el mundo nació desnudo, así que todos somos seres humanos. Hasta que no encuentre a alguien que haya nacido con ropa, no voy a pensar que es más que yo. Eso es lo que pienso”.

*Y puede que empiece a llegar a ti
por qué me importa el prójimo,
Y podría empezar a enseñarte
Cómo dar un carajo por tu prójimo.*

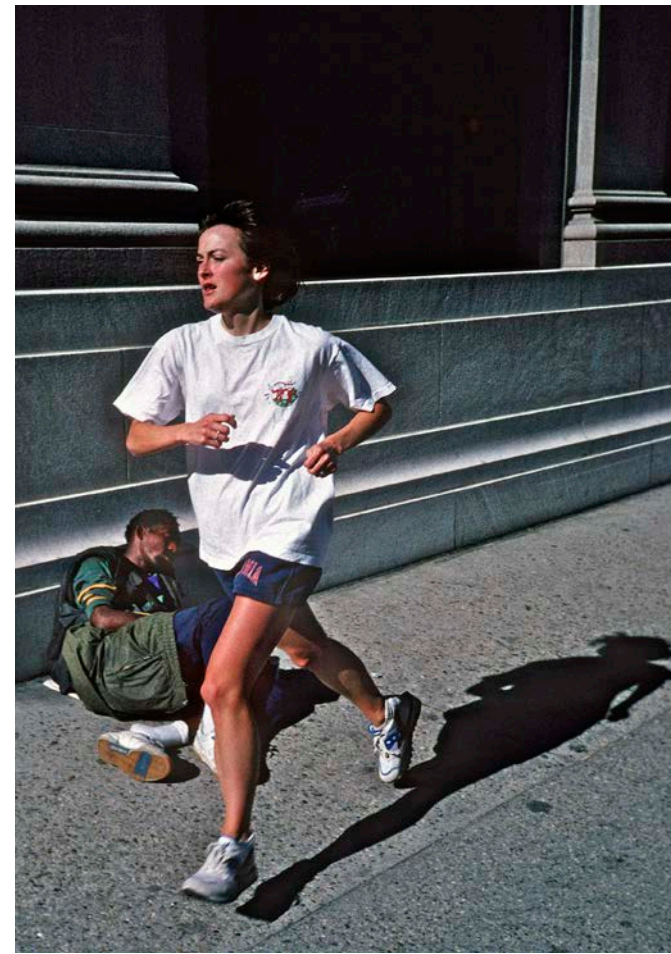
Este tipo de viaje por Harlem de “preocuparse por el prójimo” ilustra, en todo su sentimentalismo sacarino, la forma liberal blanca de ver el gueto. Desde el cuidado paternal casi amoroso de la aristocracia de las plantaciones del Sur, hay un vínculo directo con la interminable charla sobre la ayuda al prójimo entre los liberales del Norte. Muchos liberales realizan una gran y agotadora labor en los guetos, pero tanto si amamantamos como si damos el biberón a nuestros parias, el resultado es el mismo: estamos culpando a las víctimas al intentar acostumbrarlas a su injusto destino de parias en lugar de cambiar nosotros.



1974 - Washington, NC

Los liberales no consideran a los negros o a los marrones intrínsecamente inferiores, como hacen los conservadores. En cambio, los vemos como funcionalmente inferiores como resultado de la injusticia, la esclavitud y la discriminación de un pasado lejano. Después de haber experimentado este libro, se preguntarán con desesperación: “¿Qué podemos hacer?” Pero no tenemos el valor, o estamos paralizados por el miedo a mirar dentro del alma para entrar en contacto con nuestro abismo de dolor, el dolor que nos hace tan impotentes pero eficaces opresores.

Así, los liberales, de hecho, somos una de las herramientas más importantes de la opresión continuada. Ayudamos a los parias a adaptarse a una opresión que los hace funcionalmente inferiores para satisfacer nuestras propias necesidades liberales de administrar cuidados paternalistas a los “untermensch” (subhumanos). El negro o el moreno del gueto no tiene tiempo para la actitud condescendiente de los liberales y trata constantemente de provocar nuestro verdadero rostro racista/islamófobo. Se niegan a ver como un progreso el cuchillo en su espalda sacado de cuatro a dos pulgadas. Prefieren volver a apuñalarnos con estas palabras en nuestro viejo “contragolpe blanco”:



1992 - NYC

*En primer lugar, quiero ser amado...
Si no puedo ser amado, quiero ser respetado
Si no puedo ser respetado, quiero ser reconocido
Si no puedo ser reconocido, quiero ser aceptado
Si no puedo ser aceptado, quiero ser notado
Si no puedo ser notado, quiero ser temido
Si no puedo ser temido, quiero ser odiado*

La propia visión de los negros sobre Harlem invalida nuestra necesidad de ver una víctima, ya que no pueden ver sólo lo peor del gueto sin volverse locos. Por ejemplo, no destacarán que el 10% de los jóvenes de Harlem son delincuentes violentos que aterrorizan las calles. Le darán la vuelta, alentados por el increíble hecho de que, a pesar de este entorno criminal, el 90% de los jóvenes nunca han tenido conflictos con la ley.

Observarán la cultura que prospera en medio de la opresión y se sentirán alentados por el hecho de que la mayoría de la población de Harlem sobrevive. Verán las muchas rosas que consiguen crecer en esta jungla.



1995 - NYC



1974 - Harlem, NY



1974 - NYC



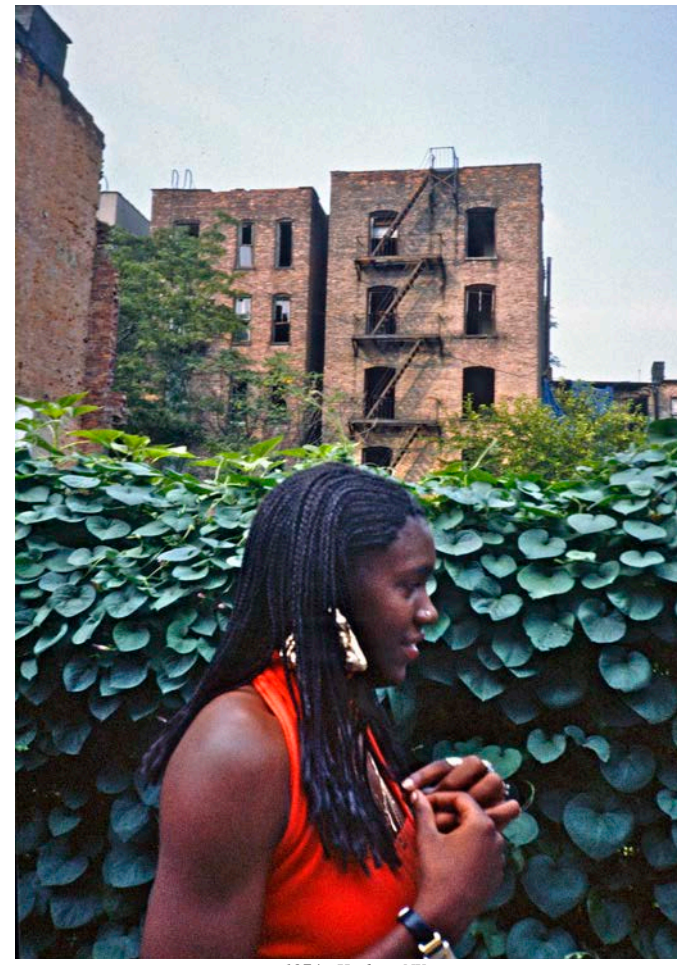
1989 - Harlem, NY



1973 - Harlem, NY



1992 - Harlem, NY



1974 - Harlem, NY



1974 - Harlem, NY



1973 - Harlem, NY

*Hay una rosa en el Harlem español
una rosa en el Harlem negro y español.
Es especial,
nunca ve el sol
sólo sale
cuando la luna se escapa
y todas las estrellas brillan.
Está creciendo en la calle
a través del hormigón
suave, dulce y soñadora.
Con ojos negros como el carbón
miran hacia abajo en mi alma
y empiezan un fuego allí
y entonces pierdo el control
Quiero pedirle perdón
Voy a recoger esa rosa
y mirarla
como crece en mi jardín.*



1973 - Harlem, NY



1973 - Harlem, NY



1974 - Spanish Harlem, NY



1995 - Chicago



1974 - NYC



1974 - NYC



1974 - NYC



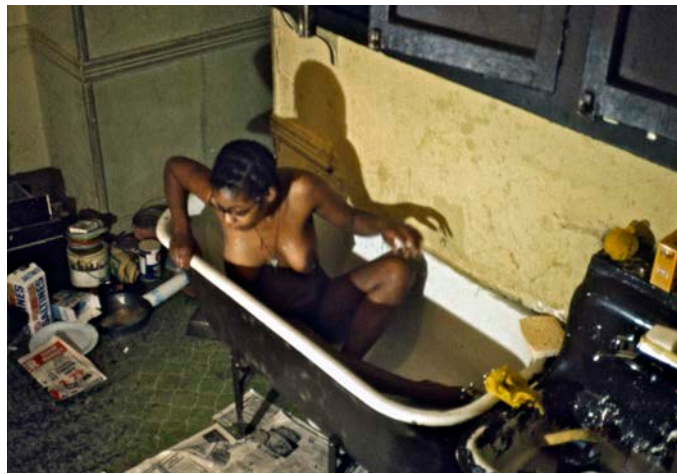
1990 - Harlem, NY



1972 - NYC



1972 - NYC



1972 - NYC



1974 - Bronx, NY

Para mí, esa rosa era Marilyn. Cuando la conocí, era una heroinómana que se inyectaba un par de veces a la semana. Su situación en el pequeño apartamento era desesperada, y la admiraba por ser capaz de salir de ella; yo misma me hundía cada vez más en la desesperación mientras vivía con ella. Nunca en mi vida había vivido en condiciones tan opresivas y aniquiladoras del alma. No podía pensar ni escribir en el apartamento. No eran sólo los constantes robos; era el miedo a ellos, el miedo a lo que pudiera pasar la próxima vez, así como el miedo a salir al pasillo o a la calle, donde te podían atacar con un cuchillo o una pistola. A la estrechez te puedes acostumbrar. Puedes acostumbrarte a una mesa que también funciona como bañera en la cocina. Puedes acostumbrarte a tener una alambrada entre la cocina y el dormitorio para que las ratas no entren a morderte la cara. Y pronto se convierte en un hábito matutino quitar de la cama las cucarachas muertas sobre las que has dormido toda la noche. Incluso los tiroteos y las sirenas de la policía de los violentos programas de televisión de Estados Unidos que golpean las paredes pueden ser un agradable alivio frente a sonidos similares procedentes de la calle. Pero el miedo persistente a ese momento en el que tú mismo puedes ser apuñalado en el estómago, es algo a lo que nunca te puedes acostumbrar. Me atacaron incluso en Nochebuena. Por tres pistoleros.

Cómo sobreviví viviendo con Marilyn no debes preguntármelo. Es paradójico que, en el país más rico del mundo, la palabra "supervivencia", que nunca había oído antes de venir a Estados Unidos salvo en relación con Darwin, se haya convertido en un concepto cotidiano. Pero hay que preguntarse más bien cómo sobrevivió Marilyn, no sólo en el cuerpo, sino también en la mente. No sólo sobrevivió, sino que incluso fue capaz de salir del gueto y convertirse en actriz en San Francisco. Sí, fue una rosa que consiguió brotar a través del asfalto.

En todo el mundo, a los opresores nos encanta utilizar excepciones tan alentadoras para seguir oprimiendo a nuestras víctimas. Nos aseguramos constantemente -con historias rosas de individuos o de una clase media negra o de un Obama que lo ha conseguido- que no sólo somos justos sino prácticamente santos. Es un esfuerzo mezquino y calculado para mostrar que hay algo malo en todos aquellos que no lo consiguen, culpando de nuevo a nuestros cautivos de su propio cautiverio.



1973 - Bronx, NY

Pero Harlem estaba lejos de ser el peor gueto de Nueva York. En el sur del Bronx, donde los equipos de filmación europeos solían rodar sus imágenes sobre la destrucción de Alemania en tiempos de guerra, había distritos en los que nueve de cada diez personas morían de forma no natural -asesinato, hambre, sobredosis, mordeduras de rata, etc. En el gueto de Brownsville, vi dos asesinatos y me enteré de otros cuatro el mismo día.

A la mayoría de los opresores les cuesta entender cómo construimos los guetos. Por ejemplo, no hay muros alrededor de un gueto, y no es necesariamente el resultado de una mala vivienda. No es sólo la clase baja la que convierte en gueto.

Que el gueto no es nada concreto, como las botellas rotas y la basura, lo vi en Detroit, donde la vivienda era mucho mejor que en Harlem. Aquí tuve la suerte de poder vivir a ambos lados de la línea divisoria entre el gueto y las zonas blancas: hasta allí, donde todas las casas blancas están en venta.



1974 - Saratoga, NY

Puedo entender muchas cosas sobre el racismo de los blancos, pero a día de hoy es un absoluto misterio para mí por qué estos blancos se alejan de todo lo que han construido y llegado a amar sólo porque una familia negra se muda al barrio. Estos negros más acomodados están a la altura de las exigencias de la estratada clase media blanca en todos los aspectos: un césped bien cortado, un seto, rododendros. Y así es como seguiría siendo el barrio si los blancos no huyeran. Al mismo tiempo, estos negros tienen una cultura mucho más americana que la de los inmigrantes europeos y asiáticos que aceptamos inmediatamente en nuestro llamado crisol de culturas. Cuando vivía en el lado blanco de la vergonzosa valla del gueto de los carteles de “Se vende”, casi nadie podía ofrecer ninguna lógica para mudarse, salvo la errónea del “descenso del valor de las propiedades”, que sólo se produce porque todas se venden a la vez. Así, lo viví como una gran conspiración americana blanca para impedir que los negros accedieran al crisol de razas, ideada mediante diversas formas de redlining ilegal por la Asociación Nacional de Agentes Inmobiliarios.

Una de las razones por las que yo mismo tenía que huir a menudo a los suburbios más frescos eran las sofocantes temperaturas del verano en los guetos rojos -o más bien forrados de calor-, con mucho hormigón y asfalto -hasta 20 grados más, como ha

demostrado desde entonces el NY Times- en comparación con los barrios blancos de facto cubiertos de árboles. Cada vez que me iba, sentía que había traicionado a la clase baja negra. Porque cuando, con nuestro privilegio de blancos, huimos a lo que se convierte en barrios atractivos, el valor de las casas y los bienes sube, y podemos pedir préstamos con nuestro patrimonio para enviar a nuestros hijos a universidades caras para salir adelante. Pero se trata de una riqueza robada, ya que en este proceso provocamos el desplome del valor de las viviendas de los negros en las zonas que convertimos en guetos, impidiéndoles pedir préstamos garantizados por sus activos, lo que les hace cada vez más pobres. A través de este racismo aversivo, cada blanco en los años 70 se había hecho seis veces más rico que cada negro. El dinero se multiplica, y en el año 2000 nos habíamos hecho ocho veces más ricos. Tras los recortes fiscales de los años de Bush, 12 veces más ricos que cada negro. Y hoy, después de la crisis financiera -causada por nuestro racismo cuando dimos préstamos subprime sin valor a la clase media negra en apuros- nos hemos hecho 20 veces más ricos.



1991 - Freeman's quarter, Houston, TX

Al otro lado de la valla, vivía cada blanco que se mudaba como una puñalada en el corazón de los negros. Los negros mayores hacían todo lo posible por complacer a los blancos, pero los jóvenes eran mucho más sensibles. La súbita sensación de quedar excluido para siempre de la corriente principal de la sociedad -ver que alguien retira la escalera que conduce al “sueño americano” en el mismo momento en que estás más cerca de él que nunca- desencadena naturalmente el resentimiento. A veces de forma violenta. Nuestra puñalada en el corazón convertirá a algunos de estos jóvenes, que por lo demás se comportan bien, en traviesos, y agitará el odio de los restantes blancos de la franja del gueto, que entonces culparán a la víctima y se desplazarán. En este libro no me ocupó mucho de los problemas de la clase media, pero no pude evitar ver una relación directa entre la violencia que cometemos contra la dignidad y la autoestima de estas personas en las fronteras del gueto y la violencia que yo experimenté en los guetos interiores, entre nuestra puñalada blanca totalmente americana en el corazón de la clase media negra y las espantosas puñaladas por la espalda en la clase baja.

Vi la explosión de la delincuencia negra en los años 70 como resultado de la ira irracional causada por nuestra traición blanca y, por lo tanto, no entendí por qué disminuyó en los años 90. Sólo entonces comprendí cómo esta ola de criminalidad también fue causada por la huida de los blancos. Cuando las grandes compañías petroleras pusieron plomo en el gas en los años 40, los estudios muestran que empezó a afectar al cerebro de los niños en desarrollo, provocando un aumento de la agresividad y una reducción del control de los impulsos cuando se convirtieron en adolescentes. Esto afectó de forma desproporcionada a los niños negros a los que habíamos forzado a vivir en zonas urbanas poco atractivas junto a las autopistas y las refinerías, como se ve aquí en Filadelfia y en el Fourth Ward de Houston, donde creció George Floyd. Además, las casas que los blancos les dejaban estaban llenas de plomo venenoso. A menudo vi a niños con un aspecto increíblemente tonto (con daños cerebrales) o sentados royendo tuberías de plomo. Y, ciertamente, vi a esa generación actuar a través de increíbles crímenes violentos “tontos”. En los años 70, Estados Unidos empezó a eliminar la gasolina con plomo, y los recién nacidos se expusieron constantemente



1986 - Filadelfia, PA. Proyecto junto a la autopista y la refinería de petróleo ESSO

a menos plomo, razón por la que la delincuencia empezó a descender drásticamente 20 años después. Así, llegué a comprender que el gueto es una continuación, impuesta por la sociedad blanca, del entorno violento de la esclavitud. Cuando esta violencia blanca interiorizada se ve sometida a la presión directa del desempleo, que es especialmente grave en Detroit, estalla en violencia física. Al igual que el número de divorcios de los negros fluctúa con el desempleo, también lo hacen los asesinatos y la violencia contra los miembros de la familia. Casi cada vez que volvía a Detroit, más de mis amigos negros habían sido asesinados. Esta carta a mis padres, escrita durante mis primeros meses en Estados Unidos, muestra cómo percibí inmediatamente la puñalada del Gólgota del racismo blanco tras la hemorragia de un pueblo en la cruz.



1971 - Alexandria, VA

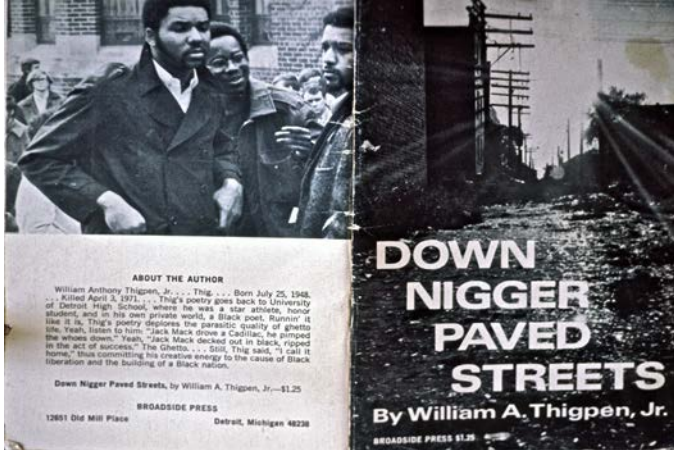
Pascua en Detroit

(o San Juan 19, 31-37)

Queridos papá y mamá,
Esta es la Pascua más impactante que he vivido. Ahora estoy en Detroit, que es nada menos que una pesadilla. En el camino desde San Francisco me detuve en Chicago para visitar a Denia, la joven escritora negra con la que viví en Navidad. Ya allí empezaron los horrores. ¿Recuerdas las dos amigas tuyas con las que ella y yo pasábamos tanto tiempo? Me dijo que una de ellas, Theresia -esa tierna y tranquila chica de diecinueve años- ha sido asesinada desde entonces. Probablemente la mató alguien que conocía, ya que parece que ella abrió la puerta a los asesinos. Fue encontrada por su prometido, disparada y cortada con cuchillos. Es la segunda persona que conozco en Estados Unidos que ha sido asesinada. Denia se ha comprado un arma y ha empezado a practicar el tiro al blanco. Esa noche en Chicago también viví mi primer gran tiroteo, probablemente entre policías y delincuentes. Estábamos de visita en la calle Mohawk cuando de repente estalló abajo en la oscuridad. Intenté asomarme, pero Denia me apartó de la ventana.

Bueno, casi he olvidado todo eso, comparado con las cosas que han pasado aquí en Detroit. Primero viví con una familia de trabajadores del sector del automóvil en uno de los respetables barrios negros del límite de las siete millas, muy lejos de donde empiezan las zonas blancas. Su hijo me recogió y me invitó a su casa, la tercera casa negra en la que he vivido. Una gente preciosa. La mañana de Pascua me llevaron a la iglesia. Pero luego me trasladé al propio gueto con tres estudiantes, y desde entonces ha sido una pesadilla. Uno de los primeros días que estuve aquí, Thigpen, a quien me acababan de presentar, fue asesinado. Era una persona fantástica, grande como un oso, y un poeta (os envió su colección, *Down Nigger Paved Streets*). Al parecer, por la única razón de haber escrito un poema inofensivo sobre el tráfico de drogas en la ciudad, fue encontrado el otro día ejecutado por gánsteres del narcotráfico junto con dos de sus amigos. Los ataron, los pusieron en el suelo y les dispararon en la nuca. Pero lo que más me impactó fue la reacción de los tres con los que vivo. Uno de ellos, Jeff, conocía a Thigpen desde hacía años y está fotografiado con él en un libro. Pero Jeff llegó tranquilamente con el periódico una mañana diciendo: “Oye, ¿te acuerdas de este tipo, Thigpen, que conociste el otro día? Mira, a él también se lo han cargado”. No causó mayor impresión. Así es como reaccionan a toda la violencia, que realmente me está afectando. Pero aún así, ellos mismos tienen miedo. No sólo yo tiemblo de miedo aquí.

Las noches son las peores. Empiezo a deprimirme por la falta de sueño. Jeff y los otros dos duermen arriba, mientras yo me quedo abajo en el salón. Todas las noches empujan el frigorífico delante de la puerta y ponen algunas botellas vacías encima, para que cualquier intento de abrir la puerta haga caer las botellas y los despierte. Una noche, el gato saltó sobre la nevera y derribó las



1971 - Detroit

botellas con estrépito, por lo que salí disparado hacia los demás. A estas alturas soy un manojo de nervios y estoy constantemente tumbado escuchando pasos fuera (nadie, salvo los ladrones, se atreve a ir a pie por la noche en Detroit, por lo que sé desde aquí). De vez en cuando oigo disparos fuera. Nunca había temblado de verdad, pero ahora a veces tengo la misma sensación gelatinosa que aquella noche que me asaltaron en San Francisco. Sólo los latidos de mi corazón son suficientes para mantenerme despierto.

De hecho, no creí haber cerrado los ojos ni una sola vez en toda la semana, hasta que me desperté de repente de una terrible pesadilla. Ahora casi nunca sueño cuando estoy de viaje, pero esa noche soñé con un día soleado cuando tenía once años, tumbado en el suelo del salón de mi casa en la casa parroquial. Estaba tumbado comiendo naranjas, recuerdo, cuando las noticias de la radio anunciaron el asesinato de Lumumba. Entonces no entendía nada, pero lo recuerdo vívidamente. Esta escena la veía ahora claramente ante mí en la pesadilla, pero iba cambiando a otra escena en algún lugar de África, donde yo estaba tumbado en el suelo mientras unos africanos me disparaban una ráfaga de ametralladora tras otra. Les grité que se detuvieran, pero las balas seguían taladrándome, una sensación terrible. Me desperté en esta auténtica pesadilla de Detroit, que ahora me pareció bastante tranquila en comparación, y un poco más tarde conseguí dormir un par de horas.

Pero las pesadillas no siempre terminan cuando amanece. Uno de los primeros días que estuve allí, me aventuré por las calles a pie. Apenas había pasado media hora cuando un coche de policía con dos policías blancos se detuvo en seco y me llamaron para que me acercara al coche. Casi me alegré de volver a ver caras blancas y me acerqué. Me pidieron el carné de identidad. Cuando caminas por el gueto te paran constantemente de esta manera.



1996 - Detroit

A menudo me pregunto qué diferencia hay realmente entre estar en el gueto aquí y ser negro en Sudáfrica, cuando debes mostrar constantemente tus documentos de identidad a los policías blancos. Así que, casi automáticamente, metí la mano en mi bandolera para sacar el pasaporte. Inmediatamente las pistolas de los policías saltaron hacia mi cara: “¡Alto!” Es una experiencia terrible estar mirando la boca de una pistola, y empecé a temblar de miedo. Pero no pasó nada, sólo tenían miedo de que tuviera una pistola en mi bolso. Me pareció un milagro que sus armas no se hubieran disparado.

¿Cómo puede vivir la gente en un mundo en el que tienen tan poca confianza entre sí? Me hicieron la advertencia habitual: “¡Será mejor que salgas rápido de este barrio!” Yo había recuperado la confianza en mí mismo y respondí audazmente: “¡Vivo aquí!”. Cuanto más tiempo vivo aquí, más miro a los blancos con los ojos de los negros, y no puedo evitar albergar un odio cada vez mayor hacia ellos.

Es una sensación extraña vivir en una ciudad como Detroit, donde no ves más que rostros negros a tu alrededor. Poco a poco experimentas un lento cambio. Los rostros negros se vuelven cercanos y familiares, y por lo tanto cálidos, mientras que los rostros blancos parecen lejanos y desconocidos, y por lo tanto fríos. A pesar de todos los horrores, ciertamente no tengo ningún deseo de salir a los fríos y helados páramos de ahí fuera, donde termina el gueto. Así que probablemente puedas entender el shock que me produce cada vez que enciendo la televisión y de repente no veo más que rostros blancos. Sí, de una manera extraña los rostros blancos se convierten en una parte sustancial de la pesadilla de Detroit. Porque no es sólo el crimen lo que me quita el sueño. Es también la televisión y la radio. En todos los guetos de Detroit y Chicago es una costumbre entre los negros dejar la televisión y la radio encendidas durante toda la noche para que

los ladrones piensen que todavía estás despierto. Otra cosa es que poco a poco se han acostumbrado tanto a dormir con la televisión y la radio encendidas que se ha convertido en una especie de narcótico; muchos de ellos simplemente no pueden dormirse sin este ruido.

Lo descubrí un día cuando Denia y yo quisimos echar una siesta en Chicago y ella encendió automáticamente la televisión para poder dormirse. Es sorprendente lo pronto que algunas personas se vuelven adictas a este ruido-narcótico. Cuando vivía con Orline, esta hermosa y joven madre negra en Jackson, a cincuenta millas de Detroit, descubrí que era casi imposible que viviéramos juntos. Cuando nos íbamos a la cama ella siempre ponía la radio. Entonces me quedaba tumbado esperando a que se durmiera, tras lo cual intentaba bajar lentamente el volumen, ya que de otro modo me resultaba absolutamente imposible quedarme dormido. Pero cada vez que bajaba el volumen a un determinado nivel, sus dos hijos, de dos y tres años, se despertaban y empezaban a llorar, por lo que inmediatamente tenía que volver a bajar el volumen. Sólo pude soportarlo durante dos noches, tras las cuales tuve que mudarme. Simplemente, como dijo Orline, éramos “culturalmente incompatibles”.



1973 - Jackson, MI - Orline y sus hijos



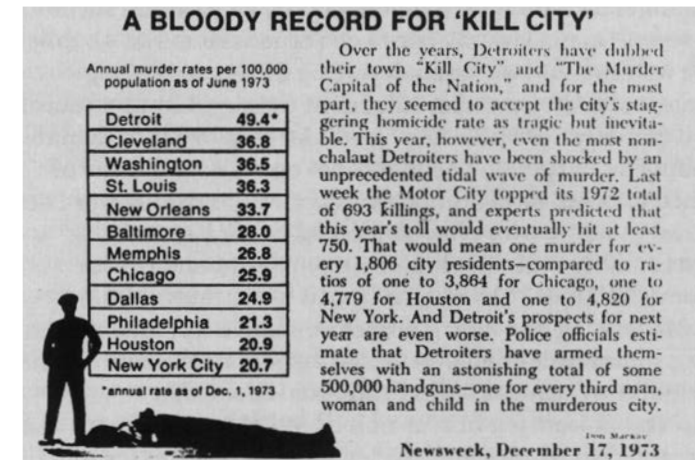
1974 - Detroit



1971 - Chris, Aaron y Jerry en Detroit



1972 - Detroit



Pero creo que hay implicaciones aterradoras si tantos negros en los guetos urbanos son igualmente dependientes de este ruido. En Dinamarca no se pueden imaginar lo primitiva que es la radio estadounidense: la constante música boom-boom interrumpida cada dos minutos por lo que ellos llaman "mensajes". Todo el tiempo se oye el soporífero mensaje: "Dejadnos la conducción a nosotros". Todo parece una gran conspiración blanca contra los negros. Al igual que bombardearon a la población survietnamita en "aldeas estratégicas" para lavarle el cerebro, casi parece que en los Estados Unidos han obligado a los negros a salir de las pequeñas aldeas a estos grandes campos de concentración psíquica, donde pueden controlarlos mejor con los medios de comunicación.

Es increíble como como resultado de esta opresión se ajustan casi al pie de la letra a cada opinión de sus opresores. En el Sur al menos se podía pensar, pero aquí se les bombardea constantemente con lo que otros quieren que piensen, o mejor dicho, se les impide pensar. ¿No es que toda esa música y ese ruido ahogan la capacidad de desarrollo independiente e intelectual de una persona? ¿Es extraño que muchas de estas personas parezcan zombis, como ellos mismos lo llaman en broma?

Los tres con los que vivo son algunas de las pocas personas políticamente activas de Detroit. Jeff me ha dado algunos libros sobre Cuba que quiere que lea. Pero me resulta imposible leer en este entorno, con todo el ruido, el nerviosismo, el temblor y el miedo a algo, aunque ni siquiera sabes qué es ese algo. Jeff es uno de los cada vez más numerosos negros que han viajado ilegalmente a Cuba a través de Canadá. Me cuenta muchas cosas fantásticas sobre ella, y yo le escucho, pero muchas de ellas parecen tan irrelevantes en este entorno tan cruel. Dice que Cuba es el primer lugar donde ha podido respirar libremente. Todos los cubanos están armados, como aquí en Detroit, pero sin embargo nunca tuvo miedo en Cuba. Lo único que le decepcionó fue que los negros cubanos aún no tienen peinados afro.

Jeff estaba tan contento en Cuba que intentó por todos los medios que no le devolvieran a Estados Unidos, pero no le dejaron quedarse. Ahora, después del viaje, ha tenido problemas

con el FBI, que ha visitado dos veces a sus padres. Le cortaron repentinamente la ayuda estudiantil y le expulsaron de la universidad. Por eso se ha convertido en taxista, y va por ahí en su propio mundo de sueños leyendo libros sobre Cuba en el taxi. Un día me contó riendo que hace unas semanas "se atracó a sí mismo". Como a los taxistas siempre les asaltan, se "robó" 50 dólares, llamó a la policía y dijo que el atracador era negro, parecía tal o cual cosa, y corrió en esa dirección. Luego no tuvo que trabajar más ese día y se fue a Belle Isle a leer sus libros sobre Cuba.

Por desgracia, no quiere utilizar sus experiencias para trabajar políticamente aquí en Detroit; el sistema es tan masivo y opresivo que no sirve de nada, dice. Así que ahora sólo trabaja para volver a Cuba. Sin embargo, quiere ir a Washington dentro de dos días para manifestarse contra la guerra de Vietnam. Se espera un millón de personas. Iremos juntos. Estoy deseando salir de este infierno, y sólo espero que haya más paz en Washington para poder descansar. Pero tengo que volver a Detroit. Al igual que en Chicago, he conocido a gente tan cálida aquí que simplemente no puedo comprender su bondad hacia mí. No puedo entender cómo dos ciudades tan crueles y opresivas pueden contener gente tan excepcional. Tiene que ser posible que aprenda a vivir con el gueto, porque debo volver con esta gente. Pero me llevará mucho tiempo acostumbrarme a las condiciones. Sólo un viaje a la tienda de la esquina por la noche requiere que cojamos el coche. Jeff y los otros dos simplemente no se atreven a caminar una cuadra y media.

Recordaré Detroit como un interminable viaje en coche a través de una ciudad fantasma al son del nuevo éxito negro de la radio del coche, "Por el amor de Dios, den más poder al pueblo", que me machacan en la cabeza. Y luego, cada día, las nuevas estadísticas de asesinatos. Como es Semana Santa, sólo 26 personas fueron asesinadas. Esperan llegar a 1.000 antes de Navidad. En un año se pierden más vidas en la guerra civil aquí que en seis años en Irlanda del Norte. Sin embargo, en los periódicos, "cinco personas muertas en los actos de violencia de ayer en Detroit" sólo merecen una noticia en la página 18, mientras que los titulares de primera página denuncian la pérdida de dos vidas en la "trágica" guerra civil de Irlanda del Norte.



1971 - Philadelphia, PA

Por cierto, ¿han escrito los periódicos daneses sobre la estigmatizada niña negra que sangraba en Semana Santa? En fin, espero que hayáis tenido una Pascua más tranquila. *Con cariño, Jacob.*

Los guetos estadounidenses se extienden en gruesos cinturones, de cinco a diez millas de ancho, alrededor de los distritos comerciales del centro de la ciudad, como se ve aquí en Houston, donde los ricos viven en la ciudad y los pobres en barrios marginales de las afueras. La clase baja es constantemente presionada y empujada. El “traslado” urbano (como lo llaman los negros), supuestamente en beneficio de la clase baja, se utiliza para deshacerse, concentrar o esconder a nuestros indeseables. Esto es particularmente cierto en el histórico Harlem, de donde la mayoría de los negros de hoy han sido empujados. A menudo me hacía llorar ver cómo los barrios históricos de aspecto europeo de “chabolas” eran arados y puestos de punta, como aquí, en el acogedor y encantador gueto de Baltimore.

Apilados, se sienten aún más confinados y, en consecuencia, la delincuencia aumenta proporcionalmente a la altura de estos barrios marginales verticales. En Filadelfia, las bandas callejeras fueron sustituidas por bandas de pisos que luchaban piso contra piso entre sí: bajar del ascensor en el piso equivocado podía significar la muerte. Más de 100 miembros de bandas callejeras, de entre 12 y 17 años, eran asesinados allí cada año. Uno de ellos era un vendedor ambulante que se ganaba la vida vendiendo mi libro *American Pictures*. Tuve varios amigos que fueron atacados a punta de pistola por niños de 10 u 11 años que también disparaban a mansalva con subfusiles Uzi.

Al imponerles una condena que a menudo les dobla la edad, los blancos esperamos haber eliminado una parte del gueto. De la misma manera fútil, demolemos las casas del gueto sin eliminar las causas del gueto. Aunque se ha demostrado que cinco de cada seis violaciones del código de la vivienda en los barrios marginales se deben a la negligencia de los propietarios, y no a sus desesperados inquilinos, persiste el mito de culpar a los pobres de que “la gente causa los barrios marginales”. Un par de propietarios de tugurios con los que viví en enormes mansiones a las afueras de las ciudades contribuyeron sin duda a difundir esas ideas.

Sin embargo, al haber vivido durante años en esos viejos apartamentos destartados que se entregan a los pobres cuando ya están desgastados y agotados, nunca fui testigo de ninguna destrucción por parte de los inquilinos del tipo que crea un barrio marginal: techos con goteras, suelos y escaleras caídos, fontanería, tuberías de alcantarillado y cableado defectuosos. Pero nunca olvidaré el dolor y la angustia que pasé con mis mejores amigos del gueto de Fillmore, Johari y Lance, cuando su hija murió al caer por una ventana podrida que el propietario del barrio se había negado durante años a adecuar. Su funeral se ve al final del libro.



1973 - Baltimore



1973 - Baltimore



1974 - Philadelphia, PA



1975 - Richmond, VA



1997 - Robert Taylor Homes, Chicago



1997 - Robert Taylor Homes, Chicago

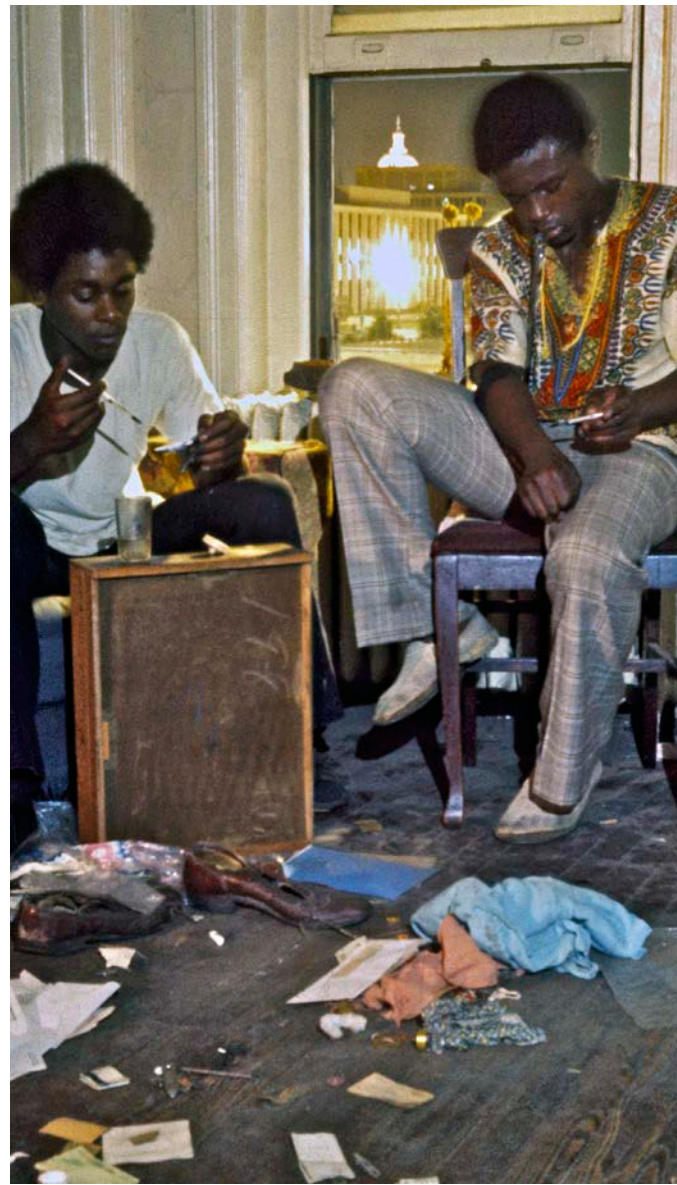


1973 - Lake Forest, IL

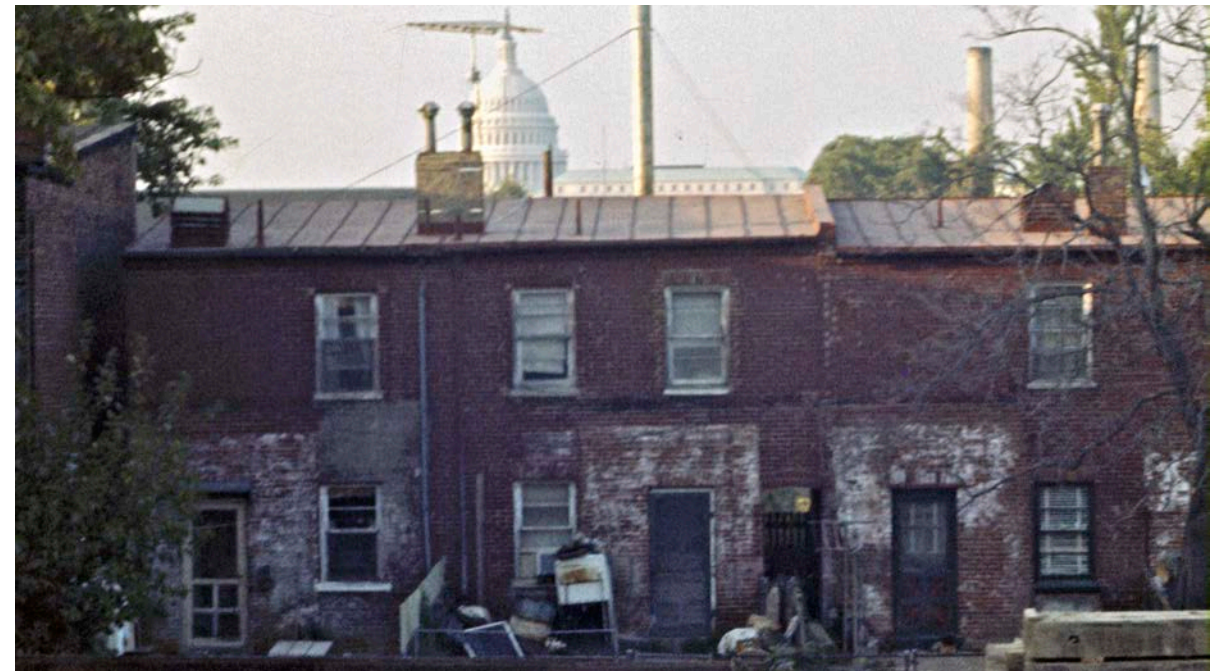
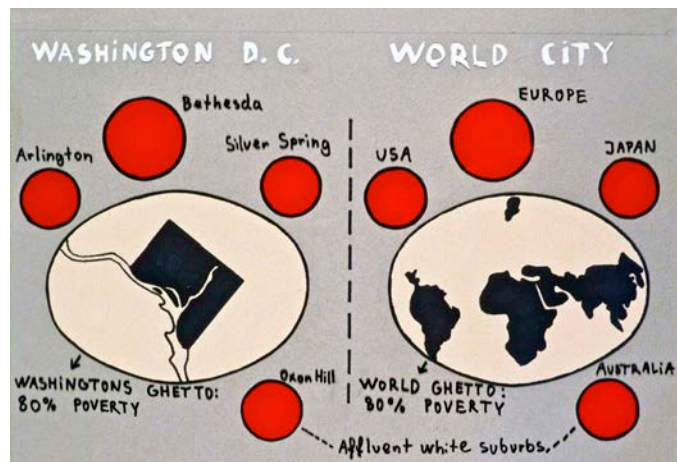
Resulta paradójico que siempre busquemos la causa del gueto dentro del propio gueto, cuando el propio concepto de “gueto” implica que las causas se encuentran fuera. Especialmente en los suburbios blancos acomodados que rodean a todas las ciudades. Aquí tenemos árboles, piscinas y todas las oportunidades para prosperar en el mundo. Vivimos fuera de los límites de la ciudad para que nuestros hijos no tengan que ir a la escuela con indeseables, y evitamos pagar impuestos a la ciudad aunque obtengamos nuestros ingresos de ella. Así, las ciudades se han ido empobreciendo. Una ciudad típica, como Washington DC, es similar en este sentido a la ciudad en la que todos vivimos: la ciudad mundial. Los centros de ambas ciudades son en un 80% barrios marginales habitados por gente de color, y a su alrededor hemos puesto los fastuosos suburbios de Europa, Estados Unidos, Japón, China y Australia. Los habitantes de los suburbios son dueños de la mayoría de los negocios dentro del gueto y se llevan a casa enormes beneficios, pero se niegan a pagar impuestos a la ciudad. Al igual que el gueto del mundo, Washington se está empobreciendo cada vez más, y tenemos que enviar ayuda al desarrollo para devolver un poco de lo que nos quitamos.

Aunque el flujo neto de capital que sale de los países pobres es mayor que el que devolvemos, la mayoría de nosotros estamos convencidos de que somos generosos y por eso nos molesta la creciente ira y el terrorismo contra Occidente en el Tercer Mundo. Nuestra ignorancia se expresa a menudo en nuestra elección de líderes, como Trump, que va por libre contra todas las demás naciones, negándose a reconocer la necesidad de devolver parte de los enormes beneficios de los acuerdos comerciales desiguales, los préstamos, las materias primas infravaloradas, la destrucción del clima y los paraísos fiscales.

Del mismo modo, somos incapaces de entender la rabia de los negros de nuestros guetos, no somos conscientes de la vida en nuestra propia capital justo fuera de sus hermosas zonas turísticas. Durante mi primer viaje, en la década de 1970, Washington, la ciudad del país más rico del mundo, era tratada como un distrito de emergencia por el hambre. Desde los años ochenta, la ciudad se asemeja a una zona de guerra civil, con guerras de drogas en las calles sin parangón fuera del Tercer Mundo. La delincuencia que tenemos de los países pobres, especialmente en forma de terrorismo, hace tiempo que se ha convertido en algo habitual en DC, que tenía más de un 2.000% de robos a mano armada al año que ciudades similares de Europa. El número de asesinatos en Washington era un 50% mayor que en toda Gran Bretaña (como escribí en la edición de 1984 de este libro). Pero hoy, cuando los hijos de nuestros parias en Europa han empezado a crecer, el panorama está cambiando. Inglaterra ha superado ahora a Estados Unidos en robos.



1973 - Washington DC



1973 - Washington DC

Uno de cada diez habitantes de las zonas negras de la ciudad era drogadicto (según informó un año el Washington Post). Estos dos adictos, que me atacaron pero luego me invitaron a casa, viven a sólo tres manzanas del Capitolio, cuya cúpula blanca se ve al fondo. Aunque los congresistas no se atreven a ir a pie a sus casas después del trabajo, siguen aumentando los gastos militares en su miedo paranoico al resto del mundo mientras hacen recortes en las asignaciones sociales. ¿De qué sirve el chaleco antibalas cuando la muerte viene del corazón? Un mes antes de que yo viviera con estos adictos, un policía fue tiroteado en su pasillo, y una mujer fue asesinada en esta misma habitación, la última visión que tuvo de este reducto de democracia y libertad.



1973 - Washington DC



1971 - Alexandria, VA



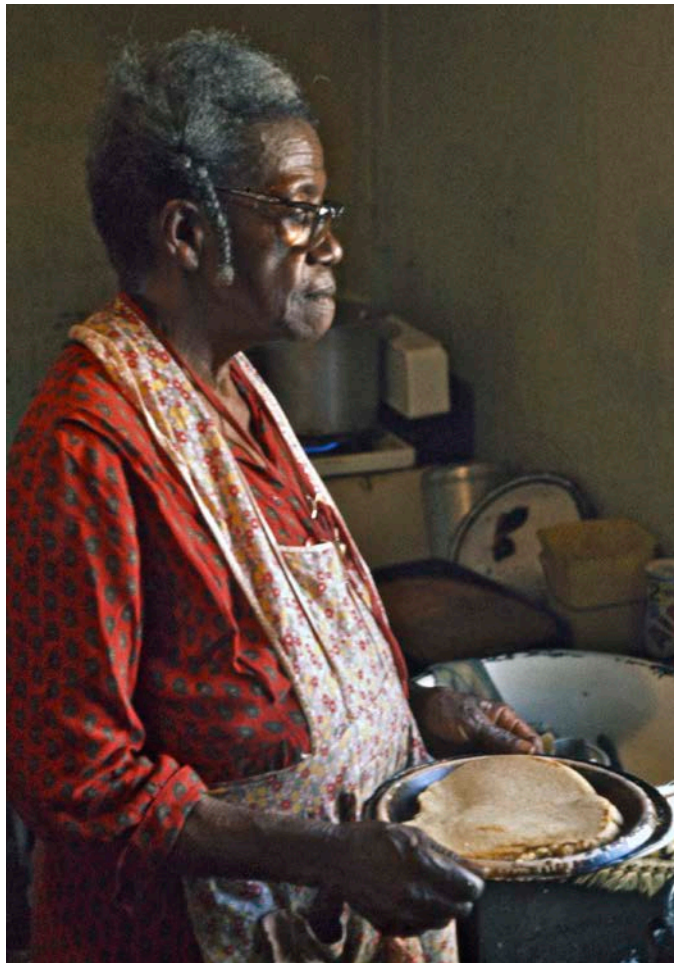
1974 - Elizabethtown, NC



1975 - "Food for thought" - San Francisco



1972 - NYC



1974 - Greenville, NC

Cuando encerramos a la gente en un gueto, nuestra violencia contra ella acaba volviéndose contra nosotros. Al compararlo con otro gueto -el gueto "gris" de los ancianos- comprendí por qué a los que confinamos les resulta imposible escapar. En el gueto gris tampoco hay muros visibles, pero la dependencia de los ancianos de las migajas de los ricos los aprisiona en una psicología de la impotencia que se asemeja a la de la esclavitud. Al igual que ocurre con las clases bajas, muchos ancianos están tan incapacitados que no pueden ocupar buenos puestos de trabajo y no tienen ninguna posibilidad de mejorar su situación económica. La sensación de no tener poder sobre tu propia vida, de depender totalmente de las limosnas de los ricos, forma parte de la psicopatología del gueto, creando en muchas mentes de ancianos figuras de autoridad que se asemejan a "El Hombre" de la psicología negra.

El gueto gris está vinculado a nuestros guetos de negros e inmigrantes, ya que la pobreza obliga a estas poblaciones a instalarse en los mismos barrios, donde los ancianos suelen ser tan discriminados y olvidados por la sociedad como los negros en general. Los ancianos a veces mueren de hambre en sus casas porque les aterra aventurarse a comprar comida. Encontré a esta anciana, con el cartel de "sonrisa" en la ventana, como la vecina más cercana al Congreso, que la condenó a una pensión un 40% inferior al umbral oficial de pobreza. En el Sur, conocí a ancianos que no podían cobrar nada de la seguridad social. Miles reciben menos del mínimo oficial de 1.400 dólares al mes. Acostumbrado a los estados de bienestar europeos, con personal social y sanitario que visita los hogares para cocinar, limpiar y hacer la compra para los ancianos o enfermos, me pareció aún más espantoso el abandono de los ancianos en Estados Unidos.



1973 - "Smile" in Washington, DC



1973 - Baltimore



1978 - Waynesboro, GA



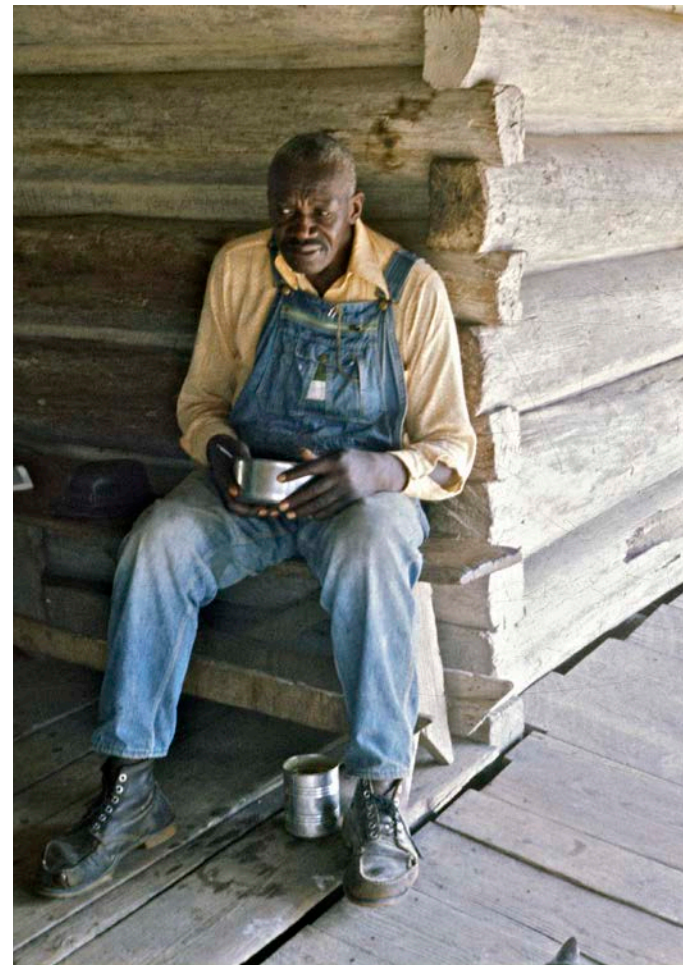
1974 - Washington, NC



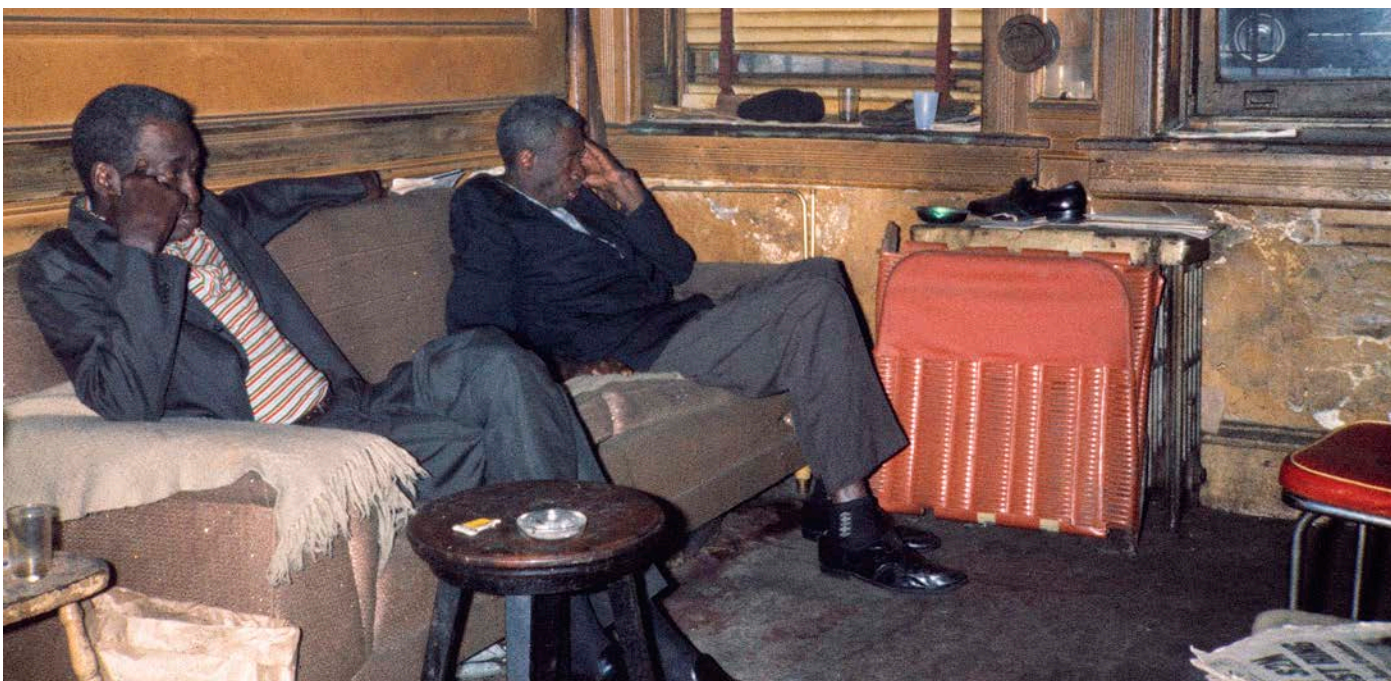
1974 - Norfolk, VA



1974 - Allendale County, SC



1975 - Notasulga, AL



1973 - Harlem, NY



1972 - NYC

Esta anciana judía, que se convirtió en una de mis mejores amigas de Nueva York, había emigrado de Rusia antes de la revolución. Su esperanza era que el Congreso le permitiera volver a la Rusia comunista para poder vivir sus últimos años “libre de hambre y libre de miedo”, como dijo en 1972. Se moría de hambre, nunca tenía carne cuando tenía comida, y a menudo la asaltaban. Sin embargo, sentía un profundo amor por los negros de su barrio. Con su propia guetización y persecución en Europa del Este en la memoria vívida, ella, como muchos judíos estadounidenses, tenía un profundo compromiso con la lucha negra y se sentía atormentada porque los negros tenían que sufrir como ella. La mayoría de los blancos asesinados durante el Movimiento por los Derechos Civiles eran, de hecho, judíos. Del mismo modo, la mayoría de mis conferencias en Estados Unidos están organizadas por esta minoría, con su visión dolorosamente adquirida de la opresión. Su profunda solidaridad con otros oprimidos proviene de su necesidad histórica de observar la acumulación de dolor entre otros grupos oprimidos. Ese dolor ha sido tradicionalmente manipulado por los gobernantes y utilizado contra los judíos. Tanto en los guetos negros estadounidenses como en los marrones daneses, ese dolor se manifiesta en un antisemitismo esporádico entre personas que no se sienten queridas ni respetadas por la sociedad.



1974 - Tarboro, NC



1975 - Bullock County, AL



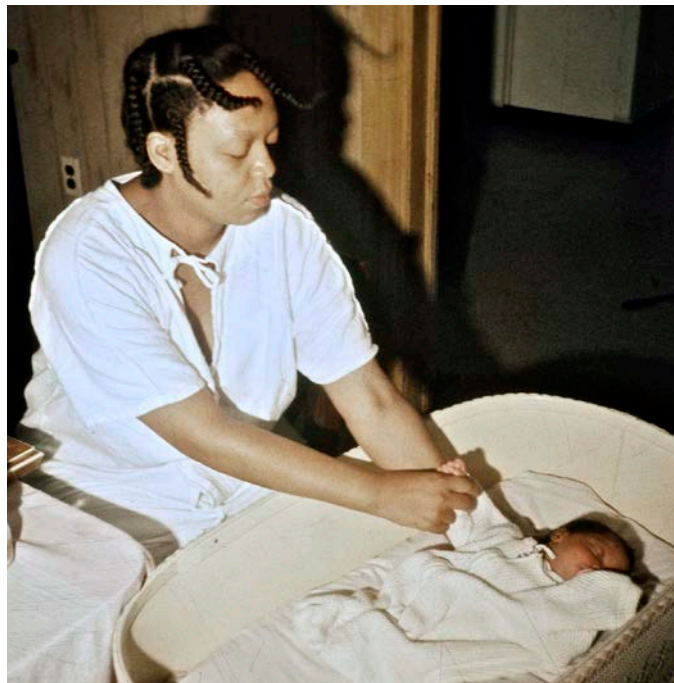
1975 - Waynesboro, GA



1975 - Notasulga, AL



1975 - Oakland, CA. Foto de la Pantera Negra con Huey Newton



1972 - Detroit



1992 - Burke County, GA



1990 - Robert Taylor Homes, Chicago



1978 - Augusta, GA

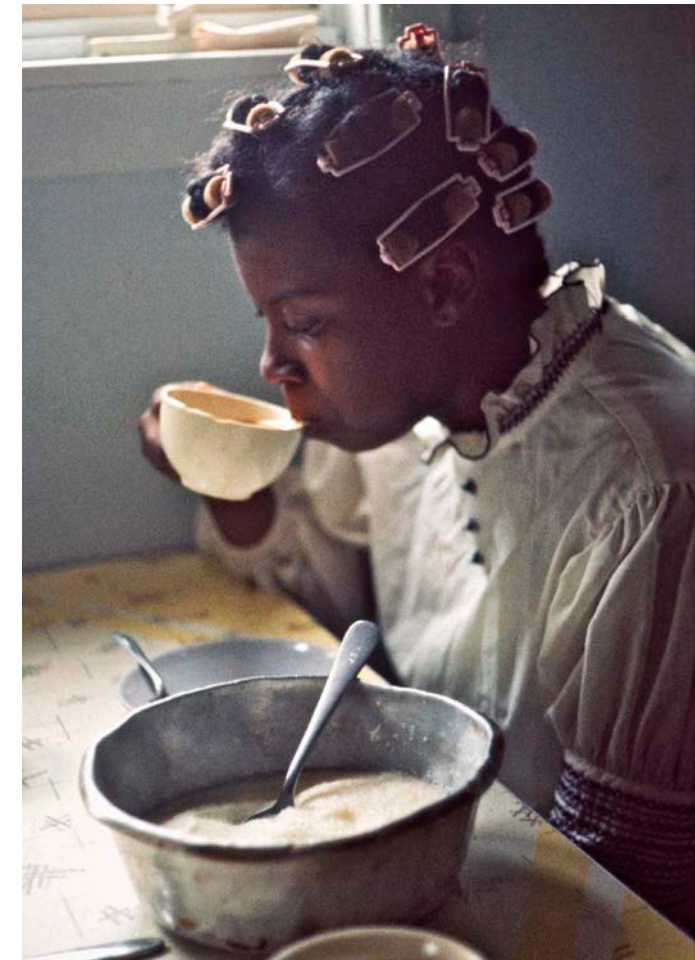
Los estadounidenses están a favor de cierta seguridad social en la vejez, pero se niegan a crear una red de seguridad como la que damos por sentada en los estados de bienestar europeos. Mientras que el estado de bienestar respeta la dignidad del individuo, la “sociedad desechable” estadounidense intenta destruirla deliberadamente con una red de espías que se infiltran en la vida privada de las personas que reciben lo que los estadounidenses llaman irónicamente “bienestar”. El sistema ha intentado históricamente destruir la familia negra. La práctica de la esclavitud de “vender” a los maridos y esposas y a los hijos entre sí continúa, con el departamento de asistencia social como amo paternal y cuidadoso y como supervisor infernalmente cruel. Muchos padres negros se han visto obligados a abandonar el hogar para que sus esposas puedan recibir asistencia, gracias a una orden del Congreso de cortar la asistencia social para las madres si hay un hombre presente. Así, millones de mujeres viven en la soledad y en la pobreza más absoluta, ya que sólo una de cada 20 familias que reciben asistencia incluye a hombres. Sin embargo, más del 50% de los hombres de esta clase inferior están desempleados.

Esto creó a la “madre de la asistencia social” negra, que no está nada bien en un círculo vicioso de pobreza, dependencia, miedo y, sobre todo, humillación. Aunque la mayoría de las personas que reciben asistencia social son blancas, se acusa a los negros de obtenerla por haber sido “promiscuos”. Una acusación increíble ya que fue mi clara observación así como la conclusión de varios estudios que los blancos, entre sus otros privilegios, son mucho más “promiscuos” que los negros.

La crueldad con estas madres estigmatizadas se origina en los discursos históricos de los políticos sobre los “holgazanes del bienestar”, discursos diseñados para distraer a los votantes de la forma en que estos mismos políticos reparten miles de millones en bienestar a los multimillonarios por el agotamiento del petróleo, las subvenciones a la agroindustria, etc.

Crean un clima en el que los pobres tienen que pasar por largas investigaciones degradantes y acoso de seguimiento para conseguir sus pocas migajas. Se utilizan todos los trucos sádicos para deshumanizarlos. En muchos lugares deben hacer cola desde las cuatro de la mañana bajo la escarcha o la lluvia y luego esperar dentro en un ambiente de campo de concentración todo el día sólo para enterarse de que “no se aceptan más casos hoy”. Si consiguen dinero de los amantes secretos, rara vez se atreven a gastarlo en utensilios de cocina, ya que los espías del sistema comprueban constantemente si hay indicios de un hombre. Una tostadora o una plancha nuevas pueden hacer que les quiten al instante su escasa ayuda. Cada vez que viví con esas madres benefactoras, tuve que esconderme debajo de la cama o en el armario cada vez que los espías llegaban sin avisar. Muchas mujeres no han conocido otra existencia y están siendo lentamente destruidas por una vida hogareña eterna, esclavizadas por programas de televisión estupefacientes.

No creo que los estadounidenses sean realmente conscientes de lo crueles que son con estas personas, pero puede equipararse al trato racista que en Dinamarca ofrecemos a nuestros refugiados e inmigrantes. La “prestación introductoria” que el sistema les ofrece está por debajo del mínimo de subsistencia en la Dinamarca actual. A diferencia del generoso estado de bienestar del pasado, nos hemos convertido en un espejo de la sociedad de usar y tirar de Estados Unidos, tratando de quitar a la gente de en medio como si fueran residuos. En Estados Unidos, la política es expulsar a la gente de la sociedad negando la ayuda a aquellos cuyas rentas son demasiado altas. Por lo menos, a los inmigrantes que reciben asistencia introductoria en Dinamarca se les paga el alquiler para ayudarles a “integrarse mejor” (en una sociedad que del mismo modo no quiere integrarse con ellos).



1974 - Greensboro, NC



1973 - Greensboro, NC - "La bella y la bestia" siempre llamé a esta foto de Baggie y Nixon durante su escándalo Watergate



1974 - Jersey City, NJ



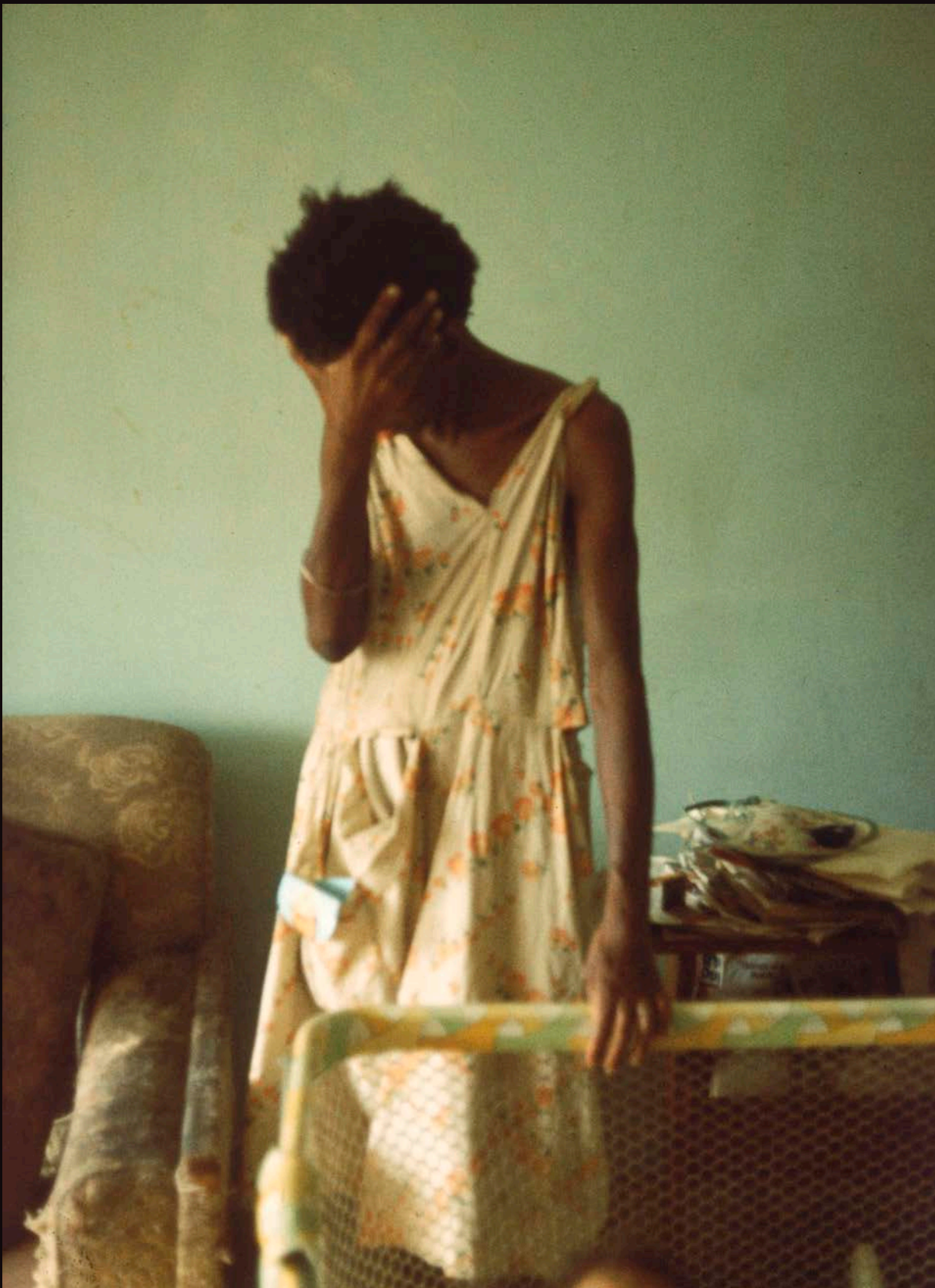
1974 - Jersey City, NJ

A las madres de la asistencia social estadounidense se les suele poner en casas especiales para pobres, a menudo cerca de los vertederos o de las ruidosas autopistas, donde el terreno es barato. Estas "viviendas para pobres" son el destierro oficial de los intocables. Todas las ciudades cuentan con este tipo de "proyectos" deshumanizadores, que condenan al ostracismo a personas con una cultura paria tan destructiva que al final se vuelven inútiles para la sociedad. Al secuestrar a la madre del bienestar, la población puede seguir culpando a las víctimas sin tener que ver nunca el tipo de sufrimiento que les está infligiendo.

En ese aislamiento y con la sensación de ser el basurero de la sociedad, los niños de los proyectos son fácilmente empujados a la delincuencia. Cuando me quedé con Nell Hall [página 318], descubrí que a menudo no iba a la oficina de asistencia social o a comprar por miedo a tener que atravesar el proyecto en el que vivía. Los niños y Estados Unidos son los perdedores, ya que mientras que sólo el 5% de los niños de los estados de bienestar europeos crecen en la pobreza, el 21% de los niños estadounidenses están ahora tan afectados por la pobreza que corren el riesgo de ser inútiles en el mundo de la alta tecnología del futuro. Ninguna sociedad que intente competir en la feroz carrera de la globalización puede permitirse perder tanto potencial humano.



1992 - Burke County, GA



1974 - Jersey City, NJ



1974 - Charleston, SC



1974 - Charleston, SC



1974 - Jersey City, NJ



1972 -Baltimore

Los atrapados en el círculo vicioso de la dependencia y la patología de la clase baja recurren a la delincuencia para sobrevivir. Este fue el caso de mi amigo Alphonso en Baltimore. Nos conocimos cuando él y su banda callejera intentaron robarme. La mujer de Alphonso tenía un trabajo en una cafetería, que daba a la familia aproximadamente 1/3 del salario mínimo danés. En Estados Unidos hay un submundo de millones de trabajadores de servicios que son explotados sin piedad porque el Congreso no apoya un salario mínimo decente. Por ello, Estados Unidos tiene más trabajos de servicios de baja categoría que cualquier otro país desarrollado.

Alphonso y su esposa se querían mucho y a sus seis hijos, y le dolía enormemente no poder encontrar un trabajo para mantener a su familia. Era mi primer año en Estados Unidos, y recuerdo lo mucho que me sorprendió saber que no había ayudas para ellos. Yo venía de un país donde se ayudaba a los recién licenciados hasta que encontraban trabajo para que no se vieran obligados a delinquir. Por eso me conmovió mucho que para sobrevivir Alphonso tuviera que robar en la calle.

Fui con él a robar zapatos para los niños, y me introdujo en el submundo criminal de Baltimore. Robar le permitía mantener una bonita casa e incluso alquilar un coche un par de veces al año para llevar a sus hijos de picnic. Cuando volví un año después, sus hijos estaban abatidos, pero no me dijeron por qué. Me enteré de que Alphonso había sido condenado a más de seis años de prisión. Al visitarlo en la penitenciaría, descubrí que su hijo mayor estaba en prisión con él. Cuando la familia se quedó sin ingresos, el hijo había intentado robar un banco.



1972 - Baltimore



1972 -Baltimore



1972 -Baltimore



1973 - Baltimore



1973 -Baltimore

Aquí está la esposa de Alphonso en una visita a la prisión. Durante los seis años siguientes no pudo tocar a su marido y sólo pudo oírle a través de los ruidosos teléfonos vigilados.

Miles de matrimonios negros se han disuelto de esta manera. Así, la sociedad moderna ha institucionalizado el legado de la esclavitud de destruir la familia negra. En la década de 1980, Alphonso se ganaba la vida como vendedor ambulante vendiendo este libro con su hijo Nathaniel, que aparece en la foto (Nathaniel fue asesinado antes de establecerse conmigo). Alphonso también participaba en presentaciones de American Pictures en las escuelas, entreteniendo a mis alumnos de clase alta con historias sobre la vida en un gueto que nunca habían conocido.



1975 - San Francisco



1973 - Baltimore



1973 - Liberty City, FL



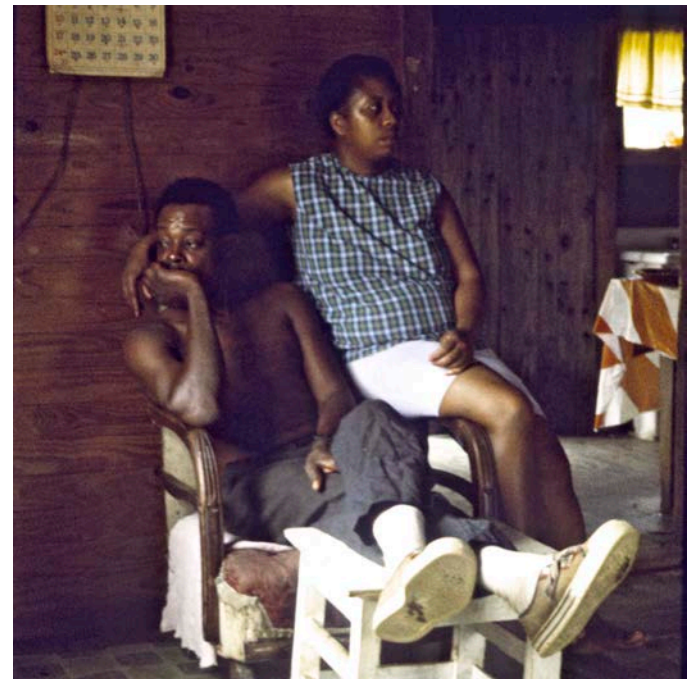
1973 - Zebulon, NC. Hugh spent years after in Central Prison

Los blancos liberales trataban constantemente de explicar estos ataques económicos a la familia negra. La familia negra, según su teoría, es inestable y disfuncional porque a los hombres negros se les robó su hombría “allá por la esclavitud”, mientras que la mujer negra se hizo dura y dominante para sobrevivir. Las madres negras educan a sus hijos para que repitan este patrón, lo que da como resultado una población no apta para el éxito.

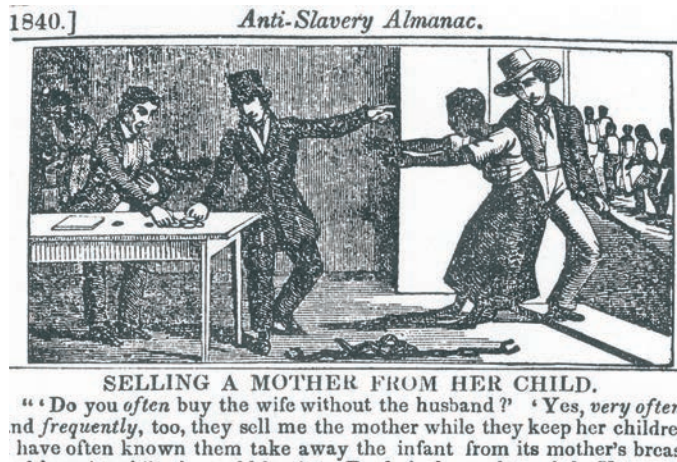
Cuando los efectos de nuestra continua opresión parecen “confirmar” este patrón, los oprimidos comienzan a creer los mitos que inventamos para justificar nuestra estructura de poder. Nuestros intentos velados de justificarnos haciendo que el hombre del gueto parezca estúpido, inadecuado y débil son interiorizados por nuestros marginados. El racismo interiorizado se traduce en una falta de autoapreciación que hace que el varón de clase baja invalide casi todo lo que hace, renuncie a los programas de formación laboral y a la educación y, finalmente, en señal de frustración y defensa, rechace su identidad como sostén de la familia, alimentando así aún más nuestro estereotipo racista. El abismo cada vez más profundo que hemos creado entre hombres y mujeres en el gueto nos distrae de un nuevo sistema de amo-esclavo en el que ya no necesitamos al esclavo. Ya no necesitamos a los negros en Estados Unidos ni a los inmigrantes en Europa como mano de obra no cualificada, ya que esos

trabajos en el Nuevo Orden Mundial pertenecen ahora a los países en desarrollo. Sin embargo, en nuestra xenofobia y resistencia obstinada a la discriminación positiva, hacemos todo lo posible para impedir que la clase baja obtenga la educación superior necesaria para superar ese nivel.

Altamente preparados y motivados, los opresores de todo el mundo robamos a los oprimidos la autoestima, la motivación y el juego limpio, y luego gritamos si no podemos robarles también una parte justa. Así, nos las arreglamos para empujarlos fuera de la fuerza laboral e incluso tenemos la audacia de acusarlos de buscar un último y desesperado sustento como “gandules del bienestar”. En los momentos en que no nos sentimos bien con nosotros mismos, creo que todos nos hemos enredado en estas redes de insinceridad y de pensamiento racista negativo, explotadas sin cesar por los políticos que dicen ser cristianos. Cuando vemos un cónyuge negro asesinado tras otro y el aumento de la violencia conyugal entre nuestros inmigrantes en Dinamarca, sólo vemos la tragedia para los propios oprimidos, y no el gran daño que nuestra fijación morbosa en la víctima hace a nuestra propia psique. Esta mujer de 26 años fue disparada por su marido en paro, pero ¿no somos nosotros mismos también cómplices del asesinato?



1975 - Troy, AL



Mientras que la sociedad esclavista ha hecho todo lo posible para alimentar una imagen sexual amenazante del hombre negro, tampoco hemos escatimado esfuerzos para continuar la devaluación de la mujer negra, que comenzó en la esclavitud. Probablemente ninguna otra nación ha dejado que toda una raza de mujeres pase por siglos de violaciones sistemáticas, a veces diarias, y luego ha tenido tanto éxito en echar la culpa a la propia víctima. La sociedad puritana hizo todo lo posible para deshumanizar y “quebrar” a la mujer negra, azotándola y vendiéndola desnuda.

Para no sentirse culpable por abusar de ella hasta ese punto, tras lo cual la mujer blanca la atacó por “seducir” a su marido, es necesario desarrollar un enorme desprecio por ella. Junto con los mitos negativos sobre su moral relajada y su sexualidad “animal”, que siempre se crean en torno a las víctimas de violación, esta devaluación sistemática de la mujer negra ha dejado profundas cicatrices.

Cuando las mujeres negras de la Facultad de Derecho de Harvard se opusieron a mis fotos desnudas, celebraron una reunión para decidir si debía utilizar esas fotos en un contexto estadounidense. A diferencia de los blancos, no pensaban que yo había estado



1974 - Charleston, SC - Schwarze Kindermädchen kümmern sich um weiße Kinder



1975 - Filadelfia; MS. Leonora; hija de un amigo del colegio de mi ex mujer

explotando sexualmente a las pobres mujeres negras que, a pesar de la intensa presión de sus compañeros, habían tenido el valor de acogerme como vagabundo. Sabían muy bien que las mujeres negras estadounidenses, al contrario de lo que vi después en África, han desarrollado poderosos mecanismos de defensa contra los hombres blancos en respuesta a siglos de abusos. Se decidió que podría utilizar las fotos si dejaba esto claro a los blancos. El malestar de estas mujeres, que más tarde se convirtieron en abogadas y políticas de éxito, era el resultado directo de haber interiorizado los ideales de belleza de los blancos hasta tal punto que asociaban todo lo negativo y feo con la desnudez de los negros o, como los racistas blancos, los reducían a imágenes sexuales.

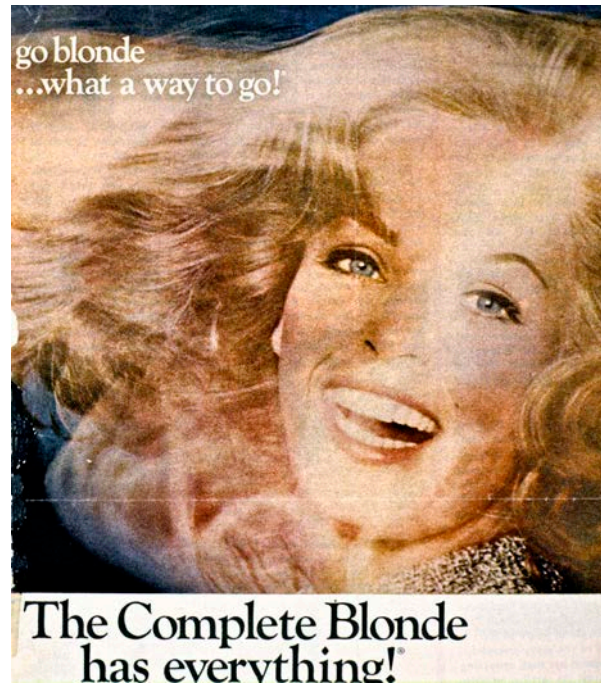
Una sociedad sexista siempre ha dicho a las mujeres negras que negaran su lado femenino. La mujer negra tenía que trabajar como esclava en la casa para la mujer blanca, que, por su parte, era cultivada como algo sublime. La principal tarea de la mujer negra solía ser criar a los niños blancos. No había tiempo para sus propios hijos, a los que tenía que disciplinar duramente para que pudieran sobrevivir en una sociedad racista. Debido a nuestra culpa por haber separado a los niños negros de sus madres en la subasta y por haber obligado a las niñeras a dedicarse a los niños blancos, estereotipamos a la mujer negra como excesivamente fuerte, capaz de soportar el dolor hasta el punto de ser inhumana (una imagen reforzada por ver a la víctima criar a sus propios hijos con dureza). Sin embargo, no me parece que la crianza sea más dura que entre los habitantes de guetos de otros países, por ejemplo, Dinamarca.



1973 - Hartford, CT - Mi novia Leslie

El culto secular a la llamada feminidad blanca pura continúa en la propaganda de la publicidad blanca, que tiene un tremendo impacto negativo en la mujer de color (por no hablar de la mujer cubierta de religión). Siempre se le ha dicho que la piel blanca y el pelo liso son hermosos.

Para mitigar el daño psicológico o para “pasar” por blancas, las mujeres negras empezaron a utilizar cremas para aclarar la piel y complicados y dolorosos procesos de alisado del cabello. Sus hijos, que pasan por una tortura similar, razonan que si tienen que soportar tanto dolor para ser aceptables, deben haber sido realmente feos para empezar. De nuevo, interiorizando nuestro pensamiento racista, se culpan y atormentan sin cesar por tener la piel oscura.



1990 - Chicago



1971 - Baltimore



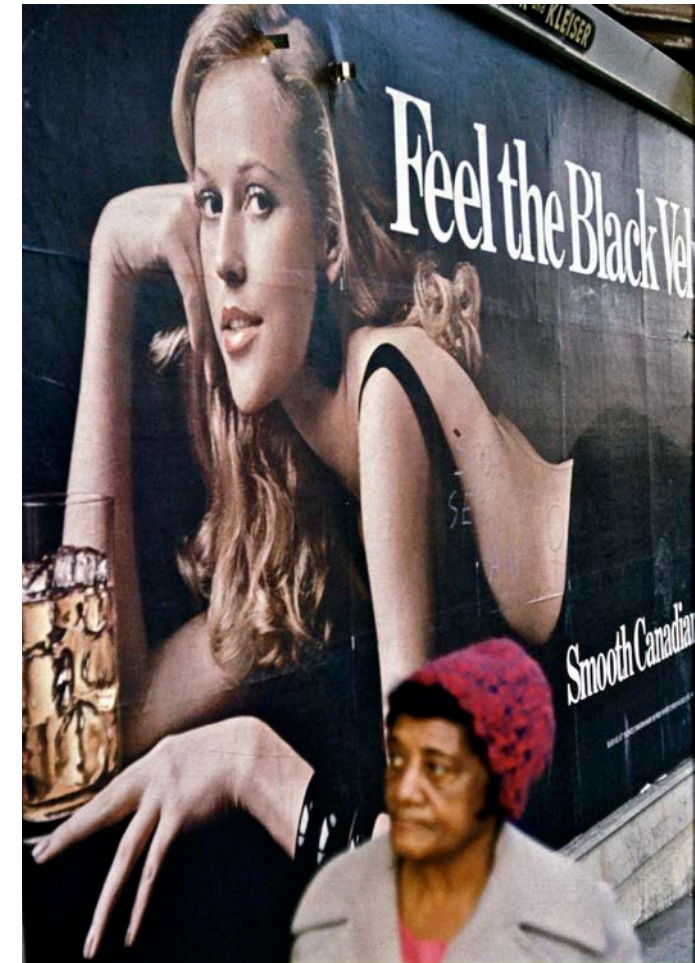
1974 - Tarboro, NC



1974 - Astoria, Queens, NY



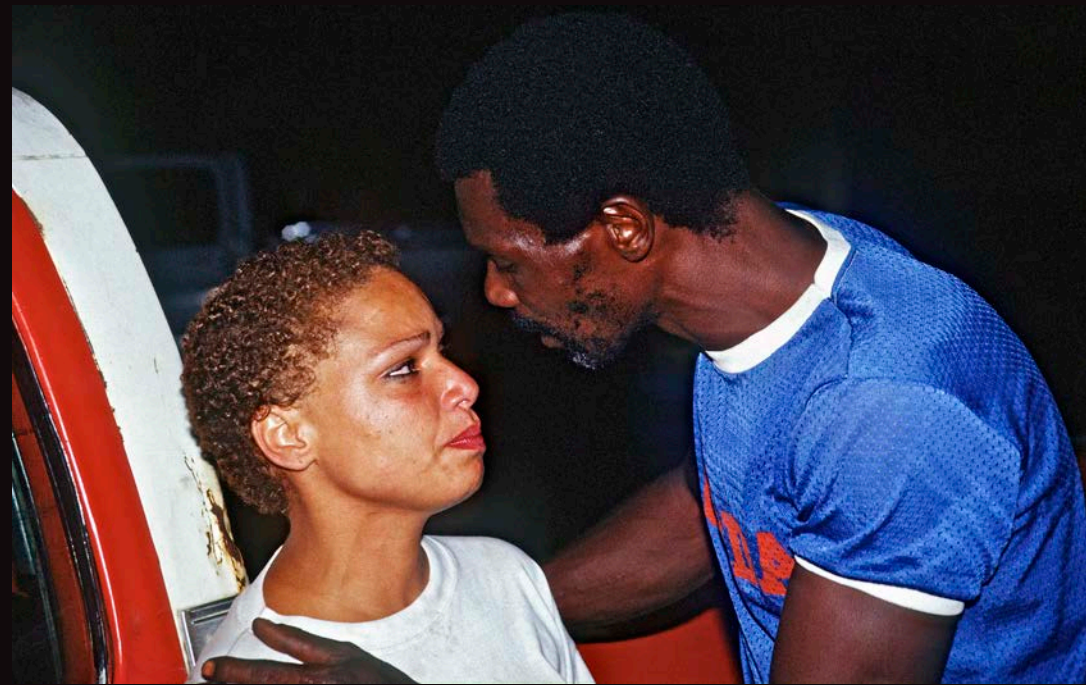
1975 - Seattle



1975 - San Francisco



1974 - Astoria, Queens, NY



1992 - Bullock County, AL

Además del efecto negativo en la imagen de sí mismas de las mujeres de color, estos ideales de belleza blanca pueden tener un impacto devastador en la familia. Las peleas que oigo con tanta frecuencia en los hogares de las clases bajas me llevan a creer que la visión que tienen los hombres negros de las mujeres ha sido profundamente influenciada por el ideal social blanco. Lo que más me deprime no es que casi el 70% de las familias negras tengan ahora un solo progenitor, sino lo que veo en las familias que siguen intactas. No hay nada más hiriente que escuchar el pensamiento blanco profundamente arraigado - "No eres una mierda, negro" o "perra fea"- que resuena en las peleas entre estas parejas infelices e impotentes, y ver cómo los niños lo interiorizan como "¡Soy peor que una mierda!" El aspecto aterrador de los hombres del gueto que constantemente "golpean" a "sus" mujeres devaluadas puede verse en las estadísticas: 1/3 de todos los asesinatos de mujeres en Estados Unidos son cometidos por negros, que sólo representan el 13% de la población. La violencia contra las mujeres es terriblemente alta en todo el mundo. El hecho de que en EE.UU. sólo sea un 35% más alta para las mujeres negras que para las blancas puede reflejar, lamentablemente, la mayor ausencia de hombres negros empleados. En Dinamarca, la violencia contra las mujeres inmigrantes está creciendo de forma explosiva y ahora representa el 42% de las mujeres en los centros de acogida. También en este caso nos desviamos de la responsabilidad, atribuyendo las cifras a las culturas misóginas de las que proceden y no a nuestra marginación. Olvidamos que al distanciarlas o condenarlas al ostracismo de nuestra vida social, nos comportamos como lo hacen los blancos estadounidenses con los negros, con el mismo resultado: Nuestras víctimas se encierran en sí mismas y se mantienen en culturas de las que esperaban escapar. La violencia que cometemos contra los jóvenes al no hacerles sentir en casa en ninguna de las dos culturas acaba por volver a nosotros.



1995 - Pahokee, FL



2003 - Philadelphia, MS



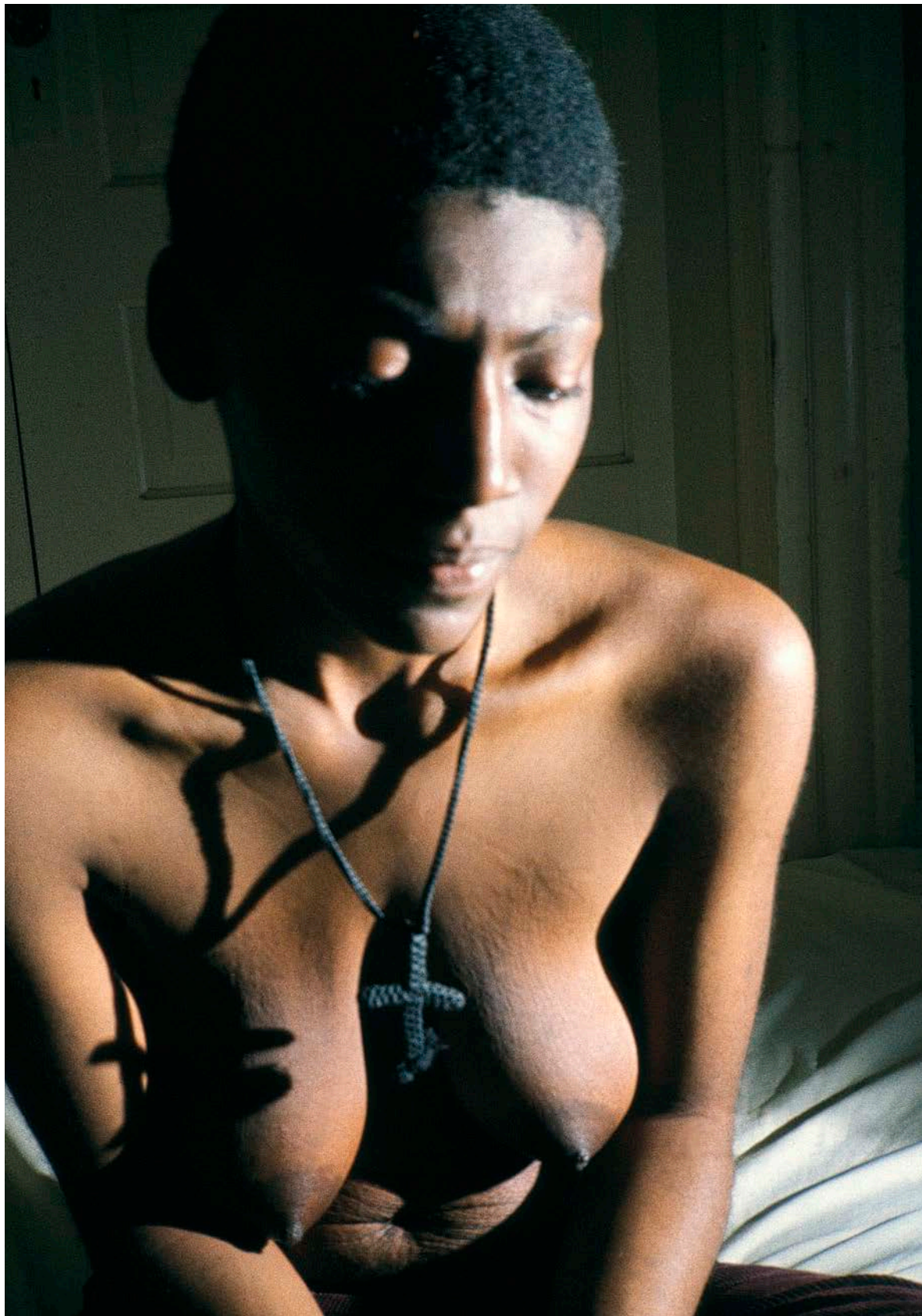
1996 - Selma, AL



1975 - San Francisco



1974 - NYC



1974 - Jacksonville, FL

Lucas 7, 36-50

La única vez que conseguí disuadir a alguien de un robo fue gracias a una extraña combinación de circunstancias en Greensboro, Carolina del Norte. Vivía con un trabajador social negro, Tony, cuyo padre era dueño de uno de los peores bares del gueto negro. Yo solía ir al bar por la noche. Una noche conocí allí a dos jóvenes negras de tipo criminal y decidimos que debía ir a casa con ellas. Primero robamos algo de vino en una tienda y salimos corriendo hacia un taxi que nos esperaba. Cuando ya estábamos en el asiento trasero y habíamos arrancado, les pregunté cómo pensaban pagar el taxi, ya que sabía que no tenían dinero. “No se preocupe”, me dijeron, “espere. Deja que nos encarguemos nosotros. Cuando lleguemos, lo derribaremos y le quitaremos todo el dinero”. Esto me tomó un poco por sorpresa, ya que nunca había intentado asaltar a un taxista, pero me quedé callado, que es una de las primeras cosas que aprendí a hacer en Estados Unidos.

De repente, el conductor negro se giró para preguntar algo y me di cuenta de que le conocía. Era el abuelo de la trabajadora social, dueño de la mayor empresa de taxis negros de la ciudad. Rara vez me tomo la justicia por mi mano en Estados Unidos, pero desde luego lo hice entonces. Le grité “¡Pare!” al conductor y le dije que podía conseguir el dinero al día siguiente a través de su nieto. Entonces arranqué el bolso con la pistola de las manos de una de las mujeres y las empujé a las dos por la puerta del coche, mientras me miraban boquiabiertas al igual que el taxista. En la calle les grité: “¡Era el abuelo de Tony, idiotas!”. Aunque conocían a Tony, este hecho naturalmente no las habría detenido, pero cuando estaban fuera del coche y el taxi se había marchado, al menos no tenían ninguna posibilidad de hacerle daño.

A menudo, la brutalidad de esas mujeres me escandalizaba. Las vi una y otra vez hacer las cosas más repugnantes tanto a hombres como a mujeres. Por esa misma razón era una experiencia tan abrumadora cuando podía surgir una relación entre nosotros, y tenía la oportunidad de vislumbrar la cálida humanidad bajo la dura coraza de vileza y puñaladas por la espalda que les había dado este violento sistema. Los seres humanos esclavizados hasta tal punto por la violencia albergan un profundo anhelo de libertad y de un trato más humano. Pero este anhelo nunca puede florecer, ya que se ve constantemente sofocado por las respuestas violentas que encuentra en los otros prisioneros del gueto. Este anhelo nunca entra en contacto con los blancos o los negros más acomodados con su “cultura”, ya que estos tipos “cultos” sólo sienten desprecio por la cultura del gueto, un desprecio que se siente y se percibe constantemente en el gueto, y que me parece que es directamente responsable de que el gueto sea cada vez más violento. Esa ternura que tan a menudo encontré en nuestras relaciones, que podría haber arraigado tan fácilmente bajo un sistema social más humano, tuvo un efecto tan inexpresablemente fuerte y doloroso en mí precisamente porque vi una y otra

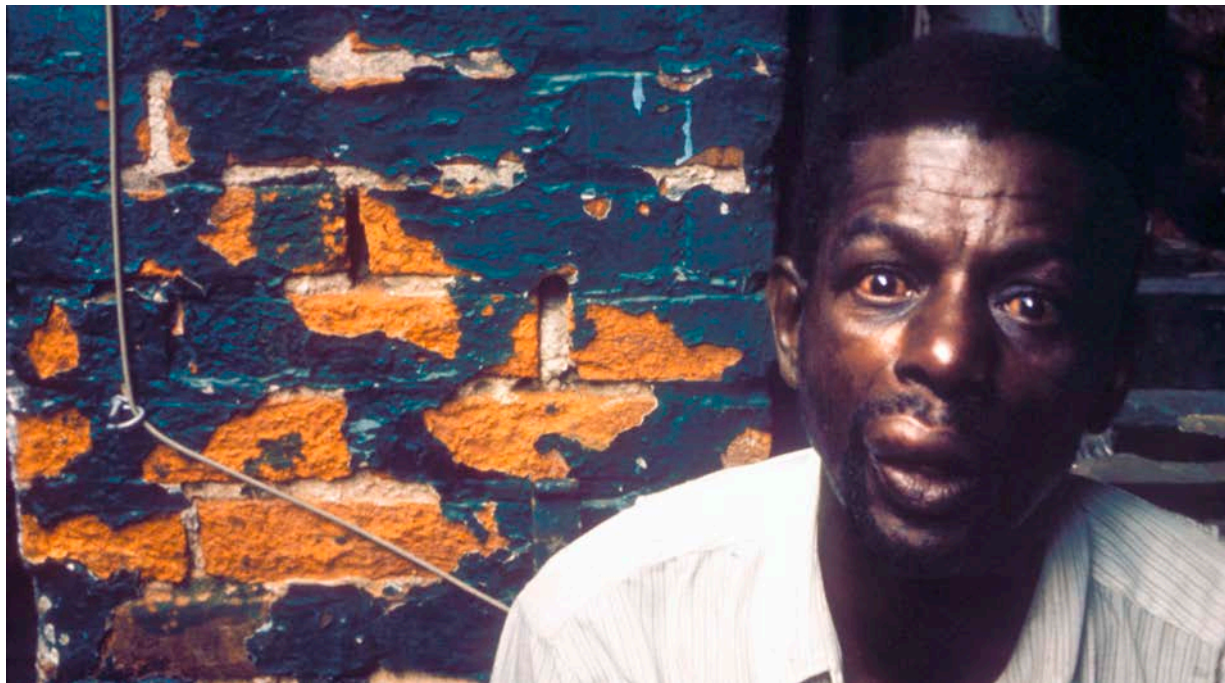
vez cómo el sistema hacía más natural que estas mujeres se comportaran con un patrón de viciosidad en lugar de ternura.

Otra noche, en Jacksonville (Florida), conocí a una simpática mujer negra que prometió encontrarme un lugar donde quedarme. Fuimos a ver a su amiga que era prostituta, pero tenía problemas con su novio, así que no pudimos quedarnos allí. Anduvimos toda la noche probando una y otra posibilidad. La prostituta estaba cada vez más interesada en intentar conseguirnos un lugar donde quedarnos. Entonces, los dos acordaron que ella debía “hacer un truco” con un taxista blanco mientras yo esperaba sentado en una cafetería.

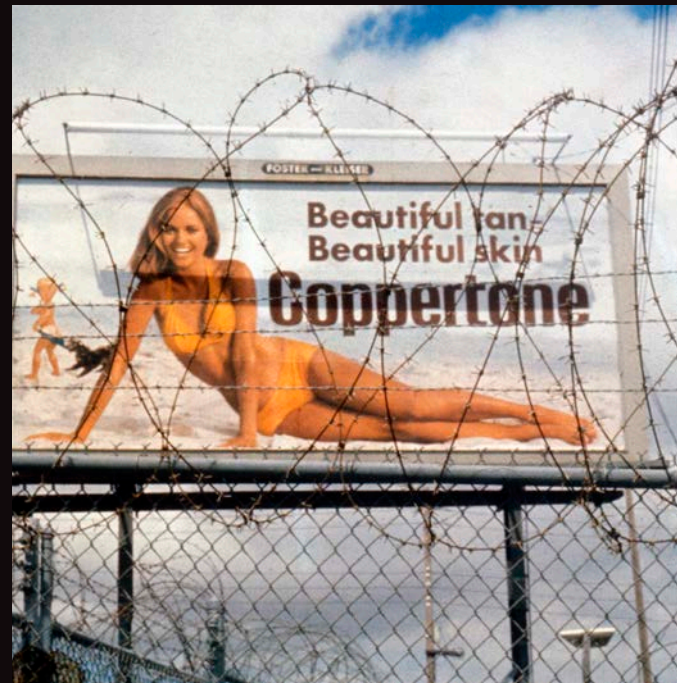
Al cabo de un rato vinieron corriendo, con cara de disgusto, y me dijeron que viniera rápido. Conseguimos una habitación en un motel y descubrí que tenían mucho más que los diez dólares que suelen dar por una “mamada” en la calle. Les pregunté cómo lo habían conseguido, pero no quisieron decirlo. Sólo más tarde me lo contaron. Resultó que una de ellas había atraído al hombre blanco a un callejón oscuro, donde hizo el “trabajo”. Pero de repente había cogido un gran ladrillo que tenía a su lado y golpeó al hombre en la cabeza. Como no cayó inconsciente inmediatamente, ella había cogido un tubo de acero y le había golpeado en la cabeza una y otra vez hasta que, aparentemente, estaba muerto. Luego le quitó la cartera y corrió hacia la otra mujer, que se había quedado en el fondo observando todo. El caso es que ella había creído que podía dar un golpe más que los diez dólares para poder disfrutar de la noche con un chute de heroína. Pero mientras los tres estábamos tumbados en una cama doble del motel, era evidente que estaban angustiados; resultó que los dos eran muy religiosos. Durante varias horas rezaron: “¡Oh, Dios, Dios, por favor, no le dejes morir!”. Era una oración nerviosa y balbuceante, entre intentos de encontrar una vena en la que inyectarse.

A la mañana siguiente ya se habían olvidado del asunto. Les preocupaba más haberse quedado dormidos y llegar tarde a la iglesia, donde deberían haber cantado en el coro.

Carta a un amigo



1973 - Baltimore



1974 - Oakland, CA



1975 - Las Vegas, NV

Así que paralizamos a la clase baja, la excluimos, la estereotipamos, la degradamos, todo para evitar el dolor de enfrentarnos a nuestra propia creación de Caín y a los desgarros que ha abierto en el delicado tejido de nuestro poder y seguridad de clase media.

A pesar de que las barreras de discriminación que hemos construido, por miedo a nuestros parias, sólo pueden mantenerse porque estos parias rara vez tienen el poder de amenazar a nadie, excepto a sí mismos, el gueto sigue haciéndonos sentir incómodos y ansiosos.

Y por eso preferimos mirar al mendigo desde arriba, pagando nuestra conciencia con monedas. La mayoría de nosotros nos hemos quedado tan paralizados por el modelo de opresión que hemos creado que somos incapaces de sentarnos con él en la calle y escuchar cómo nosotros, en Occidente, le utilizamos en su día para construir nuestra riqueza, y escuchar cómo le necesitamos después cuando le enviamos a Corea, Vietnam, Irak y Afganistán para luchar por lo que llamamos libertad.

¿Nos atrevemos a mirarle a los ojos mientras explica lo que perdió en esta lucha por nuestra libertad? La libertad de hacer a la gente de color de ultramar tan dependiente como él mismo... la libertad de darnos la embriaguez de poder y autosatisfacción que surge de nuestra ayuda exterior o de los programas federales de pobreza... la libertad paternalista que sufrirá el resto de su vida... la libertad con la que bombardeamos diariamente a los pobres del mundo sin dejarles disfrutar de sus bienes... la libertad de olvidar a nuestro prójimo mientras lo tiranizamos.

*Du kannst sie bekommen, wenn du wirklich willst!
Aber du musst es versuchen, versuchen und versuchen.
Es wird dir endlich gel*



1973 - Baltimore

*¡Puedes conseguirlo si realmente lo deseas!
Pero debes intentarlo, intentarlo e intentarlo.
Al final lo conseguirás.
La persecución debes soportarla,
ganes o pierdas tienes que conseguir tu parte
pero tu mente puesta en un sueño
más difícil parece ahora.
Puedes conseguirlo si realmente quieres.
Roma no se construyó en un día,
la oposición vendrá en tu camino,
pero cuanto más difícil parece la batalla,
más dulce será la victoria.
Puedes conseguirlo si realmente quieres,
pero debes probar, probar y probar,
al final lo conseguirás..*



1973 - Baltimore





1974 - Apopka, FL

Cuando viajé por los campos de esclavos de Florida, descubrí una gran diferencia en el grado en que este terror psicológico ha oprimido la mente en diferentes países. En uno de los campamentos sólo había negros de Jamaica, que me asombraron, por ejemplo, por mantener sus campamentos ordenados, mientras que los americanos tiraban la basura por todas partes en sus campamentos.

Los estudiosos liberales explican estas diferencias de carácter remontándose a la esclavitud. Los negros de América Latina y las Indias Occidentales están más integrados en la sociedad actual porque la forma de esclavitud latina era feudal y, por su naturaleza, abierta. La iglesia protegía a las familias de esclavos para que no se separaran y había movilidad ascendente y libertad. En América, en cambio, la esclavitud era capitalista: incluso la iglesia definía al esclavo como un artículo de venta, y no había posibilidad de escape psicológico. El tipo de esclavitud capitalista era un sistema cerrado, mientras que el tipo feudal era un sistema abierto y, por tanto, no tan destructivo para la mente. La esclavitud en EE.UU. se ha comparado con los campos de concentración alemanes, donde era posible estudiar el efecto de un sistema totalmente cerrado sobre los seres humanos. Los diarios escritos en los campos de concentración por intelectuales muestran cómo, en poco tiempo, fueron degradados a la condición de infrahumanos y empezaron a desarrollar una psique muy parecida a la del esclavo medio en los Estados Unidos, incluyendo una actitud casi amorosa hacia los guardias del campo (o, en todo caso, no de odio directo), que llevó a la resignación total y a un sentido de irresponsabilidad e infantilismo en muchos prisioneros.

Por muy tentadoras que sean estas teorías para los liberales que intentan explicar el carácter separado del gueto americano, vuelven a echar la culpa a algo que ocurrió hace más de cien años. Indirectamente, están diciendo que el carácter que recibieron

los negros “en la época de la esclavitud” hace que sea imposible “para nosotros” integrarlos en la sociedad blanca (o dominante). Se vuelve a culpar a la víctima por no integrarse. Esos rasgos de carácter demuestran, por el contrario, que la esclavitud sigue viva y coleando hoy en día. Porque los rasgos de carácter no se heredan a través de las generaciones, como podemos ver en los inmigrantes negros antillanos que también vivieron en la esclavitud pero con los que no solemos tener problemas de integración. Así que si los negros “de nuestra tierra” en Estados Unidos parecen tener un carácter diferente, es una prueba impactante de que seguimos confinando y moldeando a nuestros ciudadanos no deseados en un sistema cerrado.



1974 - Harlem, NY



1974 - Morehead City, NC

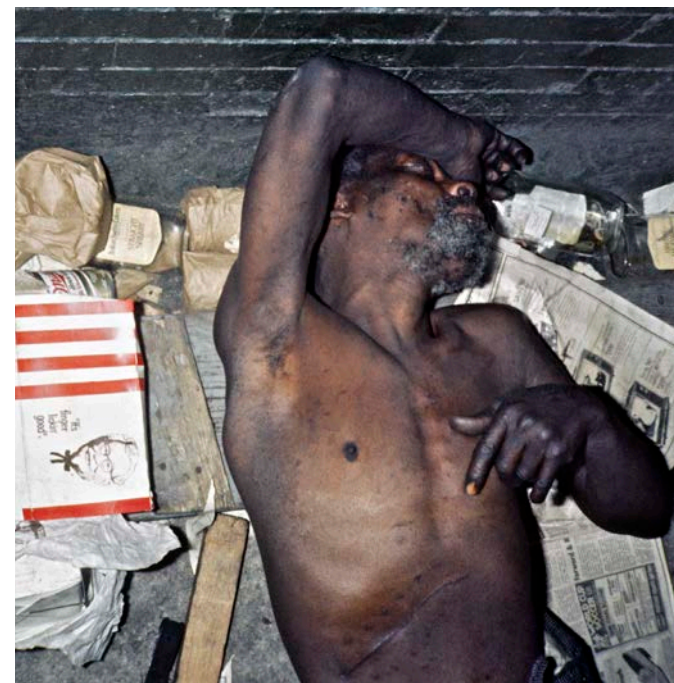


1974 - New Bern, NC



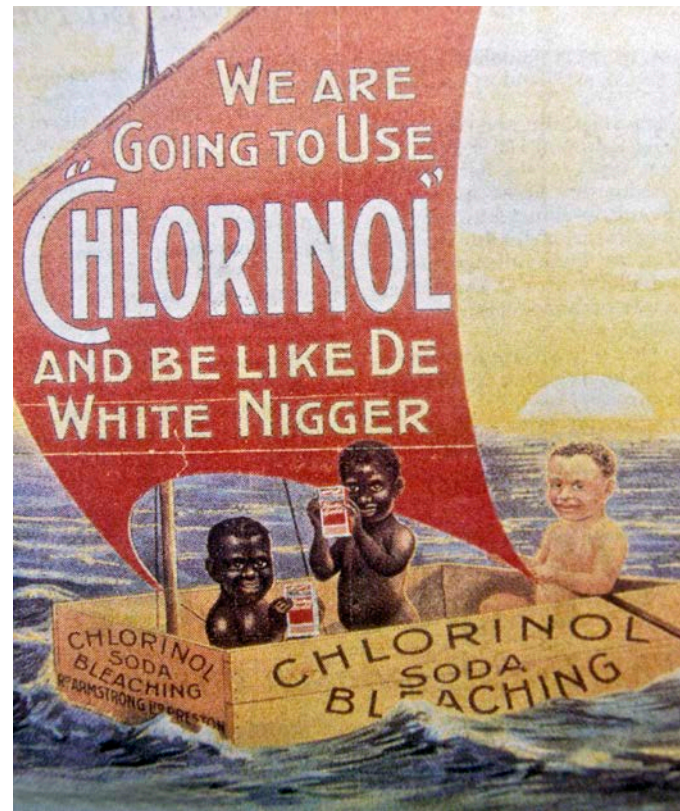
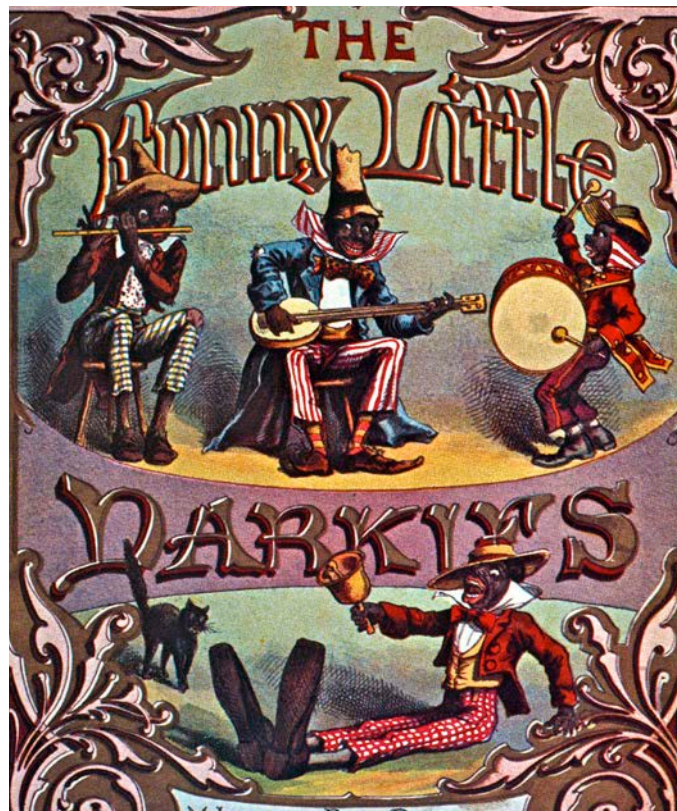
La paralización de las mentes de los niños de clase baja siempre me asombró hasta que conocí el sistema cerrado de los guetos. La mayoría de los niños negros que conozco están llenos de entusiasmo por la vida. Pero más tarde se deprimen con facilidad y se encierran en un caparazón, como si quisieran protegerse de nuestro pensamiento opresivo omnipresente sobre ellos. Muy pronto adquieren nuestras expectativas negativas sobre ellos y, a partir de cuarto curso, empiezan a perder la fe en sí mismos, en sus capacidades y en su futuro. Se vuelven tan conscientes del sistema cerrado que pierden la motivación y se quedan atrás con respecto a los blancos en la escuela (exactamente como vemos con nuestros niños morenos no amados en Dinamarca).

Pero el indicio más fuerte de nuestra opresión es, sin duda, el odio a uno mismo, ese odio que hace que los niños del gueto arranquen el pelo a sus muñecos negros o se dibujen a sí mismos en la esquina del papel mientras los niños blancos suelen colocarse en el centro. Ese odio a sí mismo que hace que la gente reaccione violentamente contra su entorno, arrojando basura por todas partes, por ejemplo, o “apuñalando por la espalda”, tanto verbal como literalmente. Todas las personas sufren un poco de autodesprecio, pero el autodesprecio en la clase baja estadounidense es tan grave que contribuye a conferir al gueto uno de los índices de delincuencia y desintegración familiar más altos del mundo, así como quizá el menor grado de confianza mutua. Cuando vemos cómo la agresividad se vuelve más a menudo contra los compañeros víctimas que contra el opresor, como ocurre siempre con la opresión, cuando experimentamos la incontrolable ira de los negros estadounidenses, empezamos a comprender el efecto del sistema cerrado al que les hemos confinado: el gueto, ¡o la esclavitud aquí y ahora!



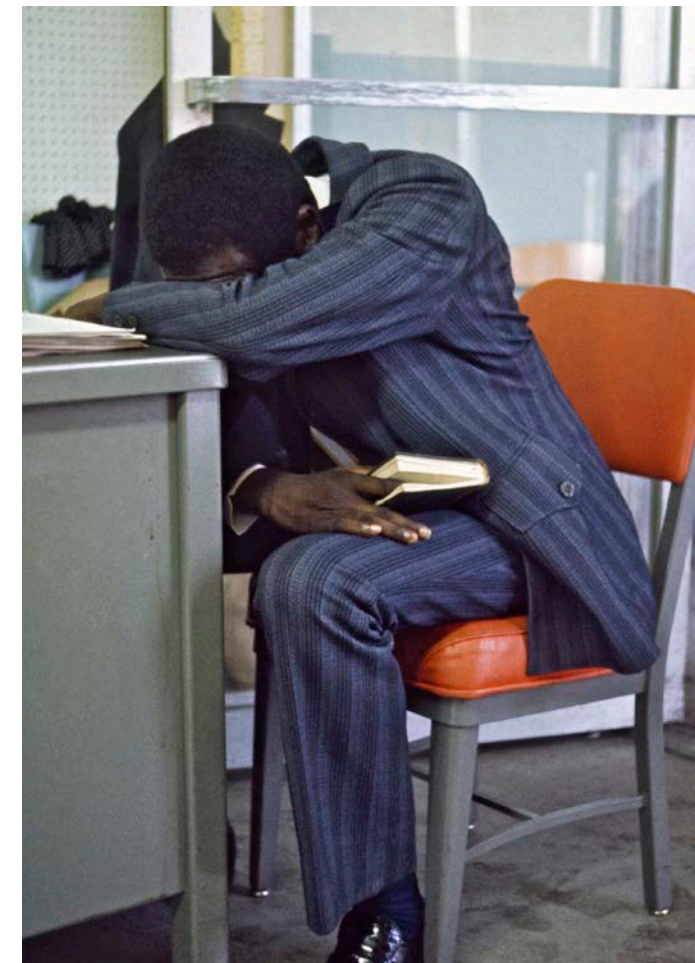
1974 - NYC

1974 - NYC



1992 - NYC

*Hermano, ¡qué precio he pagado!
 Robaste mi historia,
 destruiste mi cultura,
 cortaste mi tonque
 para que no pudiera comunicarme.
 Luego humillaste, luego separaste,
 ocultas toda mi forma de vida
 para que yo mismo me odie.*



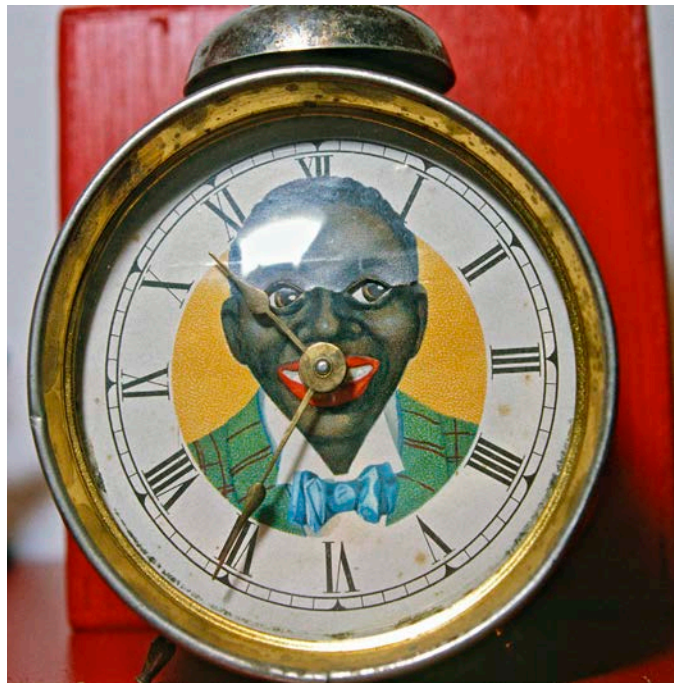
1974 - Liberty City, FL

Malcolm X: "El peor crimen que los blancos han cometido fue enseñarnos a odiarnos a nosotros mismos".

Tácito: "Es de naturaleza humana odiar a quien se ha herido".



Estatua negra Museo Nacional



Reloj negro Museo Nacional



1986 - restaurantes en todo el Sur



1974 - Jacksonville, FL



1989 - rural VA

*Hermano, ¡qué precio he pagado!
Me quitaste mi nombre
me has avergonzado,
me convertiste en una desgracia
el hazmerreír del mundo.
Hiciste de mí un espectáculo, para mofarse y burlarse,
pero tu tiempo se acerca
así que será mejor que mires el reloj.*



1989 - rural VA



1990 - Advertencia. 9 de 10 negros contaminados por el SIDA



2000 - NYC



1992 - NYC

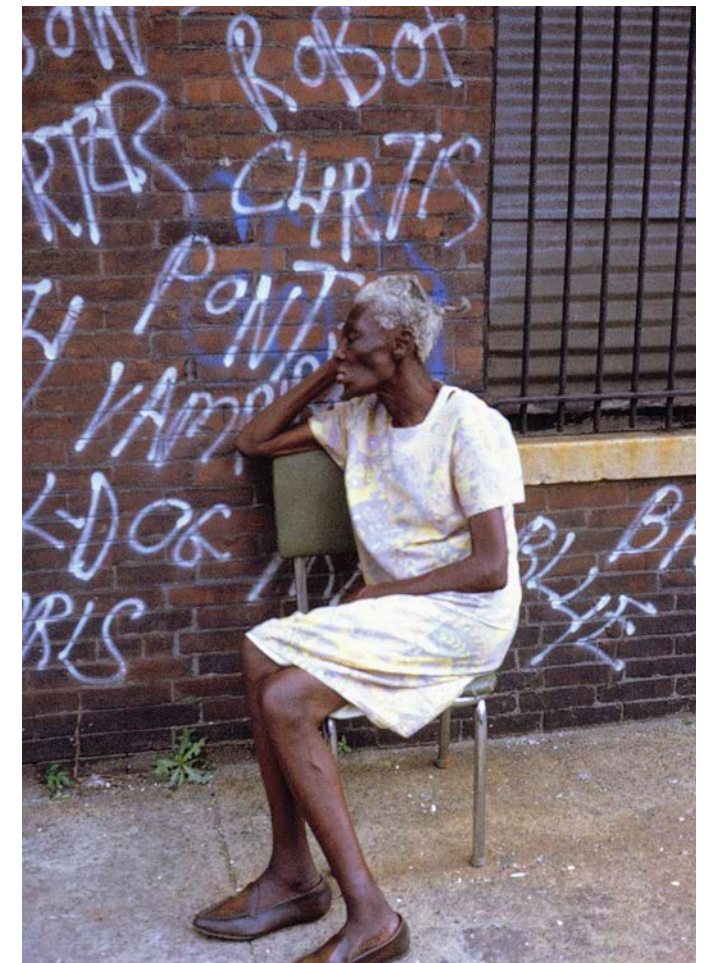


Colonizador blanco llevado por africanos



2002 NY - Hombre blanco con chófer negro tras asistir al espectáculo "Los Miserables" en Broadway, NY

Desde las costas de África, tierra firme de Asia,
 el Caribe y el Misisipi
 América Central y del Sur.
 Primero humillas,
 luego separas,
 ocultas toda mi forma de vida
 para que yo mismo me odie.
 Hermano, ¡qué precio he pagado!
 Hermana, ¡qué precio he pagado!
 Madre, ¡qué precio he pagado!



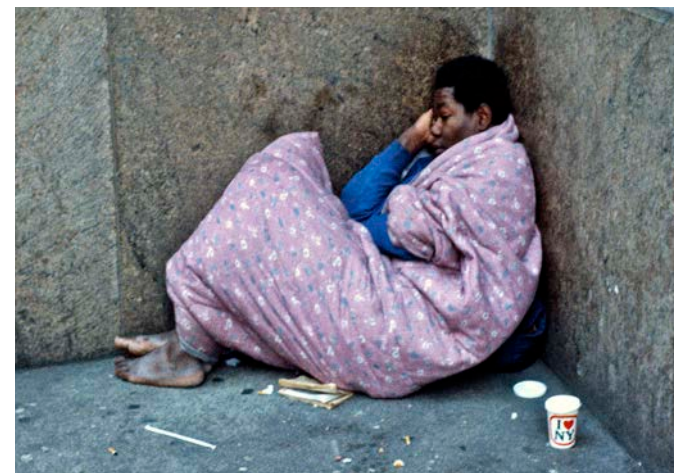
1973 - Philadelphia, PA



1973 - near Natchez, MS



1973 - New Orleans



1997 - NYC



1973 - Baltimore



1975 - NYC



1973 - NYC



1973 - NYC

Durante mi periplo en la nación en la que más se habla de movilidad ascendente, y con sus oportunidades aparentemente ilimitadas, la existencia de un sistema cerrado fue una paradoja recurrente para mí. No podía aceptar la explicación sobre la inferioridad inherente de los negros, que todos los estadounidenses blancos llevan en lo más profundo de su corazón. “Nuestros antepasados vinieron en condiciones de pobreza y lo consiguieron. ¿Por qué ellos no pueden?”. Sin embargo, un velo se levantó para mí cuando me acerqué a dos de esos inmigrantes “pobres”: Lidy Manselles, de Haití, y la señora Pabst, de Rusia. No es en absoluto una coincidencia que Lidy se convirtiera en mi primera novia negra. Al principio, las mujeres negras nacidas en Estados Unidos parecían intocables, encerradas tras una barrera invisible. Lidy pertenecía claramente a otro mundo más libre. Nunca me llamó tanto la atención eso como un día que nos quedamos hablando con un alcohólico en la puerta de una casa en Harlem. De repente, Lidy estalló de desprecio: “¿Por qué no consigues un trabajo?”. Su insensibilidad puso fin a la conversación. Más tarde llegó a decir algo así como: “Los odio. Odio a estos animales perezosos”. Inmediatamente sentí que se trataba de un enfrentamiento mucho más profundo que entre dos nacionalidades: Era el desprecio de una cultura libre hacia una cultura esclava. Lidy, que era negra azabache y católica, representaba mejor que nadie la “ética del trabajo de los blancos protestantes”. Y ella no era una excepción entre los negros que llegaron sin cadenas. A través de Lidy accedí a la estrecha comunidad antillana de Brooklyn. Al igual que los inmigrantes anteriores, trabajaban fanáticamente, ahorran dinero, se enorgullecían de la educación y de ser dueños de sus propias casas, y hablaban universalmente de la importancia de una familia fuerte. Con su sacrificio y feroz determinación, se oponían firmemente a la asistencia social, en contraste directo con las comunidades negras de los alrededores, el 40% de cuyos miembros reciben asistencia social. Sus barrios son tan limpios y racistas hacia los negros nativos como los barrios italianos e irlandeses. En menos de una generación, más rápido que la mayoría de los inmigrantes blancos, sus ingresos han alcanzado la asombrosa cifra del 94% de los ingresos medios de las familias estadounidenses, incluso incluyendo a los muchos pobres que siguen llegando. Dado que el 1% de la población estadounidense posee o controla más del 40% de la riqueza, podemos encontrarnos con que a los inmigrantes antillanos les va mejor que a la mayoría de los blancos, a pesar de que proceden de países mucho más pobres y menos alfabetizados que la mayoría de los europeos. Por el contrario, los negros nativos sólo representan el 56% de los ingresos de los blancos. Con Kennedy y Johnson, se les permitió un ritmo de progreso que, quizás en 500 años, les habría dado la igualdad, pero bajo las políticas conservadoras de Nixon, Reagan y Bush, están retrocediendo rápidamente. Hasta los años 60, un tercio de los profesionales negros eran de hecho inmigrantes. En muchas universidades de élite, sus descendientes



1974 - Apopka, FL

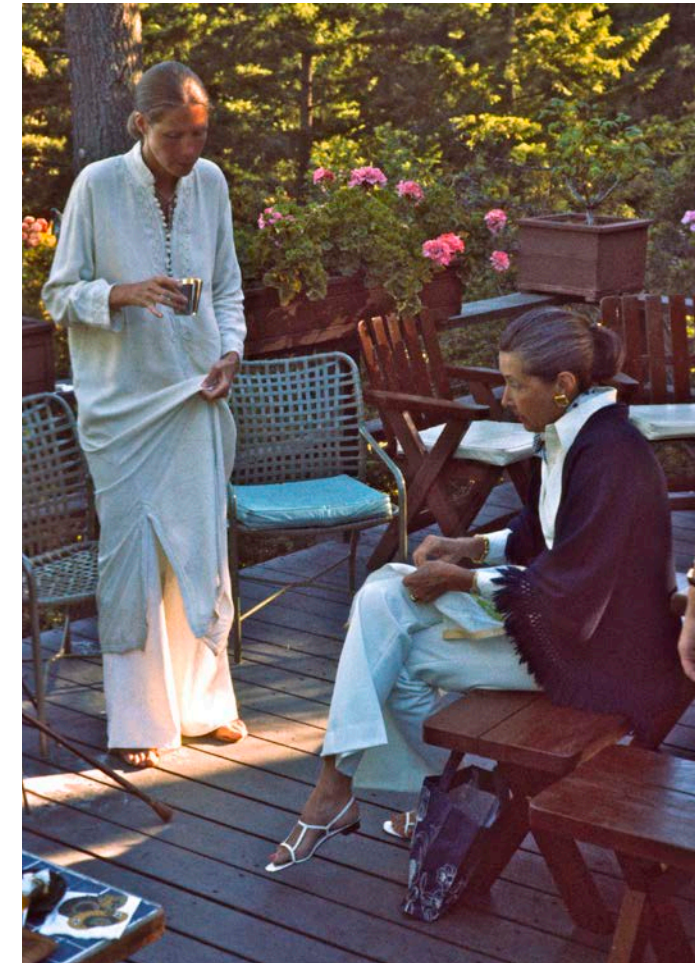
representan hasta el 85% de los estudiantes negros, aunque sólo representan el 6% de los negros en Estados Unidos.

Entonces, ¿por qué es tan difícil para los propios negros de Estados Unidos entrar en Harvard o Yale? Sea cual sea la razón, el hecho de que estas islas de bajos ingresos, con muchos menos negros que Estados Unidos, puedan producir tal cantidad de talento es una prueba contundente del impacto del racismo estadounidense. Su esclavitud histórica fue básicamente tan cruel como la estadounidense, y descienden de las mismas tribus de África. Entonces, ¿qué hace que los inmigrantes negros tengan el doble de éxito que los negros nativos? ¿Por qué los viajeros que visitan los países que salieron de la esclavitud suelen concluir que los negros de las Indias Occidentales y de América Latina parecen “orgullosos y ferozmente independientes” en comparación con los negros “aplastados”, “rotos” y “dependientes” de la clase baja estadounidense? ¿Por qué el miedo y el odio siguen siendo los ingredientes básicos de la relación entre negros y blancos en Estados Unidos, mientras que los linchamientos, las quemaduras de cruces y los disturbios raciales, así como organizaciones como la NAACP y los Panteras Negras, son totalmente desconocidos en Brasil?



1975 - Palo Alto, CA - Camarera sirviendo en el rancho de montaña de la familia Pabst

Mi explicación es que los blancos desaparecieron de las Indias Occidentales después de la esclavitud, tras lo cual los negros de allí se vieron rodeados de modelos negros, lo que les permitió reconstruir la confianza en sí mismos que había sido destrozada por la esclavitud. Pero en Estados Unidos, los negros siguen viviendo en una sociedad mayoritariamente blanca en la que tenemos el poder de definirlos y seguir aplastando su autoestima. Por lo tanto, los padres negros estadounidenses no pueden animar a sus hijos de forma convincente, como los antillanos y los judíos, con: “Sí, hijo mío, es una sociedad racista, pero aún puedes salir adelante trabajando el doble que los demás”. Sólo las personas que creen en sí mismas pueden hacerlo. La iniciativa y el ingenio de los inmigrantes negros no son aplastados por nuestra espada de doble filo de generosidad liberal condescendiente y crueldad racista reaccionaria, que define la esclavitud efectiva. Los inmigrantes negros son demasiado orgullosos para aceptar lo primero y, durante más de un siglo, no se han visto obligados a lidiar con lo segundo. Como su psicología no está moldeada por el racismo, resisten y prosperan del mismo modo que los judíos de Europa lo hicieron a menudo a pesar del antisemitismo. No es de extrañar que mis amigos negros nativos de Hartford, CT, llamen a los antillanos “go getters” o “judíos negros”.

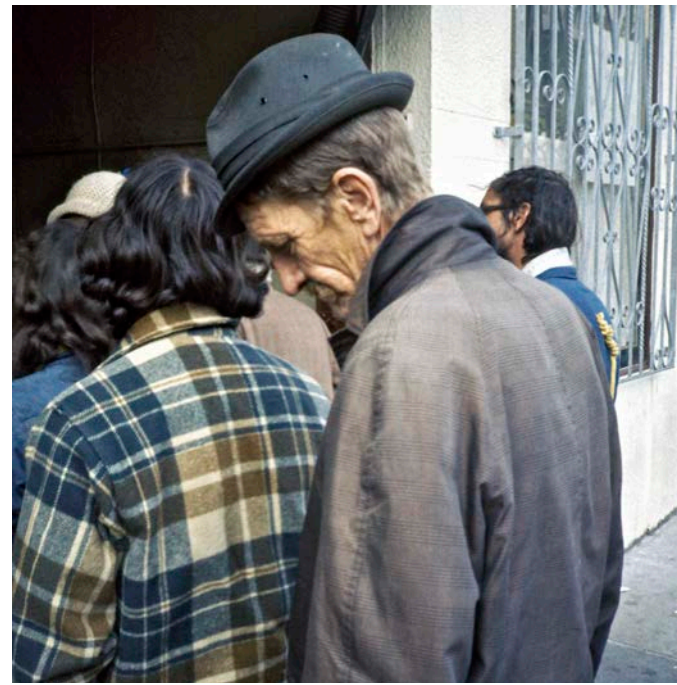


1975 - Palo Alto, CA - La Sra. Pabst y su hija en su rancho de montaña

La Sra. Pabst había llegado igual que Lidy -sin blanca, pero sin blanca- con unos antecedentes que la enviaban directamente a la clase alta. Miembro de la antigua aristocracia rusa, lo perdió todo en la revolución excepto lo más importante: su aculturación de clase alta. Por lo tanto, pudo casarse con alguien con dinero (Pabst Brewing Company) como el resto de los 2/3 del 1% más rico, que nacieron en su seno. Hoy en día poseen varias mansiones por todo el mundo, y yo pasé unas vacaciones con ellos en una finca de 3 millones de dólares en California. Me gustaba la señora Pabst, intensamente interesada como estaba en el arte y la cultura, y esperaba que me diera algo de dinero para comprar más película. Así que le enseñé mis fotos, como la de este niño en la zanja de barro. Su mundo es tan diferente del de la nieta de la Sra. Pabst, a la que sirve la criada, que si no pusiera Pabst en las latas de cerveza no sabríamos que pertenecen al mismo mundo y que sus vidas están de alguna manera conectadas entre sí. Pero cuando la señora Pabst vio estas fotos de personas derrotadas por la apatía y el alcoholismo, gritó: “¡Los odio! ¡Odio a estos vagos! ¿Por qué no quieren trabajar? ¿Por qué no aceptan un trabajo?”. Pero, ¿de dónde saca la Sra. Pabst todo ese oro en las orejas, y por qué estos “animales” no trabajan?



1972 - Chicago



1975 - San Francisco



1975 - San Francisco

*Canta una canción de jóvenes tristes,
vasos llenos de centeno.
Todas las noticias son malas otra vez
despídete de tus sueños.
Todos los jóvenes tristes
sentados en los bares
bebiendo la noche
y extrañando todas las estrellas.
Todos los jóvenes tristes
a la deriva por la ciudad
bebiendo la noche
intentando no fruncir el ceño.
Todos los jóvenes tristes
cantando en el frío
tratando de olvidar
que están envejeciendo.
Todos los jóvenes tristes
ahogándose en su juventud
tratando de ser alegres
huyendo de la verdad.
El otoño convierte las hojas en oro
lentamente muere el corazón.
Los jóvenes tristes
envejecen,
esa es la parte más cruel.
La luna equivocada
brilla para un joven triste
deja que tu suave luz
los guíe a todos de nuevo.
Todos los jóvenes tristes, tristes, tristes.*



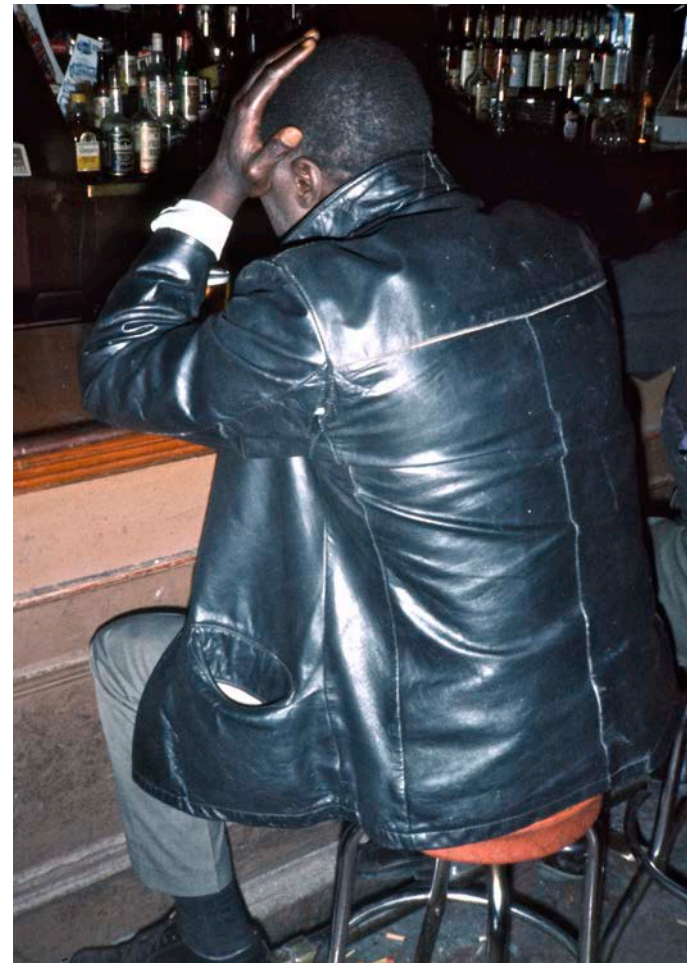
1975 - San Francisco



1975 - San Francisco



1975 - San Francisco



1973 - New Orleans



1975 - San Francisco



1974 - Raleigh, NC



1974 - Raleigh, NC



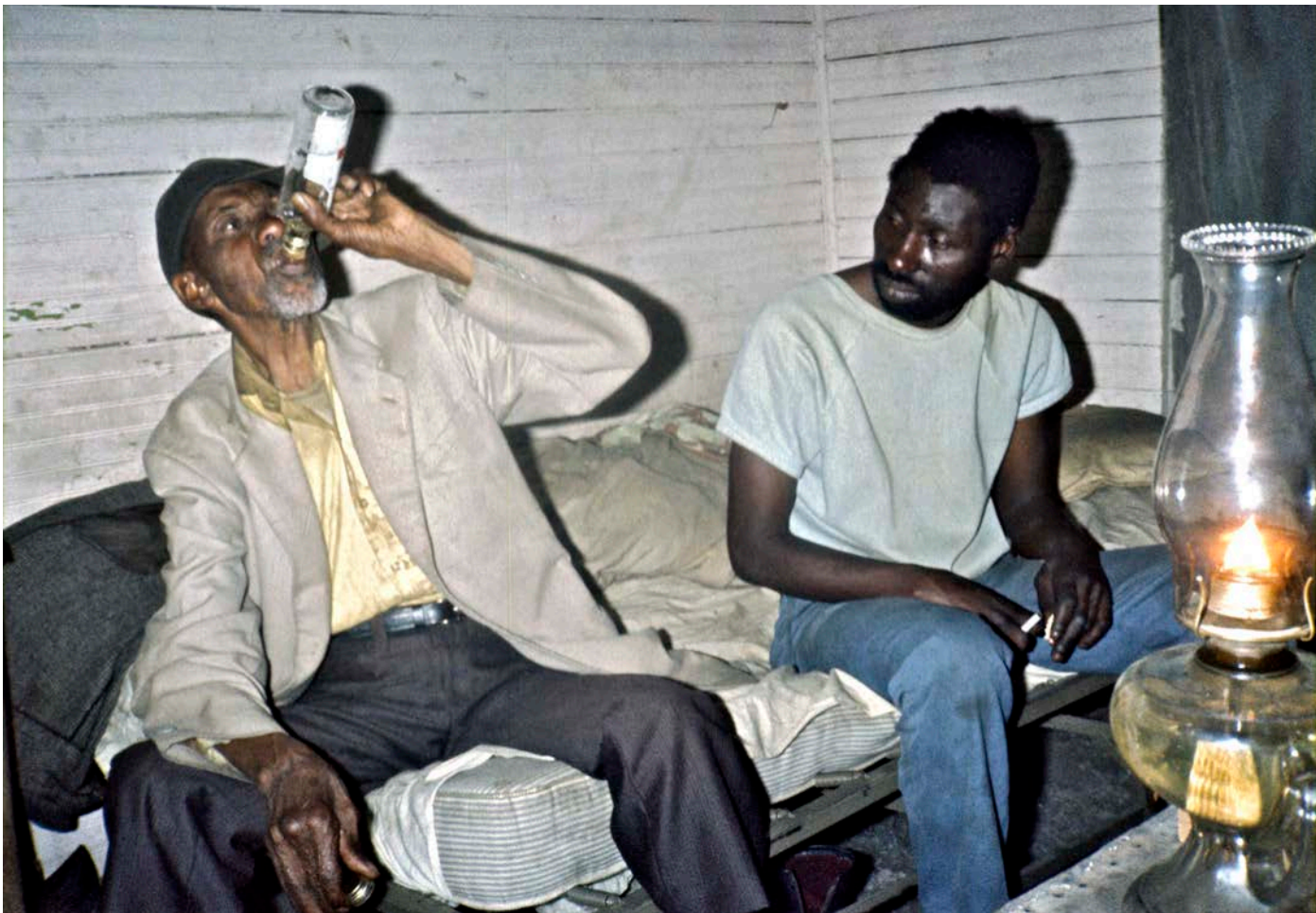
1975 - Seattle, WA



1975 - Seattle, WA



1974 - Raleigh, NC



1974 - Washington, NC

A menudo me preguntan cómo llegué a quedarme con los Rockefeller y por qué. Esta es mi historia. Salí de Washington, DC, una mañana de primavera de 1974 con el objetivo de ver a los pobres mineros del carbón en Virginia Occidental. Como hacía calor, salí en mangas de camisa, sin saber que la primavera llega tres semanas más tarde en las montañas. Pronto me encontré con una tormenta de nieve en la intersección de la Rt 50 y la I-79. Los montañeses no suelen recoger a los autoestopistas, “aunque sea mi propio hijo”, insistió un hombre. Pero cuando los conductores ven a alguien en una tormenta de nieve sin ni siquiera un cortavientos, suponen que es un preso fugado y pasan de largo sin pensarlo. Estuve todo el día con tanto frío que ni siquiera pude sacar el pulgar congelado. Pero cuanto más sufría, más sentía que ese día iba a ocurrir algo fantástico. Como vagabundo, había adquirido un fatalismo casi religioso sobre el sufrimiento: sólo a través del sufrimiento se puede entrar en el cielo. Además, por esa misma convicción eres capaz de derretir las montañas, o los fríos corazones, que te rodean.

Finalmente, cuando se hizo de noche, mi cartel danés de mano hizo que me recogieran dos abogados. Al ver mi miserable estado, uno me dijo que podía pasar la noche con él en Charleston. Así que estaba todo listo, aunque quedarme con un abogado laboralista no sonaba del todo al “cielo”. A apenas media hora

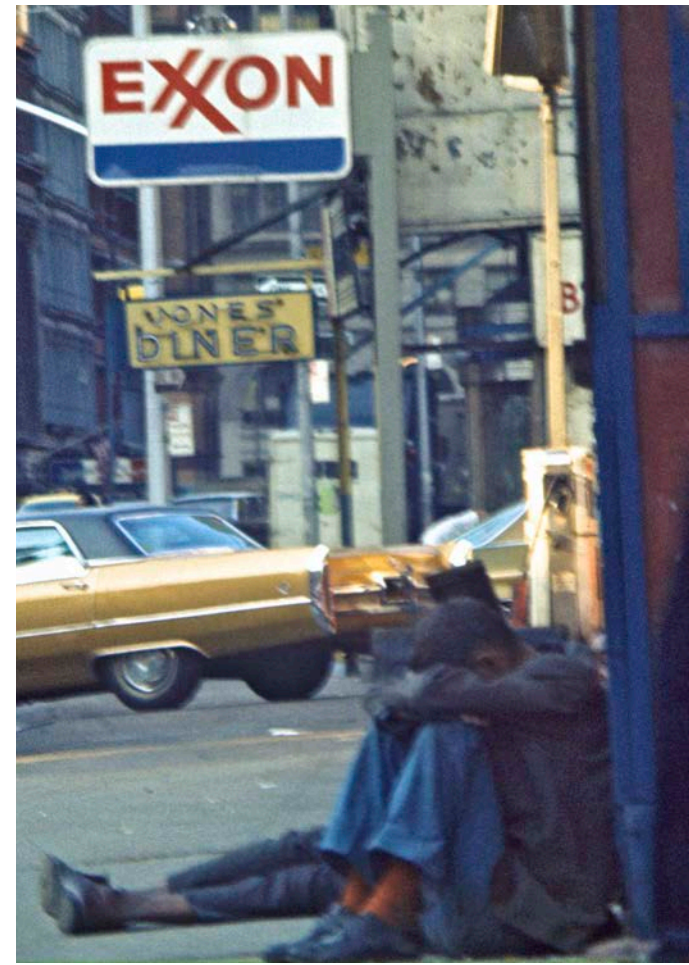
por la interestatal, uno de ellos dijo: “Allí está Buckhannon, donde vive Rockefeller...” e inmediatamente supe por qué había soportado tanto ese día. Para su sorpresa, les pedí que me dejaran bajar allí. Entonces comencé la caminata de 13 millas por una oscura y desierta carretera de montaña -aún bajo una terrible tormenta de nieve y todavía en mangas de camisa. En el pueblo pregunté dónde vivía Rockefeller. Ahora era presidente del West Virginia Wesleyan College y pronto encontré su casa en la calle Pocahontas, cerca de la escuela.

Para explicar esto, debo remontarme brevemente a mis protestas contra la guerra de Vietnam (antes de venir a Estados Unidos). Moralmente indignado por el uso de bombas de napalm por parte de Estados Unidos, que incineraron o hirieron a miles de vietnamitas -incluidos niños-, diseñé e imprimí un cartel a mi costa; en él se leía ESSO makes napalm. (Esso se conoce ahora como Exxon). Corrí a pegarlos por toda Copenhague, a menudo con la policía persiguiéndome. Una fría noche de diciembre, me subí a un árbol alto para evitar ser capturado por la policía, que, como descubrí, normalmente también se oponía a la guerra de Vietnam. Para jugar conmigo, dos policías sonrientes aparcaron su coche junto al árbol. “Puedes sentarte ahí arriba toda la noche y congelarte mientras nosotros nos relajamos en el coche caliente y bebemos café hasta que bajés”. Aunque me estaba congelando en

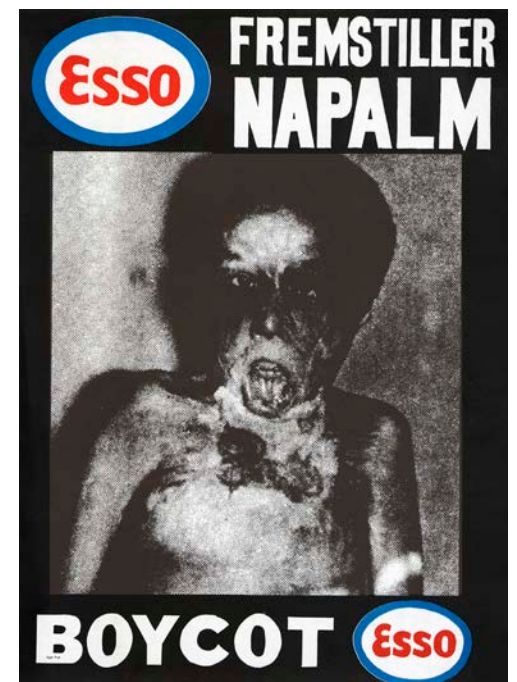


1974 - Buckhannon, WV - Jay Rockefeller

mi elevado refugio, estaba decidido a ganarme a mis torturadores. No bajé y por la mañana se rindieron. Cada día podía ver cómo ganaba mi guerra moral. Esso, por ejemplo, tuvo que contratar a todo un ejército de trabajadores para ir por ahí y pintar el logotipo de Esso con pintura negra para detener el boicot que se estaba extendiendo a sus gasolineras. Así, el poder de la publicidad -ésta fue mi primera publicidad- me hizo odiar y amar el logotipo de Esso. En el proceso construí imágenes abrumadoramente hostiles del monstruo que estaba detrás de la Esso: la familia Rockefeller. También supe que habían sido responsables de la muerte de 51 hombres, mujeres y niños en huelga en Colorado en 1914. Con la ayuda de la CIA, derrocaron gobiernos, incluido el de Irán, e instalaron al Shah, asesino y torturador, para impedir que Irán nacionalizara sus pozos de petróleo (lo que posteriormente condujo a la Revolución Islámica). Y así, experimentando un déjà vu (mi noche helada en un árbol) y dominado por una justa ira, me sentí con derecho a enfrentarme al propio monstruo, y llamé a la puerta.



1971 - NYC



1969 - Mi campaña de boicot a la ESSO



1974 - Valerie Rockefeller

¿Y qué ocurrió? Lo mismo que siempre ocurre cuando me mudo con los monstruos de mi cabeza: Una hermosa joven abrió la puerta. Supuse que era una de las muchas sirvientas y pregunté, de la manera más natural -tenía derecho a estar allí, después de todo-: “¿Puedo ver al señor Rockefeller?”. Me dijo que no estaba en casa, pero que podía entrar y esperarlo. Aunque yo misma parecía una especie de monstruo (un monstruo de la nieve), probablemente pensó que era una estudiante de su universidad. Me dio toallas para secarme y me preguntó si tenía hambre. Si lo tenía, se pondría a cocinar ya que no sabía cuándo llegaría su “marido” a casa. ¿Marido? pensé. Todas las caricaturas odiosas que había visto de “Rockefeller” habían sido de hombres viejos. Ciertamente, así fue después de la masacre de Rockefeller contra los presos en Attica, cuando se amotinaron para exigir una reforma penitenciaria. Había estado en el funeral y conocía a algunas de las mujeres negras viudas (página 406). Pero Sharon Rockefeller era casi de mi edad y su marido, Jay, sólo 10 años mayor. Mientras ella cocinaba para mí, me puse a jugar con su adorable hija de 3 años, Valerie. Al ver lo bien que nos llevábamos, Sharon sugirió que tal vez podría quedarme a cuidarla; ella se iba a Europa en unos días y aún no había encontrado una niñera. Un poco más tarde, una amiga de la familia se pasó por allí y, mientras charlábamos, me susurró que Valerie se llamaba como la hermana gemela de Sharon, que había sido asesinada. “¿Asesinada? ¿Cómo?” pregunté con incredulidad. Estaba acostumbrada a los asesinatos en la clase baja, no entre los ricos. Después de que Sharon, cuyo nombre de soltera es Percy, y Valerie se graduaran en la universidad, la familia se reunió en su mansión frente al lago en un suburbio de Chicago. Sharon fue a la habitación de Valerie para dar las buenas noches a su hermana, y a la mañana siguiente su gemela idéntica fue encontrada golpeada y apuñalada hasta la muerte. El crimen, que nunca se resolvió, dejó a Sharon traumatizada y



Niño mostrando el lugar donde fue asesinado un miembro de su familia - 1975 SF

proyectó sobre la familia una oscura sombra que nunca se disipó. En aquel momento no me sorprendió el comentario de Sharon como niñera, ya que estaba acostumbrada a que la gente confiara en mí al instante, pero a lo largo de los años he reflexionado a menudo sobre esta notable mujer. ¿Cuántas otras mujeres, tan poco tiempo después de que una hermana querida fuera asesinada por un intruso, tendrían las agallas de invitar a su casa a un extraño que se parecía a Charles Manson? (Justo después del asesinato de otra Sharon durante los asesinatos de Tate-Labianca.) ¿Cuántas pedirían a este extraño que cuidara de su hija (llamada así por la mayor pérdida de su vida)? Sharon compartía mi propia perspectiva de confianza.

Cuando Jay Rockefeller llegó por fin a casa, me dejé llevar completamente por esta familia de gran corazón. Como estaba inmerso en la conversación con su esposa, asumí que yo era un amigo de ella y nunca me preguntó por qué estaba allí (al igual que yo mismo había olvidado por qué estaba allí). Si esperaba encontrarme con un monstruo, era mi propia proyección ya que para mi sorpresa y alegría teníamos las mismas opiniones en casi todo. También se oponía a la guerra de Vietnam, y más tarde criticó al héroe de la guerra John McCain por lanzar bombas de napalm sobre los civiles vietnamitas. Después de la universidad había recorrido el mismo camino que yo, trabajando con mineros del carbón pobres que vivían en chozas tan miserables como las que yo había fotografiado. Trabajando para mejorar sus condiciones en el programa VISTA, iniciado por John F. Kennedy, perdió su corazón por estos mineros, se quedó allí, y ha sido un poderoso defensor de ellos desde entonces, primero como su gobernador, más tarde como senador en Washington. Enseguida sentí que era “mi hombre”. Después de que hubiéramos bebido unas cuantas botellas y de que él mostrara gran interés por mis fotos de las chabolas y la pobreza, me sentí tan animado que le



1974 - Charleston, SC

dije que había intentado en vano conseguir apoyo para comprar una cámara Nikon profesional y película para poder completar mi trabajo. Nunca olvidaré su respuesta: “¿Te diriges a mí como persona o a la fundación? Pues ven mañana a mi despacho y enséñame tu propuesta de subvención”. Esa noche apenas pude dormir. Por primera vez tenía una esperanza real de conseguir un poco de apoyo para mi fotografía (aunque sólo fuera algo de dinero para la niñera). Pero cuando repasé la solicitud que siempre llevaba conmigo, vi una frase sobre “la brutal matanza del clan Rockefeller de 41 prisioneros en Ática”. Lo había olvidado por completo. Estaba tan avergonzado después de haber encontrado tanta calidez, hospitalidad y confianza por parte de los Rockefeller que no me atreví a llamar a su puerta. En su lugar, me di la vuelta y continué mi vagabundeo con el lema del viejo Rockefeller: “ni un centavo para el banco ni un centavo para gastar”. Enfadado conmigo mismo por mis prejuicios, expresé mi nueva visión: El síndrome de la clase baja, el asesinato y el alcoholismo, no es más que un espejo de la clase dominante. Es cierto que la parte del alcoholismo se refería a lo que había visto en otras familias de clase alta y no a esta familia, que me había mostrado, por muy intruso que fuera, tanta generosidad.

Dos días más tarde me quedé con esta mujer en una choza pegada a una refinería de Exxon. Aparte de mi relación de amor y odio con el logotipo de Exxon, creo que hubo otra razón por la que acabé con ella. Durante mi primer año en Estados Unidos, el presidente Nixon firmó la Ley de Política Ambiental Nacional para eliminar el plomo de la gasolina. La gasolina con plomo había sido introducida por Standard Oil (Exxon) por su “efecto antidetonante”, y Exxon había luchado contra los intentos anteriores de prohibirla. Justo antes de romper mi principio de vagabundeo “antidetonante” en casa de Jay y Sharon -siempre esperaba pasivamente a que la gente me invitara a casa- había oído hablar de nuevos estudios que mostraban los efectos destructivos del plomo en los niños. Pensé en todo el plomo al que estaban expuestos los niños negros en las casas de los guetos, a menudo construidas junto a las autopistas del centro de la ciudad. (Página 299). Esto me dio la respuesta a por qué la violencia y los asesinatos habían estallado unos 20 años después de que el gas con plomo se hiciera común. (Este niño me muestra la sangre de alguien de su familia que acababa de ser



Sharon Rockefeller con Valerie en 1974

asesinado). El plomo también desempeña un papel importante en los problemas de aprendizaje de muchos niños del gueto y explica por qué muchos blancos, como Valerie, obtuvieron mejores resultados en la escuela.

17 años después, tras una de mis actuaciones en Stanford, una mujer blanca se acercó a mí y me preguntó si podíamos hablar en privado. Parecía un poco enfadada cuando dijo: “Estoy en tu libro”. Yo estaba totalmente confundido, ya que apenas había blancos en el libro. Cuando encontró la página, me di cuenta de que era Valerie Rockefeller. “El año pasado -continuó-, cuando mi compañera de piso llegó a casa después de tu programa y me dijo que habías retratado a mi padre como un alcohólico y un asesino en masa, me enfadé mucho contigo. Pero ahora que he visto el programa yo mismo, tengo que darte un gran abrazo. Y aquí está mi tarjeta de visita. Si alguna vez necesitas mi ayuda, llámame”. Vaya. De nuevo me asaltó el sentimiento de culpa por no haber distinguido suficientemente en el libro entre Exxon, símbolo de la opresión, y la cariñosa familia que una vez me había acogido. Encontré exactamente la misma reacción abrumadora de otros tres hijos de Rockefeller en otras universidades. Incluso me pidieron consejo sobre cómo podían servir mejor a los pobres. Así que no me sorprendió ver que Valerie, cuyo pesado bagaje era tanto negativo como positivo, acabara como profesora de educación especial para adolescentes con problemas de aprendizaje y emocionales en East Harlem. De alguna manera, vi una línea directa que iba desde nuestro primer encuentro en su casa cuando era una niña hasta su compromiso social como adulta en Harlem. En primer lugar, fue moldeada por el largo compromiso social de sus padres.

Tal vez reforzada por el trauma heredado de su madre (paralelamente al trauma heredado entre los niños negros). En cualquier caso, me sorprendió, como a su padre, lo mucho que coincidíamos en todo cuando nos comunicamos por última vez en 2015. “¡Sigo juzgando hipercríticamente a la gente con dinero!”, me escribió. Ella también forma parte del esfuerzo de la familia Rockefeller para detener la negación del clima de Exxon/Mobil. “Como descendientes, tenemos una carga extra para luchar contra el cambio climático”, dice Valerie.



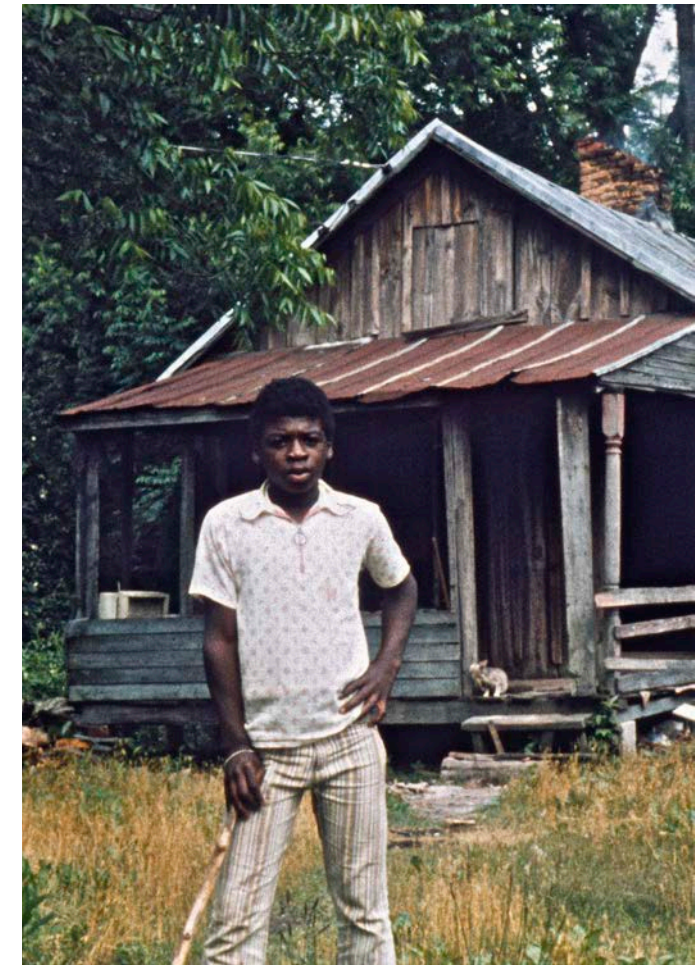
1974 - Washington, NC



1974 - Washington, NC



1974 - Washington, NC. Robert en la escuela



1974 - Washington, NC. Robert en casa



1974 - Jersey City, NJ



1973 - Tunica, LA



1974 - Washington, NC

La integración de los niños negros y blancos en las escuelas fue uno de los resultados más importantes de la lucha por los derechos civiles. El hecho de que muchos liberales más acomodados no permitieran que sus hijos se integraran contribuyó a sabotear la integración y a crear resentimiento entre los blancos pobres, que no podían permitirse escuelas privadas. Ver las condiciones de las escuelas americanas fue quizás el aspecto más impactante de mi viaje. Nunca había oído tantas frases de lavado de cerebro, como “Los hombres atesoran la libertad por encima de todo”, combinadas con una omisión casi total de la historia de los negros. Hoy en día, muchas escuelas incluso prohíben los libros de negros, como el de la ganadora del premio Nobel Toni Morrison.

Esta regimentación totalitaria es como el “juramento de lealtad” a “una nación, bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos”. Contrasta de forma flagrante con el estado de esclavitud que se les inculca a los niños negros en estas destaraladas “escuelas gueto” con ventanas de madera contrachapada. En teoría, concedemos gustosamente la libertad y la justicia a Robert, al que se ve aquí jurando lealtad en Washington, Carolina del Norte, para después volver a su casa con más ratas que libros. Al menos, cubrir las ventanas con las estrellas y las rayas ayuda a mantener el frío -y su sueño americano- fuera.



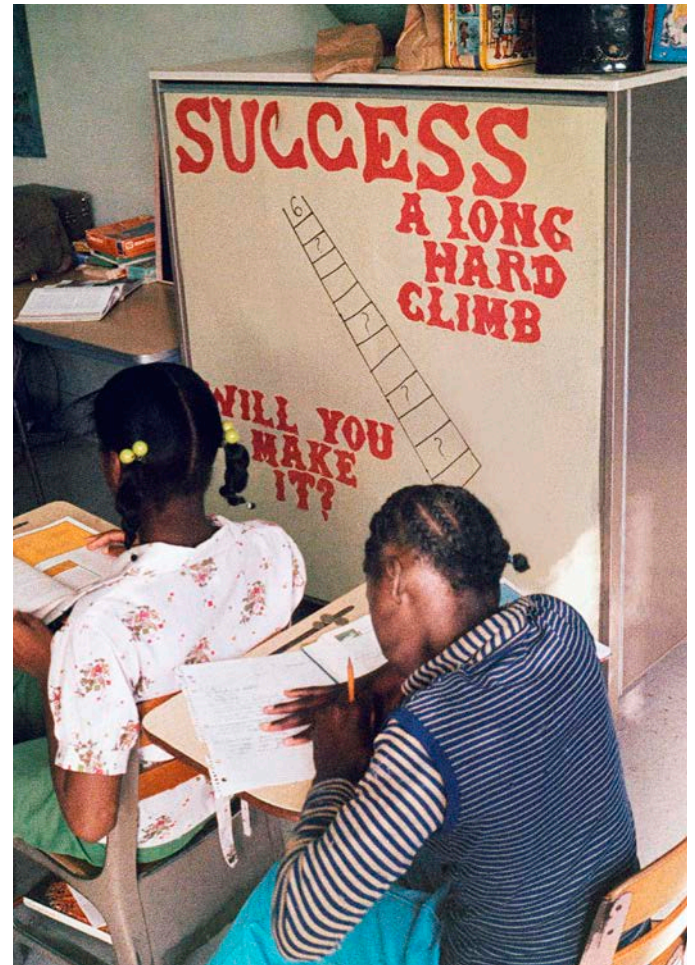
1972 - Canarsie, NY



1972 - Canarsie, NY



1972 - Canarsie, NY



1974 - Washington, NC



1972 - NYC



1973 - Louisville, KY



1974 - San Francisco



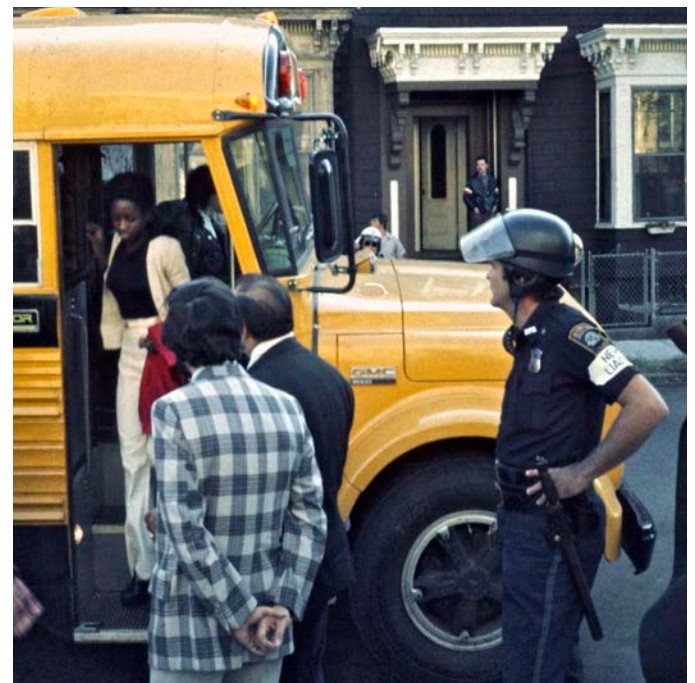
1972 - Canarsie, NY



1974 - South Boston

He visto violentas luchas en ciudades de todo el mundo cuando los negros, desesperados por liberarse de la segregación y por dar a sus hijos una oportunidad de recibir una educación igualitaria, los llevaban en autobús a las escuelas de los barrios blancos. Cuando la policía y los soldados tienen que escoltar a los niños en cada autobús y hay que mantener a los blancos furiosos que lanzan piedras detrás de las barricadas para proteger a los niños negros, les enseñamos en su primer día en el mundo blanco que el Ku Klux Klan está en el corazón de todos los blancos ... como escribí erróneamente entonces. En mi trabajo con el KKK desde entonces, aprendí que los hijos del KKK son a menudo los únicos blancos en las escuelas totalmente negras, ya que son demasiado pobres para alejarse de los barrios negros.

Además, las "escuelas negras" son precisamente de lo que huyen muchos padres daneses hoy en día, a pesar de que como jóvenes santurriones en los años 70 condenaban a gritos el racismo estadounidense cuando veían mi presentación.



1974 - South Boston, MA



1971 - East St Louis, IL



1989 - Harlem, NY



1974 - Jersey City, NJ

Se trata de escolares negros de un gueto estadounidense grabados en una cinta, pero la conversación podría haberse grabado con la misma facilidad hoy en día entre niños de guetos marrones de Europa:

- *Deberíamos ser amigos de los blancos, como Mary. Es mi amiga y es blanca.*
- *¡Espera a que crezcas y ella estará fuera de este mundo!*
- *¿Cómo sabes que estará fuera de este mundo?*
- *No estará fuera del mundo, sino fuera de este país.*
- *¿Fuera de este país o de este gueto?*
- *Fuera de este país, del gueto, o de lo que sea...*
- *Ella seguirá siendo mi amiga.*
- *Ella podría volverse contra ti. Podrían lavarle el cerebro.*
- *¡Una persona blanca sigue siendo un ser humano!*
- *¿Pero por qué... cómo es que tratan a una persona negra como si fuera un animal?*
- *¡Debemos haber hecho algo malo!*

Al escuchar este tipo de conversaciones, de niños de 7 y 8 años, sólo pude concluir que muchos de ellos ven no sólo su gueto, sino incluso su país, como un sistema cerrado y, lo que es peor, se culpan por ello. Cuando se les pregunta “¿De dónde eres?”, los niños morenos nacidos en Dinamarca dirán, por ejemplo, “Turquía”. Al igual que los negros, han interiorizado el mensaje de nuestra retórica divisoria: “Eres un indeseado y no formas parte de nuestros valores”.

Cuando se les dice constantemente que no pertenecen, no es de extrañar que muchos padres del gueto se opongan a la escolarización integrada a pesar de saber que las escuelas del gueto no funcionan. Ser privado de una buena educación en su propia escuela del gueto es preferible a la ilusión de pertenecer

a la sociedad mayoritaria con las privaciones que también deben sufrir aquí. Es un hecho triste que incluso en las escuelas integradas matamos el espíritu y la motivación de los niños que hemos marginado. En todo el mundo, los profesores crean alumnos para que encajen con la imagen y las expectativas que ya tienen de ellos. Si se toma una muestra aleatoria de una clase y se les dice a los profesores que estos alumnos son “potenciales espabilados académicos”, estos niños, al cabo de un año o dos, cumplirán esa expectativa gracias al trato especial que el profesor les dedica inconscientemente. En una sociedad de amos y esclavos, el que se espera que se convierta en esclavo (inútil) recibirá así una educación inferior, con profesores negros o blancos, la segregación o la integración no suponen una gran diferencia.

Esta “inocente” discriminación tiene consecuencias desastrosas allí donde dividimos a los alumnos en vías “lentas” y “brillantes”, que son naturalmente un reflejo de la sociedad de clases exterior. Lo perjudicial que es esta discriminación para la autoestima de los niños quedó demostrado cuando un ordenador colocó por error a todos los niños llamados “lentos” en la clase “brillante” y viceversa. Un año después, cuando se descubrió el error, los educadores comprobaron que los alumnos lentos se comportaban como si fueran brillantes y los brillantes como si fueran estúpidos: el principio de la guetización. Me encontré constantemente con profesores e incluso directores que se referían a sus alumnos del gueto como “animales”. Hasta el punto de que vi que incluso los niños pequeños se consideraban ratas.

En mi propia escuela, aprendí de primera mano que la imagen que el profesor tenía de un niño se convertía en la imagen que el niño intentaba cumplir. Yo hablaba un dialecto rural, que sonaba “tonto” a los oídos de los profesores de la ciudad, donde hablaban un danés “correcto”. Como resultado, me evitaban inconscientemente, y poco a poco me volví introvertido con ocasionales explosiones de comportamiento “tonto”. Perdí todas las ganas de aprender y obtuve sistemáticamente entre un 30% y un 50% menos de puntuación que los demás alumnos. Finalmente, me vi obligado a abandonar los estudios, lo que acabó convirtiéndome en un vagabundo callejero. Si, además de mi TDAH, hubiera sido negro o moreno en una sociedad racista, en la que inconscientemente tratamos de mantener a esos “indeseables” fuera de la vista hasta que se convierten en “intocables del comportamiento”, podría haber acabado fácilmente no sólo como “vagabundo”, sino también como “delincuente”, “adicto”, “prostituto”, “holgazán de la beneficencia” o haber desempeñado cualquiera de los otros papeles en los que una sociedad de seres humanos desechables encuentra adecuado moldear a sus indeseables.



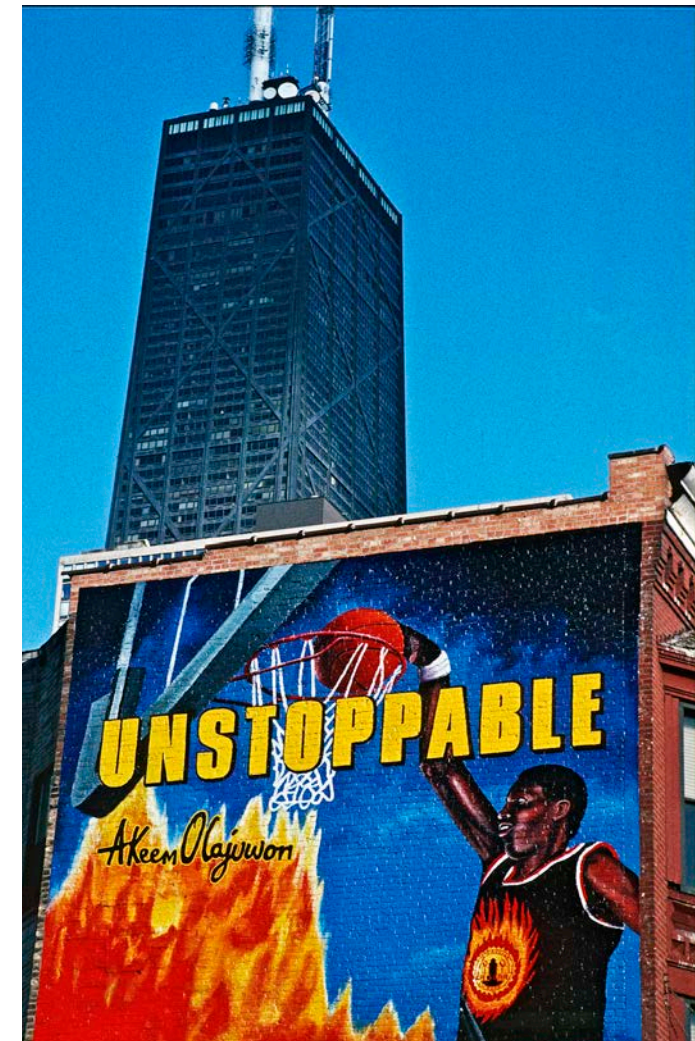
1974 - Washington, NC

Para evitar la acusación de ser la mano dura de la sociedad, los profesores suelen encontrar nuevas formas de culpar a sus alumnos. Los liberales insisten en que la “falta de motivación” y la “escasa capacidad de aprendizaje” de los niños del gueto se deben a que están “culturalmente privados”, ya que proceden de hogares sin más libros que los que podrían encontrarse en las cabañas de los esclavos (o en la casa de un campesino turco o árabe). ¿Será que los propios profesores se han visto atrapados en un sistema cerrado y se han convertido en excelentes opresores con sus juicios de “nuestras escuelas no son malas, pero tenemos malos alumnos” o “pobrecitos”, machacando a los niños? Si queda alguna duda, vale la pena recordar que los profesores altamente motivados y con conciencia política y social de las escuelas dirigidas por los Panteras Negras y los negros musulmanes hicieron que sus hijos del gueto alcanzaran los estándares nacionales (blancos). Las escuelas privadas musulmanas de Dinamarca pueden hacerlo de la misma manera. Es decir, destacando académicamente, no sólo con becas deportivas. Esta expectativa disuasoria del aprendizaje también puede verse en sociedades impregnadas de un pensamiento opresivo hacia otros grupos vulnerables. Las mujeres estadounidenses, por ejemplo, que asistieron a escuelas para niñas, donde están protegidas del sexismo de la sociedad, obtienen mejores resultados después de graduarse que las mujeres que fueron a escuelas integradas. Si a algunos nos cuesta enfrentarnos a nuestro propio racismo, no olvidemos que hace 50 años pocos hombres se consideraban sexistas.

Sin embargo, el hecho de que aplastamos a las niñas con nuestras actitudes se revela en las estadísticas de aquellos años, que muestran cuántas mujeres “forzamos” a abandonar la educación superior con bloqueos emocionales que les impidieron convertirse en doctoras, abogadas y científicas. Cuando vemos el síndrome del cuarto grado en nuestros niños negros y marrones marginados, tanto en Estados Unidos como en Europa, debemos concluir: O bien necesitamos ayuda para procesar nuestro racismo, o los niños de color deben ser protegidos de nosotros en escuelas no integradas con profesores muy comprometidos y concienciados, “ángeles salvadores” que puedan devolverles el sentido de la autoestima y la identidad que tan pronto les robamos. Desgraciadamente, me encuentro como parte activa de este racismo. Después de meses de dar clases en universidades mayoritariamente blancas, por ejemplo, he interiorizado el pensamiento de los estudiantes. Con frecuencia me sorprende pensando en términos racistas sobre los “negros”. Cuando estoy igualmente aislado en Dinamarca, mi pensamiento sobre aquellos a los que los daneses etiquetan como “musulmanes” se distorsiona de la misma manera. Con la perspectiva de reproche y distanciamiento del racista, así como su afición a encontrar defectos en “el otro”, contribuyo así a que nuestros marginados se formen una actitud hostil derrotista, de nuevo, en la ceguera de mi privilegio blanco. Porque la ceguera es cuando exigimos exteriormente la integración, pero en nuestro pensamiento interior nos “distanciamos”, tememos y, en consecuencia, aplastamos a aquellos con los que deberíamos integrarnos.



1990 - Chicago



1990 - Chicago



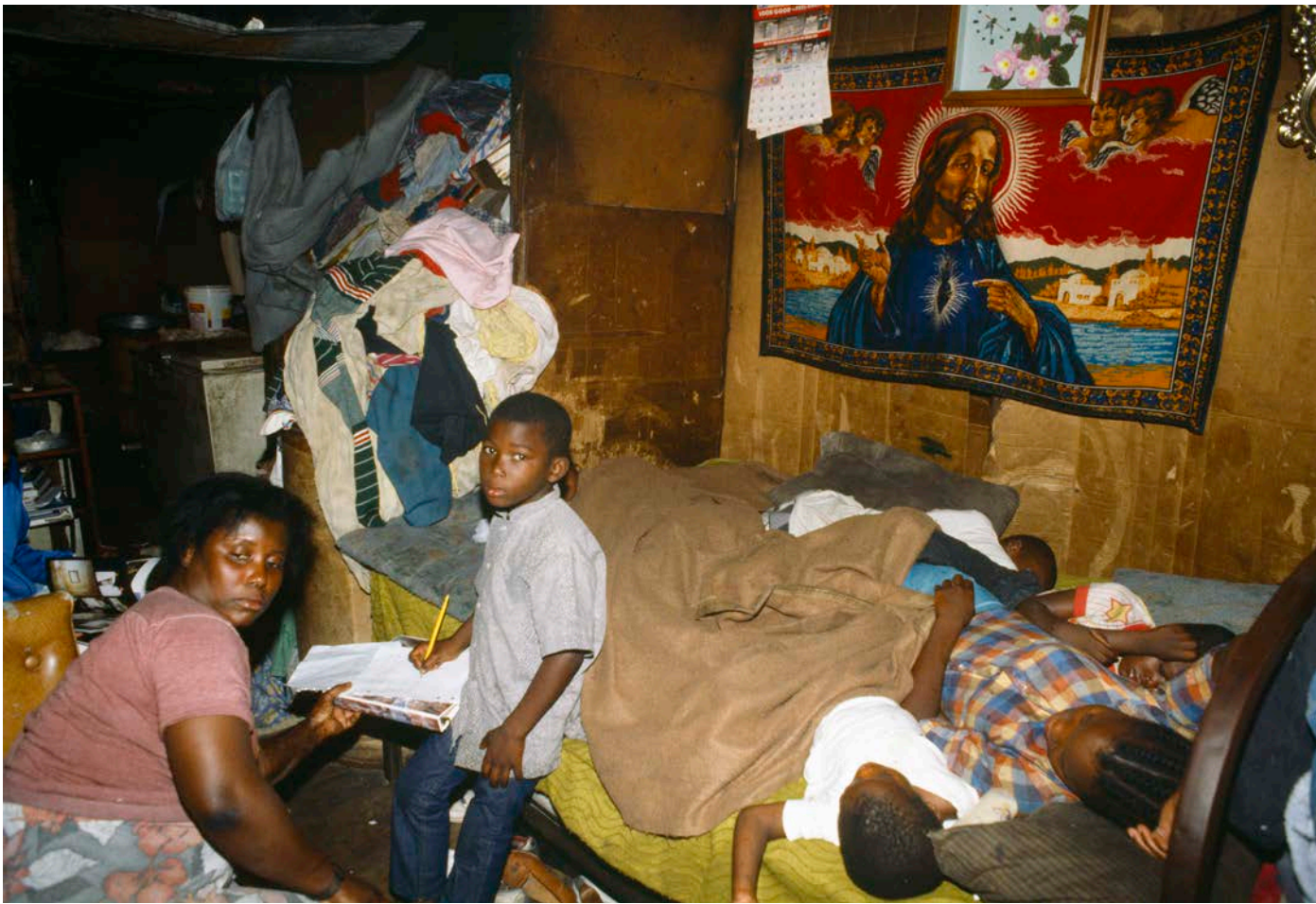
1974 - Greensboro, NC



1972 - Detroit



1989 - NYC



1990 - Burke County, GA

En Los Ángeles vi un hermoso caso de solidaridad racial cuando los estudiantes inmigrantes antillanos formaron una organización para motivar a los negros nativos a no abandonar la escuela secundaria y la universidad, una especie de repetición histórica del ferrocarril subterráneo, donde los negros libres ayudaban a la gente a salir de la esclavitud.

La medida en que todos somos víctimas de esta opresión se muestra en esta foto de un grupo de adolescentes negros. La chica fue adoptada de bebé por los negros del gueto y ha sido educada para ser negra: para comportarse como negra, para pensar como negra y para vestir como negra. Apenas tiene nada en común con los blancos; ni siquiera sabe hablar “nuestro idioma”. En los hogares blancos veo lo contrario. Negros y blancos, palestinos y judíos, nativos e inmigrantes, hombres y mujeres, heterosexuales y homosexuales sufren graves daños cuando los padres recrean desde muy temprano los patrones de opresión que ellos mismos recibieron de sus padres. Ambas partes acaban perdiendo la capacidad, y el deseo, de tratar a la otra parte con humanidad. Nos rendimos en el fondo, decidiendo que es una absurda alquimia étnica intentar integrar elementos que se repelen como el aceite y el agua. Los frenéticos esfuerzos de los liberales por agitar tanto estos dos elementos para que se fragmenten en partículas más pequeñas durante un breve periodo de tiempo son sólo un intento



1973 - Baltimore

inútil de dar a la opresión un rostro humano, como votar a Obama mientras se está atrapado en el enorme apartheid de los corazones blancos y negros. Entonces, ¿hay alguna esperanza?



2009 - Baile de graduación en Natchez, MS

Sí, a menudo oigo incluso a los peores racistas decir: “Ojalá pudiéramos adoptar a todos los niños negros para que fueran como nosotros”. Aunque, al modo típico de los racistas, buscan la culpa en “los otros”, no es una expresión de odio racial. Al igual que los europeos se alegran cuando los “musulmanes” se convierten al cristianismo, olvidando que es la cultura diferente a la que reaccionan negativamente. Veo esta incómoda esperanza más claramente en los estudiantes blancos de las universidades estadounidenses cuando relatan cómo, por culpa liberal, intentan acercarse a los estudiantes negros. Pero todo el tiempo se ven frenados por una culpa reaccionaria: recuerdan todas las advertencias de sus padres en la infancia; normalmente no verbales, sino en sus ojos o en los chasquidos de las cerraduras de las puertas del coche cuando conducían demasiado cerca de un barrio negro.

Es aterrador traicionar el amor de nuestros padres, a los que podemos sentir en el fondo de nuestra mente tirando hacia el lado contrario. Así que cuando tienden la mano a los negros por amor, se ven arrastrados hacia atrás por el amor. Se vuelven torpes y condescendientes con los negros, que reaccionan con una ira y una hostilidad muy arraigadas, ya que han pasado por una opresión similar, pero inversa. Esto reaviva el miedo de los blancos, ahora el miedo a ser rechazados. Así, el opresor y

el oprimido se “crean” constantemente el uno al otro, ya que ninguno es libre. Porque lo que define a todos los sistemas de opresión es una pérdida de “libertad”; la libertad de actuar de una manera que una persona ajena a este sistema vería como “normal” y “humana”. Este cóctel de culpa y miedo de los blancos crea la ira y la hostilidad del racismo interiorizado entre los negros, que a su vez crea más miedo y culpa de los blancos, etc.

El peor racismo de hoy no se crea por el odio, sino en nombre del amor, en el deseo de proteger a nuestros hijos de lo que a nosotros mismos nos enseñaron a temer. Cuando llevo a los blancos a fiestas de negros en Estados Unidos o a fiestas de morenos en Dinamarca, a menudo les veo romper a llorar de culpabilidad: después de haberlos demonizado inconscientemente durante tanto tiempo, de repente experimentan a “los otros” como verdaderos seres humanos. Nuestras lágrimas revelan que todos somos víctimas del racismo.



1975 - San Francisco



1974 - Palm Beach, FL



1973 - Indianapolis, IN



1974 - Brownsville, NY

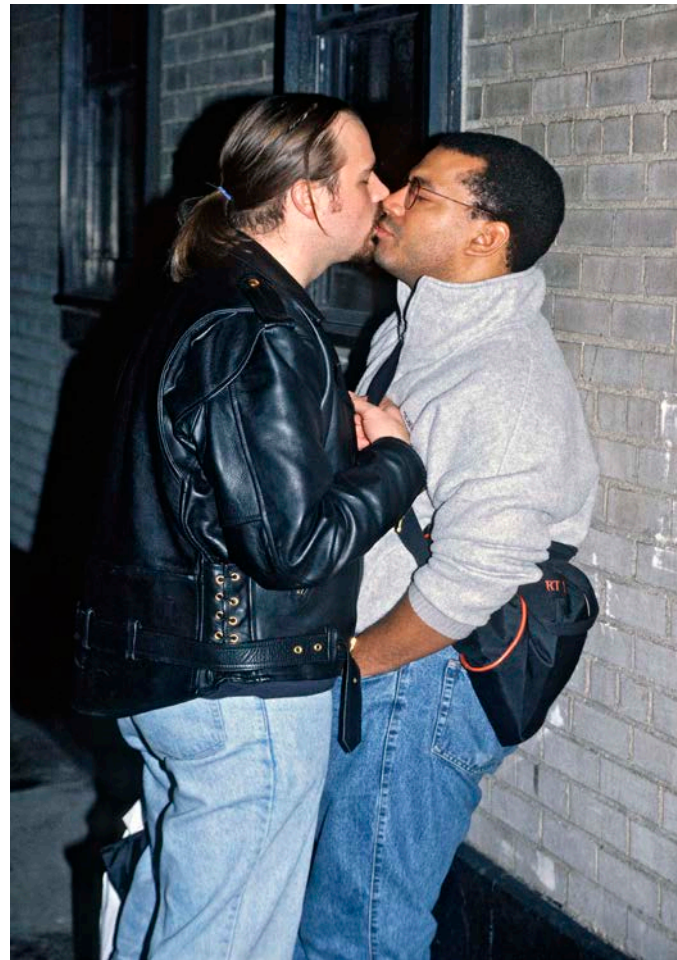


1982 - San Francisco



1989 - Washington, DC

Cuanto más aprendía sobre el efecto paralizante y autopropagador del ostracismo, más difícil me resultaba condenar a los blancos por nuestro racismo. Incluso para mí, y para los inmigrantes africanos y caribeños, que no fueron moldeados por nuestra cultura maestra, no siempre fue posible responder de forma humana hacia aquellos que están atrapados en una cultura paria. El torpe comportamiento de los blancos hacia los negros en EE.UU., y desde entonces hacia los “musulmanes” en Europa, se hizo especialmente comprensible cuando lo comparé con mis propias dificultades para ser plenamente humano hacia los encerrados en el gueto homosexual por mi sociedad heterosexual. Mi actitud hacia los gays había sido básicamente “liberal”. Aunque inconscientemente les había obligado a pasar por la clandestinidad en mi infancia rural danesa de la misma manera que lo hacen en Arabia Saudí, no me habían formado actitudes abiertamente odiosas hacia ellos. Así, no tuve que conocer a muchos gays que se odiaban a sí mismos en el armario en las carreteras estadounidenses para darme cuenta de que sentía como un deber moral el participar activamente en el primer movimiento gay abierto del mundo en San Francisco. Allí pronto aprendí de los gays más “liberados” que los liberales son el enemigo más insidioso de la verdadera liberación. Nuestro profundo sentido de la superioridad heterosexual no se ve afectado por nuestra preocupación por la “situación” de los gays. Parece que concedemos tanto con nuestro condescendiente “debemos aceptar a los homosexuales” mientras que el “nosotros” liberal excluye invariablemente a la propia minoría cuya integración se insta. Dejamos que los oprimidos luchen no sólo contra el fanatismo y el odio genuinamente expresados, sino también contra la “simpatía” y la “comprensión”, la “tolerancia” extendida a algo lamentable en lugar de normal.



1992 - NYC



1984 - Swarthmore, PA



2012 - Washington, DC

Después de tal adoctrinamiento, “nosotros” nos sentimos tan inseguros, incómodos y amenazados por “ellos” como los blancos se sienten amenazados por los negros/marrones, y nos resulta más conveniente mantenerlos en guetos. Algunos estadounidenses veían los guetos gay como San Francisco y Nueva Orleans como expresiones de una sociedad tolerante y libre. Al igual que con los antiguos guetos judíos en Europa, es justo lo contrario. Cuando durante siglos impedimos a los gays responder libremente, besarse y cogerse de la mano en un ambiente abierto sin miedo, hicimos aborrecer la homosexualidad antes de llegar a la edad adulta para que adoptaran e interiorizaran la definición de bueno y malo de los heterosexuales, obligar a gays y lesbianas a lo largo de su vida a realizar dolorosos e inútiles intentos de enderezamiento con el mismo efecto paralizante en su autoimagen que cuando los negros se enderezaban el pelo para “pasar” o simplemente sobrevivir, - entonces acabaremos forzándoles a entrar en guetos segregados similares, completados con disturbios y subculturas.

Ser uno de los primeros defensores de los homosexuales se hizo notar y fueron homosexuales negros como el director del Festival de Cine de SF, Albert Johnson, y el director de teatro Burial Clay (asesinado una semana después de montar mi espectáculo) los primeros en invitar a American Pictures a Estados Unidos. Cuando viví con el activista gay negro Lawrence Andrews mientras ayudaba a montar mi American Pictures Theater en San Francisco, me invitó a hacer talleres para su grupo “Black and white men together” para ayudar a combatir el racismo que veía entre los miembros. “Los blancos pueden ir a la cama con nosotros, pero después no quieren saber nada de nosotros”. La división entre gays y lesbianas era aún mayor entonces, pero en los 80 vi a las lesbianas salir de su justificado enfado masculino para unirse a nuestro movimiento.



1973 - Baltimore. La Sra. Willie después de nuestra cena de Acción de Gracias



2021 - zona rural de Carolina del Norte. La Sra. Willie tiene 72 años.



1995 - NYC



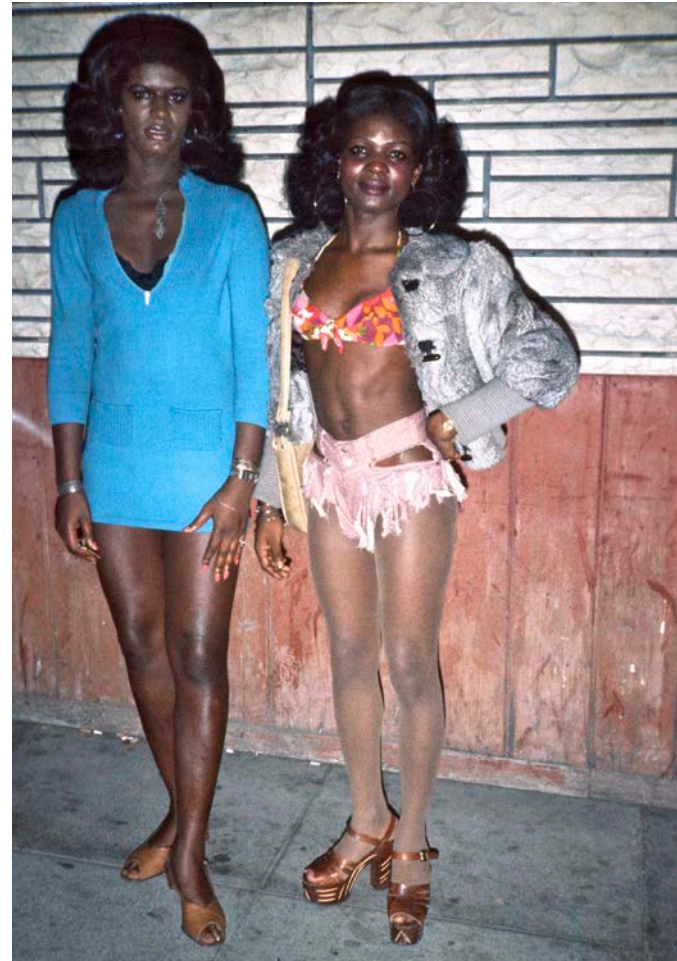
1973 - Baltimore. La Sra. Willie en su sala de estar



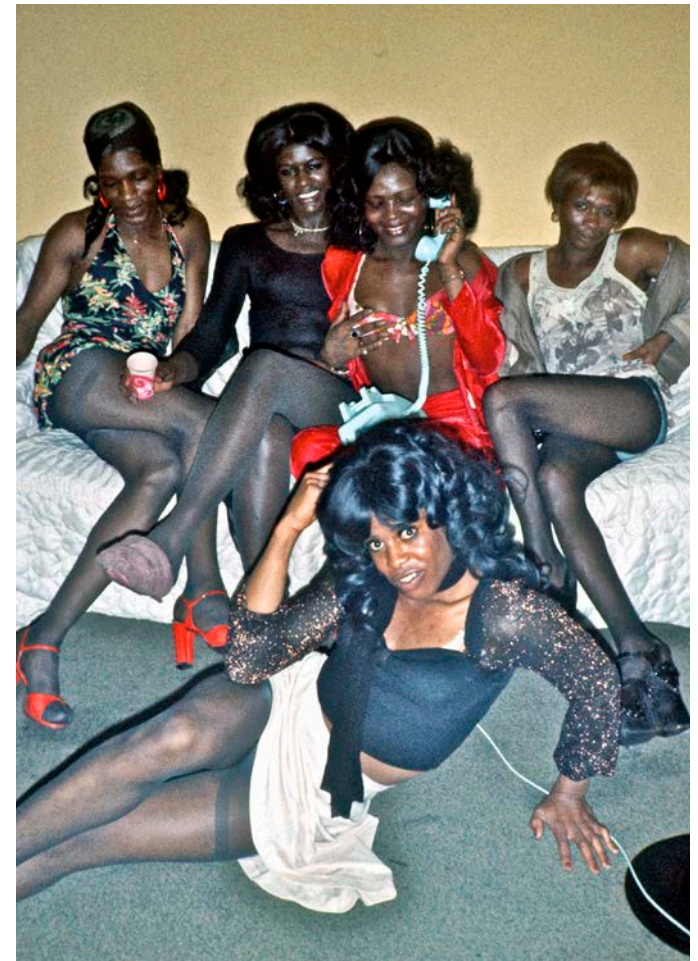
1975 - Tenderloin, San Francisco

Haciendo autostop con mi cartel danés en el gueto de Baltimore en la noche de Acción de Gracias de 1973, y con la esperanza de encontrar un lugar donde quedarme, me sorprendió que me recogiera una hermosa mujer negra, ya que las mujeres negras nunca me recogían. Me invitó a su pulida casa de los suburbios y, habiendo leído literatura danesa, nos enfrascamos en una profunda conversación intelectual, tras la cual me invitó a compartir su cama de seda en el piso de arriba. No fue hasta que empezó a besarme que su barba incipiente me dijo que no era una mujer. Cuando más tarde conté la historia a los hombres estadounidenses, solían estallar de náuseas: “¿Qué hiciste? ¿Saltar por la ventana?”. De hecho, poco después dos hombres, creyendo que habían recogido a una prostituta, mataron a dicho transexual. Para mí, en cambio, la señora Willie se convirtió en una querida amiga, que me introdujo en el mundo de los transexuales. Admiraba a Dinamarca por haber sido la primera en permitir las operaciones de cambio de sexo y me habló del libro de Christina Jorgensen al respecto. Me sorprendió escuchar cómo Willie, que creció en los campos de tabaco de Carolina del Norte, se había sentido atraído por la ropa femenina desde los 5 años, pero desde entonces escapó al norte para vivir mejor su verdadera identidad. Cómo han cambiado los tiempos se ve en cómo hoy -ahora con 72 años- ha vuelto a sus raíces en Carolina del Norte. Después de la cariñosa introducción de Willie al apasionante mundo trans y drag, me sentí completamente en casa cuando más tarde me mudé a un edificio lleno de transexuales en el Tenderloin de San Francisco. Sobre todo porque vi muchos de sus problemas de identidad durante sus transiciones, me encantaron sus fiestas llenas de alegría y sus concursos de drags.

Por eso, cuando en la vejez abrí la primera mezquita femenina de Dinamarca, lo hice con la condición de que nuestras numerosas refugiadas LGBTQ pudieran llevar zapatos de tacón en la mezquita para sus espectáculos drag.



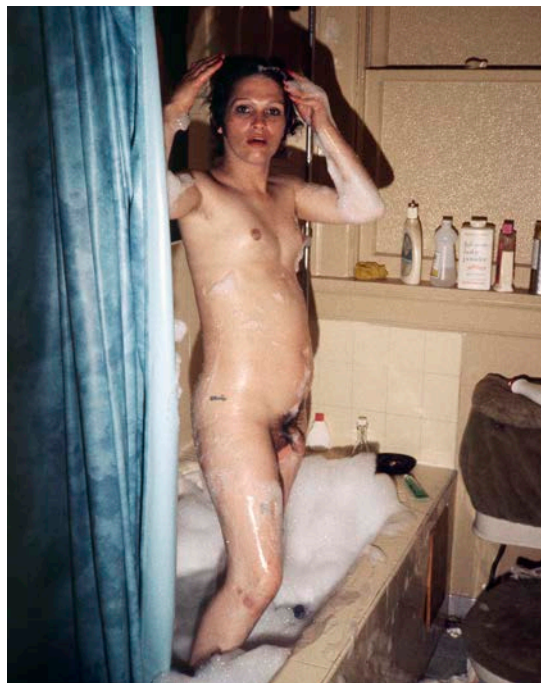
1975 - Tenderloin, San Francisco



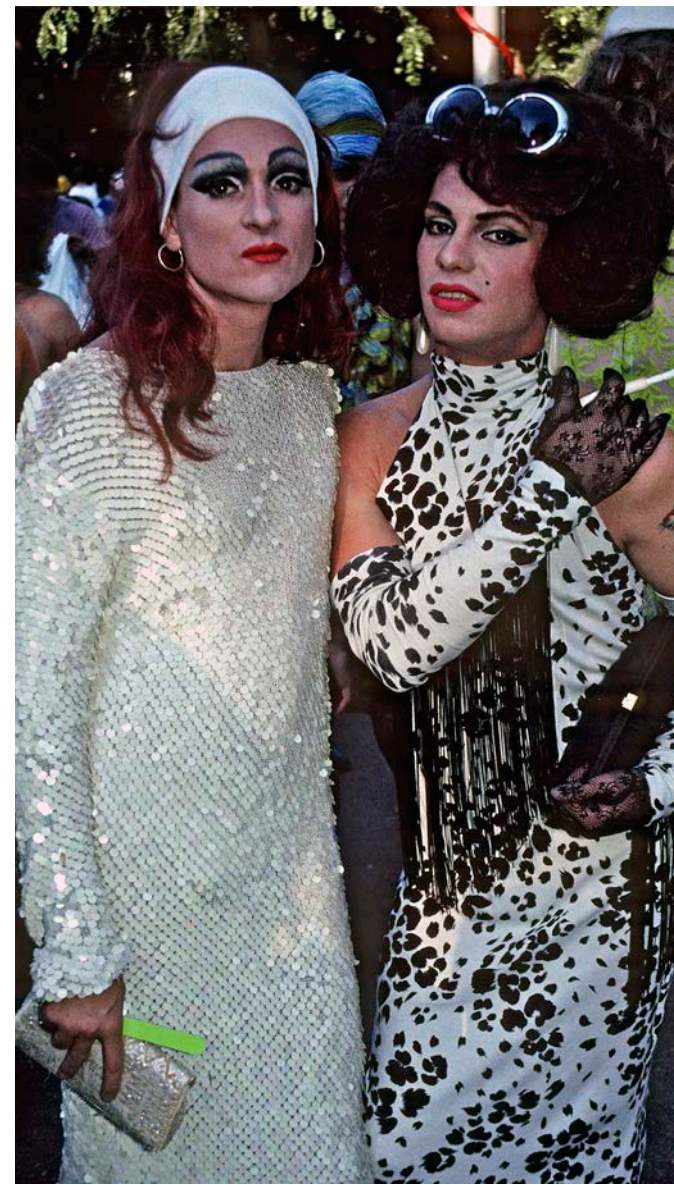
1975 - Tenderloin, SF - Fiesta transgénero



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



2001 - NYC



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, SF - Transseksuel fest



1975 - SF. Cumpleaños de un padre transexual para su hijo

La liberación no fue fácil. Vi muy pronto cómo la opresión exterior llevaba a muchos transexuales a las drogas y a la prostitución, reflejando así el resultado final más evidente de la opresión negra. Así que perdí el contacto con la mayoría de mis amigos. Cuando un sistema social trata a una minoría con desprecio y hostilidad, al final los que están dentro de este gueto se vuelven tan conscientes de su sistema cerrado que van más allá y exageran su percibida “diferencia”.

Y así se completa el círculo vicioso de la opresión, ya que la subcultura ahora parece “justificar” visiblemente el desprecio de la sociedad hacia ella. De este modo se crea el “gueto del gueto”, ya que los gays y lesbianas “simpáticos” y conformistas suelen sentir que las subculturas drag, transexual y otras subculturas especiales LGBTQ les estropean su relación con el mundo hetero.



1975 - San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



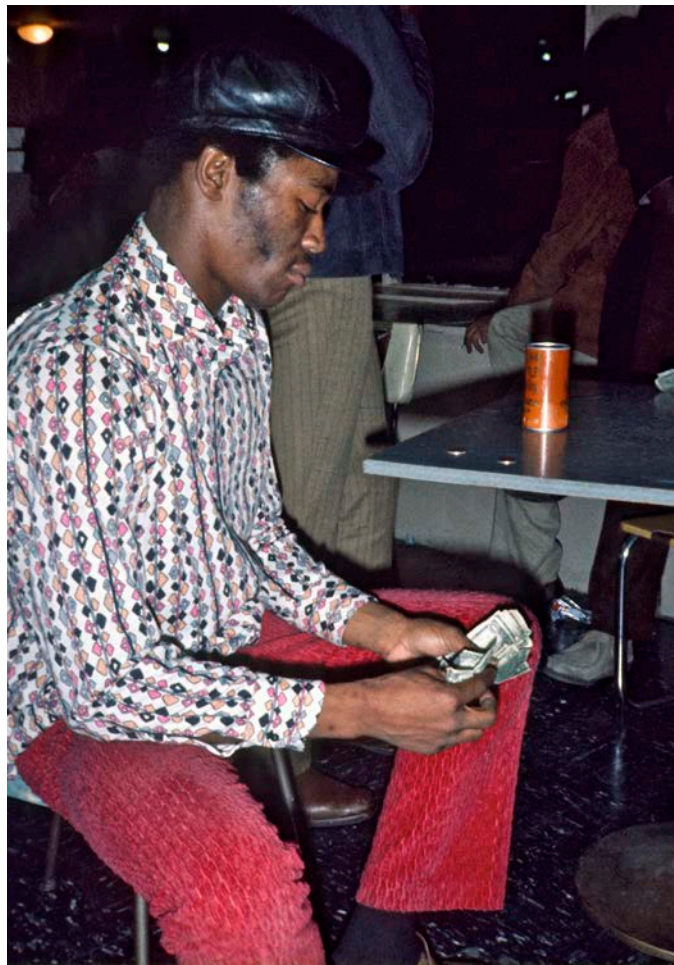
1975 - Tenderloin, San Francisco



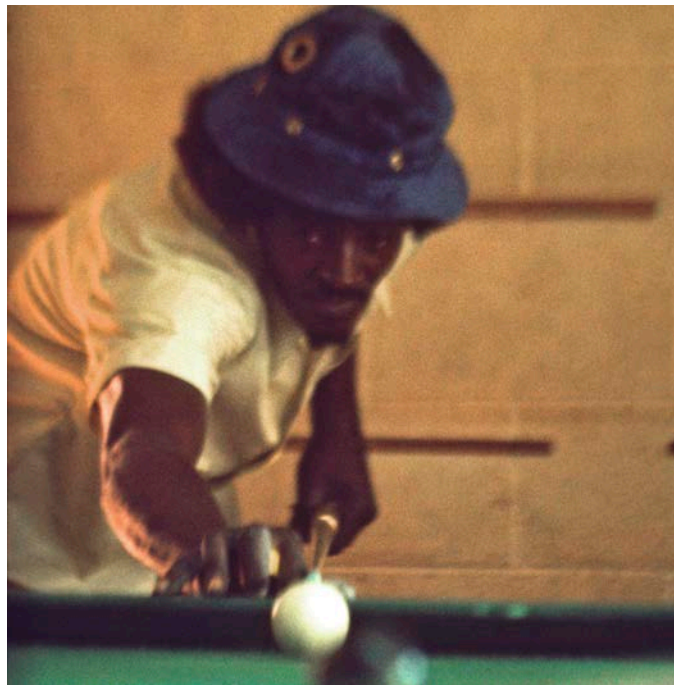
1991 - NYC

Una subcultura fuerte en el gueto negro es una espina en el costado de los negros más acomodados (y de los marrones más acomodados en Europa). Ambas minorías intentan hacerse “merecedoras” de la integración, pero todo el tiempo se utiliza una imagen patológica de esta subcultura para estereotiparlas. Sensible a este aspecto, el gueto superior tiende a ver al gueto inferior con un sentimiento de vergüenza más que como prueba de su opresión común.

Las tensiones entre el gueto alto y el bajo son tan fuertes que a menudo tenía que elegir un bando, lo cual no era difícil después de haber visto el sufrimiento del gueto bajo y el consiguiente desprecio tanto del gueto alto como de los blancos. Cuanto más empezaba a entender el gueto inferior, más comprendía la dinámica de la opresión en nuestro sistema. Para muchos blancos, el gueto bajo es un mundo incomprensible de delinquentes, chulos, miembros de bandas, traficantes, prostitutas y adictos. Como viven en un sistema cerrado, sus actos son desesperados y revelan un patrón de desprecio absoluto por el resto de la sociedad, de la que saben que nunca formarán parte. Los salones de billar son su lugar de encuentro, los coches de lujo su símbolo de estatus, el nacionalismo cultural negro/marrón o el islamismo su comunidad e identidad incendiarias, el apretón de manos fraternal y la sofisticada charla “jive” o “walla” su comunicación.



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



1973 - Greensboro, NC

Las “puñaladas por la espalda” pueden ser tan comunes como el apretón de manos fraternal. Pero cuando se han aprendido estas reglas y una cierta técnica de supervivencia, no se puede evitar llegar a amar a estos parias, nuestros hijos del dolor, más que a cualquier otro grupo social. Porque encontrar la humanidad en medio de un entorno brutal siempre será más abrumador y alentador que encontrarla entre personas protegidas de la adversidad.

Cuando este submundo nos provoca, no es para menos, ya que constituye un espejo enormemente exagerado de nosotros mismos. Sin comprender y respetar esta cultura aterradora, somos incapaces de reconocer los aspectos opresivos y violentos de nosotros mismos, que vemos reflejados en estas incómodas imágenes. Porque no muestran ninguna cultura “negra” o “marrón”, sino nuestro propio estado mental en toda su brutalidad actual. Aquí están todas las tendencias de nuestro sistema desnudadas hasta una parodia espantosa: el espíritu competitivo, la carrera por los símbolos de estatus, el sexismo y (no menos importante) la relación amo-esclavo.



1974 - Daytona Beach, FL



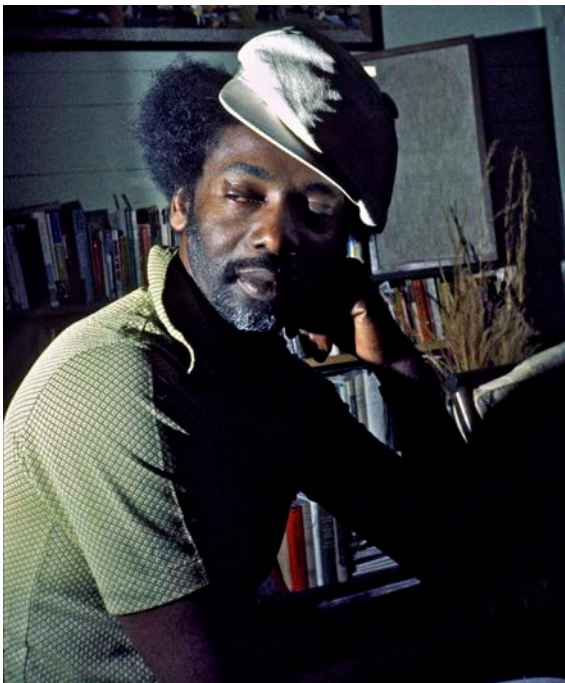
1972 - Detroit



1972 - Jackson, MI



1975 - Richmond, VA



1973 - Zebulon, NC



1974 - NYC

En cualquier lugar del mundo donde exista la relación amo-esclavo, habrá, dentro de la cultura esclavista, nuevas divisiones en nuevas relaciones amo-esclavo. Donde exista una relación de este tipo entre las personas, se sabrá que estas personas no son libres, ya que tal relación sólo puede existir en un sistema cerrado. En la clase baja esta esclavitud se ve más claramente en la relación entre el proxeneta y la prostituta. La prostituta negra está totalmente subyugada por el proxeneta y se encoge mentalmente a sus pies en profunda veneración.

El proxeneta, sin embargo, no sólo es verdugo, sino también una víctima en el sistema mayor, en el que se convierte en el nuevo negrero que se encarga de entregar la mercancía al amo de la esclavitud, el hombre blanco. Su herramienta ya no es el látigo, sino el palo de chulo hecho con perchas retorcidas. Aunque los proxenetas, al igual que los empresarios de la sociedad en general, pueden comportarse de forma bastante inhumana, es importante recordar que, al igual que los capitalistas, hacen negocios de acuerdo con reglas y leyes bien definidas que escapan a su control.

Estas leyes están recogidas en El Libro, un manual no escrito de Adam Smith o de negocios que se ha transmitido de proxeneta a proxeneta durante generaciones y que puede considerarse casi como una extensión de los tratados capitalistas, ya que describe el subsistema en el sistema económico más amplio. ¡Ay del proxeneta que no se atenga a las normas! Al igual que los grandes capitalistas, tienen sus reuniones diarias con otros proxenetas, donde no sólo discuten cómo mantener los salarios bajos, sino que también intercambian detalles técnicos relativos a la manipulación de sus "putas". Del mismo modo, establecen las horas de trabajo de sus empleadas, a las que llaman "git down-time". Por lo general, se puede saber qué prostitutas pertenecen a un "hombre-macho" y cuáles son "proscritas", ya que todas las prostitutas organizadas salen a la calle exactamente a la misma hora cada noche, mientras que las "proscritas" van y vienen a su antojo.

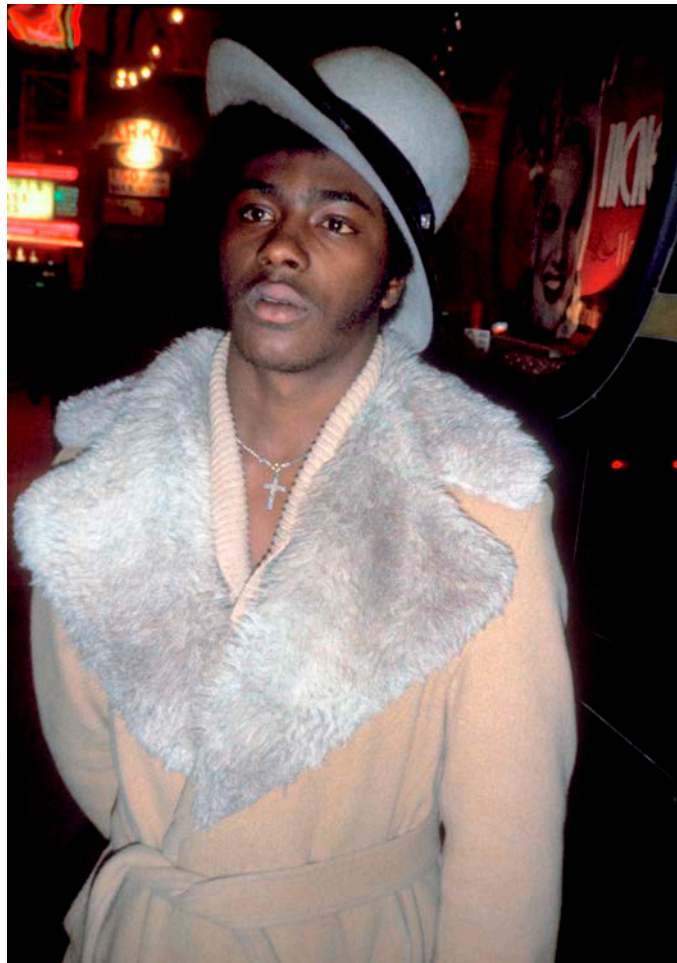
Como eran las últimas perdedoras en múltiples capas de explotación, siempre me sentí excepcionalmente cerca de las prostitutas negras, que a menudo me ofrecían hospitalidad (aunque naturalmente éstas eran las "fuera de la ley"). Como yo era uno de los pocos hombres en sus vidas con los que no tenían una relación sexual o de negocios, podían expresar hacia mí la humanidad que aún no había sido destruida por su dura explotación.



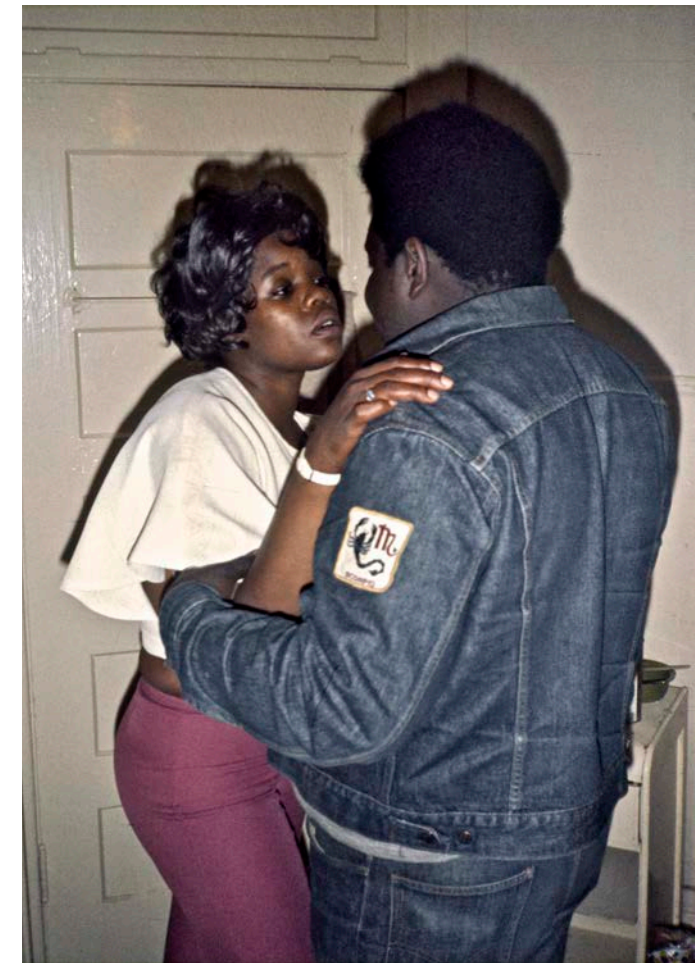
1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



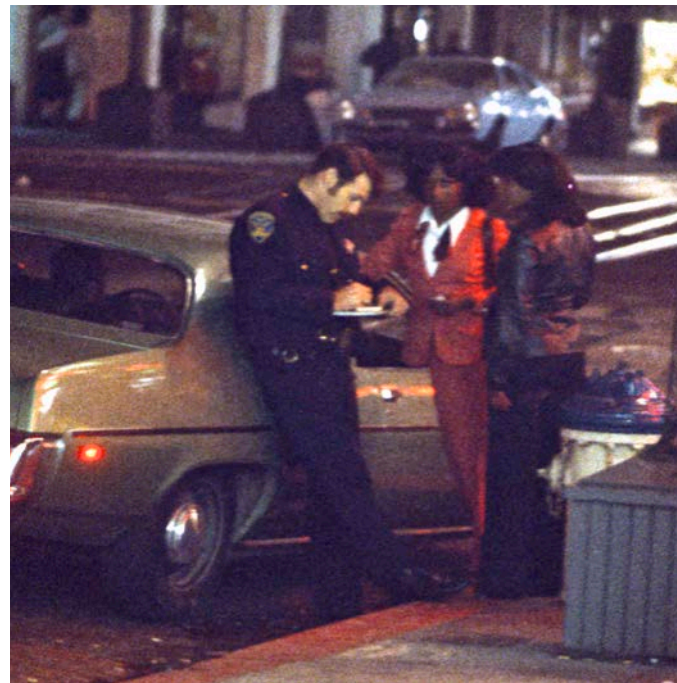
1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



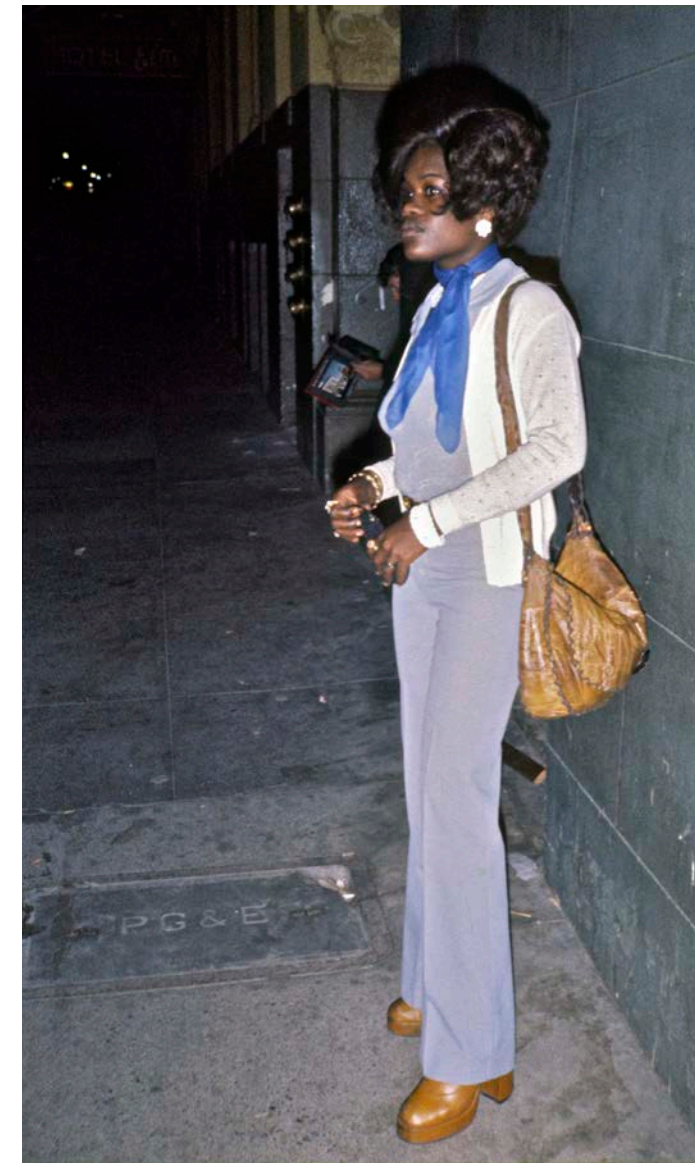
1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



1996 - Astoria, NY



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco

Una de las razones por las que nos llevábamos tan bien era, sin duda, que ellas se veían obligadas a conocer todos los detalles del “sistema” en el gueto bajo para mantenerse libres de los proxenetas, mientras que yo, como forajido (vagabundo) en la sociedad mayor, había ido adquiriendo poco a poco un cierto conocimiento del mismo para poder sobrevivir. Habíamos llegado de maneras muy diferentes a una perspectiva común. Como el paralelismo entre la superestructura y la subestructura era evidente, a estas mujeres les resultaba fácil ver la dinámica interna del sistema combinado que causaba su doble opresión: el racismo y el sexismo.

La relación entre el proxeneta y la prostituta es, en muchos sentidos, una exageración salvaje de la relación entre el hombre y la mujer en el gueto bajo, o incluso en la sociedad en su conjunto, en la que uno de los muchos “chanchullos” del hombre consiste en obtener “dinero amplio” de las mujeres desesperadas a cambio de protección para que no sean “abordadas” por hombres sexualmente agresivos. En una sociedad así, la mujer ve al hombre, en un grado espantoso, como un objeto para obtener dinero y lujo. Suele ser muy directa en su deseo de “casarse con un hombre rico”.

Esta rápida huida del gueto me resultó chocante, ya que rara vez había visto rasgos tan egoístas en las mujeres danesas, quizá porque en un estado de bienestar más igualitario esa explotación entre los sexos no tiene el mismo sentido. La prostitución que supone la compra de mujeres con estatus y riqueza se manifiesta con especial claridad en la clase alta y la clase baja estadounidenses.

Dentro de su sistema cerrado, a la clase baja se le ha inculcado la misma admiración por los proxenetas “avispados” y los “buscavidas justos” de fina “rosca” que a la gente de la sociedad mayor se le enseña a tener por los capitalistas inconformistas. Estos chulos y estafadores llamativos que “triumfan” son peligrosos modelos para los niños del gueto, que los atraen a la institución de la calle a la edad de 8 o 9 años, pero, al igual que el capitalista nuevo rico, también son lamentables figuras erráticas que manipulan continuamente a todo el mundo: nunca pueden relajarse o su imperio se derrumbará.

Lo aprendí cuando pasé un año trabajando en una iglesia que intentaba organizar a las prostitutas en un sindicato que las protegiera tanto de las brutales redadas policiales como de los proxenetas.



1973 - Geegurtha trabajando en el Consejo de Acción contra la Droga



1973 - Con Geegurtha en Greensboro, NC



2005 - Con Geegurtha en Atlanta 32 años después

Entre las prostitutas que más me impresionaron estaba Geegurtha, que luchaba por salir de esta esclavitud. Cuando la conocí, acababa de estar en la cárcel y estaba casi totalmente destruida por las drogas y la violencia. Su hija nació adicta pero se salvó gracias a las transfusiones de sangre. Durante los cinco años que Geegurtha fue prostituta, no vio nada de su hija Natasha. Pero gracias a un enorme esfuerzo, Geegurtha se “rehabilitó”. El amor maternal que dio desde entonces -expresado en esta foto- me resulta profundamente conmovedor e incluso milagroso cuando la recuerdo desde los días en que era una ruina. Se convirtió en gerente de la clínica que la había ayudado, fue a la universidad y se especializó en psicología.

Conocí a Geegurtha cuando Tony Harris, un trabajador social, me invitó a hablar a los convictos más duros de su programa de rehabilitación de drogas. Gee quedó tan impresionada con mi análisis de sus antecedentes penales y de las prostitutas con las que había convivido que me invitó a su casa un día. Vivía con su familia, profundamente religiosa, que temía que volviera a caer en las drogas y la prostitución. Así que su hermana Georgia, empleada de una iglesia, me pidió que me mudara con ellos e incluso que compartiera la cama con Geegurtha y Natasha durante una semana. Pensó que sería útil para la curación de Gee desarrollar una relación íntima y de confianza con un hombre que no se basara en el sexo, el dinero o la violencia. Su curación, supervisada por la religión, fue tan exitosa que ella nunca tuvo una regresión, y 30 años después Tony nos tomó esta foto que replica la que Georgia nos había tomado un domingo por la mañana antes de la iglesia en 1973.



1973 - Con la hija Natasha - nacida como adicta - en Greensboro, NC



1973 - Greensboro, NC



1974 - Greensboro, NC



1974 - NYC

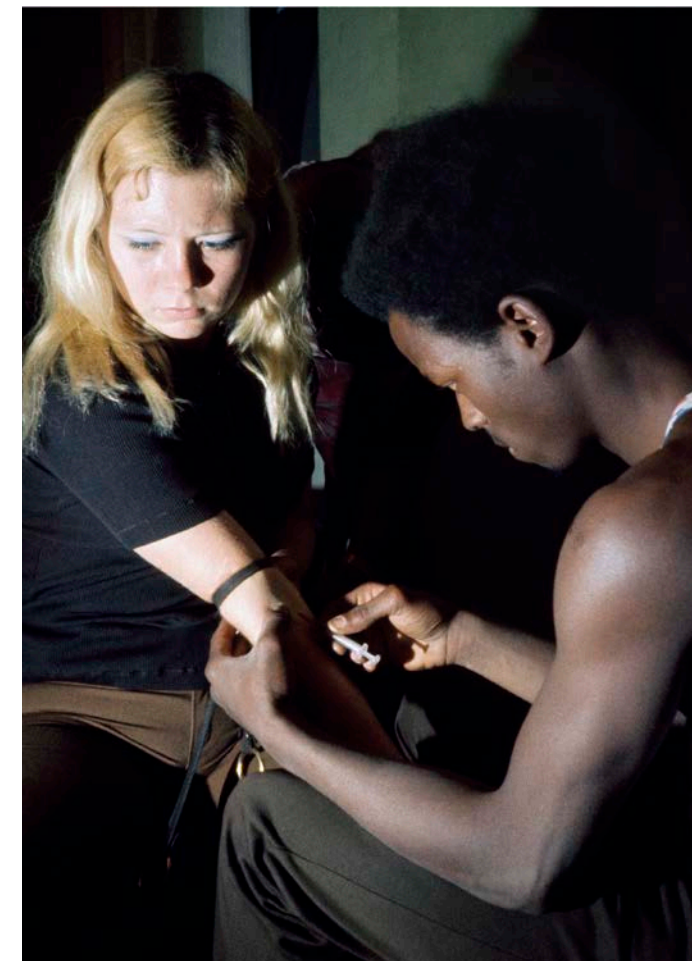


1974 - Jacksonville, FL



1974 - Daytona Beach, FL

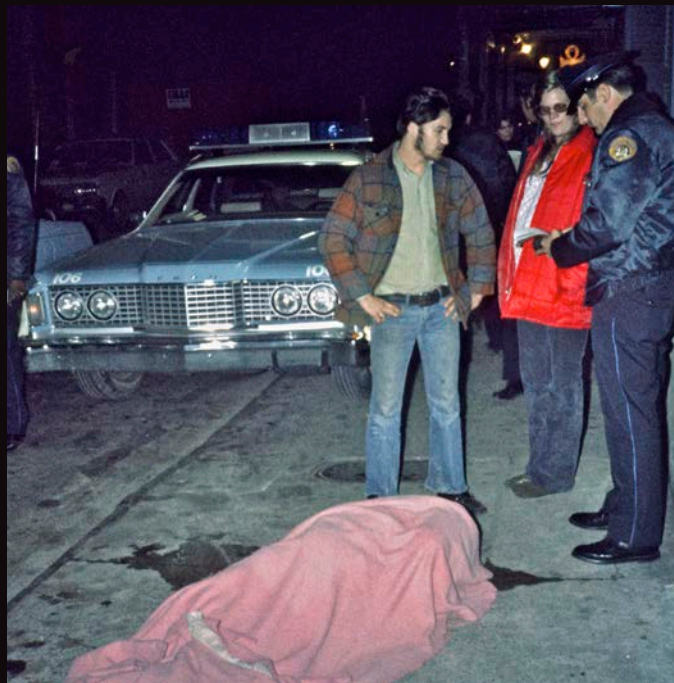
Con la forma en que había visto las probabilidades en contra del amor maternal negro, me conmovió profundamente esta historia de sol. Las probabilidades son igual de malas para el amor paterno. Este hombre, que me permitió compartir su cama en una choza de una sola habitación en Florida, se inyectaba a primera hora de la mañana. Incapaz de dejar su hábito, su vida familiar se había deteriorado, y le dolía profundamente no poder estar con su hijo. Cuando vivía con Baggie, la madre de estos tres niños, también había sido adicta pero se había “desintoxicado” y había puesto todo su amor en dar a sus hijos una buena educación religiosa. Pero cuando volví un año después, había sido condenada a 25 años de prisión por robo a mano armada. El tópico americano de que “la familia que reza unida permanece unida” no se cumplía. Las personas a las que confinamos en un sistema cerrado suelen tomar la salida más rápida, a menudo minutos antes de estar a punto de hacerlo. Han interiorizado tan completamente nuestras expectativas racistas blancas sobre ellos que no tienen fe en su capacidad para triunfar de forma ordinaria. La mayoría de la gente entiende de alguna manera por qué un preso al que le quedan siete años de condena se arriesga y se escapa en lugar de esperar pacientemente a salir del infierno legalmente. No fue hasta que yo mismo estuve a punto de convertirme en un gueto -en lugar de limitarme a vivir la vida privilegiada de los vagabundos en los guetos- que pude sentir cómo el sistema cerrado funciona exactamente igual que una prisión en la que no tienes ni el excedente psíquico ni los medios para invertir en una educación de siete años que pueda sacarte de esa opresión asfixiante de la forma convencional. Por tanto, todos los actos del gueto son desesperados, guiados por objetivos a corto plazo que están determinados por el hecho de que ya vives en una prisión. Para estas personas, ninguna prisión ni ningún tipo de castigo será suficientemente disuasorio.



1974 - Jacksonville, FL



1975 - Tenderloin, San Francisco



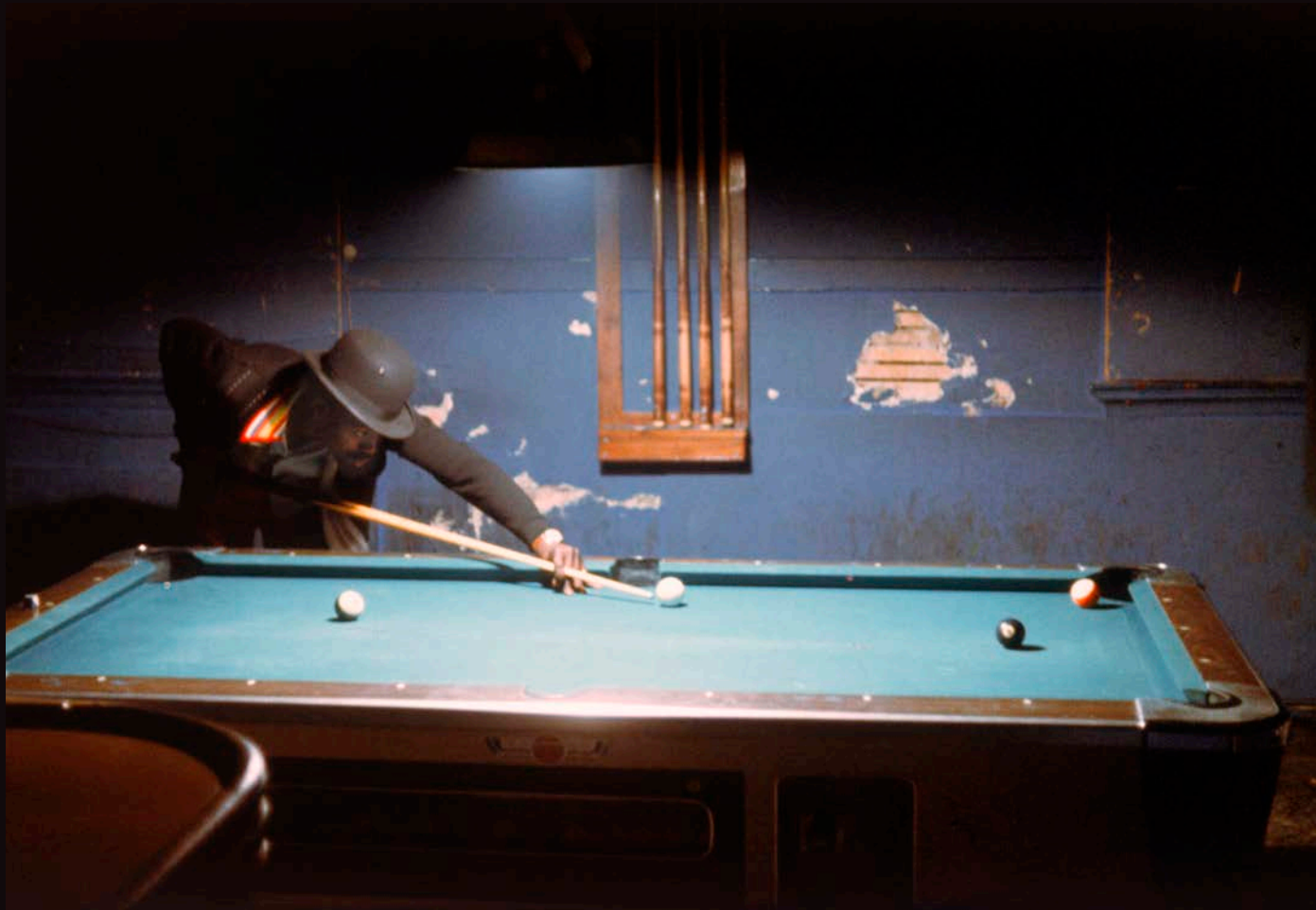
1974 - New Orleans



1975 - San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



1974 - New Orleans

Las fugas criminales, como el robo y el fraude, no son más típicas de la miopía que los intentos de fuga más lícitos a los que se alude constantemente en los estereotipos racistas. El clima de muerte y miedo mata la confianza a largo plazo en el futuro y en 1970 hacía más fácil comprar un Cadillac que ahorrar dinero para salir algún día de una chabola podrida. Viniendo de un estado del bienestar, me resultaba irónico que los despectivos estadounidenses blancos se refirieran constantemente a un “bajo umbral de gratificación” entre los negros mientras sus propias vidas estaban atadas a una revuelta fiscal miope, tratando de amontonar BMWs, yates y artilugios innecesarios sobre su propio umbral. Cuando uno se niega a pagar por el bien común, invita a los delincuentes a su casa. Un país se merece los delincuentes que produce.

El criminal del gueto que desafía directamente estas desigualdades es la persona más incomprendida e indebidamente temida de la América blanca. En realidad es poco peligroso para los blancos; más del 95% de los delitos en EE.UU. son de blancos contra blancos o de negros contra negros. En África, los delincuentes me impresionaron por trabajar juntos en grupos muy organizados. Iban a por las casas más ricas, sin importar el color, pasaban días investigando cuando los guardias no estaban de servicio, envenenaban a los perros a primera hora del día y por la noche soplaban “polvo de bruja” en la casa (así se decía), durmiendo a toda la familia y evitando así la violencia. Con la familia profundamente dormida, los ladrones vaciaban toda la casa e incluso hacían una fiesta en ella.

Por el contrario, el estado de desorganización del delincuente negro estadounidense indica un estado de esclavitud tan grande como las fútiles rebeliones de los esclavos estadounidenses. Puedo enorgullecerme de haber participado en varios asaltos. Esto ocurrió porque mis amigos no me avisaron de ellos de antemano y, de hecho, ellos mismos no tenían ningún plan. Cuando veían



1973 - New Orleans

una presa, actuaban en el momento en un cóctel vicioso de odio y odio a sí mismos más que de necesidad real. Al igual que los niños colonizados de todo el mundo te robarán cuando les muestres la amabilidad del “señor”, descubrí que los adultos “estafadores”, “ladrones” e incluso “sementales” se movían por motivos shakesperianos:

“Yo soy uno, mi señor, a quien los viles golpes y bufonadas del mundo han indignado tanto que no me importa lo que haga para fastidiar al mundo”.
(Macbeth, acto 3)



1974 - NYC



1973 - Baltimore



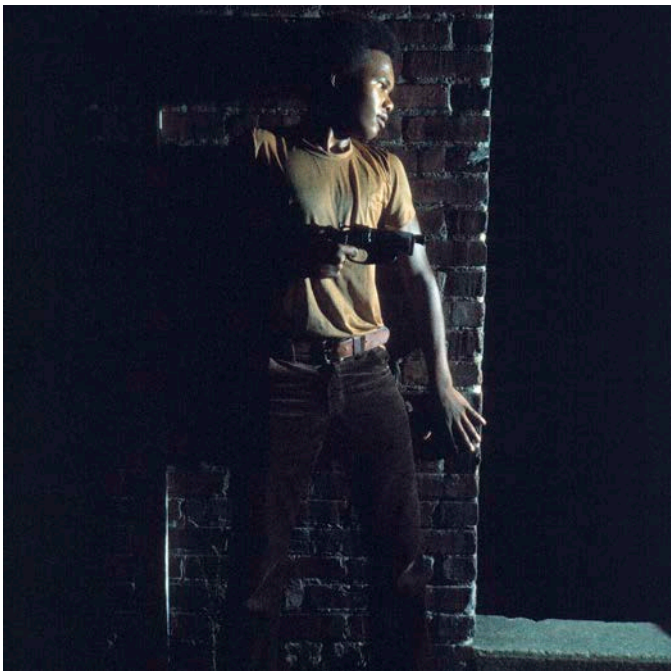
1974 - Brooklyn, NY



1974 - NYC



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Richmond, VA (Willie Hurt)

*Freddy está muerto, eso es lo que he dicho.
Deja que el Hombre haga un plan,
dijera que lo enviaría a casa,
pero su esperanza era una cuerda
y debería haberlo sabido.
¿Por qué no podemos los hermanos protegernos unos a otros?
Nadie es serio y eso me pone furioso.
Todos lo maltrataron,
lo estafaron y abusaron de él
otro plan de drogadictos, empujando la droga para el hombre...*

Cuando se vive lo suficiente en este entorno, se siente la conspiración contra el gueto de la que hablan nuestros presos. Al igual que los opresores de todo el mundo, nuestro racismo se manifiesta psicológicamente en una necesidad de “divide y vencerás”. Toda mi vida he oído a los niños negros estadounidenses meterse con los demás con “te haces el blanco” o “no eres realmente negro”, casi las mismas palabras de odio que oigo hoy en los niños morenos de Dinamarca: “eres demasiado danesa”, “no eres realmente musulmana”, “puta” (sobre las chicas que se visten “demasiado danesas” o simplemente de forma diferente al grupo excluido). Al igual que los negros se degradan entre sí con “Oreo” y “coco”, los alumnos musulmanes de octavo grado se ponen a prueba con “huelas a cerdo” o “tu hermana es una danesa de mierda”. El gueto alto se enfrenta al gueto bajo, la banda a la banda, la familia a la familia, incluso el hermano al hermano.

Cuando viví con este chico de 15 años, Willie Hurt, y su madre en Richmond, VA, su hermano de 13 años estaba en el hospital, alcanzado por la bala del hermano en una pelea de bandas. La herida le dejó ciego. Seguí a Willie Hurt en expediciones callejeras dos días después de la tragedia. La prensa reveló que la policía había vendido heroína e inundado el gueto con ella

en un momento en que algunas bandas se habían politizado. Es de nuevo la política de “divide y vencerás” utilizada contra un pueblo colonizado.

Sin embargo, conozco a los blancos lo suficientemente bien como para creer que, salvo algunas acciones “Cointelpro” del FBI, no hay ninguna conspiración contra los negros. No hay necesidad de ella, ya que nuestro “inocente” racismo diario, nuestras actividades cotidianas y las vibraciones de la raza superior funcionan con tanta eficacia como la conspiración mejor tramada. Cuando visité al hombre más rico del mundo, Paul Getty, en su lujosa casa, vi entre sus motivos favoritos una representación artística de los oprimidos luchando contra sí mismos.



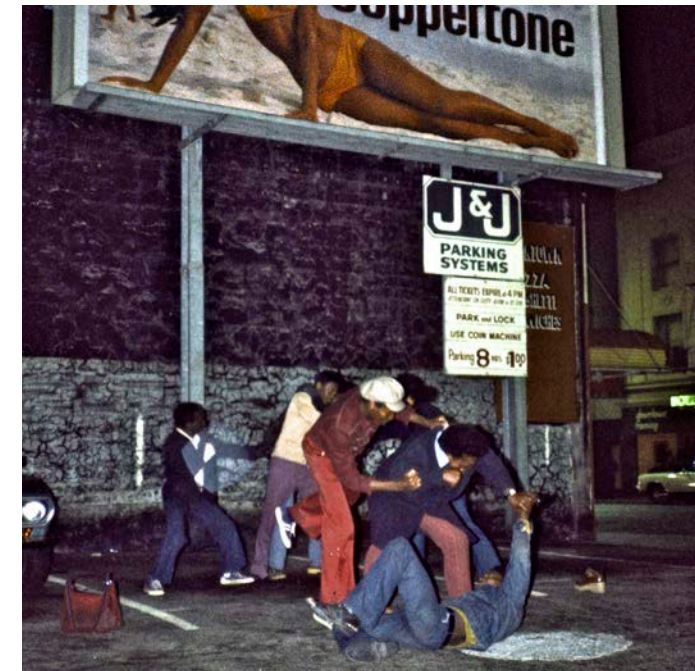
1988 - NYC



1975 - Malibu, CA



1988 - NYC



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco



1989 - Harlem, NY. "Hey Dude. Dejemos de matarnos unos a otros"

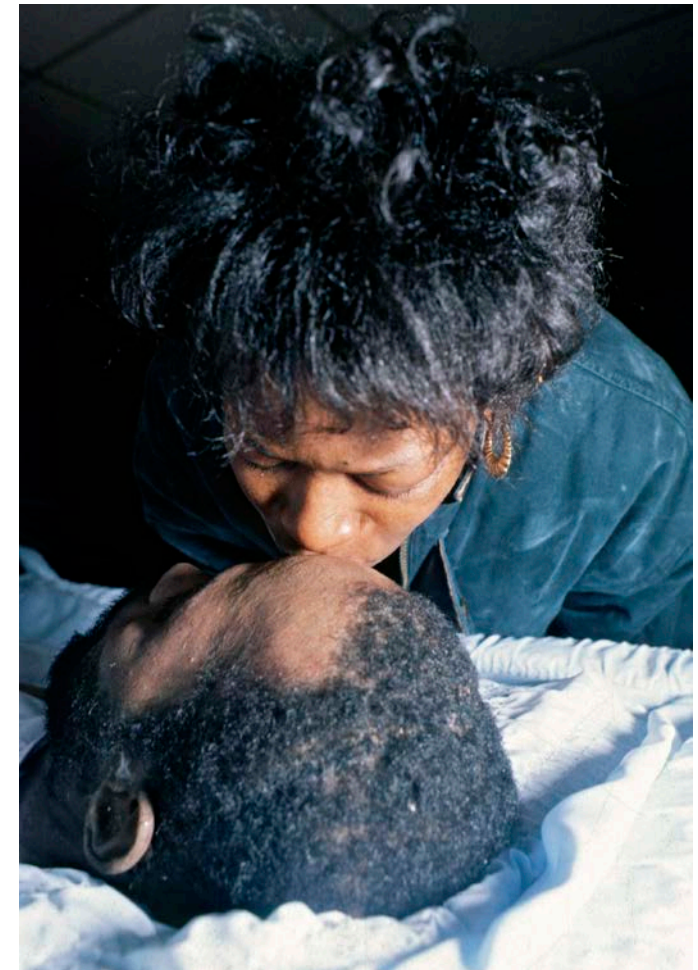


1995 - Queens, NY

A principios de los 80 había contado 22 amigos asesinados. Desde entonces perdí la cuenta. Simon Williams, con quien mi hijo de 6 años había jugado en el gueto de Astoria en 1986, era la cuarta persona que conocía de la misma familia que era asesinada. En su funeral, en 1995, el ministro, que era todo un comediante, empezó diciendo: "Hemos llegado a la oscuridad en la que ya no podemos llorar nuestro dolor. Vamos a reírnos de él". Y entonces empezó a hacer chistes, de modo que al final todos los 150 invitados de la funeraria se echaron a reír, incluso la hermana de Simon, Cathrine, que se ve aquí abajo. Sin embargo, cuando volví unos meses más tarde para entregarle mis fotos, ella también había sido asesinada, alcanzada por balas perdidas junto con otras personas en una tienda de comestibles. Cathrine era la quinta víctima de la familia de Lela Taylors.



1995 - Queens, NY - Catharine y su marido dos meses antes de su asesinato



1995 - Queens, NY

Entre Eloi y Morlocks

(Lucas 9: 3-5)

En Carolina del Norte, un millonario con el que me alojaba a menudo me prestó uno de sus coches, un gran Buick, para que pudiera salir a las carreteras secundarias más desiertas, donde es imposible hacer autostop. Después de haber visto mucha pobreza a lo largo del día, llegué a Wilmington esa noche. Había oído que había habido disturbios raciales en la ciudad, así que me apetecía conocerla un poco mejor. Como siempre que llego a una nueva ciudad, empecé por lo más bajo, entrando en los peores barrios. Aparqué el coche lejos, ya que no puedes comunicarte con la gente si te enrollas en un coche. Cogí mi bolso y caminé por la calle como si acabara de llegar a la ciudad en autostop, y luego me dirigí a uno de los peores bares negros de una de las calles principales. Me encantan estos bares y parrillas sucias con los pequeños botes de patas de cerdo en escabeche y pimienta, y a menudo me siento en un bar así durante horas. Siempre pasa algo. Pero esta noche las cosas se torcieron.

Eran alrededor de las once y estaba completamente oscuro cuando llegué al local. Afuera estaba la habitual multitud de tipos medio criminales: los buscavidas. A menudo parecen malos y peligrosos con sus gafas de sol, pero no son tan malos si los tratas bien. Me encantan, porque para mí es todo un reto encontrar al ser humano que hay detrás de las gafas de sol. Es ganar o perder; si das un paso en falso puede significar la muerte. Como todos los delincuentes,

en realidad son extremadamente tímidos y, por tanto, reaccionan de forma espontánea y nerviosa. Como regla general, cuanto más oscuras son sus gafas de sol, más miedo me tienen y se tienen. Pero en cuanto te ganas su confianza y se quitan las gafas de sol con un vaso de cerveza o un porro, se muestran como personas fantásticas y harán cualquier cosa por ti. Por eso siempre los busco primero cuando llego a una nueva ciudad, ya que tienen muchos contactos. Siempre soy completamente honesto con ellos y no pretendo ser nada más que lo que soy, nunca intento, por ejemplo, imitar su lenguaje o utilizar el sentimentalismo blanco común sobre “somos hermanos” y toda esa mierda que han oído tantas veces de los blancos. Hay que recordar lo paranoicos que son y que no tienen fe en los blancos en general, ni en su propia gente, ni en ellos mismos. Han sido pisoteados toda su vida y esa opresión no puede ser superada a través de cualquier charla falsa de “hermanos”. Pero hablando con absoluta honestidad puedes mostrarles de diversas maneras quién eres realmente, y qué quieres, puedes superar su desconfianza. Necesitan saber con quién están tratando. Es, por ejemplo, este fuerte deseo el que hace que muchos negros prefieran al racista del Sur sobre el liberal del Norte, porque con el racista saben a qué atenerse y pueden respetarlo por su honestidad, mientras que el liberal siempre dice una cosa y hace otra. Con mis fotos y mis descripciones detalladas de lo que he

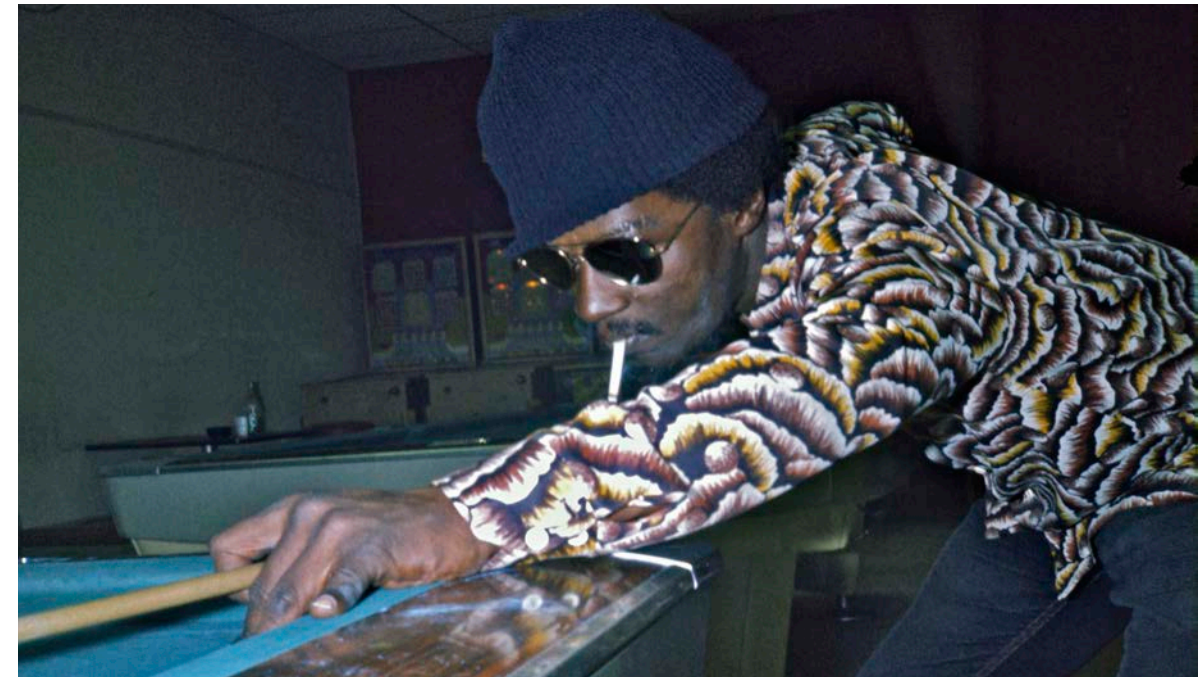
hecho en otros guetos, no suele ser difícil convencerles de mi identidad (siempre que yo mismo sepa cuál es mi identidad). Nunca están totalmente convencidos de que no soy un policía encubierto, pero casi siempre se arriesgan. Toda persona tiene la necesidad de ser humana en este sistema social y eso siempre conlleva un riesgo. Si se deja caer la máscara, se corre el riesgo de resultar herido. Tanto el capitalista como el delincuente están en su vida cotidiana tan fuertemente deformados por los roles que les dicta el sistema que tienen un impulso indecible hacia la bondad humana. Este impulso tiene la oportunidad de expresarse con el vagabundo, que está completamente fuera del sistema. Para conseguir algo de comer o un lugar donde quedarse, el vagabundo debe hablar siempre con el “bien” (lo humano) en el capitalista o el criminal y cuando se da cuenta de que esto es siempre posible, entonces ya no puede condenarlos como “capitalistas” o “criminales”, sino que concluye que todos tienen posibilidades de actuar de acuerdo con un sistema distinto al que habitualmente los dirige. Así, el vagabundo comienza a condenar el sistema contra el que siempre tiene que luchar para sobrevivir. Por eso, hasta los peores delincuentes suelen correr ese riesgo conmigo, y poco a poco, cuando la peor desconfianza disminuye, y bajan algunas cervezas, podemos llegar a enamorarnos mutuamente en la mutua admiración de los papeles que solemos representar. Siempre se interesan por

lo que he aprendido de otros delincuentes, y cuantos más “chanchullos” describo, más cerca estamos el uno del otro. Pero en el intercambio de formas de “copiarse” (la palabra que abarca todo lo que el delincuente necesita, ya sea una bolsa de heroína, un coche, una pistola, una mujer o vino), siempre hago hincapié en situarlo en un contexto político. A menudo, los acontecimientos a los que nos exponemos en el transcurso de una noche así se vuelven cada vez más criminales. Sé que para conseguir un lugar donde dormir hacia la mañana, tengo que convencerles de que estoy con ellos hasta el final. Así que la primera noche en una nueva ciudad no suelo dormir mucho; pero de este modo me hago un hueco en otros círculos sociales del gueto, ya que las hermanas, hermanos, padres y amigos del criminal no son necesariamente criminales ellos mismos.

Pero esta noche en Wilmington algo salió mal. Recibí las mismas vibraciones hostiles de la gente de fuera del bar que siempre, pero no hubo posibilidad de romper el hielo. No importaba lo que dijera, no lo conseguía. Empezaron a proferir amenazas y dijeron: “Somos militantes, saca tu culo de aquí o eres hombre muerto”. Estaba tan aturdido por el hecho de que mi filosofía de supervivencia no funcionara que se me debilitaron las rodillas. Sentí de repente que no tenía ningún control sobre los acontecimientos y me rendí. Caminé un poco más por



1975 - Tenderloin, San Francisco



1975 - Tenderloin, San Francisco

la calle principal, pero para volver al coche sin cruzarme de nuevo con ellos, me desvié a la derecha por un “proyecto” sin iluminación, como se llaman estos asilos municipales. Pero justo cuando giré allí, me di cuenta de que habían empezado a perseguirme. Al parecer, consideraban que ese era su territorio. Cometí el error de correr más adentro para esconderme de ellos. Me escondí debajo de un arbusto y vi que de repente estaban por todas partes, como una docena de ellos. Empecé a temblar, estaba muy sorprendido por este acontecimiento. Me di cuenta de que no tenía ninguna posibilidad y salí corriendo a un callejón oscuro para rendirme. Inmediatamente me rodearon, me apuntaron con cuchillos y pistolas desde todos los lados. A partir de ese momento no recuerdo exactamente lo que pasó, sólo que empecé a soltar un montón de palabras. Dije, entre otras cosas, algo así como que debían esperar sólo dos minutos, ver mis fotos y escuchar por qué estaba allí, y si no les gustaba, podían matarme entonces. No sé si eso fue lo que inclinó la balanza, pero después de muchos gritos sobre lo que debían hacer conmigo, lo que finalmente ocurrió fue que me sacaron a la calle principal con pistolas y cuchillos en la mano. Yo temblaba al pensar que alguien podría apretar el gatillo por accidente. Me dijeron que debía caminar en línea recta por la carretera hasta salir del pueblo. Para volver al pueblo, ahora tenía que caminar tres kilómetros de ida y luego tres kilómetros de vuelta por una calle paralela. Pensé en llamar a un taxi o a la policía, pero abandoné la idea. No tenía dinero para un taxi y me parecía mal recurrir a la policía. Si me veían con la policía, se convencerían realmente de que no estaba de su parte. Así que en la oscuridad corrí de árbol en árbol por la calle paralela para evitar que me vieran los coches, ya que podrían ser mis atacantes los que estuvieran en los coches. La escena era exactamente como la de la película “En el calor de la noche”, sólo que invertida racialmente.

Volví sin un rasguño y salí de la ciudad a toda velocidad. Ya estaba harto de quedarme en el gueto por esa noche. Desde entonces he intentado analizar qué hice mal aquella noche. No hay duda de que fallé porque no fui sincero con los delincuentes. Fingí ser un pobre vagabundo que necesitaba un lugar para dormir, pero en realidad no era pobre, ya que el coche estaba escondido cerca y sabía desde el principio que si era necesario podía dormir en el coche esa noche. No había sido del todo sincero con ellos y, por tanto, no pude causar la impresión positiva que les abriría. Había cometido el mismo error que el señor feudal que viene montado en su cómodo carruaje con linternas brillantes y lleva así su propia luz y su propia oscuridad. Disfruta de su seguridad y de la luz que se proyecta sobre el entorno inmediato, pero no comprende que el fuerte resplandor le deslumbra y le



1975 - Tenderloin, San Francisco

impide ver las estrellas, que el pobre campesino que pasea a pie y sin lámpara puede ver con perfecta claridad y utilizar como guía.

Luego me dirigí a una comunidad blanca cercana. Después de esta lúgubre experiencia, empecé a sentir que esa noche ocurriría algo fantástico. Así es como sucede casi siempre cuando se viaja: cuando uno está más decaído, justo después estará más decaído. Me he vuelto tan fatalista en este punto que cuando dos semanas antes estuve en mangas de camisa congelándome en una tormenta de nieve durante horas en una carretera secundaria de Virginia Occidental, sin poder conseguir un ascensor, me convencí completamente de que algo bueno saldría de ello, y efectivamente, esa misma noche aterricé en casa de los Rockefeller. Si como vagabundo no estás poseído por este fatalismo estás perdido, pues sólo en virtud de tu convicción eres capaz de comunicar una energía positiva tan fuerte que tú mismo estás realmente ayudando a crear una situación favorable. De todos modos, cuando aquella noche entré en un bar de Wrightsville Beach, lo que ocurrió no me cogió totalmente por sorpresa. Llevaba un rato allí solo cuando una joven muy dulce se acercó, me tiró de la barba y quiso saber quién era yo. Entonces las cosas sucedieron muy rápido y ella empezó a echarme mucho vino. Cuando, como vagabundo, estás completamente solo en el mundo, eres muy débil en esas situaciones y te enamoras con increíble facilidad. Pero cuando sólo una hora antes has estado más cerca de la muerte que nunca, entonces este enamoramiento adquiere unas dimensiones tan violentas que resulta totalmente abrumador. A cualquier ser humano que me hubiera mostrado calidez esa noche, me habría atado para siempre. Una de las primeras cosas que me preguntó fue si tenía un lugar donde vivir. Cuando le dije que no, inmediatamente me dijo que debía mudarme con ella. Me daría todo el dinero que necesitara y una tarjeta de crédito de gasolina para el coche. Resultó que pertenecía a una de las familias más ricas de Estados Unidos, propietaria de la cervecería Schlitz. Nunca olvidaré esa noche. Normalmente me siento impotente la primera noche con una nueva mujer, pero la experiencia violenta

estaba todavía tan presente en mí que pensaba más en eso, y por eso todo fue como debía. Fue exactamente igual que aquella vez en Nueva Orleans en la que una mujer y yo presenciamos cómo uno de nuestros amigos mataba a otro mientras jugábamos al billar, y después fuimos a casa e hicimos el amor toda la noche. Probablemente, el sexo y la violencia están íntimamente relacionados. En general, creo que muchas de mis relaciones amorosas en Estados Unidos han sido provocadas por una experiencia violenta, o han acabado en una. Mi amor por este país podría ser de la misma naturaleza. Aquella noche nos enamoramos tanto el uno del otro que enseguida empezó a hablar de casarse. Cuando nos casáramos recibiríamos 50.000 dólares, y a partir de entonces 30.000 dólares al año. “Quiero tener un hijo contigo”, me dijo. Durante los primeros días yo mismo estaba tan convencido de que me iba a casar que empecé a escribir a todos mis amigos que “ahora por fin había encontrado a la adecuada”.

Me fascinaba ella y su carácter de clase alta. Se gastaba el dinero como si fuera agua. La primera semana gastamos cientos de dólares y ella tuvo que telegrafiar a su padre en Europa para conseguir más dinero. Disfrutaba yendo a los mejores restaurantes, comiendo langosta y bistec, lo que me hacía sentir bien después de varios meses de “comida para el alma”. Pero aún así insistí en seguir explorando y salí en el coche durante el día para fotografiar la pobreza y el hambre en el este de Carolina del Norte. Un experto en geofagia (comer tierra) me había hablado del hambre en la zona. Durante el día fotografiaba el hambre, y por la noche me atiborraba de filetes. Un día sí y otro también lo pasé con mi prometida en una isla cercana, que era sólo para gente rica. Había un guardia en el puente para evitar que los negros y otros parias pobres llegaran hasta allí. Vivíamos en una gran villa preciosa y nos pasábamos el día en la playa holgazaneando. Fue aquí donde empecé a perder el interés por ella, ya que me aburría muchísimo. Al principio se interesaba por mi “afición”, pero poco a poco quedó claro que percibía a los negros como infrahumanos. A menudo me he enamorado de racistas sureños por su exotismo y su encantador dialecto y por mi propia fascinación por la persona que se esconde tras la relación amo/esclavo, pero poco a poco me di cuenta de que no se puede basar un matrimonio en esa fascinación. Empecé a sentir que nuestro hijo sería más el producto de la violencia que del amor. Cuando le pregunté qué haría si nos distanciáramos, me dijo: “No te preocupes, tengo suficiente dinero, puedo abortar en cualquier momento”. Ella seguía locamente enamorada de mí, pero yo empezaba a tener los pies en el suelo. Así que cuando poco después tuvo que viajar a las Islas Galápagos para ver tortugas y quiso llevarme con



1974 - Charleston, SC

ella, f al principio se sintió muy tentada, pero sin embargo dijo que no. Sería bueno tenerla a una pequeña distancia y refrescarse. Me pidió que viniera a hackear para su cumpleaños, cosa que le prometí hacer.

Hice autostop un par de miles de kilómetros para volver ese día y llegué cerca del mediodía y pensé que estaría contenta. Pero se quedó tumbada en la cama y tenía mucho frío. Había pasado unas buenas vacaciones con las tortugas pero había empezado a sentir que no éramos adecuados el uno para el otro. Al final se había ido a Ecuador a abortar. Había sido muy caro y difícil “en ese país primitivo y católico”.

Ahora ya no sentía nada por mí, dijo. Me sentí profundamente herido y muy aliviado al mismo tiempo, me despedí y volví al gueto de Wilmington para intentar de nuevo vivir allí. Entré en el mismo bar, pero esta vez de día y compré una ronda de Schlitz para la gente de allí con el dinero que me quedaba de mis días de lujo. Y esta vez conseguí que me aceptaran y hubo charla y conversación y un calor sin igual. Fue entonces cuando Schlitz inició su nueva campaña publicitaria con el eslogan “Sólo el amor es mejor que Schlitz”. Cada vez que lo veía por el país pensaba en Wilmington y en su violento odio racial.

Resumen de las cartas

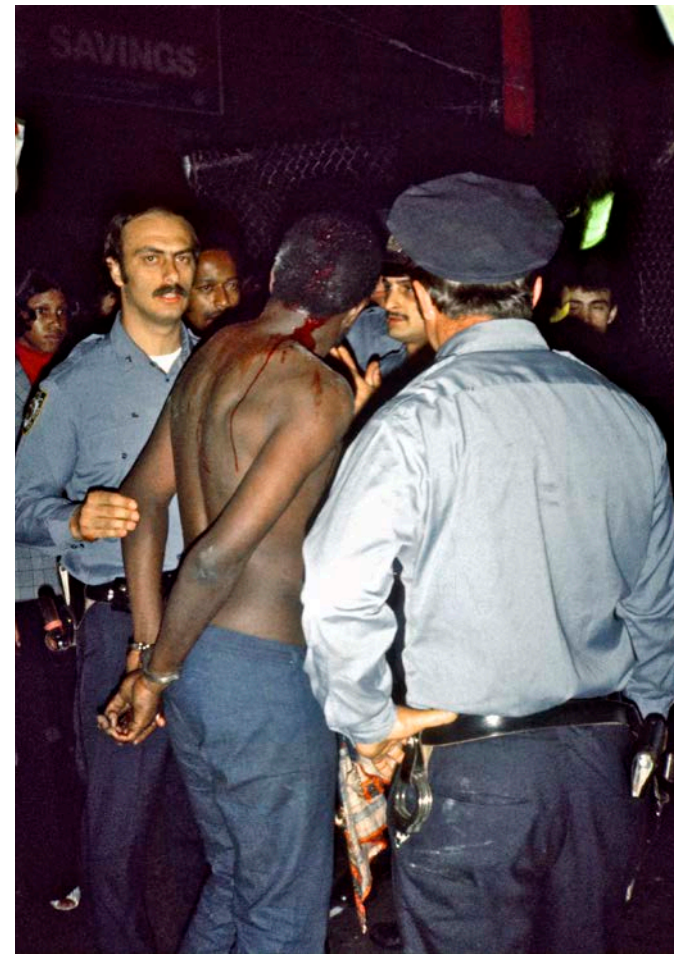
Nota posterior. No menciono aquí el nombre de la mujer de Schlitz ni traigo fotos de ella ya que sus padres, en algún momento de los años 80, me dijeron que acababa de suicidarse. Me pareció extraño que las dos únicas de mis antiguas “amigas” que se suicidaron posteriormente, fueran ambas millonarias.



1974 - Harlem, NY



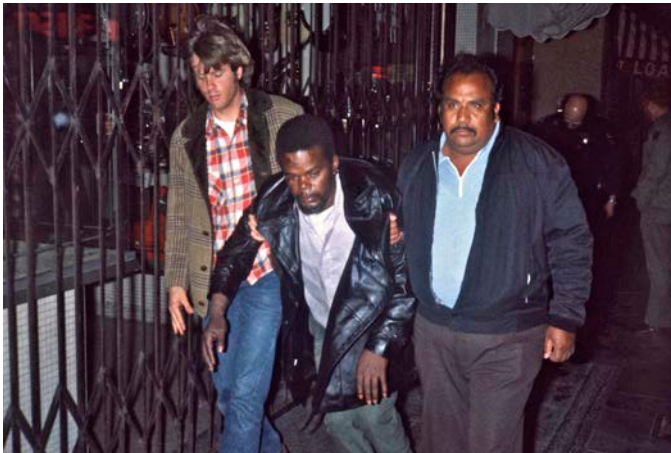
1974 - Harlem, NY



1974 - NYC



1973 - New Orleans



1975 - San Francisco



1973 - Wilmington, NC

Debo admitir que me lo has explicado tú, un largo rapapolvo sobre el “no golpear” siendo legislado para la gente que siempre has odiado en este infierno al que llamas/llamamos hogar. NO KNOCK dirá el hombre para proteger a la gente de sí misma. ¿Quién va a protegerme de ti? NO KNOCK, la cabeza de balanceo, entrar en el choque, disparar, maldecir, matar, llorar, mentir y ser blanco. NO GOLPEAR le dijo a mi hermano Fred Hampton agujeros de bala por todas partes. Pero si eres un sabio “no knocker” le dirás a tus lacayos de “knock” ningún golpe en la cabeza de mi hermano no golpear en la cabeza de mis hermanas y cierra la puerta con doble llave porque alguien puede estar NO TOCANDO... ¡Para ti!

El crimen de los pobres, como la explotación de los ricos, es casi imposible de fotografiar. Se puede fotografiar el resultado, pero rara vez el proceso en sí. Por lo general, me quedaba con los delincuentes durante días antes de fotografiarlos. Para sobrevivir entre ellos, era necesario que siempre tuviera fe en la bondad interior de estos hijos de la ira, dirigiéndome hacia el ser humano que llevaban dentro y alejándome del papel que el sistema les había obligado a modelar en sus vidas. Al fotografiar sus actividades turbias, me relacionaba más con su lado ambiental y así, en cierto modo, traicionaba la confianza que me habían dado. Siempre quise fotografiar el crimen visto desde el punto de vista del delincuente, pero para ello tenía que ponerme a distancia y así ya no era “uno de ellos”. Registrar la violencia del sistema era más fácil que fotografiar su contraviolencia.

Aquí me vi envuelto en un tiroteo entre policías y delincuentes en Harlem. Un policía se precipitó y utilizó mi puerta como posición de tiro, y de repente me encontré (fotográficamente) del lado de la policía. En esas ocasiones empecé a entender las reacciones brutales pero demasiado humanas de la policía. Sus actitudes racistas y su falta de comprensión de las reacciones del gueto son algunas de las razones de las airadas acusaciones de brutalidad policial. La sociedad ha entrenado a la policía para que espere lo peor en lugar de comunicarse con lo bueno de la gente. Por

lo tanto, disparan antes de interrogar. En general, me parece un acto de violencia llevar armas a un gueto, ya que esto demuestra que no se tiene fe en la gente del gueto, lo que engendra contraviolencia. En mis dos primeros años en Estados Unidos, todavía albergaba el miedo blanco interiorizado, el principal ingrediente de todo racismo. Por eso, hasta que aprendí la comunicación no violenta y el pensamiento interior positivo sobre el prójimo, los negros me golpeaban constantemente. La policía se basa en lo negativo de la gente y, por tanto, lo fomenta. Si en cambio llegaran desarmados, con la cara descubierta, tendrían la oportunidad de fomentar los lados positivos que siempre logré encontrar incluso en los peores tipos, aquellos “que matarían por un dólar”, o por una cámara. En lugar de ello, la policía crea un clima de miedo en ambas partes, lo que hace que la brutalidad sea inevitable. Hasta que las revelaciones de los vídeos de hoy pusieron fin a la misma, la mayor parte fue sancionada por las autoridades blancas. Muchos estados permiten a la policía irrumpir en las casas de la gente sin llamar. Muchas personas inocentes han sido asesinadas de esta manera.



#399

1973 - NYC

“Las Vidas Negras Importan”: El amor de James y Barbara

El 19 de mayo de 1974, James Earl Ray, el asesino de Martin Luther King, fue ejecutado en la silla eléctrica en la prisión de Sing Sing en el condado de Westchester, Nueva York. La ejecución fue transmitida en vivo por televisión por cable y en video.

Un día vi en el New York times una foto del alcalde Lindsay presentando un ramo de flores a un “heroico” policía en la cama de un hospital. Decía que había sido abatido mientras “entraba en un apartamento”. Decidí averiguar lo que realmente había detrás de este incidente y anduve husmeando por el Bronx durante varios días para encontrar a los familiares y el apartamento donde tuvo lugar todo. Poco a poco fui descubriendo lo que había sucedido. James y Barbara eran una joven pareja negra que vivía en el peor barrio de Estados Unidos, en torno a la calle Fox, en el sur del Bronx. Un día oyeron a unos ladrones en el tejado y llamaron a la policía. Dos agentes de paisano llegaron al apartamento y tiraron la puerta sin llamar. James pensó que eran los ladrones los que estaban entrando, y disparó a la puerta, pero luego fue asesinado por la policía. Barbara corrió gritando hacia el apartamento del vecino. Cuando fui a la comisaría del distrito 41 confirmaron la historia y admitieron que “había habido un pequeño error”, pero James, por supuesto, “se lo había buscado, al estar en posesión de un arma no registrada”.

A estas alturas estaba tan acostumbrado a este tipo de lógica americana que no sentí ninguna indignación especial hacia el agente. Sólo sentí que estaba equivocado. Ya que había pasado tanto tiempo averiguando los hechos del caso. También podría ir al funeral. Me apresuré a recorrer la ciudad tratando de conseguir una camisa bonita y llegué a la funeraria por la mañana, aproximadamente una hora antes de los servicios. Hice algunas fotos de James en el ataúd. Estaba muy guapo. Admiré el buen trabajo que había hecho el enterrador con el plástico para tapar los agujeros de bala. Los enterradores negros son auténticos artistas en este campo; incluso pueden conseguir que personas a las que se les han arrancado los ojos tengan un aspecto perfectamente normal. Como los cuerpos negros llegan en todos los colores y condiciones posibles, utilizan casi toda la gama de colores en materiales plásticos. James no me impresionó especialmente; ya había visto muchos cadáveres negros jóvenes. Lo único que me extrañó fue que no hubiera ninguna corona de flores de la policía. Esperé cerca de una hora, que iba a ser la última hora normal de ese día. No vinieron más de diez personas al funeral, todas ellas sorprendidas de ver a un hombre blanco allí. Un joven me susurró que le parecía un poco impropio de un hombre blanco estar presente en este funeral en particular. De repente, oí unos gritos terribles en el vestíbulo y vi a tres hombres que traían a Bárbara. Sus piernas se arrastraban por el suelo. Era incapaz de caminar. No pude ver su rostro, pero era una joven alta, hermosa y de piel clara. Sus gritos me hicieron estremecer. Nunca antes había oído unos gritos tan atroces y llenos de dolor. Cuando llegué al ataúd, se hizo insoportable. Fue la primera y única vez en América que no pude fotografiar. Había tomado fotos con lágrimas corriendo por mis mejillas, pero siempre me había mantenido

alejado. Después de la ejecución, me quedé en el apartamento durante días, tratando de entender lo que había sucedido. Me quedé en el apartamento durante días, tratando de entender lo que había sucedido. Me quedé en el apartamento durante días, tratando de entender lo que había sucedido.

a una distancia tan grande del sufrimiento que pude registrarlo. Cuando Bárbara se acercó al ataúd, se arrojó en él. Se tumbó encima de James y gritó de tal manera que atravesó la médula y los huesos. Sólo pude distinguir las palabras “¡James, despierta, despierta!” una y otra vez. Los demás intentaron apartarla, pero Bárbara no se dio cuenta de nada más que de James. En ese momento estaba completamente convencido de que James se levantaría en el ataúd. He visto mucho sufrimiento en Estados Unidos, pero a menudo he percibido en medio del sufrimiento una cierta hipocresía o incluso superficialidad, que me permitía distanciarme de él. Bárbara me hizo perder los pies por completo. Todo empezó a girar ante mis ojos. Debí ser en ese momento cuando me precipité llorando fuera de la funeraria. Corrí durante varias manzanas para alejarme. Mi llanto era completamente incontrolable. Bajé tambaleándome por las calles Simpson y Prospect, donde nueve de cada diez mueren de forma no natural. Los ladrones y los delincuentes callejeros habituales se paraban en los portales, pero yo seguía tambaleándome sin reparar en ellos, tropezando con cubos de basura y botellas rotas. Era una maravilla que nadie me asaltara, pero debían pensar que me acababan de asaltar.

Cuando llegué al edificio de apartamentos de James y Bárbara, todavía llorando, pregunté a unos niños si había alguien en el apartamento “del hombre al que dispararon el otro día”. Me preguntaron si no me refería al hombre al que dispararon anoche en el edificio de enfrente. No, fue en este edificio, dije. Pero no habían oído que hubieran disparado a nadie en su edificio. Ellos vivían en el tercer piso y James y Barbara en el sexto. Subí al apartamento, que ahora estaba vacío. Los ladrones ya lo habían saqueado y sólo había trozos de papel y pequeñas cosas esparcidas por el suelo. El vacío del apartamento me hizo sollozar aún más. Había agujeros de bala por todas partes en la pared del salón, donde James había estado sentado, pero sólo había dos en la puerta que la policía había abierto a patadas.

Había tres cerraduras en la puerta, como en todas partes en Nueva York, así como una gruesa barra de hierro clavada en el suelo, una medida de seguridad que la propia policía recomienda a la gente para evitar que los delincuentes abran sus puertas. James y Bárbara tenían tanto miedo de los delincuentes que habían puesto doble barra de acero en sus ventanas, a pesar de que la casa tenía seis pisos y no había escalera de incendios en el exterior. En el patio había una pila de un metro de basura que la gente había tirado por las ventanas. Aquí vivían James y Barbara desde los dieciséis años con su hija, que ahora tiene cuatro años. Después de un par de horas me aventuré a salir del apartamento. Había llorado tanto que me dolía la cabeza, y durante todo el trayecto hasta Manhattan el llanto se repetía en oleadas. Cuando llegué a un cine del West



1974 - Bronx, NY

Side, entré sin saber muy bien lo que estaba haciendo. Era la primera vez en la historia que se producían películas dirigidas por negros. La película se llamaba “Sounder” y trataba de una familia pobre de Luisiana en los años treinta. En la familia se respiraba un gran amor y unión, pero al final las autoridades blancas se llevaban al padre y lo enviaban a un campo de trabajo por haber robado un trozo de carne. La película se hizo en Hollywood y romantizó la pobreza; después de varios años en un campo de trabajo, el padre volvió con la familia, para que la película tuviera un final feliz.

No era el tipo de pobreza que yo había conocido en el Sur. La única vez que lloré en la película fue cuando vi cosas que me recordaban demasiado a James y Barbara. Después me paseé en dirección a Broadway. Una anciana negra con la que me había quedado en el norte del Bronx la noche anterior me había dado diez dólares para que pudiera comprar ropa bonita para el funeral. Al principio no se había fiado de mí y se había pasado varias horas llamando a varias comisarías de policía para preguntarles qué era eso de enviar a un policía de incógnito a su casa. Pero cuando al cabo de medio día se aseguró de que yo no era un agente de policía, se puso tan contenta que me dio los diez dólares, y tuve que prometerle que volvería a quedarme con ella, y llamé por teléfono a Alaska para que

me llamara. Después de la ejecución, me quedé en el apartamento durante días, tratando de entender lo que había sucedido. Me quedé en el apartamento durante días, tratando de entender lo que había sucedido.

podiera hablar con su hija, que vivía allí. Ahora todavía me quedaba un poco de dinero y fui en mi extraño estado de ánimo directamente a otro cine de Broadway y vi “Adiós, tío Tom”. Era una película desgarradora sobre la esclavitud. Estaba hecha por no estadounidenses (en Italia), así que no romantizaba la esclavitud. Se veía cómo se vendían los esclavos en las subastas, los instrumentos de tortura que se utilizaban, y se veía cómo se vendía a los hombres lejos de sus esposas e hijos. Era espantoso. ¿Cómo pudo permitirse todo esto hace sólo cien años? En algunos momentos de la película estuve a punto de vomitar. Miré repetidamente alrededor del cine, pues temía que hubiera negros dentro, pero sólo había dos personas en toda la sala además de mí. Cuando salí, había un joven negro merodeando con gafas de sol. Me quedé un buen rato mirándole a los ojos y no entendía por qué no me derribaba.

Después de la ejecución, me quedé en el apartamento durante días, tratando de entender lo que había sucedido. Me quedé en el apartamento durante días, tratando de entender lo que había sucedido.

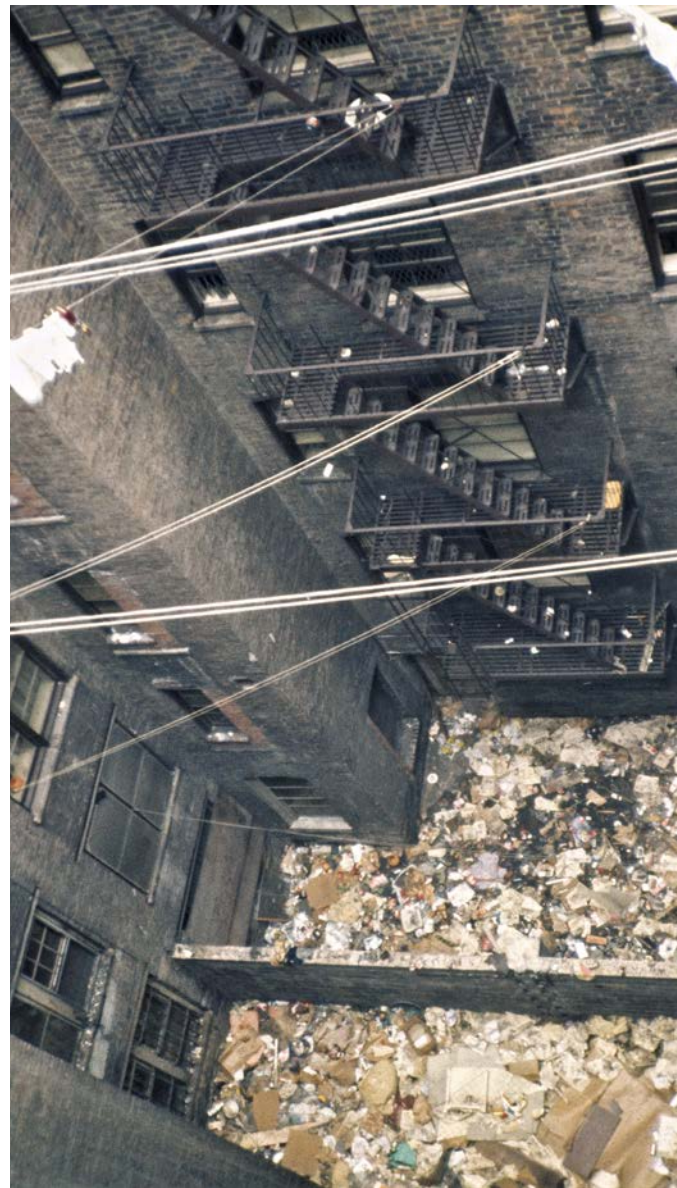
podiera hablar con su hija, que vivía allí. Ahora todavía me quedaba un poco de dinero y fui en mi extraño estado de ánimo directamente a otro cine de Broadway y vi “Adiós, tío Tom”. Era una película desgarradora sobre la esclavitud. Estaba hecha por no estadounidenses (en Italia), así que no romantizaba la esclavitud. Se veía cómo se vendían los esclavos en las subastas, los instrumentos de tortura que se utilizaban, y se veía cómo se vendía a los hombres lejos de sus esposas e hijos. Era espantoso. ¿Cómo pudo permitirse todo esto hace sólo cien años? En algunos momentos de la película estuve a punto de vomitar. Miré repetidamente alrededor del cine, pues temía que hubiera negros dentro, pero sólo había dos personas en toda la sala además de mí. Cuando salí, había un joven negro merodeando con gafas de sol. Me quedé un buen rato mirándole a los ojos y no entendía por qué no me derribaba.

Durante los días siguientes estuve destrozado. Nunca olvidaré ese día. Queda completamente en blanco en mi diario. Pasó un año entero hasta que me recompuse y busqué a Barbara. Pero cuando llegué a la cocina del hospital de veteranos donde ella trabajaba, enviaron a una anciana negra a hablar conmigo. Me dijo que era la tutora de Barbara, ya que ésta no había estado normal desde el funeral. Se había vuelto muy retraída y ya no hablaba. Le pregunté cómo había sido Barbara antes de la

muerte de James. Se quedó pensativa un momento y luego me contó con lágrimas en los ojos los cuatro años en los que James y Barbara habían trabajado juntos en la cocina. Siempre habían sido felices, cantarines y una verdadera alegría para el personal de la cocina. Nunca habían faltado al trabajo, siempre entraban juntos y siempre salían juntos al final de la jornada. Pero no me dejaba ver a Bárbara, pues ésta no deseaba ver a nadie. Pasó otro año antes de que le enviara una carta a Barbara desde algún lugar del Sur. Supuse que a estas alturas Barbara había superado el asesinato de su marido. Cuando fui de nuevo a la cocina, me recibió la misma anciana. Era como si el tiempo no hubiera pasado y continuáramos donde lo habíamos dejado. Suspiró profundamente y me miró a los ojos. “Barbara se ha vuelto loca”, dijo.

Bárbara seguía apareciendo en mis pensamientos allá donde viajaba. Pero otro acontecimiento me impresionó igualmente. En algún lugar de Florida, una mujer blanca infeliz se había subido a una torre de agua y estaba al borde, a punto de suicidarse. Pero no pudo obligarse a saltar. Estaba en una zona de guetos y una gran multitud de personas, la mayoría de ellas negras, se reunieron al pie de la torre. La policía y los bomberos intentaban persuadir a la mujer de que no saltara, mientras la multitud le gritaba que saltara. Yo era totalmente incapaz de comprenderlo. Grité tan fuerte como pude: “Basta, basta, por favor, dejen vivir a la pobre mujer”. Pero sus gritos eran cada vez más fuertes. Era la peor y más enfermiza histeria colectiva que jamás había experimentado. De repente me di cuenta de que los gritos sonaban como los de Bárbara en aquella inolvidable mañana. Me empezaron a flaquear las rodillas y salí corriendo, tan rápido como en la funeraria. Dentro de cinco años intentaré volver a contactar con Barbara. Tengo que volver a ver su cara algún día.

Resumen de las cartas



1974 - Bronx, NY



1973 - Jersey City, NJ



1973 - Jersey City, NJ



1973 - Jersey City, NJ con el World Trade Center detrás

El día en que me convertí en uno con el sufrimiento, ya no pude representarlo. Los gritos de la gente en el sistema cerrado se ahogan en un vacío para el mundo exterior. Un policía blanco que golpeaba a una mujer negra fue abatido por la ira de un joven en un tejado. En represalia, 5.000 agentes marchan por el gueto para intimidar a nuestros oprimidos. Cada vez que un policía es asesinado por un francotirador negro, todo el aparato del poder colonial se pone en marcha de esta manera.

Pero hay una tragedia más profunda que subyace a estos tristes asesinatos policiales. La viuda del agente fallecido, de 26 años, procede, como él, del estrato blanco más pobre de la sociedad. Aunque eso no excusa la brutalidad, se puede entender muy bien. Estos blancos han sido a menudo oprimidos y explotados. Ante las sombrías perspectivas de la vida, no tuvieron más remedio que unirse a las filas de los antiguos negreros. El racismo y la falta

de confianza que les ha inculcado una educación pobre y poco estimulada se ven exacerbados por su nerviosismo al formar parte de una fuerza de ocupación en una cultura a la que no pertenecen.

Se ha vuelto común atacar a la policía, pero olvidamos que son tan víctimas del sistema como sus representantes. Miramos sus labios apretados y sus rostros endurecidos y nos desesperamos. Sólo se puede deducir que quedarán marcados para siempre con la amargura, el odio y la aprensión. Pero, ¿han creado deliberadamente estos rostros?

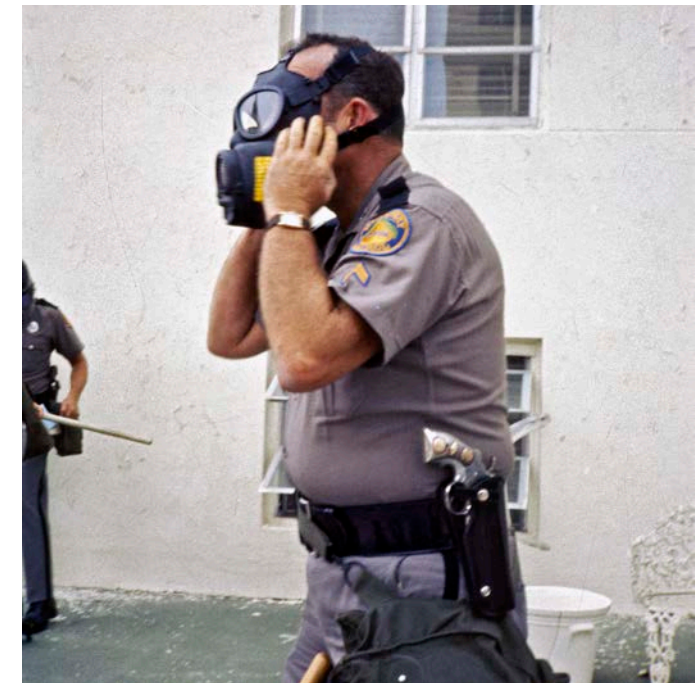
¿O se vieron obligados a vivir una vida que endureció sus rostros hasta convertirlos en una distorsión pervertida de la humanidad? Sí, es difícil crear una sociedad más justa, ya que incluso ver la posibilidad de un cambio significa tener la suficiente fe en la bondad inherente de la humanidad y en tu vida cotidiana como para poder mirar más allá de los patrones de angustia que nos paralizan por todas partes. Nuestro deber es cambiar este sistema, que se basa en nuestro dolor acumulado compartido, para que la gente pueda llegar a ser plenamente humana en todo el mundo. Al hacerlo, también salvaremos al planeta de la peor de todas nuestras opresiones: la destrucción de nuestro medio ambiente, del clima y del futuro de nuestros hijos. Sé que no podría haber sobrevivido entre toda la gente extraña de Estados Unidos si no hubiera tenido una fuerte fe en lo mejor de las personas. Sin esa fe, lo peor se habría impuesto y yo habría sido eliminado.



1972 - Miami Beach, FL



1973 - Jersey City, NJ



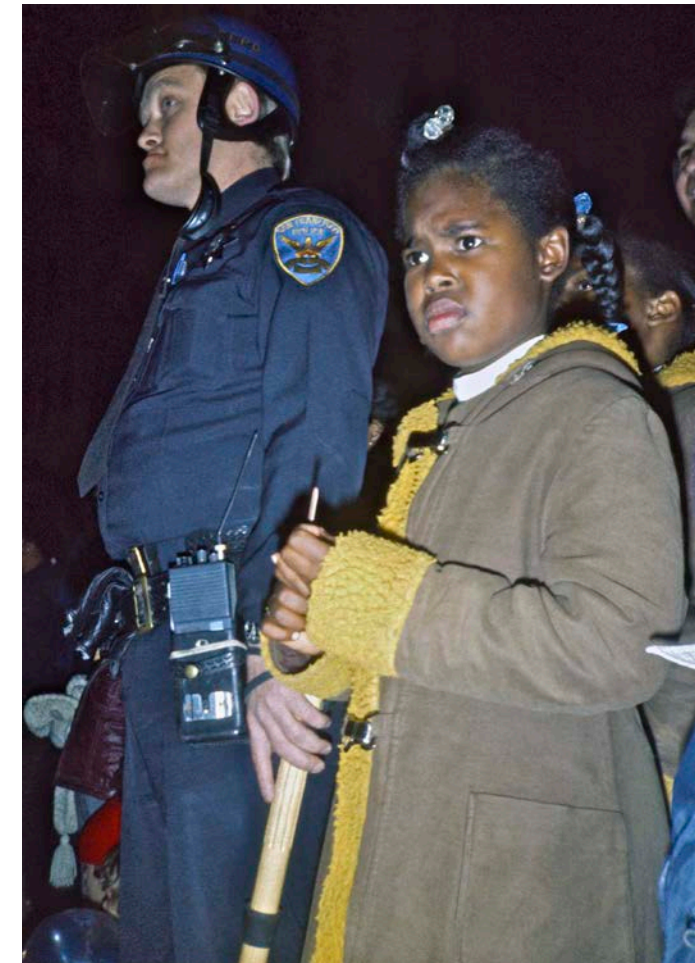
1972 - Miami



1975 - San Francisco



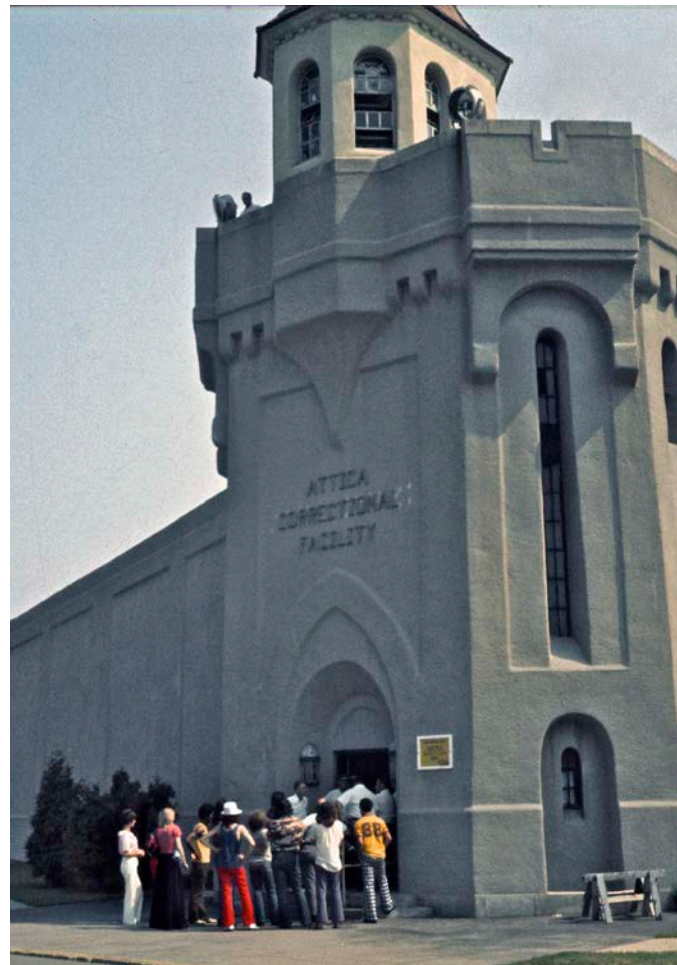
1972 - Miami



1975 - San Francisco

Mi viaje me ha enseñado que ya no puedo odiar a ninguna persona o grupo o incluso clase de personas, ni siquiera a los peores explotadores. Si dijera que odio a la familia Rockefeller, simplemente estaría mintiendo. Es cierto que Nelson Rockefeller ordenó la masacre de Attica y asesinó a 41 presos que sólo reclamaban una reforma penitenciaria. Pero aunque estuve presente en el funeral masivo y escuché a los Panteras Negras armados en la iglesia gritar “¡Muerte a Rockefeller! Encarcelen a los ricos, liberen a los pobres!”, y aunque conocía a varios parientes entre las familias que lloraban, y aunque volví a ver el color de la sangre en la bandera afroamericana... sí, incluso entonces no fui capaz de odiar a Rockefeller.

Porque sé que detrás del papel que fue educado para desempeñar y creer en el sistema hay un ser humano que en otras condiciones no se habría convertido en un asesino en un intento desesperado de mantener a los presos del gueto. Si entendemos que la clase baja asesina y roba debido a su entorno, también debemos reconocer lógicamente que la clase alta, en sus acciones, pensamiento y tradición, está esclavizada por su medio. Cuanto más me dejaba lavar el cerebro a la clase alta, más empezaban a parecerme válidas sus acciones.



1974 - Attica prison, NY



1971 - NYC



1971 - NYC



Los supervivientes en Attica: (Foto: Policía del Estado de Nueva York)



1971 - Brooklyn, NY



1971 - NYC



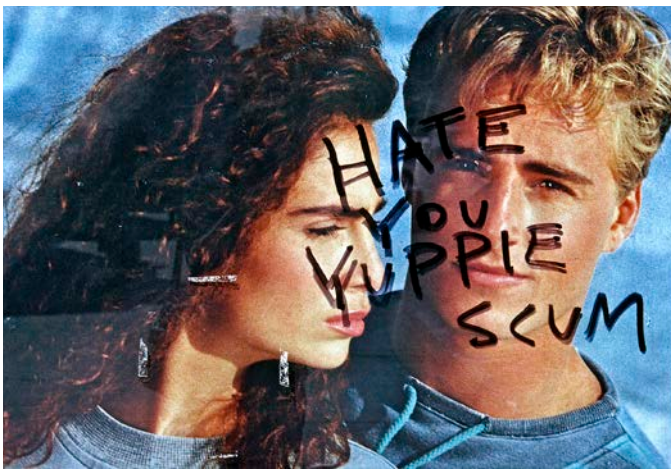
1971 - Brooklyn, NY



1991 - Washington, DC



1985 - NYC



1989 - NYC



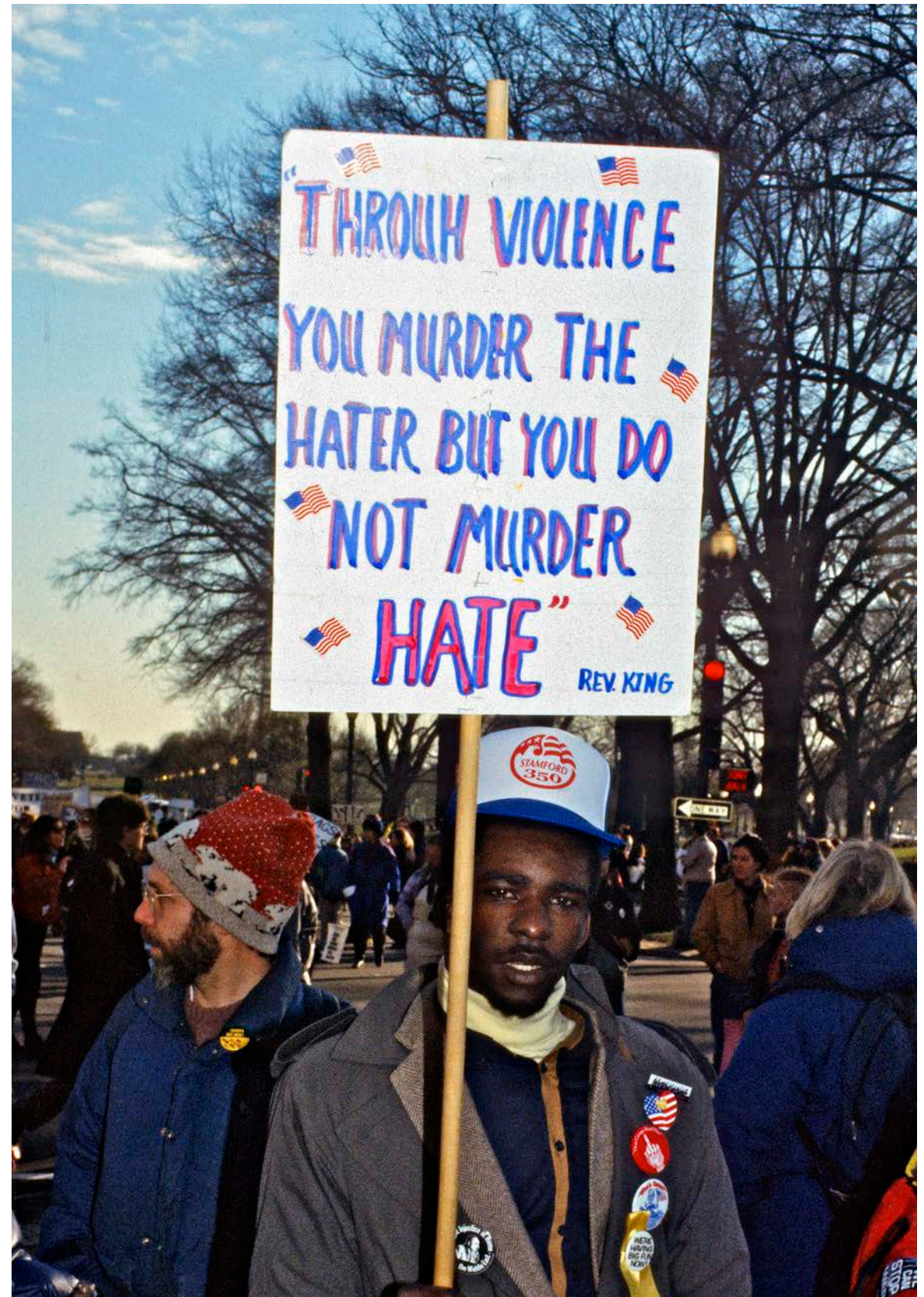
1990 - NYC

También sería deshonesto si tratara de ocultar el hecho de que me ha llegado a gustar la gente que he conocido de la clase alta de Estados Unidos. Cuando condeno a la clase alta, en realidad es una condena del sistema que creó esas clases y enseña a sus miembros a robar y asesinar no sólo en Estados Unidos, sino también en el Tercer Mundo: un sistema inhumano tan fuerte que no puede cambiarse simplemente atacando sus símbolos. Si hubiera odiado a los Rockefeller como símbolos, les habría negado el calor humano y la hospitalidad que me mostraron como vagabundo en condiciones no dictadas por el sistema.

Cuanto más tiempo vagaba como vagabundo en este sistema, más perdía el deseo de volver a formar parte de él. En todas partes el sistema había dado a la gente una cara falsa. Cuanto más claramente se perfilaban estas máscaras deformadas para mí, más fuerte era mi deseo de ponerme detrás de ellas y mirar a través de las rendijas de los ojos. Nunca fue una visión hermosa: sólo odio, miedo y desconfianza. No tenía ningún deseo de formar parte de ese odio. Aprendí que es mucho más fácil odiar y condenar que comprender.

El odio se basa en consideraciones unilaterales simplificadas y la mayoría de la gente está tan absorta en el dolor de no poder vivir de acuerdo con las normas de su entorno que le resulta más fácil reducir la realidad a símbolos que entenderla. Es mucho más fácil, al leer un libro como éste, odiar a los blancos que tratar de comprendernos, porque así se evita luchar contra esa parte del sistema en uno mismo. Hasta que no nos demos cuenta de que nosotros mismos somos parte de la opresión no podremos entender, condenar y cambiar las fuerzas que nos deshumanizan a todos.

Fui capaz de sobrevivir fuera del sistema porque siempre busqué al ser humano detrás de la falsa fachada. Pero detrás de esas fachadas siempre vi la derrota del amor. Cuantos menos hilos conectaban a las personas en una sociedad sana, más petrificadas e impenetrables parecían las máscaras que tenía que penetrar para sobrevivir. Pero incluso dentro de esta opresión, es posible encontrar muchos matices de humanidad. Incluso si el amor entre las personas ha sido asesinado en este sistema, todos sabemos que el amor todavía puede salir disparado a través del asfalto cuando ... donde sea ...



1991 - Washington, DC. "Mediante la violencia se asesina al que odia, pero no se asesina el odio". Martin Luther King



1991 - Bullock County, AL



1974 - Jersey City, NJ



1975 - Bullock County, AL



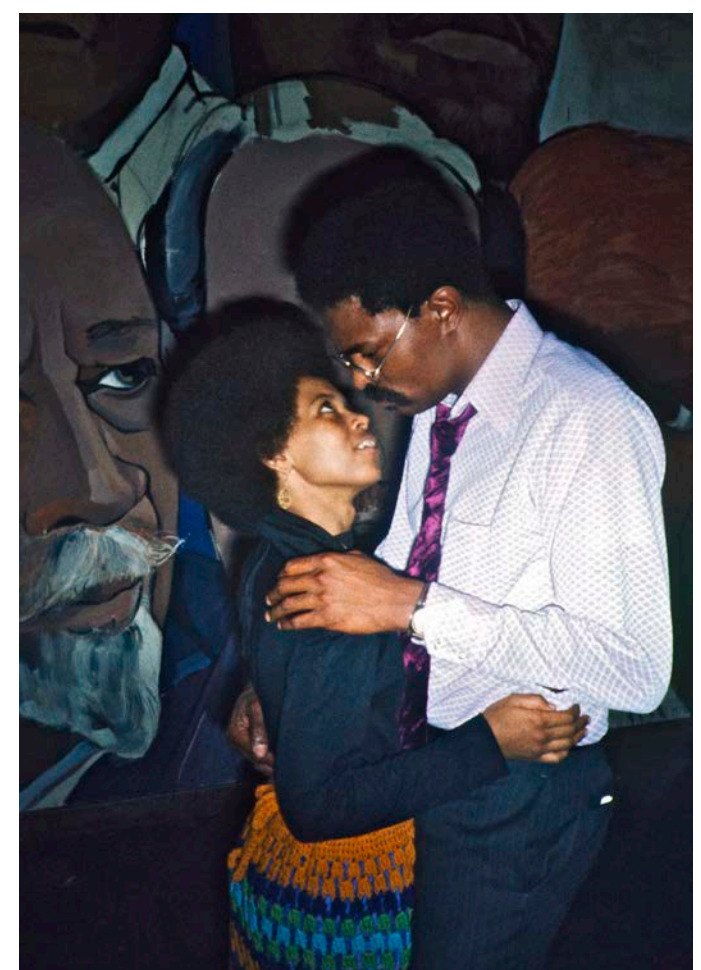
1975 - Richmond, VA



1974 - Norfolk, VA



2009 - Gainesville, FL



1973 - Harlem, NY. El candidato a vicepresidente del Partido Comunista Jarvis Tyner



1975 - Philadelphia, PA



1975 - San Francisco



1975 - San Francisco



1985 - Harlem, NY



2012 - St. Francisville, LA



1973 - Greensboro, NC



1973 - Zebulon, NC. Caroline fue posteriormente asesinada.



1974 - Abilene, TX



1993 - Brooklyn, NY



1985 - Harlem, NY



2004 - NYC



1996 - Chicago



1991 - Houston, TX



1975 - Baumont, TX



1975 - Philadelphia, PA



1978 - Jacksonville, FL



1996 - Tunica, LA



1973 - Baltimore



1975 - Fillmore ghetto, San Francisco



1973 - rural LA



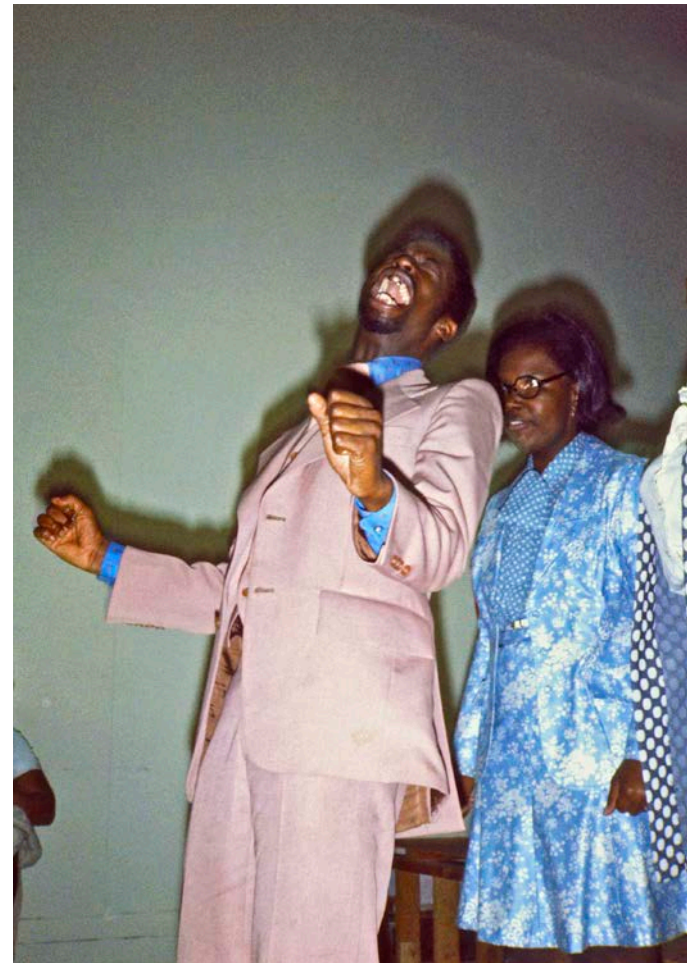
1975 - San Francisco



1975 - Fillmore ghetto, San Francisco



1975 - Fillmore ghetto, San Francisco



1975 - Fillmore ghetto, San Francisco



1975 - Filadelfia, MS. *Manos de mi suegro*, Rev. Jake Rush



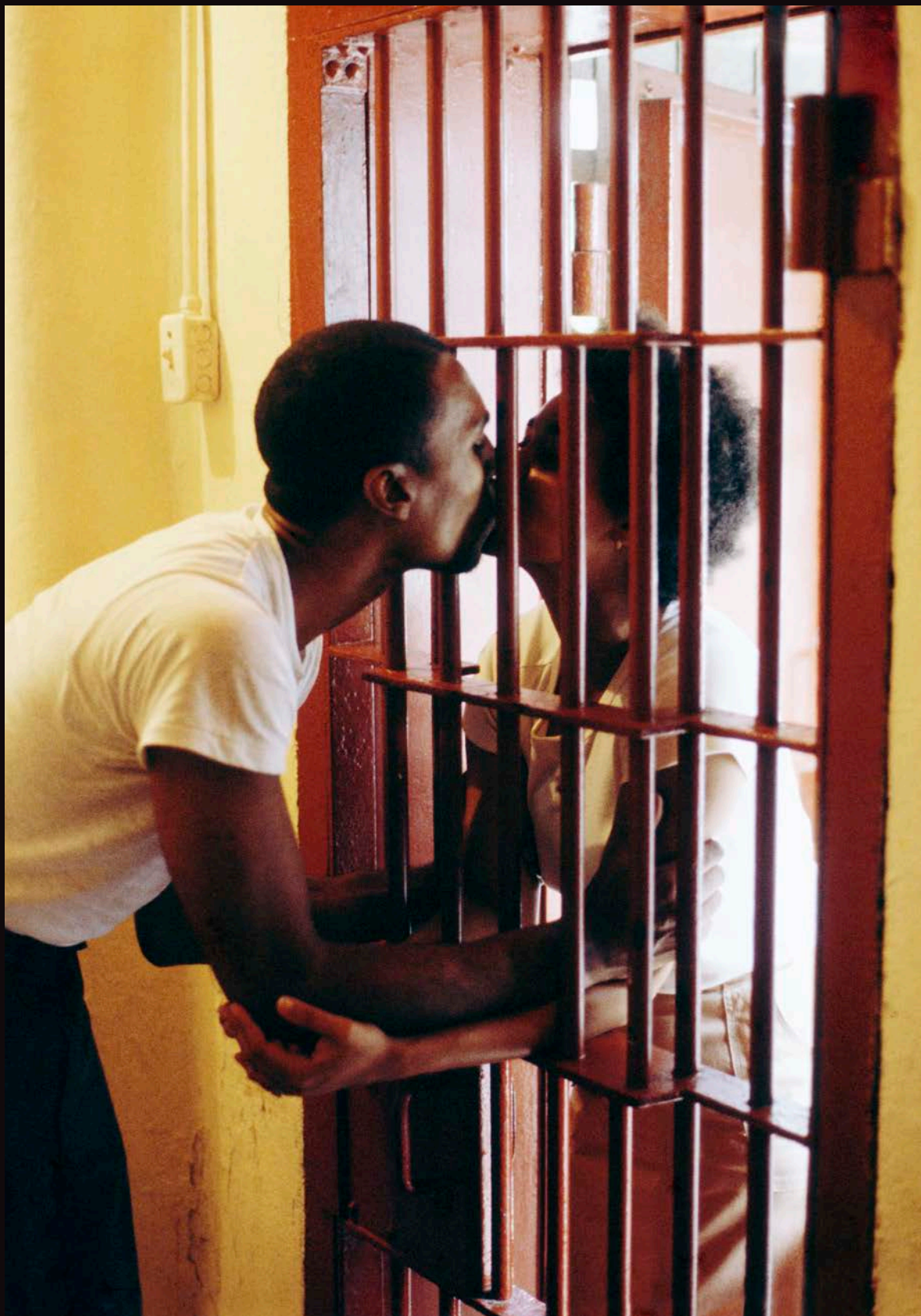
2009 - Harlem, NY



1975 - Meridian, MS



2003 - Iglesia de mi suegro, el reverendo Jake Rush



1978 - Washington, GA

El amor del gueto

“No hay amor como el del gueto”.

Tras cuatro años de vagabundeo en el gueto acabé casándome con ella. Annie es la única mujer con la que recuerdo haber tomado una iniciativa. Cuando estaba sentada en un restaurante de Nueva York, irresistiblemente bella, era evidente desde nuestras primeras miradas que nos necesitábamos mutuamente. Ambos éramos víctimas fáciles: ella no conocía a nadie, pues acababa de regresar de diez años de exilio en Inglaterra para asistir al funeral de su madre, y yo estaba en uno de mis períodos depresivos de vagabundeo. Los dos éramos hijos de ministros y nos habíamos rebelado de diferentes maneras contra nuestros orígenes. Ella se sintió profundamente conmovida por mis fotos y quiso ayudarme a darlas a conocer. Tenía una fuerte inclinación literaria y una amplitud de miras intelectual mucho mayor que la mía, por lo que pronto pasé a depender mucho de ella para hacer encajar las piezas de mi puzzle.

Annie se había liberado en gran medida, en su exilio, de la mentalidad de amo-esclavo que hace que el matrimonio sea casi insoportable para los pocos estadounidenses desafortunados que se enamoran a pesar de las realidades del sistema cerrado. Porque el “matrimonio mixto” es, en efecto, un acto subversivo. Incluso los liberales buscan a tientas una respuesta cuando llega la pregunta: “¿Querría usted que su hija se casara con uno?” Suelo encontrarme con segregacionistas comunes que empiezan las conversaciones con: “Me da igual que la gente sea blanca, negra, morada o verde...”. Diez frases después serían enemigos declarados del “matrimonio mixto”. Sin embargo, hasta que se prohibió en 1691, hubo muchos matrimonios mixtos entre blancos y negros, y antes de la reducción de los negros a la esclavitud no se conocía el odio de los “pobres blancos” hacia ellos. En la mayoría de los demás países, incluso en los posteriores a la esclavitud, como Cuba y Brasil, no hay nada que se parezca al fanatismo de los estadounidenses hacia los matrimonios mixtos. Aunque procedo de una zona rural conservadora, no recuerdo haber oído un solo comentario negativo en mi infancia sobre los frecuentes matrimonios internacionales de daneses con estudiantes africanos. Por el contrario, percibí una fuerte solidaridad e incluso envidia hacia los que se trasladaban a tierras lejanas. Pero en Estados Unidos ningún matrimonio interracial puede considerarse simplemente una unión natural. En Hollywood, los promotores negros querían invertir mucho dinero para publicitar mi presentación, pero antes querían que quitara la sección sobre mi mujer: “Destruye tu mensaje, te hace parecer un liberal más”. Muchos negros y liberales se caerán por la misma razón en este capítulo. Una mujer negra se enfureció después de ver mi presentación de diapositivas con fotos de varias mujeres negras desnudas (ignorante como era de mi cultura danesa, en la que la desnudez está muy cultivada: las playas familiares y los parques del centro de la ciudad están llenos de desnudos apenas

minutos después de que salga el sol). “¿No eres consciente de lo irresponsable que has sido al haber tenido relaciones con todas esas mujeres desequilibradas mentalmente? ¿No eres consciente de que la esclavitud nos convierte a todos en enfermos mentales?” Ella dio con la cuestión central: ¿Cómo puedo intervenir como neutral en una sociedad de amos y esclavos sin convertirme en parte del problema? Y sin embargo, cometió el mismo error que la mayoría de los estadounidenses de asumir automáticamente que una foto de una mujer desnuda equivale a una relación sexual con ella.

En realidad, no tiene por qué preocuparse, ya que, a diferencia de lo que encontré entre las mujeres negras de la mayor parte de África, la mujer negra estadounidense ha desarrollado enormes mecanismos de defensa contra el hombre blanco en respuesta a siglos de abusos. Aunque pasé la mayor parte de mi tiempo en comunidades negras, más del 90% de las mujeres que me invitaron a compartir sus camas eran blancas. Pero la sospecha del hombre blanco explotador sexual, naturalmente, siempre se cernió sobre mí en mi viaje. Caminando de noche por los guetos del sur profundo, los jóvenes preguntaban: “Señor, ¿quiere que le consiga una mujer?”.

Estoy bastante convencido de que la mayoría de las mujeres no me habrían ofrecido hospitalidad si no hubieran percibido el componente no agresivo que había en mí. Dado que siempre consideré mi vagabundeo como un papel pasivo y, por lo tanto, ni evitaba ni iniciaba las relaciones sexuales, creo que es interesante analizar lo que realmente sucedía cuando me acercaba a las mujeres. Al cabo de unos días, si nos llevábamos bien, las mujeres blancas expresaban su agresividad sexual. Pero incluso si intimábamos y nos abrazábamos, normalmente no pasaba nada más con la mujer negra de clase baja, especialmente en el Sur. Era como si algo fallara en las dos, un reconocimiento compartido de que se trataba de un abceso histórico demasiado grande como para perforarlo. Ella no pudo evitar señalar, consciente o inconscientemente, que se trataba de una relación entre una persona libre y otra que no lo era, lo que me dio inmediatamente la sensación de ser una más en la fila de explotadores sexuales blancos. Por lo tanto, la mayoría de mis relaciones sexuales y duraderas con mujeres negras fueron con mujeres de clase media o de las Indias Occidentales que, aunque eran más conservadoras que las mujeres blancas y de clase baja que conocí, se habían liberado de esta esclavitud en mayor grado. Algunos estadounidenses dirían que si eres consciente de que ciertas personas viven en la esclavitud no deberías, como blanco privilegiado, meterte en situaciones tan íntimas en las que podría surgir una relación sexual o un “matrimonio mixto”. Pero la esclavitud es el producto de no asociarse con un grupo con total libertad como iguales, aislándolo y paralizándolo.

Annie era una de mis excepciones con la clase baja. Porque aunque su superficie parecía muy de “clase media” después de su largo permiso, en su perspectiva fundamental estaba marcada por su educación de clase baja. Una relación así probablemente podría haber funcionado con mucha confianza y esfuerzo por parte de ambos, pero debido a mi racismo, sexismo y, sobre todo, a esa “inocencia” que no se ve y que siempre será el máximo privilegio de la clase dominante, no fue así. En cambio, se convirtió en una derrota tan dolorosa y aplastante para mí que, por ejemplo, no pude reconciliarlo con mi libro original. Incluso el comienzo fue malo. Nos casamos el viernes 13 de septiembre, sin lugar para vivir.

Una asistenta nos dejó pasar la luna de miel en el lujoso apartamento del cónsul sudafricano que había sido llamado a casa por su régimen del apartheid. Después acabamos en la peor zona del gueto. Apenas habíamos pagado el primer mes de alquiler antes de que nos robaran todos los ahorros de Annie. Vivíamos en el quinto piso de un edificio en el que sólo había prostitutas, indigentes, drogadictos y madres del bienestar. Annie no había vivido en la cultura de las clases bajas desde su infancia y fue un shock terrible para ella acabar aquí. Debido a su aspecto y al lugar en el que vivíamos, los proxenetas y los chaperos se le insinuaban constantemente y trataban de reclutarla. Cuando tuve que hacer autostop durante unos días, Annie fue secuestrada por una red de prostitución que la obligó a punta de pistola a desnudarse mientras jugaban a la ruleta rusa con ella “para domarla”. Por la noche consiguió huir por la ventana del baño sin ropa hacia las calles de la ciudad. Cuando llegué a casa estaba disuelta en lágrimas y dolor.

Los ataques de los proxenetas continuaban, y no ayudaba el hecho de que yo fuera blanco. Un día un proxeneta arrojó con desprecio un puñado de dinero a Annie en el autobús. Con mis viejos hábitos de vagabundo lo recogí. Annie se puso furiosa conmigo y no me habló durante una semana. Había violencia y gritos y dolor frenético en el edificio día y noche. Al principio, varias veces intenté intervenir entre los proxenetas y las putas a las que golpeaban. También había un pirómano. Casi todas las noches durante los primeros meses nos despertaba la alarma de incendios y veíamos cómo salían llamas de los apartamentos contiguos. Estábamos tan preparados que teníamos todo empaquetado en todo momento. Lo primero que cogía era una maleta con todas las miles de diapositivas para este libro. Una noche, cuando estábamos todos semidesnudos en ropa de dormir en la calle, le pedí a Annie que vigilara la maleta mientras yo fotografiaba el fuego, pero no me oyó con el ruido y cuando volvimos al apartamento. se había quedado atrás. Me apresuré a bajar a la calle y encontré la maleta aún en pie. Todo el mundo en el edificio lo calificó de verdadero milagro, ya que nadie había visto nunca que se dejara ningún objeto de valor en la calle ni siquiera un minuto sin que se lo arrebataran.



1974 - Nuestra boda en City Hall, NY (con el bebé del cónsul sudafricano).

La presión psicológica fue al principio peor para Annie que para mí. Intentamos conseguir ayuda social para poder mudarnos, pero sólo conseguimos 7 dólares. Casi todas las noches se echaba a llorar y se desesperaba. En los primeros meses, cuando aún me quedaba algún excedente psíquico, intenté penetrar en el mundo que tan evidentemente se había desintegrado para ella. Como la mayoría de mis otras relaciones en América, ésta se debía a la violencia. Nos habíamos conocido a raíz del asesinato de su madre, y unos meses después su padrastro fue encontrado tambaleándose por la calle herido de muerte por un cuchillo. En esas noches llenas de lágrimas empezó a aparecer un patrón espeluznante de su infancia. Cuando su madre, de 16 años, la dio a luz a ella y a su hermana gemela, se consideró un pecado tan grande en la familia del ministro que la madre fue enviada al norte y Annie a una tía en Biloxi, Mississippi. Todo lo que Annie recuerda de estos primeros cuatro años es a la tía borracha siempre tumbada en su choza, mientras Annie se sentaba sola fuera en la arena. Un día casi se ahoga con un hueso de pollo y luchó desesperada y sola. Nadie vino a ayudarla. Los abuelos descubrieron el abandono y la llevaron de vuelta a Filadelfia, Mississippi, donde recibió una rigurosa educación fundamentalista. Toda muestra de alegría, baile y juego era castigada. A menudo la colgaban con correas de cuero alrededor de las muñecas en el retrete y la azotaban hasta hacerla gelatina. En el camino de vuelta a casa desde la escuela se lanzaban piedras casi a diario entre los niños negros y los blancos. Un día los niños blancos se volvieron pastores alemanes contra ellos y Annie fue gravemente mordida. Dos de estos niños blancos se unieron más tarde al Ku Klux Klan, y uno de ellos, Jim Bailey, de la calle de Annie, fue el que más tarde asesinó a tres trabajadores de los derechos civiles en 1964. Después de esta violencia del Klan, con desfiles de cruces en llamas por la calle de Annie, ésta huyó al Norte y más tarde se exilió. Como fue la primera negra en integrar la biblioteca del pueblo, nunca se atrevió a volver. Cuando más revelaban estas noches de lágrimas, más me sorprendía. Era increíblemente sensible y una noche la recuerdo llorando al pensar en “la conspiración blanca” que la había mantenido a ella y a los otros niños negros de la escuela ignorantes sobre el asesinato de seis millones de judíos.



1975 - Annie en el Tenderloin, San Francisco

Finalmente, Annie consiguió un trabajo temporal de oficina en la Oficina de Arquitectura, donde se encargaba de las facturas de las empresas de construcción. Causó un gran revuelo al descubrir una estafa y un fraude tras otro. Con su inusual memoria de papel matamoscas pudo detectar cómo las empresas constructoras habían enviado meses antes facturas por el mismo trabajo pero con diferente redacción. Durante años estos mafiosos habían estafado a la ciudad. Todos los días llegaba a casa y me contaba que acababa de ahorrar 90.000 dólares a la ciudad o algo parecido. Cuando terminó su trabajo, su jefe le dijo que podía escribir la recomendación que quisiera: él la firmaría. Pero nosotros mismos seguíamos sin tener dinero y era como si este ambiente corrupto contribuyera a derrumbar aún más nuestra moral. Si los ricos roban, ¿por qué no habríamos de hacerlo nosotros? Cuando un día encontramos un bolso con 80 dólares en el pasillo, tardamos en decidimos a devolvérselo a la propietaria, una madre de la beneficencia. Cuando abrió la puerta, cogió el bolso sin decir nada, con una mirada despectiva, como si dijera: “Debéis ser tontos, intentando ser mejores que los demás aquí”. A partir de ese momento todo se deslizó más y más en una dirección criminal. Nuestra idea era que yo aprovechara el tiempo para escribir un libro. Annie y otros pensaron que debía escribir sobre mis experiencias en el gueto con los ojos de un extranjero. Al principio me sentaba día tras día frente a una hoja de papel en blanco, pero me resultaba imposible escribir una palabra en aquel ambiente violento y angustioso.

Poco a poco, ambos perdimos la confianza en nosotros mismos y yo me rendí. Cuanto menos nos sobraba, menos esperanza, más violenta se volvía la atmósfera entre nosotros. Poco a poco Annie empezó a beber en respuesta a mi creciente insensibilidad. Empezó a regañarme por no ser más que un liberal ingenuo. Estas interminables noches son más que nada el motivo de los ataques a los liberales (o a mí mismo) en este libro. Por primera vez en mi viaje empecé a perder la fe en los negros, a mirar su actualidad en lugar de su potencial. Me estaba americanizando, me había convertido en una víctima de la mentalidad de amo-esclavo. Cuanto más perdía la fe en la gente (y en mi propio futuro), más bullía el odio y la ira. Para evitar el ambiente insoportable con Annie, empecé a pasar la mayor parte del tiempo en la calle.

Cuanto más impotente me volvía, cuanto más sombría era mi perspectiva, más perdía ella la fe en mí. Una noche me gritó: “¡Ni siquiera puedes proveer! Oiga, negro de ojos azules, ¡provea!”. Lo peor era que, aunque intentaba constantemente conseguir trabajo, empecé a culparme a mí mismo. No hacía más que hacer cola. Por las mañanas me sentaba y hacía cola en el banco de sangre para conseguir 5 dólares. Todos los días a las 11:00, durante ocho meses, hacía una cola de una hora para la sopa y por la noche solía comer en una iglesia. El resto del día hacía cola para conseguir trabajo, lo cual era imposible ya que no tenía ninguna habilidad. Si llegaba a las cuatro de la mañana, a veces conseguía que me contrataran por un día para lanzar anuncios en los suburbios acomodados por 2 dólares la hora.

Al cabo de un tiempo me rendí y pasé cada vez más tiempo con los delincuentes de la calle. Nunca estuve involucrado en ninguna actividad delictiva a gran escala, pero estaba claro que iba en esa dirección. Una noche, cuando un tipo me contaba agitado que acababan de asesinar a su hermano en Chicago, me limité a responderle fríamente: “¿Qué calibre de pistola?”. Sólo después me di cuenta de lo profundo que había caído. Durante el tiempo que viví con Annie, ocho personas habían sido asesinadas en nuestro bloque, algunas de ellas conocidas. Theresa, que tantas veces me había dado comida gratis en su cafetería, fue asesinada un día por un cliente que no pudo pagar su cuenta de 1,41 dólares. A veces incluso las paredes de nuestro pasillo estaban manchadas de sangre. Cuando llegaba a casa a altas horas de la noche, Annie solía estar sumida en una niebla de lágrimas y alcohol. Ya casi no me importaba. Al final, por miedo a las peleas destructivas, no volvía a casa hasta que ella estaba dormida. Nuestra vida sexual, como todo lo demás, se desintegró.

Finalmente albergaba tal odio hacia los negros y los blancos que me rodeaban que llegué a tener miedo de mí mismo. Una noche, cuando Annie había estado bebiendo, me desesperé tanto que le propiné un golpe en la oscuridad. A la mañana siguiente tenía un ojo morado como todos los del edificio. Como nunca antes había puesto la mano sobre una persona, me estremecí. Tuve el repentino temor de acabar matándola algún día. La única forma de romper la guetotización era la huida. Conseguimos una pequeña habitación para Annie en una casa blanca fuera del gueto. Después me fui directamente a la autopista. La autopista que yo conocía significaba seguridad y protección, esparcimiento y libertad. Durante cuatro años había vivido una vida de vagabundo privilegiado en los guetos sin que me afectara. Cuando pasé a formar parte del gueto, quedé destruido en menos de un año, había acabado odiando a los negros, había perdido la fe en todo y había visto cómo las peores partes de mi carácter empezaban a controlar mi comportamiento. Una de ellas era un creciente egoísmo y una agresiva insensibilidad en mi relación con las mujeres. No fue casualidad que entrara inmediatamente

en un período de consumo conspicuo de “chicas” con mi amigo Tony en Carolina del Norte. No me quedaba ninguna inhibición. Sin embargo, no era precisamente un seductor de cuernos. Una y otra vez Tony me susurraba: “Oye, ¿por qué no haces un movimiento?” y una y otra vez acababa teniendo que llevar a mi cita a casa antes de tiempo. Y cada noche había obstáculos inquietantes. Una noche no pude llegar a casa con mi cita por un tiroteo en la calle. Otra noche fuimos todos a ver a Earth, Wind and Fire en Chapel Hill y utilicé mi privilegio de blanca para “estafar” y entrar gratis, ya que nunca tenía dinero. Esto irritó tanto a Bob, que conducía el coche, que de camino a casa se paró de repente y dijo: “Oye, tío, tienes que salir, ¿entiendes?”. Como Bob era un doble asesino, ya que había matado a su mujer y a su amante, y todo el mundo sabía que hervía por dentro, nadie intentó intervenir y tuve que bajarme en la gélida noche en medio de la nada.

Una herramienta esencial en las citas es el coche. Como no podía llevar a mis citas de paseo, las invitaba a lo que más me gustaba en el mundo: hacer autostop. Fueron estos viajes, más que nada, los que me hicieron tomar conciencia de mi mentalidad de explotador sexual. Había vivido tantas veces con negros que apenas prestaba atención al hecho de estar “en el lado equivocado de las vías”, pero hacer autostop con una mujer negra rápidamente le hace a uno volver a estar “en su sitio”, sobre todo si uno es tan ignorante como yo había logrado permanecer sobre la relación adicional de amo-esclavo de los hombres con las mujeres. Debido a mi actitud vagabunda de que el conductor debe estar “entretenido”, si el conductor era una mujer o un hombre gay, me sentaba delante para entablar conversación, mientras que si era un hombre heterosexual hacía que la mujer se sentara a su lado, aunque no quisiera. Las reacciones de los conductores hombres blancos eran aterradoras. Si no se contentaban con torturar psicológicamente a las mujeres, recurrían a la intromisión física directa. Aunque la mayoría de las personas con las que hice autostop eran hijas bien vestidas de profesores y médicos del Norte y tenían la educación y la confianza en su entorno que les hacía -a diferencia de las mujeres del gueto- atreverse a hacer un viaje así con un blanco, no eran consideradas más que presas sexuales fáciles o incluso putas. Varias veces los conductores lujuriosos intentaron empujarme con violencia. Para algunas de estas mujeres era su primera oportunidad de conocer su país. La mayoría no duró ni siquiera hasta el límite del estado. Una duró 6.000 kilómetros a través de Canadá y el Gran Cañón, y luego se derrumbó en un ataque de histeria que casi hace que nos detengan a los dos.

Yo seguía enormemente desequilibrada después de mi guetización y decidí que necesitaba recrearme en un ambiente familiar tranquilo. Después de haber vivido en un par de hogares de blancos, busqué de nuevo al matrimonio más armonioso y estable



2004 - Phil. MS - Revisando la familia de Annie a lo largo de mi vida.

que recordaba haber visto en la clase baja: Leon y Cheryl en Augusta, Georgia. Su amor y devoción mutuos habían sido tan enriquecedores y contagiosos que a menudo pensaba en ellos en el transcurso de mi propio amor abortado del gueto como prueba viviente para mí de que el verdadero amor del gueto podía prosperar. Mientras había vivido en su casa había tenido paz y apoyo, lo que me permitía día tras día salir a explorar la pobreza de la zona. Pero cuando llegué a su casa sentí inmediatamente que algo había cambiado. León me invitó a entrar, pero no estaba contento. Parecía estar en trance mientras me contaba que su mujer había muerto de una enfermedad que era curable, pero que no habían tenido dinero para ponerla en tratamiento antes de que fuera demasiado tarde. León no se había recuperado de la pérdida. Nunca salía de su casa, que estaba justo al lado de la escuela de medicina de élite de Augusta. Todo el día se sentaba en la alfombra azul de pelusa frente a su pequeño equipo de música como si fuera un altar, escuchando música mientras miraba una foto de Cheryl en lo alto. Algunos días cantaba canciones de amor durante todo el día, poniendo el nombre de ella. De vez en cuando gritaba en la habitación: “¡Te quiero! Quiero abrazarte. Quiero volver a estar contigo... Debemos unirnos, ser uno... Quiero morir... morir...” “Nunca he visto el amor de un hombre por una mujer tan intenso. Como mucho una vez al día se daba la vuelta y se comunicaba conmigo, y entonces sólo para hablarme de cómo quería reunirse con Cheryl en el cielo. A veces, cuando me miraba directamente con esa mirada vacía, como si yo no estuviera allí, mis ojos se llenaban de lágrimas. Sentía una profunda comprensión por él, pero no podía expresarla. Por las noches se quedaba en su habitación. Su madre u otra mujer nos traía comida cocinada en las dos semanas que me quedé allí. Esta experiencia deprimente me hizo profundizar en mí misma. Me decidí a volver con Annie, y más tarde ella regresó conmigo a Dinamarca. Nuestra relación había sufrido demasiado, así que después de un tiempo nos separamos. Logramos una buena relación de trabajo y ella ayudó a traducir partes de este libro y toda la película.

Tres años después viajé por toda América para dar o mostrar este libro a todos los amigos que lo hicieron posible. Uno de ellos fue, naturalmente, León, que tanto me había ayudado y era uno de los que tenía en mente para venir a ayudar a dirigir el espectáculo en Europa. Pero cuando llegué a la puerta de su casa con el libro bajo



1975 - Annie en el Tenderloin, San Francisco

el brazo, una extraña mujer respondió a mi llamada. No, Leon ya no vivía allí. Le dispararon hace tres años, por un hombre blanco. Durante toda la tarde, su madre me enseñó el álbum de fotos de Leon y Cheryl y me habló con lágrimas en los ojos de sus tres felices años juntos. Nos sentamos a llorar abrazados en el porche. Sé que Leon y Cheryl están unidos de nuevo. “No hay amor como el amor del gueto”.

Escrito con la ayuda de mi ex-esposa en su cama de hospital. Annie murió tras un largo periodo de problemas de salud en 2002 en Dinamarca.



1973 - NYC

Una sociedad en la que se ha matado el amor y los vínculos mutuos no es un espectáculo hermoso. Incluso la iglesia escapa a la ética social de Cristo y traiciona a los marginados. No es de extrañar que estos parias traicionen a la Iglesia. Los jóvenes enfadados del gueto suelen llegar a las iglesias blancas justo antes de que se reparta el plato de la colecta y obligan a los feligreses a punta de pistola a dar a los verdaderos hambrientos de amor.

Allí donde expulsamos a nuestros conciudadanos mediante la guetización y la pérdida de la huida de los blancos, nuestros altísimos símbolos de la caridad quedan vacíos junto a sus ventanas de mosaico destrozadas. La iglesia de los marineros daneses de Baltimore, en la que a menudo encontraba algo de tranquilidad, tuvo que cerrar porque Alphonso y mis otros amigos de las casas vecinas la robaban constantemente.



1973 - Bronx, NY



1973 - Baltimore



1975 - Richmond, VA



1973 - Queens, NY. Christmas Eve



1974 - NYC. Sin techo fuera de la iglesia

Un ministro desesperado de Chicago me dijo que su iglesia estaba cerrando porque la congregación era robada todos los domingos. Según los medios de comunicación sesgados, un “sacerdote cristiano fue obligado a abandonar su iglesia (en un gueto de Dinamarca) por matones musulmanes” cuando nuestros jóvenes morenos expresaron, exactamente igual, el dolor y la rabia de sentirse rechazados por la huida de los blancos. Cuando hice un taller de reconciliación para ellos y para los pocos blancos que quedaban en el gueto, descubrí que la única diferencia entre ellos y sus homólogos estadounidenses es lo ejemplar que es su comportamiento (todavía) en Europa.

En algunas ciudades americanas hay guardias o policías armados para proteger a los huéspedes en todas las plantas de los hoteles. En los trenes subterráneos de Nueva York y Chicago hay policías uniformados y de paisano, y aun así se asesinan y violan personas ante los ojos de los pasajeros, presas del pánico. Los turistas regresan a Europa con “cuello americano” de tanto mirar por encima del hombro. Una estudiante nigeriana que conocí en el gueto de Filadelfia estaba tan asustada por las condiciones de vida allí que intentó que la enviaran a casa, “a un lugar seguro”, antes de terminar sus estudios. Su declaración no me habría sorprendido si no fuera porque acababa de vivir la guerra civil en Biafra. El confinamiento de las clases bajas es deshumanizante para todos. En cinco de las casas en las que viví, hubo dos robos a mano armada mientras estuve allí. La sociedad gasta miles de millones para curar a los enfermos en lugar de educarnos sobre el sufrimiento que nos inflige nuestro racismo. Intuimos que estamos cavando nuestra propia tumba, pero, incapaces de hacer nada al respecto, la convertimos en una zanja. Un fabricante con el que viví había hecho una fortuna fabricando equipos militares, pero se dedicó a producir alarmas y pistolas de gas lacrimógeno, quizá porque el país desperdiciaba tantos recursos exportando la guerra que había que abandonar la “guerra contra la pobreza” en casa. Cuanto más luchamos por la “libertad” sin respeto mutuo,



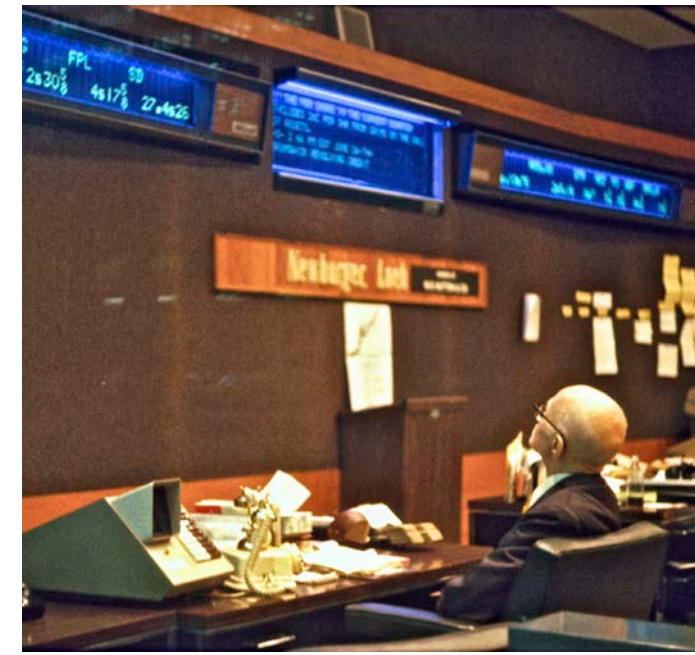
1974 - NYC. Sin techo fuera de la iglesia

más nos aislamos de ella. Así, muchos viven ahora detrás de fortificaciones de barras de acero.

Lentamente, pero sin pausa, el telón de acero se está cerrando en Estados Unidos. Entrás en una tienda y te encuentras dentro de una jaula de acero. Los ricos pueden permitirse invertir miles de millones en fortificaciones electrónicas invisibles entre ellos y el gueto. Cuantos más rayos electrónicos sustituyen a la confianza, más se cierra el sistema. La gente, mucha de la cual ha sido entrenada desde la infancia en el uso de las armas, está paralizada por el miedo. Muchos se arman hasta la muerte para “defenderse de los negros”, como me dijo una familia de los suburbios de Michigan. No sé qué es más chocante: que nuestros hijos de la ira se sientan tan marginados psicológicamente que puedan matar por un dólar o que millones de estadounidenses estén dispuestos a quitar una vida humana sólo para defender un televisor. Incluso los profesores son agredidos a menudo delante de sus alumnos. Mi amigo Jerry, mencionado en la carta de Detroit en la página 183, había aprendido a no interferir cuando sus alumnos se sentaban a pulir sus armas en sus clases. Como conferenciante, a menudo llegué a apoyar sus esfuerzos por ser un ángel salvador para estos sangrantes niños del gueto. Pero cuando, tras años de intentos, el único alumno que consiguió que entrara en Harvard murió en clase por las balas perdidas de una pelea entre bandas -justo antes de la graduación-, Jerry se rindió. En 2005 huyó de EE.UU. y vino a buscarme a Copenhague. Sin embargo, sólo tres años después estallaron las guerras de bandas entre nuestros propios marginados, obligando a los daneses a emprender la misma huida de sus propias creaciones.

Cuantos más coches, más armas, más fortalezas, más acumulación militar... más se enriquece la industria privada con esta subversión sistemática de la sociedad. Cuanto más altas son las barreras que el Gran Negocio construye entre la gente, más consigue matar el amor entre las personas... y más suben los precios de las acciones en Wall Street.

En el proceso, nos volvemos insensibles a, por ejemplo, esta mujer hambrienta en la calle fuera de la bolsa ...



1974 - NYC



1974 - Mendigo en Wall Street



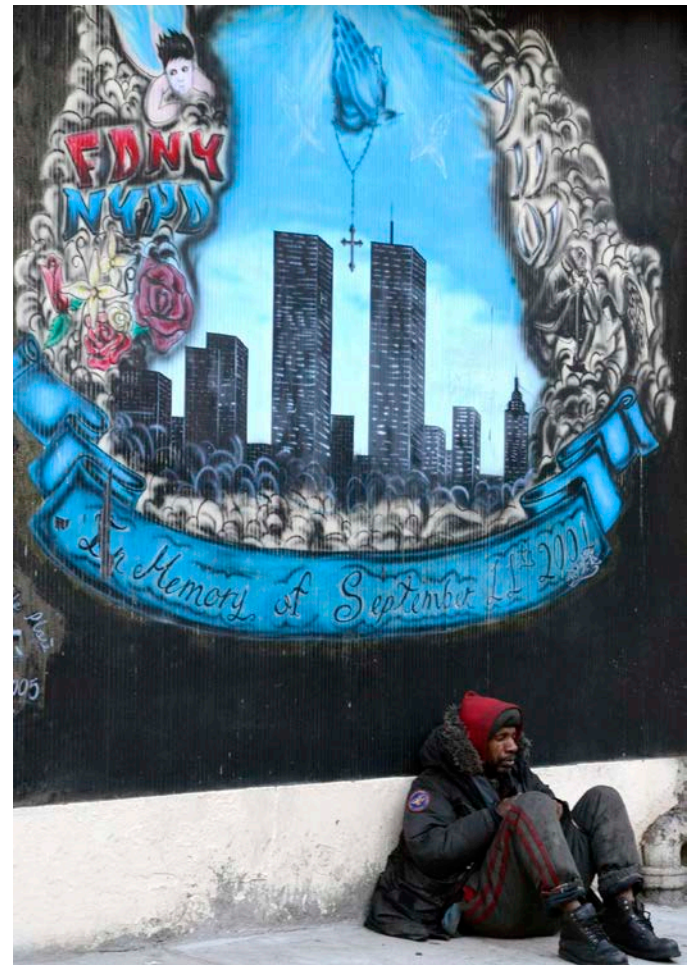
2006 - NYC



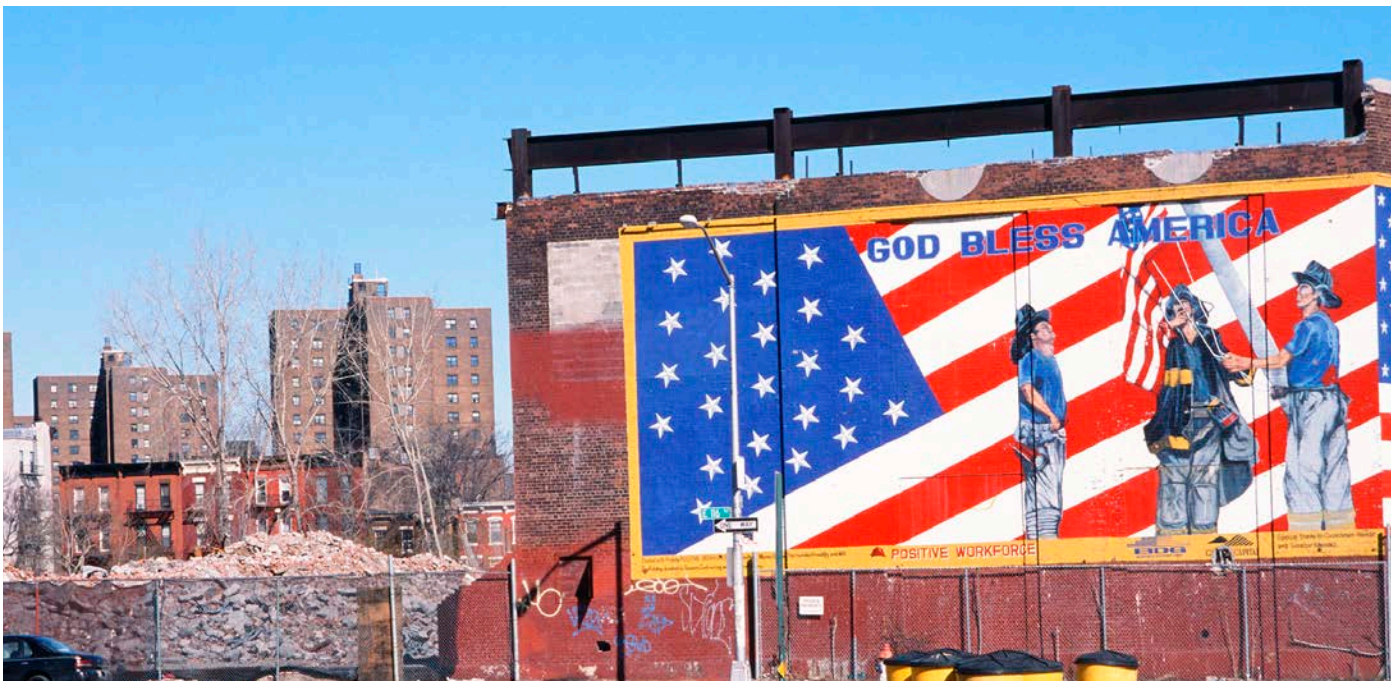
2007 - NYC



2003 - Portland, OR



2010 - NYC



2002 - NYC - 9/11 Memorial



1975 - San Diego, CA



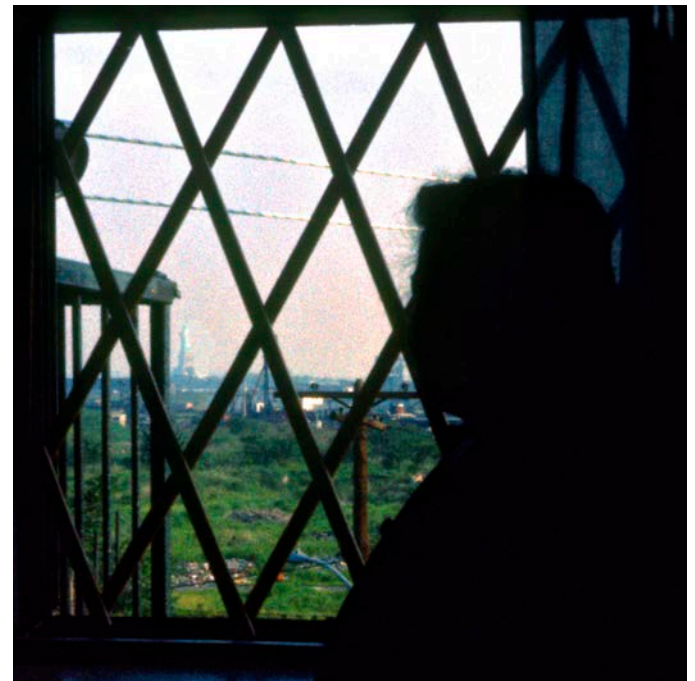
1972 - Miami Beach, FL - Republican convention



1974 - Jersey City, NJ



1974 - Jersey City, NJ



1973 - NYC

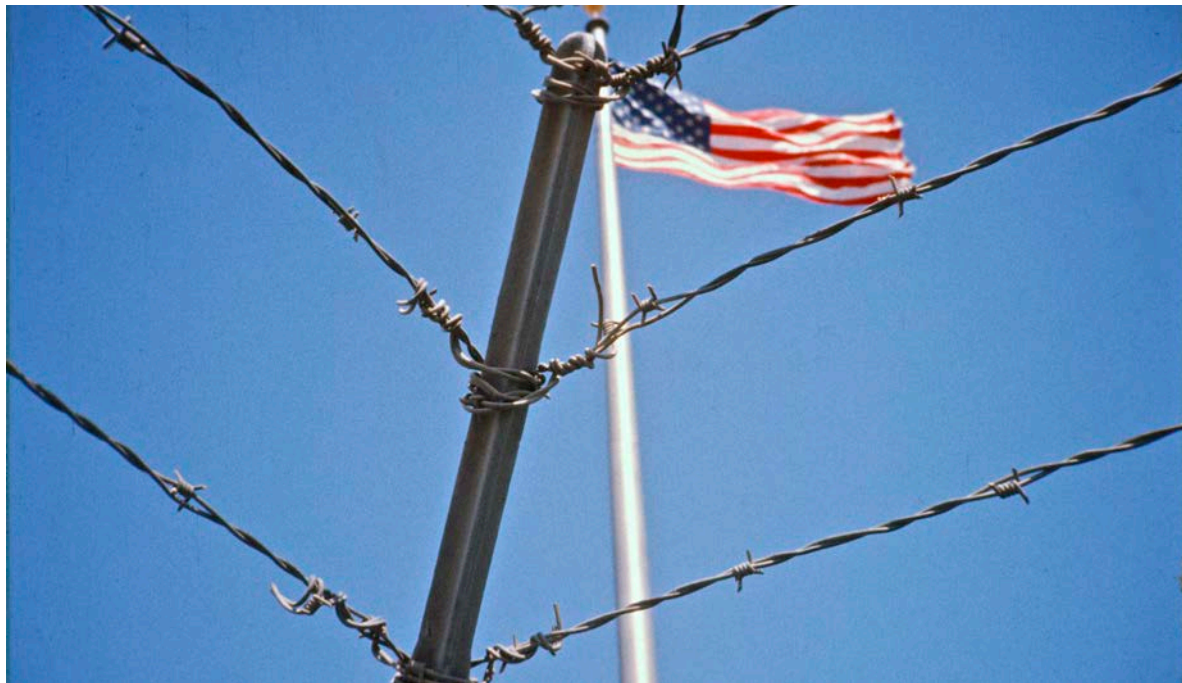
Cuando no fortificamos la justicia, se hace necesario justificar la fuerza. Cuanto más intentamos disparar un atajo hacia la libertad y la seguridad, más se parecen nuestras acciones de huida y desesperación a las típicas del gueto. Al igual que los reclusos del gueto buscan escapes rápidos en coches de lujo y violencia, nosotros escapamos mediante el uso de vehículos blindados de transporte de personal aún más impresionantes y la violencia militar, que se dirigen al gueto, en lugar de cambiar las actitudes que propugnamos y que crean los guetos.

¿Hasta qué punto somos realmente libres en el propio país de Dios cuando miles de personas deben ver la Estatua de la Libertad desde detrás de ventanas con rejas de acero? Su mirada vigilante, que siempre se aparta incluso de los actos de racismo más despiadados, está siendo sustituida cada vez más por el ojo siempre presente del Gran Hermano.

Por miedo y alienación, violamos continuamente la Constitución con el pretexto de luchar contra la delincuencia y el terrorismo. También en Dinamarca restringimos repetidamente nuestra propia libertad con una nueva y más dura legislación terrorista por miedo a los que hemos marginado. En un aspecto, Estados Unidos se acerca peligrosamente al totalitarismo: el país está plagado de policía secreta. Nadie, absolutamente nadie, excepto los que, como yo, han recorrido a dedo las grandes y pequeñas ciudades estadounidenses, tiene idea de cuántos de estos policías de paisano hay realmente. Siempre me cacheaban. Incluso en las pequeñas ciudades del sur, que son muy tranquilas, podía descubrir hasta veinte agentes en una sola noche. Cuanto más se cierra el sistema, más desaparece la confianza en las acciones y los valores de la sociedad en su conjunto. Superando la razón, el miedo ahoga nuestra preocupación y compasión por el prójimo.

Los actos criminales (de los negros) y la huida represiva (de los blancos) envenenan a toda la población, que se corrompe poco a poco por la violencia que ejerce contra el gueto negro. Un gueto es creado y perpetuado por fuerzas externas; no puede ser desmantelado desde dentro. Paralizada por el miedo y la violencia, toda nuestra sociedad empieza a asumir el carácter de un gueto. La población es cada vez más consciente de que opera en un sistema cerrado, un sistema en el que hemos perdido incluso nuestra imaginada libertad de acción. Un sistema cuyo prolongado confinamiento de (nuestros) indeseables en enormes guetos hace tiempo que se ha institucionalizado tanto que nos parece bastante natural. Durante generaciones, nuestro "racismo sistémico" nos ha moldeado y lisiado hasta tal punto que no podemos imaginar alternativas, ni a corto plazo seríamos capaces de vivir con ellas si pudiéramos.

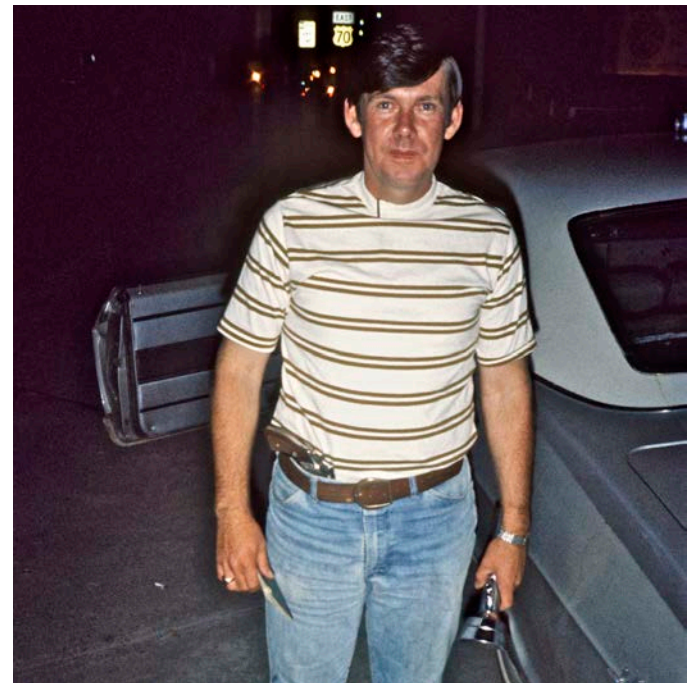
Y así, toda la sociedad se convierte en un sistema cerrado de la misma manera que lo era el Sur antes de 1865 y antes de 1954, un sistema que, a pesar de los esfuerzos de los liberales y los activistas, fue incapaz de cambiar desde dentro. La interferencia del Norte en el sistema cerrado del Sur no rompió el círculo; sólo encontró un nuevo nivel de equilibrio más alto, elevando el ingreso medio de los negros en el Sur del 45% al 55% del ingreso de los blancos. Nosotros, los blancos, tenemos el poder de eliminar los guetos mediante un cambio de actitud, pero mientras nos dejemos capturar pasivamente por el patrón esclavizante de una opresión bien coordinada, no veo ninguna posibilidad de que esto ocurra. No entendemos el monstruo de las clases bajas que creamos continuamente, y por eso le damos la espalda, destruyendo nuestra sociedad en el proceso.



1974 - Harlem, NY



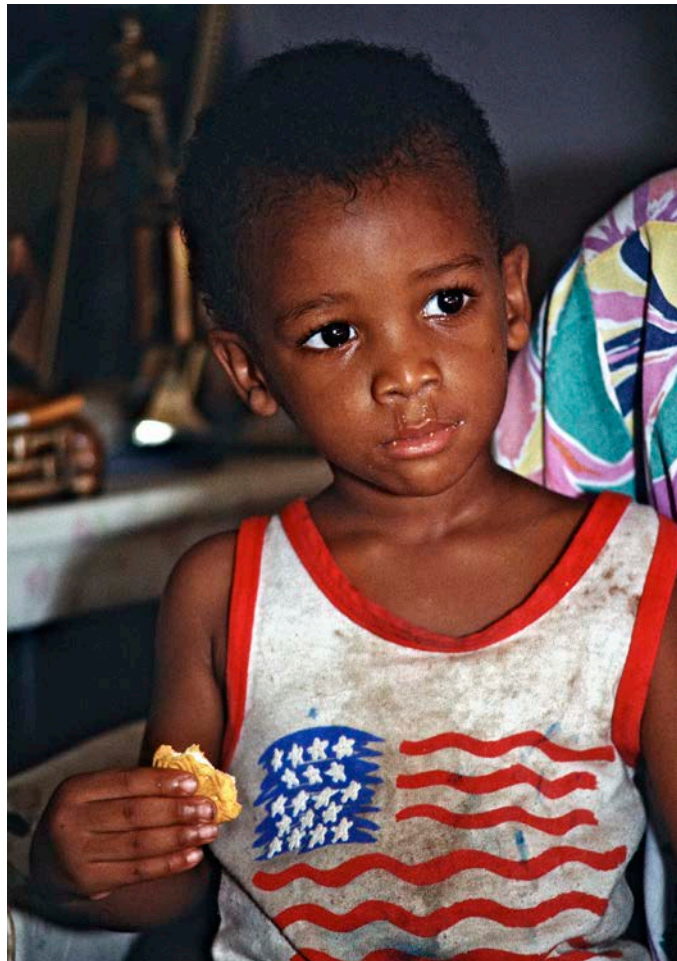
1973 - Baltimore



1974 - Richmond, VA. Policía de paisano revisándose



1986 - Amherst, MA



1975 - Philadelphia, MS



1972 - Jackson, MI



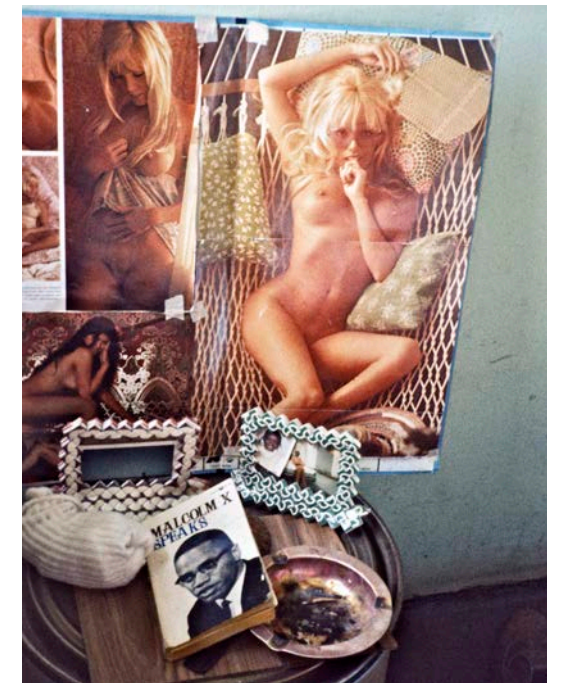
1975 - San Bruno Jail, CA



1975 - San Bruno Jail, CA



1973 - NYC



1975 - San Bruno Jail, CA

Mi viaje a través de esta jungla social me había conducido automáticamente al sistema cerrado por excelencia, la prisión, en la que me encontré con tres ladrones de clase baja que me habían atacado a mi llegada a América cinco años antes. Mientras que la sociedad se había cerrado lentamente a mi alrededor, como un tornillo de banco, estas personas se habían abierto a mí y, a través de mi propia guetización, se habían convertido en una parte de mí mismo. Ahora comprendía que no habían tenido ninguna opción real: su libertad era unidimensional. Su elección, entonces, de victimizarme o no, es indicativa de la elección blanca: ¿debemos dejar de oprimir a un pueblo irredento para no arriesgarnos a acabar nosotros mismos en una especie de prisión? O, encerrados en un sistema donde “el diseño de la vida ya está hecho”, ¿hemos perdido la libertad de elegir?

Aunque destináramos miles de millones de dólares a la reconstrucción de los barrios marginales, para ofrecer mejores escuelas y puestos de trabajo, los encarcelados en el gueto lo verían como un caso más de migajas humillantes procedentes de arriba. Sólo agravaría la imagen de sí mismos de los que nos deshicimos y que intentamos recuperar a medias, y morderían las manos que les dan de comer. Nuestra gran mano abierta liberal sufriría un rápido retroceso conservador.

No, ¡no podemos pagar nuestro racismo! Incluso en los mejores años del simbolismo liberal, 1960-67, se gastaron 348.000 millones de dólares en la guerra y 27.000 millones en la exploración espacial, pero sólo 2.000 millones en ayuda a los guetos. ¡No es de extrañar que la clase baja quemara los guetos por desprecio!

Esta ayuda desde arriba funciona involuntariamente igual que el sistema penal estadounidense. Aquí, el 95% del dinero se utiliza para deshacerse de los no deseados y embrutecerlos, mientras que sólo el 5% se gasta en la “rehabilitación” paternalista del producto de desecho (que tardó años en producirse). La mayoría de los reclusos están tan destrozados por el sistema penitenciario que nunca se adaptan a la vida en el exterior y acaban volviendo a la cárcel. En cambio, se encierra a millones de personas que necesitan tratamiento psiquiátrico como resultado de la patología institucionalizada, crónica y autopertuada del gueto. Alrededor del 25% de los reclusos son retrasados mentales debido a sus antecedentes de pobreza y a la intoxicación por plomo. Casi la mitad de los reclusos son negros, aunque sólo representan el 13% del país. Cuando, además, los negros reciben de media sentencias dos veces más largas que los blancos por el mismo delito (según informa el New York Times), se empieza a entender por qué muchos negros se ven a sí mismos como presos políticos.

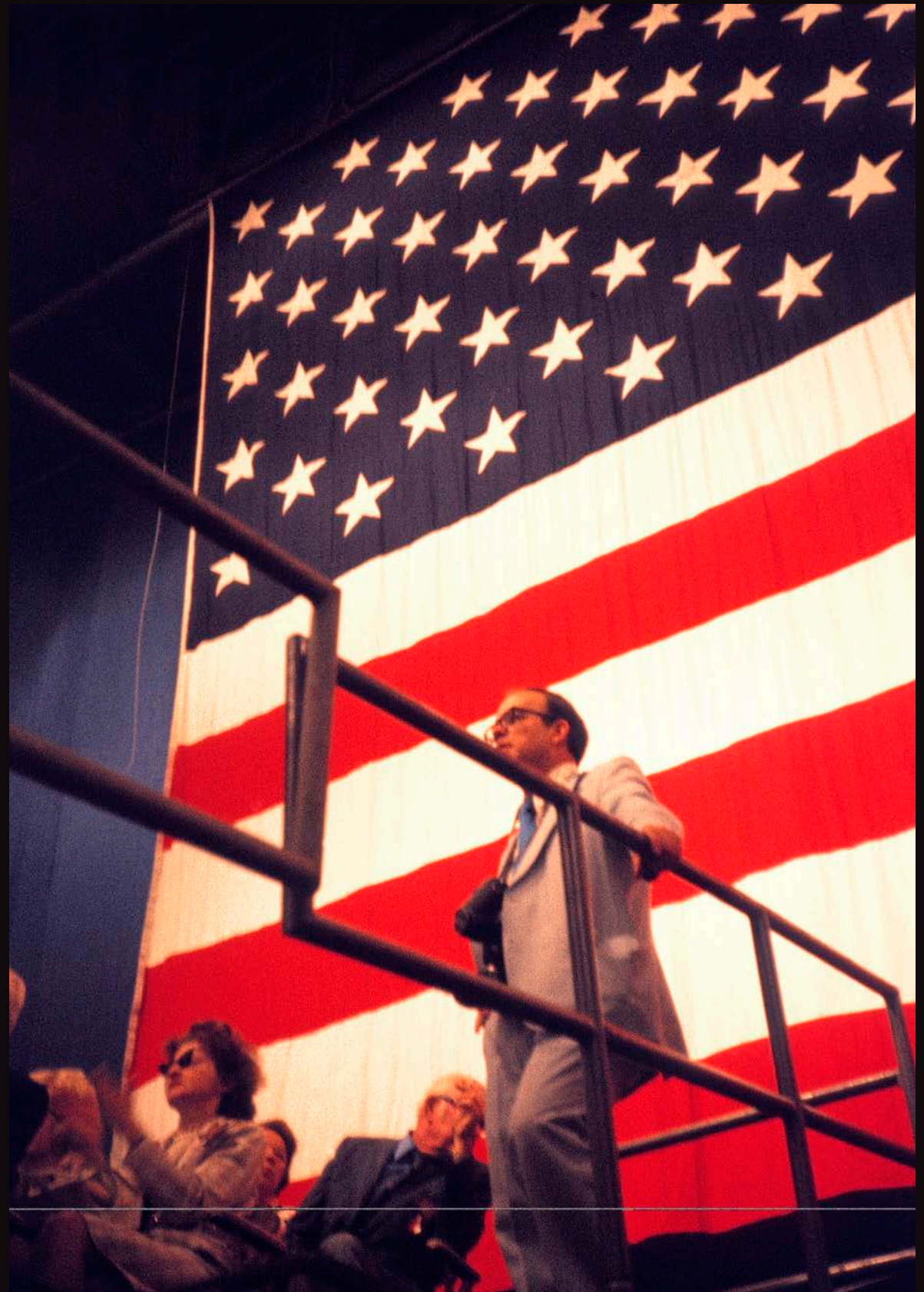
Puede parecer que presento a los negros como víctimas indefensas, pero ¿cómo si no vamos a ver al verdugo en nosotros mismos? Al leer este libro, su racismo inconsciente ha intentado negar la responsabilidad insistiendo en que el problema, después de todo, se debe probablemente a la inferioridad innata de los negros. Pero recuerda que a los inmigrantes negros de las Indias Occidentales, que no fueron obligados a interiorizar nuestro racismo, les va tan bien como a los blancos en Estados Unidos. Así que cuando los negros nativos, profundamente moldeados por nuestro racismo, tienen sólo la mitad de los ingresos de los blancos y constituyen más de la mitad de los reclusos, entonces sí, muchos de ellos son víctimas indefensas de nuestro racismo. Las imágenes de personas rotas y apáticas que aparecen en este libro no son las que nuestros oprimidos, que luchan por mantener un poco de dignidad, quieren ver de sí mismos.



1974 - Baltimore



1975 - San Bruno Jail, CA



1972 - Miami Beach, FL



1971 - Oakland, CA. Presidente Huy P. Newton



Posteriormente, la presidenta de la AFP, Elaine Brown, que canta la última canción de este libro



Henry e Ilane en el cartel de Huey P. Newton



1975 - Seattle, WA



1973 - Baltimore. Programa de desayunos gratuitos de la AFP



1973 - Baltimore. Programa de desayunos gratuitos de la AFP

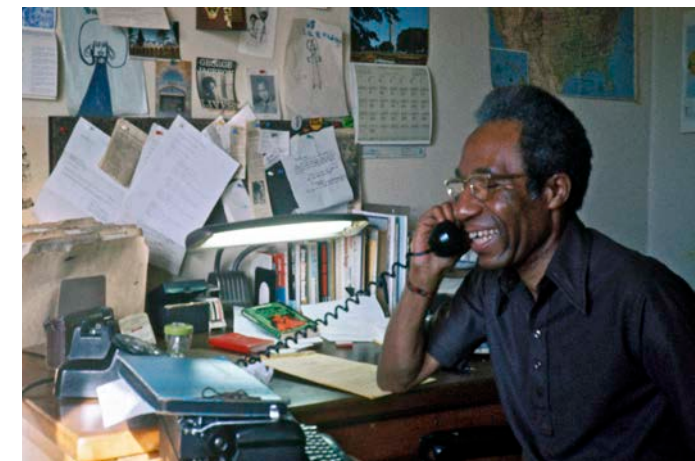
Pero la opresión siempre produce más humanos rotos que rompedores de esquemas, y si no entendemos a los que son demasiado débiles para resistir, ¿cómo vamos a darnos cuenta de lo destructivo que es nuestro racismo?

Estos prisioneros sí se resistieron. Lo que les hizo elegir nuestro último castigo no fue la necesidad real o el hambre, sino la ira incontrolable, un cóctel vicioso de odio y auto-odio que les hizo despreciar todo. No son más que los síntomas visibles de nuestra opresión; su ira es compartida por todos los negros estadounidenses. Su ira les derrota constantemente, les hace tropezar donde otros triunfan fácilmente. En lugar de examinar la causa de su rabia, les culpamos por no tener éxito. No entendemos el monstruo del gueto que hemos creado. En su lugar, le damos la espalda, lo “encarcelamos en masa” -un día, quizás, serán “campos de concentración”- y destruimos nuestra propia sociedad en el proceso.

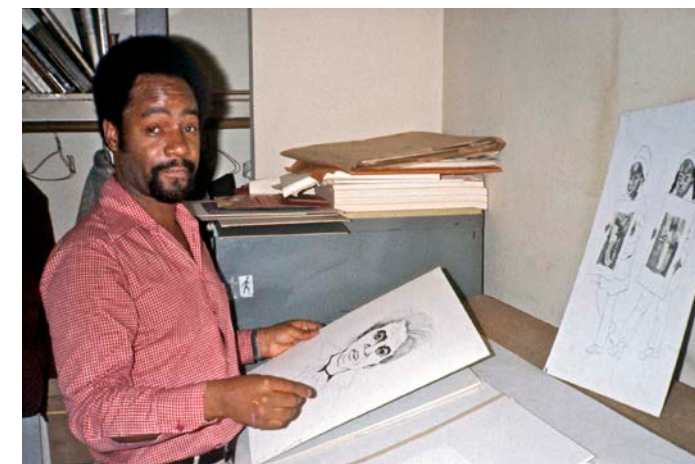
Sin embargo, por muy formidable que parezca la opresión, siempre ha habido un movimiento activo para oponerse a ella, desde Nat Turner hasta Black Lives Matter. No podía observar pasivamente toda esta destrucción, así que me uní al movimiento de mi generación, los Panteras Negras. Ya habían utilizado el poder del teatro político en algunos eventos valientes, ejerciendo sus derechos de la Segunda Enmienda a portar armas mientras protestaban por los interminables asesinatos policiales de negros. Los blancos estaban tan asustados por los negros con armas que el gobernador Reagan, con el apoyo de la NRA (lo creas o no), endureció las leyes de armas en California. Y aunque los Panthers no eran violentos, el FBI inició una operación secreta COINTELPRO para aplastar al grupo, asesinando a innumerables Panthers, algunos mientras dormían, como Fred Hampton. Me impresionó especialmente el programa de Desayuno Gratis para los Niños que pusieron en marcha en muchos guetos, y viajé en

autostop para apoyarlos. En Baltimore solía quedarme con mis amigos panteras Henry e Ilane (a los que se ve aquí con su bebé bajo el póster de Huey Newton). Les ayudé a dar de comer a los niños de la zona y vi a estos niños, vestidos con harapos, recorrer largas distancias por la mañana para conseguir una comida. Sentí que esto era más significativo que unirme a la secta en torno al mercurial líder Huey Newton (arriba a la izquierda), con quien me había encontrado a menudo en Oakland, junto con otros líderes, como Elaine Brown, que canta “There is a Man” al final de mi programa. Pero cuando David Dubois se convirtió en editor jefe del periódico de las Panteras, me convenció de que mi verdadero papel era el de fotógrafo del periódico. Me sentí increíblemente orgulloso de trabajar para el hijo del gran W. E. B. Du Bois, al que vemos aquí en la sede del BPP en Oakland junto al famoso dibujante Emory Douglass. Y así, las fotos de este libro se publicaron por primera vez en The Black Panther.

Esta historia tiene un triste epílogo: Cuando tuve que revisar la película El mayordomo en la televisión danesa en 2013, rompí a llorar durante la parte en la que, por primera vez, se retrataba a los Panteras Negras de forma positiva: como una etapa natural de la resistencia negra. Me di cuenta de cómo yo misma había reprimido mi participación en las Panteras, que formaba parte de mi libro original en danés. Cuando estaba empezando mi programa en la América de Reagan en 1984, borré todo rastro de él, por miedo a que me acusaran de terrorista. América y yo habíamos cambiado desde que conocí a Reagan en 1972, cuando le acusé descaradamente de oprimir a los negros. Tenía razón. Era el primer candidato que utilizaba el racismo “codificado” y los silbidos de perro (“jungla” = gueto, “monos” = africanos) para ganar la presidencia desde el Movimiento por los Derechos Civiles.



1974 -David Dubois en la sede de la AFP en Oakland



1974 -Emory Douglass en la sede del BPP en Oakland



1971 - Washington, DC

Me uní a los negros en innumerables manifestaciones, desde los actos patrocinados por las Panteras Negras hasta las protestas de Black Lives Matter, pero nunca vi a tantos negros implicados como cuando se organizaron contra el racismo de doble filo de Reagan: Utilizó la estrategia sureña del código de colores contra los negros en su país y apoyó el régimen del apartheid sudafricano. Incluso oprimió a las mujeres cuando abogó por que el dictador Zia instalara la sharia en Pakistán. Me di cuenta de que los negros siempre habían intentado apelar a la conciencia de sus opresores, pero durante los años de Reagan sentí que los opresores eran una gran conspiración conjunta de blancos, judíos, musulmanes e inmigrantes (incluso inmigrantes negros, al menos en las universidades) contra nuestras víctimas crucificadas. Por lo tanto, compartía la frustración de los negros por manifestarse contra personas que, como Reagan, eran básicamente buenas de corazón (como reza su epitafio).



1987 - Ann Arbor, MI



1971 - Washington, DC



1972 - Ronald Reagan, Miami Beach, FL



1991 - Philadelphia, PA



Estoy fotografiando una manifestación de Black Lives Matter en 2016



2013 -En su tumba conmemorativa encontré por fin algo en lo que Reagan y yo podíamos estar de acuerdo, y me reconcilé con él.



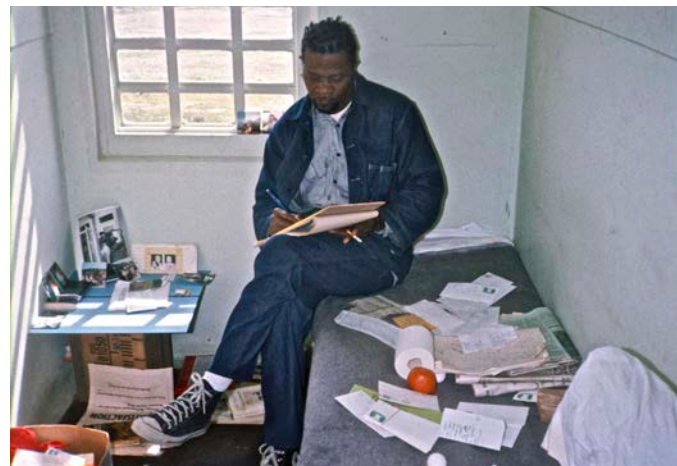
1975 - Popeye en la cárcel de San Bruno, California



1975 - Popeye en la cárcel de San Bruno, California



1975 - Popeye en la sala de visitas



1975 - Popeye escribiendo para el periódico del sindicato de presos



1975 - San Francisco

Pero no olvidemos que aquellos que pueden adaptarse a este sistema de gulag pueden experimentar nuestra sociedad, con sus ventanas enrejadas y sus calles desiertas y llenas de miedo, como la más libre del mundo. Un libro como éste será recibido con los brazos abiertos porque el sistema es tan masivo en su opresión que toda crítica se pierde en él, y se convierte en un entretenimiento o escape religioso. Sólo cuando el sistema se encuentra con una resistencia organizada se ensaña con él, como vi con mi mejor amigo en California, Popeye Jackson.

Cuando conocí a Popeye, había llegado al final de mi viaje. Como vagabundo me encantaba la libertad de perderme en la persona individual e ingenuamente creía que podía mantenerme libre del racismo. Pero ahora empezaba a sentir que mi vagabundeo había sido una huida blanca privilegiada, como tantas otras. El marco conceptual que utilizo aquí se había convertido en una esperanza necesaria y en un medio de supervivencia en un mundo de opresión, pero ahora me daba cuenta de que había otras verdades y formas más espirituales de percibir la vida humana. Sentía que estaba explotando el sufrimiento con mi cámara y, al sentir mi propio racismo creciente, empezaba a enfermarme. No es agradable descubrir que te has convertido en aquello contra lo que luchas, pero el racismo no es un asunto voluntario en una sociedad racista, y yo sabía que era más que un racista. Así que, en lugar de avergonzarme, mi racismo me hacía sentir parte de Estados Unidos, y tenía que responsabilizarme de él convirtiéndome en un antirracista activo y ayudando a cambiar el país que había llegado a amar. Cuanto más amaba a Estados Unidos, más difícil era observar en silencio su autodestrucción. Mientras tomaba fotos, docenas de mis amigos habían ido a la cárcel, amigos que habían protestado contra el sistema, muchos de ellos sin pensar en ello, mientras yo pensaba y disparaba con mi cámara sin actuar.

Así que guardé mi cámara y me puse a trabajar con Popeye. Me demostró que la víctima, lejos de estar indefensa, es capaz de resistir. Estaba orgulloso de su origen en el gueto bajo y siempre vestía como un buscavidas. Era la personificación de la clase baja, con toda su franqueza, su violencia, su sexismo, su bella cultura, su generosidad, todas las cosas que en Europa consideramos estereotipadamente americanas. El propio Popeye había hecho un largo viaje. Sólo tenía 10 años cuando entró en la cárcel y pasó un total de 19 años en prisión. Durante su largo confinamiento, su conciencia política maduró, y sintió que a través del marxismo podría liberarse del intenso odio a sí mismo que suele inducir el encarcelamiento. No quería que el marxismo fuera sólo un escape psicológico individual o un sistema puramente analítico, como lo es para tantos estudiantes europeos, así que empezó a organizar a los demás reclusos en el Sindicato de Prisioneros Unidos (UPU), llegando a ser su presidente. Consideraba que sólo era posible

escapar del gueto cambiando colectivamente todo el sistema. Rápidamente se convirtió en una figura conocida y, por ejemplo, fue elegido como mediador entre la familia Hearst y el Ejército Simbionés de Liberación, el grupo terrorista que secuestró a Patricia Hearst.

La influencia de Popeye sobre los reclusos aumentó, y me contaron que la policía había intentado que volviera a la cárcel plantando droga en su coche (en alguna ocasión también le habían amenazado de muerte). Trabajando juntos en la UPU, cada vez estábamos más unidos. Al notar los grandes agujeros de mis zapatos, me regaló un par de botas sin mediar palabra. Aunque había dejado de hacer fotos, me convenció de que las hiciera para el periódico de la cárcel. Prometí no contar nunca cómo introduje la cámara de contrabando, pero como el sheriff Hongisto, un gay de armario, está ahora muerto, me siento libre de revelar que fue

Hongisto quien me “encarceló” en agradecimiento a mi trabajo en el movimiento gay. Popeye intentaba constantemente organizar a los presos en condiciones inhumanas que ahogaban toda vida privada en un lugar donde el sistema utilizaba casi cualquier medio para doblegar a la gente. Precisamente porque yo mismo estaba totalmente paralizado en ese entorno, ver cómo Popeye conseguía que los demás reclusos leyeran literatura política, aunque era imposible imaginar cómo podía leer alguien en medio del ominoso ruido y el miedo siempre presente, me causó una impresión indeleble. Muchos reclusos me dijeron que Popeye había tenido un efecto similar en ellos: no era un “falso intelectual revolucionario”; era uno de los suyos.

Aunque era un organizador muy prometedor, Popeye no estaba exento, naturalmente, de graves defectos humanos que perturbaban a muchos de los voluntarios de nuestro grupo, especialmente a las mujeres. Habían aprendido la lección de la izquierda ingenua de los años 60, que había abrazado románticamente a varios violadores como la “vanguardia de la revolución”. Algunos de ellos abandonaron nuestro grupo por el sexismo de Popeye. Yo chocaba intensamente con ellos porque me parecía que sus opiniones no eran más que otra forma de racismo, una forma radical actualizada de decir: No me gustan las clases bajas.

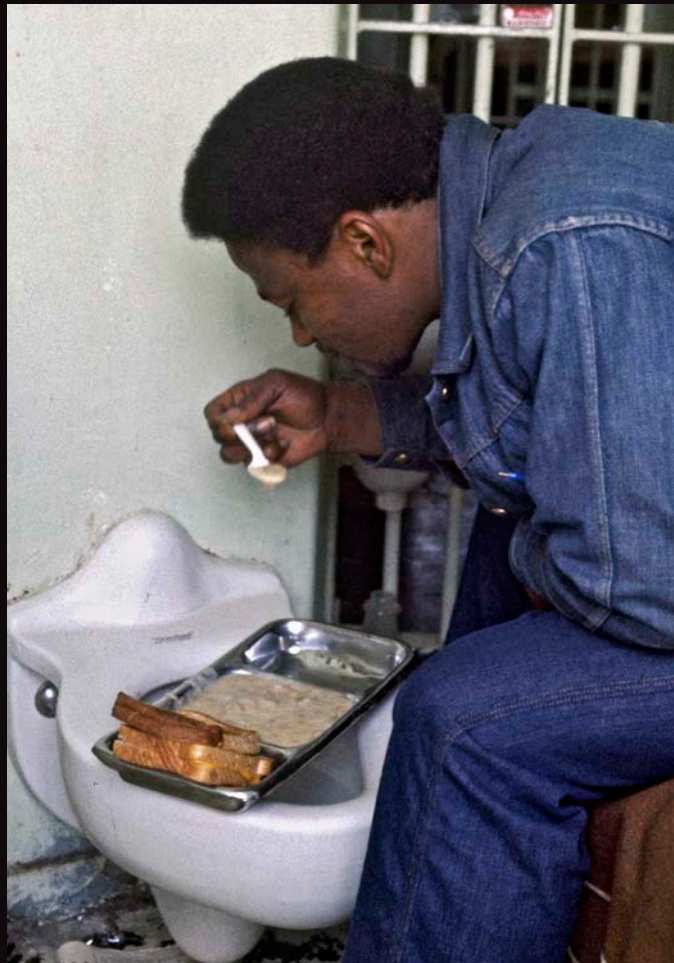
“Si creen que un hombre puede salir de 300 años de esclavitud y 19 años de prisión como un ángel, son unos tontos. Incluso Martin Luther King era machista”, dice hoy Coretta King”. En aquel entonces, dije: “Si crees que a un hombre se le debe negar un poderoso papel de liderazgo hasta que esté a la altura de las normas liberales blancas en todos los aspectos, entonces eres un enemigo tan peligroso de la acción afirmativa como el peor racista sureño. Si le dais la espalda a Popeye ahora, entonces no es su racismo el que le obliga a volver al gueto, sino el vuestro”. Habiendo acabado yo mismo en la trampa del sexismo (página 274), fui un gran defensor de Popeye. Pero al mismo tiempo le estaba traicionando: Al igual que los blancos no presionan lo suficiente sobre el racismo de los demás, yo y los otros hombres del grupo no intentamos cambiar el sexismo de Popeye, aunque sólo sea para permitirle ser un organizador más exitoso.



1975 - San Bruno Jail, CA



1975 - San Bruno Jail, CA



1975 - San Bruno Jail, CA



1975 - Popeye en nuestra fiesta de lanzamiento "de vuelta al mundo"



1975 - Noticias de la televisión local

Fuera de la prisión se inició una eficaz campaña para conseguir la liberación de Popeye, y por fin fue liberado. Le organizamos una gran fiesta de "vuelta al mundo". Popeye me había advertido a menudo sobre los infiltrados del FBI que se hacían pasar por miembros de la UPU. Como siempre había confiado en todos los que conocía en mi vagabundeo, tomé sus advertencias como una paranoia normal del gueto. Me resultaba difícil imaginar que alguien que conocía fuera policía secreto, así que me quedé completamente fuera de combate cuando experimenté el terror que el sistema empleaba contra el sindicato de Popeye: Una de mis amigas -de hecho, la que más confianza tenía- era una informante del FBI.

Se llamaba Sara Jane Moore. Era un poco mayor que las demás, y pensábamos que era una simpática y simpática, aunque ligeramente confundida, ama de casa de los suburbios. Nos sorprendió cuando confesó a los periódicos que era una espía del FBI, pero que ahora tenía remordimientos de conciencia: durante nuestro trabajo se había convertido a las opiniones de Popeye. Dos meses más tarde, casi cambió la historia del mundo cuando intentó disparar al presidente Ford en Union Square. Experimentó un tormento tan terrible por lo que había provocado con su trabajo en el FBI que quiso vengarse del FBI asesinando al jefe del sistema, como ella decía.

Billy, un vecino del edificio donde vivía con travestis, le quitó la pistola de la mano a Sara Jane y salvó la vida del presidente. Esto hizo que lo invitaran a la Casa Blanca. Pero Billy estaba saliendo con el líder del movimiento gay, el amante de Harvey Milk, Joe, y la Casa Blanca rescindió la invitación cuando Milk le hizo confesar abiertamente que era gay. (Después de 32 años en la cárcel, Sara Jane fue liberada en 2007, y se pusieron en contacto conmigo empresas de cine y televisión que querían utilizar mis fotos de ella).

¿Qué había sucedido entre estos dos episodios para desequilibrarla tanto? El sábado por la noche, un par de días después de nuestra fiesta, Popeye tenía que venir a seleccionar las fotos de la cárcel para nuestro periódico. Sin embargo, llamó y dijo que no tenía tiempo; tenía que ir a una reunión. Le dije que iría a la reunión más tarde y que le acompañaría a casa. Sólo

dos horas antes de salir, recibí una llamada de Annie, llorando de miedo y rogando que no me fuera a casa con Popeye. Si no hubiera recibido esa llamada, no habría visto las noticias la noche siguiente:

"Esta es la edición dominical del Eyewitness News de las once. La policía de San Francisco sigue investigando el asesinato al estilo de una ejecución del reformador de prisiones Popeye Jackson, que era jefe del Sindicato de Prisioneros Unidos. Jackson estaba sentado en un coche con Sally Voye, una maestra de Vallejo, cuando se produjo el tiroteo a las 2:45 de la madrugada del domingo. La policía dice que murieron inmediatamente.

- Ahora, como muchos de ustedes, amo a los perros. Me preocupan. Por eso alimento a mis perros con Alpo. Porque la carne es el alimento natural de un perro. Es lo que más les gusta. Y la cena de carne de Alpo tiene productos de carne que son realmente buenos para ellos. Ni una pizza de cereal. No hay mejor comida para perros en el mundo.

(Policía): Los informes indican que el asesino hizo primero un disparo que rompió una ventana del coche. La primera bala alcanzó a la Srta. Voye y luego a Jackson. El pistolero no estaba allí para robar a la gente. Las carteras estaban intactas. Esto suena como un asesinato estilo ejecución ...

- Se podría llamar así. Estamos trabajando en eso como una posible teoría. Tenemos que descartar el robo.

- La policía dice que varias personas salieron a sus ventanas cuando escucharon los disparos. La policía comenzará a interrogarlos mañana para encontrar al asesino.

- Así es como empieza. Ves a alguien dar ese primer bocado que te hace la boca agua y tienes que probarlo por ti mismo. En este mundo sólo hay un pollo frito que siempre sabe tan bien como para chuparse los dedos, y tienes que decir: "¡HOLA! ¡Es un día de Kentucky Fried Chicken!"

Aunque fue a mi mejor amigo a quien vi tirado en un charco de sangre en la televisión sólo unas horas después de que yo mismo hubiera planeado volver a casa con él en esa noche desastrosa, no pude llorar los primeros cuatro días: todo me parecía tan irreal, presentado, como estaba, en esta extraña mezcla americana de anuncios de comida para perros y pollo frito. El sistema, con los medios de comunicación a su disposición, puede salirse con la suya en casi todo, ya que es capaz de hacernos olvidar en el siguiente instante lo que vimos en el anterior.

No caí en la cuenta de lo que había pasado hasta el funeral, y rompí a llorar totalmente. También me di cuenta de que Sally, que había trabajado con presos y niños del gueto aunque vivía en la seguridad de un suburbio, que incluso había intentado trabajar en el sexismo de Popeye, y que me había gustado, esta fantástica mujer también había sido asesinada, simplemente porque habría sido testigo del asesinato. Mi destino no habría sido diferente si hubiera estado con ellos esa noche.

Aquí está Sally con Popeye unos días antes de su asesinato. El asesino nunca ha sido establecido. Pero desde que Sara Jane Moore, condenada a cadena perpetua, dio a Playboy un estremecedor relato de su trabajo encubierto para el FBI, incluyendo cómo el FBI la amenazó de muerte cuando se dio cuenta de que se dejaba ganar por las ideas de Popeye, pocos tenemos dudas. Popeye me había advertido a menudo de los ex convictos que podían llegar a acuerdos de liberación anticipada con la policía. Él mismo nunca tuvo miedo de morir a pesar de que, como reveló más tarde el San Francisco Chronicle, la policía había amenazado con matarlo. En su último artículo, que escribió mientras estaba con él en la cárcel, dijo: "No debemos temer a la muerte. Somos la clase condenada y sólo a través de la revolución podemos ganar nuestra libertad y la de todos los oprimidos del mundo".

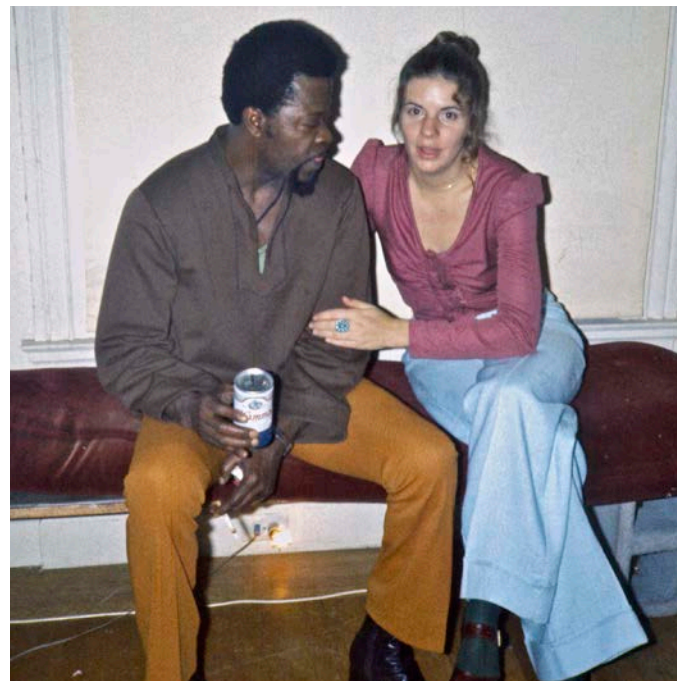
En el funeral, al que fui el único fotógrafo invitado por su familia, muchos de sus trabajadores sindicales y amigos de la cárcel -indígenas, negros, chicanos y blancos- le dieron un beso de despedida. Muchos otros no podrían "volver al mundo" y ver su tumba hasta una generación después. Su madre, que le había llevado tarta en la cárcel todas las semanas durante 19 años, sufrió un colapso total delante del ataúd.



1975 - San Francisco Examiner



1975 - S-F Chronicle



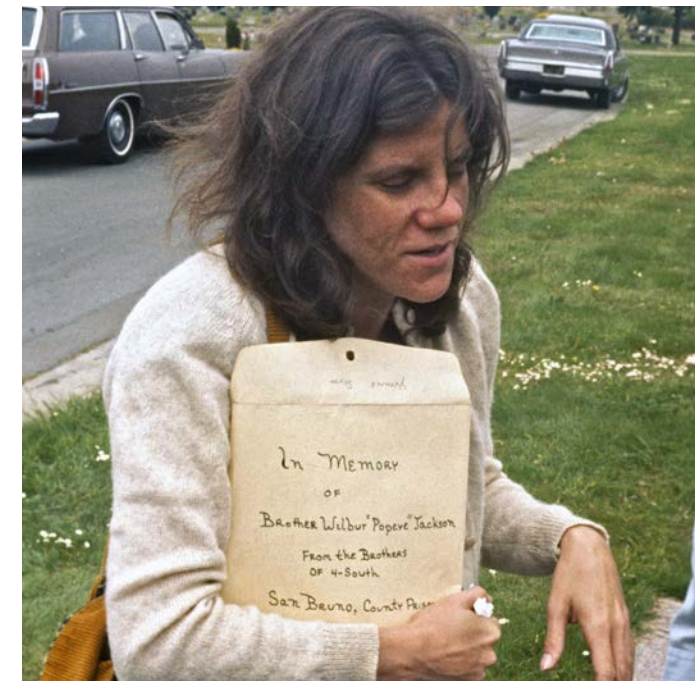
1975 - Popeye y Sally Voyer en la fiesta



1975 - Popeye at party



1975 - El miembro de la UPU "Sleepy" en el funeral



1975 - Pat Singer, esposa de Popeye, embarazada, en el funeral



1975 - invitados a la cena de recaudación de fondos de 5000\$ el plato para el Presidente Ford

*Hay un hombre
que se interpone en nuestro camino.
Y sus manos codiciosas
se extienden por todo el mundo.
Pero si matamos a este hombre
tendremos paz en esta tierra
y esta gloriosa lucha
estará terminada.*

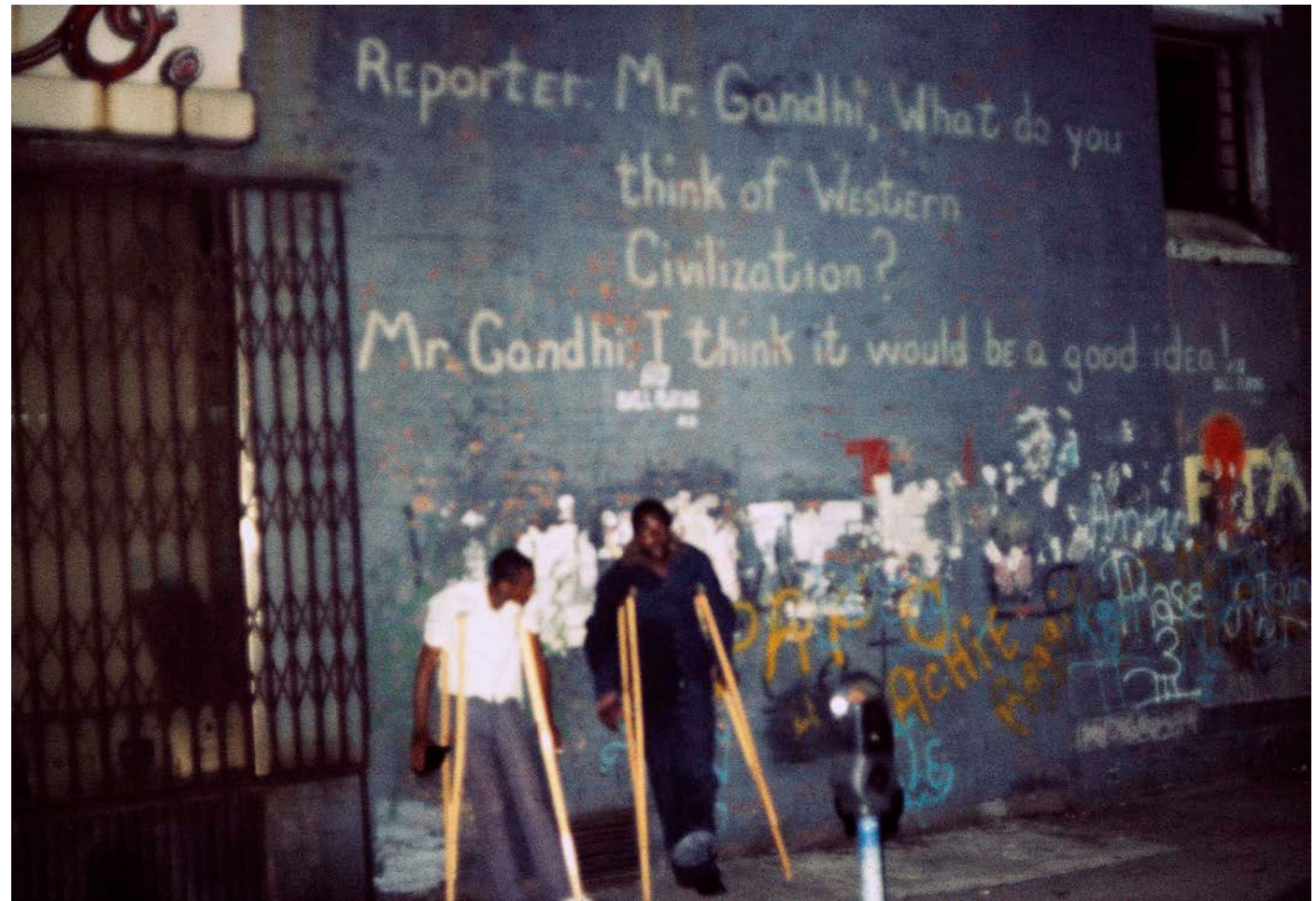
*Y lo que queremos es tener
lo que necesitamos
y vivir en paz con dignidad.
Pero estos pocos ancianos,
no se romperán ni se doblarán
así que sólo con su muerte
que seremos libres.*



1975 - Ex convicto despidiéndose

*Y si nos atrevemos a luchar
por lo que, por lo que queremos
sin perdonar a nadie
que se interponga en nuestro camino:
La lucha es dura
y larga
pero no podemos, no podemos equivocarnos
porque nuestra liberación será ganada.*

*Y podremos volver a encontrarnos
si no morimos
pues ese es el precio
que se puede pagar,
Pero si pasamos por este camino
nos encontraremos algún día,
nos encontraremos de nuevo
si no morimos...*



1971 - Dos veteranos en el monumento a Gandhi, Lower Eastside, NY

Pero, ¿cuánto tiempo... cuánto tiempo...?

Popeye era el último amigo del que quería despedirme de esta manera. Con los asesinatos de Sally y Popeye, todos mis sentimientos y sentidos habían sido asesinados. No pude soportarlo más y huí del país. Había perdido a 12 de mis mejores amigos por esta violencia americana sin sentido, y otros muchos habían desaparecido en la cárcel de por vida.

Este hombre fue asesinado en Nueva York, cerca de donde yo vivía, justo enfrente de un mural del gueto (detrás de la mortaja), al que quizás nunca prestó atención, quizás no pudo leer. Una noche, en el mismo mural, encontramos a dos veteranos lisiados que han salido a defender la "civilización occidental" y ahora tienen que mendigar en la calle.



1971 - un cadáver frente al monumento a Gandhi

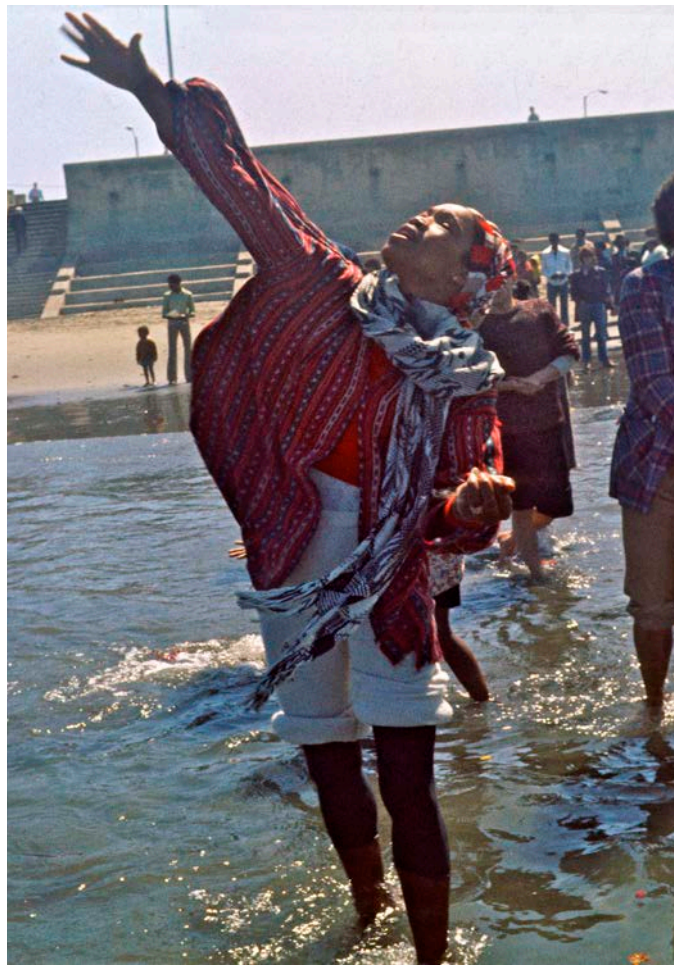


1975 - San Francisco. Linda Jones tirando las cenizas al mar

Amaba al pueblo estadounidense más que a ningún otro que hubiera conocido. Al final había deseado formar parte de Estados Unidos y no había querido abandonar el país.

El calor humano que había encontrado en todas partes -el mismo calor con el que otros inmigrantes habían sido recibidos con los brazos abiertos- era una brisa fresca en mi vida después del desapego y la reticencia que había conocido en Europa. Pero la calidez y la apertura de los estadounidenses contrastaban con el cruel e inhumano sistema de guetos que había surgido de su propio e intenso dolor. Había estado en las cumbres más altas, y había estado en las profundidades más sombrías con un pie en la tumba de Estados Unidos.

En todas partes me dolía ver la creciente fosilización y fortificación a la que está sometida esta calidez y apertura -una calidez de la que todavía podía beneficiarme como extranjero, pero que hacía tiempo que se había petrificado en miedo, odio y amargura hacia otros estadounidenses. Los estadounidenses viven más aislados y alienados entre sí que cualquier otro pueblo que yo conozca.



1975 - San Francisco. Rhodessa Jones arrojando cenizas

Y la violencia contra los pueblos oprimidos de todo el mundo continúa. Entre la creación de guetos para los pueblos más pobres y expuestos del mundo y nuestro racismo climático -junto con las políticas comerciales injustas- matamos a más seres humanos cada año que la Segunda Guerra Mundial y haremos que millones de personas lleguen a nuestras costas como refugiados. ¿Estamos preparados para tapar otro cadáver más? ¿Y de cuántos estamos dispuestos a deshacernos porque tememos un cambio personal más profundo que beneficie al mundo en su conjunto? El escenario está cambiando. Los pueblos colonizados, de espaldas a la pared, deben servir ahora de colonizadores y opresores. Son enviados por el océano que sus ancestros atravesaron para venir aquí. Nuestra inhumanidad ha cerrado el círculo. Finalmente hemos conseguido crearlos a la imagen sangrienta de nuestra civilización. Otro niño ha sido asesinado en la violencia del gueto (cinco años). El anillo se está cerrando. Una vez más, una madre negra debe arrojar a su hijo al océano, como lo hizo desde uno de los barcos de esclavos de hace 400 años ... la vida de nuestro sistema ...

El océano la llevará de vuelta a las costas de las que vinieron sus antepasados cuando los necesitábamos. ¿Cuánto sufrimiento más vamos a presenciar -o causar-? No lo sabemos. Arrojamus nuestra incertidumbre al océano con las cenizas de nuestras víctimas ...

*¡Barco a la vista! ¡Barco a la vista! ¡Barco a la vista!
Hasta donde alcanza la vista,
hombres, mujeres y bebés esclavos,
llegando a la tierra de la Libertad,
donde el diseño de la vida ya está hecho -
Tan jóvenes y tan fuertes
sólo esperan ser salvados...*



1975 - San Francisco

Un epílogo personal

(esta es una posibilidad, pero se escribirá más adelante tras consultar con un editor)

¿EL FINAL?

Después de haber sido oprimido a lo largo de este libro, es posible que ahora te sientas

Culpable, paranoico, frustrado, agotado, molesto, entumecido, tenso, enfadado, cabreado, silenciado, tonto, confundido, indigno, cauto, inferior, impotente, temeroso, manso, pasivo.....

Una mayor opresión también podría haberte hecho... protector, desatento, hostil, apagado, astuto, juguetero, engañoso, conspirador, manipulador, vengativo, superior, observador (del opresor), astuto, destructivo, desapegado, cobarde.... y, finalmente, ¡quizás violento!

Estas emociones son como las que experimentan los negros de los guetos que viven bajo los patrones de opresión en EE.UU. y Sudáfrica, los inmigrantes en Europa, los palestinos bajo Israel y, en diversos grados, muchos otros pueblos oprimidos. El dolor que acompaña a estas emociones fuerza a las personas a la parálisis, a la desesperación y a la ira autoconsumidora. El comportamiento irracional e impotente resultante alimenta a su vez el racismo blanco. Ser conscientes de cómo funciona este círculo vicioso nos da el poder de trabajar juntos para liberarnos de estos patrones opresivos...

...¡por amor a la humanidad y a nosotros mismos!

Pero no debemos olvidar una cosa importante. Habiendo sido “oprimidos” nosotros mismos a través de este libro, ahora corremos el riesgo de terminar en el otro extremo del patrón de opresión:

Sin una salida adecuada o constructiva para nuestro dolor, podemos acabar utilizando nuestros nuevos conocimientos para convertirnos en racistas aún más sofisticados que antes.

El dolor, la compasión, la rabia, la culpa o la tristeza que puedas sentir ahora demuestran el cariño humano que hay en cada uno de nosotros y nuestro profundo anhelo de que las cosas se arreglen. Muchos sentirán la necesidad de llorar o reír o de hacer saber a alguien cercano lo que sienten. Compartir nuestros sentimientos y nuestras profundas preocupaciones sobre el racismo es un primer paso significativo para romper con el miedo y la inhibición que nos mantiene atrapados en patrones hirientes.

Dejaré que otros presenten soluciones gubernamentales viables sobre cómo abordar nuestro aplastante racismo institucional, la suma total de todo nuestro racismo individual. Fui testigo y me beneficié personalmente de las políticas gubernamentales progresistas que inspiró en su día “Un dilema americano” de Gunnar Myrdal. Durante años, después del movimiento por los Derechos Civiles, el gobierno intentó cambiar el pensamiento blanco opresivo, ya que -como Myrdal señaló acertadamente- sólo una disminución de los prejuicios blancos conduciría a la movilidad ascendente de los oprimidos. Al mismo tiempo, me

deprimía ver cómo la tendencia europea, en agudo contraste, insiste en que las minorías deben cambiar primero para llegar a ser aceptables para la mayoría blanca - una visión que me temo se ha impuesto en Estados Unidos y ha abierto el camino para la influencia divisiva y destructiva de Trump.

Un beneficiario de los programas progresistas del gobierno fue mi mentor, el Dr. Charles King, a quien el gobierno empleó en sus seminarios “Los blancos deben cambiar” para los empleados del ejército, la CIA, el FBI y muchas otras instituciones gubernamentales y grandes corporaciones como IBM, Federal Express, etc. La idea era que sólo a través de una desprogramación de su racismo divisivo podría su poder unificado combinado “hacer América fuerte de nuevo”. Después de haber visto mi espectáculo Charles King me invitó a participar en sus seminarios como observador neutral, “no te trataré como a los demás”, dijo de antemano y me colocó a su lado sin decirme nada de lo que iba a ocurrir. Luego empezó a maltratar, dividir, regañar, acusar, oprimir y enfrentar a sus participantes durante dos días, mientras les mostraba cómo esto era similar a lo que ocurre con los negros. Como blanco, me pareció que iba demasiado lejos y sentí lástima por esos participantes tan educados y justos que habían acordado con su empleador no escapar de su programa, aunque todos nos sentimos a veces tentados de hacerlo. Con su formidable perspicacia en la psicología del blanco y el negro, vi cómo iba desmontando poco a poco a estos poderosos líderes, para que acabaran comportándose y respondiendo casi “como niños”. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Empezó el primer día preguntándoles sus nombres -nada más- y luego escribió algo en un papelito con sus nombres y lo puso en una caja. Tras dos días de opresión, les pidió que se acercaran y leyeran en voz alta las predicciones que había escrito sobre cómo reaccionaría cada uno de ellos ante su comportamiento opresivo, cómo algunos se replegarían en un caparazón, cómo otros, “los militantes”, se defenderían al principio, y todos los demás papeles de huida en los que suelen acabar las personas sometidas a la opresión. Al final les pidió a todos individualmente que escribieran los sentimientos que tenían ahora, y me sorprendió lo parecidos que eran todos, también a los míos (aunque sólo sea porque no había estado preparado para su opresión). Luego terminó diciendo que “esos son exactamente los mismos sentimientos que tenemos los negros todos los días por culpa del racismo blanco”.Pero ahora dejaré de oprimirte, te lo prometo.¿Confías en mí?” En nuestro quebranto, después de muchos momentos tan efímeros de ver la luz al final del túnel, por supuesto que ninguno de nosotros confiaba en que nuestro gran opresor cambiaría alguna vez, aunque “retirara su cuchillo de 4 a sólo 2 pulgadas en nuestras espaldas”. Pero finalmente cambió y puso fin a los dos agitados días organizando después una verdadera fiesta de liberación con mucho “whisky escocés blanco y negro” en la que nunca he visto tanta gratitud hacia un ser humano. Todo el mundo sintió que les



1986 - Con el Dr. Charles King después de uno de sus talleres

había llevado a un pensamiento nuevo y más libre. Yo mismo me sentí miserablemente solo durante toda la prueba emocional, ya que los demás admitieron que habían sentido que yo era un espía o un aliado de Charles King, aunque en muchos aspectos me sorprendió experimentar cómo mis reacciones emocionales internas habían sido similares a las de ellos, tanto las de los participantes blancos como las de los negros. Como forastero, me sentí increíblemente orgulloso cuando al final me presentó como “el único John Brown moderno”. Así que en los años siguientes llevé a menudo a mis alumnos de excursión a Harper’s Ferry, donde John Brown había iniciado su insurrección abolicionista.

Charles King fue el primero que me hizo ver que las emociones de la gente tras su opresión eran las mismas que las de la gente que pasaba por American Pictures y una de las razones por las que acabé extendiéndola durante dos días. Sin embargo, su poderoso enfoque no tuvo éxito en los campus universitarios, ya que los estudiantes, al contrario que los empleados normales del gobierno, no se veían obligados a estar “encerrados” durante su opresión y pronto buscaban escapes y se marchaban. Por suerte, la mezcla de poderosas imágenes y música hizo que mis estudiantes estuvieran “cautivos” y “conmocionados” durante cinco horas opresivas, tras las cuales se comprometieron a un segundo día de liberación sanadora, durante el cual solían estar totalmente callados durante el primer par de horas, pero luego -especialmente bajo el impacto de mi asistente negro, Tony Harris- comenzarían a abrirse y terminarían en el primer diálogo profundo entre negros y blancos que habían tenido en el campus. Pronto se encontraban en un intercambio de sentimientos tan feliz entre ellos que ya no nos necesitaban allí, y Tony y yo nos escabullíamos discretamente y nos íbamos al siguiente campus esa misma tarde para volver a empezar todo el programa. Normalmente, nos traían de vuelta al cabo de un año a sus grupos de “American Pictures Unlearning Racism”, pero a menudo no me enteraba de lo que salía de



1991 - Con mi mentor en su lecho de muerte en Atlanta unos días antes de su muerte

nuestros programas de opresión/sanación hasta 20 años después, cuando estos estudiantes se reunían de nuevo para evaluar cómo American Pictures había cambiado sus vidas y querían que volviéramos a ir.

Así que “oprimir” a la gente para que se enfrente a su pensamiento opresivo más profundo sobre los demás y reunirlos en un diálogo - ojo a ojo - es la única forma efectiva que he visto para sanar y combatir el racismo. El proceso es utilizado de diversas formas por otros innumerables consejeros antirracistas cuyos talleres he experimentado a lo largo de los años. Sólo hay un método que me parece más eficaz; se trata de acercarse a las personas contra las que uno siente prejuicios. Eso es lo que he visto cada vez que he traído conmigo a estudiantes o extranjeros, o incluso a miembros del KKK, para que se quedaran con las personas atrapadas en nuestros guetos y las conocieran en sus propios términos. Pronto desaprenderían sus patrones de miedo y culpa, lo cual es difícil en el entorno seguro de un entorno universitario intelectual. Y en el proceso, también ayudaron a los habitantes del gueto a desaprender muchos de sus patrones de ira y hostilidad profundamente arraigados.

Por favor, tomen nota. Se escribirá un epílogo tras consultar con mi eventual editor estadounidense. Éstas son sólo algunas ideas:

..... Porque no tengo la formación académica necesaria para aportar grandes soluciones institucionales al problema. A partir de mis limitadas experiencias, a lo sumo puedo dar a los lectores algunas ideas sobre cómo abordar su propio racismo individual. Por supuesto, cada lector debe traducir mis “métodos vagabundos” de “acercarse a aquellos contra los que sientes prejuicios” según sus propias capacidades. Aunque parezca muy fácil, por mis talleres sé muy bien que el “amor” no es algo que la gente pueda aprender fácilmente o “revestirse de él” (Colosenses 3:12-14) - al menos no antes de que en grupos de curación hayan intentado liberarse de las diversas opresiones, traumas y rabia no curada a las que cada uno ha estado expuesto. Lo que literalmente nos incluye a todos. Así que esta es sólo mi manera de ilustrar cómo no podemos lograr la integración sin un amor redentor por los conciudadanos.

Bien, ya que he visto a tantos de mis alumnos a lo largo de los años ser motivados por la “culpa cristiana” para querer hacer algo con respecto a su racismo, permítanme señalar que no soy el primero en abogar por tal enfoque. Porque sin San Pablo, ni siquiera habrían podido llamarse cristianos. ¿Cómo lograron Pablo y los demás apóstoles predicar esta comunidad de unión en un mundo multicultural hostil y violento, hablando en tantas lenguas? Piense en la tarea que se les encomendó a los apóstoles de salir y comunicarse con todos los “partos, medos, elamitas, mesopotámicos, judíos, capadocios, frigios, pámpanos, etc.” sobre el amor de Dios en sus propias lenguas, es decir, en miles de lenguas locales. Obviamente, sólo a través de hablar el lenguaje del corazón - el lenguaje común que derrite todos los corazones de piedra. Porque, de nuevo, todas las personas son influenciadas por los pensamientos amorosos sin importar el idioma o las barreras culturales. Sólo a través del amor convincente que fluyó a través de los discípulos desde lo alto pudieron ellos, en un mundo de gente no amada -profundamente marcada por interminables maltratos y guerras en la infancia-, llegar en pocas décadas a tantos con su extraño mensaje de que todas las personas son amadas. Porque todas las personas quieren sentirse amadas e incluidas, y algo que Pablo y todos los demás misioneros aprendieron rápidamente -para evitar ser apedreados hasta la muerte, como lo había sido Esteban por el mismo Saulo (antiguo nombre de Pablo como judío “racista”)- es que si pensaban de forma condescendiente y hostil sobre aquellos a los que querían transmitir sus valores, entonces el público se encerraba en sí mismo y se volvía hostil. Porque el lenguaje del amor incluye también el “amor al enemigo”. No es ningún arte amar a quienes les sobra tanto como para corresponder al amor. Así que escucha por un momento las palabras, donde Pablo revela abiertamente su método eficaz de integración:

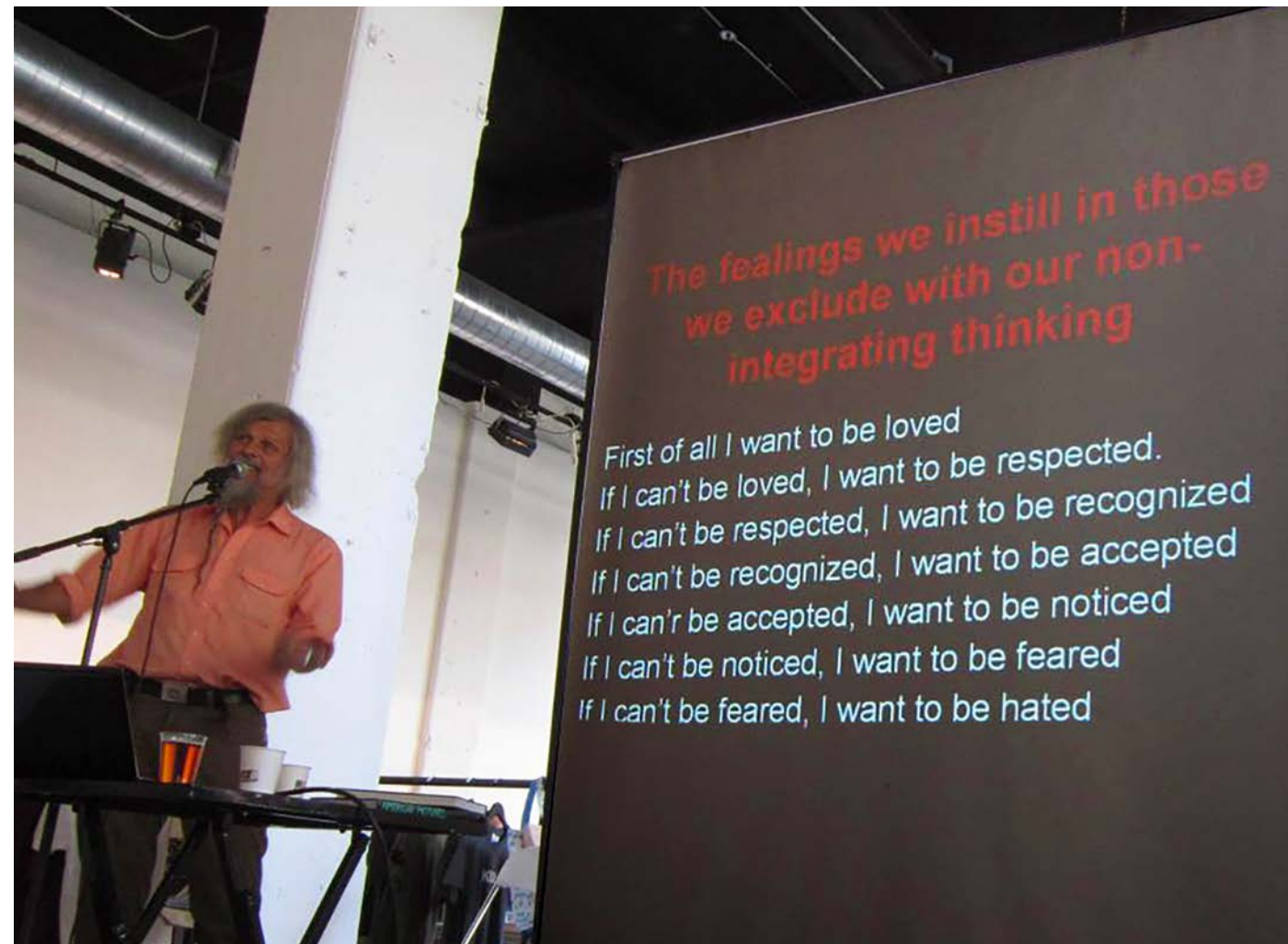
“Si hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo amor, soy un gong ruidoso o un címbalo que retiñe. Y si tengo poderes proféticos, y comprendo todos los misterios y todo el conocimiento, y si tengo toda la fe, como para remover montañas,

pero no tengo amor, no soy nada. Si doy todo lo que tengo, y si entrego mi cuerpo para que lo quemem, pero no tengo amor, nada gano”

Sus discípulos, que poco a poco se convirtieron en miles de seguidores, pudieron aprender a “revestirse de amor, que nos une a todos en perfecta armonía”. Y lo mismo podemos hacer nosotros hoy.

Cuando después de un par de años, gracias a la ayuda cariñosa de otros, aprendí a superar mi miedo y desconfianza hacia mis conciudadanos y vi cómo, como resultado, ahora se abrían a mí, un día encontré este poema de Nis Petersen y me sentí desafiada por él para seguir intentando abrirme y confiar en aquellos que todavía alimentaban mi miedo aversivo a la gente. Lo ilustré con mis fotos y lo llevé conmigo a todas partes como años más tarde se convirtió en la introducción de todas mis conferencias, “Sobre decir sí a los que evitamos”.

Con amor Jacob Holdt



2012 NYC. Mi conferencia “Sobre decir sí a los que rechazamos”

¿TE GUSTA EL HOMBRE?

*El hombre vino hacia mí
- pesadamente - dolorosamente -
detrás de él el camino
con huellas viscosas
de mentiras y llagas supurantes -.
Una voz retumbó: ¿Amas al hombre?
¡No! He dicho que no puedo.
¡Amor! Dijo la voz.
El hombre se acercó...
más cerca - arrastrándose -
babeando de lujuria -
con moscas y alimañas
en las llagas de su vientre.
Martilleó la voz :
- ¿Amas al hombre?
No. Dije.
¡Amor! dijo la voz.*

*Más cerca - y lentamente más cerca -
centímetro a centímetro -
el hedor era pesado
de las miles de enfermedades de Lie -
y la voz amenazaba:
- ¿Amas al hombre?
- No - ¡no amo!
- ¡Amor! Dijo la voz.
Entonces se puso de pie -
y extendió sus manos hacia mí,
y he aquí: las heridas de las espigas rezumaban rojo -
los brazos desnudos estaban cubiertos hasta los hombros
con negras llagas de pecado -
y el hombre se rió :*

*- ¡Así amaba Dios!
Una venda cayó de mis ojos -
Y grité :
- ¡Mand - Te amo !
Y mi boca estaba llena de sangre -
la sangre del Hombre.*

“Lo que hace que American Pictures sea tan perturbadoramente poderoso es el efecto acumulativo de las fotografías de Holdt combinado con su análisis desde fuera de la dinámica de la pobreza y la opresión en Estados Unidos”.

Los Angeles Times

“Es una mirada poderosa e inquietante a todo un segmento de nuestra población que nunca ha alcanzado la libertad en ningún sentido significativo”.

San Francisco Chronicle

“Uno podría tal vez calificar American Pictures como una “obra maestra”. Pero “obra maestra” es una palabra que implica cuatro estrellas en la sección de cine de los periódicos. Es una palabra que se aplica sobre todo a las “grandes” películas de Hollywood, esos grandes, estupendos y melodramáticos espectáculos cinematográficos que tan fácilmente satisfacen nuestros deseos de ilusión, pasividad y voyeurismo.

Esas obras maestras se olvidan pronto.

American Pictures expresa una realidad global y una responsabilidad que todos compartimos. Le perseguirá durante días después de verla. Le poseerá emocional e intelectualmente como si fuera la peste. Aunque este extraordinario conjunto de culturas americanas puede invitar a la etiqueta “obra maestra”, tal etiqueta ocultaría el poder y el abrumador agarre que esta producción ejerce sobre sus espectadores. American Pictures consigue lo que las “obras maestras” rara vez intentan. American Pictures desafía al espectador a actuar, no sólo a reaccionar de forma catártica; a hacer algo con respecto a los horrores del sistema estadounidense. Es este aparentemente inmenso salto del arte inspirador a la acción empírica lo que American Pictures ha establecido conscientemente como su objetivo. Sin embargo, lo que lleva a Holdt a admitir que estos resultados empíricos son imposibles de medir es su conciencia de la enorme capacidad del sistema estadounidense para absorberlo todo y su habilidad para crear máscaras que ocultan constantemente sus horrores e injusticias.

A lo largo de American Pictures, Jacob Holdt se cuestiona continuamente la validez de su creación, expresando el temor de que tal vez sea un blanco más que explota a las minorías y afirmando continuamente que la mera representación de su experiencia nunca podrá igualar la realidad de la América que ha intentado comprender. Lo mismo ocurre aquí: ninguna mera descripción o elogio puede transmitir la experiencia de American Pictures. American Pictures es una presentación que todos los estadounidenses deben experimentar por sí mismos.

The Chicago Reader



Interior de la solapa de la contraportada

Está escrito por el editor.

A continuación, algunas reseñas del programa de diapositivas American Pictures, en el que se basa en parte este libro.



Jacob Holdt escribiendo sobre la primera matanza de “Black Lives Matter” que experimentó en su viaje:

.... James y Barbara eran una joven pareja negra que vivía en el peor barrio de Estados Unidos, en torno a la calle Fox, en el sur del Bronx. Un día oyeron a unos ladrones en el tejado y llamaron a la policía. Dos agentes de paisano llegaron al apartamento y tiraron la puerta sin llamar. James pensó que eran los ladrones los que estaban entrando, y disparó a la puerta, pero luego fue asesinado por la policía. Barbara corrió gritando hacia el apartamento del vecino. Cuando fui a la comisaría del distrito 41, confirmaron la



historia y admitieron que “había habido un pequeño error”, pero James, por supuesto, “se lo había buscado, al estar en posesión de un arma no registrada”. De repente oí unos gritos terribles en el vestíbulo de la funeraria y vi a tres hombres que traían a Barbara. Sus piernas se arrastraban por el suelo. Era incapaz de caminar. No pude ver su rostro, pero era una joven alta, hermosa y de piel clara. Sus gritos me hicieron estremecer. Nunca antes había escuchado unos gritos tan atroces y llenos de dolor. Cuando llegó al ataúd, se hizo insostenible. Fue la primera y única vez en América que no pude fotografiar.....